RÁVENA

Capital del imperio y crisol de Europa

JUDITH HERRIN

Un viaje a la ciudad que fue el motor cultural del Imperio bizantino, la joya oculta del Adriático.

En el año 402 d. C., después de que las tribus invasoras traspasaran las fronteras alpinas y amenazaran el Imperio romano de Occidente, el joven emperador Honorio trasladó la capital, hasta entonces en Milán, a una ciudad pequeña pero de fácil defensa en el estuario del Po. Desde entonces, y hasta el año 751 d. C., Rávena fue el centro cultural y político del norte italiano y la región adriática. Entre sus muros se instalaron eruditos, abogados, doctores, artesanos, cosmólogos y religiosos que hicieron del lugar el eje principal entre Oriente y Occidente.

Judith Herrin, una de las mayores expertas mundiales en estudios bizantinos, nos lleva en un viaje por la historia entre los siglos V y VIII, marcados por las invasiones godas y lombardas, el asentamiento del cristianismo y la aparición del islam, para explicarnos el declive del Imperio romano en pro del esplendor de Bizancio. A medida que rastrea las vidas de los gobernantes de Rávena, sus cronistas y sus habitantes, Herrin sacude un sinfín de ideas preconcebidas: la Antigüedad tardía no fue un periodo oscuro de tinieblas y pugnas, sino una de las épocas de mayor esplendor y creatividad de la Historia.

Hoy los palacios de Rávena son solo ruinas, pero sus iglesias han permanecido en pie y en ellas resisten espectaculares mosaicos, legado vivo de una época pretérita que marcó a Europa para siempre. Ilustrado con espléndidas fotografías y basado en los últimos descubrimientos arqueológicos, Rávena devuelve a la vida los primeros años de la Edad Media a través de la deslumbrante historia de esta ciudad.

Judith Herrin

Rávena: capital del imperio, crisol de Europa

ePub r1.0
Un_Tal_Lucas 21-07-2023

Título original: *Ravenna, capital of empire. Crucible of Europe*
Judith Herrin, 2022
Traducción: Jordi Ainaud i Escudero

Editor digital: Un_Tal_Lucas
ePub base r2.1

A mis tres aes: Alita, Asha y Anthony

Y pensando en la antigua nombradía de Rávena, contemplé el cielo que, surcado de heridas de fuego, pronto pasó del turquesa al oro bruñido.

¡Cómo ardió de pasión infantil mi corazón
cuando a lo lejos, entre juncares y marismas, divisé la Ciudad Santa que alzaba
su corona de torres! Galopé sin cesar
compitiendo contra el sol en su ocaso,
y antes del último resplandor carmesí del crepúsculo, ¡me hallaba por fin entre los muros de Rávena!

[…]

¡Adiós! ¡Adiós! Allí la luna, con lámpara de plata, convirtiendo nuestra noche en perfecto mediodía, tus torres ilumina meridiana y vigía
del descanso de Dante, donde a Byron le gustaba estar.

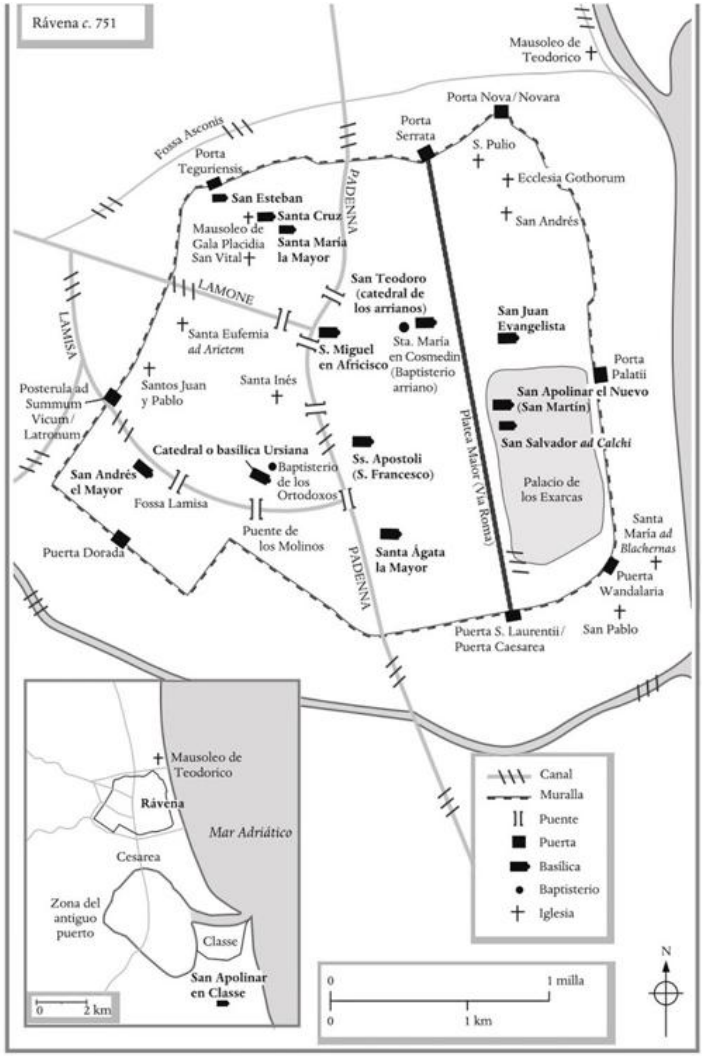
OSCAR WILDE, *Rávena*

Londres
Rin
Paderborn
Aquisgrán
Maguncia
Soissons
Tréveris
Ingelheim
Sena
Reims
Metz
Ratisbona
Danubio
Paris
Ponthion
Worms
NÓRICO
R. Drave
PANONIA
R. Loira
Vouillé
Poitiers
Lyon
Alpes
Trieste
R. Frigidarius
Singidunum
Sirmio
Clermont-Ferrand
Ginebra
Verona
R. Ródano
Milán
R. Po
Burdeos
Adda
Bolonia
Pola
DALMACIA
Rávena
Split
Nimes
Arlés
Pisa
Florencia
Génova
Mar Adriático
Narbona
Marsella
Perugia
Apeninos
Pirineos
CÓRCEGA
Roma
Dirraquio
Barcelona
Nápoles
Salerno
Mar Balear
Tarento
CERDEÑA
Mar Tirreno
Cartagena
Cartago
SICILIA
Hipona
Siracusa
NUMIDIA
Cairuán
MAURITANIA
Mar Medi
0
500 millas
0
500 kilómetros

El mundo de la cristiandad primitiva
CRIMEA
Quersoneso
GEORGIA
ABASGIA
Mar Negro
R. Danubio
PAFLAGONIA
Mar de Mármara
Claudiópolis
Serdica
Constantinopla
Adrianópolis
Nicomedia
ILIRIA
Nicea
ASIA MENOR
Cesarea
Cícico
Nacolia
Tesalónica
Akroinón
Nacianzo
Germanicia
Abidos
Sinada
Mar Egeo
Sozópolis
Larisa
QUIOS
Éfeso
Antioquía
Taur o
LYCIA
Patras
CHIPRE
Atenas
RODAS
Beirut
Damasco
Yarmuk
R. Yarmuk
R. Jordán
Caesarea
Jerusalén
CRETA
Gortina
Gaza
N
Alejandría

Italia, siglos VI-VIII
N
Sabione
Zuglio
Feltre
Trento
Asolo
Lago de Como
VÉNETO
FRIUL
Alpes Cocios
Monza
Brescia
Milán
LOMBARDÍA
Pavía
Cremona
Mantua
Piacenza
Bobbio
Vulturina
R. Po
Brescello
Pollentia
Génova
Bolonia
VIA AEMILIA
Rávena
DALMACIA
Lucca
Luni
Albenga
Pisa
Florentia
R. Arno
TOSCANA
Salona
Split
Véase el mapa de la página opuesta.
VIA AMERINA
VIA FLAMINIA
Tuder
Espoleto
Orvieto
Ameria
Polymartium
Narni
Horta
Bomarzo
Farfa
Chieti
Ortona
Sutri
Nepi
R. Tíber
Roma
Mar Adriático
CÓRCEGA
Monte Gargano
Lucera
Terracina
Monte Cassino
LANGOBARDIA
Benevento
Capua
CALABRIA
Nápoles
Salerno
CERDEÑA
LUCANIA
Mar Tirreno
Mar Mediterráneo
Escilacio
Ciudad destacada
Castillo
Ciudad secundaria
Monasterio
Carretera
Cabo Lilibeo
SICILIA
Siracusa
0
150 millas
0
200 kilómetros

Vías de acceso a Rávena, siglos VI-VIII
VÉNETO
FRIUL
N
Aquileia
Concordia
Opitergium
Grado
Trieste
Alpes Julianos
Treviso
Altinum
VIA POSTUMIA
Vicenza
Verona
Torcello
Padua
ISTRIA
Parentium
VIA POPILIA
Vicohabentia
R. Po
Comacchio
Pola
Mar Adriático
Forum Cornelii
Rávena
VIA AEMILIA
Faenza
Sabis
Forlì
Forlimpopoli
Ad Novas
Cesena
Rimini
Galeata
VIA FLAMINIA
Conca
Sarsina
San Marino
Pésaro
Urbino
VIA AMERINA
Fano
Montefeltro
Senigallia
VIA FLAMINIA
Forum Sempronii
Ancona
Cales
Numana
Lucioli
Iesi
Auximum
Arcevia
Ciudad destacada
Ciudad secundaria
Carretera
Castillo
Iguvium
VIA AMERINA
VIA FLAMINIA
Tadino
Perusa
Nuceria
0
25 millas
0
25 kilómetros


Rávena c. 751
Mausoleo de Teodorico
Porta Nova/Novara
Porta Serrata
S. Pulio
Ecclesia Gothorum
San Andrés
Fossa Ascoris
Porta Teguriensis
PADENNA
San Esteban
Santa Cruz
Mausoleo de Gala Placidia
San Vital
Santa María la Mayor
LAMONE
LAMISA
San Teodoro (catedral de los arrianos)
Santa Eufemia ad Arietem
S. Miguel en Africisco
Sta. María en Cosmedin (Baptisterio arriano)
San Juan Evangelista
Porta Palatii
Posterula ad Summum Vicum/ Latronum
Santos Juan y Pablo
Santa Inés
San Apolinar el Nuevo (San Martín)
San Salvador ad Calchi
Platea Maior (Via Roma)
Catedral o basílica Ursiana
Baptisterio de los Ortodoxos
Ss. Apostoli (S. Francesco)
San Andrés el Mayor
Palacio de los Exarcas
Fossa Lamisa
Puente de los Molinos
Santa María ad Blachernas
Puerta Dorada
Santa Ágata la Mayor
Puerta Wandalaria
San Pablo
Puerta S. Laurentii/ Puerta Caesarea
Mausoleo de Teodorico
Rávena
Mar Adriático
Cesarea
Zona del antiguo puerto
Classe
San Apolinar en Classe
0 2 km
Canal
Muralla
Puente
Puerta
Basílica
Baptisterio
Iglesia
0 1 milla
0 1 km
N

Introducción

Cuando las tropas aliadas se disponían a invadir y ocupar Italia en 1943, la División de Inteligencia Naval británica elaboró cuatro manuales «para uso exclusivo de personas al servicio de Su Majestad», que incluían descripciones exhaustivas del país en todos sus aspectos. El primer volumen, de seiscientas páginas, se publicó en febrero de 1944, cinco meses después del primer desembarco; repleto de diagramas y mapas desplegables, describe la topografía costera y regional de Italia. Los volúmenes segundo y tercero abarcan todos los elementos de la historia del país, sus poblaciones, carreteras, ferrocarriles, agricultura e industria. El último volumen, de setecientas cincuenta páginas, publicado en diciembre de 1945, describe con prosa breve y meticulosa las principales ciudades del país, las setenta del interior y las cuarenta y ocho del litoral. La reseña de Rávena, una pequeña ciudad de la costa adriática del norte de Italia, comienza con una frase breve y rotunda: «Como centro del arte paleocristiano, Rávena no tiene parangón».

Sin embargo, cuando se publicó este volumen, la ciudad se encontraba en buena parte en ruinas y varios de sus monumentos paleocristianos sin parangón habían sido destruidos en alguno de los cincuenta y dos bombardeos aliados. En agosto de 1944, la basílica de San Juan Evangelista fue pulverizada por las bombas destinadas a la estación de tren y a sus apartaderos. Esta iglesia de mediados del siglo V estaba decorada con mosaicos. Los del suelo ya se habían perdido al renovarse la iglesia en el siglo XVII. En 1944 el edificio entero quedó destrozado[1].

Si nunca ha visitado la ciudad de Rávena, se ha perdido una experiencia asombrosa, un deleite inigualable, que este libro pretende recrear. Empiezo mi relato sobre el papel y la importancia extraordinarios de la ciudad con una referencia a los daños que sufrió en época reciente porque de ahí arranca el hilo que me llevó a escribir esta obra.

Los italianos figuran entre los mejores restauradores de arte del mundo. Inmediatamente después de la guerra se pusieron a reparar el patrimonio artístico excepcional de Rávena. Para recaudar fondos con esa finalidad y recuperar el turismo, organizaron una exposición que reproducía algunas de sus imágenes de mosaico más gloriosas, que

recorrió París, Londres y Nueva York en los años cincuenta. A su paso por Inglaterra, mi madre, que entonces era médica de familia, fue a verla.

Al cabo de unos años, decidió visitar Italia para su propia satisfacción y también para que yo, que entonces era una adolescente, la conociera. Así, en 1959 llegamos a Rávena procedentes del norte para ver los mosaicos que habían fascinado a mi madre desde que los había visto en la exposición. Recuerdo perfectamente que divisamos la abadía de Pomposa, cuyo campanario de ladrillo rojo brillaba al sol poniente. En el interior de la ciudad, el mausoleo de Gala Placidia me impresionó por su mosaico del cielo estrellado, que brillaba suspendido sobre las palomas y los ciervos que bebían en las fuentes, y por los fascinantes dibujos geométricos que cubrían todos los arcos que sostenían la cúpula. Era un verano caluroso y me pareció que comer higos con jamón en un restaurante fresco era más interesante que los mosaicos. Pero la semilla de la curiosidad ya estaba plantada en mi fuero interno, y una postal con el retrato de la emperatriz Teodora de la iglesia de San Vital me acompañó a la universidad.

Además, me han dicho que mencionaba la visita muy a menudo. Cuarenta años después, cuando estábamos de vacaciones en la Toscana, como regalo sorpresa, mi pareja reservó una excursión de un día entero para que pudiera volver a ver lo que me había impresionado. Reanimada y emocionada por la intensa e intensiva visita a los principales monumentos de Rávena, compré varias guías locales con las que entretenerme durante el viaje de vuelta. Mientras estábamos atrapados en un interminable atasco en los alrededores de Bolonia, me sentí cada vez más irritada por el hecho de que los libros no explicaran adecuadamente, en primer lugar, por qué se había dado allí una concentración tan asombrosa de arte paleocristiano y, en segundo lugar, cómo se había conservado.

Así pues, la idea de este libro cobró vida en el embotellamiento en forma de una doble pregunta: cómo explicar la existencia de los incomparables mosaicos de Rávena y su pervivencia. La idea se basaba en mi convicción, fruto de un exceso de confianza, de que podría responder a estos interrogantes sin gran dificultad. Dicen que una solo se plantea en serio un problema cuando ya está en condiciones de resolverlo, y yo tenía la sensación —o quizá la presunción— de que ese era mi caso. Mi primer libro, *The Formation of Christendom*, había estudiado el mundo mediterráneo, por lo que conocía el papel fundamental de los godos, que construyeron una de las basílicas más importantes de Rávena. Mi segundo libro, *Mujeres en púrpura*, contaba cómo tres emperatrices habían acabado con la iconoclasia, y me disponía a recopilar mis ensayos sobre el papel de las mujeres en Bizancio en *Unrivalled Influence*. Me consideraba perfectamente capaz

de valorar la importancia de la emperatriz Gala Placidia y de apreciar la imponente presencia de Teodora, esposa del emperador Justiniano I. Además, en su apogeo, Rávena era claramente una ciudad bizantina. El libro que estaba a punto de publicar, *Bizancio: El imperio que hizo posible la Europa moderna*, consolidaba mi argumento de que Bizancio, lejos de ser un centro de intrigas y manipulaciones obsesionado con la jerarquía —como sugiere el empleo del calificativo «bizantino» como término más o menos insultante—, sobrevivió entre los años 330 y 1453 gracias a su extraordinaria resistencia y confianza en sí mismo. Su fuerza se basaba en una triple combinación de derecho romano, estrategia, educación y cultura griegas y fe y moral cristianas. Prueba de ello fue la vitalidad de sus ciudades periféricas, que, tan pronto como la capital fue saqueada por los cruzados en 1204, se convirtieron en pequeñas Constantinoplas. Era un tema que yo había investigado durante años en una serie de artículos que recopilé en *Margins and Metropolis*, y era evidente su relevancia en el caso de Rávena como puesto avanzado de Constantinopla.

El precio de mi exceso de confianza fueron nueve años de investigación. Me vi obligada a trabajar con archivos de papiros en latín que apenas conocía y a familiarizarme con el italiano académico, no solo con el coloquial. Me enfrenté a una historiografía que se centra demasiado en ofrecer síntesis de la decadencia del Imperio romano de Occidente, en vez de reconocer el auge y la importancia de Rávena. Tuve que identificar un elenco de personajes completamente nuevo y distinguir, por ejemplo, entre el médico Agnelo y el obispo Agnelo o el historiador Agnelo. Me encontré en la hermosa biblioteca municipal de Rávena, donde se conservan las reliquias de Dante en una sala climatizada para que sirvan de inspiración a los lectores (el poeta se exilió allí procedente de Florencia). Recorrí la antigua calzada romana, la Vía Flaminia, para ver cómo atraviesa los Apeninos, la formidable espina dorsal de Italia, que unía y separaba a la vez Rávena y Roma, y exploré las vías militares alternativas utilizadas por Belisario, el general bizantino del siglo VI. Seguí lo mejor que pude la ruta de Teodorico, el rey godo que tanto influyó en la historia de Rávena, por el norte de los Balcanes hasta las orillas del Isonzo, en las que arrolló a su rival Odoacro, y desde donde luego pasó a conquistar Italia y gran parte del sur de la Galia. Este viaje también me permitió contemplar las creaciones de los longobardos conservadas en Cividale; no solo las estatuas, tallas y pinturas cristianas, sino también los ajuares funerarios precristianos de oro y granates. Gracias a la generosidad de cuatro raveneses propietarios de sendos yates, crucé el Adriático, impulsada por un fuerte viento, para comprobar lo fácil que les habría resultado a los mosaiquistas de Rávena trabajar en Parenzo (Porec, en la actual Croacia). Allí pude ver

los refulgentes mosaicos de la basílica del obispo Eufrasio, estrechamente relacionados con los monumentos de Rávena (en ambos casos, del siglo VI).

Estas indagaciones fueron una fuente de satisfacción y de ellas surgieron tres cuestiones particularmente difíciles de abordar, que cabría definir como la antigüedad, la perspectiva y la ubicación. La primera salta a la vista. Cuando nos planteamos ir al norte de Italia para admirar sus impresionantes obras de arte, pensamos en el Renacimiento de los siglos XIV y XV, desde los frescos de Siena sobre el buen y el mal gobierno pintados en la década de 1330 hasta *La última cena* de Leonardo, de la de 1490. No obstante, la época de máximo esplendor artístico de Rávena data de casi mil años antes. Los documentos históricos que se han conservado son solo fragmentarios. Es extraordinariamente difícil averiguar cómo se vivía en aquel entonces. Los palacios civiles en los que se guardaban los documentos administrativos quedaron reducidos a escombros, convertidos en canteras por la calidad de sus piedras. Lo poco que resta quedó sepultado hace tiempo y casi toda la documentación es mero polvo. A veces sobreviven relatos tentadores, incompletos y muy parciales, como la extraordinaria crónica de los obispos de Rávena escrita por Agnelo, su historiador del siglo IX.

Nos da una idea de la pérdida de conocimientos el anonimato que pesa sobre los artesanos y posiblemente las mujeres y los niños que crearon los mosaicos de la ciudad. Lo único que sabemos es que, cuando el emperador Diocleciano intentó fijar los precios máximos en todo el Imperio romano en el año 301, su edicto estipulaba que la remuneración de los mosaiquistas murales sería la misma que la de los instaladores de pavimentos de mármol y revestimientos de pared, o sea, inferior a la de los retratistas y pintores de frescos, pero superior a la de los instaladores de pavimentos teselados, carpinteros y albañiles. Cabe suponer que existían familias formadas en el arte de fabricar teselas de colores, comerciar con ellas y unirlas, esbozar las imágenes y los retratos originales, calcular las repeticiones de figuras de las cenefas, constituir gremios en ciudades de todo el mundo antiguo y quizá desplazarse de ciudad en ciudad cuando surgieran oportunidades mejores. Lo que sabemos con certeza es que, desde la actual Sevilla hasta Beirut, desde Gran Bretaña hasta el norte de África, en todas las islas del Mediterráneo, desde las Baleares hasta Sicilia y Chipre, y en todas las grandes ciudades del Imperio romano, suelos enormes y un sinfín de paredes estaban decorados con imágenes en mosaico de los dioses, de los mitos del mundo antiguo, de toda clase de mamíferos, reptiles, aves y peces, de escenas de la vida cotidiana e incluso de los restos de los grandes banquetes. Pero no conocemos el nombre de una sola persona que afirmara

explícitamente haber trabajado en los prodigiosos mosaicos de Rávena.

Aunque el mosaico es la forma principal del inigualable arte paleocristiano de Rávena, su función y su fuerza no son meramente estéticas, sino que se emplea de una manera novedosa y singular, que lo distingue de sus precedentes de la Antigüedad. En lugar de los mosaicos de pavimento que habían decorado todas las grandes villas del mundo romano, los ábsides y los muros de las iglesias se convirtieron en el centro de atención. Otro cambio estribó en la sustitución del fondo blanco por un reluciente fondo dorado, que refleja la luz de forma única. A partir del siglo IV, cuando emperadores como Constantino I y su madre, Helena, mandaron construir nuevos edificios eclesiásticos en Jerusalén, la antigua Roma y la nueva Roma de Constantinopla, el oro se asoció al culto cristiano, lo que representaba una novedad dentro de la tradición decorativa musivaria de la Antigüedad. Sin embargo, fueron muy pocos los artesanos del mosaico que firmaron sus obras; el anonimato de los mosaiquistas de Rávena es en sí mismo un indicador de la enorme cantidad de conocimientos sobre la época que se han perdido.

La segunda dificultad radica en la forma en que se percibe el periodo de esplendor e influencia de Rávena. La etapa más singular de su historia, de 402 a 751, unos trescientos cincuenta años, suele encuadrarse hoy dentro de la «Antigüedad tardía», que se desarrolló entre la Grecia y la Roma antiguas y los albores de la civilización propiamente medieval. El libro que, más que ningún otro, ha dado forma a nuestra conciencia contemporánea de la época es *El mundo de la Antigüedad tardía*, de Peter Brown, cuyas páginas están llenas de la contagiosa vitalidad que caracteriza a su erudición y que insufla vida a este periodo único. Soy una de los muchos historiadores a los que Brown inspiró e influyó. Pero en el curso de la redacción de este libro he llegado a dudar de que la expresión «Antigüedad tardía» sea apropiada, ya que hace que la época parezca una amalgama indisociable de decadencia y arqueología. A medida que iba desvelando la historia de Rávena, las connotaciones despectivas de dicha expresión me resultaban cada vez más inadecuadas, porque Rávena es una de las pocas ciudades occidentales de esta época que no cayó en la decadencia general, tan patente en muchas otras.

En su gran libro de 1971, Brown también hizo hincapié en las innovaciones que surgieron en estos años —desde la creatividad individual, como atestigua la primera autobiografía (las *Confesiones* de san Agustín), hasta la codificación del derecho romano, la creación del derecho canónico cristiano y la irrupción del islam, que dio lugar a la triple división del Mediterráneo—, las cuales forman parte de los cimientos de nuestro mundo moderno. Desde el proceso de elección

del papa hasta el cálculo de la fecha de inicio de nuestro calendario, este periodo fue testigo del inicio de la modernidad. En cambio, la expresión «Antigüedad tardía» nos remite a la comparación con la época de esplendor de la Roma y la Grecia clásicas, en lugar de poner de relieve las grandes transformaciones que en ella se produjeron. Una inscripción de Rávena de mediados del siglo V proclama: «¡Cede, antiguo nombre, cede lo antiguo a la novedad!». Por eso he intentado sustituir la perspectiva inevitablemente retrógrada de «Antigüedad tardía» por la expresión «cristiandad primitiva», que mira hacia un nuevo mundo recién cristianizado que busca nuevas formas de organizarse.

Lo fundamental es que la Antigüedad era pagana, mientras que, a partir de la fundación de Constantinopla en el año 330, el Imperio romano estaba destinado a convertirse en cristiano. Y no solo el territorio situado dentro de las fronteras del Imperio; los forasteros, llamados «bárbaros», también se sintieron atraídos por las promesas cristianas de una vida eterna en el más allá y se convirtieron. En todo el mundo mediterráneo y fuera de él, la gente quería entender lo que significaba ser cristiano. El proceso se volvió aún más crítico con el auge del islam y las profundas divisiones que provocó sobre el papel de las imágenes.

Desde fecha temprana, sobre todo después de la conversión de los godos, la cristiandad primitiva se caracterizó por las disputas sobre la naturaleza exacta de la humanidad de Cristo, tal como se recoge en los Evangelios, las «buenas nuevas», en los que se basaba el credo del poder y la autoridad. Nada de eso era propio de la Antigüedad. Algunos emperadores cristianos del siglo IV estaban convencidos, no sin cierta lógica, de que, si Cristo era el hijo de Dios, había nacido más tarde que su Padre, tenía que existir de forma independiente y, por lo tanto, debía ser secundario en relación con el Padre. Esas eran las ideas que había expresado el diácono Arrio en la Alejandría de principios del siglo IV. Cuando los godos adoptaron el cristianismo, abrazaron su definición de la fe, que era la creencia dominante entre los emperadores de Constantinopla del momento. La fidelidad de los godos al arrianismo provocaría una división que se haría sentir durante siglos, como veremos. Más tarde, el islam también se haría eco de la disputa sobre la naturaleza humana de Cristo, al adorar abiertamente al mismo Dios que los cristianos, pero considerar a Jesús un gran profeta, no el hijo de Dios.

El arrianismo se vio desplazado por lo que se convirtió en la opinión generalmente aceptada, a saber, que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo compartían el mismo origen y sustancia. No obstante, las discusiones teológicas sobre la Trinidad y la humanidad de Cristo siguieron frustrando la unidad de los cristianos y provocaron una

crisis en el siglo VIII, cuando algunos líderes eclesiásticos occidentales añadieron la expresión «y del hijo» (*filioque*) al credo. Dado que la redacción del credo básico, que había sido sancionada a mediados del siglo V en el Concilio de Calcedonia, afirmaba que el Espíritu Santo procedía «del Padre», el añadido del «filioque» fue rechazado en Oriente, y desde entonces ha simbolizado la división entre la Iglesia ortodoxa griega y la católica romana.

Sin embargo, al utilizar la expresión «cristiandad primitiva» no pretendo centrarme en esas cuestiones doctrinales. Mi intención es más bien caracterizar el periodo que comenzó en el siglo IV, cuando el cristianismo se convirtió en la fe dominante. A partir del año 380, fue una fuerza definitoria en el ejercicio de la autoridad, así como el medio organizado para transmitir el sentimiento de comunidad e integrar la economía. Proporcionó a muchos de los pueblos del mundo mediterráneo, que a menudo hablaban lenguas diferentes y se enfrentaban a recién llegados que, pese a todo, se consideraban cristianos, una fe común en el más allá y una pasión por definir los mejores medios para merecerlo. No era tanto una civilización «tardorromana» como un nuevo mundo emergente, con la confianza y la confusión que conllevan las grandes transformaciones. Los logros excepcionales de Rávena solo se entienden dentro de este marco. Para plasmar la vivacidad y la energía del proceso, he dividido las nueve partes de este libro (cada una de las cuales abarca, *grosso modo*, medio siglo) en capítulos breves y, siempre que ha sido posible, he identificado a una figura clave, hombre o mujer, para darles título. Entre los artífices raveneses de la cristiandad primitiva figuran reyes y obispos, soldados y comerciantes, un médico, un cosmógrafo e incluso un historiador.

Otro aspecto de esta época que «cristiandad primitiva» refleja mucho mejor que «Antigüedad tardía» es el papel de Bizancio. Durante los siglos IV y V, el nuevo centro de gobierno imperial de Rávena se desarrolló a la par que la autoridad cristiana de su obispo, ya que los dirigentes eclesiásticos de todas las provincias occidentales del mundo romano asumieron funciones administrativas. Todos ellos se inspiraron en el legado de los emperadores cuya capital era Constantinopla, que se convirtió en la joya del Bajo Imperio romano. La capital de Constantino I, su nueva Roma, continuó liderando el mundo mediterráneo, proporcionando orientación en materia de derecho, querellas diplomáticas, negociaciones políticas y disputas teológicas. Estos siglos estuvieron marcados por la hegemonía de Constantinopla, que influyó decisivamente en el desarrollo de lo que hoy llamamos Italia.

Al mismo tiempo, surgió una nueva fuerza en las regiones occidentales del Imperio que combinaba la energía y la destreza de los

bárbaros con los logros militares, arquitectónicos y jurídicos de los romanos, así como con la fe y la organización de los cristianos, en una mezcla muy difundida pero inestable. Poco a poco, se fue convirtiendo en una energía específicamente latina que se extendió y ejerció de forma independiente su influencia por toda Italia y el norte de África entre los años 400 y 600. Rávena fue una de las ciudades que ejemplificó y sostuvo su crecimiento, sobre todo durante la larga dominación de Teodorico, el rey godo políglota formado en la corte bizantina y marcado por sus enseñanzas. Su determinación fue clave para integrar los elementos «bárbaros» y «romanos» en una nueva y decisiva síntesis.

A lo largo de estos siglos intermedios, Rávena no solo produjo algunas de las obras de arte más refinadas y exquisitas, sino que también contribuyó al desarrollo de lo que se convertiría en «Occidente». En este proceso, Constantinopla desempeñó un papel fundamental en el surgimiento en Italia de instituciones que los historiadores de la Edad Media occidental suelen pasar por alto.

La tercera dificultad obedece a la peculiar naturaleza de la influencia de Rávena, más forjada que forjadora. Cuando el general Estilicón y el joven emperador Honorio (395-423) decidieron trasladar su capital a Rávena, Alarico, el temible jefe de los ejércitos godos, acababa de atravesar las fronteras alpinas de Italia y se disponía a amenazar la sede del Gobierno imperial en Milán. Las murallas de dicha urbe eran demasiado extensas para defenderlas con eficacia, mientras que la posición de Rávena, ubicada entre las marismas, lagunas y afluentes del estuario del Po, le proporcionaba una protección natural, reforzada gracias a unas sólidas murallas; además, gracias al cercano puerto de Classe (en aquel entonces, Classis), tenía acceso directo a Constantinopla, así como a los suministros de los centros comerciales del Mediterráneo oriental. Se trataba de una elección estratégica más que afortunada. Las leyes promulgadas en Rávena en diciembre de 402 dejan constancia de la etapa inicial de esta reubicación que la convirtió en la nueva capital del Imperio.

La ciudad ya era famosa por el puerto de Classis, que siglos antes Julio César había previsto que fuera la base de la flota romana del Mediterráneo oriental. Desde este punto, en el año 49 a. C., César partió hacia Roma y cruzó el Rubicón, situado unos kilómetros más al sur, un acto que se haría famoso como señal de compromiso irreversible. Veintidós años más tarde, su sobrino Augusto fundó los centros del poder naval romano de Rávena, en la costa oriental de Italia, y Miseno, en la occidental, que puso bajo la autoridad de prefectos pretorianos. Augusto dio también nombre a un canal que atravesaba la parte oriental de Rávena, la Fossa Augusta. El puerto artificial de Classe se construyó sobre pilotes en el interior de una

laguna, y tenía capacidad para albergar doscientos cincuenta barcos. Classe se convirtió en un gran centro naval poblado de carpinteros y calafates, marineros, remeros y veleros, cuyos monumentos funerarios dejan constancia de sus habilidades. Estaba conectada con Rávena por un canal que permitía a los barcos atracar cerca de la ciudad, y entre el puerto y la ciudad creció otra población, llamada Cesarea. De este modo, las tres localidades constituían un centro urbano seguro con acceso al Adriático y comunicado por mar con Constantinopla.

Rávena se construyó sobre bancos de arena y pilotes de madera, con puentes que atravesaban los numerosos canales que rodeaban la ciudad y discurrían por su interior, al igual que Venecia en siglos posteriores. Contaba con todos los elementos de la típica ciudad romana: edificios municipales, instalaciones para el ocio público, templos y, más adelante, iglesias, repartidos por los terrenos pantanosos que separaban los ríos Padenna y Lamisa, afluentes del Po. Con el traslado, el enorme aparato de gobierno, las tropas, los comerciantes y los sabios siguieron al emperador a su nueva capital. Estilicón demostró que tenía buen olfato: Rávena se convirtió en un centro casi inexpugnable, a menudo asediado pero rara vez conquistado; una capital con los correspondientes edificios grandiosos, decorados según el impresionante estilo artístico de la época.

Sin embargo, era una ciudad cuya importancia se debía a su emplazamiento. Era, ante todo, un centro de conectividad. Las poderosas fuerzas que dividieron el Mediterráneo y que forjarían un nuevo mundo en la mitad occidental del Imperio romano se activaron, se enfocaron y, en parte, se definieron en Rávena. Su historia, por tanto, no es simplemente la de la ciudad, sus gobernantes y el modo de vida de sus habitantes. Es también la crónica general de las potencias lejanas atraídas hacia ella y a través de ella que iban a hacer de Rávena el crisol de Europa.

1
La aparición de Rávena como capital del Imperio de Occidente

En los siglos anteriores a que Roma adoptara el cristianismo como religión oficial, la Ciudad Eterna era el símbolo de una supremacía mundial impuesta por líderes militares vigorosos y administradores civiles eficientes. En sus inmensas fortificaciones y sus famosas calles, entre sus magníficos edificios públicos, los emperadores proclamaban sus victorias sobre lejanos gobernantes extranjeros en procesiones triunfales, estatuas e inscripciones. El Senado romano conmemoraba esas exhibiciones de poderío y el pueblo romano se unía a los festejos, que eran parte indispensable de la política imperial de «pan y circo». La corte, con sede en el gran palacio situado en la colina del Palatino, tramitaba las peticiones de juicio, los informes militares, las declaraciones de impuestos y las noticias de las fronteras, mientras que los sacerdotes adscritos a los templos aseguraban el apoyo divino al Imperio mediante sus sacrificios y oraciones. A Roma acudían jóvenes ambiciosos, poetas de talento, escultores, comerciantes, mercenarios y artistas, en busca del patrocinio de los aristócratas romanos y de fortuna. La ciudad era el centro del mundo conocido y todos los caminos llevaban a Roma.

Sin embargo, durante el siglo III los gobernantes dejaron de residir en ella de forma permanente. Un número cada vez mayor de emperadores de origen militar se instalaron en otras ciudades de mayor importancia estratégica, y allí adonde el emperador iba, la corte y parte de la administración debían acompañarlo. En la antigua capital, el Senado seguía nombrando a un prefecto para gobernar la ciudad y se encargaba de abastecer de grano a la población urbana. Todos los años, el 1 de enero, otorgaba el honor supremo del consulado a dos personas, designadas por el emperador, que daban su nombre al año y establecían así un sistema de datación. Los cónsules también debían sufragar carísimos espectáculos populares en forma de carreras de caballos y cuadrigas, luchas de fieras y actuaciones de bailarines, mimos y acróbatas. Aunque el Senado seguía siendo la base del poder de las familias aristocráticas que tradicionalmente habían aportado sus hijos bien formados para gobernar las provincias,

comandar los ejércitos y proteger el sistema jurídico, el hecho de que Roma dejara de ser el único centro del Imperio creó un nuevo estilo de gobierno imperial, que prestaba más atención a la seguridad de las fronteras, a la eficiencia militar y a los suministros necesarios para repeler los ataques del enemigo. El reinado de Diocleciano (284-305) supuso una clara ruptura, con cambios que inauguraron una nueva era. Fue en esta época cuando Rávena, una ciudad de origen humilde, devino en capital del Imperio.

Las reformas de Diocleciano

Diocleciano fue un líder militar de Dalmacia, proclamado emperador por sus tropas en 284, que se propuso revertir la decadencia económica y política que los historiadores modernos denominan «la crisis del siglo III»[1]. Comenzó por reforzar las fronteras septentrionales del Imperio, amenazadas por los sármatas y los pueblos germánicos, y por reorganizar su administración. En 286 tomó la drástica medida de trasladar la corte imperial de Roma a Milán, y nombró coemperador a otro militar, Maximiano, con autoridad para gobernar en la mitad occidental del Imperio. Diocleciano estableció su propia capital en Nicomedia (el actual Izmit, en el noroeste de Turquía), ciudad desde la que podía proteger con mayor eficacia al Imperio de la amenaza de una invasión persa. A esta división inicial de la autoridad imperial le siguió, en el año 293, el nombramiento de dos emperadores subalternos, llamados «césares», que heredarían todo el poder al final de un plazo determinado. De este modo, Diocleciano trataba de introducir un sistema de sucesión ordenada que evitara las guerras que a menudo generaban los pretendientes que rivalizaban por el título imperial.

Mientras los dos emperadores construían palacios y edificios administrativos en sus nuevas capitales, Nicomedia y Milán, los dos césares establecieron sus cortes en ciudades más cercanas a las fronteras, Antioquía, en el norte de Siria, y Tréveris, en el oeste. También se utilizaron otros centros, como Serdica (la actual Sofía, capital de Bulgaria) y Tesalónica (Grecia), lo que dio lugar a la aparición de nuevas capitales «imperiales» que simbolizaban la extensión y consolidación del poder romano lejos de Italia. Desde Milán, las grandes rutas hacia el centro y el este de Europa, así como hacia la Europa transalpina, el norte y el oeste, establecieron un sistema de comunicación más septentrional que sustituyó en parte a la centralidad de Roma. Entre los años 337 y 402, los emperadores, desde Constancio II hasta Honorio, hicieron de Milán su residencia preferida, y los cortesanos y funcionarios imperiales se construyeron

allí elegantes villas[2].

La «tetrarquía» de Diocleciano, concebida para ejercer un mayor control sobre las fronteras lejanas de Roma, vino acompañada de drásticas reformas en el gobierno imperial. La administración civil se separó de la militar y se reformó para aumentar la eficacia de la recaudación de impuestos. Se construyeron fortificaciones, fábricas (tanto de armas como de uniformes) y carreteras, al tiempo que se introducían impuestos en forma de suministros de alimentos para los ejércitos locales, todo ello para el buen funcionamiento de las fuerzas armadas. Muchas provincias se dividieron en unidades más pequeñas, con su propio organigrama de funcionarios encabezado por un gobernador y un juez remunerado. Como parte de este proceso, en 297 Rávena se convirtió en la capital de la provincia de Flaminia, la región costera del nordeste de Italia.

Hoy en día, se suele recordar a Diocleciano por la persecución de los cristianos entre 303 y 311, y por el intento de regular los precios mediante el Edicto de Precios de 301. Ninguna de las dos políticas tuvo éxito y ambas fueron revocadas por su sucesor, Constantino. Su inmenso palacio de Split denota una ambición megalómana que incluía la adopción de elementos de la indumentaria persa, como una corona y un traje específicamente imperiales, así como de un protocolo que exigía que los visitantes hicieran una reverencia ante su trono[3]. Aunque él y su coemperador Maximiano se retiraron en 305, como estaba previsto, el traspaso pacífico de poderes no resultó sencillo porque las tropas se negaron a aceptar al césar designado y, en su lugar, proclamaron emperadores a sus propios comandantes. Constantino I fue uno de ellos, aclamado por sus tropas en Eboracum (York) en 306, tras lo cual se abrió paso por la fuerza de las armas a lo largo y ancho del Imperio romano, eliminando a todos sus rivales, hasta convertirse en emperador único en el año 324.

Las innovaciones de Constantino I

En el año 330, Constantino inauguró una nueva capital en la mitad este del Imperio romano, a la que bautizó con su propio nombre, Constantinopla («ciudad de Constantino»), y proporcionó una identidad cristiana. A finales del siglo IV pasó a ser conocida como la «ciudad emperatriz» (*basileuousa*) o «reina de las ciudades» (*basilis ton poleon*, también *basilissa polis*). En reconocimiento de la fe cristiana, Constantino también dotó a las principales ciudades de grandes iglesias situadas en lugares destacados, ordenó a los obispos que se reunieran en concilios presididos por él y promulgó normas cristianas que se incorporaron a la legislación imperial. El emperador garantizó

que se tolerase a los cristianos y estabilizó los precios acuñando una moneda de oro sólida. Se conservan testimonios de su actividad constructora en Tréveris, que se convirtió en un centro magníficamente fortificado que protegió la frontera renana del Imperio durante más de un siglo, hasta el año 395. Allí hizo levantar una inmensa basílica, unas termas y un palacio decorado con frescos, todo cuidadosamente restaurado en la actualidad. En su nueva capital, en el Bósforo, fundó una nueva Roma, un nombre que imitaba y desafiaba a su predecesora. Aunque las antiguas familias aristocráticas que formaban el Senado siguieron a cargo de las rutinas cívicas, las tradiciones republicanas y los cultos politeístas de la antigua Roma, su poder se vio gradualmente debilitado cuando Constantino creó un Senado oriental en su nueva metrópoli.

Se ha discutido mucho hasta qué punto Constantino adoptó el cristianismo. Aunque los autores cristianos, siguiendo a Eusebio, insisten en que se había convertido antes de la batalla del Puente Milvio, en las afueras de Roma, en el año 312, lo cierto es que Constantino continuó promoviendo el culto al emperador en asociación con determinados dioses paganos; sin embargo, al cabo de un año de la batalla, en un decreto más conocido como Edicto de Milán, se concedían al cristianismo los mismos privilegios que a las demás religiones, siempre que todos sus seguidores rezaran a Dios por el bienestar y el triunfo del Imperio romano, como era obligatorio para todos los cultos. Aunque los cristianos constituían una minoría y no estaban en absoluto unidos, el patrocinio del emperador favoreció su hegemonía, que se puso de manifiesto en el concilio celebrado en Nicea en el año 325. El emperador convocó a todos los obispos del Imperio romano y les encargó que fijaran una definición de la fe cristiana —el credo— y que resolvieran los problemas de disciplina del clero. El concilio calificó de heterodoxas y heréticas las doctrinas elaboradas por Arrio, un diácono de la iglesia de Alejandría. Además, esta asamblea, que más adelante se consideraría el primer concilio ecuménico (es decir, universal), dio lugar a una definición de la fe que se convirtió en el credo niceno, cuyos adherentes son los que se identifican como cristianos católicos.

Constantino abolió la guardia pretoriana de Roma, que se había enfrentado a él en el puente Milvio, y construyó varias iglesias importantes en la ciudad; donó a su obispo una gran basílica, el futuro palacio de Letrán, mientras que su madre, la emperatriz Helena, dirigió la construcción de edificios parecidos en Jerusalén, Belén y Roma[4]. En su lecho de muerte, Constantino solicitó el bautismo al obispo de Nicomedia y fue el primer emperador romano en recibir sepultura totalmente cristiana, en un sarcófago en el mausoleo que había construido para él y su familia, una rotonda anexa a la iglesia de

los Santos Apóstoles de Constantinopla[5]. Tras su muerte, en el año 337, sus hijos lucharon entre sí para sucederle como único emperador, pero poco a poco se consolidó la división *de facto* del Imperio, en virtud de la cual el emperador mayor, que residía en Constantinopla, solía nombrar a un emperador secundario para que gobernara en Occidente[6].

A lo largo del siglo IV, las dos mitades del mundo romano se volvieron cada vez más desiguales. Bajo la dinastía de Constantino, la nueva capital, Constantinopla, aumentó su prestigio, mientras que el de Roma menguaba; las provincias occidentales transalpinas siguieron siendo más pobres que las orientales, donde el poder se ejercía con mayor eficacia. A la muerte del emperador Juliano, en 363, los oficiales del ejército se hicieron con el título imperial. Al cabo de un año, Valentiniano, un general de Panonia, en los Balcanes occidentales, fue proclamado emperador por los principales responsables del ejército y la administración, y nombró coemperador a su hermano menor Valente. Ambos líderes se vieron obligados a hacer frente a amenazas militares, lo que llevó a Valentiniano a Tréveris y, más tarde, a Milán, mientras que Valente se instaló en Antioquía para luchar contra los persas. Ambos eran cristianos, aunque el último simpatizaba con los arrianos.

La doctrina de Arrio

A pesar de la redacción del credo niceno en 325, que debía recitarse en todos los servicios religiosos, Constantino no consiguió zanjar el debate sobre el arrianismo. Algunos cristianos creían que la insistencia en un solo Dios (monoteísmo), que daba a su fe un carácter tan diferente de los cultos a los antiguos dioses y diosas (politeísmo), se veía comprometida por la creencia en la Trinidad, formada por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Otros subrayaban que era impropio que el Padre no tuviera prioridad sobre el Hijo, ya que los padres son quienes engendran a los hijos. A principios del siglo IV, Arrio desarrolló esta objeción a la igualdad de las tres personas de Dios en un detallado argumento teológico que influyó en buena parte del pensamiento posterior. La respuesta católica al arrianismo fue que los tres miembros de la Trinidad comparten la misma sustancia, esencia y naturaleza, anterior al nacimiento de Jesús, el hijo de Dios, como se relata en los Evangelios. Los arrianos sostenían que el Hijo solo podía tener una naturaleza parecida a la del Padre (en griego *homoios*; de ahí el calificativo de «homoiano» aplicado a esta teología). A pesar de la condena de Arrio en el año 325, los sucesores de Constantino consideraron ortodoxa la teología homoiana y enviaron misioneros a

predicarla entre las tribus germánicas. Los arrianos lograron fundar una Iglesia rival de la católica que se ganó la lealtad de los emperadores del siglo IV y que estableció sus propias definiciones «ortodoxas», o «católicas», de la fe correcta, frente a las de sus oponentes católicos, que reivindicaban para sí exactamente lo mismo[7].

En Constantinopla, el clero arriano contaba con el apoyo de comandantes militares de origen germánico y godo. Los godos se habían convertido al cristianismo arriano como fe oficial «ortodoxa», y su primer obispo, Ulfila (341-381), ideó un alfabeto para su pueblo y luego tradujo la Biblia y los textos litúrgicos al godo para que pudieran rendir culto en su propia lengua. Con el apoyo de Constancio II (337-361) y de Valente (364-378), el arrianismo se extendió por Occidente, sobre todo en Milán, a la sazón capital de la mitad oeste del Imperio romano. La población cristiana de la ciudad se dividió en dos facciones rivales, los partidarios de Arrio y sus opositores, fieles a la sentencia del Concilio de Nicea. En el año 355, un sínodo local celebrado en Milán impuso el punto de vista proarriano y nombró obispo a Auxencio, discípulo de Ulfila procedente del este[8]. A pesar de los numerosos intentos de destituirlo, conservó la mitra de Milán durante veinte años, en los que apoyó las doctrinas de Arrio, que siguieron generando violentos choques, como recoge Ambrosio, obispo católico de Milán (374-397).

En cambio, el arrianismo tuvo menos influencia en Roma, todavía dominada por un Senado mayoritariamente pagano. La comunidad cristiana, dirigida por una serie de obispos —el primero de los cuales había sido san Pedro—, se había impuesto muy poco a poco a los cultos politeístas profundamente arraigados en la ciudad, en cuyos impresionantes templos del Capitolio se realizaban los sacrificios imperiales, mientras que en el Foro las vírgenes vestales mantenían la llama sagrada en el altar de Vesta. Los emperadores iban muy raramente a Roma; la visita ceremonial de Constancio II en 357 fue excepcional y no se repitió hasta que Teodosio I hizo el mismo viaje más de treinta años después[9]. El destino del Imperio lo decidían en sus remotos confines, lejos de las preocupaciones inmediatas del Senado romano o del obispo de la ciudad, unas tropas germánicas que habían abrazado el cristianismo arriano.

Un punto débil revelador de toda la administración romana era el creciente número de mercenarios no romanos del ejército. Reclutados a menudo en las regiones balcánicas y a las órdenes de comandantes bárbaros, a los que se pagaba por cada campaña en la que participaban, algunos pretendían cumplir su ambición de ocupar el territorio imperial como aliados del emperador, mientras que otros se limitaban a amenazar con invadirlo y destruirlo. A medida que la

influencia de estas tropas auxiliares fue creciendo a lo largo del siglo IV, comenzaron a dominar el ejército romano y a difundir su adhesión al cristianismo arriano[10]. Sus generales germánicos y godos obtuvieron altos cargos militares, acentuaron las divisiones en el seno del ejército y promovieron una forma rival de cristianismo que a menudo compartían las fuerzas enemigas situadas más allá de las fronteras del Imperio. La reducción de la capacidad de combate del Imperio se puso de manifiesto en la desastrosa batalla de Adrianópolis en 378, cuando las tropas de los godos mataron al emperador Valente y a muchos de sus generales en una derrota sin paliativos ni precedentes.

Los logros de Teodosio I (379-395)

Como resultado de esta contundente derrota, el joven emperador de Occidente, Graciano, tuvo que solicitar la ayuda de Teodosio, un general romano caído en desgracia que se había retirado a Hispania tras la ejecución de su padre, para que salvara a Constantinopla de los godos. Teodosio emprendió el largo viaje de Hispania a Oriente. Su avance se vio interrumpido por los enfrentamientos y luego por las negociaciones con los godos, que pretendían establecerse dentro del Imperio, en las tierras más fértiles del sur del Danubio. Tras batallar con los sármatas cerca de Sirmio, en los Balcanes, Teodosio fue aclamado emperador por sus tropas victoriosas, y Graciano hizo oficial su nombramiento el 19 de enero de 379 (figura 1). A continuación, Teodosio asentó un gran número de familias godas en territorio imperial como fuerzas federadas, obligadas a luchar por el Imperio. Su largo reinado constituyó otro importante punto de inflexión en la historia imperial, marcado por sus victoriosas campañas contra las fuerzas enemigas, la promoción del cristianismo como religión oficial y su decisión de instaurar a sus dos hijos como emperadores, lo que marcó la división de Oriente y Occidente.

En la historia de Rávena, Teodosio es especialmente importante por ser el padre de la emperatriz Gala Placidia, que gobernó allí como regente durante trece años a partir de 425. Teodosio se había casado con Flacila en Hispania y tuvieron un hijo, Arcadio, nacido antes de 379; una hija llamada Pulqueria, que murió joven, y en 384 otro hijo, Honorio. Teodosio adoptó además a su sobrina Serena, cuando el padre de esta murió; la convirtió legalmente en hija suya y la casó con su principal general, Estilicón. Tras la muerte de la emperatriz Flacila en 386, Teodosio negoció un segundo matrimonio con Gala, una princesa del linaje de Valente, y los esponsales se celebraron en Tesalónica en 387. De este segundo matrimonio, el único descendiente

que sobrevivió hasta la edad adulta fue Gala Placidia, hermanastra, pues, de los jóvenes príncipes Arcadio y Honorio.

Teodosio no solo fue un cristiano devotísimo, firme opositor de los herejes, sino que también se opuso frontalmente a las religiones politeístas y promulgó leyes contra sus celebraciones y sacrificios. Siguiendo el ejemplo de Constantino I, convocó otro concilio ecuménico de obispos en Constantinopla en el año 381, en el que reiteraron la condena del arrianismo y pactaron una versión ligeramente revisada del credo niceno del año 325. El concilio también aprobó varios cánones —leyes eclesiásticas—, incluido uno que elevaba a Constantinopla a la misma dignidad que Roma[11]. Los obispos de Roma se lo tomaron como un intolerable insulto a san Pedro, *Petrus*, la piedra, *petra*, sobre la que Cristo había edificado su Iglesia, algo que, según ellos, les daba una autoridad superior. Ahora bien, aunque el canon se convirtiera en motivo de rivalidad entre la vieja y la nueva Roma, Teodosio imprimió un marchamo de legalidad a la nueva civilización emergente de la cristiandad primitiva. Al igual que Constantino, Teodosio batalló por todo el mundo mediterráneo; solo realizó una visita ceremonial a la antigua Roma, en junio de 389, para celebrar una importante victoria. En Constantinopla, la nueva Roma, erigió un obelisco egipcio en el Hipódromo, montado sobre una base que muestra sus victorias y representa la erección del monumento, así como al emperador recibiendo homenajes y otorgando laureolas a los competidores en las carreras.

En el año 394, tras la victoria sobre su rival occidental en el río Frígido, Teodosio se dirigió a Milán y convocó a Serena, que cuidaba de sus hijos menores tras la muerte de la emperatriz Gala. Tras dejar a Arcadio, de diecisiete años, en Constantinopla, Serena partió de la capital oriental con Honorio, de diez años, Gala Placidia, de unos tres, y todo su personal, y llegó a Milán justo a tiempo para presenciar la muerte del emperador el 17 de enero de 395. Tal y como estaba decretado, sus dos hijos asumieron el poder imperial bajo la influencia dominante de sus tutores militares, Rufino en Oriente y Estilicón en Occidente. Es probable que Teodosio dispusiera que su hermanastra se criara en la casa imperial de Serena y Estilicón, donde Gala Placidia vivió durante los siete años siguientes. Al planear la división del Imperio, Teodosio tal vez pretendiera evitar que sus hijos se pelearan por la herencia, pero la rivalidad entre las dos cortes de Constantinopla y Milán dificultó cualquier colaboración, sobre todo teniendo en cuenta la juventud y falta de experiencia de los soberanos titulares[12].

El emperador niño Honorio

En enero de 395, a los diez años, Honorio se convirtió en el emperador del Imperio romano de Occidente en la corte milanesa (figura 2), donde en la práctica era Estilicón, su tutor y un general de gran éxito (*magister militum*), quien estaba al mando. Estilicón tuvo tres hijos de su esposa Serena, princesa de linaje imperial, María, Euquerio y Termancia, empleados todos ellos para establecer ventajosas alianzas matrimoniales. En el año 398, María, que contaba unos doce años, se casó con el joven emperador Honorio, de trece, y Euquerio se prometió con Gala Placidia, con lo que la princesa imperial huérfana pasó a incorporarse a la familia de Estilicón. En este último caso, se trató de unos típicos esponsales romanos entre niños, que no llegaron a culminar en matrimonio ni en el esperado nacimiento de una nueva generación. Honorio y María tampoco tuvieron hijos antes de que ella muriera en torno al año 407-408. Estilicón convenció entonces al emperador de que se casara con su segunda hija, Termancia, con lo que trataba de consolidar la posición de su familia dentro de la dinastía reinante.

Sin embargo, a finales del siglo IV Estilicón y la corte imperial de Milán recibieron la noticia de que Alarico, jefe de los visigodos, había asolado Grecia y amenazaba con invadir Italia. En el año 401 ya había cruzado los Alpes Julianos (en el extremo oriental de la cordillera) y sitiado Aquilea. En el invierno de 401-402 asedió Milán y capturó numerosas ciudades. Estilicón derrotó a los godos en el verano de 402 (aunque Alarico escapó con la mayor parte de su caballería), y a continuación aconsejó a Honorio que trasladara la corte fuera de Milán, a una sede más segura. Fue entonces cuando se eligió Rávena como residencia adecuada para los gobernantes de la mitad occidental del Imperio romano.

RÁVENA, CAPITAL DEL IMPERIO

Eligieron la ciudad de Rávena en parte porque se consideraba inexpugnable y en parte por su gran puerto de Classe. La ciudad estaba bien comunicada por medio de conexiones fluviales con el amplio valle del Po, rico en productos agrícolas que podían almacenarse dentro de la ciudad en caso de sitio, aunque protegida por traicioneros pantanos y lagos[13]. Construida en el siglo II a. C. sobre bancos de arena que sobresalían de las aguas circundantes, Rávena seguía el esquema urbanístico típico de población cuadrada, la *quadrata romana*. Se la consideraba una ciudad segura en la que se podía alojar a rehenes o refugiados distinguidos. Bato de Panonia, que había sido obligado a desfilar en el triunfo del emperador Tiberio, fue confinado en lo que era en realidad poco más que una prisión con

ínfulas; asimismo, la esposa del caudillo querusco Arminio crio allí a su hijo. En el año 43 d. C., el emperador Claudio construyó una entrada ceremonial a la ciudad, la Puerta Dorada, cuya fecha constaba en la correspondiente inscripción[14]. El monumento fue demolido en el siglo XVI, pero se conservan dibujos que nos dan una idea de su grandiosidad, así como algunos fragmentos de la elegante decoración escultórica, hoy en el Museo Nacional. En los alrededores de Classe había también una escuela para el entrenamiento de gladiadores, a los que, según se decía, beneficiaba la brisa marina. Al disminuir el peligro de ataques navales, el puerto de Classe se fue adaptando al transporte de mercancías por el Adriático y por el Mediterráneo en general. La construcción de barcos, la fabricación de velas y los conocimientos náuticos necesarios para todo ello continuaron plasmándose en monumentos funerarios, como la estela del siglo II de Publio Longidieno, FABR.NAVALIS («constructor de navíos»[15]).

La gestión del agua era claramente necesaria en la región, donde tantos afluentes del río Po desembocaban en el mar. Dos grandes cursos fluviales, el Padenna y el Lamisa, discurrían en torno a la ciudad y por su interior, formando un amplio foso frente a las murallas y una serie de canales dentro de estas. En el siglo VI, Procopio lo describió así:

> Esta ciudad de Rávena […] no es de fácil acceso ni para los barcos ni para un ejército de tierra, […] para un ejército de tierra el acceso es imposible, pues el río Po […] y otros ríos navegables con algunos estanques circundan por todas partes la ciudad y hacen que esté totalmente rodeada de agua[16].

La gran cantidad de limo que arrastraba el Po hacía que los canales y las bocas de los ríos se obturasen a menudo, y algunos barqueros se encargaban de remover los sedimentos con las pértigas mientras navegaban por las marismas. Los visitantes comentaban que, a pesar de la omnipresencia del agua, Rávena carecía de suministro potable, hasta que, a principios del siglo II, el emperador Trajano ordenó la construcción de un gran acueducto de treinta y cinco kilómetros de longitud para traer agua de los Apeninos[17]. Por otra parte, las inundaciones y los terremotos de los años 393, 429, 443 y 467 provocaron el hundimiento de algunos edificios, que resultaron gravemente afectados.

Los tres núcleos de población íntimamente unidos —Rávena, Cesarea y Classe— ya habían atraído la atención de los emperadores del siglo IV como centro de vigilancia de la actividad marítima y comercial en el Adriático. De hecho, Honorio visitó la ciudad en el año 399, cuando unió la provincia de Flaminia con la vecina de Picenum, una región costera situada más al sur. Así, potenciada como

sede gubernativa, Rávena se dotó de un completo conjunto de edificios administrativos y culturales romanos, así como de algunas impresionantes villas como la *Domus dei Tappeti di Pietra* («Casa de las Alfombras de Piedra»). En su antiguo recinto amurallado, la Puerta Dorada constituía una entrada triunfal de una monumentalidad singular, que conducía al corazón de la urbe pasando por una zona asociada a Hércules (quizá un templo), el teatro y otros equipamientos urbanos. Entre los tres núcleos habitados, podían albergar y mantener grandes contingentes de refuerzo, como el destacamento de cuatro mil soldados, enviado desde Constantinopla a principios del siglo V, que permaneció en Rávena. Como todas las ciudades romanas, Rávena estaba gobernada por un ayuntamiento (*curia*) formado por magistrados elegidos anualmente para recaudar impuestos, proporcionar servicios básicos y mantener las murallas y los edificios públicos de la ciudad, aunque el ayuntamiento estaba subordinado, en última instancia, al comandante de la flota.

Además del gobernador y el comandante naval, la ciudad también tenía un obispo, cuyo rango era bastante menor que el de sus homólogos de Milán y Aquilea. Severo es el primer obispo del que se tiene constancia que asistió a un concilio eclesiástico, el celebrado en Serdica en el año 343 (figura 52). Las primeras referencias a la presencia cristiana en la zona aparecen en Classe, donde se decía que se hallaban las reliquias de varios de los primeros mártires cristianos, especialmente san Apolinar, que más tarde fue identificado como el primer obispo de la ciudad. Es muy probable que los primeros obispos residieran allí, pero la sede episcopal se trasladó a Rávena en cuanto se estableció en ella la corte imperial, y la construcción de la primera catedral se inició probablemente a principios del siglo V. En el invierno de 402-403, cuando acogió al emperador y su corte, la urbe tripartita de la costa adriática asumió su nuevo papel de capital del Imperio de Occidente.

Ningún autor de la época nos ha brindado una descripción de este proceso ni de cómo recibió la ciudad a Honorio, pero podemos imaginar que entró a caballo por la Puerta Dorada, acompañado de su guardia personal, para ser reconocido por el comandante de la flota, el gobernador de la provincia y el obispo, además de ser aclamado por los raveneses. La mayor parte del equipo, el mobiliario, los archivos y el personal de apoyo de la corte probablemente llegaron por vía fluvial, transportados a lo largo del Po desde Milán. La presencia del emperador en Rávena en diciembre de 402 la confirman las leyes promulgadas allí y las monedas acuñadas en su nombre en la nueva ceca que él mismo creó[18]. Al igual que otras capitales fundadas en los siglos III y IV, Rávena experimentó una gran expansión, ya que se construyeron rápidamente alojamientos nuevos y más importantes

para la corte, parte del ejército, la nutrida burocracia del Gobierno imperial, los funcionarios y sus familias, el clero cristiano, los comerciantes y los artesanos, que habían acompañado a la corte a su nueva sede. La transformación de una ciudad romana bastante pequeña, aunque con un gran puerto, en el centro principal de la mitad occidental del Imperio solo se logró mediante inversiones cuantiosas y a gran escala, que seguramente solo estaban al alcance del emperador y su círculo inmediato de funcionarios, mientras que el Gobierno municipal debió de ver disminuida su acostumbrada autonomía; a mediados del siglo V, época para la que tenemos documentación parcial de su actividad, parece que la administración municipal estaba más preocupada por el mantenimiento de los archivos locales que por la recaudación de impuestos.

No toda la élite gobernante del Imperio de Occidente aprobaba la elección de Rávena; algunos senadores confiaban en que el emperador volviera a residir en Roma, y otros asesores militares recomendaban que Arlés fuera el nuevo centro de gobierno. Honorio, que se daba perfecta cuenta de la frustración de los partidarios de la capitalidad de Roma, insistía en visitar a menudo la Ciudad Eterna, en marcado contraste con el abandono en que la había tenido su padre. A finales del año 403 celebró una entrada imperial (*adventus*) en Roma para conmemorar la victoria militar de Estilicón en Pollentia (la actual Pollenza), que había protegido a la ciudad y al emperador de las fuerzas godas que habían invadido Italia acaudilladas por Alarico (401-403[19]). Tras su entrada ceremonial, Honorio se retiró al palacio imperial del Palatino, y en Año Nuevo el Senado le nombró cónsul para el año 404. Asumir dicho cargo conllevó más desfiles y procesiones en el palacio y en el Foro, que culminaron con la presidencia por parte del emperador de desfiles militares, juegos y carreras de cuadrigas en el Circo Máximo, todo pagado por él en su calidad de nuevo cónsul. Estas ceremonias, en las que los senadores solían gastar grandes sumas de dinero para asegurar la promoción de sus hijos, simbolizaban el estatus asociado a los títulos honoríficos, así como las tradiciones romanas de fastuosos espectáculos populares[20].

Aunque Rávena no pudiera competir con estas arraigadas tradiciones, Honorio retomó la tarea de crear una infraestructura para la corte y la administración imperial en su nueva sede, construir grandes iglesias para la población católica y embellecer la ciudad. Honorio, que había confiado a Estilicón la defensa y el nombramiento de administradores civiles, al parecer había renunciado a toda ambición de gobernar a la manera de los emperadores precedentes. Aun así, el traslado a Rávena garantizó la supervivencia de la dinastía teodosiana y proporcionó a su hermanastra Gala Placidia un entorno cortesano estable en el que educarse. Bajo el patrocinio de Honorio,

que luego continuaría Gala Placidia, la ciudad se dotó de un primer conjunto de edificios extraordinarios que marcarían su condición de nueva capital del Imperio romano de Occidente.

Primera parte

390-450
Gala Placidia

2
Gala Placidia, princesa teodosiana

La hermanastra de Honorio, Gala Placidia, desempeñó un papel clave en el desarrollo de Rávena, donde dejó una huella imperial imborrable. Fue una figura absolutamente atípica, no solo por el carácter turbulento de su vida, sino también por su linaje. Tanto a través de sus padres como por su experiencia, encarnó el carácter cambiante del Imperio romano, en el que el gobierno imperial llegó a ser compartido por diferentes emperadores de Oriente y Occidente que estaban interrelacionados, gobernaban de común acuerdo y rivalizaban constantemente en rango y poder, mientras que los líderes militares no romanos, a menudo cristianos, desafiaban a las familias gobernantes. Gala Placidia nació en Constantinopla, donde murió su madre en 394, tras lo cual su padre, Teodosio, ordenó a Serena que la llevara a Occidente, como ya hemos visto. A la muerte de Teodosio, en enero de 395, Honorio, hermanastro de Gala Placidia, se convirtió en emperador nominal de Occidente, y Gala Placidia, su nodriza Elpidia y algunos sirvientes personales se instalaron en Milán, cerca de Serena y Estilicón y sus tres hijos mayores.

En la corte imperial de Milán, Gala Placidia debió de oír historias sobre su abuela, la poderosa emperatriz Justina, enérgica defensora del arrianismo en la ciudad contra la fe católica que propugnaba el obispo Ambrosio. Debieron de hablarle de su tío Valentiniano II, que se vio obligado a huir de Milán en 387, cuando el usurpador Máximo capturó la ciudad. Toda la familia imperial —incluida su madre, Gala, hermana menor de Valentiniano— se embarcó rumbo al puerto seguro de Tesalónica. Allí, la emperatriz Justina arregló el matrimonio de los padres de Gala Placidia, y Teodosio aceptó restablecer a Valentiniano II en el trono. Desde sus primeros años como princesa huérfana, Gala Placidia fue muy consciente de su linaje imperial y de la influencia dominante de su abuela Justina en la política. En Milán también debió de enterarse de más detalles sobre sus padres que los que sus ayas y doncellas seguramente le habían contado en Constantinopla.

A lo largo de su vida, Gala Placidia se movió con facilidad por todo el mundo romano, desde Constantinopla hasta Roma y más al oeste hasta la Galia e Hispania, aunque estas últimas regiones ya no

estuvieran bajo el control imperial. Sin embargo, formaban parte de la nueva cristiandad, un mundo unido por la fe cristiana que reconocía el dominio de romanos y no romanos por igual. Dentro de este universo de fe compartida, antaño romano y en esa época ya mucho más extenso, no había lugar en el que Gala Placidia se sintiera extranjera, aunque pasaría la mayor parte de su vida adulta en Rávena.

En el año 402, cuando toda la corte abandonó Milán para dirigirse a Rávena, el reducido círculo de Gala Placidia se desplazó con ella a un sitio seguro. Es muy probable que la muchacha, de unos diez años, se alojara en un palacio de la recién designada capital imperial, cerca de Honorio, o con Serena y Estilicón, que también tenían una casa en Roma. Está claro que Gala Placidia conocía ambas ciudades y que fue testigo de la apasionante transformación de Rávena, con la construcción de nuevos edificios para albergar la corte, las dependencias del Gobierno y las tropas, así como con el comienzo de las obras de la nueva catedral a cargo del obispo Urso. Lo más seguro es que Serena se ocupara de darle a Gala Placidia la educación propia de una princesa de la dinastía gobernante, que pasaba por la lectura de los clásicos en latín y griego, y el estudio de la historia imperial. Si tomamos como ejemplo de educación imperial el discurso que pronunció Claudiano para celebrar el matrimonio de Honorio con María, la hija mayor de Estilicón y Serena, esta última debió de leer con Gala Placidia obras literarias, así como enseñarle a coser y a bordar, y a comportarse como debía hacerlo una emperatriz[1].

Las invasiones bárbaras

Tres años después del traslado de la corte a Rávena, el 31 de diciembre de 405, las fuerzas germánicas cruzaron la frontera del Rin, que atravesaron en una espectacular ofensiva. En Britania, las tropas romanas, con su general Constantino al frente, se alzaron en una rebelión que se extendió al otro lado del canal de la Mancha hasta el norte de la Galia, donde el general se autoproclamó emperador con el nombre de Constantino III. A pesar de la contundente respuesta militar del general Saro, enviado desde Rávena para frenar la revuelta, a finales de 407 Constantino había conseguido establecer su autoridad en Arlés y acuñar su propia moneda, mientras suevos, vándalos y alanos devastaban la Galia y avanzaban hacia los Pirineos. Estilicón desempeñó un papel fundamental en la derrota de los invasores, pero la combinación de una revuelta interna con la incursión de un número tan grande de fuerzas bárbaras redujo en gran medida el control imperial de los territorios occidentales. En medio de la agitación y el caos reinantes, los funcionarios imperiales, incapaces de mantener la

administración militar, dejaron que las ciudades y los terratenientes se defendieran como pudieran. En abril de 406, Honorio había promulgado una ley que prometía la libertad a todos los esclavos que se ofrecieran a luchar junto con sus amos contra los invasores, lo que ya de por sí indica una desesperación cada vez mayor[2].

Además de las violentas perturbaciones que se producían al norte de los Alpes, los visigodos insistían en su afán de invadir Italia, como había predicho Estilicón, quien decidió utilizar a los godos contra el usurpador, Constantino III, de modo que forjó una alianza con el rey godo Alarico, en virtud de la cual Honorio se vio obligado a nombrar a este conde de Iliria, un cargo militar de alto rango pero a las órdenes de Estilicón. Ahora bien, cuando la ejecución de un plan militar concreto se retrasó y las fuerzas romanas no participaron como se había acordado, el líder godo exigió que le pagaran por los servicios prestados, que cuantificaba en cuatro mil libras de oro. Como la corte imperial no disponía de fondos suficientes, a principios del año 408 Estilicón y Honorio fueron a Roma para intentar convencer al Senado de que aportara los recursos. La política del general, conciliadora con Alarico, fue sometida al beneplácito del Senado, que, tras escuchar un primer discurso de Estilicón, votó en su contra y a favor de luchar contra los godos; sin embargo, tras una segunda intervención del general, los senadores reconsideraron su postura y aceptaron la exigencia de cuatro mil libras de oro. La cuantiosa suma tuvo el efecto deseado de aplacar a Alarico.

El 1 de mayo de 408 murió en Constantinopla el emperador Arcadio, con un heredero al trono de siete años, su hijo Teodosio II, lo que desató una profunda crisis. Honorio se convirtió en el emperador mayor, con autoridad sobre el emperador niño de Oriente, que no podría gobernar en solitario durante un decenio. Mientras Honorio y Estilicón discutían sobre la mejor manera de consolidar dicha autoridad, otros consejeros del soberano insinuaban que el segundo de ellos pretendía hacerse con el poder imperial, bien para sí, bien para su hijo Euquerio. Aprovechando estos rumores, Alarico volvió a invadir Italia, lo que provocó el amotinamiento de una parte del ejército romano en Pavía. Ante esta combinación de amenazas políticas y militares, Estilicón se encontró sin tropas ni aliados suficientes y buscó refugio en una iglesia de Rávena. Honorio lo condenó a muerte y Estilicón fue decapitado el 22 de agosto de 408. El emperador no solo mandó matar a su suegro, sino que también ordenó que detuvieran a Euquerio y devolvió a Roma a su esposa, la emperatriz Termancia, junto con su madre, Serena. Todos los partidarios de Estilicón fueron perseguidos; Euquerio acabó ejecutado y, en octubre de 408, Serena fue condenada a muerte en Roma, presuntamente por prestar apoyo a los godos (se rumoreó que Gala

Placidia dio el visto bueno a la condena). El conflicto entre romanos abrió el camino para que Alarico marchara sobre Roma[3].

El saqueo de Roma

En el invierno de 408, Alarico inició el primero de los tres asedios a los que sometió a la ciudad, que sufrió grandes penalidades porque los godos se hicieron con el control de todos los accesos y de los suministros de cereales. Tras unas negociaciones de paz que consiguieron levantar brevemente el primer sitio, Honorio, desde Rávena, se negó a cumplir lo pactado y, en abril de 409, los godos regresaron. Las embajadas iban y venían entre el Senado de Roma y la corte de Rávena, mientras Alarico insistía una y otra vez en su deseo de firmar un tratado con el Gobierno imperial y de que lo nombraran comandante militar supremo de las fuerzas romanas de Occidente, peticiones a las que el emperador también se negó reiteradamente. Tras la muerte de sus tutores, Estilicón y Serena, Gala Placidia, de unos dieciocho años, se encontraba en Roma, en una situación muy peligrosa. Es posible que intentara abandonar la ciudad, quizá para huir a Rávena, pero, en un episodio de enorme dramatismo, los godos la apresaron y la retuvieron en su campamento[4].

A finales del año 409, Alarico obligó al Senado a elegir un emperador rival en Roma en sustitución de Honorio, y volvió a exigir que lo nombrasen comandante militar supremo. El emperador elegido, Prisco Átalo, aceptó de inmediato que Alarico se pusiera al frente de las tropas que enviaron a sitiar Rávena, donde Honorio, al verse amenazado por el brillante general visigodo, se dispuso a huir en barco de la ciudad. Sin embargo, la llegada de un contingente militar de unos cuatro mil soldados procedentes de Oriente, así como de los fondos recaudados por la administración leal en África, le hizo cambiar de planes, además de confirmar lo acertado de la elección de Rávena como capital[5]. Con estos refuerzos militares y económicos, Honorio ordenó atacar a los godos durante la tregua declarada mientras se entablaban negociaciones. La ofensiva enfureció tanto a Alarico que volvió de inmediato a Roma para asediarla por tercera vez. Si las negociaciones no se hubieran roto, quizá habrían liberado a Gala Placidia y se habría llegado a un nuevo pacto con los godos.

En esta ocasión Roma capituló rápidamente. El 24 de agosto de 410, los godos de Alarico entraron en la ciudad y la saquearon durante tres días. Este acontecimiento, símbolo de una decadencia imperial inimaginable, traumatizó a san Agustín en Hipona, en el norte de África, suscitó las lamentaciones de san Jerónimo en Jerusalén y fue atribuido más tarde al declive del culto pagano por el

historiador Zósimo en Constantinopla. Como en Roma no quedaban víveres, Alarico no tuvo más remedio que abandonar la capital una vez saqueada.

Cargado con el botín, el caudillo godo condujo sus fuerzas hacia el sur, llevándose consigo al exemperador Átalo y a un grupo de rehenes de la aristocracia romana, entre los que se encontraba Gala Placidia[6]. Los vencedores partieron con sus distinguidos prisioneros en busca de suministros y un lugar donde instalarse de forma permanente, y esperaban encontrar ambas cosas en Sicilia. Pero el plan de cruzar el estrecho de Mesina se vio frustrado por una tormenta, y los godos tuvieron que volver. Alarico enfermó y murió antes de finalizar el año, y su cuñado y sucesor, Ataúlfo, se dio cuenta de que los godos estaban atrapados en la bota de Italia sin fuerzas navales ni conocimientos marítimos. Así pues, tras devastar las provincias del sur, atravesó con los godos la península itálica, cruzó los Alpes y se adentró en el sur de la Galia. Llevaban casi diez años en constante movimiento, incapaces de convencer a las autoridades romanas de su valor como aliados militares que querían establecerse en tierras que pudieran controlar, siguiendo el modelo de la concesión de Teodosio I a las anteriores tribus godas que se habían trasladado a la parte oriental del Imperio romano en la década de 380. Y se llevaron a su rehén más preciado, la princesa Gala Placidia, cuyo hermanastro, el emperador Honorio, permanecía a salvo tras los muros de Rávena.

La vida con los Godos

No cabe duda de que Gala Placidia no se imaginaba que fuera a pasar más de tres años yendo de aquí para allá en algún carromato godo. Es de suponer que la trataron bien, como princesa imperial y como valiosa moneda de cambio, pero, por muy respetados que fueran los rehenes romanos, su vida debió de ser incómoda y su futuro, incierto, al albur de los cambios de bando de los godos en sus numerosas batallas con los romanos. Tampoco debía de imaginar que se casaría con el rey godo, pero el 1 de enero de 414 Gala Placidia, de unos veintiún años, contrajo matrimonio con Ataúlfo. El historiador coetáneo Olimpiodoro de Tebas, que escribía en griego en Oriente con información detallada suministrada por testigos presenciales, nos cuenta lo siguiente: «Placidia, vestida con ropas imperiales, estaba sentada en una sala decorada a la romana y a su lado tenía a Ataúlfo, que llevaba un manto de general romano y otras prendas de corte romano». Entre los regalos que Ataúlfo le hizo a su esposa había «cincuenta apuestos jóvenes vestidos de seda, cada uno de los cuales llevaba en la mano dos grandes bandejas, una llena de oro y la otra de

piedras preciosas, o, mejor dicho, sin precio, pues eran el fruto del saqueo godo de Roma». En primer lugar, el senador romano y exemperador Atalo entonó el correspondiente canto nupcial, y, acto seguido, los demás rehenes de la aristocracia se unieron a la celebración del matrimonio al estilo tradicional romano[7].

Esta boda tan insólita revela un hecho muy simbólico que tuvo una influencia clave en la vida de Gala Placidia: los godos que la habían capturado deseaban mostrar su adhesión a las costumbres romanas; la princesa imperial que había sido su prisionera reconoció la fuerza de los godos y aprovechó la celebración para influir en su nuevo marido. La boda siguió los procedimientos tradicionales romanos, en los que la religión no desempeñaba papel alguno, aunque los novios fueran cristianos, si bien de «ortodoxias» opuestas. Surgió así el símbolo de una nueva civilización, que combinaba las tradiciones militares godas y las culturales romanas. Más tarde, en el año 414, o a principios de 415, la pareja celebró el nacimiento de su primer hijo, al que llamaron Teodosio en honor a su abuelo materno, al estilo tradicional romano. De este modo, Gala Placidia se lo presentó a los godos como el vaticinio de una nueva unión entre sus dos pueblos. Ataúlfo anunció su intención de restablecer el Imperio romano en versión goda, en la que su hijo gobernaría sobre ambas comunidades. Se reconocería así la capacidad de los godos para sostener el Imperio romano, integrándolos en su administración, mejorando su estatus y difundiendo entre ellos el uso del latín y una educación general a la romana. Ataúlfo incorporó varios elementos del derecho romano a su propio código jurídico, seguramente por influencia de Gala Placidia[8].

Dado que muy pocos autores no romanos nos han dejado testimonio de cómo sus pueblos invadieron el Imperio romano de Occidente, este acontecimiento casi siempre se ha estudiado desde el punto de vista de los autores romanos y cristianos como algo básicamente violento, destructivo y sangriento. Por eso suele pasarse por alto el hecho de que la máxima aspiración de algunos grupos de bárbaros era que los aceptasen como integrantes federados del sistema de gobierno romano, dispuestos a luchar lealmente por el emperador. La búsqueda por parte de Alarico de un territorio en el que su pueblo pudiera asentarse, obedecer las leyes imperiales y vivir en paz llevó a Ataúlfo a casarse con Gala Placidia, una forma personal de proclamar su voluntad de cooperación entre culturas distintas.

La gran ambición del matrimonio se desmoronó con la muerte del pequeño Teodosio en el año 415, después de que los godos entraran en Hispania tras cruzar los Pirineos. Enterraron al niño en un ataúd de plata en una iglesia de las inmediaciones de Barcelona. Poco después, Ataúlfo fue asesinado por uno de sus mozos de cuadra, presumiblemente por orden de Sigerico, quien le sucedió en el trono y

humilló a su viuda obligándola a salir a pie de Barcelona, recorrer veinte kilómetros delante del carro de Sigerico y andar otros tantos de vuelta a la ciudad. Aunque Sigerico no ciñó mucho tiempo la corona, Gala Placidia permaneció cautiva[9].

Los primeros años de la vida de Gala Placidia han dado a los historiadores de todas las épocas una oportunidad como pocas de dejar volar la imaginación. ¿Se «pasó al bando de los godos» fuera de Roma porque creía que representaban un futuro más viable que el que ofrecía su hermanastro Honorio? ¿Imaginó que podría sobrevivir como princesa romana cohabitando con ellos? Si es así, ¿cómo pudo la hija de un emperador, educada para ser emperatriz, tolerar la ignominia de casarse con un godo? ¿O acaso se enamoró del joven monarca durante los tres largos años en que deambuló en carros de madera por caminos pedregosos y sin pavimentar[10]?

Estas especulaciones sobre lo que hizo o dejó de hacer Gala Placidia reflejan una concepción errónea del margen de elección individual de las mujeres imperiales. Educada por los miembros de la dinastía gobernante para desempeñar el papel que se esperaba de una princesa imperial, Gala Placidia conocía a la perfección su estatus; personificaba las tradiciones y los deberes imperiales, lo que debió de permitirle negociar de un modo más o menos ventajoso su posición entre los no romanos. Ahora bien, sus opiniones personales estaban marcadas por una concepción de lo femenino imperial que dotaba a las mujeres de la dinastía gobernante de la capacidad de ejercer el liderazgo. Gala Placidia había sido educada para desempeñarlo al más alto nivel. En la corte imperial de Rávena, y en Roma con Serena y Estilicón, la habían preparado para la vida imperial, aunque acabara casada con un godo.

En 413, Honorio y su general Constancio intentaron negociar su liberación, pero es posible que Gala Placidia no estuviera al tanto de sus esfuerzos. Lo cierto es que en el año 415, tras la muerte de su hijo y de su marido, su futuro como rehén entre los godos no parecía muy prometedor.

3
Honorio (395-423) y el desarrollo de Rávena

Mientras Gala Placidia vivía con los godos, el control de los romanos sobre las provincias occidentales se desvanecía poco a poco. A partir del año 383, la provincia más septentrional del Imperio, al sur del Muro de Adriano, fue alejándose de las manos imperiales, y en 410, mientras los godos asediaban Roma, Honorio respondió a las peticiones de ayuda militar de la provincia de Britania enviando una carta en la que aconsejaba a sus ciudades que se ocuparan por sí mismas de su defensa, una medida que en su momento se consideró temporal, pero que acabó siendo permanente. Gran Bretaña quedó abandonada a sus habitantes indígenas y a las numerosas fuerzas hostiles que la invadían y que acabarían asentándose en ella. La carta del emperador era una clara señal de que el viejo mundo romano se replegaba sobre el núcleo italiano, aunque su nuevo centro oriental de Constantinopla se expandiera.

El asalto de los godos a Roma del año 410 confirmó que el larguísimo perímetro amurallado de la ciudad era imposible de defender sin una guarnición militar mucho más nutrida. Además, dependía demasiado de su puerto de Ostia como para sobrevivir a un largo asedio. Rávena, en cambio, era mucho más segura y fácil de defender, y la decisión de Honorio de trasladarse de Milán a Rávena parecía plenamente justificada en vista de la constante ruptura de las defensas imperiales ante el avance de las fuerzas militares no romanas. Así pues, el emperador comenzó a dar lustre a su nueva capital y su corte con edificios de una majestuosidad acorde. Aunque son pocas las fuentes literarias que lo mencionan, el registro arqueológico indica que Honorio residió en una gran villa de las afueras de Rávena construida en el siglo I d. C., al sudeste de la actual iglesia de San Apolinar el Nuevo, más allá de las murallas originales de la ciudad. Tenía en su centro un gran peristilo con salas de recepción y habitaciones en los lados norte y sur, ampliado a principios del siglo V con un comedor absidal. El descubrimiento de mosaicos en el suelo con escenas circenses, entre las que figura un auriga victorioso de la facción verde, indica que estaba lujosamente decorada[1]. Las facciones verde, azul, blanca y roja organizaban

carreras de cuadrigas y otros espectáculos públicos en el circo de Rávena según el modelo de Roma y de las demás capitales imperiales, como Tesalónica. Aunque hasta hoy no se ha encontrado ningún rastro de esta gran estructura, se ha identificado su emplazamiento con un lugar cercano al palacio, y los mosaicos con escenas del hipódromo reflejan la gran afición que había a estos deportes tradicionales. Más tarde, Valentiniano III celebró el Año Nuevo con juegos y carreras de carros en el circo de Rávena, y a mediados del siglo VII se expuso allí la cabeza de un rebelde. Honorio decoró su palacio con esculturas romanas de épocas anteriores y con estatuas que lo representaban a él, entre las que seguramente se hallaba una enorme de pórfido (actualmente sin cabeza[2]).

Es imposible datar con exactitud los nuevos puentes sobre los numerosos canales y afluentes del Po que discurren alrededor, a través y por debajo de la ciudad de Rávena, así como las nuevas fortificaciones del puerto de Classe, pero parece lógico relacionarlos con la llegada de la corte imperial procedente de Milán. Se construyó un nuevo y extenso anillo de robustas fortificaciones de ladrillo, consolidadas con mármoles reaprovechados y otros restos clásicos (*spolia*), para integrar los nuevos edificios gubernamentales, las villas de los cortesanos, la guarnición militar y los monumentos públicos dentro del área urbana. No hay consenso sobre su fecha, pero, si Honorio no ordenó su construcción, es de suponer que la ciudad contaba con defensas adecuadas que fueron ampliadas posteriormente por Valentiniano III. La actividad constructora de Honorio quizá implicara la adaptación y el expolio de edificios más antiguos, así como la construcción de otros nuevos para albergar su corte y sus dependencias administrativas[3].

Una de las instituciones clave asociadas a esta actividad apremiante es la ceca imperial, de la que tenemos constancia desde 402, año del traslado de la corte a Rávena. Dado que el control de los metales preciosos revestía siempre una gran importancia para los gobernantes, las cecas solían estar situadas en las residencias imperiales. Las primeras monedas de oro —sólidos— acuñadas en nombre de Honorio en Rávena se batieron probablemente en un edificio excavado hace poco, la *Moneta Aurea* (destinado a la acuñación de monedas de oro), que al parecer se hallaba muy cerca del palacio de Honorio, si es que no formaba parte de él[4]. También había otra ceca en la que se batían monedas de bronce de uso cotidiano. Un monumento relacionado con estos lugares es el *miliarium aureum*, el «miliario de oro», que probablemente se erigiera en el Foro de Rávena para marcar el punto desde el que debían medirse todas las distancias. El modelo de este indicador situado en el centro del Foro era el miliario del corazón de la antigua Roma,

copiado primero en Constantinopla y luego en Rávena.

Agnelo, el primer historiador de Rávena

Gran parte de la información sobre esta época importantísima del crecimiento de Rávena la registró cuatrocientos años más tarde un clérigo del siglo IX llamado Agnelo. Es el primer historiador de Rávena, un ravenés orgulloso de serlo que se esforzó por relatar la vida de todos sus obispos. Su libro sobre los cuarenta y seis mitrados de Rávena, desde el mítico fundador san Apolinar hasta el arzobispo Jorge, contemporáneo del propio Agnelo, toma por modelo la obra consagrada a todos los obispos de Roma —el *Liber pontificalis*, «Libro de los pontífices»— y tiene su paralelo en otras listas parecidas[5]. Incluye muchos detalles curiosos derivados de fuentes locales, así como de la sabiduría popular, a menudo inventados y nada fiables. A pesar de ello, Agnelo se empeñó en conocer a los obispos de Rávena y reseguir su historia a partir de los edificios, tumbas, inscripciones, mosaicos y objetos litúrgicos, como los paños de altar, que había visto. El especial cuidado con el que copió las inscripciones de edificios que hoy ya no existen nos permite leer las sorprendentes explicaciones de lo que cada obispo pretendía conseguir con su mecenazgo. Su interés por esta clase de detalles lo llevó también a incluir numerosas anécdotas e historias divertidas que aprendió de raveneses ancianos, probablemente adornadas por la transmisión oral y reelaboradas cada vez que las relataban. A pesar de todo, Agnelo es un maestro de la historia local y sin su *Libro de los pontífices de Rávena* habría un agujero enorme en la historiografía de la ciudad.

Para las vidas de los primeros obispos de Rávena, Agnelo encontró muy poca información fidedigna y recurrió a la invención de historias y breves sermones convenientemente edificantes que pone en boca de los prelados o con los que caracteriza su actividad. Como no tenemos documentación que nos permita situarlos en el tiempo, la fijación del orden cronológico en el que ocuparon la sede ha suscitado un intenso debate. Sin embargo, siempre que Agnelo encontraba la tumba de un obispo, anotaba su emplazamiento y, de este modo, asociaba a los líderes eclesiásticos con edificios concretos, como la iglesia de San Probo en Classe, donde se enterró a muchos de los primeros obispos[6]. Localizó algunas tumbas en monasterios, lo que nos proporciona una valiosa información sobre el desarrollo de los santuarios, capillas o comunidades propiamente monásticas en Rávena o sus alrededores, como el obispo Liberio, «el tercero de ese nombre», que recibió sepultura en la capilla de San Pulio que él fundó, «no lejos de la Porta Novara», o Florencio, el decimocuarto obispo, enterrado en

otra capilla dedicada a santa Petronila, «pegada a los muros de la iglesia de los Santos Apóstoles»[7]. Sin embargo, a partir de la época del obispo Urso, Agnelo anota muchos más detalles, probablemente porque Rávena sufrió una gran transformación a principios del siglo V. Y al llegar a la segunda mitad del siglo VIII, época de su infancia y juventud, Agnelo recurre a su experiencia personal.

El *Liber pontificalis ecclesiae Ravennatis* de Agnelo toma como fuente lo que debió de ser una de las crónicas locales más útiles, los *Anales de Rávena*, una relación de los acontecimientos más importantes acaecidos en la ciudad año tras año, escrita en el siglo V, pero actualmente perdida. Los *Anales* tenían el mismo formato que otras crónicas ravenesas, que funcionaban como una especie de calendario a partir de los nombres de los dos cónsules romanos designados para ejercer el cargo cada año a partir del primer día de enero. La tragedia para los historiadores de Rávena es que solo se haya conservado media página del único manuscrito de los *Anales*, con sus imágenes diminutas, en el archivo de la catedral de Merseburgo (figuras 25 y 26)[8]. Lo que habría sido una fuente clave de la vida en Rávena y uno de los raros anales ilustrados del Bajo Imperio fue devorado por el tiempo. Sin embargo, de este fragmento podemos extraer informaciones muy útiles sobre años concretos y dibujos que documentan acontecimientos como terremotos, además de servirnos de recordatorio de los muchos textos, como las *Historias* escritas por el arzobispo Maximiano, que se han perdido.

Los papiros

La ausencia de textos históricos de la época se ve paliada en parte por una serie de documentos escritos en papiro, que constituía el material de escritura básico de la ciudad y que se siguió importando de Egipto hasta bien entrado el siglo VIII. Los papiros que se conservan, algunos en el palacio arzobispal de Rávena y otros dispersos por multitud de museos europeos, reflejan las actividades del Gobierno municipal romano tradicional a través de asambleas periódicas, en las que se legalizaban los documentos y se registraban en el archivo de la ciudad (*gesta municipalia*). Desde el más antiguo conservado, que data de 433, hasta los más recientes, de finales del siglo VI, los papiros dejan constancia de la intervención de varias familias locales en el gobierno municipal, que ejercía algunas funciones jurídicas básicas. Todos los años, el concejo elegía a los encargados de presidir las asambleas. La repetición de los mismos apellidos entre estos *quinquinealis*, *decemviri*, *praesidii*, etcétera, refleja la hegemonía de la élite local, que tenía a su cargo la gestión de las finanzas de la ciudad, desde los impuestos

hasta la compra de grano y otros alimentos básicos. Así, podemos entrever cuáles fueron las familias que se repartieron el gobierno local durante décadas, si no siglos. Nombres como Melminio y Pompulio se repiten, al pasar los cargos de padres a hijos y nietos, mientras que las listas de personajes menos ilustres que fueron testigos de las decisiones anotadas por los escribas municipales aportan una información igual de fascinante. Las inscripciones funerarias nos proporcionan los nombres de ciudadanos concretos y a veces sus profesiones, como el homenaje de Aurelia Domicia a su incomparable esposo o el diminuto sarcófago que sus padres dispusieron para Licinia Valeria, que solo vivió un año, seis meses y seis días[9].

En todas las grandes ciudades italianas se archivaban documentos en papiro parecidos, pero no se conservan muchos; en Roma casi ninguno, y en Nápoles unos pocos. Los archivos de Rávena, en cambio, presentan un amplio abanico de asuntos locales. Debido a las fórmulas jurídicas que debían emplearse, los métodos de trabajo están muy claros y puede identificarse a personas con tareas concretas. El documento del año 433 se ha reconstruido a partir de seis pequeños fragmentos de papiro reutilizados posteriormente en la encuadernación de un libro. Se trata de un pleito entre dos individuos (el más joven de los cuales se llamaba Lagaliano, mientras que el otro era su suegro) y una iglesia (cuyo nombre no se indica), a la que representa un notario (*notarius*) llamado Contio. Los dos hombres habían apelado a los emperadores, Teodosio II y Valentiniano III, y habían recibido un rescripto (una resolución) que les imponía el pago de una cantidad determinada. Contio asistió a la vista judicial en la que se leyó el rescripto, y el suegro de Lagaliano aceptó pagar la multa. El rescripto se registró oficialmente en el archivo del tribunal (*gesta municipalia*). El suegro firmó además una *cautio* (promesa de pago) y juró que lo haría efectivo en el plazo establecido, tras lo cual la *cautio* también se registró en la *gesta*[10]. Este procedimiento garantizaba la legalidad de las decisiones adoptadas.

El gobierno municipal

Durante siglos, los hombres nacidos libres de todas las principales ciudades del Imperio romano que poseyeran una determinada cantidad de bienes estaban obligados a formar parte del concejo que gobernaba la ciudad. Cada concejo o ayuntamiento debía estar formado por cien miembros, cuya tarea principal era recaudar impuestos, y la autonomía de la ciudad solo estaba asegurada mientras se recaudara la suma necesaria para pagar la defensa local, la provisión de alimentos, el mantenimiento de las infraestructuras, la

seguridad y las celebraciones. El sistema había funcionado eficazmente mientras las familias ilustres habían competido por formar parte del concejo, pero, a medida que el coste de las tareas curiales aumentaba, los hombres que cumplían los requisitos estaban cada vez menos dispuestos a incorporarse a él. Después de que Constantino I dispusiera que el clero cristiano estaría exento de este servicio, muchos de los curiales se habían ordenado para eludir sus responsabilidades, mientras que otros intentaban reclamar una exención parecida para quienes hubieran prestado quince años de servicio en la administración imperial, privilegio que se anuló en el año 436, cuando Valentiniano III fijó el nivel de cualificación en un salario anual de trescientos sólidos, lo que equivalía a poseer ciento cincuenta *jugera* (unas treinta y cinco hectáreas) de tierra. Sin embargo, las numerosas leyes en contra de la ordenación de los miembros de los colegios profesionales y de los artesanos cualificados que hubieran huido al campo y se hubieran casado con campesinas indican que muchos seguían intentando eludir sus responsabilidades en el Gobierno municipal. En 458 se volvió a ordenar a los *curiales* rurales que regresaran a las ciudades de las que habían salido[11].

Así pues, muchas veces las urbes no alcanzaban la cifra usual de cien concejales. Numerosos escritores de los siglos IV y V señalan la dificultad de encontrar suficientes hombres con propiedades, y libres de nacimiento, que pudieran ejercer el cargo. En Rávena, es posible que esto ya ocurriera antes del año 402, cuando la llegada de la corte imperial desde Milán acarreó la pérdida de importancia del concejo; la *curia* quedó subordinada a la administración imperial, aunque siguiera realizando ciertas tareas cotidianas, registrando los contratos mercantiles, las transmisiones de propiedad y, sobre todo, los testamentos por los que los raveneses disponían de sus bienes, en particular las donaciones a la Iglesia de Rávena[12].

El obispo Urso

Aunque Agnelo sabía bastante sobre el emperador Honorio, no anotó nada sobre la llegada de la corte que pueda aclarar la situación de la Iglesia de Rávena en 402. Parece, sin embargo, que Urso era obispo en dicha fecha, porque cuando murió (un 13 de abril, domingo de Pascua, probablemente de 426) se dijo que había ocupado el cargo durante veintiséis años y algunos meses y días (el número exacto no se ha conservado). Agnelo solía encontrar la duración de cada episcopado inscrita en la tumba del obispo, aunque en el caso de Urso no la había visto en persona. «Dicen algunos», escribe, que Urso fue enterrado en la iglesia principal de la ciudad dedicada a la *Anastasis*

(«Resurrección»), fundada por él y llamada Ursiana en su honor. También señala que el sucesor de Urso, Pedro, ocupaba el obispado cuando «la emperatriz Gala Placidia ofreció numerosas dádivas a la Iglesia de Rávena» (lo que indicaría una fecha en torno a 426-450[13]).

Dado que la catedral de Rávena fue constantemente embellecida y (a la postre) destruida, la descripción que hace Agnelo de la catedral a principios del siglo IX es el único testimonio conservado de su decoración en dicha época. Partiendo de sus propias observaciones, Agnelo describe las filas de columnas de los lados norte y sur de la iglesia, lo que indica que el edificio original era la típica basílica paleocristiana. Las paredes estaban cubiertas de piedras preciosas (probablemente mármoles de colores) y la bóveda, de coloridos mosaicos. Agnelo también anota los nombres de las personas que intervinieron en su decoración:

> Euserio y Pablo decoraron la pared del lado reservado a las mujeres [el septentrional], junto al altar de la sagrada Resurrección, que hizo Agatón. El lienzo de la otra pared del lado de los hombres [el meridional] lo adornaron Sacio y Esteban […] y tallaron [*inciserunt*] en estuco varias figuras alegóricas de hombres, animales y cuadrúpedos, formando una composición excelente[14].

Aquí tenemos, pues, los nombres de algunos de los comitentes que pagaron la obra original, y quizá de algunos de los pintores, escultores y yeseros que dejaron constancia de su actividad en las inscripciones dedicatorias.

La catedral de Urso fue construida y adornada de acuerdo con el estilo del momento por artesanos locales u otros que acompañaron a la corte imperial desde Milán, donde tenemos constancia de construcciones y decoraciones comparables de finales del siglo IV y principios del V (por ejemplo, San Aquilino). Emplearon materiales muy variados —placas de mármol, mosaico, fresco y estuco— para crear personificaciones (figuras alegóricas), aves (probablemente) y cuadrúpedos. En el lado este de la catedral, el obispo Urso construyó un baptisterio decorado en un estilo similar, que se utilizaba en la celebración solemne de la Pascua, cuando en la comunidad cristiana se admitía a los que se habían preparado para entrar en ella. A mediados del siglo V, este baptisterio sería reconstruido con una nueva decoración de mosaicos por el obispo Neón, y se conoce ahora como el baptisterio de los Ortodoxos.

Parece probable que fuera la llegada del emperador y su séquito en el año 402 lo que promovió la construcción de una nueva basílica tan grandiosa y lujosamente decorada en la ciudad, antes dominada por monumentos principalmente paganos. Al igual que en Roma, muchas

de las primeras iglesias cristianas estaban situadas junto a cementerios, extramuros, y la decisión de construir dentro de la ciudad reflejaba una nueva determinación de sustituir a los antiguos dioses; Agnelo señala que la catedral ursiana estaba ubicada en una zona que antes se llamaba Herculana (por tanto, dedicada a Hércules), cerca de la puerta Vincileoniana. También menciona que Urso construyó la residencia del obispo, *episcopium*, adosada a la iglesia, cerca de la muralla sudeste, donde el canal de la Fossa Amnis salía de la ciudad bajo el puente de los Molinos, y de una torre que quizá formara parte del acueducto. Agnelo dice que el lugar se llamaba Organaria porque estaba formado en su totalidad por los restos de una serie de mecanismos (*organa*, posiblemente relacionados con molinos hidráulicos o de otro tipo[15]), algo parecido a los molinos del Janículo, en Roma, dispuestos a lo largo del Tíber, que funcionaban con energía hidráulica.

Honorio reforzó la importancia de Rávena elevando el rango del obispo de su nueva capital en detrimento del de Milán, con el argumento que ya había formulado su padre, Teodosio, según el cual la ciudad donde residía el emperador tenía que ser por fuerza la capital eclesiástica. Traspasó seis diócesis sufragáneas de Milán a Rávena, que ganó considerablemente en territorio, así como en ingresos vía impuestos, donaciones y legados personales, pero no le concedió la independencia de Roma[16]. Por el contrario, confirmó su subordinación, perpetuando así una rivalidad entre Rávena y Roma personificada por muchos obispos posteriores, que alcanzaría su punto álgido a mediados del siglo VII.

El gobierno de Honorio

Tras el desastre del saqueo de Roma, Honorio nombró a Constancio general en jefe, y el poeta romano Rutilio Namaciano asumió el principal cargo civil de *magister officiorum*, «responsable de los cargos». En el año 411, el emperador envió a Constancio a derrotar al advenedizo Constantino III, que aún conservaba el poder en Arlés, y su victoria al año siguiente estuvo marcada por la exhibición pública en Rávena de la cabeza del usurpador. En el pequeño fragmento de los *Anales de Rávena* conservado aparece un dibujo de las cabezas empaladas de Constantino y de dos partidarios en la anotación correspondiente al año 412[17]. Constancio también emprendió una campaña en el norte de África para proteger las provincias, cuyos recursos eran tan abundantes que su defensa era clave en toda la estrategia imperial; producían el trigo que tradicionalmente había alimentado a la ciudad de Roma, así como aceite, vino y cerámica de

alta calidad, que se comercializaba en todo el mundo romano. En el año 413, Honorio envió una flota a bloquear la costa del sur de la Galia, lo que obligó a los godos allí establecidos a negociar un tratado de paz.

Durante la siguiente década, Honorio celebró las victorias de sus generales y sus nuevos consulados en Roma y en Rávena. Mientras que su flamante capital era un lugar seguro para la corte y se convirtió en el centro del tradicional estilo imperial de gobierno burocrático, Roma seguía siendo el centro de las ceremonias imperiales y el escenario idóneo para el mausoleo que construyó Honorio, que enterró allí a su primera esposa, María, en 407-408. Con el asesinato de Estilicón, que había sido su tutor y comandante militar de gran éxito, Honorio acabó con la influencia de un consejero experimentado, repudió a su segunda esposa, Termancia, y permitió además la muerte de Serena. Tras el saqueo de Roma, Honorio visitó la ciudad en varias ocasiones para tranquilizar a los supervivientes, restablecer su autoridad ante la aristocracia y distribuir títulos de alto rango entre destacados senadores. Sin embargo, no volvió a casarse y, por tanto, no tuvo ningún heredero que le sucediera en el trono imperial. Afortunadamente para la dinastía, su hermanastra Gala Placidia pudo llenar este vacío, como veremos.

4
Gala Placidia en la corte de Occidente

En el año 415, los godos del sur de la Galia, que llevaban dos años bloqueados por la flota del emperador Honorio y estaban desesperados por conseguir alimentos, enviaron varias embajadas a Rávena y, a finales de ese año (o principios de 416) canjearon a su rehén de honor, Gala Placidia, por seiscientas mil medidas de cereales. Para organizar un envío tan grande, los funcionarios imperiales probablemente recurrieron a los suministros del norte de África o de Sicilia. La princesa, de unos veinticuatro años, viuda del rey godo Ataúlfo, fue escoltada en su regreso a Roma por los enviados de Honorio, que también consiguieron la liberación de los demás rehenes romanos. Además, la acompañaba y protegía una guardia de soldados godos, que permanecieron con ella a partir de entonces[1].

Como única hija de Teodosio y hermanastra de los emperadores Arcadio y Honorio, Gala Placidia era la segunda mujer más importante de la dinastía, solo superada por la emperatriz reinante, Eudocia, en Constantinopla. Antes de su llegada, Honorio hizo preparativos para encauzar su futuro, y el 1 de enero de 417 el emperador «la tomó de la mano y la entregó a Constancio», su general favorito, solemnizando así su matrimonio. Olimpiodoro señala que lo hizo en contra de la voluntad de Placidia y cita el rumor de que, al parecer, Constancio quería casarse con ella desde hacía mucho tiempo. Es posible que, como uno de los responsables de negociar con los godos, la hubiera conocido en la Galia. En cualquier caso, es evidente que quien se casara con ella obtendría el más alto rango, así como la promesa de tener hijos[2].

Gala Placidia volvió, pues, a la vida de princesa imperial, ahora como esposa de un reputado líder militar que repartía su tiempo entre la corte imperial de Rávena, su casa de Roma y sus campañas. Dio a luz a una hija, Honoria, en 417 o 418, seguida de un hijo importante, Valentiniano, en julio de 419. La presencia de Constancio en la corte imperial probablemente obligara a la familia a residir en Rávena, aunque también mantuviera un estrecho contacto con Roma. En 419, por ejemplo, cuando llegó a Rávena la noticia de una disputada elección papal, Placidia no solo convenció a Honorio de que

interviniera, sino que también envió cartas en las que pedía a los obispos de África y a Paulino de Nola que ayudaran a resolver el asunto. Por desgracia, las misivas no se han conservado. La rivalidad entre los dos candidatos, Bonifacio y Eulalio, acabó resolviéndose, y la estrecha colaboración de Placidia con los líderes de la Iglesia romana continuó hasta los últimos años de su vida, durante los papados de Sixto III y León I[3].

A los cuatro años de casarse con Gala Placidia, el 8 de febrero de 421 Constancio fue nombrado por Honorio coemperador de Occidente, y envió su retrato imperial a Constantinopla para indicar su posible sucesor; además, coronó a Gala Placidia emperatriz, *augusta*, y nombró a Valentiniano, su joven hijo, «niño nobilísimo» (*nobilissimus puer*) (figuras 3 y 4)[4]. Estos ascensos no fueron aceptados en Oriente, lo que irritó sobremanera a Constancio. Sin embargo, en septiembre de 421, antes de que pudiera reaccionar, murió, dejando viuda a Gala Placidia por segunda vez. En estas circunstancias inciertas, su joven hijo Valentiniano se convirtió en el sucesor más probable del emperador Honorio, que no tenía hijos.

La posición del gobernante occidental era del todo insólita. Aunque se había casado dos veces, Honorio no había tenido hijos. A raíz de su escaso interés por ejercer el gobierno imperial, se había apoyado en Estilicón hasta el año 408, y luego había recurrido a Constancio y lo había elevado al rango imperial, presumiblemente con el pleno respaldo de Gala Placidia. Su debilidad e incapacidad para comprometerse con su labor imperial fueron la causa de un giro inesperado cuando Honorio pasó a mostrar un afecto desmedido por su hermanastra. Según Olimpiodoro, «la efusiva complacencia que existía entre ellos y sus constantes besos en la boca dieron pie a vergonzosas murmuraciones». El escándalo entre los cortesanos aumentó en paralelo a la rivalidad entre la guardia pretoriana goda de la emperatriz, «la hueste bárbara», y las tropas imperiales de Honorio acuarteladas en Rávena, que desembocó en enfrentamientos callejeros entre ambas. En este ambiente de tensión, el mayordomo de Gala Placidia, Leoncio, su nodriza Elpidia y otra sirvienta, Espadusa, fueron acusados de conspirar contra el emperador. Es imposible saber cómo se combinaron estos distintos factores, pero el resultado fue decisivo: Honorio desterró a Gala Placidia, a su familia y a sus sirvientes de Rávena. Placidia huyó a Constantinopla y se refugió en la corte de su sobrino Teodosio II[5].

Gala Placidia en Constantinopla

Cuando Gala Placidia, sus hijos y sus criados llegaron a Oriente en el

año 423, se instalaron en un palacio de Constantinopla que más tarde llevaría su nombre. Regresaba a su ciudad natal, donde conoció al emperador, que entonces tenía veintidós años, y a su hermana mayor, Pulqueria, que le había preparado para el cargo. Esta, además, estaba decidida a impedir cualquier desafío a la autoridad de Teodosio llevando, al igual que sus hermanas, una vida célibe, que las protegería de convertirse en prendas de alianzas matrimoniales. Al verse, las dos princesas, la oriental y la occidental, descubrieron que compartían rasgos básicos: ambas dominaban la administración imperial, comprendían la importancia del liderazgo masculino tradicional y trataban de ejercer el poder dentro de ciertas limitaciones; también compartían el compromiso con la observancia del cristianismo y patrocinaban a la Iglesia. Aunque Gala Placidia era seis o siete años mayor que Pulqueria y había tenido experiencias muy diferentes, ambas vivían entregadas a hombres: Pulqueria, a su hermano menor; Placidia, a la herencia imperial de su hijo.

El 15 de agosto de 423 falleció Honorio. En octubre llegó a Constantinopla la noticia de que Juan, el secretario jefe (*notarius*) de Rávena, pretendía usurpar el poder imperial. Placidia se dio cuenta de inmediato de que su hijo Valentiniano tenía mucho más derecho a gobernar la mitad occidental del Imperio que cualquier burócrata, y se dispuso a convencer a la corte oriental de que debían reconocerlo y auparlo al trono de Rávena. En 424 Teodosio II aceptó y confirmó a Valentiniano como *nobilissimus puer*; también acuñó monedas de oro a nombre de Gala Placidia, su hija Honoria y su propia hermana Pulqueria. Todas ellas llevaban el título de *augusta* alrededor de sus perfiles con símbolos de la victoria. La alianza entre las dos ramas de la dinastía imperial se selló con los esponsales de Valentiniano (de cinco años) con la hija de Teodosio, Licinia Eudoxia (de dos años), en un intento de unificar y restablecer el orden imperial en Occidente, quebrado por Honorio y los godos[6].

En el verano de 424, la familia de Gala Placidia, acompañada de un gran ejército capitaneado por los generales germánicos Ardabur y su hijo Aspar y un grupo de veteranos de la administración civil, emprendió el regreso a Italia. Tras sobrevivir a una terrible tempestad (que se cree que explica la devoción de Placidia por san Juan Evangelista), en la primavera de 425 llegaron a Aquilea, donde el usurpador Juan fue derrotado y ejecutado. A continuación se dirigieron a Rávena, donde Valentiniano fue aclamado como emperador y se preparó para su investidura formal, que tuvo lugar en octubre en Roma. Aunque los comentaristas políticos, los funcionarios y los militares se apresuraron a advertir de que el nombramiento de un niño como gobernante nominal sugería debilidad en lugar de fortaleza en un momento en que era esencial un gobierno fuerte en

Occidente, la corte de Constantinopla había respaldado a Gala Placidia[7] porque esta aseguraba la continuidad de la sucesión dinástica en las dos mitades de un mismo Imperio romano cristiano.

Gala Placidia y el emperador niño Valentiniano III

La emperatriz Gala Placidia estaba ahora decidida a ejercer su autoridad en Occidente y durante los siguientes veinticinco años procedió a explotarla para sus propios fines. En Rávena, el poderoso grupo que llegó para aupar al trono al joven príncipe Valentiniano redujo la potestad del Gobierno local y de la administración provincial a gestionar la cotidianeidad más mundana. Algunos notables, como el general Castino, que había apoyado el ascenso de Juan de secretario jefe a emperador, perdieron el poder, al tiempo que los militares de alto rango Aecio y Bonifacio se hacían cargo de las fuerzas militares occidentales y los administradores llegados de Constantinopla se ocupaban de los asuntos civiles. De todos modos, la influencia preponderante era la de la emperatriz madre.

A lo largo del segundo cuarto del siglo V, mientras Gala Placidia era emperatriz de Occidente y su sobrina Pulqueria dominaba la corte de Oriente, las fuerzas no romanas intentaron con mayor ahínco invadir, ocupar y asentarse en el territorio imperial. Para resistir su embestida, Constantinopla no solo se apoyó en su fuerza militar, sino que también recurrió a medios diplomáticos, entre ellos el pago de grandes sumas de oro y bienes preciados como seda y pimienta. En Occidente, Rávena estaba menos surtida de metales preciosos y Roma, incluso antes del saqueo de 410, había quedado sin apenas excedentes debido a los enormes pagos efectuados a Alarico. Como hemos visto, la fuerza militar de las provincias occidentales se había visto muy mermada por las revueltas del siglo IV, y la capacidad de reclutar tropas de reemplazo disminuía a medida que el territorio imperial se reducía y la recaudación de impuestos menguaba. De todos modos, la corte de Rávena tuvo que recurrir a los ejércitos romanos para disuadir a las fuerzas invasoras, lo que otorgó enormes poderes y responsabilidades a los comandantes militares.

Por eso fue tan desastroso que los dos principales generales, Aecio y Bonifacio, se negaran a colaborar. Además de esta nefasta división en la cúpula militar, casi todas las unidades del ejército romano de finales del siglo IV y principios del V contaban con personal no romano y, a menudo, con comandantes mercenarios que se identificaban por sus nombres no romanos. Las tropas que marcharon contra los invasores «bárbaros» del territorio imperial en los Balcanes y Occidente incluían contingentes «bárbaros» de la misma procedencia,

que hablaban la misma lengua y tenían las mismas costumbres y la misma formación militar. No es de extrañar que, en caso de clara incompetencia militar o de no percibir el sueldo, estas unidades tuvieran la tentación de desertar o pasarse al enemigo. Los líderes militares y civiles que recibieron a Gala Placidia y Valentiniano en Rávena en la primavera de 425 sabían perfectamente lo peligrosos que eran los «bárbaros». También eran conscientes de ello los senadores de Roma.

La primera y más simbólica tarea emprendida por la emperatriz Gala Placidia fue investir a su hijo emperador. Tras su aclamación en Rávena, su presentación ante el Senado en Roma era esencial para ambos; confirmaría a Valentiniano en su papel imperial y a Placidia como emperatriz madre. El 23 de octubre de 425, el niño de seis años fue debidamente vestido con las ropas imperiales, coronado y vitoreado por la población romana con repetidas aclamaciones[8]. La familia imperial permaneció en la ciudad hasta el Año Nuevo, cuando Valentiniano tomó posesión de su segundo consulado en una ceremonia apoteósica con espectáculos populares organizados por las cuatro facciones del circo, los Verdes, los Azules, los Blancos y los Rojos. Además de las carreras de cuadrigas, a las que los romanos eran particularmente aficionados, estos espectáculos también eran una ocasión para que el gobernante repartiera monedas de oro y suministros de pan, vino y ropa, todo ello como parte de la apreciada tradición del «pan y circo»[9]. Como madre del nuevo y jovencísimo emperador, Gala Placidia hizo gala de su posición al frente del Gobierno. La familia regresó luego a Rávena, donde la emperatriz gobernó en nombre de su hijo y construyó algunas de las más famosas iglesias paleocristianas.

Cuando Placidia instaló su corte en Rávena, solo los funcionarios más ancianos se acordaban de las emperatrices anteriores, como Justina (abuela de Placidia, que había muerto en 388), pero las mujeres poderosas no eran algo raro en la historia imperial romana; Flacila, la primera esposa de Teodosio I, y Serena, su sobrina e hija adoptiva, que también fue madre adoptiva de Gala Placidia, habían mantenido la tradición. La esposa del emperador Arcadio, Eudoxia, participó activamente en la filantropía imperial y en las tareas de gobierno en Oriente antes de que su hija Pulqueria adoptara el mismo papel. Es posible que se inspiraran en los relatos sobre Helena, la madre de Constantino I, a quien Ambrosio, obispo de Milán, había señalado como una de las principales protectoras de la Iglesia[10]. En la corte imperial de Rávena, la autoridad de la emperatriz fue al parecer respetada desde el principio del reinado de su hijo. La maquinaria imperial básica de principios del siglo V estaba en marcha, sostenida por los notarios imperiales, que registraban todas las

decisiones del Gobierno. Los funcionarios de la corte, a menudo eunucos, sabían organizar los aspectos ceremoniales de la administración, y adaptaron y reordenaron de forma casi espontánea los anteriores roles masculinos. Lo esencial era que el puesto de emperador estuviera ocupado, de modo que el gobierno pudiera hacerse efectivo en su nombre, aun cuando lo encabezara una mujer. Cabe imaginar al joven Valentiniano sentado en el trono imperial, con su madre en otro trono a su lado, rodeados por los altos cargos de la administración y por los guardias, todos ellos de pie y cada uno en el lugar que le correspondía.

Las monedas, tanto de oro como de cobre, acuñadas en nombre de Placidia después del año 425 presentan su perfil en el anverso, como era de rigor, y en el reverso figura sentada en un trono con los pies sobre un cojín y los brazos cruzados sobre el pecho. Aunque esta imagen es una versión modificada de las monedas que conmemoran a los gobernantes masculinos, muestra a la emperatriz madre entronizada con la inscripción «Salus Reipublicae», la salvación del Estado romano. Esta asociación simbólica la había introducido en la acuñación de monedas la emperatriz Eudoxia a principios del siglo V, con la mano de Dios coronándola en el anverso, lo que supuso un gran avance en el estatus de las esposas de los emperadores[11]. Gracias a las monedas de Gala Placidia acuñadas en Rávena, Roma, Constantinopla y otros lugares, sobre todo las de bronce que se utilizaban para las compras cotidianas, los habitantes de todo el Imperio romano conocieron su autoridad, y pudieron verla presidiendo la corte imperial de Rávena, sentada en un trono junto a su hijo Valentiniano III.

Al principio, Gala Placidia residió con toda probabilidad cerca del palacio imperial donde Honorio había establecido su corte. Evidentemente, a buen seguro tenía que colaborar con el consejo de regencia, en el que era muy posible que figuraran los más altos cargos civiles y militares, y que gobernaba formalmente en nombre de su hijo. En la práctica, entre 425, cuando fue aclamado emperador, y 437, cuando, con dieciséis años, se casó con su prima Licinia Eudoxia, Valentiniano se limitó a aprobar las decisiones tomadas por otros, a menudo por su madre. Esta debía de asistir a las reuniones del consejo en el palacio imperial y presidir todos los anuncios formales que su hijo hacía como emperador. Después de pasarse toda la vida (aparte de los pocos años que estuvo con los godos) cerca de los círculos de gobierno, observando cómo actuaban los emperadores tanto en la corte occidental como en la oriental, ahora Gala Placidia desempeñaba el papel que Honorio había descuidado, y se entregó con la máxima eficacia a los asuntos de la administración imperial: promulgar leyes y hacerlas cumplir, mantener la paz interna mediante los tribunales y la

internacional por medio de la diplomacia, recaudar impuestos y pagar al ejército, acuñar moneda y velar por los mercados, nombrar a funcionarios y destituirlos si no cumplían con sus responsabilidades o adoptaban prácticas corruptas, nombrar cónsules en Occidente y todas las demás tareas que solían realizar los emperadores.

El gobierno de Gala Placidia

Gran parte de la gestión de gobierno se llevaba a cabo por medio de informes que se recibían y a los que se daba respuesta en Rávena, lo que exigía prestar atención a los documentos escritos así como a los argumentos orales. Seis pequeños fragmentos de papiro del año 433, reutilizados mucho más tarde, revelan un aspecto de esta administración, como hemos visto anteriormente. Dos raveneses habían apelado a los emperadores, Teodosio II y Valentiniano III; se desconoce la naturaleza particular de su disputa con una iglesia, pero sí que consta su respuesta. Debió de tratarse de una resolución (un rescripto) firmada por Gala Placidia en su calidad de representante oficial del joven emperador de Occidente (que entonces tenía catorce años). La apelación se resolvió con una multa, probablemente para compensar alguna pérdida sufrida por la iglesia, y el documento completo se depositó entonces en el archivo municipal[12]. Además de esta administración rutinaria, un terremoto sacudió Rávena un domingo de septiembre de 429 y hubo que afrontar los daños causados. Los *Anales de Rávena* conservan un pequeño dibujo de este peligro habitual, imaginado como un monstruo que sale de la tierra (figuras 25 y 26)[13].

Desde el principio del gobierno nominal de su hijo, Gala Placidia se encargó de dirigir la administración desde Rávena, al tiempo que al Senado romano le aseguraba el profundo respeto que sentía por él y sus mejores intenciones. Promulgó una serie de leyes en nombre de Valentiniano III destinadas a proteger los derechos tradicionales de los senadores y a mantener las divisiones aceptadas en la sociedad civil: una jerarquía de esclavos bajo el control de sus amos, campesinos (*coloni*) ligados a la tierra, libertos excluidos incluso de los niveles más bajos del servicio imperial y ciudadanos libres. También suprimió parte del tradicional regalo de oro que el Senado ofrecía al emperador en Año Nuevo. Durante trece años, de 425 a 438, dirigió la administración civil y eclesiástica e introdujo importantes reformas jurídicas. A partir de 438, cuando Valentiniano III asumió la autoridad, permaneció en Rávena como emperatriz madre retirada y, durante otros doce años, se dedicó a asuntos religiosos, a la filantropía y a proyectos de construcción.

Es en la primera etapa, cuando actuó como gobernante *de facto*, en la que podemos observar la contribución de Gala Placidia a la supervivencia del Imperio romano de Occidente. Recompensó a sus partidarios, como Bonifacio, que le había enviado fondos cuando se la desterró de la corte por Honorio —fue confirmado en el cargo de conde de África (*comes Africae*)—, y nombró para puestos clave a otros que consideraba de confianza, hombres como Baso, miembro de la aristocrática familia romana de los Anicios, que recibió el cargo de tesorero imperial (*comes rei privatae*) en agosto de 425, cuando la familia imperial aún estaba en Aquilea. Al cabo de un año lo nombró prefecto pretoriano de Italia, cargo que volvió a ocupar en 435, después de haber sido cónsul en 431[14]. De Honorio, Placidia heredó otros hombres de confianza, como Anicio Acilio Glabrio Fausto, prefecto de Roma, que se había negado a reconocer a Juan, el notario usurpador de 423; fue confirmado en el cargo en julio de 425 y su nombre se menciona en cinco leyes promulgadas en Rávena entre 425 y 428. En 437, Placidia lo envió a Constantinopla para negociar el matrimonio de Valentiniano con Licinia Eudoxia. La desmedida confianza de la emperatriz en la familia de los Anicios la equilibró el nombramiento de otros, como Petronio Máximo, dos veces prefecto pretoriano, y Consencio, un funcionario de Narbona que ocupó un cargo en Rávena entre 437 y 450 y que se convirtió en notario de Valentiniano III (*tribunus et notarius*[15]). No obstante, parece que tuvo dificultades para cubrir varios de los principales puestos administrativos civiles, que quedaron vacantes. Una negligencia similar continuó bajo Valentiniano III (437-455), lo que sugiere que la administración imperial de Occidente no podía compararse con la de Oriente, donde todos estos puestos se cubrían regularmente[16].

Aunque la corte oriental había proporcionado un fuerte contingente militar y civil para entronizar a Valentiniano como emperador titular, ninguno de los consejeros de Constantinopla pudo manejar la rivalidad entre los comandantes militares que surgió casi de inmediato. Gala Placidia intentó separar a los dos principales generales enviando a Aecio a la Galia y dejando a Bonifacio en África. En 425 nombró a un general menos célebre, Constancio Félix, como jefe militar de Italia, pero en mayo de 430 fue asesinado en la escalinata de la catedral de Rávena junto con su esposa y uno de los diáconos de la catedral. Los rumores responsabilizaban a Aecio de estos asesinatos. Dos años más tarde, Bonifacio murió de una herida recibida durante una violenta pelea con su rival, aunque Aecio continuó combatiendo lealmente los numerosos desafíos al control imperial en la Galia[17]. Su persistente negativa a cooperar con otros líderes militares, sin embargo, debilitó la corte de Rávena.

Dentro de la capital imperial, Gala Placidia encontró un firme

apoyo en el obispo Pedro, más tarde apodado Crisólogo («Palabra de Oro»), uno de los pocos dirigentes eclesiásticos no elegidos entre el clero local, sino procedente de la vecina Imola, algo tan inusual que su nombramiento consta como un milagro en el *Libro de los pontífices de Rávena* y se atribuye a que los santos Pedro y Apolinar se le aparecieron al papa Sixto III. Una delegación de sacerdotes y «toda la asamblea del pueblo» habían acudido a Roma para solicitar la consagración de su propio candidato, pero el papa insistió en designar a Pedro, el diácono de Imola[18]. El candidato del papa (y de la emperatriz) se impuso, y Pedro «Palabra de Oro» se hizo famoso por sus sermones, que los dirigentes eclesiásticos posteriores copiaron como modelos de predicación excepcional. Aunque Pedro condenaba a los arrianos, entre otros muchos herejes, los cristianos godos y germánicos, protegidos por la emperatriz, mantuvieron al parecer el culto arriano en sus iglesias de Rávena. Con la colaboración de los católicos gobernados por el obispo Pedro, las dos comunidades cristianas coexistían en la capital.

La creación de precedentes

En asuntos de derecho, Gala Placidia también realizó una aportación decisiva en un discurso imperial pronunciado el 7 de noviembre de 426 ante el Senado de Roma. Aunque no constan el autor del discurso ni la persona que lo dio, lo más probable es que fuera una intervención de la emperatriz. En él se exponen una serie de normas nuevas, que han sido calificadas de código jurídico en miniatura:una reforma en profundidad de un amplio abanico de problemas en materia de derecho testamentario, donaciones y transmisiones de bienes mediante la emancipación de los esclavos, incluyendo tanto principios generales como casos concretos. La norma, denominada Ley de Citas, pretendía asimismo aclarar qué autoridades jurídicas antiguas debían prevalecer sobre las demás y cómo debían resolverse las discrepancias entre ellas[19]. Determinaba que se podían citar las opiniones de cinco juristas clásicos de los siglos I y II, así como otras siempre que remitiesen a textos correctos, mientras que, en caso de discrepancias, debían seguirse los comentarios de Papiniano, porque era «superior a los demás».

Este discurso, hábilmente elaborado, fue pronunciado en nombre de Valentiniano III, que a la sazón tenía solo siete años. El texto se redactó en Occidente, sin relación con otros textos comparables de Oriente, aunque parece estar relacionado de alguna manera con la primera comisión de juristas que Teodosio II creó en Constantinopla al cabo de apenas tres años, en 429. Normalmente, los pronunciamientos

jurídicos de este tipo los redactaban funcionarios expertos en derecho cuyo cargo oficial era el de *quaestores sacri palatii*, pero no tenemos constancia de que hubiera ninguno en Occidente después del año 412. Entonces ¿quién fue el responsable de esta amplia reforma? Se ha propuesto a Gala Placidia como promotora y a Antíoco, *quaestor* de la corte de Oriente, como autor; otros ven a Gala Placidia como su autora principal[20]. Placidia era muy consciente de la importancia del derecho escrito desde la época en que había sido rehén de los godos y había influido en Ataúlfo para que incorporase algunos principios del derecho romano a su gobierno[21]. Seguramente, durante su estancia en Constantinopla, Placidia hablaría de cuestiones de derecho con expertos, y en Rávena debió de contar con asesores formados en la materia, aunque ninguno recibiera el título de *quaestor*, el asesor jurídico principal del emperador. Entre los primeros decretos de Placidia, hay uno que delata un interés personal: el que pretendía facilitar el derecho de las madres a heredar los bienes de sus hijos, un reflejo de la inseguridad de la viudez que Placidia había experimentado en persona.

Se puede ver la mano de Gala Placidia en otro importante discurso imperial, del 3 de enero de 426, justo después de que Valentiniano asumiera el cargo de cónsul, que afirmaba que los emperadores están obligados a cumplir la ley. Otro posterior, del 25 de febrero de 429, proclamaba que la ley debía ser «común a nosotros y a los particulares», es decir, que los emperadores no están por encima de la ley (como opinaba la escuela helenística), sino obligados a cumplirla (conforme al ideal republicano romano), un discurso repetido el 11 de junio de 429. Ello apunta a que en los primeros cuatro años del gobierno de Valentiniano, cuando su madre ejerció una influencia determinante, la administración imperial impulsó con energía las reformas jurídicas, coincidiendo con una reforma aún más vigorosa de la práctica jurídica en el Imperio romano de Oriente. La Ley de Citas de Gala Placidia del año 426 refleja las inquietudes que habían dado lugar a cambios en la enseñanza profesional del derecho en Constantinopla. En el año 425 se crearon dos cátedras en la Universidad de Constantinopla, una para un experto en derecho propiamente dicho y otra para un experto en leyes. Se prohibió la enseñanza del derecho por cuenta propia y se otorgó a los profesores autorizados un rango mucho más elevado, equivalente al de los gobernadores y altos cargos de la administración. En esta reorganización de la enseñanza superior del derecho, se fijaron los salarios de los profesores y se les asignaron unas instalaciones concretas. Cuatro años más tarde, en 429, Teodosio II creó la primera comisión para estudiar una reforma completa del derecho imperial, que culminaría en la redacción del Código Teodosiano.

Así pues, ambas cortes imperiales se esforzaban por aclarar las contradicciones inherentes a la gran cantidad de normas de derecho promulgadas durante siglos. Entre ellas se encontraban los decretos imperiales, llamados «constituciones», que eran el resultado de las decisiones judiciales tomadas por el emperador o por los magistrados en nombre de este último, y los rescriptos, que eran las respuestas imperiales a las peticiones enviadas por particulares[22]. Cuando la comisión del Imperio de Oriente solicitó copias de todas las constituciones promulgadas por los emperadores de Occidente desde la época de Constantino I, Gala Placidia se las proporcionó sin ninguna dificultad, por lo que el Código Teodosiano contiene una clara mayoría de leyes occidentales. Parece asimismo que los altos cargos de la administración de Placidia pusieron especial cuidado en las normas redactadas en nombre del emperador niño. En Constantinopla, se encomendó la tarea de cribar toda la normativa jurídica acumulada a una segunda comisión de catorce expertos, que trabajaron con gran rapidez para obtener un compendio de derecho imperial romano en poco más de dos años.

El ascenso de Valentiniano III al trono

Esta fue la impresionante obra que Valentiniano sancionó en el año 437, cuando viajó a la corte de Oriente para casarse con Eudoxia (figura 5). El nuevo Código de Derecho Romano, redactado en Constantinopla, recibió el nombre del emperador oriental (Código Teodosiano[23]). Tras la boda, celebrada por todo lo alto en Tesalónica, Fausto, el prefecto pretoriano, acompañó a la joven pareja en su viaje de vuelta a Occidente, en el que circunnavegaron Grecia hasta Rávena con parada en el palacio imperial de Split, y presentó el código al Senado de Roma el 25 de diciembre de 438[24]. Por primera vez se disponía de todo el cuerpo de derecho romano en una forma compacta y manejable; iba a tener una enorme influencia en los reinos bárbaros de Occidente[25]. De hecho, los cinco primeros libros del Código Teodosiano, que se conservan de forma incompleta, pueden reconstruirse a partir del Breviario de Alarico, un rey visigodo que compiló su propio código de leyes en el año 506 para la población romana del territorio que gobernaba. En dicha recopilación se incluye la Ley de Citas. Aunque es probable que el Código de Derecho Civil de Justiniano sea más conocido hoy en día entre los historiadores del derecho, el Código Teodosiano tuvo un impacto más duradero en la formación de los principios jurídicos europeos, y la legislación de Gala Placidia formaba parte de él[26].

El Código Teodosiano del año 437 ofrecía una orientación clara

para resolver innumerables problemas jurídicos, desde las disputas sobre la propiedad de la tierra y los contratos comerciales hasta el castigo de los ladrones, asesinos y rebeldes, la observancia de los cultos religiosos tradicionales y la regulación de los pesos y medidas correctos. Los asuntos de familia y las leyes de sucesión se trataban en su totalidad, por ejemplo, los derechos de los hijos del primer matrimonio en relación con los del segundo, así como los castigos apropiados para los sirvientes desleales y los esclavos fugitivos. En el último libro, el 16, dedicado a cuestiones de religión, se incluía una ley promulgada en el año 386 por un adolescente Valentiniano II para proteger el derecho de los arrianos a practicar su culto sin ser molestados. A los agitadores que perturbaran la paz de la Iglesia (atacando a la comunidad arriana) se les consideraba «culpables de sedición […] y pagarán la pena de alta traición con su vida y su sangre»[27]. La ley refleja la tensa situación de Milán en un momento en el que la madre de Valentiniano II, la emperatriz Justina, se enfrentaba a los cristianos católicos. Aunque la situación había cambiado radicalmente en la década de 430, todas las leyes anteriores tuvieron que incluirse en el Código, y el derecho a reunirse libremente con fines religiosos seguía siendo relevante.

En 438, la pareja de recién casados regresó a Rávena y se instaló en el palacio imperial, lo que obligó a Gala Placidia a retirarse a otra residencia palaciega en el noroeste de la ciudad, cerca de la iglesia de la Santa Cruz, donde probablemente pasó a desempeñar un papel menos destacado en la administración. Sin embargo, siguió ejerciendo un poder y una autoridad formidables en el Imperio de Occidente. Valentiniano III, ahora de diecinueve años, se hizo cargo de las principales tareas de gobierno, ayudado y a veces intimidado por Aecio, el generalísimo durante las décadas de 430, 440 y 450. Pero ni Aecio ni ningún otro consejero previeron las ambiciones de los vándalos ni adoptaron medidas contundentes para impedir que esta tribu «bárbara» conquistara y acabara ocupando las provincias occidentales de África, Mauritania y parte de Numidia. En 439, la caída de Cartago en sus manos fue un golpe devastador. La pérdida de las zonas más ricas del norte de África acentuó y agravó la decadencia del poder imperial en Occidente.

5
Gala Placidia, constructora y emperatriz madre

Gala Placidia estará siempre asociada al mausoleo de Rávena que lleva su nombre. Con su resplandeciente cielo estrellado y su decoración azul y dorada, bordeada de brillantes motivos geométricos en trampantojo, guirnaldas de flores y cestas rebosantes de frutas, sigue siendo uno de los sepulcros más bellos jamás construidos (figuras 6-8) [1]. ¿Quién no querría ser enterrado bajo un conjunto de estrellas, palomas, ciervos y vides, en compañía del Buen Pastor, los evangelistas y san Lorenzo? En la compacta planta de cruz griega del edificio, iluminado por la luz tenue que se filtra a través del alabastro (no original) de las ventanas, destacan tres enormes sarcófagos, uno en cada brazo de la cruz. Pero, a pesar de su nombre, no estaba previsto que esta capilla fuera el lugar de reposo eterno de Gala Placidia, sino que formaba parte de una basílica más grande dedicada a la Santa Cruz, que ya no se conserva. Cuando la emperatriz murió en el año 450, fue enterrada en Roma. La asombrosa decoración de lo que hoy llamamos su mausoleo es uno de sus logros más espectaculares. No se trata solo de un ejemplo inigualable del arte cristiano primitivo. Es un testimonio arquitectónico de su reivindicación del poder imperial, de su concepto de «lo femenino imperial» y de su fe en la importancia suprema del más allá.

Este mausoleo estaba originalmente conectado a la iglesia de la Santa Cruz, uno de los principales monumentos construidos por la emperatriz entre los años 425 y 450[2]. Las excavaciones indican que la iglesia se construyó en forma de una gran cruz, con un pasillo en el extremo oeste que unía el mausoleo, en el sur, con una capilla dedicada a san Zacarías situada en el norte, hoy perdida. Las paredes estaban recubiertas de mármoles de colores, estuco y mosaico, con inscripciones en los arcos con versos hexámetros y pentámetros y una imagen de Cristo aclamado por los ángeles sobre los cuatro ríos del Paraíso tomada del Apocalipsis. En su descripción del siglo IX, Agnelo añade que «hay quien dice que la propia augusta Gala Placidia mandaba poner candelabros con velas a medida sobre cuatro discos de mármol rojo […] y que pasaba la noche rezando entre lágrimas mientras durasen dichas velas»[3]. Dado que en el mausoleo se

encuentra un personaje que suele identificarse con san Lorenzo, que se acerca a la parrilla dispuesta sobre un gran fuego en la que sufrió el martirio, es posible que la capilla estuviera dedicada a él. Se han planteado numerosas hipótesis sobre quiénes eran las personas enterradas en los tres sarcófagos, pero siguen siendo objeto de polémica[4]. Como el nivel del suelo se ha elevado considerablemente por encima de sus cimientos originales, la capilla presenta en la actualidad un aspecto bastante achaparrado. Sin embargo, sus mosaicos la hacen acreedora de un lugar entre los monumentos más conocidos y apreciados de la cristiandad primitiva[5].

Cuando Rávena se convirtió en el centro de la vida de la corte imperial a principios del siglo V, constructores y artesanos de todas las técnicas arquitectónicas y artísticas se desplazaron a la ciudad con la esperanza de encontrar empleo. En toda Italia, los obispos construían iglesias y baptisterios octogonales en los que solían representarse palomas blancas que volaban sobre un cielo estrellado de color azul oscuro con el que contrastaban vivamente mientras los santos rezaban. Tanto si estas elegantes decoraciones de cúpulas y ábsides eran obra de cuadrillas de artesanos itinerantes, como si lo eran de artistas locales que se inspiraban en modelos nuevos para emular un estilo concreto, está claro que en Rávena se encontraba lo mejor de lo mejor. Lo que se ha conservado es impresionante, pero también revela lo mucho que se ha perdido.

San Juan Evangelista

La segunda gran iglesia construida a instancias de Gala Placidia es una basílica de grandes dimensiones dedicada a san Juan Evangelista, que se le había prometido al santo en agradecimiento por haber salvado a la emperatriz y a su familia de naufragar a causa de una tempestad durante su regreso de Constantinopla, probablemente en el año 425. Como hija de un emperador y madre de otro, Gala Placidia era el nexo que unía a tres generaciones de la dinastía que se conmemora en el arco de triunfo de esta iglesia. Dado que la emperatriz madre también ocupaba la posición principal dentro del ábside, probablemente se consagró antes de que Valentiniano III alcanzara la mayoría de edad, lo que apunta a una fecha situada entre 425, la de su llegada sana y salva a Occidente, y 437[6]. La inclusión en el ábside del obispo Pedro Crisólogo corrobora la datación. Aunque es probable que fuera la primera de las iglesias de Gala Placidia, debieron de tardarse varios años en completarla a comienzos de la década de 430.

La decoración original del interior fue sustituida en 1568. Luego, en 1944, la mayor parte de la iglesia se vino abajo al ser alcanzada

por los bombardeos aliados. Sin embargo, los dibujos realizados por estudiosos anteriores nos proporcionan una información esencial sobre su decoración. El arco de triunfo que enmarca el extremo oriental de la iglesia antes del ábside —y que, por tanto, atrae de inmediato la atención— estaba cubierto de inscripciones y retratos[7]. Aquí, Gala Placidia organizó un despliegue de propaganda imperial sin precedentes; su propia dedicatoria en grandes letras mayúsculas ocupaba el semicírculo del arco, por encima de doce retratos de sus antepasados y parientes, que representaban las dinastías de Valentiniano y Constantino el Grande y que servían de apoyo a sus aspiraciones de autoridad imperial. Su abuelo, Valentiniano I, y su tío, Graciano, encabezaban la sección izquierda, mientras que Constantino, su padre, Teodosio I, y sus hermanastros Arcadio y Honorio se situaban a la derecha. Todos ellos eran calificados de divinos, *divus*, atributo común a los emperadores, al igual que el difunto esposo de Placidia, Constancio (representado erróneamente con el nombre de Constantino), en el lado opuesto. Por debajo de ellos, figuraban los dos hermanos de la emperatriz, Graciano y Juan, que murieron siendo niños, y Teodosio, el hijo de su matrimonio con Ataúlfo, todos ellos identificados como *n*(*obilissimus*) *p*(*uer*), «niño nobilísimo». En la pared del ábside figuraban asimismo Teodosio y Eudocia, la pareja que gobernaba en Constantinopla, y Arcadio y su esposa, Eudoxia, predecesores de Gala Placidia, uno a cada lado de Pedro Crisólogo, que celebraba la eucaristía justo detrás del altar, en el ábside. Por encima de los retratos imperiales había elementos más típicos de la decoración de las iglesias, como los evangelistas y Cristo entronizado, así como inscripciones que contaban cómo san Juan había socorrido a la familia de la emperatriz durante la tempestad. Ninguna de las otras iglesias que Gala Placidia erigió en Rávena y Rímini reivindicaba de forma tan evidente su condición imperial.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la iglesia se reconstruyó minuciosamente utilizando las columnas y los capiteles originales que sobrevivieron. Durante la restauración se encontraron unos fascinantes mosaicos del siglo XIII que representan la conquista de Constantinopla en 1204 por las fuerzas de la cuarta cruzada, pero no queda ni rastro de la decoración original[8]. Hoy en día, el pórtico gótico adosado a la entrada oeste da un aspecto muy diferente a la iglesia, pero en el interior se ha reconstruido, en su forma del siglo V, un vivo recordatorio de la época en que Rávena asumió su nuevo papel de capital del Imperio de Occidente. Al patrocinar la construcción de una basílica tan impresionante y de gran tamaño, Gala Placidia pretendía demostrar que su ciudad era una capital tan grande como Milán, Tréveris o Arlés, ciudades todas ellas que habían servido de centros imperiales. Es posible que incluso quisiera rivalizar con las iglesias

contemporáneas de Roma y Constantinopla, y con el legado arquitectónico de su hermanastro Honorio[9].

Además de la exhibición de sus pretensiones imperiales en San Juan, Gala Placidia dejó constancia de su patrocinio en una inscripción que leyó Agnelo a mediados del siglo IX, en el borde de un cáliz de oro dedicado a san Zacarías, cuya capilla se encontraba en el extremo norte del corredor occidental de la basílica de la Santa Cruz[10]. En aquel entonces, el cáliz inscrito se había trasladado a la catedral (la Ursiana), y Agnelo sabía que se utilizaba en las procesiones que celebraban la liturgia de la Navidad en su época, junto con coronas de oro y otros vasos de oro y plata. De este modo, su experiencia personal de la fiesta de la Natividad confirma el obsequio hecho por Gala Placidia a la capilla de San Zacarías más de trescientos años antes. La emperatriz también dotó a la iglesia de Rávena de un enorme candelabro de oro que pesaba siete libras. Según Agnelo, en el centro de esta lámpara había un medallón con el retrato de la emperatriz, rodeado de una inscripción que decía: «Prepararé una lámpara para mi Cristo»[11]. Es posible que la lámpara tuviera forma circular de forma que pudiera llevar varias velas en el contorno, con el medallón pintado o en relieve de la donante, de oro, en el centro. Este tipo de lámparas, coronas y vasos litúrgicos de plata y oro solían llevar inscritos los nombres de los donantes y se portaban en procesión los días de fiesta solemne.

La expansión de Rávena

Como sede de la corte imperial, Rávena atraía a muchos para atender sus necesidades y a otros que esperaban hacer carrera en la administración o el ejército. Para el funcionamiento del Gobierno eran imprescindibles escribas capacitados para tomar nota de las decisiones, utilizando los materiales de escritura habituales: papiros —cañas cuyas fibras se entretejían en forma de hojas enrolladas— importados de Alejandría y plumas para escribir con tinta negra a base de carbón. Hubo que construir instalaciones para que pudieran ejercer su actividad y para el almacenamiento de sus archivos. Además de estos edificios civiles, la emperatriz supervisaba la actividad de los numerosos artesanos e ingenieros que contribuían al embellecimiento de Rávena, a la que convirtieron en un centro de producción artística cristiana que rivalizaba con las demás capitales imperiales. Probablemente intervino en la promoción eclesiástica de Rávena para que fuera incluida en la lista de obispados metropolitanos más importantes, después de Milán y Aquilea, en el año 431[12]. Durante su regencia, la ciudad se expandió y se consolidó como un importante

núcleo de actividad comercial, religiosa, administrativa y arquitectónica en el Adriático y más allá.

En estas numerosas tareas contó con la ayuda de su nuevo prelado, el obispo Pedro, que menciona la presencia de la piadosa emperatriz, con la familia imperial, en la ceremonia de su consagración en el año 431. Los describe como «una augusta trinidad de emperadores», y más adelante designa a Valentiniano como «su siempre augusto hijo»[13]. Una alusión posterior a la presencia de la familia imperial en la basílica Ursiana indica que Gala Placidia llevaba a menudo a sus hijos y a los miembros de la corte imperial a escuchar las prédicas del obispo. En sus inspirados sermones dominicales, Pedro Crisólogo utilizaba las lecturas del Evangelio para explicar la correcta interpretación del cristianismo y exhortar a sus oyentes a llevar una vida más piadosa, practicando la verdadera moral cristiana y la caridad. Por ejemplo, al condenar la celebración de espectáculos paganos en las calendas de enero, que algunos excusaban diciendo: «No son más que ganas de pasárselo bien […] alegría por lo nuevo […] el comienzo del año», advertía de que se trataba de actos sacrílegos, obscenidades basadas en la mentira, «cuyos participantes se ven arrastrados al Tártaro, se precipitan a la Gehena». Instaba a sus feligreses a salvar a los que celebraban el Año Nuevo disfrazados con máscaras de animales, poniéndose al nivel de los asnos y haciéndose pasar por demonios: «Frenemos a quienes corren así hacia la perdición». Con motivo de la fiesta de San Cipriano, advertía: «Hermanos, no creáis […] que los aniversarios de los mártires deben celebrarse solo con comidas y elegantes banquetes»[14].

En sus homilías, Pedro Crisólogo mencionaba a los judíos, a los que esperaba convertir; a los arrianos, los peores herejes de todos; a los epicúreos y politeístas, cuyas pinturas y estatuas de dioses representaban adulterios, incestos y crueldades, y a los adivinos y quirománticos, cuyas artes condenaba como «instrumentos del diablo». En cada sermón abordaba una cuestión teológica compleja manteniendo una admirable concisión para no cansar al público. Crisólogo también describía la belleza del palacio imperial, con su oro, sus mármoles resplandecientes y sus pinturas, así como los jardines, cuyo conjunto era la representación del Reino de los Cielos, y mencionaba la presencia de esclavos, marineros, abogados que trabajan en los tribunales, agricultores y la devastación causada por la peste y el hambre. Gracias a estos sermones, recopilados por los clérigos locales en el siglo VIII, la floreciente comunidad cristiana de la Rávena de Gala Placidia cobra vida propia[15].

Aunque la emperatriz desempeñó sus funciones imperiales con gran eficacia, elevando Rávena a un rango mucho más alto que el que había tenido anteriormente, parece que como madre fue pésima, al no preparar a sus hijos para los puestos que debían ocupar. Su hija, Honoria, no se casó a la edad apropiada, sino que se quedó en su palacio de Rávena con sus sirvientes. A su hijo Valentiniano no se le permitió asumir plenamente el gobierno en 438 y, al cabo de diez años, cuando un forastero visitó Rávena, encontró a la emperatriz madre «gobernando la ciudad». Cuando Casiodoro escribió un elogio de la hija de Teodorico el Grande, Amalasunta, en el año 533, la comparó muy favorablemente con Gala Placidia, a la que acusó de malcriar a su hijo hasta tal punto que este, «protegido por su madre, soportó lo que difícilmente habría soportado si lo hubieran abandonado». Este duro juicio estaba relacionado con la incapacidad de Placidia para hacerse cargo plenamente del gobierno del Imperio: «El imperio que ella gobernó con desidia en lugar de su hijo quedó vergonzosamente disminuido [...] debilitó a la soldadesca con un exceso de quietud»[16]. Por supuesto, para marcar el contraste con Amalasunta, Casiodoro exagera los defectos de Placidia, pero quizá haya algo de cierto en la afirmación de que no dio a sus hijos la orientación adecuada para ejercer sus funciones imperiales. Ambos tomaron decisiones desastrosas en cuanto pudieron librarse del control de su madre.

Valentiniano ascendió siendo muy joven al trono imperial y creció en Rávena mientras su madre se encargaba de los asuntos del Imperio. Los esponsales concertados en Constantinopla en el año 424 le proporcionaron una princesa imperial, Licinia Eudoxia, con la que contrajo matrimonio en 437 en Tesalónica, y la pareja regresó a Rávena para asumir el poder (figura 5). Aunque ocupara una posición secundaria en relación con su primo Teodosio II, los dos emperadores representaban una misma dinastía gobernante unida bajo un sistema jurídico romano común. En 438, Valentiniano asumió formalmente el gobierno en Occidente, tras lo cual utilizó sus propios funcionarios, redactó sus propias leyes y mantuvo la comunicación con Constantinopla. Aunque pasara varios años en Roma, siguió dotando a Rávena, tal como había hecho su madre, de nuevos y bellos monumentos. Construyó otro palacio en el Bosque de los Laureles (cuyo nombre acaso aludiera al palacio de Dafne en Constantinopla), que ya no se conserva, pero que describió Merobaudes, un poeta contemporáneo. En una representación visual de la dinastía, las imágenes de Valentiniano III y Eudoxia figuraban en el techo, donde podían verse escenas de la vida del emperador en las que también aparecían su madre, su hermana, sus hijos y su primo. Es posible que el palacio tuviera vistas al circo de Rávena, donde el emperador era el

responsable de las cuadrigas que competían en las carreras, pero a mediados del siglo IX ya no existía[17].

Sin embargo, en el siglo V, Sidonio Apolinar describió dichas carreras en un poema dirigido a su amigo Consencio, que tomó parte en ellas. En estos «juegos privados» para marcar el inicio del nuevo año en Rávena participaban tocadores de cítara, flautistas, mimos, funambulistas y bufones, que se agitaban ante los carros de las facciones verde, azul, blanca y roja. Sidonio recuerda: «Tú escoges a suertes uno de los cuatro carros y montas en él empuñando las curvadas riendas»; a continuación evoca los métodos utilizados para azuzar a los caballos mientras están retenidos tras la barrera de salida, la emoción del toque de trompeta que marca el inicio de la carrera y la destreza de Consencio para ganar en la sexta y última vuelta (escenas conservadas en mosaicos excavados en la zona del palacio de Rávena). Su amigo fue tribuno y notario del emperador, así como «intérprete de confianza y experto», enviado por Valentiniano en misiones a Constantinopla cuando necesitaba transmitir mensajes a su suegro, Teodosio II[18].

La «emperatriz» Honoria

Mientras tanto, la hermana de Valentiniano, Honoria, debió de ser educada como correspondía a su rango imperial, pero Placidia no consiguió concertarle un matrimonio cuando alcanzó la edad núbil (unos catorce años) en 432. Teniendo en cuenta las tribulaciones y peripecias que Gala Placidia vivió en su juventud, es extraño que no se ocupara más de su hija. Es posible que pretendiera que Honoria llevara una vida cristiana célibe, como sus primas de Constantinopla; también cabe la posibilidad de que Valentiniano quisiera evitar que su hermana alumbrase un hijo varón que rivalizara con él por el trono imperial; tal vez otros consejeros creyesen que era mejor mantenerla «en reserva» para que, si algo le sucedía al joven emperador, pudieran emplearla para perpetuar la dinastía[19]. Sea cual sea la razón por la que no se casó, Honoria no se integró como es debido en la vida de la corte, y sabemos, por una alusión pasajera en la *Crónica* del conde Marcelino del año 434-435, que tuvo una aventura que acabó en embarazo. Si eso es cierto, Valentiniano debió de insistir en que recluyeran a su hermana y ocultasen al niño en la medida de lo posible. Pero, como Marcelino escribe en Oriente y no está muy bien informado sobre lo que ocurre en Occidente, puede que se tratase de un simple rumor que circuló mucho más tarde. Sin embargo, existen pruebas más fidedignas de que en 449, cuando tenía treinta años, Honoria puso fin al recato de su existencia en Rávena con una

aventura con su mayordomo Eugenio. Valentiniano reaccionó con furia e intentó casarla con un senador romano, lo que provocó un escándalo del que tenemos más documentación.

Ese año, Honoria llamó nada menos que a Atila, rey de los hunos, que fuera a Rávena a rescatarla, y envió uno de sus criados eunucos, Jacinto, con la petición. Teniendo en cuenta que en aquella época Atila era el enemigo más acérrimo del Imperio romano, el llamamiento de Honoria constituía un acto de traición en toda regla. Y, para demostrar que su mensaje iba en serio, Honoria lo acompañó de un anillo, que Atila interpretó como una propuesta de matrimonio. Si conseguía casarse con la princesa imperial, hermana del emperador de Occidente, ¡podría reclamar como dote al menos la mitad de las provincias occidentales! El peligro resultó tan manifiesto para Teodosio II y para Valentiniano que reaccionaron enseguida. El emperador de Oriente recomendó enviar de inmediato a Honoria a los hunos, lo que podría haber reducido la amenaza de invasión, pero Valentiniano tenía sus reservas a la hora de permitir que su hermana se casara con el Azote de Dios, de quien sabían que era polígamo. En vez de ello, castigó a su hermana desterrándola de la corte y mandando ejecutar a su criado eunuco y a otros cómplices. Solo la reiterada intervención de Gala Placidia, que insistió en llevar adelante el matrimonio previsto entre Honoria y el senador Herculano, permitió que su hija regresara a la corte. En 452 Herculano fue nombrado cónsul en Roma, como muestra de agradecimiento del emperador por haber salvado a Honoria de una completa desgracia.

Para explicar su descabellada propuesta de matrimonio a Atila, algunos historiadores modernos apuntan a que Honoria no hizo más que imitar el ejemplo de su madre. Pero Gala Placidia no se ofreció en matrimonio a Ataúlfo en 414, sino que era rehén de los godos cuando se le impuso dicho enlace. No obstante, Honoria sabía que su madre se había casado con un «bárbaro» y había sobrevivido. Como cualquier princesa imperial, sabía que podían obligarla a contraer un matrimonio parecido por motivos diplomáticos, y decidió recurrir a su propia y sorprendente iniciativa. Atila, con todo, era muy diferente de otros caudillos no romanos en dos aspectos: no era cristiano y ya tenía varias esposas y muchos hijos, como habían constatado los romanos que habían visitado su corte[20].

Dejar a Honoria en compañía de sus criados durante tanto tiempo había sido un grave error, y Gala Placidia tuvo que hacer grandes esfuerzos para salvar a su hija del ostracismo más absoluto antes de que Valentiniano cediera. Aun así, la noticia del llamamiento de Honoria a Atila debió de causar una indignación enorme entre los militares. Durante casi un decenio, Aecio, el general en jefe, había intentado librar al Imperio de Occidente de los invasores hunos, para

acabar descubriendo que la hermana del emperador minaba sus esfuerzos. Sin embargo, Atila no atacó inmediatamente Rávena para reclamar a «su novia», sino que dirigió sus fuerzas hacia el oeste, hacia Metz y Tréveris, ciudades que saquearon. A continuación, los hunos penetraron en la Galia, donde la férrea defensa de Aecio dio finalmente sus frutos en la batalla de los Campos Cataláunicos, en el verano de 451.

Aunque Atila fue derrotado, reunió fuerzas adicionales para volver a invadir Italia en 452. En Aquilea, una multitud enorme —unas cien mil personas, entre ellas el obispo Nicetas— huyó antes de que llegaran los hunos, buscando refugio en la isla de Grado o en las lagunas del extremo norte del Adriático. Al igual que los raveneses antes que ellos, se escondieron entre las marismas y encontraron nuevos hogares en los bancos de arena rodeados de agua. Milán sufrió un destino similar. Atila continuó su ofensiva, no hacia Rávena, sino más al sur, hasta poner en jaque a Roma. El papa León I (440-461) acompañó a los legados que negociaron con los hunos su retirada pacífica. Estos últimos nunca llegaron a Rávena para «rescatar» a Honoria, y al año siguiente murió Atila, lo que dio un respiro a las maltrechas provincias occidentales. Atila seguiría siendo una figura aterradora y legendaria durante siglos, mientras que Honoria desapareció de las crónicas sin dejar rastro, y su destino nos es desconocido[21].

La visita del obispo Germán

No está claro hasta qué punto se redujo la influencia de Gala Placidia después de que su hijo asumiera la autoridad imperial, ya que siguió causando una profunda impresión en los visitantes procedentes no solo de Italia, sino también de fuera. En el año 448, el obispo Germán de Auxerre llegó a la corte imperial de Rávena procedente de la Galia para defender la causa de los armoricanos, los fieles de su diócesis, que se habían rebelado absurdamente contra la dominación romana, habían sido derrotados por Aecio y ahora deseaban reconciliarse con el emperador. El relato de la visita de Germán, conservado en su *Vida*, escrita por Constancio de Lyon, señala que Gala Placidia «gobernaba la ciudad» y destaca los preparativos que Placidia dispuso para recibir al obispo; como no sabía si llegaría de día o de noche, ordenó que encendieran hogueras todas las noches y que colocaran guardias para avisarla cuando se acercase y asegurarse así de que lo recibieran como es debido. Con la participación de Pedro Crisólogo, celebró la visita del anciano Germán con un intercambio de regalos, y el obispo realizó curaciones milagrosas antes de caer enfermo. Placidia le atendió y le

prometió que, si no sobrevivía, enviarían su cuerpo a Auxerre. Tras el fallecimiento del obispo y el correspondiente periodo de luto en Rávena, la emperatriz proporcionó una mortaja adecuada al cadáver, que fue devuelto a su ciudad natal, donde siguió obrando milagros desde la tumba. La emperatriz, sin embargo, se quedó con la caja de reliquias que Germán había llevado consigo[22].

Los éxitos de Placidia, como regente y albacea de su legado administrativo, jurídico y arquitectónico, tuvieron en cambio efectos perjudiciales para sus hijos. A pesar de su «gloriosa ascendencia y célebre reputación», no logró prepararlos para sus funciones dinásticas[23]. El llamamiento de Honoria a Atila fue un estúpido error de cálculo que esperaba que la sacara de Rávena. Del mismo modo, cuando Valentiniano III trasladó la corte a Roma y aceptó que su hija se casara con el hijo del rey Genserico, esta alianza provocó que los vándalos saquearan Roma tras la muerte de Valentiniano en 455. Con su comportamiento, los hijos de Placidia pusieron de manifiesto las deficiencias de Gala Placidia como madre, aunque eso no deba restarle importancia a su capacidad intelectual, que se manifestó con especial claridad en las dos cartas, las únicas conservadas, que escribió sobre cuestiones teológicas.

La naturaleza de Cristo

Como no es de extrañar, Gala Placidia siguió con sumo interés las disputas teológicas que dividían a la Iglesia en Oriente. En el año 431, la corte imperial de Rávena se enteró de que se estaba preparando otro concilio universal, que se celebraría en Éfeso, y el obispo Pedro Crisólogo escribió una carta en la que apoyaba la condena del patriarca Nestorio de Constantinopla por negarse a conceder a María el epíteto de *Theotokos*, «Portadora de Dios»[24]. En Éfeso, Nestorio fue debidamente tachado de hereje y destituido de la sede de Constantinopla, mientras que María fue reconocida como el instrumento elegido de la Encarnación, la Madre de Dios. Pulqueria, hermana del emperador de Oriente, que había apoyado firmemente la decisión del concilio, introdujo conmemoraciones litúrgicas de la vida de la Virgen y le dedicó iglesias en Constantinopla. En Occidente ya se conmemoraba a la Virgen, pero no todos los ritos que se asociarían a su culto estaban muy difundidos. En Roma, los papas Celestino y Sixto III celebraron la renovada importancia de María en la grandiosa basílica romana de Santa María la Mayor, que más adelante influiría en otros edificios de Rávena[25].

Ahora bien, el debate sobre el papel de María en la Encarnación y la naturaleza o naturalezas de Cristo no terminó aquí. En 448

Eutiques, un monje que lideraba una gran comunidad próxima a Constantinopla, fue condenado por proponer que Cristo tenía una sola naturaleza. Más tarde, a raíz de las presiones de Teodosio II, Eutiques fue rehabilitado, pero sus oponentes siguieron denunciándolo y apelaron al papa León I para que interviniera. En febrero de 450, el obispo de Roma escribió una carta doctrinal (*tomus*) al patriarca Flaviano de Constantinopla, en la que expresaba su condena a Eutiques[26]. Además, a Valentiniano III y a su familia les pidió que se sumaran a su posición.

Las misivas escritas por Gala Placidia se conservaron escondidas entre las actas del papa León I del Concilio de Calcedonia. Son el único testimonio que nos ha quedado de su producción literaria[27]. Aunque muchas mujeres romanas cultas escribían cartas, la publicación de su correspondencia solía estar determinada por el destinatario. Si escribían a personajes importantes, como san Agustín o san Jerónimo, sus textos a veces figuraban en los epistolarios de estas personalidades. No existen recopilaciones de intercambios epistolares entre mujeres porque su correspondencia no se consideraba digna de ser recogida y copiada. Sin embargo, es muy probable que Gala Placidia escribiera cartas personales a sus familiares de Oriente, en especial a su sobrina Pulqueria. Cuando el papa León solicitó el apoyo de Valentiniano III, la emperatriz madre estaba perfectamente capacitada para ayudarlo.

La cuestión volvía a girar en torno a la naturaleza o naturalezas de Cristo y a cómo se combinaban exactamente los componentes humano y divino. Al plantear en su teoría que estos se fusionaban en una misma naturaleza en Cristo (*mia fisis*, que da lugar al término moderno «miafisita»), Eutiques negaba todo papel a la Virgen María[28]. Esto, desde luego, contradecía la declaración del Concilio de Éfeso, que había considerado *Theotokos* a María, y suscitó una polémica y unos debates de gran envergadura. Pulqueria se opuso a Eutiques, apoyándose en la definición de las dos naturalezas unidas en una sola esencia (*ousia*) que había decretado el Concilio de Éfeso. Esta era la posición adoptada por el papa León en su carta al patriarca Flaviano, que también apoyaba Gala Placidia.

En la primera de las cartas de Placidia, dirigida a Teodosio II, «conquistador y emperador, siempre augusto hijo», lamentaba que el sínodo de Éfeso hubiera perturbado la verdadera fe e intimidado al obispo Flaviano de Constantinopla, que había apelado a la sede apostólica (Roma). Tras recalcar la autoridad del obispo de Roma, heredero de san Pedro y guardián de las llaves del cielo, instaba a Teodosio a preservar la fe, a proteger a Flaviano y a permitir que la apelación se resolviera en Roma, para «mantener el respeto debido a esta gran ciudad que es señora del mundo entero». En la segunda,

dirigida a Pulqueria, Gala Placidia escribía como una poderosa gobernante a otra: «Debe pues, santísima y venerable hija augusta, prevalecer la fe. Por lo tanto, que tu clemencia, conforme a la fe católica, como siempre ha sido el caso con nosotros, se digne ahora a compartir del mismo modo nuestros objetivos». Estos «objetivos» eran anular las decisiones tomadas en Éfeso mediante la celebración de otro concilio universal en Occidente y dejar la cuestión de la posición de Flaviano en manos de la sede apostólica de san Pedro: «Debemos ceder la primacía a la [ciudad] que llenó el mundo entero con el dominio de su virtud y confió el orbe a nuestro imperio para su gobierno y preservación». La creencia en la supremacía de «nuestro poder imperial» iba aparejada a la supremacía de san Pedro en la Iglesia; era una asociación lógica[29]. Es probable que Pulqueria contestara a su tía de Occidente, pero no existe ni rastro de su carta, mientras que el emperador respondió a Gala Placidia que tenía bajo control la situación y que defendía la fe de los Padres de la Iglesia.

El Concilio de Calcedonia

Cuando en julio de 450, a la edad de cuarenta y nueve años, Teodosio II falleció debido a un accidente de equitación sin dejar heredero, la corte imperial de Oriente se enfrentó a una crisis política[30]. Pulqueria ocultó en un primer momento la muerte del emperador mientras decidía qué estrategia seguir con vistas a la sucesión. Luego negoció con Marciano, uno de los comandantes del ejército, al que convenció para que se uniera a ella en un matrimonio de conveniencia. Como Pulqueria había hecho voto de virginidad, el acuerdo tenía por objeto permitir que Marciano aspirara al trono imperial y que Pulqueria participase plenamente en el Gobierno como emperatriz. Juntos planearon y luego convocaron el Concilio de Calcedonia, que se reunió en 451, condenó a Eutiques como hereje, reafirmó el título de *Theotokos* de María y afirmó la unión de las dos naturalezas de Cristo, la divina y la humana, en una sola persona (*hypostasis*). Esta se convirtió en la definición oficial y ortodoxa duofisita, en oposición a la miafisita. El *tomus* del papa León y dos cartas escritas por Pulqueria en preparación del concilio fueron leídos e incorporados a sus actas[31]. Gracias a su coraje, la emperatriz había superado los problemas creados por que Teodosio no tuviera ningún hijo y había dejado un heredero para su hermano. La noticia probablemente tardara un mes en llegar a Roma. Al papa León I debió de reconfortarle que en Constantinopla se hubiera impuesto la teología «correcta». Sin embargo, Valentiniano se negó a reconocer a Marciano porque técnicamente se había convertido en emperador

mayor a la muerte de Teodosio, y sin duda creía que deberían haberle consultado sobre la sucesión.

Gala Placidia no vivió para enterarse del éxito del Concilio de Calcedonia en 451, en el que Marciano y Pulqueria fueron aclamados como un nuevo Constantino y una nueva Helena. Murió en Roma y fue enterrada el 27 de noviembre de 450, probablemente en el mausoleo imperial ubicado junto a San Pedro que había construido su hermanastro Honorio. En algún momento antes de su defunción, Placidia había dispuesto que el cuerpo de su primogénito, su hijo godo arriano Teodosio, fuera exhumado de su tumba original, cerca de Barcelona, y llevado a Roma en su pequeño ataúd de plata, donde fue vuelto a enterrar en el mausoleo imperial. Fue una ceremonia muy relevante, oficiada por el papa León ante miembros del Senado, y lo más lógico es que Valentiniano III organizara el entierro de su madre en la misma tumba imperial[32]. Poco después falleció el obispo Pedro Crisólogo, poniendo así punto final a la época en la que había imperado Placidia.

Gala Placidia no fue la única mujer que gobernó una parte considerable del Imperio romano durante los siglos IV y V, pero ejerció el poder y demostró su capacidad de acción de formas novedosas que aumentaron en gran medida la importancia de Rávena, sobre todo mediante la construcción y dotación de iglesias. Otras emperatrices del siglo IV habían influido en sus maridos e hijos, pero ninguna con tanta eficacia como Placidia, que inició y encarnó la fusión de lo godo y lo romano que sentó nuevas bases para el gobierno imperial, al tiempo que alentaba una estrecha colaboración entre las fuerzas imperiales y eclesiásticas en la capital de Occidente. Plenamente consciente de su nacimiento y educación imperial, su condición de madre viuda de un joven príncipe reconocido como futuro emperador, cuyos derechos protegió, sostuvo la dinastía gobernante. Con todo, es posible que también impidiera que su hijo aprendiese de joven la práctica de gobernar y que su hija contrajera un matrimonio sensato.

Segunda parte

450-493
El apogeo de los obispos

6
Valentiniano III y el obispo Neón

En enero de 450 Valentiniano III decidió trasladar de forma más permanente a su familia y a toda la corte a Roma. Llegaron a tiempo para asistir a la vigilia de la festividad de la Cátedra de San Pedro, el 22 de febrero, en señal de sus estrechas relaciones con el papa León I. Habida cuenta de que el emperador ya había pasado dos años y medio en la antigua capital, entre 445 y 447, la decisión de abandonar Rávena reflejaba su clara preferencia por Roma, pero también tenía que ver con un estilo de gobierno más independiente, potenciado por el entorno de la antigua capital, lejos del mundo de Rávena; era una muestra de rechazo a la ciudad a la que tanto había mimado su madre[1]. El traslado resultó funesto tanto para la supervivencia del emperador como para la del Imperio romano de Occidente.

Mientras Valentiniano establecía su corte en Roma, las noticias de la muerte de Teodosio II en julio de 450 reforzaron su posición al convertirlo en emperador mayor[2]. Su negativa, de entrada, a reconocer a Marciano como emperador de Oriente pasaba por alto que Constantinopla se había convertido en el centro del Imperio. Durante el reinado de Teodosio II se había dotado de unas enormes murallas triples, que constituían unas defensas inexpugnables. Su recinto se había enriquecido profusamente con la construcción de numerosas iglesias nuevas, edificios imperiales y civiles, y las grandes villas de los principales senadores, que se habían marchado de Roma para incorporarse al nuevo Senado de Constantinopla, así como las de los jefes militares que se habían instalado en la capital. El Gobierno imperial podía disponer de amplios recursos para frenar los ataques del enemigo a cambio de dinero, como demuestran los cientos de libras de oro transportadas desde Constantinopla hasta la corte de los hunos por numerosas embajadas que negociaban acuerdos pacíficos en lugar de arriesgarse a enfrentamientos militares[3]. Tanto dentro como fuera de las fronteras romanas, cada vez estaba más extendida la percepción de que Constantinopla era la única capital del Imperio[4].

A pesar de todo, Valentiniano intentó gobernar Occidente desde Roma con la ayuda de Aecio, que siguió defendiendo el Imperio de las acometidas de los hunos. Tras la muerte de Atila en 453, Valentiniano

III consideró que podía destituir a su general. Tanto si la decisión obedeció a los celos o al deseo del emperador de hacerse con un poder ilimitado, fue una insensatez. Al ordenar el asesinato de Aecio, el emperador provocó su propia muerte, ya que soldados leales a su antiguo general acabaron con la vida de Valentiniano el 16 de marzo de 455[5].

La muerte de Valentiniano dejó a la emperatriz Eudoxia en una posición muy difícil, comparable a la de Pulqueria en Oriente, ya que quien se casara con ella reforzaría enormemente sus aspiraciones al trono (las mujeres de la familia gobernante eran las portadoras de la legitimidad imperial). Poco después, un senador romano, Petronio Máximo, intentó abusar de la autoridad de Eudoxia forzándola. Como Valentiniano había propuesto una alianza con los vándalos, que debía sellarse con el matrimonio de su hija Eudocia con el príncipe Hunerico, Eudoxia aprovechó los contactos para hacer un llamamiento al rey Genserico[6], quien acudió de buen grado en su ayuda desde Cartago. En el verano de 455 los vándalos cruzaron el Mediterráneo para rescatar a la familia imperial.

Los Vándalos saquean Roma

La noticia de la inminente llegada de la flota vándala desató el pánico. Tras animar a abandonar la ciudad a todos los romanos que pudieran hacerlo, Petronio Máximo fue asesinado en medio del caos provocado por la huida multitudinaria. Los vándalos saquearon Roma durante dos semanas en busca de tesoros y un botín, y provocaron una devastación mucho mayor que el ataque godo de 410. La emperatriz Eudoxia y sus dos hijas fueron conducidas a África por su seguridad, y allí Eudocia se casó con Hunerico. Aunque la violencia de su ataque dio lugar al término «vandalismo», acuñado durante la Revolución francesa, los vándalos no intentaron ocupar Roma[7]. Pese a todo, el saqueo de 455 puso fin a la dinastía teodosiana en Occidente. La decisión de Valentiniano de abandonar Rávena condujo, pues, a un empobrecimiento desastroso de Roma, que quedó reducida a un escenario donde se enfrentaban candidatos rivales al trono, sin apenas poder ni autoridad, mientras Rávena seguía creciendo y prosperando bajo un nuevo liderazgo.

En ausencia de la corte, se produjo un nuevo cambio en el equilibrio de poder en Rávena. Parte de la administración imperial ordinaria permaneció en la ciudad, lo cual profundizó la división entre la élite senatorial de la antigua Roma y las fuerzas menos aristocráticas que sostenían el Gobierno imperial. El gobernador provincial y el concejo volvieron a asumir algunas de las competencias

municipales básicas, incluida la ardua tarea de fijar y recaudar los impuestos locales. Pero, sobre todo, una serie de enérgicos obispos de la Iglesia ravenesa aprovecharon la partida del emperador para ampliar su influencia. En el periodo que siguió a la muerte de Gala Placidia y Pedro Crisólogo, el obispo Neón (*c*. 450-473) retomó el estilo de mecenazgo de la emperatriz impulsando la construcción de espléndidos edificios nuevos, que financió con los recursos de la Iglesia: impuestos sobre sus fincas de Sicilia y otras propiedades, legados de tierras, ofrendas de sacerdotes y donaciones de feligreses agradecidos.

Rávena y Sicilia

Al igual que las iglesias de Roma y Milán, Rávena poseía tierras de cultivo en varias provincias del Imperio. Eran de particular importancia sus fincas de Sicilia, que le proporcionaban trigo, aceite y vino, así como rentas en metálico. Los archivos de papiro de Rávena revelan que estos productos eran un elemento clave de la riqueza tanto de la Iglesia como del Gobierno municipal, y una flotilla de barcos los transportaba a la ciudad. En 445-446, el tribuno Pirro (un cargo militar) no cumplió con su deber de recaudar los impuestos de las propiedades sicilianas al enviar solo 4216 sólidos por los dos años anteriores, lo que dejaba pendientes de pago otros 1934 sólidos. A principios del año fiscal siguiente, que comenzaba el 1 de septiembre, el Gobierno municipal registró la orden emitida por Lauricio a Sisinio, *conductor* de una finca siciliana llamada Fadiliana, en la que se daban instrucciones muy precisas sobre cómo proceder. Sisinio tenía que recoger los bienes y los impuestos adeudados de los dos últimos años y cargarlos en un barco que zarparía directamente rumbo a Rávena en una fecha concreta. Si no había transporte disponible, debía enviar el cargamento a Roma para que lo almacenaran en el pósito (*horreum*) de la ciudad. También se enviaron instrucciones a dos arrendatarios llamados Eleuterio y Zósimo. Al final de un tercer fragmento de papiro, se enumeran los impuestos que adeudaban estos dos (así como otro arrendatario llamado Tranquilo) —2174, 1800 y 1811 sólidos respectivamente— y se identifican sus fincas. En un detalle poco habitual, Lauricio firmó sus instrucciones y las envió con sus deseos de muchos años de buena salud (*multos annos bene valeas*[8]).

Si comparamos estas cifras con el salario mínimo anual de un concejal de Rávena (*curialis*), fijado a la sazón en trescientos sólidos, queda claro que se obtenían rentas muy considerables de las fincas de Sicilia. El Gobierno municipal les prestaba mucha atención y registraba sus órdenes en el archivo de la ciudad. En papiros

posteriores se documenta la importancia de la isla a lo largo de los años tanto para la ciudad como para la Iglesia de Rávena, que pudo beneficiarse de la donación de fincas imperiales en tiempos de Honorio. Alrededor del año 600, el arzobispo Mariniano de Rávena envió a su diácono Juan a Sicilia para averiguar por qué se había reducido el *patrimonium* de la Iglesia (y presumiblemente para intentar recuperarlo[9]). El indicio más claro de la importancia de estos bienes nos lo da una disputa del siglo VII, en tiempos del arzobispo Mauro, cuando entre la Iglesia de Rávena y el tesoro de Constantinopla se repartieron una suma de 31.000 sólidos anuales[10]. Además, el rector siciliano del *patrimonium* ravenés les suministró 150.000 *quintali* de trigo; otros cereales y verduras; vellones teñidos de rojo que podían utilizarse para fabricar calzado de lujo o pergaminos a imitación de los imperiales, teñidos de púrpura; túnicas de seda y jarrones de plata y latón, todo ello transportado en barcos enviados desde Rávena. La conquista árabe de Sicilia en el siglo IX puso fin a estos impuestos y envíos de mercancías.

Esta referencia del siglo VII a la flota de buques de transporte de la Iglesia refleja sus estrechas relaciones con el Adriático, donde Rávena también tenía propiedades en Dalmacia, Istria y el Véneto. El arzobispo Maximiano, natural de Pola, en Istria, mantuvo sus contactos con la ciudad, donde construyó una importante basílica y una casa para el rector. Maximiano también fue a Constantinopla para defender que la Iglesia de Rávena era la propietaria de un área boscosa en Vistrum, al sur de Rovigno. A mediados del siglo V, llegaban a Rávena productos de las fincas (*coloniae*) de la zona de Padua, en la región del Véneto, que probablemente se transportaban en barco[11]. Las referencias a las *naves dominice* del arzobispo indican también la actividad de barcos más pequeños que remontaban las vías fluviales de la Romaña, donde Rávena tenía propiedades dispersas en la Pentápolis y en Umbría, y en los alrededores de Ferrara, Bolonia, Perusa y Gubbio. Aunque resulta muy difícil calcular el tamaño de estas fincas y el valor de los impuestos o bienes que producían, es evidente que la Iglesia ravenesa obtenía su riqueza de un número muy elevado de ellas repartidas por el nordeste de Italia y más allá.

El mecenazgo del obispo Neón

Tras la marcha de Valentiniano III, el obispo Neón asumió el papel de principal mecenas de Rávena, promotor de la construcción de nuevos edificios, tanto civiles como religiosos, para engrandecer el prestigio de la ciudad. De estos edificios erigidos en la segunda mitad del siglo V, uno de los más impresionantes es el que hoy se conoce como

baptisterio de los Ortodoxos, que aún puede admirarse, cerca de la catedral. La pequeña estructura octogonal la había mandado construir el obispo Urso, pero Neón se encargó de decorar la cúpula y las paredes reconstruidas con mármoles de colores vivos, estucos y mosaicos espectaculares. En el centro se encuentra la pila bautismal de mármol blanco, con escalones que bajan a la piscina de agua y suben por el otro lado. Cuando los cristianos neófitos entraban en ella y luego salían, podían alzar la vista y contemplar su modelo divino en el centro de la cúpula, donde en un medallón dorado Juan el Bautista bautiza a Jesús en el Jordán mientras el Espíritu Santo desciende de las alturas en forma de paloma (figura 10). El Jordán aparece personificado en un anciano dios fluvial semidesnudo casi sumergido en el agua, mientras que los apóstoles rodean la escena sobre un glorioso fondo dorado. Dentro de los cuatro vanos arqueados inferiores que se alternan con las cuatro paredes planas del octógono, Neón colocó textos bíblicos y versos dedicatorios que dejan constancia de su patrocinio de la redecoración. Todos los elementos arquitectónicos están adornados con una riquísima decoración floral o geométrica, una multitud de contrastes cromáticos que recuerda a las cestas rebosantes de plantas del mausoleo de Gala Placidia[12].

Desde la época del papa Sixto III (432-440), los obispos de Roma habían puesto de moda los baptisterios octogonales, así como las basílicas más largas y altas, y Neón estaba decidido a dotar a Rávena de algo parecido. Incluso copió un verso de las estrofas que Sixto había hecho reproducir en el baptisterio anexo a la iglesia de Letrán[13]. Al elevar así el baptisterio de los Ortodoxos, donde los que habían sido preparados para el bautismo ingresaban en la comunidad cristiana, Neón subrayó el papel que había desempeñado haciendo un juego de palabras con su nombre:

> ¡Cede, antiguo nombre, cede lo antiguo a la novedad! He aquí que la gloria de la fuente renovada reluce más hermosa. Pues el generoso Neón, sumo sacerdote, la ha adornado, disponiéndolo todo con hermoso refinamiento[14].

En todo el orbe cristiano se construían edificios parecidos, a menudo octogonales, para recalcar la importancia del acto de admitir a los neófitos en la congregación de los fieles. En 458 el papa León I escribió a Neón precisamente para hablarle de la importancia del bautismo, una ceremonia que se celebraba una sola vez en la vida y que no debía repetirse salvo en circunstancias particulares; por ejemplo, cuando los niños que habían sido capturados por los bárbaros no sabían si habían sido bautizados alguna vez. En tales condiciones, que debían de ser bastante comunes, León afirmaba que había que bautizarlos aunque fuera por segunda vez.

Para muchos adultos, la ceremonia del bautismo se aplazaba hasta que llegaban a una edad en la que podían comprometerse a no pecar más. La preparación para el bautismo requería que los catecúmenos (candidatos adultos que habían sido aceptados por el obispo) asistieran a los servicios y a la instrucción religiosa durante los cuarenta días de Cuaresma. Luego, el sábado anterior a la Pascua, se sumergían en la piscina bautismal del centro del baptisterio y salían para vestirse con ropas blancas como cristianos recién nacidos. Entraban en la iglesia para recibir la primera comunión y celebraban la Resurrección con su nueva identidad, desfilando por las calles y rompiendo con una fiesta el ayuno de la Cuaresma. Puesto que se proveían de sus propios atuendos blancos, los bautizados competían por lucir los mejores trajes de Pascua[15].

Imágenes de Cristo

El obispo Neón también completó la basílica Petriana iniciada por su predecesor Pedro Crisólogo, que albergaba una imagen excepcional, destruida posteriormente por un terremoto. Agnelo lo describió como «una pintura del Salvador que no ha sido jamás igualada por representación alguna, sobre la entrada principal; tan hermosa y realista era»[16]. Agnelo nos habla de sus cualidades, no de su aspecto «artístico», porque al historiador del siglo IX le interesaba mucho más la historia del descubrimiento milagroso de la imagen de la basílica Petriana que su forma y origen verdaderos. Unos ancianos le habían contado que un santo que vivía en el desierto, acompañado de dos leones, fue en busca de la imagen y acabó encontrándola en Classe, donde falleció. Los dos leones lo enterraron entre rugidos y lamentos tan ruidosos que también murieron y fueron enterrados a ambos lados de su tumba[17]. Historias parecidas de leones protectores aparecen en las biografías de muchos de los Padres del Desierto egipcios, que gozaban de gran difusión en el mundo mediterráneo, tradiciones orales a las que Agnelo recurre a menudo.

Otra historia igualmente fantástica es la que se atribuye a una imagen de Cristo flanqueada por los santos Pedro y Pablo expuesta en la basílica de los Apóstoles, donde la vio Agnelo. Cuenta que sirvió de aval a un préstamo realizado entre dos hombres unidos por el padrinazgo. Dado que la elección de los padrinos de los hijos podía influir de un modo considerable en su vida, las familias solían pedir a los magnates más poderosos que actuaran de padrinos. En este caso, el hombre más pobre, que quería un préstamo de trescientos sólidos de oro, deseaba mantenerlo en secreto, al margen de los prestamistas, testigos y avalistas habituales. Por ello, su amigo invocó el firme brazo

de Cristo, que aparece en la imagen como garante, y a los dos Apóstoles como testigos, y al final el préstamo le fue devuelto con intereses[18]. De esta época se encuentran imágenes de Cristo parecidas en varias iglesias[19].

Las leyendas sobre el poder y la capacidad de las imágenes, potenciadas asimismo por las visiones oníricas en torno a ellas, forman parte de un repertorio de narraciones milagrosas. Rávena participó activamente en el mundo visual compartido de la cristiandad primitiva, en el que las imágenes de los personajes santos y sagrados suscitaban una devoción cada vez mayor. En Egipto, donde se han conservado muchas imágenes antiguas gracias a la sequedad del clima, se representaba a Cristo rodeando con el brazo los hombros de san Menas o levantando la mano en señal de bendición[20]. Además, la imagen de la basílica de los Apóstoles de Rávena estaba íntimamente asociada a la importantísima relación entre los padres naturales y los espirituales que se forjaba al bautizar a los niños. Aunque estas dos imágenes de Cristo confirman el auge de las imágenes pintadas en Rávena, no se ha conservado ninguna de las dos.

El obispo Neón también construyó un importante refectorio (que ya no existe en su forma original) en el interior del palacio episcopal contiguo a la catedral de Rávena. Era lo suficientemente grande como para albergar cinco triclinios en los que los invitados se tendían para cenar a la manera tradicional romana, varios por triclinio, y ofrecía unas elegantes instalaciones en las que recibir a obispos, monjes y visitantes ilustres de la ciudad. Estaba decorado con escenas del Antiguo Testamento en una pared y con la historia del Nuevo Testamento de Simón Pedro y el milagro de los panes y los peces en la otra (figura 15), una ornamentación adecuada para un refectorio. Los versos hexámetros de Neón en estilo retórico contemporáneo explicaban las pinturas y fueron copiados por Agnelo:

> *Salve, Simón Pedro, a quien la áurea mente de Cristo*
> *se complace en tener como luz apostólica para la eternidad.*
> *En ti refulge con fuerza la santa Iglesia de Dios.*
> *En ti asentó los firmes cimientos de su casa*
> *el preclaro Hijo del príncipe celestial*[21].

Como sucesor de Pedro Crisólogo, el obispo Neón ocupó la sede de Rávena durante más de veinte años, sosteniendo la fe tal y como la definían los concilios universales de Oriente y se celebraba en Constantinopla, Antioquía, Alejandría, Jerusalén y Roma. Fue enterrado en la iglesia de los Apóstoles (la actual iglesia de San Francisco), que probablemente fundó. La cripta, situada 3,4 metros por debajo del suelo actual de la iglesia, tiene un bonito pavimento de mosaico con una inscripción en griego que menciona a Hesiquio y

Gemela, seguramente donantes que contribuyeron a sufragar su coste, y otra en latín que alude a los huesos del obispo Neón. Se han excavado varias tumbas, aunque no se ha podido determinar cuál es la suya[22].

Los cristianos arrianos

Junto con la comunidad cristiana católica, sin embargo, había en Rávena otros seguidores de Cristo, como el contingente armado de godos de Gala Placidia que la acompañó de vuelta a Roma en 416 y las fuerzas militares no romanas acuarteladas en la ciudad. A pesar de varias condenas oficiales de la fe arriana (homoiana) a partir del año 325, crearon un mundo cristiano paralelo con sus propios sacerdotes (o presbíteros) e iglesias[23]. La existencia de prelados arrianos nos la confirman sus propios escritos, aunque la hostilidad de sus adversarios católicos hizo que se hayan conservado pocos y en mal estado[24]. La Iglesia homoiana de los vándalos de África contaba con una jerarquía de obispos, a imitación de la católica, cuyo patriarca era el de Cartago, que convocaba concilios de todos los obispos arrianos. Sin embargo, no encontramos un modelo similar en el norte de Italia, donde las comunidades arrianas de Milán, Roma, Aquilea y Grado eran, al parecer, más o menos independientes. En el resto de Europa, en Borgoña, en la Aquitania visigoda o en los Balcanes, debieron de existir mecanismos de comunicación y de intercambio de textos, pero en general no había una jerarquía de sedes comparable a la de los católicos, y aún menos un escalafón que fuera de las diócesis más ricas e importantes a las más humildes, a menudo de reciente creación (como revelan las *Notitiae*, listas de precedencia de la Iglesia constantinopolitana).

No obstante, todos los arrianos utilizaban el mismo texto bíblico, traducido por Ulfila, su «Moisés», que había apartado al «pueblo elegido» del culto pagano tradicional (figura 24). Solían leerlo en versión bilingüe latina/goda y escribían comentarios sobre la Biblia en latín. A pesar de la condena oficial de la definición arriana de la fe y de la destrucción de todos los escritos teológicos arrianos posibles llevada a cabo por los católicos, se conservan textos fragmentarios, como un comentario godo sobre el Evangelio de San Juan, escolios sobre el Concilio de Aquilea (381) y recopilaciones de homilías. El comentario recoge la convicción arriana de que el Hijo estaba naturalmente subordinado al Padre y censura «la impía afirmación […] de que el Padre y el Hijo son uno»[25]. En el África vándala, en la Hispania visigoda y allí donde las fuerzas germánicas/godas controlaban las regiones occidentales, estos textos insistían en que las

tres figuras de la Trinidad no podían compartir la misma esencia o naturaleza. A medida que la administración imperial se volvía más y más dependiente de estas fuerzas militares «bárbaras», su papel se afianzaba y crecía la demanda de sus propias iglesias.

En todo el mundo mediterráneo, casi ciento cincuenta años después de la conversión de Constantino I, tanto los líderes cristianos arrianos como los obispos católicos mantenían sus propias definiciones de la fe, se consideraban «ortodoxos» y la decoración de sus iglesias competía en suntuosidad. En Rávena, la comunidad arriana utilizó los mismos materiales, algunos expoliados de edificios antiguos y otros recién traídos de Constantinopla, y probablemente empleara a los mismos equipos de artesanos, trabajadores expertos en revestimientos de mármol, frescos, estucos y mosaicos. Es posible que estos artesanos viajaran de un lugar a otro, contratados por obispos, funcionarios imperiales, mecenas godos y germánicos y los líderes de las comunidades judías del Imperio, que competían por ver quién decoraba mejor sus lugares de culto[26]. La población mixta de Rávena aprovechó los contactos marítimos de la ciudad para importar materiales de construcción, nuevos estilos y destrezas para engrandecer tanto sus edificios de culto como el estatus de la ciudad como capital del Imperio de Occidente. La fuerza y vitalidad de Rávena, aun sin la presencia del emperador, confirman el tremendo error estratégico que cometió Valentiniano al trasladarse a Roma. Mientras el Imperio de Occidente, decapitado, se hundía, Rávena consolidaba su protagonismo.

7
Sidonio Apolinar en Rávena

Mientras una serie de aspirantes al trono sin importancia alguna competían por heredar el manto de Valentiniano III, Rávena recibió la visita de un funcionario imperial que era yerno del efímero emperador Avito (455-456). Sidonio Apolinar había sido nombrado prefecto de la ciudad de Roma para el año 467-468 y visitó Rávena de camino al sur. Su viaje por el río Po desde Pavía en *cursoria*, un servicio de barcazas de transporte público, revela la composición de las cuadrillas de remeros que guiaban las embarcaciones río abajo: hasta Brixellum (Brescello) los responsables eran vénetos, a los que luego relevaban barqueros de la Emilia[1].

En un texto extrañamente críptico, Sidonio se queja en una carta a un amigo del calor, los mosquitos y las ranas, cuyo croar perturbaba su descanso nocturno.

> En ese pantano las leyes de la naturaleza se invierten continuamente: los muros se hunden y las aguas se estancan; las torres fluyen y los barcos encallan; los enfermos se pasean y los médicos se acuestan; los baños se congelan y las casas arden; los vivos pasan sed y los muertos y enterrados nadan; los ladrones velan y las autoridades duermen; los clérigos practican la usura y los sirios cantan salmos; los mercaderes hacen de soldados y los soldados mercadean; los viejos juegan a la pelota y los jóvenes, a los dados; los eunucos se dedican a las armas y los federados, a las letras[2].

Es posible que esta descripción tan efectista se inspire en un terremoto que causó graves daños a Rávena en el año 467, del que tenemos constancia por la *Crónica* de Marcelino y por las ilustraciones de los *Anales de Rávena*, o simplemente en alguna de las frecuentes inundaciones que sufría la ciudad (figuras 25 y 26)[3]. Rávena se encontraba justo al nivel del mar, al que tenía acceso directo, rodeada de afluentes del Po, lo que provocaba constantes hundimientos del terreno. Todavía hoy, todos los años se hunden edificios y tienen que apuntalarlos mientras achican el agua. Las observaciones de Sidonio contrastan con las típicas composiciones en alabanza de una ciudad,

como los versos de Ausonio sobre Milán, pero revelan que en la Rávena de mediados del siglo V había médicos, eunucos y tropas federadas, mercaderes y soldados, ancianos y jóvenes con sus pasatiempos predilectos, baños y casas, ladrones y guardias, clérigos que cobraban intereses y mercaderes sirios que cantaban salmos, los tipos variados de personas y actividades que se asocian con una ciudad próspera, aunque estuviera mal gobernada. La presencia de comerciantes del Mediterráneo oriental refleja los importantes lazos marítimos que mantenía Rávena con los puertos de Antioquía, Gaza y Alejandría, así como con la isla de Chipre.

Como observador forastero, Sidonio destaca el entorno acuático que protegía a Rávena, donde un brazo del Po formaba un foso en torno a las murallas, mientras que otro se dividía en canales que penetraban en la ciudad, lo que favorecía el comercio. Al referirse a su capacidad comercial —«vimos llegar grandes cantidades de provisiones»—, Sidonio alude también a la descripción que Marcial hizo de la ciudad en el siglo I al calificarla de «sedienta, pero acuosa Rávena»[4]. Por un lado, el agua salobre del mar baña las murallas, mientras que, por otro, los barqueros locales revuelven el barro sucio de estos canales poco profundos mientras utilizan sus pértigas para desplazarse, ya que, «cuando los raveneses van a cazar, se suben a sus barcas», barcazas de fondo plano en las que se desplazaban hasta islotes de las marismas para capturar sus presas. Sidonio relaciona la falta de agua potable con la de agua pura de acueducto y de manantial, y con el problema de los pozos y embalses sucios. Teniendo en cuenta que más adelante, pero aún en el mismo siglo, hubo que reparar el acueducto, es posible que ya fallara cuando Sidonio estuvo en Rávena.

El gobierno municipal

Con independencia de las dificultades geofísicas a las que se enfrentaba Rávena, con numerosos terremotos y aguas cenagosas, no parece que a sus habitantes les costara lidiar con su entorno pantanoso. Los documentos que se conservan de esta época, en su mayoría testamentos redactados en papiro, nos permiten conocer el Gobierno local de la ciudad. En ellos figuran las principales familias de Rávena —los Aelio, Comodiano, Hernilio, Proiecto, Melminio, Pompulio, Tremodio, Firmilio, Firmiliano, Floriano y otros— que formaban parte del concejo y que solían ocupar una de las dos presidencias de las asambleas municipales (con el rango de *inlustres*, *clarissimi* o *laudabiles*[5]). Por debajo de los dos magistrados presidentes, el Gobierno municipal exigía la asistencia de dos

quaestores, dos *aediles* y dos *duoviri* (aunque en Rávena no se les suele identificar con estos títulos) que tenían prioridad sobre los demás concejales. Los *principales*, los dirigentes que asistían a las asambleas, solían pertenecer a las mismas familias y altas esferas que los magistrados; en cambio, los testigos tenían por lo común el tratamiento inferior de *vir spectabilis*, *strenuus* o *devotus*, hasta llegar al de *honestus*, el rango más bajo.

Los individuos que comparecían ante la *curia* para dirimir sus asuntos jurídicos eran, por lo general, de rango inferior. Algunos buscaban la protección del *defensor civitatis*, figura creada para evitar los abusos a ciudadanos. Sin embargo, la principal responsabilidad de dicho funcionario era verificar que se registrasen las propiedades en los archivos municipales para poder recaudar los impuestos sobre las tierras. Cada vez que una propiedad cambiaba de manos, el nuevo propietario debía hacerse cargo de la liquidación de los impuestos correspondientes. Otro funcionario con unas competencias parecidas era el *duumvir quinquennalis*, nombrado cada cinco años para mantener al día el censo, la herramienta que permitía identificar a los contribuyentes[6]. Tenemos constancia del nombramiento de estos funcionarios gracias a las cartas de designación (*formulae*) redactadas por Casiodoro durante el reinado de Teodorico, pero se basaba en tradiciones más antiguas que habían hecho de los gobiernos municipales una fuerza clave de la administración imperial. Los papiros locales ilustran su papel en el Gobierno de Rávena.

La principal actividad de la corporación municipal de Rávena seguía siendo el registro oficial de las resoluciones jurídicas, las ventas de bienes, los legados y las donaciones que solían hacerse en los testamentos, mediante un proceso conocido como *insinuatio*. Este seguía un procedimiento fijo que consistía en un diálogo entre el magistrado y el individuo que hacía testamento, en el que se anotaban la situación y los nombres de varias clases de personas, incluidos hasta ocho testigos, su parentesco y su actividad profesional. Una vez aprobado, se registraba en el archivo de la ciudad (*gesta municipalia*), con lo que quedaba legalizado[7]. Algún tiempo antes de 474, Constancio, un tintorero local, junto con su esposa, Pascasia, *honesta femina*, dictó su testamento a Domitius Johannes, el escribano oficial (*forensis*), y así se aseguró de que sus bienes se distribuyeran como él quería[8]. El 27 de diciembre de 480 un diácono, Colónico, registró su testamento «in Classe, castris praetorio Ravenae», con lo cual reveló que el prefecto pretoriano seguía residiendo en el asentamiento fortificado de Classe, cerca del puerto, y que las gestiones municipales podían realizarse allí[9]. Las mujeres también comparecían en los tribunales para defender sus herencias, manumitir a sus esclavos y firmar con una cruz si eran analfabetas[10].

En un caso, María, *femina spectabilis*, acudió a la *curia* en 491 para solicitar que ella y su marido pudieran ser enterrados en la iglesia de San Lorenzo de Cesarea. Anteriormente le habían hecho una donación con esta condición, pero no se había registrado en el archivo de la ciudad. Esta vez hizo otro donativo (una propiedad identificada como *Domicilium in Cornelinesi*) al obispo Juan, cabeza de la Iglesia de Rávena, mediante una petición escrita por su notario, Jovino, con el apoyo de Castorio, *vir clarissimus*, que le era muy querido y le había prometido firmar en su nombre. Castorio era testigo de la donación, junto con Flavio Severo, platero/banquero y *vir honestus*. De este modo, María pretendía que «nuestros restos mortales reposen en la basílica de San Lorenzo» y que se cumpliera el deseo de su marido[11]. Disfrutar del eterno reposo cerca de los santos y sus reliquias constituía algo muy deseado por los cristianos del siglo V.

Como hemos visto, los miembros de las familias locales más ricas trataban de librarse de participar en el Gobierno municipal ingresando en la Iglesia (una vía oficialmente prohibida por la ley para asegurar que los gobiernos municipales pudieran tener el número mínimo de magistrados y concejales), y algunos se las arreglaban para llevarse consigo su fortuna. Agnelo cuenta que en la década de 470 un subdiácono llamado Gemelo fundó la iglesia de Santa Inés (donde posteriormente fue enterrado el sucesor de Neón, el obispo Exuperancio). En las inscripciones del templo consta que Gemelo lo dotó de vasijas de oro y plata y de estandartes, así como de una cruz de plata que se utilizaba en las procesiones para conmemorar el nacimiento de la santa, que todavía se celebraban en el siglo IX. Gemelo había sido también rector de Sicilia, y es posible que obtuviera sus recursos de la isla[12].

Tenemos documentados intentos parecidos de evitar el servicio curial en muchas ciudades romanas, como Toulouse, Clermont-Ferrand y París, donde las familias senatoriales copaban los altos cargos eclesiásticos. Aun así, a finales del siglo V ser obispo podía entrañar responsabilidades aún mayores, como descubrió Sidonio Apolinar cuando fue nombrado titular de la sede de Clermont en 471. Casi de inmediato, los visigodos atacaron la ciudad, y volvieron todos los veranos para asediarla hasta 474-475, cuando finalmente cayó y Sidonio fue hecho prisionero. Tras un tiempo de cautiverio en Burdeos, el rey visigodo Eurico lo perdonó y Sidonio volvió a la ciudad para ejercer como obispo durante diez años más[13]. En otros lugares, los burgundios y más tarde los hunos ejercieron una presión enorme sobre los exsenadores romanos que buscaban una nueva vida en el seno de la Iglesia cristiana. Rávena se salvó de nuevo gracias a sus defensas presuntamente inexpugnables en el delta del Po, aunque Agnelo nos ha transmitido un relato totalmente ficticio de la entrada

de Atila en la ciudad[14].

Aunque el obispo Neón y sus sucesores no tuvieron que enfrentarse a los hunos, asumieron un papel dominante en la ciudad, continuando con las inversiones y donaciones que figuran en las inscripciones de sus tumbas. Agnelo había visto la lápida del obispo Juan (probablemente de 477-494), colocada originalmente detrás del altar de la iglesia de Santa Águeda y trasladada posteriormente a la iglesia Ursiana[15]. Conmemoraba los donativos que Juan había hecho al templo, valiosas vasijas de oro y plata, coronas y pequeños cálices colgantes que Agnelo pudo ver y tocar en persona. La prosperidad de la ciudad en el siglo V la confirman de forma más directa los comentarios de Sidonio al pasar por la ciudad camino de Roma en 467. A pesar de las contradicciones que observó, Rávena era claramente un centro pujante durante los caóticos años finales del Imperio romano de Occidente[16].

8
Rómulo Augústulo y el rey Odoacro

Los años comprendidos entre 455, cuando Valentiniano III fue asesinado, y 476, cuando Odoacro estableció su capital en Rávena, se identifican a menudo como la etapa clave de la «decadencia y caída del Imperio romano». Desde el saqueo de Roma por los godos en 410 hasta la deposición del «último emperador», Rómulo Augústulo, en 476, pasando por la enorme destrucción causada por los vándalos en 455, las tribus «bárbaras» no cejaron en su empeño de ocupar de forma cada vez más permanente las provincias occidentales del mundo romano[1]. Sin embargo, las tradiciones de la dominación romana no desaparecieron sin más, ya que el éxito de los recién llegados se debió en gran medida a su dominio de algunos de los principios de gobierno romanos: defensas seguras, administración eficiente, aplicación de leyes escritas y acuñación de moneda estable. Italia, al igual que la Galia, Hispania y otras partes del norte de Europa, sufrió muchas invasiones e incorporó a muchos pobladores de origen no romano. Sin embargo, Rávena mantuvo las tradiciones de la vida urbana romana durante más tiempo que la mayoría de las ciudades.

Caudillos bárbaros en el trono

Desde principios del siglo V, como hemos visto, los jefes militares responsables de la defensa del Imperio romano de Occidente dependían cada vez más de las tropas «bárbaras», con sus propias lealtades y su fe arriana. Entre 455 y 476, estos militares no romanos adoptaron un papel absolutamente dominante, no como emperadores —porque el Senado y las familias aristocráticas de toda la vida no estaban dispuestos a auparlos a la autoridad suprema—, pero sí como poderes en la sombra. Ricimero, un arriano de sangre probablemente huna y goda, desempeñó este papel con gran habilidad entre 457 y 472, época en la que ostentó el mando militar supremo y el ilustre título de patricio. Cuatro emperadores —Avito (455-456), Mayoriano (457-461), Libio Severo (461-465) y Antemio (467-472)— descubrieron en rápida sucesión que, si Ricimero no estaba contento

con ellos, tenían los días contados. Utilizando el Senado de Roma para que aprobara sus campañas, Ricimero instauraba y deponía a su gusto candidatos al trono imperial, y durante diecinueve meses, entre 465 y 467, a falta de un emperador, se convirtió en la práctica en el soberano del Imperio romano de Occidente. Su sobrino Gundebaldo, burgundio, y Odoacro, otro huno o escirio, continuaron con la misma política manipuladora hasta septiembre de 476.

Al principio, dado que tenía que lidiar con sus propias presiones «bárbaras», la corte imperial de Constantinopla no envió fondos, tropas ni apoyo sustancial de ninguna clase a Occidente. Cuando la corte oriental trató de intervenir en las turbulencias de Italia, fue incapaz de mermar la creciente autoridad de las figuras no romanas. En 467, por ejemplo, el emperador León I nombró a Antemio para que gobernara el Imperio de Occidente, pero su candidato fue ridiculizado con el apodo de Grieguecito (*Graeculus*). Ricimero insistió en casarse con Alipia, la hija de Antemio, lo que subvirtió aún más la autoridad del nuevo emperador. Los dos hombres se convirtieron en rivales y, en la posterior guerra civil, Antemio salió derrotado[2]. A partir de entonces, en la práctica, Constantinopla abandonó Occidente en manos de Ricimero, algo que preparó a las restantes provincias para una nueva fase de su historia: el reinado de soberanos no romanos, que a menudo eran más eficaces que sus predecesores imperiales[3]. Y la mayoría de estos hombres, al igual que Ricimero, eran cristianos arrianos[4].

Durante veintiún años gobernaron un total de siete emperadores, algunos durante un año y otros durante cuatro o cinco, pero nunca el tiempo suficiente para hacer frente a la endeblez estructural de Occidente, aunque Mayoriano y Libio Severo lo intentaron. Algunos de estos emperadores solo de nombre trataron de recabar el apoyo del Senado de Roma, mientras que otros se dirigieron a Rávena, la capital donde todavía funcionaba la mayor parte de la administración imperial y se registraban las leyes promulgadas por los emperadores. Esta competencia entre Roma y Rávena por la condición de «capital» redujo aún más la existencia formal del Imperio romano de Occidente. Fue en Rávena donde fueron aclamados tanto Mayoriano (en 457) como Libio Severo (en 461), mientras que Avito y Antemio optaron por Roma. No obstante, tras la muerte de Antemio y Ricimo en 472, Glicerio (473), Julio Nepote (474) y Rómulo Augústulo (475) no pudieron sostener la ficción de un Gobierno «imperial»[5]. El historiador Procopio describe así su rápida sucesión: «Hubo, además, otros emperadores en Occidente antes de esto, pero […] vivieron poco tiempo después de alcanzar el cargo y […] no hicieron nada digno de mención»[6]. Los ciudadanos de Rávena quizá acogieran con satisfacción el ascenso de Glicerio, hasta entonces comandante de la

milicia local (*comes domesticorum*), con la expectativa de recibir donativos (regalos en moneda) para las tropas leales y celebraciones para todo el pueblo. Pero en Constantinopla el emperador León decidió apoyar a un pariente lejano, Julio (apodado por ello el Sobrino, *Nepos*), para contrarrestar a Glicerio[7]. A pesar de sus vínculos imperiales, Julio no tuvo más éxito que sus antecesores y, antes de un año, ya había huido de Rávena.

Rómulo, el último emperador romano (475-476)

El responsable de este acontecimiento sobrecogedor fue Orestes, un jefe militar de origen panónico que había hecho carrera al servicio de Atila como *notarius* y había participado en algunas de las negociaciones de los hunos con los emperadores de Oriente en 449-452. Se había casado con la hija de un veterano diplomático romano llamado Rómulo y contaba con seguidores fieles. En el año 475 tomó la iniciativa de promover a su familia en lugar de aceptar a Julio Nepote como emperador; Orestes se negó a mandar sus tropas a luchar en la Galia, como le habían ordenado, y en vez de eso marchó hacia Rávena. En vista de las circunstancias, Julio decidió que lo mejor que podía hacer era huir y cruzó el Adriático desde Classe hasta Dalmacia, donde continuó gobernando como emperador durante varios años. En el otoño de 475, Orestes tomó posesión de Rávena, y el 31 de octubre su hijo Rómulo, de dieciséis años, fue debidamente coronado emperador en el palacio imperial (figura 18). Su padre pretendía dirigir el Gobierno de la misma manera que lo había hecho Ricimero, desde la sombra, y, tras poner a su hermano Paulo al frente de la corte imperial, se dispuso a guerrear contra sus rivales.

En el año 475, el desmembramiento del Occidente romano era más o menos absoluto[8]. Tras haber violado las fronteras del Rin en 405, los vándalos habían conquistado prácticamente todo el norte de África, y los visigodos habían ocupado el sur de la Galia e Hispania excepto el noroeste de la península, donde se establecieron los suevos. En el norte de la Galia, el subreino independiente de Soissons acabó sucumbiendo a la presión de los francos, quienes, bajo el reinado de Clodoveo, tuvieron un éxito triunfal a principios del siglo VI como única tribu no romana que adoptó la definición católica de la fe cristiana en lugar de la arriana. En Italia, Roma había sido saqueada dos veces y asediada muchas más, la última por Ricimero en 472. Sicilia había sido asaltada repetidamente por los vándalos, cuyo dominio de los mares les había dado también el control de Cerdeña y las islas Baleares. Rávena y las zonas situadas más al norte, Istria y partes de Panonia, seguían siendo reductos independientes de la

tradición imperial romana, mientras a su alrededor las tribus de cristianos no romanos se hacían con el poder.

La rebelión de Odoacro

Cuando el joven Rómulo se erigió en emperador, su padre, Orestes, se enfrentó al descontento de un grupo heterogéneo de mercenarios que exigían tierras para vivir. Esto llamó la atención sobre el persistente problema de emplear ese tipo de efectivos en lugar de tropas autóctonas cuyas familias ya estuvieran asentadas en granjas de su propiedad. Ante la negativa de Orestes, uno de sus oficiales subordinados, Odoacro, se rebeló con la promesa de dar tierras a los soldados. Este audaz ofrecimiento convenció al grueso del ejército y provocó una guerra civil entre Odoacro y Orestes que se resolvió con una batalla cerca de Placentia el 28 de agosto de 476. Odoacro salió victorioso, Orestes murió y las tropas marcharon a Rávena y mataron a Paulo, tío del joven emperador. En septiembre de 476 Odoacro depuso al «pequeño augusto» (*Augustulus*), tal y como, desde Constantinopla, narra Marcelino en una panorámica de la historia del Imperio romano: «Y con este Augústulo sucumbió el Imperio del pueblo romano de Occidente, que el primer Augusto, Octavio, comenzara a gobernar en el 709.º año de la fundación de la ciudad»[9]. El adolescente fue el último emperador de Occidente, y tuvo la suerte de evitar la muerte violenta que sufrieron tantos de sus predecesores. Un general «bárbaro» había liquidado por fin toda apariencia de autoridad imperial romana en Italia y se había establecido en Rávena[10].

Se dice que el responsable de este cambio decisivo era huno por parte de padre y escirio por parte de madre. Su padre, llamado Edeco, había realizado varios viajes diplomáticos para Atila[11]. Al igual que muchos comandantes bárbaros mercenarios, que buscaban trabajo como combatientes a sueldo, está documentada la presencia de Odoacro en la Galia en la década de 460, con una banda de sajones, y más tarde en Italia, donde apoyó a Ricimero. En un momento dado estuvo en Nórico, adonde fue a ver a san Severino, quien le predijo su futuro regio pese a ir mal vestido y ser arriano[12]. Aunque Odoacro comandara con brillantez a sus guerreros, no fue *magister militum* de tropas romanas, a diferencia de tantos generales no romanos como Orestes, y no estaba, pues, tan familiarizado con las costumbres imperiales. Sin embargo, tuvo éxito donde Orestes y otros habían fracasado, y gobernó durante catorce años. Haciendo de Rávena la sede de su administración al estilo romano, se propuso crear una base de poder autónoma integrando fuerzas de combate no romanas en las

regiones que se hallaban bajo su control e inició lo que se convertiría en el método más eficaz de preservar las tradiciones romanas en Occidente.

En 476, el principal objetivo de Odoacro era conseguir que Constantinopla reconociera su posición como señor de Italia. Tras asumir el título de rey, en un acto altamente simbólico envió una embajada de senadores romanos a Constantinopla con las insignias imperiales —la corona, el manto púrpura del cargo, el orbe y el cetro — y la orden de que negociaran en su favor ante el emperador Zenón. Los embajadores debían informar de que Odoacro no tenía ninguna intención de usurpar el gobierno imperial; afirmaba representar al mundo romano de Occidente y deseaba que se le concediera el título honorífico de patricio. Según una crónica posterior, los embajadores anunciaron que «un emperador compartido era suficiente para ambos territorios. Dijeron, además, que habían elegido a Odoacro, un hombre con experiencia militar y política, para salvaguardar sus propios asuntos y que el emperador Zenón debía conferirle el rango de patricio y confiarle el gobierno de Italia»[13]. Ya no era necesario un emperador en Occidente. Sin embargo, Zenón no estaba dispuesto a conceder un apoyo serio, más allá del título de patricio, a un caudillo militar «bárbaro» en Occidente, y ordenó a Odoacro que aceptara a Julio Nepote como emperador. El reiterado envío de embajadas de senadores ilustres de Rávena a Constantinopla no consiguió mejorar la posición de Odoacro.

A pesar de este problema de fondo, Odoacro instauró un Gobierno que fue aceptado por la población local, que había presenciado la rápida sucesión de los pretendientes imperiales desde 473 y quizá considerase la deposición de Rómulo como un cambio más de gobernante. Desde luego, no parece que el funcionamiento del Gobierno municipal experimentara cambios sustanciales con posterioridad a 476. Las familias dirigentes que tradicionalmente habían ocupado cargos civiles en el concejo continuaron haciéndolo, y a buen seguro acudían a la corte del rey en Rávena si los invitaban. La única novedad importante fue que Odoacro favoreció a los presbíteros de su fe, la arriana, que habían acompañado a su ejército, en lugar de a la jerarquía católica de Rávena. El nuevo rey y su esposa, Sunigilda, apoyaron a la comunidad cristiana arriana y patrocinaron la construcción de nuevas iglesias[14].

El gobierno de Odoacro

La administración del nuevo gobernante tenía su sede en el palacio del Bosque de los Laureles, construido por Valentiniano III. Muchos de los

cargos del Gobierno se mantuvieron sin cambios: los de *quaestor*, *magister officiorum*, *comes rei privatae* (tesorero imperial) y *comes sacrarum largitionum* (responsable del fisco), bajo la autoridad superior del prefecto pretoriano de Italia, como antes[15]. A estas estructuras ya existentes, Odoacro les añadió otras nuevas, como un conde encargado del patrimonio particular del monarca (*comes patrimonii*), que correspondía a la *domus divina* romana, independiente de la gestión de las antiguas tierras imperiales (competencia del *comes rei privatae*[16]). La ceca siguió acuñando sólidos de oro en nombre del emperador de Oriente (figura 19) y monedas de plata con el monograma y la efigie del rey. Odoacro también introdujo una moneda nueva y más fiable de cobre, que sirvió de modelo para la posterior reforma del sistema monetario de Oriente realizada por el emperador Anastasio[17]. No se nombraron cónsules en Occidente entre los años 473 y 479, lo que indica un paréntesis bastante largo mientras se decidía el destino de Rómulo Augústulo. Sin embargo, en 480 Odoacro nombró a Cecina Decio Máximo Basilio, de la familia aristocrática romana, y el Senado retomó la tarea de ratificar a los cónsules hasta una nueva pausa en 491-492.

Odoacro tuvo que hacer frente a las amenazas más apremiantes a su gobierno, sobre todo por parte de los vándalos del norte de África, que habían conquistado partes de Sicilia. Mediante la negociación del pago anual de un tributo, Odoacro recuperó la posesión de la isla, que siempre había sido una fuente de suministros vital para la élite de Rávena, así como para Roma[18]. A raíz de una revuelta en la Galia, propuso que ambas partes enviaran embajadas a Constantinopla para su arbitraje, lo que indica el papel hegemónico de la capital del Imperio de Oriente. El emperador Zenón apoyó a Odoacro. Este, en 480, aprovechó el asesinato de Julio Nepote en Dalmacia para invadir la región y ponerla bajo su control, consolidando así la unidad territorial de la costa norte del Adriático. También se dio cuenta de la importancia de recompensar a los soldados que le habían apoyado, como su *comes domesticorum* Pierio, a quien donó tierras en Sicilia y Dalmacia por valor de 690 sólidos, según consta en un documento redactado en marzo de 488; es algo indicativo de una administración caracterizada por la eficacia típica de un Gobierno muy dependiente de la experiencia militar[19].

Durante el reinado de Odoacro, las familias senatoriales romanas aceptaron cada vez más la realidad de que los gobernase un bárbaro y pusieron su talento a disposición del monarca. Este nombró gobernador provincial a Casiodoro Senior, padre del famoso Casiodoro que más adelante desempeñaría un importante papel en Rávena. Asimismo, nombró a Opilio *comes sacrarum largitionum*, y sus hijos Opilio y Cipriano sirvieron posteriormente en la administración,

mientras que Cecina Decio Máximo Basilio (cónsul en 480) fue ascendido a prefecto pretoriano en 483 y se convirtió en patricio. Odoacro se apoyó claramente en hábiles administradores romanos como Rufio Aquilio Sividio, su *quaestor palatii* antes de 483, más tarde prefecto de la ciudad, patricio y cónsul a partir de 488. Otros miembros de la aristocracia romana en la cancillería de Odoacro fueron Flavio Rufio Postumio Festo, jefe del Senado (*caput senatu*) en 490, y Anicio Probo Fausto Níger, nombrado cónsul en el mismo año, ambos diplomáticos veteranos[20].

La *Vida* de Epifanio, obispo católico de Pavía, en el noroeste de Italia, recoge las visitas que el prelado realizó a Rávena para obtener de Odoacro condonaciones de impuestos y otras ayudas materiales. El autor de la *Vida*, Enodio, que era diácono de la iglesia de Pavía, afirma que el saqueo de esa ciudad durante las hostilidades del año 476 había causado graves daños y que las duras exigencias fiscales habrían frustrado su recuperación. Epifanio acudió en varias ocasiones a Odoacro para hacerle partícipe de la situación de desamparo de la región de Liguria, y consiguió que se le eximiera del impuesto de la *coemptio* (una tasa obligatoria de suministros para el ejército[21]). Este relato hagiográfico de los hechos del obispo, una de las escasas fuentes contemporáneas del reinado de Odoacro, presenta al rey de forma favorable. El «tiempo del rey Odoacro» se utiliza también como sistema de datación en el *Libro de los pontífices de Roma* en la elección del papa Félix III en el año 483. Marca la reanudación del método tradicional de datación de los acontecimientos papales que falta en muchas de las biografías pontificias entre 384 y 483 y preserva el recuerdo de Odoacro como gobernante legítimo de Italia[22].

El rey, su corte y el ejército representaban un grupo importante de fieles arrianos, de cuyas necesidades básicas —realizar bautismos, bendecir matrimonios y enterrar a los muertos, probablemente en cementerios independientes, fuera del suelo reservado a los católicos — se encargaba el clero arriano de Rávena. El estudio más exhaustivo de estos eclesiásticos arrianos ha identificado a veintisiete clérigos de los que se conoce el nombre, entre los que figuran tres obispos (*episcopus*) y cinco presbíteros, además de cuatro individuos de cuyos nombres no tenemos constancia. Aunque ninguno de estos responsables de la *ecclesia Gothica* o *ecclesia legis Gothorum* puede situarse en el reinado de Odoacro, está claro que la fuerte presencia de los arrianos se prolongó durante el siglo VI[23]. Dos papiros de Rávena atestiguan el uso del godo como lengua escrita.

ODOACRO Y LA IGLESIA CATÓLICA

Como arriano que era, es posible que a Odoacro no le importasen las disputas teológicas entre los católicos, pero su autoridad no impidió a los obispos católicos ocuparse de sus fieles; no existe ningún indicio de represión. Exuperancio (473-477) y Juan I (477-494), que gobernaron la Iglesia católica de Rávena durante el reinado de Odoacro, promovieron la construcción de algunos edificios nuevos, aunque Agnelo confesó que no tenía información sobre el primero; «confeccionó» una biografía muy corta y poco informativa, en la que califica a Exuperancio de «humilde y gentil, sabio en las buenas obras [...]. Lo que construyeron sus predecesores él lo conservó». En una descripción totalmente inventada de la visita de Atila a Rávena, Agnelo alaba el extraordinario valor del obispo Juan al negociar con el enemigo, posiblemente evocando la ascendencia húngara de Odoacro[24]. Sin embargo, estos eclesiásticos raveneses se vieron envueltos en la larga disputa sobre la naturaleza y la esencia de Cristo generada por el Concilio de Calcedonia de 451, y fueron convocados con frecuencia a Roma para reunirse con su obispo. En 482 el emperador Zenón había publicado el *Henotikon*, un intento de reconciliar las definiciones del concilio con sus oponentes miafisitas, que subrayaban la naturaleza única de Cristo. El documento, redactado por el patriarca Acacio de Constantinopla y Pedro Mongo, el patriarca miafisita de Alejandría, resultó inaceptable para ambas partes y fue condenado por el papa Félix III en sendos concilios celebrados en Roma en 484 y 485. Esto abrió una brecha entre Roma y Constantinopla, conocida como «cisma acaciano» (véase el capítulo 12[25]).

A diferencia de la hostilidad hacia los herejes imperante en Roma, Rávena mantenía una actitud más tolerante. Si bien los principales clérigos arrianos de la capital ganaban prestigio al atender espiritualmente a la corte de Rávena, beneficiándose de su proximidad al gobernante y de su patrocinio, todo parece indicar que las comunidades arrianas y católicas coexistían sin las violentas disputas y peleas que habían dominado la ciudad de Milán a finales del siglo IV. Rávena se vio favorecida por una mayor aceptación de las diferencias entre cristianos, al contrario de lo sucedido en Roma, donde varios obispos quemaron ceremoniosamente los libros de los herejes en la escalinata de Santa María la Mayor[26]. Durante el siglo V, la persecución de los maniqueos (dualistas, muy distintos de los cristianos) y de herejes como los donatistas (en el norte de África) y los priscilianistas (activos principalmente en Hispania) culminó en tiempos del papa Gelasio (492-496), que escribió cinco libros contra Nestorio y Eutiques, y dos contra los arrianos[27]. No existen pruebas de que Odoacro visitara Roma, aunque permitió la reparación del graderío del Coliseo.

Parece probable que el rey celebrara sus victorias militares en Rávena y erigiera estatuas suyas con inscripciones que alababan sus gestas, pero no tenemos constancia de ellas ni en testimonios de la época ni en la tradición oral. El monarca tampoco atrajo a su corte a retóricos con talento que pudieran elaborar panegíricos de su reinado. Sin embargo, debió de ser un gobernante juicioso y un administrador competente, así como un general de éxito, al haber sobrevivido tanto tiempo. Durante su reinado (476-493), reconoció la autoridad superior del emperador de Constantinopla, pero, dentro del sistema imperial, gobernó de forma decidida e independiente. Convenció a los administradores senatoriales romanos de que trabajaran para él, toleró su fe católica y la supremacía eclesiástica del papa en su Iglesia, pero siguió siendo arriano. Por encima de todo, incorporó su base heterogénea de partidarios militares a un sistema imperial germanizado administrado con la ayuda de los funcionarios romanos. Este énfasis en la cooperación y la coexistencia consolidó su gobierno y dejó un modelo para su sucesor.

Tercera parte

493-540
Teodorico el Godo, rey arriano de Rávena

9
Teodorico el ostrogodo

En 489, mientras el rey Odoacro gobernaba en Rávena, un gran contingente de soldados godos (junto con sus mujeres e hijos) avanzó hacia Italia desde Panonia a través de los Alpes Julianos, encabezado por su caudillo, Teodorico. Este, al igual que Moisés, se había criado en el palacio de sus enemigos y, tras una larga marcha, había llevado a sus seguidores a la tierra prometida. A los treinta años, era un caudillo militar veterano y de un talento excepcional.

Teodorico nació hacia el año 453, seguramente en el territorio de la actual Hungría, en una época en la que varias tribus godas alternaban sus ataques al Imperio romano con una actitud cooperadora hacia él, en un intento de convencer a los emperadores de que estaban dispuestos a luchar como fieles aliados. Todos estos pueblos germánicos, tanto los ostrogodos orientales como los visigodos occidentales, asentados en los Balcanes, se habían convertido al arrianismo en el siglo IV, pero no estaban unidos y luchaban constantemente entre ellos. En el año 461, el tío de Teodorico, Valamir, que era el jefe de una tribu concreta, pactó una tregua con las fuerzas imperiales, que se selló con el habitual intercambio de rehenes, uno de los cuales era su sobrino Teodorico, que entonces tenía unos ocho años y al que enviaron a la corte del emperador León I en Constantinopla[1].

El niño se llamaba Teuderico, un nombre común entre los godos, que fue helenizado como Theuderijos por los historiadores Malco y Procopio, pero que se ha convertido en Teodorico en la mayoría de las historias modernas. (No deriva del griego «Teodoro», que significa «don de Dios»). El nombre y la larga y espectacular vida de este hijo de un caudillo godo casi desconocido dieron lugar a la leyenda, conservada en un poema épico medieval alemán, que lo identificaba como Dietrich de Berna; también se recoge en unos versos grabados en la piedra de Rök, tallada en la Suecia del siglo IX. Su fama dio origen a numerosos relatos que transmiten la extraordinaria transformación histórica de un joven que llegó a la corte imperial de Constantinopla a mediados del siglo V, acompañado de las tropas romanas que hasta hacía poco habían sido enemigas de su padre.

Como ya hemos visto en el caso de Gala Placidia, el intercambio de rehenes era algo habitual cuando se sellaban alianzas, y se alojaban en los campamentos de los adversarios como garantía de cumplimiento de lo pactado[2]. Cualquier transgresión grave de las condiciones establecidas por los mayores podía poner en peligro la vida del joven rehén. A principios del siglo V, el príncipe georgiano Murvan, de doce años, fue enviado como rehén desde Iberia, en el Cáucaso, a Constantinopla, y pasó allí varios años. Según una fuente muy posterior, «recibió la educación propia de la realeza y alcanzó un rango militar», pero se obsesionó con las reliquias cristianas y el ascetismo religioso[3]. El relato aventurero de su huida refleja el ambiente privilegiado y religioso del palacio, pero indica que, en la corte imperial, a los rehenes que garantizaban con su vida alianzas políticas importantes los trataban bien y les inducían a interiorizar las tradiciones romanas de su entorno. Esta práctica habitual obedecía al convencimiento de que la educación transformaría a los jóvenes enemigos en adultos aliados. El interés en educarlos conforme a las normas imperiales y la exposición a las pasiones, las aptitudes y el poder de la corte eran la garantía de unas relaciones basadas en la cooperación cuando los rehenes regresaran a sus países[4].

Teodorico en Constantinopla

Durante sus años clave de formación, en la década de 460, Teodorico creció en Constantinopla, probablemente en una parte del palacio reservada a otros rehenes extranjeros, obligados a asistir a los actos oficiales como demostración del poder del emperador[5]. A pesar de lo humillante de su situación, Teodorico aprendió griego y latín, y participó en actividades cortesanas como la caza y la instrucción militar[6]. Solo se conservan alusiones a su experiencia en documentos posteriores, que destacan la formación que adquirió en la capital imperial y su aprecio por la tecnología, el derecho y la estrategia romanos[7]. Teodorico también observó el funcionamiento de la administración imperial, el modo en que los romanos se preparaban para la guerra, las relaciones diplomáticas con las potencias extranjeras y la organización del ceremonial de la corte. Participó en las grandes celebraciones y fiestas, cuando el emperador y la emperatriz aparecían en público o invitaban a visitantes extranjeros a la corte para ofrecerles banquetes y espectáculos. Al presenciar estas ceremonias, Teodorico observó cómo había que practicar los ritos que simbolizaban la superioridad del gobernante para hacer gala de una autoridad verdaderamente imperial.

La corte no era en absoluto una entidad homogénea. Durante los

primeros años de Teodorico en Constantinopla, dos jefes militares germánicos ocuparon los más altos cargos civiles (cónsul y *magister officiorum*), además de controlar los ejércitos. Aspar y su hijo Ardabur (llamado así por su abuelo) eran también arrianos, por lo que estaban obligados a celebrar el culto de su fe fuera de las murallas de la ciudad. Teodorico se unió a estos alanos, godos y demás soldados germánicos en iglesias especiales para sus oficios. Aunque el príncipe ostrogodo era visto como un forastero en la corte imperial, en más de un sentido, sin duda pudo constatar que gracias a sus capacidades militares y políticas algunos personajes no romanos y arrianos como él habían ocupado cargos excepcionalmente poderosos. Tras la muerte del emperador Marciano en 457, Aspar conservó su influencia al elevar al trono imperial a León, uno de los oficiales que tenía a sus órdenes, con la intención de que dependiera de él por completo. Aunque Aspar aparecía así como la autoridad indiscutible del Imperio de Oriente, Teodorico presenciaría más tarde la conmoción política que causó León al conquistar su independencia.

La gran ciudad de Constantinopla no se parecía a ninguna otra y debió de impresionar enormemente al joven godo, que nunca había vivido en un entorno urbano. Desde sus enormes murallas triples hasta las amplias avenidas que conducían a los grandes palacios e iglesias, decorados con estatuas antiguas e imperiales, debía de resultarle asombrosa[8]. Además de sus primeras impresiones de Constantinopla, mucho de lo acaecido durante el decenio que pasó allí influyó en la vida posterior de Teodorico: las grandes solemnidades de las bodas de las dos hijas de León I, el bautismo del nieto de León en 467 y el regreso de la emperatriz de Occidente Eudoxia y su hija menor Placidia del África vándala en 462. Teodorico seguramente vio a los emperadores participar en las procesiones con motivo de las festividades cristianas más importantes y disfrutó de las carreras de carros y caballos que se celebraban con regularidad, así como de los espectáculos teatrales, de danza y gimnasia que tenían lugar en el Hipódromo. Vivió el gran incendio del año 464, un suceso aterrador que quemó una parte tan extensa del centro de la ciudad que el emperador se vio obligado a trasladar la corte al palacio de San Mamés, situado en las afueras, durante seis meses[9]. Teodorico quizá contemplara un famoso icono de la Madre de Dios (*Theotokos*), en el que figuraban León I y su esposa, Verina, arrodillados ante ella en señal de veneración. Lo pintaron para conmemorar la adquisición de una reliquia, el velo o manto de María, para el que el emperador construyó una capilla especial en la iglesia de Santa María de las Blanquernas dedicada a la Madre de Dios[10]. Al colocar este icono sobre el relicario que contenía el velo, León introdujo un retrato de un emperador reinante en un espacio sagrado, la primera vez que se

permitía exhibir una representación de un rey profano en un edificio cristiano de la capital de Oriente. Es posible que el joven rehén recordara este acontecimiento más tarde, cuando colocó sus propios retratos en la iglesia que mandó construir como capilla palatina.

Teodorico también observó el declive de la influencia de Aspar cuando León buscó el apoyo militar alternativo de un caudillo isaurio, Tarasicodisa, al que incorporó a la nueva guardia de élite del emperador, los excubitores, creada para contrarrestar a los poderosos líderes germánicos. En 466-467 el caudillo isaurio adoptó el nombre griego de Zenón y se casó con la hija de León, Ariadna. Al cabo de un año, esta dio a luz a un hijo, llamado León en honor a su abuelo, y el bebé fue reconocido como heredero del título imperial. Mucho más tarde, cuando Teodorico negoció con el emperador Zenón, ahora emperador, debió de recordar su participación en estos acontecimientos trascendentales. En el año 471, la influencia de Aspar y Ardabur se había reducido tanto que León pudo ordenar que los mataran sin peligro alguno para él. Teodorico presenció este acto despiadado. También se percató de la preparación de una flota enorme para la campaña de 468 contra los vándalos arrianos que ocupaban el norte de África. Este esfuerzo tan costoso para recuperar las provincias occidentales más prósperas terminó en desastre y provocó que las arcas imperiales se vaciaran.

El fracaso se vio parcialmente compensado por una victoria en el año 469, cuando las fuerzas imperiales de Occidente derrotaron al hijo de Atila el Huno, llamado Dengizik (o Dinzic), y su cabeza fue enviada a Constantinopla. «La llevaron en procesión por el Mese y luego al Xilocirco, donde la clavaron en una estaca. Y la ciudad entera pudo contemplarla durante días»[11]. La exhibición ceremonial de este trofeo llevado en procesión por la vía principal que conducía desde las murallas de la ciudad hasta el palacio y su exposición pública reforzaron de forma espectacular la propaganda imperial de la victoria. Mientras los habitantes de la capital aplaudían esta representación visual de la autoridad de su monarca, Teodorico pudo contemplar el destino de los no romanos que fracasaban en su intento de desafiar al Imperio[12].

Como joven inteligentísimo que era, una de las principales lecciones que Teodorico aprendió de su experiencia en la capital del Imperio fue la relativa debilidad de los emperadores en comparación con los líderes militares. Primero, Aspar y Ardabur, alanos y arrianos, tuvieron un éxito inusitado; después, los isaurios y Zenón demostraron que los forasteros podían obtener el título de patricio y toda clase de honores —incluso el consulado—, así como los cargos militares más altos y los puestos mejor remunerados. Estos jefes militares no romanos podían proteger y promover a sus familias, seguidores y

aliados, incluso a los godos que vivían en los Balcanes. Aun así, los emperadores seguían teniendo la potestad de negarles el derecho a establecerse en el Imperio y de marginarlos por el hecho de ser arrianos, además de humillarlos como enemigos, cuyas cabezas cortadas se exhibían en público. Teodorico aprendió por fuerza que los no romanos necesitaban la tecnología romana: la educación, el dominio del derecho, la moneda y su acuñación, la estrategia militar.

Cuando Teodorico tenía unos dieciocho años, León I lo envió de vuelta a Panonia, donde su padre le hizo participar en las tareas de gobierno y lo designó sucesor. El trayecto, de más de mil kilómetros en la actualidad (y bastante menos directo en las vías del siglo V), atravesaba las provincias balcánicas del Imperio romano y reseguía la frontera del Danubio hacia el lago Balatón (en lo que es hoy Hungría). Teodorico debió de tardar semanas en alcanzar su destino. Al poco de su llegada, el joven jefe evidenció el brusco cambio de rehén en la capital imperial a futuro rey de los ostrogodos lanzando un improvisado ataque por sorpresa contra los sármatas. Durante esta campaña conquistó la fortaleza de Singidunum (la actual Belgrado), un lugar clave en el Danubio que había servido de centro de defensa imperial durante siglos, y para irritación de las autoridades de Constantinopla se negó a renunciar a ella. A pesar de su larga formación en la corte imperial, ya estaba decidido a hacer gala de su independencia.

El caudillo Teodorico

A los veinte años, Teodorico había demostrado a su pueblo que podía conquistar y defender una ciudad imperial, negociar su capitulación y desafiar a Constantinopla manteniendo al mismo tiempo las relaciones con la capital. Tras esta irrupción en escena, se había hecho un nombre entre los godos, y ya no había vuelta atrás. Dedicó las décadas de 470 y 480 a un doble objetivo: unir bajo su mando a más tribus godas y negociar el asentamiento permanente de su pueblo dentro del Imperio, en algún lugar donde él pudiera ejercer el gobierno bajo la autoridad general del emperador[13]. A diferencia de otras tribus no romanas que se asentaban ilegalmente dentro de las fronteras imperiales, Teodorico pretendía que lo considerasen un aliado de confianza al que había que recompensar con una autorización oficial que le permitiera ocupar el territorio de forma permanente. Sus pretensiones se vieron repetidamente frustradas por el emperador Zenón, lo que dio lugar a conflictos intermitentes cada vez que el caudillo godo hacía marchar a sus partidarios por los Balcanes hasta el Peloponeso para después regresar a Tracia, en busca de una base

territorial para sus soldados y sus familias.

En el año 483, Teodorico amenazó Larisa, en la Grecia central. Zenón se enfrentaba a una guerra civil en Oriente, por lo que el emperador se vio obligado a firmar la paz con los godos; Teodorico obtuvo permiso para establecerse en tierras de las provincias danubianas de Dacia y Mesia con el cargo de *magister militum*. También obtuvo el honor aún mayor de ser nombrado cónsul para el año 484, lo que significó que fue recibido en Constantinopla con gran algarabía, se le concedió el rango de patricio y se le erigió una estatua ecuestre en la capital[14]. Pero la mejora de las relaciones no duró, y un año después las tropas de Teodorico volvían a saquear Tracia.

Al cabo de casi veinte años de constantes desplazamientos e inseguridad, Teodorico decidió encontrar una solución definitiva y avanzó hasta las murallas de Constantinopla. En 487 los godos cercaron la ciudad y le cortaron el suministro de agua. No pudieron conquistarla, pero tampoco el emperador logró destruir el ejército godo. Zenón se vio obligado a negociar con un líder que conocía las costumbres de la corte, había servido en el ejército imperial y ostentaba el título de patricio. Tanto si el tratado resultante fue propuesto por Teodorico como por el entorno de Zenón, se acordó que el líder godo podía dirigirse a Italia para tratar de desalojar a Odoacro de Rávena y luego gobernar Occidente en nombre del emperador. Se desconocen los términos exactos del acuerdo, pero Teodorico los interpretó del modo más acorde a sus ambiciones[15]. Se retiró a su base de Novae, en Mesia (en la actual Rumanía), y en el otoño de 488, con todos sus seguidores godos, emprendió el largo viaje por el abrupto territorio de los Balcanes hasta llegar a los Alpes, cruzarlos y penetrar en el nordeste de Italia[16]. Por el camino se les unió un grupo de rugios y probablemente también otros aventureros, que esperaban un futuro mejor a las órdenes de Teodorico.

La migración de los godos a Occidente

Es posible que en esta migración participaran unos veinte mil guerreros, acompañados de cerca de ochenta mil familiares, pero estas cifras son solo aproximadas[17]. Desde luego, se trataba de un contingente inmenso que debió de avanzar despacio por los Balcanes, siguiendo el curso del Danubio. Viajaban con el permiso del emperador, utilizando guías locales para aconsejarles sobre las mejores rutas, y habían acordado respetar a los habitantes de las provincias. Sin embargo, justo al norte de Singidunum, un gran ejército gépido se enfrentó a los godos y Teodorico tuvo que capturar la ciudad de Sirmio antes de plantar su campamento más allá de la

frontera imperial, donde sus fuerzas pasaron el invierno. Al año siguiente continuaron hacia el norte siguiendo el río Sava y luego hacia el oeste, para acabar cruzando los Alpes Julianos y entrar en Italia por el norte en el verano de 489. Odoacro luchó enseguida en defensa de su reino en la frontera, en *Pons Sontii* (un puente sobre el río Isonzo, en el actual límite entre Eslovenia e Italia). Fue derrotado en dos batallas decisivas y se retiró a su capital, mientras Teodorico ocupaba Milán y se instalaba en Pavía. Cuando las fuerzas godas se vieron en apuros en la zona en el año 490, Teodorico recabó la ayuda de su primo visigodo, Alarico, del reino de Toulouse, y juntos derrotaron a Odoacro en el río Adda en agosto[18]. En el año 491, la gran migración de los godos había traspasado las defensas de Italia y ocupado amplias zonas del norte de la península.

Incluso antes de haber superado la fuerte resistencia a sus conquistas iniciales, Teodorico envió a Festo, el jefe del Senado romano, a Constantinopla para que informara de su campaña. Esta embajada no tuvo éxito debido a la muerte de Zenón y a la proclamación de Anastasio como emperador de Oriente en 491, pero Teodorico estaba decidido a cumplir las cláusulas del acuerdo: que sus seguidores godos ocuparan legítimamente las regiones fértiles de Italia. Cuando Odoacro se refugió tras las murallas de Rávena, los godos se dispusieron a rendirlo por hambre. Tras un asedio de tres años, que hizo pasar grandes penalidades a los defensores, se pactó la capitulación y se intercambiaron rehenes. Odoacro y Teodorico acordaron compartir el reino, pero se dice que el caudillo godo descubrió un complot contra él y ordenó a sus hombres que asesinaran a Odoacro. Como estos se mostraron demasiado asustados para cumplir la orden, Teodorico lo mató en persona, tras lo cual manifestó que «no había ni un solo hueso en este desgraciado»[19]. Gracias a esta mezcla de ambición asesina y dotes militares, en el año 493 Teodorico se convirtió en el dueño y señor de Italia, en el teórico soberano de Roma, el sur de la península y Sicilia, así como partes de Istria, Dalmacia y el sur de la Galia. Tenía casi cuarenta años y era un comandante militar muy eficaz, con unas capacidades políticas claramente superiores y una comprensión poco habitual de los ideales romanos.

Teodorico en Rávena

Según una crónica contemporánea conocida como *Anónimo Valesiano*, escrita en torno al año 550, Teodorico era un «varón preclaro y de buena voluntad hacia todos […] aunque él mismo era de la secta arriana, no intentó nada en contra de la religión católica»[20]. La

misma fuente afirma que la madre de Teodorico, Ereleuva, se había convertido a la fe católica con el nombre de Eusebia. Aunque no se indica cuándo ocurrió esta conversión, Teodorico había ofrecido a su madre y a su hermana como rehenes a Constantinopla, lo que confirma que estaba al corriente de las tradiciones romanas. De hecho, la emperatriz Ariadna había alojado a los rehenes godos en sus aposentos privados del Gran Palacio. Es posible que Ereleuva se convirtiera a la fe católica con la aprobación de Teodorico para facilitar unas mejores relaciones con la corte imperial. El papa Gelasio (492-496) le dirigió una carta, convencido de que influía en su hijo[21].

Tres siglos más tarde, el historiador Agnelo afirmó que en 493 Teodorico prometió llevar la paz a los ciudadanos de Rávena y a todos los romanos. Comentó que, entre el 27 de febrero y el 5 de marzo, el obispo Juan se desplazó hasta Classe para dar la bienvenida al «nuevo rey llegado de Oriente», en compañía de sacerdotes que cantaban salmos y portaban Evangelios, crucifijos e incensarios[22]. Aunque los obispos solían desempeñar un papel importante en tales negociaciones, que eran siempre momentos de gran tensión, es posible que el relato de Agnelo sea imaginario[23]; no menciona a los sacerdotes arrianos que habían estado al servicio de Odoacro ni a los soldados germánicos y godos que formaban parte de la guarnición de la ciudad, aunque también ellos debieron de dar la bienvenida al nuevo gobernante. Teodorico ocupó de inmediato el palacio imperial y ordenó la acuñación de monedas de bronce con su nombre, al tiempo que reservaba las de oro para el emperador de Oriente. No se sabe nada de las relaciones que pudo haber mantenido Teodorico en Mesia, pero lo cierto es que cuando llegó a Rávena no tenía una esposa que pudiera asumir el papel de reina. De todos modos, tanto a su madre, Ereleuva, como a su hermana Amalafrida y las hijas de esta, Ostrogoto Areagni y Tiudigoto, hubo que proporcionarles un alojamiento adecuado, al igual que a los demás parientes, como Teodagunda, *illustris femina*. Los militares que lo habían acompañado también esperaban recibir palacios o villas en la capital, además de tierras. Mientras sus hombres cumplían la orden de capturar y matar a todos los partidarios de Odoacro que no apoyaran al nuevo monarca, debió de haber un periodo de considerable agitación hasta que los hombres de Teodorico sustituyeron a los del régimen anterior.

Tras el largo asedio era imprescindible reparar las murallas de la ciudad y restablecer la confianza entre la población. Teodorico insistió en sus esfuerzos por conseguir que Constantinopla reconociera su éxito, por garantizarle a la élite senatorial romana su intención de gobernar equitativamente y por recompensar a sus seguidores godos y germanos. Envió una segunda embajada a Oriente encabezada por el

senador romano Fausto Níger para anunciar su victoria sobre Odoacro y su intención de gobernar como soberano tanto a los godos como a los romanos[24]. Antes de que la embajada regresara, los godos habían elegido rey a Teodorico, que había empezado a ocuparse de dos de las consecuencias más apremiantes de su invasión: el reparto de tierras entre sus partidarios y la construcción de iglesias arrianas más esplendorosas. En primer lugar, ¿dónde iban a vivir los godos que habían marchado desde Tracia hasta Italia? Habida cuenta de que la promesa de tierras había sido un motivo fundamental de su migración, Teodorico tenía que satisfacer la demanda de varias decenas de miles de godos de contar con un lugar permanente donde asentarse. Continuando con el proceso de integración iniciado por su predecesor, ascendió a un experimentado administrador romano, Liberio, al cargo de prefecto pretoriano y le confió la tarea. A la hora de redistribuir las tierras, Liberio se las arrebató a los partidarios de Odoacro en el norte de Italia, que fueron sustituidos por godos, mientras que dejó intactas las propiedades de los ciudadanos romanos, lo que satisfizo a ambas partes. Aunque los métodos utilizados para hacerse con las tierras y los impuestos correspondientes siguen siendo poco claros, es evidente que los godos se convirtieron en terratenientes[25]. Sin embargo, fueron siempre una exigua minoría dentro de la población local, tal vez un 14 por ciento en tiempos de Teodorico, cifra que probablemente había caído a la mitad ya más avanzado el siglo VI[26].

Una segunda necesidad era la de contar con iglesias de la importancia adecuada para el culto arriano de los godos. Uno de los primeros edificios religiosos encargados por Teodorico en 493 fue la catedral arriana de Rávena. Era una iglesia basilical que se conserva —dedicada hoy al Espíritu Santo, tras una reforma posterior—, con un baptisterio octogonal anexo. Dicho baptisterio arriano se inspira a todas luces en el construido por el obispo Neón, con casi las mismas proporciones y una decoración musivaria interior muy parecida (figura 10). En la cúpula, la escena del bautismo presenta a Cristo como un personaje visiblemente joven, sin barba y muy humano. San Juan Bautista está de pie a su izquierda y vemos a un anciano que representa el río Jordán, sentado en la orilla opuesta. En cambio, en el baptisterio reconstruido por el obispo Neón, Cristo aparecía con barba, como correspondía a alguien de treinta años, y san Juan Bautista estaba a su derecha, mientras que la personificación del Jordán se encontraba medio sumergida en el agua. En ambos edificios, la pila bautismal estaba situada en el centro, bajo la cúpula, para que todos los cristianos experimentasen la misma sensación de renacimiento al salir del agua. Los arrianos, sin embargo, contemplaban a un Cristo joven, lo que confirma su creencia de que el Hijo no compartía la misma esencia que Dios Padre, sino que era solo «como» el Padre. De

todos modos, Teodorico tenía la clara intención de que sus seguidores se incorporasen a la comunidad cristiana arriana en un edificio recubierto de oro e igual de deslumbrante que el de los católicos.

Cerca de la catedral y del baptisterio, el principal prelado arriano disponía de una residencia (*episcopium*) que contaba con baños y otras dependencias para el clero, así como una villa denominada *domus Drogdonis* («casa de Drogdo»). En 512 o 517-518, el obispo Unimundo edificó extramuros otra iglesia, dedicada a san Eusebio[27]. El empleo de bloques de imposta y de ábsides poligonales revela el predominio de los métodos de construcción de Constantinopla por encima de las prácticas arquitectónicas ravenesas, y podría indicar que los maestros de obra vinieron de Oriente, seguramente acompañando a Teodorico[28].

Símbolos del imperio: las insignias imperiales

Cuando Teodorico solicitó a Anastasio (491-518) que le enviara las insignias imperiales que el general victorioso consideraba que le correspondían tras el triunfo de los godos en Occidente, el emperador se negó. Aunque Teodorico comprendía que su reino estaba subordinado a Constantinopla, insistió en su exigencia de los símbolos del poder. Finalmente, tras cuatro años de negociaciones diplomáticas, Anastasio permitió que «todos los ornamentos del palacio» y el «manto real» que Teodorico deseaba (ropa y objetos que simbolizaban el poder imperial) fueran trasladados a Rávena[29]. Dado que Teodorico nunca llevó corona, según el *Anónimo Valesiano*, parece poco probable que la corona y el cetro de Rómulo Augústulo, que Odoacro había enviado a Constantinopla en 476, fueran devueltos. Pero el rey godo consideró que la llegada de los demás elementos de las insignias imperiales suponía el reconocimiento de su título de rey y, a partir de 498, comenzó a llevar el manto imperial púrpura. Aunque nunca asumió los plenos poderes de emperador romano, los contemporáneos describen a Teodorico como un monarca dotado de autoridad imperial; a veces se dirigían a él como *semper augustus* («siempre augusto», término habitualmente reservado a los emperadores).

Teodorico mantuvo la administración básica que había funcionado en Rávena en tiempos de Odoacro mientras se ocupaba de los desafíos más acuciantes. Por lo tanto, hizo poco para cambiar el sistema imperial que heredó, aunque trató de introducir en él funciones clave para sus partidarios godos. En sus cargos de *comites* (condes) y *saiones* (agentes regios, servidores del rey), algunos godos en concreto recibieron plenos poderes; por ejemplo, el *saio* Grenoda, que investigó los cargos presentados contra un prefecto expraetoriano[30]. Además

de este importante cambio, Teodorico ideó una división del trabajo rudimentaria para cumplir con la tarea de integrar a los recién llegados en la sociedad italiana; la población local (los *romani*, en adelante definidos de forma algo tosca como «italorromanos») debía pagar impuestos, como antes, mientras que los godos prestaban el servicio militar al estilo tradicional. El régimen y la corte se mantendrían gracias a los impuestos regulares y el reino sería defendido por fuerzas de combate fiables. A los italorromanos no se les permitía llevar armas, lo que pasó a ser una prerrogativa de la minoría goda, muy militarizada (con algunas excepciones notables). Así pues, Teodorico estableció una clara separación entre los habitantes autóctonos y los godos recién llegados, aunque algunos de estos ya habían adoptado nombres romanos además de los que les habían sido impuestos al nacer. Los matrimonios mixtos no estaban prohibidos, pero parece que eran poco frecuentes. Aunque algunos godos arrianos se convirtieron a la fe católica, tres de los clérigos arrianos de la iglesia de Santa Anastasia tienen nombres romanos y seis firman en latín[31]. Pero, en general, la identidad y los nombres godos se transmitieron de generación en generación hasta finales del siglo VI[32]. Si bien las referencias a «nuestro derecho» indican la supervivencia de la práctica jurídica goda tradicional, Teodorico subrayó la necesidad de llegar a una combinación innovadora de las costumbres complementarias godas y romanas que identificó como la *res publica Romana*[33].

Al expresar este compromiso con la retórica tradicional romana, con el objetivo de incorporar sus fuerzas godas a la antigua civilización de Roma, Teodorico marcaba las fronteras entre la zona ahora gobernada por un sistema de administración específicamente godo e imperial y las regiones gobernadas por otras fuerzas no romanas más allá de sus confines. Aunque mantuviese contactos estrechos con sus lejanos parientes godos y con los vándalos del norte de África, Teodorico no respetaba el derecho de estos a gobernar sus territorios respectivos, y siempre intentó sacar partido de las disputas sucesorias. Por más que los visigodos de Toulouse e Hispania y los burgundios y francos de la Galia también hubieran adaptado la administración a la romana en sus reinos, Teodorico consideraba que nadie entendía mejor que él las instituciones imperiales, como, por ejemplo, sus leyes, su manejo de la corte y la propaganda. Esta comprensión se debía al tiempo que había pasado en Constantinopla en la década de 460, así como al conocimiento que había adquirido de los mecanismos imperiales de control mientras negociaba con Zenón. Una vez instalado en Rávena, se dedicó a reconstruir el Imperio romano de Occidente, bajo la soberanía de Constantinopla. Para ello, consolidó la novedosa incorporación de los funcionarios senatoriales

al Gobierno regio, ideada por su predecesor, para lo cual creó un marco ideológico en el que los elementos godos y romanos confluyeron en un nuevo y poderoso sistema político[34].

10
El reino de Teodorico

Con independencia de que Teodorico se presentara ante los habitantes de Italia como el representante elegido por el emperador Zenón de Constantinopla, lo cierto es que su familiaridad con la corte oriental le confería mucho prestigio. Poseía el título honorífico supremo de patricio, había ocupado el cargo de cónsul en Oriente y había sido nombrado *magister militum*, comandante de las fuerzas imperiales; había observado de primera mano cómo se gobernaba el Imperio. Era, por tanto, un tipo completamente nuevo de líder militar no romano, diferente de todos los que se habían dirigido a Italia desde principios del siglo V. Dominaba el latín y el griego lo suficiente para entender lo que decían y escribían los senadores romanos más cultos, pero seguía siendo un líder godo que se dirigía a su pueblo en su lengua y que promovía su versión de la fe cristiana. Este trilingüismo, que reforzaba sus credenciales militares y de gobierno, lo distinguía como un godo de especial distinción que impresionaba a todos los que entraban en contacto con él.

Desde su capital, Rávena, creó un reino que se extendía mucho más allá de los límites de la Italia moderna. Abarcaba el territorio de Istria, en el extremo norte del Adriático, y algunas regiones situadas más al norte y al oeste (las provincias de Rhaetia I, Noricum Mediterraneum, Panonia II y Dalmacia, que incluía la costa oriental del Adriático). Más allá de los Alpes, comprendía extensos territorios del sur de la Galia (las provincias Narbonense I y II, y Vienense al norte), aunque su autoridad se la disputaban los burgundios, con capital en Lyon, y los visigodos, cuya capital estaba en Toulouse, en Aquitania. Las regiones periféricas de esta vasta zona solían estar bajo un control menos permanente o efectivo, aunque se establecieron guarniciones en muchas fronteras que eran fundamentales para la seguridad del reino. Los ostrogodos que habían acompañado a Teodorico desde el este se asentaron sobre todo en torno a Rávena, Pavía y el Piceno, la región costera ubicada al sur de Rávena. Desde este núcleo central, las fuerzas godas emprendían a menudo campañas militares para imponer la autoridad de Teodorico sobre las regiones más alejadas. Y, por obra de los condes godos, su administración se

extendió por toda Sicilia, así como por la provincia norteña de Panonia II, con capital en Sirmio, a orillas del Danubio, en el año 508[1].

La corte de Teodorico en Rávena

Una vez instalado en su capital, Teodorico hizo ostentación de todos los elementos simbólicos de la autoridad, empezando por autodesignarse príncipe (*princeps*) y rey (*rex*), y utilizar dichos títulos en sus monedas[2]. Aunque en las monedas de oro solo figurase el nombre del emperador de Oriente, en un sólido triple conmemorativo acuñado en Roma vemos a Teodorico representado con ropajes y pose imperiales (figura 16). Este es el único retrato de Teodorico que se conserva —con el peinado típico godo—, y en él figuran sus títulos: el rey Teodorico, príncipe piadoso y siempre invencible, por un lado, y Teodorico, rey, vencedor de los bárbaros (*victor gentium*), por el otro. En las monedas de plata y bronce se repite su título de rey, que rodea su monograma o una corona de laurel, así como el tema tradicional de la Roma invicta (*Invicta Roma*) y la Rávena feliz (*Felix Ravenna*[3]). Además, en las monedas de bronce utilizadas como calderilla figuraban imágenes de la ciudad de Rávena como una mujer con una corona de torres y las palabras «Felix Ravenna» en el reverso (figura 28). Teodorico diseñó un organigrama de aliados godos de confianza para que velaran por los quehaceres cotidianos del palacio y empleó a eunucos para vigilar su *cubiculum*, los aposentos privados, al estilo imperial. Su médico, un diácono llamado Elpidio, al que acudían quienes querían favores de Teodorico o que este tomara cierta decisión, aparentemente era ravenés[4].

Como los godos no llevaban registros escritos comparables a los de la administración imperial tradicional, no es fácil documentar la actividad del círculo íntimo de los asesores y servidores godos del rey. Los jefes militares que habían acompañado a Teodorico en la migración de Oriente a Occidente formaban su *comitatus*, la camarilla del rey, junto con los consejeros que se ganaban su confianza. Representaban la capacidad del rey para imponer por la fuerza sus decisiones y se desplazaban con él allá adonde fuera (aunque la corte no era itinerante[5]). Cuando Teodorico enviaba senadores romanos en misión diplomática, sus escoltas militares eran godos, como el *spatarius* (portador de la espada) Inigis o el *scutarius* (portador del escudo) Witterit.

Teodorico elegía entre los cortesanos a los condes (*comites*), que supervisaban la burocracia, y a los agentes (*saiones*), que tenían autoridad sobre los funcionarios romanos. Los condes tenían el estatus

de *illustri* (senadores de la máxima categoría) y ejercían el poder judicial junto con los juristas romanos[6]. Los *saiones* godos, a los que se otorgaban propiedades en los alrededores de Rávena y en el norte de Italia, contaban con amplios poderes y constituían una categoría especial de funcionarios reales. Eran militares y tenían a sus órdenes a todos los demás funcionarios, incluido el prefecto pretoriano. La duración de su mandato dependía del rey y variaba en función de sus competencias; a algunos los nombraban para proteger a algún romano en concreto, mientras que otros se encargaban de supervisar el transporte y el suministro de víveres. A juzgar por las denuncias presentadas contra ellos, recurrían a menudo a las armas para hacer cumplir sus decisiones y actuaban como una policía primitiva. Como tenían que mediar entre los godos y la población local, probablemente eran bilingües[7].

Aunque Teodorico pretendía que los guerreros godos protegieran su reino, los godos no eran lo bastante numerosos para defender todos los territorios de Teodorico, que, en circunstancias excepcionales, también recurrió a comandantes militares romanos con experiencia. Uno de los más notables fue Liberio, que se distinguió no solo por su gestión del establecimiento de los godos en sus territorios de Italia, sino también por varias campañas militares victoriosas, por ejemplo en la Galia. Durante su larguísima vida —murió a los ochenta y nueve años, poco después de 554— ejerció asimismo cargos de responsabilidad para el emperador Justiniano en Egipto y en Hispania[8]. Una vez retirado regresó a Italia, a la tierra de sus ancestros, y fue enterrado en Rímini. Todos los líderes militares podían emplear los recursos locales para el ejército, pero algunas campañas militares contra potencias rivales lejanas en el sur de Francia (Provenza) y Borgoña las dirigieron oficiales romanos, que contaban con sus propias tropas de refuerzo.

La administración de Teodorico

Los guerreros godos formaban el núcleo de la administración de Teodorico, quien también incorporó a ella a varios funcionarios de la cancillería y diplomáticos cualificados de la época de Odoacro: Flavio Rufio Póstumo Festo, cónsul en 472 y líder del Senado en 490, y Anicio Probo Fausto Níger, nombrado cónsul en 490 por Odoacro. Ambos fueron embajadores en Constantinopla: Festo en 490 y 498, y Fausto en 492-494[9]. Teodorico conservó en su administración a otras personalidades de la clase senatorial que habían estado al servicio de Odoacro en Rávena: Opilio y sus hijos; Albino, el hijo de Cecina Decio Máximo Basilio, elegido por Teodorico como cónsul en 493, y Liberio,

todos ellos miembros de la élite romana[10]. Aunque el rey se cuidó de respetar el poder de la aristocracia senatorial romana, poseedora de fortunas heredadas y portadora de largos nombres hereditarios, la adhesión de estas antiguas familias romanas, como la *gens Decia*, al nuevo régimen ayudó a Teodorico a mantener un estilo de gobierno esencialmente tradicional.

La familia Casiodoro fue una de las más importantes que ayudaron a consolidar la autoridad de los godos. Casiodoro el Viejo era un senador romano que tenía propiedades en el sur de Italia que le permitían suministrar caballos al ejército. En el año 490, cuando se pasó al bando de Teodorico, era gobernador (*consularis*) de la provincia de Sicilia y ofreció su lealtad al nuevo líder godo. Su veteranía y experiencia en la administración romana hacían de él un aliado muy importante. Su hijo, Casiodoro el Joven, conocido con el epíteto de Senador, se convertiría en el principal portavoz de Teodorico, en cuya corte inició su carrera en el cargo de cuestor en 507, tras lo cual fue ascendiendo a puestos más altos, incluido el de prefecto pretoriano (533-537). Durante más de veinte años, Teodorico y sus sucesores enviaron órdenes, realizaron nombramientos y dieron consejos mediante cartas redactadas por Casiodoro. La recopilación de estos documentos editada por él mismo, las *Variae*, nos proporciona información detallada sobre el Gobierno de Teodorico, además de revelar las facultades literarias y los intereses personales del autor. Con un estilo clásico muy rebuscado, muy diferente del lenguaje normal, Casiodoro exageró sin duda los logros de Teodorico, pero sin las *Variae* a la documentación de su reinado le faltaría colorido[11].

Además de la participación e incorporación de estos representantes de las más altas esferas de la sociedad romana, la administración civil de Rávena empleaba a gobernadores provinciales veteranos, como Gaudencio de Flaminia, y a funcionarios con experiencia, entre los que se encontraban tres que ostentaban el cargo de *magister officiorum* («maestro de los oficios», el más alto cargo de la burocracia imperial) y otros tres prefectos pretorianos de Italia[12]. Mientras que muchos miembros de la clase senatorial preferían vivir en Roma, los miembros de las familias menos aristocráticas se trasladaban a menudo a Rávena. El dominio del sistema jurídico facilitaba la entrada en la corte a muchos jóvenes ambiciosos de no tan alta alcurnia; de joven, Floro se formó en derecho en Rávena y se convirtió en *advocatus*[13], y Eugenes (o Eugenetes), un brillante orador y abogado, fue *quaestor sacri palatii* en 506-507 y luego, también este último año, *magister officiorum*[14]. Otros juristas de categoría similar fueron Decorato y Honorato, hermanos originarios de Espoleto, que ascendieron al cargo de *quaestor sacri palatii* en la década de 520[15]. Es posible que el nombramiento de romanos menos ilustres desde el punto de vista

social en la administración civil de Teodorico fuera una estrategia deliberada para provocar la pérdida de peso de los cargos senatoriales, que pasaron a ser meramente honoríficos. Así pues, la corte goda circunscribió a la mayor parte de la aristocracia senatorial a ocupar cargos sin apenas competencias y concentró gran parte del poder en Rávena en una élite formada por individuos de un grupo distinto[16].

Los edificios de Teodorico

Para albergar a su corte, Teodorico amplió el palacio con nuevos edificios y los complementó con mejoras en las infraestructuras de la ciudad; la atención prestada al suministro de agua y de cereales salta a la vista en la construcción de un alcantarillado nuevo y en las reparaciones del acueducto, los baños, los pósitos y las panaderías (figura 29)[17]. Casi ninguna de estas infraestructuras se ha conservado, ya que en el mantenimiento de las construcciones civiles no se ponía el mismo cuidado que en el de las eclesiásticas. De todos modos, las aportaciones más importantes de Teodorico a Rávena son su capilla palatina y su mausoleo, que atestiguan su determinación de dar lustre a la ciudad.

Cuando llegó a Rávena, Teodorico debió de quedar impresionado por la grandeza y la riqueza de las principales iglesias y la exhibición de retratos imperiales en el extremo oriental de la basílica de San Juan Evangelista, donde los había mandado colocar Gala Placidia para reivindicar las pretensiones dinásticas de su familia, con la significativa excepción de los que habían abrazado el arrianismo. La novedosa idea de Placidia fue lo que, casi con toda seguridad, incitó a Teodorico a construir una basílica aún más grande, anexa a su palacio, que conmemorara a su propia familia y su fe arriana. Originalmente estaba dedicada a Cristo Salvador, aunque en la actualidad se conoce como San Apolinar el Nuevo. Como al principio tenía una cubierta de tejas doradas y tres franjas de mosaicos de fondo dorado que recorrían por entero la iglesia, la llamaban el Cielo de Oro. En un día soleado, el edificio causa una impresión extraordinaria, con estallidos de color espectaculares entre sus grandes ventanales (figura 11).

Para la decoración de su iglesia, Teodorico encargó una serie de escenas de la vida de Cristo para la franja superior, de sus milagros para el lado norte y de la Pasión para el sur (figuras 14 y 15). Entre recuadro y recuadro con dichas escenas encontramos coronas votivas, palomas y una cruz que evocan una gloria celestial. Para la segunda franja, encargó una serie de figuras masculinas, apóstoles y santos, cada uno de ellos con rasgos peculiares, como peinados reproducidos con gran elegancia. En el nivel inferior de la decoración mosaica, dos

procesiones de santos y mártires (masculinos en el lado norte, femeninos en el sur) avanzan desde el extremo oeste hacia grandes imágenes de Cristo y la Virgen en el extremo este. Dado que estos mosaicos del tercer nivel han sido muy restaurados, su forma original no está clara; es posible que Teodorico se hiciera representar encabezando la procesión masculina, y que su esposa o su hija encabezaran la femenina. En el ábside, una inscripción dejaba constancia del patrocinio real, y es posible que Teodorico en persona apareciera también representado. A raíz del derrumbe de esta parte de la iglesia durante un terremoto en el siglo VIII, la inscripción ya no estaba en su sitio, pero todavía era visible en el lugar donde había caído cuando Agnelo la copió en el siglo IX.

Puede que el elemento más insólito de la decoración sea la representación de las ciudades gemelas, Rávena y Classe, a ambos lados de la nave en el extremo oeste, la primera de ellas dominada por un edificio columnado que lleva la inscripción PALATIUM (figura 12). Se trata de una de las escasas imágenes de un palacio imperial, con un pórtico abierto y el salón del trono en el centro, donde se veía a Teodorico. Según un texto contemporáneo, Teodorico construyó un pórtico alrededor de todo el palacio, y este mosaico puede mostrar parte de esa estructura, un elemento externo donde salía a recibir el aplauso de sus súbditos. A ambos lados del trono, los cortesanos levantaban los brazos en señal de aclamación. En esta magnífica escena del rey entronizado en su palacio, Teodorico aparece como el nuevo gobernante de una ciudad amurallada que encierra varios edificios, mostrados en el fondo. En la pared opuesta se hallan Classe, con su puerto y sus barcos anclados, y los funcionarios (y posiblemente el rey) de pie frente a una larga muralla defensiva. Dado que Classe siempre había estado tan estrechamente vinculada a Rávena, constituía un claro contrapeso al palacio y refleja la importancia de las redes de comunicación y comercio en todo el Mediterráneo y en el caso particular del Adriático. Aunque los godos tenían poca experiencia en la guerra naval, hacia el final de su reinado Teodorico decidió reforzar las defensas marítimas con la construcción de una flota. Al representar sus ciudades con tanta elegancia, Teodorico asumía su responsabilidad sobre ellas en la capilla palatina en la que rendía culto según su fe arriana, cerca del *Palatium* representado en mosaico.

Originalmente, Teodorico ocupaba el panel central del mosaico del palacio, pero hoy solo vemos un espacio dorado con cortinas a ambos lados. La imagen del gobernante, y las de sus cortesanos que estaban entre las columnas del pórtico, fueron retiradas en la década de 560, cuando el obispo católico se hizo cargo de la iglesia. En el lado sur solo se conservan las manos de algunos de los cortesanos incrustadas

en las columnas de mosaico, y en el norte los pies de cuatro figuras situadas frente al muro de Classe, que fueron finalmente retirados a principios del siglo XX (figura 13). Esta transformación se ha interpretado como una *damnatio memoriae*[18]. Sin embargo, en el interior de la iglesia todavía se puede experimentar el aura resplandeciente de la decoración original de la basílica erigida por el rey godo para el culto de los arrianos en Rávena. La novedad de los mosaicos —sobre todo las escenas de los milagros y la vida de Cristo (entre ellas la de la samaritana, la viuda pobre que da todo lo que puede al cepillo del templo, la mujer con flujos de sangre y la sirvienta que acusa a Pedro)— y las largas procesiones de santos mártires que atraen la mirada hacia el extremo oriental, aunque no son específicamente arrianas, son un testimonio elocuente del cristianismo del rey. Y, pese a las considerables reconstrucciones (como el ábside del siglo XVII, reconstruido en la década de 1950), se nota que la representación de la monarquía goda y de la fe cristiana de Teodorico es su respuesta a la reafirmación de la dinastía imperial por parte de Gala Placidia en San Juan Evangelista.

Se ha discutido mucho sobre la identidad de los artesanos que crearon estos monumentos; los constructores y mosaiquistas, ¿procedían de Constantinopla o Roma, o bien eran artesanos locales, descendientes de los responsables de las iglesias de Gala Placidia y del obispo Neón? El hecho de que Teodorico solicitara a Roma el envío de marmolistas y artesanos cualificados, junto con materiales de construcción, e importara de Constantinopla capiteles y columnas de mármol de Proconeso (en las que se observan las marcas de los canteros griegos), indica que deseaba contar con lo mejor. Tras su visita a Roma en el año 500, cuando vio las grandes iglesias romanas, es posible que considerara a sus constructores superiores a los raveneses[19]. Durante décadas, los obispos de la Ciudad Eterna habían patrocinado a dichos artesanos, y el papa Símaco (498-514) construyó numerosas iglesias, capillas y la fuente de San Pedro, que estaba decorada con mosaicos de corderos, cruces y palmas, todos ellos símbolos cristianos tradicionales[20]. Un modelo formal evidente de San Apolinar el Nuevo era la inmensa basílica romana de Santa María la Mayor, de mediados del siglo V, en la que también vemos representadas escenas del Antiguo Testamento y de la vida de Cristo en la franja superior de mosaicos, mientras que los diez años que Teodorico vivió en Constantinopla debieron de proporcionarle la inspiración oriental, cuando no los artesanos.

De todos modos, aunque en las iglesias arrianas de Rávena encontremos indicios de la intervención de artistas foráneos, sabemos que la ciudad contaba con cuadrillas de trabajadores cualificados que habían construido y decorado edificios tanto civiles como eclesiásticos

durante generaciones. Es muy probable que los gremios de artistas activos en Rávena se encargaran de ensamblar los materiales importados y decorar la capilla palatina de Teodorico con su estilo atípico y singular, al igual que otras iglesias arrianas. Una de ellas, posteriormente demolida y que en la actualidad se conoce solo por el nombre de iglesia de los Godos, contaba con capiteles profusamente decorados, con el monograma de Teodorico (que hoy en día podemos admirar en el pórtico de la piazza del Popolo, construido en tiempos de la dominación veneciana, figura 27). Además, había una pequeña iglesia cerca del mausoleo de Teodorico, dedicada a san Jorge, y una capilla, en este caso a san Pedro. Durante la dominación goda, los obispos arrianos de Rávena construyeron otras dos residencias o palacios mencionados por Agnelo, quien también nos habla de otro palacio construido por Teodorico en una isla frente al puerto del León. Muchos de estos edificios godos quedaron en ruinas o fueron demolidos posteriormente para obtener material para la construcción de edificios católicos; el propio Agnelo utilizó material reaprovechado del palacio de la isla de Teodorico para levantar su propia casa.

La elección de un palacio en la representación de la ciudad de Rávena que vemos en el mosaico de San Apolinar el Nuevo refleja lo orgulloso que se sentía Teodorico de su ampliación y enriquecimiento del edificio cuya construcción había emprendido Honorio casi un siglo antes. Las excavaciones arqueológicas han puesto al descubierto los añadidos realizados en tiempos de Teodorico, entre finales del siglo V y principios del VI, entre ellos otro comedor más grande, el *triclinium ad mare*, con vistas al mar; numerosas estructuras con hermosos pavimentos de mosaico; paredes de edificios adicionales, así como cañerías de plomo marcadas con el nombre del rey, al que califica de restaurador de la ciudad (figura 29)[21]. Para ampliar el palacio, Teodorico se inspiró visiblemente en sus recuerdos del Gran Palacio de Constantinopla, por ejemplo en la zona llamada *scubitum* (del griego *exkubiton*, un edificio donde residía la guardia imperial de élite creada por el emperador León I). Esta imitación resulta evidente sobre todo en la puerta del palacio llamada Calchi, un nombre que procede del que designaba a la imponente entrada ceremonial del palacio de Constantinopla, la puerta de Chalke. Al igual que su modelo imperial, es probable que Teodorico decorase esta entrada con estatuas de sí mismo y de su familia y con restos de edificios clásicos. Siguiendo una tradición romana aún más antigua, Teodorico hizo instalar delante del palacio una estatua ecuestre de sí mismo. (Al cabo de casi trescientos años, este fue el monumento que Carlomagno retiró de Rávena para transmitir la sensación de poder imperial en su flamante capital, Aquisgrán).

Es evidente que Teodorico comprendía a la perfección la importancia de las estatuas reales, y decoró los palacios de Rávena y Pavía con estatuas y retratos suyos como herramienta de propaganda de su monarquía. Agnelo vio la inmensa estatua ecuestre de Teodorico que decoraba el palacio del rey en Pavía, que luego aprovecharían los reyes longobardos posteriores para su propio uso[22]. Al insistir en que las unidades militares godas fueran a la capital para cobrar su paga, demostró comprender el impacto que podían tener estas imágenes regias, situadas en un entorno casi imperial. También marcó sus proyectos de construcción con su nombre, a imitación de los emperadores romanos que se atribuían la construcción de acueductos, puentes, carreteras y albergues. Restableció el sistema de transporte imperial en los territorios de Occidente que gobernaba, y animó constantemente a las poblaciones locales a mejorar y embellecer sus ciudades y fincas, desecando y recuperando terrenos pantanosos, reparando las fortificaciones, construyendo otras nuevas o participando en su mantenimiento. En todo ello, contó con el agradecimiento de quienes erigirían luego inscripciones en su honor; las más aduladoras alaban a veces al rey como *semper augustus* (aunque él nunca utilizó el título imperial de *augustus*), *gloriosissimus*, *victor ac triumfator*, *clementissimi principis* («príncipe gloriosísimo, vencedor, triunfante y clementísimo»). Estos calificativos tal vez sean muestras de agradecimiento por las reparaciones que Teodorico llevó a cabo en los monumentos de Roma, donde restauró las murallas de la ciudad y parte del palacio[23].

Imágenes parecidas del rey y referencias a su mecenazgo se encuentran en palacios de Verona, Pavía, Galeata y Monza, cerca del lago de Como, donde veraneaba Teodorico, que apreciaba lo benigno del clima de la zona, al igual que otros monarcas instalados en Rávena. Procopio nos informa de la existencia de un retrato suyo en mosaico en la plaza del mercado de Nápoles[24]. Aunque los decretos de Teodorico indican que visitó en numerosas ocasiones todas estas ciudades, especialmente Pavía, el hecho de que centrase su atención en Rávena revela su determinación de crear una pequeña Constantinopla en Occidente, donde pudiera gobernar como emperador y contar con los mejores artistas, artesanos y sabios. Los retratos y estatuas de Teodorico que proliferaron en otras ciudades quizá fueran resultado de sus anhelos, pero representaban la gratitud de la población local por su Gobierno, por alguna intervención concreta en momentos de necesidad (como en Liguria) o como muestras de pura y simple admiración en forma de inscripciones.

Durante el reinado de Teodorico, la corte de Rávena se convirtió en un centro de mecenazgo que atrajo no solo a godos y arrianos cualificados, sino también a los mejores sabios, constructores y artistas, mayoritariamente romanos. La figura intelectual más destacada de la corte de Teodorico fue Boecio, famoso por sus traducciones de Aristóteles, Platón, Pitágoras, Ptolomeo, Nicómaco, Euclides y Arquímedes del griego al latín, y por sus conocimientos acerca de los relojes de agua y de sol (expuestos en una carta a Gundebaldo, rey de los burgundios), así como de los instrumentos científicos y musicales[25]. A partir del año 507, Teodorico consultó a Boecio y expresó su enorme orgullo por la alta cultura de su corte: «Que gracias a ti las gentes extranjeras sepan que tenemos personajes tan ilustres como los autores más leídos». Boecio ya era reputado por sus conocimientos de los textos griegos —científicos, matemáticos y filosóficos— y ostentaba el título de patricio antes de trasladarse a Rávena. En el año 522, cuando sus dos jóvenes hijos fueron nombrados cónsules (un gran honor para ambos), Boecio aceptó ocupar el cargo de *magister officiorum* en la corte de Teodorico. Aunque algunos jefes militares godos siguieron siendo hostiles a la cultura romana, Boecio aportó un inmenso prestigio a la familia gobernante.

Su presencia, junto con la de otros sabios romanos, distinguió sin duda a la corte de Rávena de otros centros germánicos, que acudían al rey Teodorico en busca de consejo. El hecho de que dominaran el griego, algo inusual en Occidente en el siglo VI, nos da la medida de su brillantez. Además de a Boecio encontramos, por ejemplo, a un ravenés llamado Mario Novato Renato, a quien Severo de Antioquía conoció en Constantinopla hacia el año 510. Conversaron en griego. Renato poseía un manuscrito del tratado de lógica de Boecio, que había sido copiado por un *antiquarius* llamado Teodoro en la capital de Oriente, donde es posible que Renato lo hubiera adquirido[26]. Otros personajes menores aportaron conocimientos especializados, como Elpidio, médico (*medicus*) de Teodorico, que además era diácono, y el *comes archiatrorum* (médico jefe) mencionado por Casiodoro, que se ocupaba de la profesión médica en la ciudad. Dado que los conocimientos médicos avanzados, basados en textos griegos, eran desconocidos en Occidente y las traducciones de dichos textos se hacían en Rávena, la corte de Teodorico se convirtió en un importante centro que atraía a médicos judíos y occidentales. Entre los comerciantes griegos de Classe se encontraban *argentarii* (banqueros o cambistas), como Juliano, y varios mercaderes sirios, que firmaban los documentos con letras griegas.

La aportación específicamente goda a esta amalgama cultural nos la ilustra un magnífico manuscrito con letras escritas en tinta de oro y plata sobre pergamino teñido de púrpura. Este ejemplar de lujo, de altísima calidad, es un texto de los cuatro Evangelios en godo con profusa decoración y amplios márgenes, conservado en la Biblioteca Universitaria de Uppsala (figura 24)[27]. Gracias a él, constatamos la rivalidad entre dos interpretaciones diferentes de la fe cristiana que produjeron textos bíblicos suntuosos; en este caso, un objeto muy caro probablemente destinado a su exhibición más que al uso regular. Un escriba godo (*bokareis*) llamado Wiljarith está asociado al manuscrito de Uppsala[28]. La enorme inversión que supuso en pergamino fino, púrpura y tintas de oro y plata apunta al patrocinio real y a Rávena como lugar de origen. Existían *scriptoria* parecidos donde copiaban textos religiosos para los arrianos en formatos menos caros, pero, como la mayoría de estos textos fueron condenados posteriormente a las llamas por heréticos, el Evangeliario de Upsala es un caso excepcional de supervivencia.

Además de la producción de textos religiosos arrianos, la existencia de textos fragmentarios bilingües en godo y latín, así como en griego y latín, supone también la existencia de un conjunto de traductores que se dedicaban a difundir documentos teológicos, históricos, filosóficos y médicos en las tres lenguas utilizadas en Rávena. Teodorico apoyó que se diera una educación muy amplia en godo, latín y griego a sus hijas y a los hijos de sus cortesanos. En un escrito dirigido al Senado en el año 533, Casiodoro alaba la educación de la hija de Teodorico, Amalasunta:

> Es docta en el esplendor de la oratoria ática; brilla en la gloria de la elocuencia romana; la enaltece el fluir de su lengua materna y a todos supera en las suyas porque en cada una de ellas se muestra igual de admirable […] nadie necesita un intérprete cuando se dirige al oído de nuestra sabia señora […] a esto se añade, a modo de excelsa diadema, el inestimable conocimiento de la literatura, mediante el cual se aprende la sabiduría de los antiguos[29].

A continuación, Casiodoro elogia su capacidad para «desatar los nudos de los litigios […] apaciguar las discordias más encendidas» y subraya que, en firmeza de ánimo, «supera incluso a los más ilustres filósofos». También pondera las cualidades de Amalaberga, sobrina de Teodorico, que fue enviada en matrimonio al rey de Turingia junto con la dote propia de un enlace real: una yeguada de caballos plateados, «muy

bien alimentados y, por lo tanto, mansos, veloces por su gran tamaño, hermosos a la vista y agradables de montar [...] adiestrados para avanzar a ritmo sostenido y prolongado», pero «la que adorna la gloria del poder real los supera sin duda a todos»[30]. Como de costumbre Casiodoro exagera, pero seguro que hay algo de verdad en sus afirmaciones. Enodio menciona a una mujer llamada Bona que fue convocada a la corte de Teodorico en 509-510, y se la ha relacionado con la educación de Amalasunta y su prima. Fuera quien fuese el encargado de dicha formación, el objetivo de preparar a las mujeres de la realeza para desenvolverse en el mundo romanogodo de principios del siglo VI refleja claramente los niveles de educación y conocimiento de la corte de Rávena.

Otro elemento godo de la cultura de la corte de Rávena es la obra de tres geógrafos, Atanarido, Ildebaldo y Marcomiro (aunque sus nombres no constan en las fuentes del siglo VI). Utilizaron itinerarios romanos como la *Tabula Peutingeriana*, así como sus propias fuentes de información, para situar las ciudades según su posición en los ríos, indicando las rutas que tomaban los que viajaban en barco. Además de información útil sobre los pueblos del norte identificados como los «scerdifenni» y los «rerifenni» (seguramente los finlandeses o lapones), nos dan los nombres originales de ciudades que habían cambiado durante la dominación romana. A pesar de lo poco que sabemos de ellos, parece que estos geógrafos consiguieron trazar el largo y tortuoso itinerario recorrido por las tribus godas desde el Lejano Oriente hasta Occidente e identificar nombres de lugares y ríos que hasta entonces no habían sido cartografiados[31]. A la información que recogieron le sacó el máximo partido un geógrafo posterior al que se conoce por el nombre de «cosmógrafo anónimo de Rávena», de finales del siglo VII.

Pan y circo

Si bien Teodorico se complacía en rodearse de intelectuales tanto romanos como godos, no ignoraba la política imperial de «pan y circo» y se esforzaba por abastecer a las grandes ciudades de grano suficiente, así como de espectáculos para el pueblo. Casiodoro dice que Teodorico era contrario a los combates de gladiadores y a las luchas con fieras, pero su apoyo a los espectáculos circenses —carreras de cuadrigas en Roma y Milán, el anfiteatro de Pavía— revela que se daba perfecta cuenta de la importancia que tenían en la cultura romana. En una carta al rey Hermanfredo de Turingia, le agradece el obsequio de fieras adiestradas, seguramente osos bailarines, mientras que, para celebrar el consulado de Eutarico en 518-519, se trajeron de

África bestias desconocidas, quizá leones o jirafas, que se exhibieron en Roma y después en Rávena[32]. Se premiaba a los aurigas especialmente hábiles, como uno llamado Tomás que había venido de Oriente para competir en los circos occidentales, y se apreciaba mucho a los artistas de la pantomima, a los bailarines —hombres y mujeres— y a los atletas, gimnastas y músicos. Al parecer, a Teodorico no le entusiasmaban las carreras de cuadrigas, pero consideraba necesario financiar lo que el pueblo quisiera presenciar: un gran espectáculo en el que los equipos de caballos y hombres verdes, azules, blancos y rojos competían dando seis vueltas al hipódromo. En la larga descripción que hace Casiodoro de cómo las carreras se convirtieron en el entretenimiento popular por excelencia de los romanos, el rey critica la locura que desataban estos espectáculos, aunque reconoce que «a veces nos conviene ser imprudentes para así controlar las alegrías que el pueblo anhela»[33]. En cambio, el papa Félix IV (526-530) condenó al clero de Rávena por interesarse demasiado en unos espectáculos circenses, que, según él, eran nocivos para sus almas.

La vida en Rávena a principios del siglo VI

Mientras Teodorico proporcionaba espectáculos a los raveneses, el sistema tradicional de gobierno de la ciudad permaneció inalterado, ya que el rey godo consideraba que la autonomía de la que disfrutaba Rávena era una valiosa fuente de orgullo local y prestigio social. Teodorico insistía, eso sí, en el principio de la responsabilidad colectiva de los impuestos, especialmente cuando los miembros más ricos del Gobierno municipal trataban de no pagar lo que les correspondía. Un edicto promulgado entre 507 y 512 estipulaba que los grandes terratenientes tenían que abonar íntegramente la cuota que se les exigía, ya fuera en tres plazos o en un solo pago, para que sus deudas o demoras en el pago de los impuestos no recayesen sobre los concejales más pobres (*curiales*[34]). A partir de 493, el concejo, dominado por un puñado de familias de la aristocracia, siguió administrando la ciudad, nombrando a los vigilantes nocturnos y a otros funcionarios municipales[35]. Entre los *principales* que presidían sus reuniones encontramos a representantes de familias profundamente arraigadas en la ciudad, como Juan Aelio y Tranquilo Melminio, encargados del registro de la propiedad, una tarea de vital importancia, ya que, cada vez que una propiedad cambiaba de manos, la responsabilidad fiscal recaía en el nuevo dueño[36]. En el año 504, por ejemplo, Flavio Basilio, definido como *vir honestus* y *argentarius* (cambista), vendió tierras en un lugar llamado Vetereca a la Iglesia de

Rávena, representada por Rústico, un eclesiástico auxiliar (acólito, *acolythus*[37]). El magistrado presidente Firmiano Urso ordenó la lectura del documento, redactado por el secretario oficial (*forensis*) Flavio Vital, se acordó el precio de venta —dieciocho sólidos— y se firmó el documento, que se envió a registrar al archivo municipal. El *defensor civitatis* se encarga de que la Iglesia de Rávena liquide los impuestos pendientes[38].

Otro papiro conservado en el archivo municipal es el testamento del obispo Aureliano. Fechado en los idus de enero del año del cónsul occidental Valerio (521), este documento estipula que el obispo desea legar todos sus bienes a la Iglesia y que todos sus esclavos, hombres y mujeres, queden libres. En la década de 550 se copió y se leyó en voz alta ante los concejales, mientras que un nutrido grupo de vecinos de la ciudad, identificados por su nombre, lo firmaron en calidad de testigos[39]. El motivo por el que se repitió este acto quizá fuera que los antiguos esclavos tal vez necesitaran corroborar su condición de libertos, y por ello exigieron que se registrase una nueva copia del testamento. Su insistencia permitió que se conservara una prueba documental de las riquezas acumuladas por uno de los obispos de la ciudad; este las legó a la Iglesia y prelados posteriores pudieron emplearlas para sus ambiciosos proyectos arquitectónicos.

La corte goda de Teodorico atrajo a hábiles artesanos como Daniel, un marmolista al que el rey concedió el monopolio de la talla de sarcófagos, con la directriz de no aprovecharse de los afligidos por una muerte reciente cobrándoles demasiado por su trabajo, y a jóvenes ambiciosos como Senario, así como a partidarios romanos de corte más tradicional como Liberio[40]. Senario era un joven que buscó empleo en la corte del nuevo monarca y que ascendió desde el cargo de paje hasta el de ilustre consejero y patricio, mientras que Liberio actuó siempre al servicio de Teodorico en una larga y variada carrera que comenzó en 493. Tanto Senario como Liberio fueron enviados del rey y compusieron elegantes epitafios en verso que se grabaron en sus tumbas respectivas de Rávena y Rímini, y en los que se describe su trayectoria a las órdenes del rey godo y las recompensas que recibieron[41].

Con su dominio de las fuerzas centrípetas que provocaron la desintegración del mundo romano en Occidente, Teodorico rehízo el estilo de gobierno imperial y fue emperador en todo menos en el nombre. A diferencia de los demás caudillos bárbaros, Teodorico creó un núcleo alrededor del cual giraban fuerzas posteriores, deseosas de entrar en contacto con su aureola de prestigio e impregnarse de ella para fecundar sus propios centros de poder. El Gobierno de Teodorico en Rávena transformó así el periodo de hundimiento del Imperio romano, el del siglo V, en una nueva época de la cristiandad primitiva,

bajo la égida de Constantinopla. Inauguró un futuro en el que la integración de las energías godas y germánicas con las capacidades romanas y con elementos esenciales de la administración imperial hizo de Rávena un crisol donde se formó la aleación de Europa.

11
La diplomacia de Teodorico

Teodorico convirtió su corte de Rávena en el centro de una red de conexiones diplomáticas que se extendía por toda la mitad occidental del mundo romano y que reforzaba las credenciales imperiales de la ciudad. Incluso antes de su primera victoria sobre Odoacro, ya enviaba embajadas a otros soberanos, y cuando en el año 490 necesitó ayuda militar convenció a Alarico II, el rey visigodo de Toulouse, de que acudiera en su ayuda. Al igual que los demás reyes y emperadores a lo largo de la historia, utilizó con gran eficacia los enlaces matrimoniales como método para reforzar los vínculos políticos y evitar la guerra. En 493 negoció una alianza con el rey franco Clodoveo que selló el matrimonio con su hermana Audofleda; a su hija Tiudigoto la entregó como recompensa a Alarico de Toulouse en 494; su otra hija, Ostrogoto Areagni, se casó posteriormente con Segismundo, hijo del rey Gundebaldo de Borgoña, y en el año 500 Teodorico desposó a su hermana recién enviudada, Amalafrida, con Trasamundo, rey de los vándalos del norte de África, lo que contribuyó a reducir los ataques de estos sobre Sicilia y el sur de Italia[1].

En algún momento entre 507 y 511, Teodorico envió a su sobrina Amalaberga a casarse con Hermanfredo de Turingia, un reino germánico situado al este del Rin. En el panegírico en el que describe las cualidades de la novia, Casiodoro afirmaba que «la afortunada Turingia recibirá lo que ha criado Italia, una mujer con cultura literaria, educación moral, noble no solo de linaje, sino también en dignidad femenina». Insistía, además, en que la princesa contribuiría a mejorar el reino de Turingia: «Con vosotros desempeñará legítimamente el papel de gobernante, y disciplinará a vuestra nación con un mejor modo de vida»[2]. En otra importante iniciativa, Teodorico eligió a un noble visigodo, Eutarico, como marido de su única hija superviviente, Amalasunta, lo que le convirtió en un heredero en potencia, aunque su muerte prematura en 522, para gran pesar del rey, hizo que el proyecto fracasara.

La red familiar de Teodorico, cuidadosamente construida, mejoró su estatus y autoridad, y ayudó a evitar guerras, pero no podía

mantener las alianzas para siempre. Fue incapaz de frenar a su cuñado Clodoveo, cuyas ambiciones amenazaban tanto a los alamanes como a los visigodos. A principios del año 507, mientras el rey franco intentaba obtener el apoyo militar de los burgundios, turingios, hérulos y varnos (los dos últimos asentados en el norte del Rin y del Elba), Teodorico escribió a todas las partes para aconsejarles que optaran por la paz. Dado que estaba emparentado por matrimonio con Clodoveo y Alarico, los principales oponentes, insistió en la moderación y la negociación en lugar de la guerra. Envió emisarios a Gundebaldo, en Borgoña, con instrucciones de convencer al rey de que secundara su intento de resolver la disputa mediante el arbitraje[3]. Pero Clodoveo rechazó estas iniciativas y en 507 sus fuerzas derrotaron y mataron a Alarico en la batalla de Vouillé, lo que obligó a los visigodos supervivientes a retirarse hacia el sur, a Septimania e Hispania, dejando en manos de los francos la mayor parte de la Galia[4]. Al año siguiente, Teodorico impidió que los burgundios tomaran Arlés en una campaña militar que le permitió incorporar la Provenza a su propio reino.

En una época dominada por la volatilidad, la inseguridad y las violentas luchas por el poder, la diplomacia seguía sin ser tan eficaz como la intervención militar. Las alianzas del rey, consolidadas por sus parientes femeninas, jamás consiguieron garantizar la lealtad a la corte ostrogoda de Rávena. En la Hispania visigoda, por ejemplo, el hijo de Tiudigoto acabó heredando el poder, pero fue asesinado en 531 y Teudis, que había sido portaescudos de Teodorico, heredó el reino. En el norte de África, a pesar de su guardia goda de quinientos soldados, Amalafrida no sobrevivió a su marido. Falleció en prisión mientras el nuevo rey vándalo, Hilderico, mandaba matar a todos sus protectores godos[5]. Y, como veremos, tras la muerte de su marido en 534, Amalaberga tuvo que huir de Turingia.

Sin embargo, la red de contactos de Teodorico con muchas regiones de Occidente situadas más allá de los Alpes le proporcionaba información útil sobre esas tierras. Gracias a los contactos diplomáticos y comerciales, a menudo complementados por el espionaje, tuvo noticias de otros gobernantes y sus ambiciones. Esta práctica se basaba en su conocimiento del Imperio de Oriente, donde había comprobado en persona el valor de tales medidas y de la importancia de enviar los regalos adecuados. Cuando Clodoveo le pidió que le mandaran un citarista o un tañedor de lira, Teodorico consultó con Boecio quién era el que mejor podía deleitar al rey franco en sus banquetes[6]. Boecio también fue el encargado de enviar sendos relojes de agua y de sol al rey Gundebaldo de Borgoña[7]. Tras la muerte de Eutirico en el año 522, Teodorico recibió quejas sobre la administración visigoda en Hispania y ordenó a los funcionarios godos

del reino que protegieran a los pobres de la explotación de las guarniciones godas[8]. A través de las peticiones que le enviaban sus funcionarios de Panonia, Istria y Dalmacia, se enteraba de lo que sucedía en estos lugares, como cuando un comerciante de Salona se quejó a Teodorico de que el obispo se negaba a pagarle el aceite que le había proporcionado para las lámparas de la iglesia. El obispo recibió enseguida la orden de saldar la deuda. Otra embajada de Dalmacia llevó al joven jurista Arator a la corte para defender a la sufrida población local con una retórica que dejó una impresión duradera en Rávena, y que dio lugar a que Arator fuera incorporado posteriormente a la administración goda[9].

Otro indicio de la importancia de la corte de Teodorico nos lo da el número de embajadas y obispos extranjeros que llegaban a Rávena. Epifanio de Pavía fue uno de los primeros. En su caso fue a abogar por Liguria, la región del noroeste de Italia devastada por los ataques de los burgundios, y en el año 493 el rey respondió enviándole, en compañía de otro obispo católico, Víctor de Turín, en una embajada a los burgundios con la misión de rescatar a los prisioneros de guerra ligures. Otro de los primeros visitantes de la corte de Teodorico fue Lorenzo, obispo de Milán, que también envió en varias ocasiones a Rávena a su diácono, Enodio, para defender los intereses de la Iglesia del norte de Italia. En el año 513 Enodio fue ascendido a obispo de Pavía y, como tal, Teodorico lo eligió para que participara en dos importantes embajadas a Constantinopla, en un esfuerzo por resolver el cisma acaciano. Su carrera ilustra la insistencia de Teodorico en utilizar a los obispos católicos para determinadas misiones diplomáticas, una práctica que se mantuvo durante los años de disputas diplomáticas acérrimas sobre las iglesias arrianas en la capital de Oriente.

El rey godo también comprendió la importancia de los obispos que atendían a la población mayoritariamente católica de Provenza, después de haber conquistado esa parte del reino visigodo de Toulouse. Cuando importantes centros eclesiásticos como Arlés y Carcasona fueron asediados, acudió en su ayuda y nombró al anciano general Liberio como prefecto pretoriano de la Galia para restablecer el dominio «romano» (es decir, godo). No obstante, en 513 Teodorico se enteró de que el obispo Cesáreo de Arlés estaba en contacto con los enemigos burgundios, por lo que convocó de inmediato al obispo a Rávena. En su encuentro, sin embargo, la determinación del rey de cooperar con el clero católico dio lugar a conversaciones respetuosas y, durante su estancia en Rávena, Cesáreo realizó dos curaciones milagrosas. Teodorico entregó numerosos regalos al obispo y este se dirigió a Roma, donde el papa Símaco resolvió una disputa entre las sedes de Arlés y Vienne, y nombró a Cesáreo vicario papal para la

región del sur de la Galia. Esto satisfizo tanto al obispo como a Teodorico[10].

Casiodoro documenta un amplio abanico de decisiones tomadas por Teodorico en respuesta a solicitudes llegadas de numerosos lugares: de la facción de los Verdes en Roma por la muerte de uno de sus miembros; de los comerciantes de Siponto, a los que concedió dos años de moratoria de toda expropiación forzosa mientras se recuperaban sus negocios; de la ciudad de Arlés, para que les suministraran alimentos y fondos para restaurar las murallas y las torres; de algunos habitantes de la Campania y el Samnio, que se quejaban de que se les obligara a asumir las deudas de otros; de los judíos de Génova, para reconstruir su sinagoga, y del ciego Anduit, que había sido reducido a la condición de esclavo a pesar de que una sentencia judicial anterior había dictaminado que él y su familia eran libres. Entre los años 507 y 511, el rey pidió al Senado que delimitara la zona del Decemnovio, un tramo de treinta kilómetros de la Vía Apia al norte de Terracina, que el patricio Decio había prometido desecar. En palabras de Casiodoro:

> Es una desolación notoria desde hace tiempo, que debido a una prolongada negligencia ha formado una especie de mar pantanoso y ha destruido los amables cultivos […] confundiéndolos en un mismo horror con las tierras salvajes […] ordenamos que se marque con mojones todo el espacio invadido por el lodo de las marismas, de modo que, cuando la obra prometida llegue a su fin, la tierra recuperada pase a manos de su libertador.

Una larga inscripción erigida en Terracina deja constancia del éxito de la operación, con elogios desmedidos a Teodorico (*semper augustus*) y un homenaje menos efusivo a Decio, antiguo prefecto de la ciudad, exprefecto pretoriano, cónsul y patricio, cuyo derecho a la propiedad de las tierras drenadas quedaba así garantizado[11].

Teodorico también recibía numerosas peticiones de ayuda tras las catástrofes, y a menudo hizo que rebajasen los impuestos a las zonas afectadas. A principios del siglo VI, cuando se produjo una hambruna en Liguria, ordenó que enviaran suministros de trigo desde Rávena a dicha región[12]. Y cuando las naves con los suministros naufragaron, ordenó a los mercaderes particulares del centro y el sur de Italia que fueran a vender sus productos a la Galia. Renovó los privilegios de Marsella, un importante puerto de entrada a la región, y concedió a la ciudad una moratoria fiscal para impulsar su actividad mercantil[13]. Al ser informado del saqueo de la zona por parte de un ejército godo, envió fondos al obispo Severo para que los distribuyera entre las personas que hubieran sufrido pérdidas. Además de financiar obras

destinadas a mejorar las fortificaciones, el aprovechamiento de las tierras y el transporte, Teodorico insistió en que la población local participara en el drenaje de los pantanos y la recuperación de las tierras cultivables. En su correspondencia, amenizada con frecuencia por los comentarios personales de Casiodoro, se ponen de manifiesto los esfuerzos de Teodorico por imponer la justicia y evitar la pobreza injusta.

En la carta a Boecio sobre el mejor intérprete de cítara, Casiodoro habla con entusiasmo de los placeres de la música y la habilidad del músico:

> Convierte la brutalidad en placer, despierta de su letargo a la pereza somnolienta, devuelve a los insomnes su sano descanso, devuelve a la castidad corrompida por la lujuria su resolución moral, y cura el tedio del espíritu que es siempre enemigo de los buenos pensamientos […]. Esto se consigue entre todos los humanos con cinco *toni* [escalas o modos], cada uno de los cuales debe su nombre al de la región donde fue inventado.

A continuación, se atreve a darle a Boecio, que era un experto en teoría musical, toda una lección sobre los modos dórico, frigio, eolio, jónico y lidio. «Por este medio, Orfeo dominó eficazmente a los animales mudos […] los tritones se prendaron de la arena seca; la nereida Galatea fue a parar a tierra firme; los osos abandonaron sus amados bosques; los leones salieron de los cañaverales donde vivían». Continuando con otras alusiones clásicas al poder de la música, hace una digresión sobre la métrica, el poder de los himnos y la técnica de pulsar las cuerdas de la cítara, que resuenan dulcemente y vibran en armonía con sonidos diversos. Por último, concluye Casiodoro, siempre hablando en nombre de Teodorico:

> Pero ahora que me he dado el gusto de esta digresión —porque siempre es agradable hablar de temas profundos con los peritos —, dejo a tu buen discernimiento la selección del mejor citarista de la actualidad, que será como un segundo Orfeo cuando su dulce son dome los fieros corazones de los paganos […].[14]

Teodorico y Constantinopla

En una carta muy citada al emperador Anastasio, redactada hacia el año 507 o 508, Teodorico describe su reino con el término tradicional romano de «república».

> Nuestro reino es una imitación del vuestro, modelado según

> vuestro buen propósito, ejemplar de un solo imperio, y en la medida en que os seguimos vamos por delante de las demás naciones […]. Creemos que no sufriréis que permanezca ninguna discordia entre dos repúblicas de las que se afirma que siempre formaron un solo cuerpo bajo sus antiguos gobernantes[15].

Este reino indiviso de los romanos, *Romanum regnum*, se contrapone después a los dos reinos constitutivos, *regna*, que estaban unidos no solo por el amor, sino también por el apoyo activo que se daban mutuamente. «Que haya siempre una sola voluntad, un solo propósito en el reino de los romanos». En las medidísimas palabras de Casiodoro, la carta elogia a Anastasio como emperador y concede a Teodorico un rango casi idéntico, como *princeps* de Occidente. La misma idea salta a la vista en una inscripción existente en Roma que se refiere tanto a Anastasio como a Teodorico como señores, *domini*, aunque reservando más calificativos honoríficos al primero. Teodorico reconocía a Constantinopla como la cúspide del poder en el mundo romano, la fuente suprema de la autoridad, y trataba de mantener una política de cooperación con Anastasio, que había heredado un arsenal entero de epítetos imperiales (con sus ceremonias correspondientes) y al que no inquietaban en absoluto las pretensiones del gobernante godo de Occidente.

Sin embargo, dentro de este único imperio, Teodorico insistió en la aceptación de cierto pluralismo religioso. Como pone de manifiesto en una carta del año 502 a los obispos católicos, su política de tratar con justicia a todos se basaba en su visión del Evangelio. Consideraba un grave error que los obispos tanto «católicos» como «de nuestra religión» hubieran sido expulsados de sus iglesias y privados de sus tierras por diferencias doctrinales[16]. Su insistencia en permitir a todos los cristianos —así como a los judíos— que expresaran su fe a su manera nos puede resultar muy actual. En aquella época no se trataba de una teoría de la tolerancia, sino del reconocimiento de que los godos eran una minoría en el territorio que habían conquistado. Aun así, era un factor que diferenciaba al reino de Teodorico del de otros monarcas arrianos. Entre 457 y 487, el rey vándalo Hunerico intensificó la hostilidad oficial hacia los católicos de África, lo que obligó a exiliarse a 302 obispos, 46 de los cuales fueron enviados a Córcega a cortar madera para la armada real. Ocho de los obispos exiliados murieron y dos fueron martirizados. Del mismo modo, los gobernantes visigodos perseguían a los cristianos no arrianos y a las comunidades judías de Hispania.

En contraste con esta activa persecución, Teodorico permitió a los obispos católicos de Rávena seguir construyendo sus iglesias junto a las arrianas y conservar su credo[17]. Durante su reinado, el obispo

Pedro II (494-520) mandó erigir un baptisterio adosado a la basílica construida por san Pedro Crisólogo en Classe, así como una pequeña capilla dedicada a san Andrés decorada con mármoles de Proconeso que «brillaba con luz propia»[18]. También inició la construcción de una capilla llamada Tricollis, «construida con gran ingenio» dentro del palacio episcopal, que fue continuada por sus sucesores Aureliano (521) y Eclesio (522-532). Con la ayuda del banquero Juliano, Eclesio también dedicó una iglesia a la Virgen María en su propia finca, y en la bóveda del ábside colocó una enorme imagen de mosaico dorado de la Madre de Dios y el Niño con el ángel Gabriel, como consta en la inscripción en verso que se encuentra debajo de la imagen[19]. Teodorico también empleó a los obispos católicos de su reino en misiones diplomáticas, donde creyó que su lealtad podría ayudar a obtener un resultado positivo. Como hemos visto, Epifanio de Pavía fue enviado a Borgoña para obtener la liberación de prisioneros, y su sucesor Enodio participó en varias embajadas en nombre del rey. En el año 525, Eclesio de Rávena acompañó al papa Juan en una embajada a Constantinopla para evitar el cierre de las iglesias arrianas de esa ciudad, y a su regreso planificó otro edificio aún más ambicioso, la iglesia de San Vital, que acabaría compitiendo con la poderosa basílica Dorada de Teodorico.

Teodorico y los judíos

Como Teodorico consideraba necesario aceptar las discrepancias teológicas en su intento de fomentar una unidad social que pudiera superarlas, se mostró sorprendentemente tolerante con las comunidades judías. En lugar de tomar las medidas punitivas que se solían adoptar contra ellas tanto en el Imperio de Oriente como en el de Occidente, les permitió llevar a cabo sus prácticas religiosas. Entre 507 y 511, cuando Casiodoro, en nombre del rey, escribió a los judíos de Génova: «No podemos imponeros una religión, ya que nadie puede ser obligado a creer en contra de su voluntad», estableció un principio muy importante[20]. Al tolerar sus prácticas, Teodorico se diferenció de numerosos ejemplos de intolerancia de los siglos V y VI, y creó un precedente que sería muy citado por los reformadores posteriores. No permitió a los judíos que ampliaran la sinagoga, pero sí que reconstruyeran la cubierta[21].

La presencia de judíos en Rávena está confirmada por el hallazgo de parte de un ánfora, hoy en el Museo Arqueológico, con una inscripción en hebreo en el cuello en la que se lee *shalom* («paz»), y por la posterior conversión en iglesia de como mínimo una sinagoga[22]. A pesar de las proclamas de Teodorico, las agresiones

contra las comunidades judías de Rávena y de Roma eran frecuentes. En 519-520, mientras Teodorico estaba de visita en Verona, y Eutarico había quedado al mando de la capital goda, los raveneses quemaron las sinagogas. Eutarico apoyó la petición de auxilio de los judíos al rey, quien ordenó al obispo Pedro y al máximo responsable del Gobierno municipal de Rávena que organizaran su reconstrucción, utilizando mano de obra local[23]. El contraste con ataques parecidos a las propiedades de judíos en el Imperio romano de Oriente es enorme. Cuando los monjes de Kallinikos (la actual ciudad siria de Raqa), un importante centro comercial de la zona, destruyeron la sinagoga de la ciudad, el emperador de Constantinopla se puso del lado del obispo de la localidad, que se negó a prestar cualquier ayuda económica para su reconstrucción[24]. Asimismo, los judíos de Génova reconocieron que el Gobierno de Teodorico unía a las diferentes comunidades en una sola sociedad, mientras que en Nápoles la comunidad judía permaneció leal a los godos cuando se enfrentaron a las tropas imperiales en la década de 530.

Aunque, según Prisciano, llegaron a Constantinopla «multitudes» de refugiados del reino de Teodorico, y un testigo presencial, Domingo o Domnicus, huyó del «tirano» para refugiarse en la capital de Oriente, parece que el rey godo contaba con el aprecio de la mayoría de los italorromanos[25]. Dicho aprecio podía deberse en parte a su insistencia en la justicia y en un gobierno eficiente, pero la diplomacia también desempeñaba un papel relevante. Gracias a embajadores de confianza como Senario, que encabezó veinticinco embajadas en nombre de Teodorico a Constantinopla, Hispania, la Galia y África, el monarca se mantenía en contacto con todo el mundo mediterráneo. Siguiendo las tradiciones imperiales desarrolladas en Constantinopla, Teodorico asimiló los beneficios de negociar la paz en lugar de arriesgarse a hacer la guerra; organizó con cuidado sus relaciones internacionales y las reforzó con regalos oportunamente impresionantes. Aprovechando el dominio de Casiodoro de los distintos géneros de la escritura epistolar, halagaba a sus corresponsales y los elogiaba por su colaboración, como en una carta en la que agradecía al rey de los varnos sus espadas, tan afiladas que podrían ser «obra de Vulcano […]. Que la Providencia nos conceda la concordia y que, manteniéndola de buen grado, aunemos los corazones de nuestros pueblos y podamos estar unidos por vínculos de mutua obligación»[26]. Este tipo de diplomacia de altos vuelos reflejaba su formación de juventud en la capital de Oriente, donde la recepción de los enviados extranjeros y el trato que se les dispensaba formaban parte de una de las ceremonias más impresionantes de la corte y las aptitudes diplomáticas se transmitían de generación en generación, en el seno del cuerpo profesional de embajadores.

12
Teodorico el legislador

Setenta años después de que Gala Placidia asumiera la regencia, y más de cuarenta después de la desastrosa decisión de Valentiniano III de marcharse de Rávena, Teodorico se apoderó de la ciudad que seguía haciendo gala de su pasado imperial. Para consolidar el proceso de fusión de las poblaciones romana y no romana iniciado por Odoacro, el rey ostrogodo elaboró un nuevo código, el Edicto, un texto jurídico breve que seguramente fue promulgado en Roma en el año 500.

Tras los dos saqueos de Roma por parte de godos y vándalos (en 410 y 455), los estragos causados por las tropas de Ricimero en 472 y la pérdida del suministro de trigo africano después de 439, la población y la extensión de la antigua ciudad se habían reducido considerablemente. A finales del siglo V, Roma contaba con unos quinientos mil habitantes, más que cualquier otra ciudad de Italia, pero la cifra no cesaba de disminuir[1]. Cuando Teodorico y los godos entraron en Rávena, esta tenía posiblemente diez mil habitantes, cifra que pronto fue en aumento al consolidarse la autoridad del rey. La ciudad atrajo a los «italorromanos», así como a personas no romanas, que buscaban trabajo en el centro dominado por un personaje que portaba el ilustre título de patricio y que había llevado a Rávena un conocimiento de primera mano de la corte oriental. En Roma, en cambio, la población tendía a disminuir y a emigrar, debido a la marcha de algunas de las familias más antiguas de la aristocracia al nuevo Senado de Constantinopla y a la disrupción del antiguo modelo de vida, basado en la continuidad familiar, que supuso el auge de modelos basados en el celibato y el ascetismo. A pesar de la pérdida de sus propiedades en las provincias del Imperio romano de Occidente, sobre todo en el norte de África, los senadores seguían siendo riquísimos, pero la importancia cada vez mayor del cristianismo contribuyó a reducir sus recursos, ya que los obispos romanos, que solían proceder de familias aristocráticas, donaban gran parte de sus riquezas a la Iglesia.

El término «Roma» seguía implicando mucho más que la ciudad, a pesar de que durante más de dos siglos la capital *de facto* se había trasladado primero a Milán y luego a Rávena. Era un concepto tanto

como un lugar. Roma continuaba siendo la sede de un gran legado imperial, especialmente de la época precristiana, y los emperadores seguían celebrando triunfos en sus visitas ceremoniales a la ciudad. Lo que quedaba del Senado de Roma seguía reuniéndose en la Curia del Foro y mantenía el calendario de solemnidades, como el aniversario de la fundación de la urbe. Aparte del nombramiento de un prefecto urbano para gobernar la ciudad, la función formal de los senadores era proponer los cónsules nombrados por el rey y confirmados en Constantinopla, cuyos mandatos se seguían utilizando como sistema de datación. Al mismo tiempo, los obispos de Roma comenzaron a imprimir un nuevo sello eclesiástico al término «romano». Como herederos de san Pedro, los cabezas de la Iglesia de Roma reivindicaban su rango superior y su autoridad sobre todos los obispos de Occidente, y la ejercían resolviendo apelaciones y disputas y celebrando concilios que emitían resoluciones legalmente vinculantes en forma de decretos o cánones eclesiásticos. Sus definiciones de la doctrina teológica se aplicaban con fuerza de ley contra sus oponentes, a los que se tachaba de cismáticos y herejes. De este modo, la doctrina católica «correcta» pasó a identificarse con la doctrina romana[2].

Teodorico y Roma

En sus relaciones con la antigua capital, Teodorico debía tener en cuenta a dos instituciones distintas, el Senado y la Iglesia. Consciente del poder de las familias dirigentes, se propuso ganarse su apoyo instando a los senadores a seguir costeando, como era tradicional, los espectáculos populares (carreras de cuadrigas, representaciones teatrales y espectáculos con fieras, cuando no combates de verdad), lo que llevó a la quiebra al menos a uno de ellos, Asterio, en el año 494.

> Adquirí estandartes para el circo y erigí un escenario provisional en la espina [el centro del hipódromo] para el regocijo de Roma y la celebración de juegos, carreras y espectáculos varios de fieras […]. Así se reflejaron en los juegos las riquezas que gasté, y el día en que se celebraron tres espectáculos perdurará en el recuerdo y le asegurará a Asterio la vida futura; Asterio, que se gastó la fortuna que había amasado siendo cónsul[3].

De todos modos, por lo que se refiere a las tradicionales carreras de cuadrigas, padres de la Iglesia como san Juan Crisóstomo y san Agustín habían expresado su completa desaprobación, ya que relacionaban los espectáculos circenses con el entusiasmo frenético y el comportamiento inmoral propio de las multitudes de hombres y mujeres[4]. Teodorico se daba perfecta cuenta de esta actitud y hacía

gala de un tacto exquisito en su correspondencia con los dirigentes de la Iglesia romana. Al mismo tiempo, sabía que el nivel educativo de los romanos era muy alto y animaba a los senadores a apoyar esta tradición tan distinta. Por su parte, los senadores de Roma necesitaban la protección de Teodorico mientras este recuperaba el control sobre los restos en descomposición de la estructura imperial de Occidente. Sin él no podrían defender ni mantener las enormes murallas ni los acueductos y molinos de la ciudad.

Aunque los apartados del *Libro de los pontífices de Roma* que se refieren a los compases iniciales del siglo VI se escribieron hacia 535, después de la muerte de Teodorico, no aluden a sus creencias arrianas hasta el último año de su reinado (525-526[5]). En las *Vidas* de los siete obispos de Roma entre 492 y 530, los acontecimientos se fechan de forma neutra, «en tiempos del rey Teodorico y del emperador Zenón [o Anastasio]». No parece que a Teodorico lo considerasen ante todo un hereje, y ninguno de estos obispos lo condenó. Sin embargo, la identificación de los godos como un pueblo aparte, que empleaba una versión de la Biblia escrita en su propia lengua, significaba que Teodorico era un líder arriano. No quería renunciar a ese rasgo distintivo fundamental de su pueblo, pero su ambición de crear un reino godo dentro del Imperio implicaba la subordinación de las diferencias religiosas en el ámbito superior de la civilización romana. De todos modos, sin dejar de ser fiel a las doctrinas arrianas, Teodorico pudo utilizar su posición fuera de la comunidad católica para ejercer una inesperada autoridad en cuestiones teológicas y, como autoridad civil suprema en la región, fue invitado a actuar como árbitro en elecciones eclesiásticas reñidas.

La fama de imparcial de Teodorico se vio avalada en el año 498 con el llamamiento a arbitrar en una disputa por el papado, provocada por la elección simultánea, el mismo día, de dos candidatos al obispado de Roma, que ocasionó una profunda división entre el clero y el Senado. Las partes rivales trataron de resolver la disputa acudiendo a Rávena para que el rey se pronunciara. La decisión de apelar a un gobernante cuya condición de arriano era pública y notoria refleja sin duda la confianza en su capacidad de dirimir de forma justa lo que era un asunto puramente católico. Y parece que Teodorico acertó: «Tomó la decisión justa», según el *Libro de los pontífices de Roma*, a saber, que el candidato elegido en primer lugar y por el grupo más numeroso fuese nombrado obispo de Roma[6]. Se trataba de Símaco, diácono de la Iglesia romana. A su oponente, Lorenzo, lo convencieron de que aceptara la sede de Nuceria (Nocera[7]). A continuación, Símaco convocó un sínodo para redactar las reglas de las elecciones papales, todo un ejemplo de la inventiva de esta etapa de la cristiandad primitiva.

Teodorico visita Roma

Como resultado de esta feliz intervención, Teodorico realizó una visita oficial a Roma en el año 500, su única estancia prolongada en la antigua capital. El *Anónimo Valesiano* lo identifica como una celebración de su *tricennalia*, el trigésimo aniversario de su asunción del poder real (posiblemente a imitación de la *tricennalia* de Constantino el Grande de 335). También podría haberse considerado como el décimo aniversario de su reinado en Italia, la *decennalia*, un momento adecuado para hacer un despliegue ostentoso de generosidad al estilo imperial: carreras de cuadrigas y juegos en el Circo Máximo, y comida y vino gratis. Antes de su entrada oficial en la ciudad, Teodorico fue a venerar a san Pedro «como si fuera católico», probablemente en la basílica que se encontraba extramuros, al noroeste de la ciudad[8]. A continuación, se celebró una ceremonia oficial de bienvenida en la que participaron Símaco, recién confirmado como obispo, el Senado en pleno y el *populus*, que lo escoltó hasta Roma. Allí visitó el Senado y se dirigió al pueblo en la Palma, un punto del Foro situado entre el edificio del Senado y el arco de Septimio Severo. «Hizo su entrada triunfal en el palacio para el deleite del pueblo y ofreció juegos en el circo para los romanos»[9]. Todo esto era típico de un *adventus*, una visita imperial al antiguo corazón del Imperio, como la que hizo Constancio II en 357. Desde aquel entonces, en Roma habían visto a muy pocos emperadores.

La familiaridad de Teodorico con la tradición imperial se manifestó de inmediato en sus actos. Desde la antigua residencia de los emperadores en el Palatino, Teodorico anunció que distribuiría cereales una vez al año entre el pueblo (una tarea de la que solía ocuparse el Senado) y destinó los fondos de los impuestos a una muy necesaria restauración de las murallas de la ciudad y a la reparación de edificios públicos, entre ellos algunas partes del enorme palacio[10]. Como todos los emperadores, repartió distinciones entre los senadores y ascendió a funcionarios a cargos más relevantes. También selló una importante alianza con el reino vándalo del norte de África al desposar a su hermana Amalafrida con el rey Trasamundo. Su partida hacia Cartago debió de ser motivo de otra grandiosa celebración; fue escoltada por una guardia ceremonial de mil nobles godos y un contingente de quinientos guerreros. Además, Teodorico le entregó como dote el extremo noroccidental de Sicilia, el cabo de Lilibeo, para que fuera reina de pleno derecho, con recursos económicos propios.

El código jurídico de Teodorico

Teodorico nunca se atrevió a promulgar leyes, ya que solo el emperador podía hacerlo, pero redactó muchos edictos y reglamentos que se basaban en los precedentes romanos y, desde los primeros años de su gobierno, adoptó un estilo romano de administración de la justicia que también tenía en cuenta las tradiciones godas. Cuando le presentaban demandas, como la de una viuda romana desposeída por un alto funcionario, el duro castigo que impuso al responsable y su insistencia en que se cumpliera la ley marcaban la pauta de su administración; no se toleraban corruptelas de ninguna clase y se prohibían la compra de cargos, el abuso de privilegios o la malversación de fondos públicos. Esta actitud se hace patente en una carta que hacia el año 510 Casiodoro escribió en nombre del rey a dos funcionarios, uno romano y otro godo, que habían sido designados para resolver las disputas sobre la ocupación forzosa de fincas romanas por parte de los bárbaros: «Vosotros, que habéis asumido la tarea de proclamar la ley al pueblo, debéis respetar y cultivar la justicia. Porque el hombre que supuestamente somete a los demás al imperio de la ley no debe ocasionar ningún daño»[11]. Los ideales que más tarde registraría Casiodoro estaban claramente arraigados, con independencia de que su administración los cumpliera o no. Como veremos en su código de leyes, el rey hizo todo lo posible por conseguir que la administración de justicia estuviera al alcance de todos y fuera eficaz.

Teodorico también sabía que era tradicional que los emperadores promulgaran sus normas jurídicas en Roma y las grabaran en piedra. Así, durante los seis meses que Teodorico pasó allí en el año 500, celebrando su papel de *princeps*, gobernante de los godos y los romanos, promulgó un breve cuerpo normativo, el *Edictum Theoderici* o Edicto de Teodorico. Este importantísimo texto combina las dos tradiciones, la goda y la romana, en un sistema de justicia común que había sido preparado en Rávena, fue llevado a Roma para su promulgación formal y luego sería grabado en piedra para su exhibición en lugares públicos[12]. Su objetivo era garantizar la paz y el orden en el nuevo Estado que gobernaba Teodorico, estableciendo una única ley para todos, un *ius commune* tanto para los godos como para los romanos.

> Nos, pensando en la paz común y teniendo ante nuestros ojos las irregularidades que a menudo pueden ocurrir, ordenamos que se publiquen los presentes edictos para poner fin a este tipo de casos, de modo que, manteniendo el respeto debido a las leyes públicas y preservando escrupulosamente los derechos de todos, bárbaros y romanos [*barbari et romani*] sepan claramente qué artículos de los presentes edictos deben seguir[13].

Si los jueces no eran capaces de hacer cumplir las normas que seguían, extraídas de las leyes recientes y de los códigos romanos anteriores, debían informar de inmediato al rey. De este modo, Teodorico pretendía evitar que los jueces fuesen influidos o corrompidos por los poderosos terratenientes (tanto romanos como godos) y quizá por los mandos militares.

Los diez primeros títulos están dedicados a la actividad de los jueces, que en aquella época eran personas dotadas de algún tipo de autoridad que muchas veces carecían de conocimientos jurídicos. No eran una clase profesional[14]. Con el fin de mejorar la situación, Teodorico nombró a condes godos para que presidieran los tribunales cuando las partes fuesen godas y a jueces romanos para supervisar los casos de italorromanos, y ordenó la correcta aplicación de la ley según los precedentes legislativos romanos. En los casos problemáticos en los que entrasen en conflicto representantes de las dos comunidades étnicas, las dos autoridades debían colaborar para resolverlos. Teodorico insistía en que los jueces de primera instancia tenían que ser un alivio y no una carga para los provinciales, y no debían reclamar más de tres días de manutención cuando los visitaran[15]. Cuando intervenía en persona en algún litigio, Teodorico insistía en los ideales de justicia común y trato justo que el Edicto pretendía inculcar. En el caso de un hombre que había golpeado y herido gravemente a su hermano, Teodorico recomendó que, por ese odio fratricida, el autor fuera desterrado de la provincia, por ser indigno de la compañía de sus conciudadanos[16].

Como todos los códigos de derecho «bárbaros», el Edicto de Teodorico se inspira en particular en el Código Teodosiano, una fuente clave, y aborda un amplio abanico de conflictos que a menudo surgían en torno al trato de los esclavos, la concertación y disolución de matrimonios, la ejecución de testamentos, el castigo de los cuatreros, los ladrones y la ocupación ilegal de propiedades, y el uso de la tortura y los juramentos. En 154 títulos subraya la importancia de que los funcionarios se comporten adecuadamente, tanto si están a cargo de los pesos y medidas públicos como de la recaudación de impuestos. El texto del Edicto de Teodorico emplea el lenguaje claro y sin florituras que solían usar juristas, abogados y expertos en derecho como los *quaestores*, que debieron de encargarse de la selección y adaptación de los precedentes romanos para adecuarlos al nuevo código[17]. El edicto preservaba los privilegios de los judíos, cuyas disputas debían resolverlas «maestros de su propia observancia» (título 143), y fijaba las penas para quienes enterraran cadáveres dentro de la ciudad de Roma (título 111) —ambos títulos son repeticiones de preceptos del derecho romano— o para los falsificadores, entre los que se incluía a quienes recortasen el borde de las monedas de oro (título

90). «Si el curial condenado deja hijos, estos recibirán todo lo que se le haya confiscado; si no tiene hijos, sus bienes pasarán a su municipio», con la excepción de los casos de alta traición, en los que los hijos no reciben nada (título 113). En cuanto a la protección de las mujeres contra la violación, los títulos 17-22 repiten el Código Teodosiano, incluida la disposición de que, si un esclavo descubre que se ha ocultado un rapto (*raptus*) con la connivencia de sus amos y lo denuncia ante el tribunal, quedará libre. El título 23 es una innovación relativa a los que mueren intestados: heredan los más próximos en grado y título entre los consanguíneos, por vía masculina o femenina, del difunto, aunque deben preservarse los derechos de los hijos y los nietos. Estas preocupaciones tienen su paralelo en otras colecciones jurídicas, incluso en la breve *Ecloga* («Selección») promulgada por León III y su hijo Constantino V en 741 para la mitad oriental del Imperio[18].

Al asumir este papel imperial, Teodorico utilizó el prestigio histórico y la autoridad religiosa de Roma para aumentar el impacto y la legitimidad de su código jurídico. A continuación, abandonó la ciudad para dirigirse a Rávena y no volver; seguiría dictando sus normas desde su capital durante otro cuarto de siglo. Su solución a la disputada elección papal de 498 no duró mucho. En el año 502 dos senadores, Festo y Probino, acusaron al papa Símaco de numerosos delitos, llamaron a su rival Lorenzo y pidieron a Teodorico que nombrara a alguien neutral con autoridad, un visitador, para investigar a la Iglesia de Roma. Este procedimiento contaba con precedentes muy claros: el emperador Honorio había utilizado el mismo método para resolver una disputa en 419[19]. Sin embargo, el papa Símaco se negó a reconocer al visitador (el obispo Pedro de Altinum) y la disputa desató tanta violencia en las calles de Roma que Teodorico tuvo que enviar a tres *saiones* godos, Gudila, Bedeúlfo y Arigerno, para restablecer el orden. El rey insistió en que fueran los obispos quienes eligieran a su cabeza, y Símaco fue finalmente ratificado en el cargo por un sínodo celebrado en el año 502 (con la colaboración de los dos cónsules). Firmaron la ratificación 103 obispos, encabezados por Lorenzo de Milán y Pedro de Rávena[20].

El cisma de Acacio

Mucho antes de que Teodorico llegara a Italia, entre las sedes de Constantinopla y Roma se había abierto una brecha que complicó las relaciones del rey con ambas. Estaba relacionada con el problema no resuelto de los atributos humanos y divinos de Cristo, debatido en el Concilio de Calcedonia en 451, que el emperador Zenón había

intentado resolver en un compromiso redactado por el patriarca Acacio en el *Henotikon* (Edicto de Unión) en 482. Pero dicho edicto fue condenado por ser demasiado próximo a la creencia miafisita en la unión de lo humano y lo divino en una sola naturaleza, y al cabo de dos años el papa Félix III, con el apoyo de un sínodo en Roma, lo condenó como una traición a la definición duofisita calcedoniana de dos naturalezas distintas que compartían la misma esencia. El resultado fue que los papas de Roma se negaron a mencionar a los patriarcas de Constantinopla en sus oraciones diarias o a comulgar juntos, y los orientales respondieron de la misma manera. Pedro, obispo católico de Rávena, fue uno de los dirigentes eclesiásticos más destacados que apoyó al papa Félix y mantuvo el cisma con Oriente, que continuó mucho después de la muerte de Acacio en 489[21].

Cuando Hormisdas fue elegido obispo de Roma en 514, reanudó los esfuerzos para poner fin al cisma con Constantinopla y siguió el consejo de Teodorico en tres ocasiones distintas. La primera vez, el rey recomendó al obispo Enodio de Pavía como negociador, tras lo cual este encabezó dos misiones a Constantinopla. Ambas fueron rechazadas. Solo tras la muerte del emperador Anastasio y la llegada de Justino I al trono en 518, el nuevo emperador pudo revocar el *Henotikon* (el 28 de marzo de 519). El *Libro de los pontífices de Roma* recoge que el papa Hormisdas volvió a consultar con el rey Teodorico sobre la delegación que viajaría a Constantinopla para celebrar este acontecimiento. Más tarde se dirigió a Rávena para consultar al monarca sobre la restitución de los obispos que se habían resistido al cisma, consciente de que hacerlo implicaría la eliminación de otros que lo habían aprobado. Con el beneplácito de Teodorico, Hormisdas redactó un documento en el que ordenaba la retirada del *Henotikon* y el perdón y la restitución de todos sus opositores, que envió con su orden, sello y firma al emperador Justino[22]. Con ello se restablecía la unidad de la Iglesia católica y se refrendaba la autoridad del Concilio de Calcedonia. Aunque el monarca godo arriano no había sido una de las partes en disputa, su estatura como líder político le permitió de nuevo estar por encima de las divisiones doctrinales; sus súbditos cristianos católicos le consultaban y seguían su consejo.

La visita de Teodorico a Roma en el año 500 había confirmado su respetuoso aprecio por la Iglesia católica y el Senado, a lo que muchos respondieron apoyando al soberano godo en sus iniciativas diplomáticas. Parece, no obstante, que la actitud de los funcionarios adscritos a la corte de Rávena, como Casiodoro, era muy distinta a la de algunos de los antiguos aristócratas del Senado romano. La tendencia de Teodorico a alejarse de las familias más vinculadas a Roma se hizo patente en la década de 510, cuando empezó a nombrar a hombres nuevos (*novi homines*) para ocupar cargos en su corte, a

menudo senadores originarios de Liguria y del norte de Italia[23]. Esta ruptura con los aristócratas romanos más antiguos pero menos destacados pudo ser el motivo de las acusaciones que llevaron a la detención y la muerte de Boecio y su suegro, Símaco, un senador romano muy distinguido, aunque la causa real e inmediata fuesen las amenazas contra los arrianos en Constantinopla.

El arrianismo en Constantinopla

En 522-523 el emperador de Oriente Justino comenzó a restringir el culto de los arrianos en Constantinopla, un síntoma de la intolerancia mucho mayor que acabaría desembocando en la persecución directa de las minorías. La clausura o incautación de las iglesias arrianas de Oriente era un ataque clarísimo a los correligionarios arrianos de Teodorico, algo que causó graves daños a sus relaciones políticas, generalmente cordiales, con la corte imperial. El *Libro de los pontífices de Roma* nos ofrece un relato muy claro de los acontecimientos:

> […] el ortodoxo Justino […] quería expulsar a los herejes; en su profundo fervor cristiano, trazó un plan para convertir las iglesias de los arrianos en católicas. Por eso, cuando el rey hereje Teodorico se enteró, se indignó y quiso pasar a cuchillo a toda Italia[24].

Desde el punto de vista de Teodorico, Justino y su joven sobrino, Justiniano, que ya se estaba preparando para asumir el mando del Imperio, rompían el acuerdo con los emperadores Zenón y Anastasio por el que el rey se había convertido en el soberano godo del Imperio romano de Occidente, y que implicaba tener respeto por las diferencias entre los cristianos católicos y arrianos. Por tanto, la reacción del rey fue inmediata y sin duda se vio agravada por los rumores de que algunos senadores romanos estaban conspirando con las fuerzas de Constantinopla para sustituir su gobierno por un dominio directo desde la capital de Oriente. El apoyo de Roma a las medidas contra la herejía arriana estaba siendo explotado por los enemigos de la monarquía goda con fines políticos. Por ello, Teodorico envió una embajada para investigar, en la que obligó a participar al papa Juan, al obispo Eclesio de Rávena y a varios senadores.

En la corte del rey, el *referendarius* (funcionario judicial) Cipriano acusó públicamente a Albino, senador, cónsul y embajador de Teodorico, de comunicarse con los aliados de Constantinopla y conspirar con ellos para imponer un soberano en Occidente nombrado en la capital de Oriente. Al oírlo, Boecio protestó de inmediato: «La

acusación de Cipriano es falsa, pero si Albino ha hecho algo ha sido con el beneplácito mío y del Senado en pleno. Es mentira, señor rey»[25]. La afirmación de que Boecio y todo el Senado romano apoyaban a Albino no tranquilizó a Teodorico, que presionó a Cipriano para que aportara pruebas de su afirmación. Se elaboraron entonces cartas falsas que indicaban que Albino y sus aliados pretendían restablecer la libertad de Roma (*libertas Romana*), es decir, derrocar a la monarquía goda. Por supuesto, cualquier insinuación de que Constantinopla pudiera imponer de nuevo su autoridad directa sobre Rávena era anatema para Teodorico, que mandó detener a Albino y a Boecio. Las tensiones aumentaron por el fracaso de la embajada que había enviado a Oriente, que no obtuvo la libertad de culto para los arrianos de Constantinopla. A su regreso, Teodorico encarceló a los enviados romanos y el papa Juan murió en prisión en Rávena[26]. Dado que Boecio había dedicado algunas partes de su *Opuscula sacra* a Juan, que había sido diácono en Roma antes de su elección como papa, este hecho quizá aumentara la hostilidad de Teodorico hacia el sabio al que había protegido con tanto afecto[27].

La consolación de la filosofía

Mientras Boecio estaba a la espera de juicio, escribió su famoso texto, *La consolación de la filosofía*, que tendría una influencia extraordinaria en siglos posteriores. En él describe la inspiración de la filosofía, personificada como una dama que le anima a analizar en qué consiste una buena vida. Platón había aconsejado que gobernasen los hombres buenos para evitar que los malvados tuvieran autoridad, y Boecio lo cita como el motivo por el que aceptó un cargo gubernamental en la corte de Teodorico. Destaca su amor a la justicia, que le impulsó a defender a los que ya sufrían las penurias de unos impuestos más altos, y justifica su papel en la defensa de Albino. Detalla el amor a la filosofía, ya expresado en su intención de traducir al latín todas las obras de Platón y Aristóteles. Aunque Teodorico aparentemente apreciara la asombrosa amplitud de los conocimientos de Boecio, que tradujo al latín muchísimos textos fundamentales de la ciencia, las matemáticas, la filosofía y la música griegas, consideraba que su traición (aunque no estuviera probada) era demasiado peligrosa para quedar impune. El rey ordenó que el filósofo fuera juzgado en ausencia y convocó al prefecto urbano de Roma a Pavía para que dictara sentencia. Boecio fue condenado a muerte sin posibilidad de apelación, a pesar de que todos los senadores, si eran acusados de delitos graves, tenían derecho a ser juzgados por sus pares. Además, los testigos que se presentaron para apoyar la acusación de Cipriano

no fueron investigados y es muy probable que los hubieran sobornado.

Poco después de la detención de Boecio, su suegro Símaco, un ilustre senador de edad avanzada que había hablado en su defensa, fue acusado también de traición y posteriormente ejecutado. Este insulto adicional a los Símacos indica que Cipriano convenció a Teodorico de que un grupo de aristócratas romanos habían urdido un complot para minar su autoridad. Sabedor de que el emperador Justino se disponía a cerrar las iglesias arrianas de Constantinopla, o a consagrarlas al culto católico, Teodorico reaccionó imponiendo un castigo comparable a los seguidores de «la otra religión» que eran sus súbditos. Era la interpretación goda de una amenaza romana y católica, llevada a cabo con la misma falta de escrúpulos típica del Gobierno imperial que Teodorico había presenciado en su adolescencia.

Como reacción contundente al asesinato, la viuda de Boecio, Rusticiana, ordenó la destrucción de las estatuas de Teodorico en Roma, lo que estuvo a punto de provocar que también a ella la ejecutaran[28]. Entre los cortesanos de Rávena apenas hubo críticas. Como Casiodoro aparentemente no hizo nada para defender a Boecio y a Símaco, y tampoco denunció la arbitrariedad de sus ejecuciones, se le ha considerado cómplice de Teodorico. La lealtad al rey estaba por encima de cualquier escrúpulo que pudiera sentir Casiodoro, quien sucedió a Boecio en el cargo de *magister officiorum* y lo conservó hasta catorce años después de la muerte de Teodorico. Tanto si su actitud fue compartida por todos los altos cargos de la corte de Teodorico como si no, parece que nadie defendió a Boecio y a Símaco cuando fueron amenazados de muerte. Más tarde, muchos comentaristas insistieron en la injusticia y la sinrazón de esas muertes, recreándose en el tópico del gobernante «bárbaro», violento y sin civilizar[29].

La responsabilidad de Teodorico en la muerte de Boecio ha preocupado a muchos historiadores actuales que tratan de dilucidar el equilibrio entre los rasgos «bárbaros» (godos) y «civilizados» (romanos) del Gobierno de Teodorico y de toda la historia de la mitad occidental del Imperio romano tras su ocupación por fuerzas no romanas. Una teoría reciente presenta el escenario como un tipo insólito de rebelión; Boecio deseaba sustituir a Teodorico como gobernante para encarnar el ideal platónico del filósofo rey. Otra, más convincente, sostiene que la muerte del yerno del rey, Eutarico, había creado una crisis sucesoria que Teodorico no pudo resolver[30]. Lo fundamental, como hemos visto, es que la persecución de los arrianos en Constantinopla amenazaba a Teodorico y desencadenó el proceso que llevó a la muerte de Boecio. No obstante, la detención y asesinato de Boecio y Símaco contrastan inevitablemente con la importancia que daba Teodorico a la ley. Si el trato del monarca a los dos senadores se

hubiera ajustado a los precedentes romanos, su reputación como legislador podría haberse salvado. En lugar de eso, el trato dispensado a los dos senadores marcó todo su reinado y sigue empañando la reputación de su *Edictum*, que estableció un marco jurídico para la cohabitación pacífica de las poblaciones italorromana y goda en la Italia del siglo VI.

13
Amalasunta y el legado de Teodorico

En el año 526, cuando Teodorico falleció a la entonces avanzada edad de unos setenta años, había gobernado en Rávena durante treinta y tres. Semejante longevidad era infrecuente, al igual que la peculiar tumba que había dejado preparada antes de su muerte. Aunque Rávena, como la mayoría de las ciudades romanas, está construida con ladrillo autóctono (aún hoy sigue siendo el material de construcción habitual), el rey encargó que para levantar su mausoleo le enviaran mármol blanco de Istria. El espectacular edificio donde reposan los restos de Teodorico, de dos plantas, es el único monumento importante de Rávena hecho enteramente de mármol, visible tanto en el exterior como en el interior, con una cúpula formada por un enorme monolito. Bajo este techo increíblemente pesado, que se apoya en inmensas estructuras subterráneas y para cuya construcción se requería una gran destreza, se enterró al rey, probablemente en la gran bañera de pórfido que se encuentra actualmente en el nivel superior del mausoleo[1]. Aunque ningún texto relata el entierro, debió de incluir una solemnísima procesión desde el palacio hasta el mausoleo, encabezada por su joven nieto Atalarico, su hija Amalasunta, acompañada de los sacerdotes de la catedral arriana, y los jefes militares godos, seguidos de toda la corte y la ciudad entera.

Al encargar este tipo particular de tumba, Teodorico siguió el modelo romano del siglo IV de los sepulcros imperiales, que eran edificios con cúpulas circulares. Había visto los ejemplos de la tumba de Constancia en Roma, la de Diocleciano en el palacio imperial de Split y las de los emperadores orientales en la iglesia de los Santos Apóstoles de Constantinopla. Teodorico amplió este modelo enteramente romano con una segunda planta y añadió un elemento específicamente cristiano —los nombres de los apóstoles grabados en los espolones de los bloques exteriores—, así como un rasgo godo en la decoración escultórica exterior que recorre la base de la cúpula y que remite a la carpintería o la metalurgia germánicas[2]. Al disponer esta llamativa combinación en su mausoleo justo extramuros de la ciudad, en la zona del cementerio de los godos, Teodorico se aseguró de que sirviera de recuerdo perpetuo para las generaciones

posteriores. Aunque fue adaptada para diferentes usos, a lo largo de los siglos la estructura de mármol ha resistido el deterioro y aún hoy impresiona al visitante.

El prestigio de Teodorico lo conmemora un discurso escrito por Enodio, diácono de Pavía que había acompañado a su obispo Epifanio en una misión diplomática al país de los burgundios en 494. Enodio sabía que Teodorico había sido educado en Constantinopla y habría sido testigo de la tradición retórica de los panegíricos (discursos de elogio) pronunciados en la corte imperial. Así pues, tenía que recurrir a su mejor prosa. Caracterizó a Teodorico como un gobernante de suprema ecuanimidad, cuya destacada *civilitas* preservó la paz y la armonía entre los godos y los romanos. Describió a Teodorico como el *princeps* «que gobierna Italia, aprecia a Roma y honra al Senado de Occidente», por lo que gobernaba (*imperare*) a la manera de un emperador romano[3]. Asimismo, el *Anónimo Valesiano* aclamaría más tarde a Teodorico como *opti mus princeps*, el «mejor príncipe», «un nuevo Trajano»[4]. Elogiándolo como cristiano de nacimiento y gobernante cristiano ideal, Enodio evita toda alusión a su arrianismo y lo compara favorablemente con Alejandro Magno, al que desdeña por pagano y por no ser virtuoso. En otro momento, Enodio explica que Teodorico mantuvo a salvo la fe cristiana, aunque él siguiera otra[5]. Después de compararlo con el rey David del Antiguo Testamento como rey cristiano ideal, Enodio pregunta: «¿De qué haré mención en primer lugar? ¿De tu superioridad frente a todos los emperadores precedentes en la justicia, o en la habilidad para la guerra, o en el amor hacia los súbditos, dote aún más excelente que las anteriores?»[6]. Con tales superlativos Enodio caracterizó al gobernante cuya huella aún pervive en Rávena, aunque las iglesias que fundó fueran redecoradas, demolidas o pasaran a manos de los católicos.

Tras el entierro de Teodorico en su mausoleo, su hija Amalasunta se hizo cargo del Estado godo en nombre de su joven hijo Atalarico, que entonces tenía diez años (figura 20)[7]. Se enfrentaba a un problema, ya que el acuerdo de Teodorico con el emperador Zenón no había previsto su continuidad en la siguiente generación y ambos monarcas habían muerto. A pesar de las tensiones subyacentes entre Rávena y Constantinopla, la reina madre trató inmediatamente de reanudar las relaciones cordiales con el emperador Justino. En nombre del joven rey, Casiodoro escribió: «Que los odios languidezcan con los enterrados», y recordó las alianzas que se remontaban a generaciones atrás.

> Vos elevasteis a mi abuelo en vuestra ciudad a la silla curul; distinguisteis a mi padre [Eutarico] en Italia con la túnica palmata […] fue adoptado como hijo vuestro por las armas,

> aunque casi os igualara en edad […]. Más adecuado será conceder a un adolescente el mismo nombre de hijo que disteis a mis antepasados. Vuestro amor debe convertirse en paterno […]. Tened presente en vuestros pensamientos a quien ha asumido una herencia real[8].

Así, presentaba a Atalarico ante la corte imperial de Oriente como el legítimo heredero del reino godo de Italia, que gobernaría con la tutela de su madre. Casiodoro señala que los embajadores que llevaban esta misiva oficial a Constantinopla también portaban mensajes orales, en clara alusión a las prácticas diplomáticas tradicionales y a que se presentarían otros argumentos para asegurar la transmisión hereditaria del reino de los godos.

En otra carta redactada en nombre de Atalarico, Casiodoro escribió al Senado de Roma felicitándolo por haber aceptado la elección del papa Félix IV (526-530), que había accedido al solio pontificio gracias a la intervención de Teodorico en una disputa. Al hacer esta afirmación de que un rey «de otra fe» había resuelto la rivalidad entre dos candidatos, Casiodoro llama la atención sobre el «juicio del buen príncipe» y recuerda al Senado el deseo de Teodorico de «que la religión de todas las iglesias prospere con buenos sacerdotes». De este modo, relacionaba el arrianismo del nuevo rey godo con su autoridad sobre Roma, una combinación a la que el joven príncipe pretendía dar continuidad; no en vano, Atalarico aseguraba al Senado su satisfacción por «conversar con los hombres principales de mi reino»[9].

Un año más tarde, Casiodoro escribía al gobernador de Lucania, Severo, para abordar el problema de los concejales (*curiales*) de algunas ciudades del sur de Italia que las habían abandonado para irse a vivir al campo, en la región del Brucio (una parte de la actual Calabria). Esta dejación de responsabilidades había que corregirla de inmediato. Aquí Casiodoro ensalza los placeres de la vida urbana: «Visitar el foro, ver trabajar a artesanos honrados, legislar, divertirse con pasatiempos como las damas, ir a los baños o agasajarse unos a otros con magníficas cenas». En particular, subraya la importancia de la ciudad para la educación de los niños, que de otro modo estarían condenados a una vida ignorante en el campo, rodeados de esclavos. Detrás de estas instrucciones podemos intuir la misma presión de las pesadas responsabilidades de los curiales que habían tenido que asumir emperadores anteriores y la importancia de las élites locales en el sostenimiento de la vida de las ciudades. Casiodoro conminaba también a Severo a que se asegurara de que la feria anual de San Cipriano se celebrara con seguridad en Marcellianum, en la Lucania, porque era un mercado importante para el comercio marítimo, las mercancías extranjeras y las exportaciones regionales, y daba salida a

los productos de Campania, Brucio, Calabria y Apulia[10].

La historia de los godos

Antes de morir, Teodorico encomendó a Casiodoro una tarea importantísima, escribir la historia oficial de los godos, a fin de dejar constancia para la posteridad del origen de su pueblo y de la historia anterior a la llegada de este último al mundo romano. Así pues, su escritor de discursos más experimentado y hábil se vio obligado a investigar cómo esta amalgama de tribus había adquirido conciencia de pueblo, sus actividades históricas y su migración a Italia; una larga saga, desde sus orígenes míticos hasta su dominación del Imperio romano de Occidente, pasando por multitud de batallas. Para escribir esta historia, Casiodoro obtuvo valiosas informaciones de las obras de los geógrafos godos, que habían anotado muchos de los topónimos y las rutas que habían seguido las tribus. Parece que la escribió entre 526 y 530, bajo el patrocinio de la hija de Teodorico, Amalasunta, y, como es lógico, destacó la importancia de los ostrogodos entre todas las demás tribus germánicas y godas. En la *Origo gothica* podía encontrarse una genealogía que iba desde el padre de Teodorico, Valamir, hasta su nieto Atalarico, en doce libros que recogían numerosas informaciones inusuales y de primera mano sobre las migraciones godas. El texto se ha perdido, pero a Jordanes le sirvió de base para escribir su *Getica* (*De origine actibusque getarum*, *Origen y gestas de los godos*) en Constantinopla hacia el año 551[11]. Por aquel entonces Casiodoro se encontraba en la capital de Oriente, adonde había acompañado al rey Vitiges y su familia al exilio en el año 540, llevándose consigo el texto.

La *Origo gothica* de Casiodoro es el típico fruto de un proceso de etnogénesis, un relato de cómo los pueblos tribales construyen su identidad e historia, a menudo debido al contacto con otros pueblos que ya poseen un sentido de su propia historia. Entre los francos, por ejemplo, la historia de los orígenes se remonta a Troya y se reivindica a Eneas como padre-fundador. Isidoro de Sevilla, un visigodo de Hispania, también recopiló biografías de hombres famosos que incluían a héroes godos. Los visigodos de Toulouse y los burgundios de Saboya aspiraban asimismo a sintetizar sus tradiciones germánicas con las costumbres romanas para alcanzar un estatus semiimperial[12]. Pero no tuvieron el impacto duradero de la obra de Casiodoro, que presentó la colaboración, la cooperación y la relativa tolerancia de Teodorico como logros excepcionales, debidos a sus experiencias de juventud en la corte oriental de Constantinopla. En la *Getica* de Jordanes estos rasgos se emplean lógicamente para dotar de rango

superior a la corte ostrogoda de Rávena.

La regencia de Amalasunta

Casiodoro alude con frecuencia a su papel en el sostenimiento del reino godo en los primeros años del reinado de Atalarico, y afirma que fue un gran apoyo para la reina madre al facilitar el paso del reinado de su padre a la incierta sucesión de su hijo. En el año 533, cuando Atalarico cumplió los diecisiete años y alcanzó la mayoría de edad para asumir el Gobierno, Casiodoro redactó un panegírico de Amalasunta, que había «encarnado en sí misma la excelencia de ambos sexos», alguien que «sobrepasa cualquier elogio que se haga a los hombres». En la reina, prosigue, «sus antepasados», que procede a enumerar, «verían reflejada su gloria como en un espejo diáfano» y reconocerían la superioridad de su infinidad de virtudes. Elogia su Gobierno, identificando a Teodorico y a su hija como célebres dirigentes del reino godo en su apogeo, y efectúa una larga comparación con Gala Placidia de la que esta sale muy mal parada[13]. Procopio también señala que Amalasunta se hizo cargo del Gobierno con sabiduría, «desplegando […] en grado sumo un carácter de varón» y manteniendo la paz entre los godos y los romanos[14]. Aunque las mujeres de la realeza, viudas e hijas de reyes, solían ser las más indicadas para gobernar, los contemporáneos percibían su género como una debilidad que casi siempre afectaba a su capacidad innata. Además, la posición de Amalasunta era sutilmente distinta de la de su homóloga imperial del siglo V, la emperatriz Gala Placidia, ya que gobernaba un reino bajo la autoridad del emperador de Oriente, que seguía siendo el señor supremo.

Cuando Amalasunta preparó a su hijo para el cargo de rey de los ostrogodos sirviéndose de la misma educación clásica que tanta autoridad le había dado a ella, una parte de la nobleza goda se opuso. Criticaban en particular el estilo de educación romano y querían que se diera prioridad a la formación militar, con el argumento de que Atalarico tenía que dominar mejor las competencias guerreras propias de un rey godo que los dirigiría en combate. Amalasunta tuvo que despedir a los tutores a los que había confiado la educación de su hijo y permitir que otros le instruyeran al estilo militar de los godos. Sin embargo, reiteró ante el Senado de Roma la importancia de la educación de corte clásico e insistió en que los profesores de gramática, retórica y derecho percibieran su salario íntegro. La gramática, en concreto, era para Amalasunta «el ama de las palabras, ornamento del género humano […]. Los reyes bárbaros no la emplean, y sigue siendo exclusiva de los gobernantes legítimos»[15].

La hostilidad de los godos hacia su formación en literatura clásica quizá se extendiera también a la relación de la reina con la corte imperial, donde Justiniano gobernaba desde 527. En los últimos años de Teodorico, las medidas de Constantinopla para frenar el culto arriano habían provocado el asesinato de Boecio y polarizado las diferencias entre godos y romanos. Las relaciones más cordiales de Amalasunta con el emperador se interpretaban como un peligro para el Estado godo, y le resultó mucho más difícil que a su padre unir a las dos facciones existentes en su reino. Además, no pudo emular la presencia imponente de su padre, que era el resultado de sus cualidades de líder guerrero, y la ausencia de un líder masculino se acentuó al mostrar Atalarico poco interés en desempeñar dicho papel.

Los ocho años de la regencia de Amalasunta (526-534) se caracterizaron por un marcado énfasis en la justicia, como puede verse en las cartas y los decretos escritos por Casiodoro en nombre del joven Atalarico. Uno de los primeros fue la decisión de restituir las propiedades de Boecio y Símaco a sus hijos. Un edicto emitido en nombre del joven monarca contenía numerosos preceptos, como los relativos al soborno y a los adúlteros, que debían ser denunciados y castigados[16]. Otros decretos insisten en la necesidad de mejorar el procedimiento judicial, contra la compra de cargos eclesiásticos y a favor del imperio de la ley y la promoción del buen orden (*civilitas*) en toda la sociedad. Por otra parte, el nombramiento de un hombre ducho en letras, posiblemente el célebre Arator, como conde de la guardia, o consejero (*conciliarius*) del jefe militar Tuluin, reflejaba la preocupación de Amalasunta por la buena administración al más alto nivel, ya que el «magnífico patricio Tuluin» era el encargado de «los secretos de mi imperio»[17]. Cuando la corte tuvo noticia de la muerte de la tía de la reina, Amalafrida, en África, Amalasunta condenó sin paliativos al rey vándalo; sin embargo, la condena se quedó en pura retórica porque los godos de Rávena no tenían forma de vengar el asesinato de Amalafrida[18].

La reina mantuvo la corte en la ciudad como centro de la cultura goda y romana, y conservó el contacto con el Senado y el obispo de Roma, así como con la corte imperial de Constantinopla, por medio de enviados especiales y misiones diplomáticas. También tenía las llaves del tesoro de los godos, acumulado por Teodorico y guardado en el palacio, que seguía siendo un faro y un santuario para todos los godos[19]. Cuando la prima de la reina, Amalaberga, se vio obligada a huir de Turingia, se refugió en Rávena con sus hijos (Belisario, general de Justiniano, se llevó más tarde a los niños a Constantinopla[20]). Rávena se enriquecía constantemente gracias a las actividades portuarias de Classe, que la comunicaban con numerosas regiones del Mediterráneo. Las oportunidades comerciales y políticas atraían

inversiones a la ciudad, por ejemplo, en casas opulentas como la *domus* de las Alfombras de Piedra, que era independiente de la corte, aunque es probable que el dueño de este edificio de singular belleza trabajara para ella.

Divisiones entre los católicos

Fue durante la regencia de Amalasunta cuando estalló una grave disputa en el seno del clero católico de Rávena, que se oponía a la forma en que el obispo Eclesio fijaba sus salarios. Se dividieron en dos facciones, repartidas de forma bastante equitativa entre los que apoyaban al obispo y sus oponentes, encabezados por el arcediano Mástulo. Un llamamiento al papa Félix IV dio lugar a un documento que el historiador Agnelo encontró en los archivos y copió en su *Libro de los pontífices de Rávena*. La catedral católica había acumulado una cuantiosa renta anual de ciento sesenta libras de oro (doce mil sólidos), de las que una cuarta parte, cuarenta libras o tres mil sólidos, se reservaba para los sesenta clérigos adscritos a aquella[21]. Entre estos había once sacerdotes, diez diáconos, cinco subdiáconos, doce acólitos, doce lectores, cuatro cantores, tres defensores, dos deanes y un encargado de las provisiones[22]. Unos ingresos tan abultados situaban a Rávena en una posición destacada entre las diócesis, justo por debajo de las de los patriarcas y muy por encima de las treinta libras de oro que se consideraban apropiadas para las diócesis de mayor categoría en el año 546, cuando Justiniano promulgó un edicto sobre asuntos eclesiásticos. De los tres mil sólidos a repartir entre los sesenta clérigos del obispado de Rávena, los once sacerdotes y los diez diáconos probablemente se quedaran con una porción mayor, a la que debía añadirse la parte que les correspondía de las ofrendas del pueblo[23].

Estos ingresos se fueron acumulando durante el siglo V hasta convertir a la Iglesia de Rávena en una de las más ricas del Imperio. En 482 ya eran considerables, como sabemos por un clérigo llamado Gregorio, que se quejó de que al ser elegido obispo de la diócesis provincial de Mutina ganaría menos que como sacerdote en Rávena, por lo que, indignado, exigió que le concedieran un estipendio anual de treinta sólidos para conservar sus ingresos[24]. Durante el episcopado de Aureliano (en 521) los ingresos de la Iglesia se incrementaron gracias a donaciones adicionales: fincas que pagaban impuestos en especie (aceite, vino, trigo), bosques, aldeas y parroquias rurales sufragáneas, como las tierras de Comaclio donde se construyó la iglesia (o capilla, *monasterium*) de Santa María *in Pado uetere*. Algunas de las propiedades donadas a la Iglesia fueron luego

arrendadas a seglares; el papa Félix alude a estos arrendamientos cuando recomienda al arcediano Mástulo que reclame todas las fincas, tanto rústicas como urbanas, que se hubieran confiado a seglares «por motivos distintos de la amistad». La insistencia de Félix en que se mantuvieran al día los registros de los arrendamientos y en una supervisión más estricta de los arrendatarios laicos responde sin duda a un problema común de los dirigentes eclesiásticos del siglo VI. El obispo de Rávena contaba con siete notarios encargados de copiar y archivar todos los documentos relacionados con el patrimonio de la Iglesia católica[25].

El papa Félix también ordenó al clero que gestionaba fincas urbanas o rústicas pertenecientes a la Iglesia que retuviera solo lo que le correspondía de los ingresos generados. El resto del dinero debía ingresarse en la Iglesia «en provecho y beneficio de la congregación de los fieles». El obispo era el responsable de todas las iglesias de su diócesis, así como de los monasterios masculinos y femeninos, y Félix dio consejos para mantener «la razón, la justicia, la paz y la disciplina» en todos ellos. Su carta puso fin al parecer a la disputa con Mástulo, y a partir de entonces Eclesio «fue para sus ovejas como un padre para sus hijos […] y después de esto gobernó en paz su Iglesia»[26].

Con estos considerables ingresos y la ayuda del banquero Juliano, que donó una suma adicional de veintiséis mil sólidos, el obispo Eclesio encargó la construcción de la iglesia más llamativa de Rávena, la dedicada a San Vital, de la que hablaremos en el capítulo 15. El obispo se ocupó de que su retrato apareciera en el ábside, mientras que a Juliano se le agradeció su ayuda en las inscripciones y mediante la inclusión de sus monogramas tanto en griego como en latín. Aparte de este acto de mecenazgo conjunto, Eclesio encargó una reproducción manuscrita de la Biblia que fue corregida por un tal Patricio, como consta en una inscripción de una copia del siglo IX[27]. La reina madre goda no puso ningún reparo a los ambiciosos planes de construcción de la comunidad católica y toleró su competencia arquitectónica. No se han atribuido fundaciones específicas a Amalasunta, pero es probable que continuara protegiendo las iglesias arrianas igual que su padre. El historiador Agnelo la relaciona con la construcción de una casa llamada *Orfanotrophium* en su propiedad, donde todavía existía en tiempos del historiador una capilla dedicada a san Pedro[28]. El uso de un término griego por parte de Agnelo indica una posible relación con un orfanato comparable a los de Constantinopla[29]. En Rávena las dos comunidades cristianas coexistían, en acusado contraste con la persecución contemporánea de los cristianos católicos por parte de los arrianos en el norte de África e Hispania, y con la condena y exclusión de los cristianos arrianos en Roma.

En sus relaciones con la Iglesia católica, Amalasunta intervino en las elecciones papales, como lo había hecho su padre, en su caso para asegurarse de que los candidatos no distribuyeran sumas enormes para comprar los votos de los pobres. Una carta del año 533 ordenaba al papa Juan II que informara a todos los obispos que le debían obediencia de que serían castigados conforme al derecho canónico si los hallaban culpables. Una misiva similar dirigida al prefecto de Roma le ordenaba que hiciera grabar la medida en tablillas de mármol y las colocara en el atrio de la iglesia de San Pedro. Además, junto con la carta se envió un funcionario para que comprobase que la orden se cumplía y no hubiera lugar a dudas[30]. Aligual que con otras medidas jurídicas, esta práctica de grabar la ley y colocarla en un lugar donde todos pudieran verla continuaba el método tradicional romano de aplicación de la ley. También reafirmaba la dominación de los godos sobre Roma como parte del reino gobernado por la hija y el nieto de Teodorico, aunque Casiodoro lo expresara con un tacto exquisito.

Rávena, señora de Istria

Desde el año 480 hasta 539, cuando fue conquistada por las fuerzas imperiales de Constantinopla, Istria, en la cabecera del Adriático, constituyó «el almacén de la ciudad real». Allí se producían vino, aceite, trigo y salsa de pescado fermentado (*garum*) en abundancia, así como pescado, ostras y otros mariscos; la Iglesia de Rávena poseía allí bosques que proporcionaban madera para la construcción. Los raveneses también tenían villas y se relajaban en el clima más fresco, lo que dio lugar a la aparición de localidades de veraneo situadas a solo un día de navegación por el Adriático, equivalentes a las de la Campania que frecuentaban los romanos. Es posible que la reina se desplazara a las encantadoras localidades de Pola (Pula), Ruginium (Rovinj) y Parentium (Porec) para evitar el calor del verano. Los contactos estrechos por vía marítima están documentados en varias cartas que Casiodoro envió a funcionarios residentes en Istria en el año 537; al enterarse por los viajeros de que la cosecha había sido excepcionalmente abundante, el prefecto pretoriano envió un funcionario para que evaluara la situación y luego fijara un precio justo para cada cultivo. También informó a los armadores locales de que debían transportar sin demora las cosechas, y a petición de un obispo del Véneto, donde la cosecha había sido mala, anuló su contribución habitual en especie (vino y trigo) al ejército y dispuso que les suministraran vino de Istria a precios de mercado[31].

A principios de la década de 530, cuando se hizo evidente que el joven rey Atalarico estaba a menudo demasiado borracho para

cumplir con sus obligaciones reales, la hostilidad hacia Amalasunta fue en aumento, tal vez impulsada por su política proconstantinopolitana, mantenida por medio de contactos diplomáticos regulares con Justiniano. Temiendo una insurrección, Amalasunta escribió al emperador para pedirle protección, y este ordenó que le prepararan un refugio en Dirraquio (el antiguo Epidamno y actual Durrës), un puerto de la costa oriental del Adriático que pertenecía al Imperio romano de Oriente. En el año 534, Amalasunta cargó todas sus posesiones y gran parte del tesoro de Teodorico en un barco y lo envió a Dirraquio en preparación de su posible huida, pero luego organizó con éxito la muerte de sus principales adversarios y se sintió lo bastante segura como para ordenar al barco que regresara[32]. Ambas maniobras debieron de escandalizar a los godos de la corte.

La muerte de Atalarico en octubre de 534 privó a Amalasunta del papel de regente y debilitó muchísimo su posición en la corte. En estas circunstancias, sintió la necesidad imperiosa de contar con una figura masculina que actuara como su consorte e invitó a su primo Teodato, hijo de la hermana de Teodorico, Amalafrida, a convertirse en rey (figura 21). Al anunciar su elección al Senado de Roma, afirmó que había conservado el palacio de Rávena para un noble Amal (el nombre de su linaje). Describió a Teodato como un hombre de talla real, un sabio célebre por su envidiable conocimiento de las letras, incluidas las eclesiásticas, su caridad y su hospitalidad, y al que habían servido de orientación las virtudes de sus antepasados y de eficaz guía su tío Teodorico[33]. No obstante, Teodato tenía en su contra que había acumulado de forma ilícita tantas tierras en la Toscana que ya había sido objeto de duras críticas entre los godos, y Amalasunta le había ordenado que renunciara a ellas. Su colaboración como pareja gobernante no empezaba bien. Además de los contactos preexistentes de la reina con Justiniano, Teodato también los mantenía con el emperador y la emperatriz a través de un enviado imperial, el patricio Pedro[34]. Al parecer, antes de 535, Teodato insinuó que cedería el control del reino de los godos si el emperador le permitía retirarse a Constantinopla para poder dedicarse al estudio de los textos neoplatónicos, una propuesta que quizá respondiera a las verdaderas intenciones del Imperio de Oriente respecto a Italia.

Aunque aceptó alegremente la oferta de Amalasunta de convertirse en rey, Teodato se aprovechó de su nueva posición conspirando contra ella. En pleno vaivén de embajadas entre la corte y Constantinopla, enviadas tanto por Amalasunta como por Teodato, la reina fue llevada desde Rávena a una isla ubicada probablemente en el lago de Bolsena, en el centro de Italia. Cuando Justiniano envió al patricio Pedro a Teodato para que le amenazara con la guerra si le causaban algún

daño a la reina, el rey godo trató de asegurarle que todo estaba bien y obligó a Amalasunta a escribir de su puño y letra una carta parecida. Sin embargo, al cabo de poco, a finales de 535 o principios de 536, Teodato mandó matar a Amalasunta y encarcelar al legado oriental. En cuanto la noticia llegó a Constantinopla, Justiniano la convirtió en el pretexto para una contundente ofensiva contra Italia[35].

Cuarta parte

540-570
Justiniano I y las campañas del norte de África e Italia

14
Belisario conquista Rávena

Gracias a Procopio, que escribió una *Historia de las guerras*, tenemos un extenso relato de las campañas que se llevaron a cabo por orden del emperador Justiniano en el norte de África e Italia. En la citada obra se recoge la estrecha relación existente entre Procopio y Belisario, un ilustre general, que se remontaba al año 527, cuando el primero fue enviado a la frontera persa como asesor jurídico del general. Allí observó el carácter heroico de Belisario, su magnanimidad y moderación hacia los prisioneros enemigos y las poblaciones conquistadas durante una campaña que culminó con un tratado de paz con los persas en 532. Con la determinación de Justiniano de poner fin a lo que había sido un prolongado conflicto en una zona que se extendía desde Lazica (en la actual Georgia) y Armenia hasta Siria y Palestina, en el sur, sus embajadores negociaron una «paz eterna» a cambio de la enorme suma de once mil libras de oro.

Aun antes de conseguirlo, una revuelta interna de los Verdes y los Azules, las dos facciones circenses dominantes que organizaban los espectáculos del Hipódromo de Constantinopla, planteó una amenaza más dramática para el emperador en persona, justo a los pies del palacio imperial. Al grito de «*Nikά*!» («victoria»), los dos grupos, normalmente rivales, se unieron para exigir la destitución de algunos altos cargos de la corte y luego incendiaron el centro de Constantinopla. Cuando los intentos de Justiniano de satisfacer sus demandas no lograron poner fin a los disturbios, la muchedumbre eligió a un nuevo emperador. Procopio cuenta que Teodora, la esposa de Justiniano, se negó a huir de la ciudad, con la famosa afirmación de que era mejor morir con la púrpura imperial que perder la condición de emperatriz: «La púrpura es una hermosa mortaja»[1]. Otras crónicas destacan la habilidad con la que el emperador dispuso sus contingentes militares que atacaron al populacho en el Hipódromo. El domingo 18 de enero de 532, Belisario fue uno de los máximos responsables de la matanza, en la que murieron hasta treinta y cinco mil personas. En los días posteriores, «Constantinopla estuvo tranquila y nadie se atrevió a salir, aunque solo estaban abiertas las

tiendas que proporcionaban comida y bebida a los necesitados»[2].

Las guerras de Occidente

Belisario se había ganado la gratitud del emperador y fue elegido para dirigir una campaña muy ambiciosa contra las fuerzas que amenazaban al Imperio en Occidente en 533. Durante varios años, los refugiados de la persecución de los vándalos habían instado a Justiniano a derrocar el reino arriano del norte de África y restablecer a los obispos católicos al frente de sus diócesis. Más apremiantes aún eran las peticiones de ayuda militar del gobernador de Cerdeña y del cabecilla de una revuelta en Libia, que pretendían derrocar al rey vándalo Gelimer. Con estos incentivos, Justiniano envió a Belisario con una fuerza expedicionaria de diez mil soldados de infantería y cinco mil de caballería, además de su propia milicia (*bucellarii*). En comparación con los cincuenta y dos mil soldados enviados contra Persia en 503, o los seis mil para restablecer al patriarca monofisita de Alejandría en 535, un contingente de dieciséis mil hombres no era muy grande, sino incluso pequeño en comparación con la inmensa flota que ordenó formar León I en su intento de conquistar el territorio vándalo en 468, que fracasó miserablemente[3]. La expedición del año 533 reflejaba, sin embargo, la capacidad de Constantinopla para transportar probablemente más de cinco mil caballos con suficiente agua y forraje, así como diez mil soldados de infantería —a los que aterrorizaba que hubiera que luchar en el mar— en quinientos barcos escoltados por noventa y dos navíos de guerra que zarparon de Constantinopla en torno al equinoccio de primavera.

La escuadra zarpó de Abido, en los Dardanelos, y atravesó lentamente el Egeo hasta llegar a Grecia y de allí navegó a Sicilia, donde Belisario se enteró de que la flota vándala se dirigía a Cerdeña, por lo que decidió desembarcar de inmediato sus tropas en Libia. Con una celeridad sorprendente, sus fuerzas avanzaron hasta capturar Cartago y al mismísimo rey Gelimer[4]. Su brillante victoria fue celebrada con un triunfo en su honor en Constantinopla, en el que desfilaron los prisioneros encabezados por el rey vándalo y sus principales guerreros. Entre el inmenso botín exhibido se encontraban los tesoros del templo de Jerusalén, de los que se había apoderado el emperador Tito en el año 70. Tras el saqueo de Roma por los vándalos en 455, estos tesoros habían sido llevados a Cartago y ahora se incorporarían al tesoro imperial de Constantinopla. En 534 Justiniano promulgó una ley destinada a restablecer el gobierno imperial en las provincias norteafricanas, bajo la autoridad militar suprema de un prefecto pretoriano con sede en Cartago, que tenía a sus órdenes a casi

cuatrocientos funcionarios, además de gobernadores para las siete provincias, cada uno de los cuales contaba con cincuenta integrantes del cuerpo administrativo, y cinco duques encargados de mantener el orden y defender la región[5]. Si la pérdida de las provincias norteafricanas en el año 439 había marcado un punto de inflexión en el declive del Imperio romano de Occidente, Belisario revirtió la situación al poner estas ricas provincias bajo el dominio directo de Constantinopla, lo que también simbolizaba la sustitución de la Vieja Roma por la Nueva Roma; ahora la Reina de las Ciudades era claramente la única fuente de poder imperial. Las provincias africanas revitalizaron durante otro siglo el dominio de Constantinopla sobre Occidente. Las exportaciones norteafricanas de cereales, vino y aceite a Italia aumentaron, y la famosa cerámica de engobe rojo bruñido de la región aparece en yacimientos de todo el mundo mediterráneo y más allá[6].

Tras esta victoria sobre el reino vándalo arriano, Justiniano montó en cólera al enterarse del modo en que Teodato había tratado a Amalasunta. La detención de la reina, y los rumores de que la habían asesinado, dieron a Justiniano la oportunidad de extender su campaña militar en Occidente contra el reino de los godos tanto en Italia como en Dalmacia. En el año 535, Justiniano planeó una doble campaña dirigida por el general Mundo, que marcharía por tierra hacia Dalmacia para consolidar el control de la costa oriental del Adriático, mientras que Belisario desembarcaría en Sicilia, el punto de conexión crucial con Italia[7]. Las dos fuerzas debían combinarse luego para asaltar Rávena, derrotar a los ostrogodos y apoderarse del tesoro de Teodorico; el botín era siempre un elemento esencial de las campañas militares.

Es posible que el emperador se dejara engañar por la rápida victoria en África y pensara que una campaña parecida tendría éxito en Italia, y de hecho Belisario capturó Sicilia sin dificultad y avanzó por la costa occidental de la península. Pero en noviembre de 536 sus fuerzas encontraron una dura resistencia en Nápoles, donde la comunidad judía se puso del lado del comandante godo encargado de la defensa de la ciudad. Tras veinte días de asedio, Nápoles capituló y fue saqueada. Las tropas imperiales se dirigieron al norte, hacia Roma, y en diciembre el papa y los notables le pidieron a Belisario que entrara en la ciudad pacíficamente, mientras que la guarnición goda, muy inferior en número, decidió marcharse[8].

La antigua Roma volvió a estar bajo el dominio imperial directo de Constantinopla, lo que supuso un gran triunfo para Justiniano. Belisario nombró a un duque para gobernar la ciudad junto con las familias senatoriales que se habían quedado y afianzó su dominio de la Italia central. Tras su derrota en Nápoles, los godos depusieron al

rey Teodato, que les parecía militarmente débil, y eligieron como rey a un soldado con experiencia, Vitiges. Este se dirigió de inmediato a Rávena, donde obligó a Matasunta, la hija de Amalasunta, a casarse con él[9]. Vitiges buscó dicho enlace con la dinastía reinante porque supuso que las fuerzas imperiales se mostrarían reacias a atacar la capital de los godos mientras una descendiente de Teodorico fuera su reina.

En la corte de Rávena, Casiodoro celebró la unión con su estilo característico, prolongando su larga hoja de servicios a los reyes godos. Había comenzado su carrera con Teodorico, había recibido formación y generosas recompensas de tres generaciones de monarcas godos y se mantuvo fiel a la familia que ostentaba el poder en Rávena[10]. A finales del año 536 (o principios del siguiente) compuso un epitalamio, o poema nupcial, del que solo se conservan fragmentos. Tras alabar largo y tendido la genealogía de la reina, se dirige a su señora, *domina*:

> También has construido, oh señora, un palacio que sin duda te daría fama asimismo entre los que no te conocen, porque de tan enorme morada se puede deducir la magnitud del residente. El revestimiento de los mármoles brilla con el mismo color que las gemas, el oro esparcido brilla en las columnas […] las obras mosaicas decoran con piedra las bóvedas redondeadas, y todo está adornado con colores metálicos allí donde se distinguen pinturas encáuticas. Una recuerda que la reina Semíramis hizo construir los muros circulares de Babilonia con betún mezclado con azufre […]. Se dice que la casa de Ciro fue construida con piedras unidas con oro, en Susa […].[11]

Esta alusión a una decoración perdida de mosaicos y mármoles confirma la omnipresencia de estos elementos no solo en el palacio imperial, que es probable que fuese donde Casiodoro leyó su epitalamio, sino también en otros palacios, como la anterior residencia de Matasunta, cuyas paredes estaban recubiertas de mosaicos radiantes, oro y piedras preciosas.

Tal vez Vitiges creyó que podría evitar una guerra con Constantinopla negociando el regreso al *statu quo* de la época de Teodorico, «para que ambas repúblicas puedan perdurar en renovada armonía», en palabras de Casiodoro, de modo que Rávena fuese la sede de gobierno de Occidente y Constantinopla, la de Oriente. Sin embargo, esto contrasta con las combativas palabras del rey a los godos según las cuales había sido alzado sobre un escudo «entre las espadas de batalla, según la costumbre de nuestros antepasados […] mientras sonaban las trompetas para que la raza goda de Marte, despertada por el estruendo y anhelante de su valor nativo, pudiera

encontrar a un rey marcial»[12]. Invocando al dios romano de la guerra, Vitiges proclama:

> Todo lo que haga será en beneficio de nuestro pueblo […]. Prometo perseguir lo que honre la nombradía del reino […]. Por último, prometo que mi Gobierno será como el que los godos debieron de tener después del ínclito Teodorico, hombre singular y noblemente formado para el cuidado del reino […] por eso, quien pueda imitar sus actos debe ser considerado pariente suyo[13].

Puede que los habitantes godos de Rávena se alegrasen, pero a los católicos la situación les debió de parecer peligrosa.

La vida en Rávena en la década de 530

Incluso en estas circunstancias inestables, algunos aspectos de la vida cotidiana permanecieron inalterados en Rávena y en las zonas de Italia oriental que permanecían en manos de los godos. Dos papiros de la cercana Faventia (Faenza) nos indican cómo era la vida en el reino godo casi cincuenta años después de su fundación. En estas escrituras de compraventa, fechadas en 539 y 540, unos propietarios pobres negocian con compradores ricos. La primera venta, realizada por Tugilo, *honesta femina*, viuda de Parianis, su hija Domnica y su hijo Deuterius, es de veinte *jugera* de tierra en el territorio del Faventino a Pelegrinus, *vir strenuus*, por ciento diez sólidos[14]. Al parecer, los terrenos estaban junto a la costa, cerca de la propiedad de dos *dromonarii* (que poseían o gestionaban embarcaciones rápidas) y de Witterit, un *scutarius* (portaescudos) godo. Uno de los testigos fue el cambista (*argentarius*) Julianus, que también es identificado como el yerno, *gener*, de Johannis *pimentarius*, que suministraba pigmentos vegetales a los pintores, así como hierbas medicinales[15]. Entre los demás testigos se encuentran funcionarios del servicio de correos (*de scrinio cursorum*), de la oficina de impuestos, de la asociación de terratenientes y un proveedor real (*obsonator domini nostri*, es decir, del rey Vitiges[16]).

En la segunda venta (el tamaño de la finca se ha perdido, pero el precio era de cuarenta sólidos), una cláusula estipula que Dominico, el vendedor, había heredado las dos fincas de su madre, libres de cargas fiscales, deudas y demás obligaciones (se da una larga lista) o disputas judiciales (*a sorte barbari et aratione tutelaria*[17]). El vendedor es de condición humilde (*vir honestus*), y el comprador, Montano, y todos sus testigos, colegas o amigos, son *clarissimi*. Montano es notario del vestuario del rey (*notarius vestearium*) y dos de sus testigos también

forman parte de la administración civil, Reparato, *praepositus cursorum dominicorum* (jefe de los correos que se ocupaban del sistema postal regio y de su red de caminos y escalas), y Romano, *silentiarius* (funcionario de palacio, *apud Ravennati Urbe*), mientras que Paulo es banquero o cambista, y Vitalis trabaja en la ceca (*monitarius*[18]). El magistrado que preside el tribunal es Plauto Pompulio y los principales asistentes provienen de algunas familias conocidas: Flavio Floriano, Firmiano Urso, Fl. Severo hijo y Fl. Quiriaco hijo.

En estos documentos, ambas mujeres, Tugilo y Domnica, firman con una cruz porque no saben escribir su nombre, y Deuterio firma con su nombre; figuran entre los *honesti*. El cambista Juliano utiliza el alfabeto griego, un fenómeno bastante habitual (aunque no está claro si es un indicio de clase alta o pura afectación), y da el nombre y la ocupación de su suegro. Se dice que la propiedad próxima a Faenza linda con tres terratenientes que son capaces de defenderse por las armas. En cambio, el grupo de funcionarios que trabajaban en la corte goda de Rávena firman todos con sus propios nombres. Al igual que Casiodoro, son católicos que sirven al rey godo, en la cancillería de palacio creada por Teodorico[19].

El breve reinado de Vitiges

A finales del año 536, el nuevo líder godo, el rey Vitiges, esperaba evitar una guerra abierta proponiendo negociaciones de paz a Justiniano. Al fracasar su tentativa, le devolvió el golpe a Belisario conduciendo al ejército godo a sitiar Roma. Durante más de un año, los godos intentaron someter a la ciudad provocando una hambruna que obligara a Belisario a rendirse, y lanzaron 67 ataques contra la capital, algunos de los cuales fueron presenciados por Procopio, quien documenta —con sus detalladas descripciones de la extracción de flechas y jabalinas por parte de los médicos y la historia de dos soldados (uno de cada bando) que cayeron en un profundo agujero y pactaron ayudarse mutuamente a salir, para luego, una vez fuera, volver a luchar— la violencia de los enfrentamientos cuerpo a cuerpo. En un momento de peligro, Belisario tuvo que sacar de la ciudad a su esposa, Antonina, que fue testigo en Nápoles del estruendo amenazador del Vesubio, que presagiaba una erupción volcánica[20]. Aun así, los godos no consiguieron entrar en Roma y en 537, durante una tregua, enviaron otra embajada a Constantinopla en un intento de alcanzar la paz, mientras los romanos sitiados recibían suministros y refuerzos. Belisario envió a uno de sus comandantes a amenazar a otras ciudades godas situadas más al norte. Con la ayuda de la flota, que tenía sus bases en Dalmacia, las tropas imperiales capturaron

Rímini, muy cerca de Rávena, y Vitiges se vio obligado a abandonar el asedio de Roma en marzo de 538 para defender su capital[21].

Aunque Belisario había conquistado Sicilia con solo siete mil quinientos hombres, a los que incorporó refuerzos durante el asedio de Roma, sus efectivos seguían siendo muy inferiores a los de los godos, y además tuvo que repartir sus tropas entre las ciudades conquistadas para mantener el control del sur de Italia. En respuesta a su petición de más ayuda militar, en 538 Justiniano envió a Narsés, un eunuco entrado ya en años, cortesano y guardián de los tesoros reales, con tropas de refuerzo. Tras algunos desacuerdos, los dos comandantes imperiales se centraron en conseguir que se rindieran las guarniciones clave para capturar Rávena, la capital de los godos, teóricamente inexpugnable. Cuando Belisario llegó por fin ante sus muros a finales de 539 o principios de 540, quiso forzar la capitulación de la ciudad cortándole todos los suministros. Sometido a semejante presión, Vitiges renovó sus llamamientos a Justiniano y obtuvo una propuesta de paz que habría permitido a los godos conservar el dominio del territorio situado al norte del Po. Según Procopio, Belisario se opuso porque confiaba en obtener una victoria decisiva y llevar encadenado al rey godo a Constantinopla. Se intercambiaron numerosas embajadas, no solo entre Belisario y Justiniano, sino también entre Belisario y algunos de los godos de Rávena, que habían decidido que el general sería mejor monarca que Justiniano. Le ofrecieron el título de «emperador de Occidente», *basilea tes hesperias*, y al principio Belisario acogió la propuesta de forma favorable, o fingió hacerlo para ganarse el apoyo de los godos. Más tarde la rechazó, pero no con la claridad suficiente para evitar que los rumores sobre su ambición circularan entre sus propios soldados y, por supuesto, acabaran llegando a Oriente[22].

Tras varios meses y prolongadas negociaciones, Belisario entró en Rávena en mayo de 540. Procopio comenta:

> Aun siendo los godos muy superiores a sus oponentes en número de soldados y en poderío militar y aunque no habían entablado ninguna batalla decisiva desde que entraron en Rávena, ni tampoco habían sido humillados en su orgullo por ningún otro infortunio, estaban siendo convertidos en prisioneros de guerra por unas tropas más débiles y, además, ni siquiera contemplaban la condición de la esclavitud como una deshonra. Sin embargo, las mujeres […] cuando, sentadas a la puerta de sus casas, vieron al ejército entero, comenzaron todas a escupir al rostro a sus esposos y, señalando con sus manos a los vencedores, les echaban en cara su cobardía[23].

Este relato parece reflejar la opinión de algunos godos de que Vitiges

había sido engañado para que entregara Rávena sin librar siquiera una gran batalla por el control de la ciudad. Cuando varios comandantes godos de la guarnición de Rávena secundaron el plan para hacer de Belisario su rey, Justiniano se enteró y ordenó al general que volviera a Constantinopla. Este, por lo tanto, lo dispuso todo para llevarse a Oriente a Vitiges, a su esposa y a sus partidarios, junto con el tesoro de Teodorico incautado en el palacio, y abandonó a los godos a los que había engañado. Estos se reagruparon y eligieron como rey a Hildibaldo, comandante de la guarnición goda de Verona, y lucharon durante doce años contra las tropas imperiales, aunque ya no recuperaron su capital, Rávena[24].

A pesar de que había logrado llevar consigo a otro rey «bárbaro» a Constantinopla, el emperador se negó a concederle a Belisario otro triunfo y ni siquiera mostró en público el botín de Rávena. Procopio contrapone esta frialdad hacia el general con el entusiasmo de la población de la ciudad, que acogió al héroe y le llevó regalos y muestras de homenaje a su casa. Más tarde lo representaron en un mosaico, situado en la puerta de Chalke del palacio, que conmemoraba sus dos grandes conquistas.

> […] y vuelve el general [Belisario] junto al emperador con todo el ejército intacto, y le entrega despojos, reyes, reinos y todo aquello que se estima como extraordinario entre los hombres. El emperador y la emperatriz Teodora se hallan en el centro, parecen alegrarse ambos y celebran las victorias sobre el rey de los vándalos y el rey de los godos que llegan a ellos como cautivos sometidos a servidumbre[25].

Aunque no se haya conservado, este mosaico era una muestra de reconocimiento público de las victorias militares de Belisario, erigido en un lugar de la máxima visibilidad. Y al cabo de muchos años, en 559, cuando Justiniano, inquieto por un ataque de hordas eslavas cerca de las murallas de la Reina de las Ciudades, llamó a Belisario, este consiguió expulsarlos, pese a contar con unas fuerzas mucho más reducidas[26]. Así pues, aunque la fortuna no le sonriese a lo largo de su dilatada carrera, el anciano general se retiró por fin tras una larga vida llena de victorias. Las leyendas sobre su vejez miserable de las que se hace eco la fascinante novela de Robert Graves *El conde Belisario* son del todo falsas[27].

El resultado más importante de la campaña de Belisario en Italia fue, en definitiva, la conquista de Rávena y el envío del rey, la reina y los cortesanos godos a Constantinopla. El hecho de que los godos abandonasen su capital sin luchar indica que entre ellos existían profundas divisiones; a la rendición de Vitiges le siguió de inmediato la elección de Hildibaldo, ya que los godos que quedaban pretendían

recuperar lo conquistado por Belisario. Con todo, aunque se apoderaron de Roma y de muchas otras ciudades, los godos no consiguieron recuperar Rávena, una prueba más de lo bien protegida que estaba por su emplazamiento. La ciudad pasó así a hallarse bajo el dominio directo de Constantinopla y se convirtió en el centro de la administración imperial en Italia durante los doscientos años siguientes.

15
San Vital, epítome de la cristiandad primitiva

En mayo de 540, cuando Rávena volvió a manos de Constantinopla, el obispo católico Víctor (537-544) dispensó a las tropas imperiales una bienvenida especialmente calurosa. La expulsión del rey godo y de su corte significaba que los clérigos arrianos habían perdido a su protector y quedaban reducidos a la condición de clero de la minoría conquistada. No se tomaron medidas inmediatas contra ellos, pero la presión de la comunidad católica restaurada puede percibirse en un documento fragmentario fechado después del 16 de julio de 541, en el que Mínulo, un clérigo de la Iglesia goda de Rávena, hijo del presbítero Cristodoro, vende tierras a Isacio, un fabricante o vendedor de jabón (*saponarius*) de Classe[1]. Es una de las raras ocasiones en que se menciona a un prelado, presbítero, del clero godo, junto con su hijo Mínulo, que también es *clericus legis Gothorum*. La pauta del hijo que sigue al padre en el ejercicio del sacerdocio es común en la Europa de principios de la Edad Media; los papas Bonifacio, Félix III y Agapito eran todos ellos hijos de sacerdotes, y Silverio (el efímero pontífice de 536-537) era hijo del papa Hormisdas. Pasaron muchos siglos antes de que se impusiera con éxito el celibato del clero.

La reactivación de los contactos con Constantinopla a raíz de la conquista imperial animó al obispo Víctor a invertir en mobiliario y el acondicionamiento de las iglesias católicas. Gracias a cuatro inscripciones que se conservaron hasta el siglo IX, sabemos que sustituyó el antiguo baldaquín de madera que había sobre el altar de la iglesia Ursiana (la catedral fundada por el obispo Urso) por uno de plata de ciento veinte libras[2]. Agnelo creía que un objeto tan lujoso solo podía haberse fabricado con ayuda imperial y afirma que con este fin asignaron a Víctor los impuestos de toda Italia. Una parte de los fondos se utilizaron para nuevos vasos litúrgicos que Agnelo pudo identificar tres siglos después porque seguían en uso. El obispo Víctor fue el responsable de la adquisición de un hermoso paño de altar para la misma iglesia, que estaba hecho de hilos de seda muy pesados, dorados y escarlatas, con cinco imágenes entre las que se encontraban la de Cristo y la de Víctor. Una inscripción de color púrpura entretejida en el paño indicaba que debía utilizarse para los oficios de

Pascua y databa su producción en el quinto año del episcopado de Víctor (542-543). El obispo también restauró los baños adyacentes a su palacio episcopal y dejó constancia de su reapertura en una inscripción en hexámetros en mosaico de oro; Agnelo cita la norma de que dos días a la semana (los martes y los viernes) el clero de la ciudad tenía que poder lavarse gratis[3].

De la época del obispo Víctor puede datar también un impresionante calendario de mármol en el que se inscribe la fecha en que debe celebrarse la Pascua según el cómputo del ciclo de diecinueve años establecido por san Cirilo de Alejandría a mediados del siglo V. Estos complejos cálculos, basados en las fases solares y lunares, fueron traducidos al latín por Dionisio el Exiguo (*exiguus*) en el año 525 en Roma, y abarcaban de 532 a 626. Aunque resolvían el importante problema de cuándo celebrar la fiesta más importante del calendario cristiano, su adopción fue muy lenta. En Rávena una parte de estos cálculos están grabados en mármol en una forma circular dividida en diecinueve sectores con el cómputo correspondiente. Una caligrafía pulcra muy parecida se encuentra en los epitafios funerarios de Geroncio, fechado en diciembre de 523, y del obispo Eclesio en su sarcófago de 532, lo que indica que el dominio de los estilos tardoimperiales de la talla de mármol perduraba en la segunda mitad del siglo VI[4].

Los inicios de San Vital

A partir del año 540, la población católica de Rávena, ahora dominante, tuvo acceso no solo al talento en forma de constructores y artesanos, sino también al apoyo económico de un ciudadano excepcionalmente rico, el *argentarius* Juliano, que invirtió gran parte de su fortuna en los proyectos de construcción del obispo Víctor. El más importante fue la finalización de la iglesia octogonal de San Vital, el más sorprendente de los monumentos de Rávena. La construcción de esta iglesia la había iniciado al final del reinado de Teodorico el obispo Eclesio, que fue el responsable de su insólita planta octogonal e insistió en representarse a sí mismo en el ábside situado sobre el altar. Dado que murió probablemente en julio de 532, el diseño del mosaico del ábside fue pactado y puede que fuera completado en ese momento. Pese a todo, la construcción de San Vital continuó durante los obispados de Ursicino, Víctor y Maximiano, que completó y consagró la iglesia en 547. En Constantinopla se tardaron cinco años en erigir la iglesia casi contemporánea dedicada a la Sabiduría Divina (Santa Sofía), la mayor jamás construida, que los contemporáneos reconocieron como un logro asombroso. Solo la financiación imperial

más fastuosa y el trabajo forzoso de un enorme número de obreros lo hicieron posible.

En cambio, la construcción de San Vital se prolongó durante todas las vicisitudes de la regencia de Amalasunta y las guerras góticas, y sus distintas partes reflejan una historia de ambiciones y autoridades superpuestas. El diseño original queda plasmado en el ábside, donde Eclesio presenta a Cristo una maqueta de la iglesia con cúpula sobre una base octogonal (figura 30). ¿De dónde sacó Eclesio la inspiración para unas características tan novedosas, desconocidas en Occidente en esta fecha? Las cúpulas se asociaban normalmente a las tumbas imperiales, como el impresionante mausoleo de planta circular construido por el emperador Adriano en Roma, hoy conocido como el castillo de Sant'Angelo, la tumba de Diocleciano en Split o el Panteón, que originariamente era un templo. En el mausoleo de Constancia, también en Roma, destacaba la tumba central, rodeada de un deambulatorio, un concepto que se copió en varios santuarios de mártires para permitir a los peregrinos caminar alrededor de las reliquias. Aunque, como hemos visto, el llamado mausoleo de Gala Placidia en Rávena y el construido para Teodorico, más grande, tienen cúpulas, son chatas, a diferencia de la de San Vital. Del mismo modo, los dos baptisterios de Rávena, ambos de planta octogonal, tienen cúpulas chatas hechas con cilindros de cerámica y bloques de piedra pómez para aligerar la carga de sus delgados muros.

En Milán, la capilla de San Aquilino anexa a la iglesia de San Lorenzo, probablemente construida a finales del siglo IV, es de planta octogonal y posee una cúpula hemisférica, lo que podría haber servido de modelo para San Vital. Sin embargo, suele decirse que la posible fuente de inspiración de Eclesio fue su visita a Constantinopla en 525, cuando Teodorico le envió con una delegación para protestar contra las restricciones al culto arriano en la capital de Oriente. Sin duda, llevarían a los miembros de la embajada occidental a admirar las principales iglesias de la ciudad: la de los Santos Apóstoles, con el mausoleo imperial anexo, y la catedral de Santa Sofía, una basílica impresionante, aunque no el edificio que conocemos hoy. Habrían visto la gran Rotonda del siglo V, con su pesada cúpula de mampostería, y habrían oído hablar de la basílica de San Polieucto, cuya reciente construcción había patrocinado la rica aristócrata Juliana Anicia y que seguramente poseía una cúpula y estaba decorada con una fastuosísima cornisa de mármol tallado y un elegante mobiliario. La grandiosidad del conjunto había irritado al emperador Justiniano[5].

Ninguno de estos edificios de la capital de Oriente tenía planta octogonal y cubierta cupular. Sin embargo, precisamente esa disposición se encuentra en varios edificios paleocristianos en

Jerusalén y sus alrededores, como las iglesias de la Anástasis y la Ascensión, con cúpulas cuyas medidas se reprodujeron en casi todos los demás edificios con cúpula de la cristiandad primitiva, incluido San Vital. Los arquitectos y constructores podían calcular la base de un edificio capaz de soportar una cúpula de cincuenta o incluso setenta pies de diámetro (quince y veintiún metros respectivamente). Para planificar los edificios concéntricos se empleaba una fórmula geométrica bastante sencilla, que podía aplicarse sobre el terreno utilizando herramientas como varillas y cuerdas para fijar las proporciones de la base en relación con la cúpula. De este modo, las iglesias encargadas por Constantino I y dedicadas a Cristo, así como las primeras dedicadas a María, la Madre de Dios, en el siglo V, podrían derivar de «un prototipo oriental anterior que no se ha conservado». En el valle de Cedrón, donde se identificó la tumba de María, y en la Kathisma (trono) donde se supone que descansó María en la huida a Egipto, las estructuras concéntricas de las iglesias estaban cubiertas por cúpulas. La iglesia de la Kathisma también era de planta octogonal y tenía una cúpula de quince metros de diámetro, inspirada en la de la iglesia de la Ascensión[6].

Los emperadores y los obispos, que solían ser los mecenas de estos nuevos edificios, proporcionaban la financiación, mientras que los arquitectos, normalmente llamados «ingenieros» o «técnicos» (*mechanikai*, *technitai*), se basaban en los planos e ideas compartidas que circulaban entre los constructores. Así, la innovadora planta de San Vital y la de otra iglesia contemporánea, la de los Santos Sergio y Baco en Constantinopla, probablemente deriven de la práctica constructiva oriental que circulaba por el mundo mediterráneo del siglo VI. A su llegada, en el año 527, Justiniano inició un ambicioso programa de construcción con la iglesia de los Santos Sergio y Baco, que fue la primera de la capital en utilizar la compleja planta de base octogonal sobre la que descansaba una cúpula. El efecto de este diseño es la creación de un interior muy alto y bien iluminado que atrae la mirada desde el suelo hasta la extraordinaria cúpula segmentada, pasando por la galería del primer piso. La larga inscripción que rodea la cornisa de la base de dicha galería demuestra que la emperatriz Teodora desempeñó un papel importante en la construcción del templo.

Es posible que la iglesia de los Santos Sergio y Baco se estuviera construyendo al mismo tiempo que la aún más asombrosa estructura de Santa Sofía, concebida a mayor escala y terminada en 537. La iglesia de la Sabiduría Divina está cubierta por la mayor cúpula jamás construida, de treinta y dos metros de diámetro, que flota a cincuenta y cinco metros sobre el nivel del suelo, apoyada en cuatro enormes pilares con dos grandes semicúpulas al este y al oeste. En el año 558

se derrumbó parte de la semicúpula oriental y de la cúpula superior, pero Justiniano llamó al hijo del arquitecto original para que la restaurara, lo que se consiguió elevando la altura de la cúpula, que no fue superada hasta que Miguel Ángel proyectó la de San Pedro en Roma[7]. En el año 525, es posible que los planes de Justiniano fueran tema de discusión entre los visitantes occidentales, que también estaban interesados en la construcción de iglesias.

Sea cual sea el origen de su inspiración, fue el obispo Eclesio quien encargó la iglesia que más llama la atención del visitante actual en Rávena (figura 30). Los obreros que empleó en la construcción de San Vital se sirvieron de un modelo arquitectónico de solvencia contrastada. Desde el inicio de las obras, Eclesio contó con la ayuda de Juliano el Argentario, que aparece en varias inscripciones y en sus monogramas en griego y latín como uno de los principales donantes de la iglesia. Juliano aportó veintiséis mil sólidos para la construcción de San Vital y apoyó la construcción de San Apolinar en Classe y de San Miguel en Africisco. El término *argentarius* se utilizaba para designar a los cambistas, que proporcionaban calderilla a quienes deseaban cambiar sólidos de oro por las monedas de bronce que solían utilizarse para las compras, y a los banqueros[8]. Los *argentarii* también participaban en el comercio marítimo, concretamente en los seguros de las mercancías transportadas y de los propios barcos. Dada la frecuencia de las tormentas y los naufragios, como la arqueología submarina pone cada vez más de manifiesto, era una profesión que exigía recursos muy considerables y un control estricto. Esta actividad aseguradora está mejor documentada en Alejandría, un importante puerto de entrada a las rutas comerciales del Mediterráneo, y es posible que Juliano fuera de origen oriental y utilizara un monograma griego; como Classe era también un emporio comercial del Adriático, tal vez se dedicara a asegurar los envíos de mercancías que entraban y salían de dicho puerto. Sea como sea, invirtió su fortuna en la iglesia de Rávena y ayudó a los obispos Eclesio y Víctor en sus grandiosos planes de construcción, además de encargar un lujosísimo relicario de plata. A partir de los donativos que figuran en las inscripciones copiadas por Agnelo, podemos comprobar que Juliano ya estaba bien situado alrededor de 520 y puede que viviera hasta 550[9].

Con la ayuda de este generoso mecenas local, el obispo Eclesio se dispuso a construir un monumento muy llamativo y original al santo ravenés Vital, que en una inscripción figura como el padre de los santos Gervasio y Protasio. Sin embargo, estos dos santos eran de Milán, donde el obispo Ambrosio descubrió milagrosamente sus reliquias en junio de 386, y se las ingenió para difundir la noticia del descubrimiento distribuyendo ampollas con su sangre a ciudades de Italia (Bolonia) y de más allá (Ruán). No está claro cómo llegaron las

reliquias de los tres santos a Rávena; es posible que el emperador Honorio llevara algunas cuando trasladó la corte imperial de Milán a Rávena en 402[10].

El nuevo edificio se proyectó probablemente en terrenos propiedad de Eclesio, en el extremo noroeste de la ciudad, y es posible que se tratara una fundación privada. Hubo que excavar una base muy importante para crear una plataforma lo bastante fuerte como para soportar la estructura que sostiene la cúpula a una altura considerable de treinta metros. Su diámetro, de diecisiete metros, es ligeramente mayor que el de las iglesias anteriores, pero sigue la proporción habitual entre el tamaño de la cúpula y la anchura exterior del octógono. A diferencia de otros edificios que reutilizaban *spolia* de edificios antiguos, los ladrillos de San Vital eran todos nuevos y de un tamaño ligeramente mayor de lo normal[11]. Antes de fallecer, Eclesio se aseguró de que lo inmortalizaran en el mosaico del ábside como donante de la iglesia, identificado con su nombre y en un estilo que parece reflejar su aspecto físico, frente a san Vital, que recibe la corona de mártir (figura 31)[12].

Una vez construida la cúpula, los mosaiquistas comenzaron a trabajar en la parte más alta y continuaron hacia abajo. Tenían que trabajar con rapidez mientras el yeso tenía la consistencia adecuada para poder esbozar la escena y trazar las figuras importantes en teselas insertadas en ángulos concretos para que se pudieran ver desde el suelo. Los maestros artesanos completaban los rasgos de cada individuo con piedras más pequeñas, mientras que el fondo lo rellenaban trabajadores menos cualificados[13]. No está claro qué parte de la decoración mosaica se instaló antes de que muriese Eclesio. Debajo de su retrato hay una gran zona de mosaico que cubre todo el santuario, una capilla ampliada que constituye el extremo oriental de la iglesia. El techo, las paredes de ambos lados del altar y el arco triunfal de entrada a esta zona están decorados con escenas de mosaico, separadas por bandas de brillantes motivos animales, florales y vegetales de una gloriosa gama de azules, verdes y rojos. Con el paso del tiempo, toda esta zona se convirtió en un conjunto resplandeciente que llama la atención de todos los visitantes de la iglesia: el Cordero de Dios en el centro del techo del ábside sostenido por cuatro figuras angélicas (figura 32); las escenas del Antiguo Testamento que recuerdan visiones de Dios —Moisés en el Sinaí, Abraham disponiéndose a sacrificar a su hijo y el sumo sacerdote Melquisedec oficiando ante el altar—, y los doce apóstoles que adornan el arco triunfal que flanquea al Cordero, con retratos de santos masculinos encerrados en marcos de delfines y pavos reales.

Tras la muerte de Eclesio, su sucesor, Ursicino (533-536), sería celebrado como el fundador de la basílica de San Apolinar en Classe,

aunque no está claro qué parte de esta enorme iglesia se construyó durante su episcopado (figura 53). Víctor (537/538-544) se hizo cargo de la finalización de San Vital, probablemente tras la conquista de Rávena por las fuerzas imperiales en 540. Se atribuyó la responsabilidad del deambulatorio, con columnas y capiteles idénticos a los utilizados en las iglesias constantinopolitanas de la misma época. Seguramente se tallaron en Oriente para luego enviarlos a Rávena, y llevan grabado el monograma del obispo (figura 33). Teniendo en cuenta que muchas iglesias de Rávena ya estaban decoradas con mármoles importados, Víctor seguía así no solo una tradición local, sino también una práctica en boga en todo el Mediterráneo: el mármol blanco brillante extraído de la isla de Proconeso, en el mar de Mármara, se empleaba en decoraciones muy apreciadas por los mecenas de todo el mundo romano[14]. A buen seguro, el obispo Víctor encargó la decoración de estuco y el revestimiento de mármol de las paredes exteriores del deambulatorio, que reproducen el revestimiento, brillante como un espejo, de los pilares principales de la iglesia. Una fastuosidad y un esplendor similares caracterizan la decoración del ábside, donde el obispo se sentaba en su trono flanqueado por el clero. Dado que el mármol era el elemento más caro en el revestimiento de las paredes interiores, la asombrosa variedad de colores y formas, de incrustaciones y de dibujos contrastados refleja la determinación de realzar San Vital con los materiales más prestigiosos[15].

Los paneles imperiales

Las imágenes más impresionantes de la iglesia son los dos grandes paneles de mosaico que flanquean el altar. En ellos aparece el emperador Justiniano con todos los atributos imperiales, con su guardia y sus clérigos, frente a la emperatriz Teodora, también coronada y envuelta en un manto de color púrpura oscuro, acompañada de sus damas de honor y de sacerdotes (figuras 37 y 38). Ambas figuras centrales aparecen participando en una procesión litúrgica, llevando ofrendas al altar. No es solo que estas figuras laicas sean de lo más insólito, sino que además se encuentran en la zona del altar, un espacio prohibido a las mujeres. El emperador está flanqueado por el arzobispo Maximiano, sacerdotes y soldados, y la emperatriz, por dos dignatarios sin barba (posiblemente eunucos), el último de los cuales aparta una cortina para dejar al descubierto una fuente. Algunas de las damas de la corte y de los soldados están tan apiñados que se representan sin pies. Teodora, en cambio, se muestra de cuerpo entero bajo una especie de concha, que solía utilizarse para

enmarcar a personajes ilustres.

Para crear semejantes retratos, los mosaiquistas quizá se valieran de representaciones de los reyes con sus trajes oficiales de la corte, como los iconos enviados desde Constantinopla para anunciar la llegada de un nuevo gobernante. Los acompañantes de Teodora llevan sus trajes de cortesanos de sedas estampadas y vivos colores, con zapatos rojos y elegantes joyas. En las colecciones de los museos se conservan fragmentos de seda con motivos idénticos de patos y pájaros, y en la capilla de San Andrés del palacio episcopal se encuentran representaciones similares. Los clérigos y dignatarios vestidos de blanco crean un marcado contraste con los trajes imperiales y los magníficos vestidos de las damas de la corte, que claramente pretenden rivalizar con la iglesia áurea de Cristo Salvador de Teodorico, con sus impresionantes procesiones de mártires y santos avanzando desde las ciudades de Rávena y Classe hacia Cristo y la Madre de Dios[16].

El extraordinario grado de detalle, el escenario y la autoridad de estos dos retratos de cuerpo entero del emperador y la emperatriz con sus séquitos en San Vital han desempeñado desde entonces, aunque solo sea por su supervivencia en un lugar tan emblemático, un papel clave en la imaginación del poder. Aquí podemos ver el despliegue completo de la vestimenta y las joyas imperiales oficiales, que se remonta a la adopción por parte de Diocleciano de las insignias reales y las túnicas púrpuras de los persas. Las coronas, los orbes y los cetros asociados a este estilo de vestimenta ceremonial han llegado hasta nuestros días en los rituales de las cortes de todo el mundo y en el atuendo oficial de sumos sacerdotes, papas y obispos.

Sin embargo, Justiniano y Teodora nunca fueron a Rávena. Por ello, su presencia en la iglesia de San Vital ha provocado una enorme cantidad de investigaciones que se han centrado en el sentido de los paneles, su fecha y su patrocinio. Como sabemos con certeza que Eclesio fue el iniciador de la iglesia original, es posible que fuera también el responsable del diseño del resto de la decoración musivaria, incluidos los paneles imperiales. Esto los situaría en torno a 532, aunque quizá la obra no se completara hasta varios años después de la muerte del obispo. No obstante, parece muy poco probable que los gobernantes godos de Rávena permitieran una exhibición tan destacada del emperador oriental y su esposa. Ni siquiera la regente arriana Amalasunta, que disfrutaba de la protección de Justiniano, habría aceptado su poderosa presencia en una iglesia católica. Y en la época de Teodato las relaciones con Constantinopla estaban tan deterioradas que exponer un retrato imperial habría supuesto un acto de traición. Así pues, parece más probable que los paneles sean de una fecha posterior a la reconquista de la ciudad por Belisario en mayo de

540, lo que nos lleva a la época en que Víctor era obispo.

Esto, a su vez, plantea la cuestión de por qué el obispo retratado junto a Justiniano figura con la leyenda bien visible de «Maximiano» y no de «Víctor». Se ha propuesto no hace mucho que la inclusión de los retratos imperiales quizá se debiera al obispo Víctor y a Belisario, en prenda de gratitud al emperador por haber sufragado la campaña militar que culminó con la victoria del año 540; es decir, que su datación se situaría entre la reconquista de Rávena en mayo de 540 y la salida de Belisario de la ciudad en julio, cuando se llevó prisioneros al rey Vitiges y a los nobles godos a Constantinopla[17]. Según esta teoría, el diseño de los retratos del emperador y la emperatriz, y de las figuras que los acompañan, identificadas como Belisario y su esposa, Antonina, se planificó y se aprobó en muy poco tiempo[18]. El obispo Víctor habría sido la figura situada junto a Justiniano hasta que Maximiano le sucedió como arzobispo, momento en el que sustituyó la imagen de Víctor por la suya.

Así pues, los mosaicos de los paneles imperiales se hicieron durante el episcopado de Víctor, entre los años 540 y 544, para celebrar la liberación de Rávena de los godos con un retrato de Justiniano, y rivalizar así con otras representaciones en mosaico de gobernantes en Rávena. Tras la muerte del obispo, una delegación del clero y del pueblo de Rávena se dirigió a Constantinopla para informar a Justiniano y solicitar el palio para un nuevo obispo. Cuando llegaron a la capital, Maximiano, oriundo de Pola, en la costa oriental del Adriático, se encontraba allí; viajaba mucho por el Mediterráneo oriental y es de suponer que tenía lazos con la corte imperial[19]. Justiniano aprovechó la oportunidad para nombrar a un partidario de confianza de sus ideas teológicas para la importantísima sede occidental de Rávena, que acababa de recuperar para el Imperio. Concedió a Rávena el estatus de arzobispado, dio a Maximiano su palio y ordenó al papa Vigilio que lo consagrara. Como ya había convocado al sumo pontífice para que fuera a Constantinopla, el emperador dispuso que ambos se encontraran en Patras, en la costa occidental de Grecia, Maximiano en su viaje de vuelta a Occidente y el papa en el suyo para visitar al emperador. El nuevo arzobispo de Rávena fue así consagrado en Patras el 14 de octubre de 546, y se convirtió en la práctica en el prelado de mayor rango de Occidente, sustituyendo temporalmente al obispo de Roma, que había dejado la sede de San Pedro en manos del clero subalterno. Maximiano se presentó a las puertas de Rávena como flamante arzobispo a finales de aquel año.

Cuando los raveneses viajaron a Constantinopla, tenían la intención de proponer para la mitra a un miembro del clero local, de acuerdo con el procedimiento habitual de designación. El emperador, no obstante, insistió en un «extranjero», y la comunidad de Rávena se opuso porque Maximiano había nacido, se había educado y había sido ordenado diácono en Pola (la actual Pula, en Croacia). En barco, en verano y con viento a favor, solo se tardaba un día en cruzar el Adriático, y en el siglo VI los contactos entre ambas orillas eran frecuentes, pero Maximiano no era ravenés y lo había elegido el emperador en Constantinopla. Así que la ciudad no le dio la bienvenida, y el mitrado tuvo que esperar fuera de las murallas, donde se alojó con su séquito en lo que habían sido los palacios episcopales arrianos de Unimundo y de San Jorge. Luego invitó a los prelados y a los dirigentes de la ciudad a visitarlo uno por uno, además de organizar banquetes y entregar generosas sumas de oro que poco a poco fueron conquistando a los raveneses.

En una interesante observación sobre los habitantes de la ciudad en el año 546, Agnelo describe las diferencias entre los ciudadanos, que iban desde el estrato dirigente, los personajes ilustres, hasta el pueblo llano, con la clase media entre ambos. Todos ellos eran laicos, no clérigos ni funcionarios imperiales[20]. Aunque sus definiciones se ajustan más a su época que a mediados del siglo VI, ayudan a imaginar la comunidad mixta que salió a recibir al arzobispo Maximiano en 546, con cruces, estandartes y banderas, cuando toda la ciudad decidió por fin aceptarlo como su líder religioso. En esta acción colectiva podemos ver la aceptación simbólica de Rávena de su nuevo estatus, subordinada a las autoridades de Constantinopla.

Después de que Maximiano convenciera a los raveneses de que le aceptaran, modificó el panel imperial de San Vital, sustituyendo la imagen de Víctor por la suya propia, con la correspondiente leyenda para que nadie pudiera confundir a los nuevos gobernantes de la ciudad: el arzobispo Maximiano, un forastero íntimamente ligado al emperador Justiniano, el lejano pero todopoderoso amo y señor político. El arzobispo se apoderó de la mayor parte del cuerpo y de los pies de Víctor, que demostraba su poder al poner su pie sobre el de su subordinado, de la misma manera que el emperador, que pisa los pies de su vecino. El papel del obispo Víctor en la construcción se redujo, pues, a los monogramas de los capiteles que sostienen el deambulatorio del octógono. El panel mosaico con la imagen de Maximiano estaba colocado cuando el nuevo arzobispo consagró la iglesia el 19 de abril de 547[21]. Es una declaración de ideología imperial que marca la transición de la relativa autonomía de Rávena a una nueva posición dominada tanto política como eclesiásticamente por Constantinopla.

Esta revisión de la decoración de los mosaicos y la segunda consagración de la iglesia en 547 encajan con una política enunciada en Constantinopla para señalar la recuperación de Italia, Dalmacia, el norte de África y el extremo sur de Hispania. Tras haber patrocinado la construcción de iglesias dedicadas a la Madre de Dios en todas las ciudades importantes del Imperio de Oriente, Justiniano ordenó ahora a sus obispos que hicieran lo mismo en Occidente. Maximiano no solo completó los mosaicos de San Vital y de San Apolinar en Classe, sino que también construyó una gran basílica dedicada a María en su ciudad natal, Pola (figura 45), así como varias iglesias en Rávena. Este amplio programa de construcción lo patrocinó y financió en parte el tesoro imperial por orden de Justiniano. Se recurrió a equipos de técnicos que dominaban el arte de la construcción de iglesias (a menudo arquitectos e ingenieros militares adscritos al ejército, que también proporcionaba la mano de obra), como el *archiergatus* (maestro de obras), al que Maximiano reprendió por no terminar un edificio. Cuando el hombre se quejó de la falta de materiales, el arzobispo se encargó enseguida de suministrarle «yeso y tejas, sillares y ladrillos, piedra y madera, columnas y losas, grava y arena», es decir, todo lo que necesitaba[22].

La basílica Eufrasiana de Parentium

Los ambiciosos planes del emperador para homenajear a la Virgen María los ilustra otra gran basílica, la de Parentium (el actual Porec, en la costa adriática de Croacia), localidad reincorporada al Imperio a raíz de la campaña imperial del año 536. Aquí, el obispo Eufrasio construyó una nueva basílica y un complejo anexo para su sede episcopal, ubicada al norte de Pola (figura 43). Aunque no consta la fecha de su construcción, Eufrasio encargó directamente a Constantinopla una parte importante de los materiales para su iglesia: capiteles, columnas y estuco; incluso los ganchos para sujetar las cortinas sobre las entradas principales, que son idénticos a los instalados en Santa Sofía, se fabricaron en la capital de Oriente. En Parentium destaca un episodio muy particular de la vida de María en dos grandes paneles de mosaico que narran la Anunciación y la Visitación, en los que Isabel y María aparecen visiblemente embarazadas (figura 44). La inusitada importancia que se da a este hecho se refleja también en la elección de las figuras que adornan el arco del triunfo, todas ellas femeninas. El obispo Eufrasio deseaba claramente distinguir su iglesia de cualquier otra dedicada a la Madre de Dios[23].

Como en San Vital, el fundador encargó el mosaico del ábside para

reflejar su asociación con el mártir local, san Mauro, así como su patrocinio. El obispo Eufrasio sostiene una maqueta de la iglesia, que ofrece a la Virgen, flanqueada por ángeles, junto a Mauro, que lleva en la mano su corona de mártir. Las figuras se representan exactamente igual que en el ábside de Rávena. Además, el notable parecido entre la decoración de mármol, estuco y mosaico de la basílica Eufrasiana de Parentium y la de San Vital, especialmente perceptible en las cenefas, los marcos y las bandas de unión entre las escenas figuradas, parece indicar que ambos monumentos fueron decorados por los mismos artesanos[24]. Es evidente que existían manuales con esquemas para muchos de los elementos comunes; el semicírculo de rayos que descienden de una paloma situada en el centro de las capillas laterales se encuentra tanto en el mausoleo de Gala Placidia como en la basílica Eufrasiana (y sin duda en otras muchas iglesias). Asimismo, las bandas onduladas en rojo y azul que forman divisiones tan llamativas entre las escenas se repiten en numerosas iglesias de Rávena y en Parentium. El cuidado con el que se representan los rostros de los obispos también puede reflejar la habilidad de los expertos mosaiquistas que trabajaron para Maximiano y Eufrasio.

Aunque es probable que estos mosaiquistas, albañiles, marmolistas, incrustadores de piedras duras y estuquistas fueran itinerantes, artesanos originarios de Parentium llevaban siglos diseñando pavimentos de mosaico para las iglesias de la ciudad. El abundante uso de nácar, un material de procedencia local, en los exquisitos paneles con incrustaciones que rodean el banco (*synthronos*) en el que se sentaba el clero en el ábside, no se da en Rávena. Y aunque sean invisibles para el visitante porque están detrás del altar, las diminutas láminas de marfil incrustadas en algunos de estos paneles revelan que tenían acceso a un material tan preciado como raro, cuyo suministro solía controlar el emperador. Así pues, Eufrasio recurrió a una amplia gama de materiales de procedencia diversa para la creación de su basílica[25].

El modelo de la majestad

El tema elegido para los paneles imperiales de San Vital es, por supuesto, excepcional y sorprendente, con los gobernantes laicos acompañados de las damas de la corte y los soldados en la parte más sagrada de la iglesia, flanqueando el altar y cerca del *synthronos* de mármol. En Constantinopla, Justiniano y Teodora fueron ensalzados en numerosos mosaicos y estatuas emplazados en espacios públicos como parte de un complejo programa de propaganda imperial —por

ejemplo, junto a Belisario en la puerta de Chalke del palacio, como hemos visto—, pero nunca en iglesias. Ni siquiera en iglesias imperiales como las de los Santos Sergio y Baco, Santa Irene o Santa Sofía había retratos de ellos en las paredes, y en el monasterio de Santa Catalina, en el Sinaí, sus nombres se conservan solo en las vigas del techo, invisibles desde el suelo. Apenas viajaron fuera de Constantinopla y nunca visitaron Rávena, así que ¿por qué se les conmemoró en San Vital?

Volvamos a la actividad constructiva de Gala Placidia y Teodorico. La característica más insólita de la decoración de Placidia en la iglesia de San Juan Evangelista fue la representación de sus antepasados y miembros de la familia en el arco triunfal del extremo oriental y en el ábside. Como ya he apuntado, esta insistente reivindicación dinástica provocó que Teodorico celebrara a su propia familia en la iglesia de San Apolinar el Nuevo, donde probablemente estuviese representado en el ábside vistiendo la púrpura imperial y también sentado en su palacio bajo la leyenda PALATIUM. Este tipo de representaciones de gobernantes en las iglesias eran una novedad en los siglos V y VI. Los primeros retratos de una pareja imperial en una iglesia de Constantinopla de los que tenemos constancia fueron los de León I (457-474) y su esposa, Verina, en un icono. Se les representó venerando una imagen de la Madre de Dios, junto con los dignatarios que habían ofrecido la reliquia de su manto a la corte de Bizancio en la década de 460[26]. Al cabo de un siglo, cuando Pablo el Silenciario conmemoró la reparación de la cúpula de Santa Sofía, mencionó la presencia de imágenes de Justiniano y Teodora con Cristo y la Virgen en un paño de altar[27]. Pero no se trata nunca de retratos de cuerpo entero de gobernantes vivos, con sus séquitos de soldados, clérigos y damas de compañía, representados en mosaico en las paredes de una iglesia.

Los paneles de San Vital son una innovación, fruto de la existencia de imágenes de los anteriores gobernantes de la ciudad, que pretende dar relieve a la nueva fase de gobierno imperial directo desde Constantinopla, que duraría dos siglos. La iglesia simboliza la sustitución del reino godo arriano, con la plasmación de la victoria católica e imperial. Al igual que el rey godo Teodorico había superado a Gala Placidia y su basílica de San Juan Evangelista, Justiniano y Teodora superaron a Teodorico. El patrocinio de la pareja imperial de Oriente de muchas otras iglesias e instituciones filantrópicas era conocido en Occidente, y Belisario debió de confirmar el enorme poder e influencia de la emperatriz en los asuntos de Estado[28]. El retrato de Teodora en el espacio más sagrado que flanquea el altar sigue siendo, a pesar de todo, un ejemplo único, sin parangón en Constantinopla ni en ninguna otra iglesia.

Hoy, aunque muy restauradas, las representaciones de Justiniano y Teodora constituyen el modelo de lo verdaderamente imperial. Encierran una majestuosidad subrayada por las insignias y la vestimenta de los emperadores orientales, muy diferente de las togas o los uniformes militares que llevaban los antiguos emperadores romanos. A lo largo de la Edad Media, los mosaicos de San Vital fueron un recordatorio de la pareja gobernante que dominó el mundo mediterráneo en el siglo VI, provocando reacciones que cambiaban a medida que el poder político adoptaba formas diversas. Carlomagno, que visitó Rávena en tres ocasiones, y sus sucesores alemanes de la segunda mitad del siglo X, Otón I, Otón II y especialmente Otón III, meditaron sobre su significado en circunstancias distintas. Al cabo de casi mil quinientos años siguen atrayendo y asombrando a las multitudes, y han hecho que los nombres de Teodora y Justiniano sean más familiares que los de cualquier otro bizantino.

16
Narsés y la Pragmática Sanción

Mientras los obispos Víctor y Maximiano completaban la iglesia de San Vital en la década de 540, proseguía la guerra entre las fuerzas godas e imperiales. A pesar de la pérdida de su capital en 540, el nuevo rey godo Hildibaldo derrotó a un importante contingente militar cerca de Treviso ese mismo año. Cuando fue asesinado en 541, su sobrino Totila (también llamado Toutilas, Badua y Baudilas) ocupó su lugar. A las órdenes de este joven y enérgico general, los godos comenzaron a recuperar todo el terreno que habían perdido frente a Belisario (figura 22)[1]. Su tenacidad prolongó la guerra desde 540 hasta 552 y contribuyó a una destrucción atroz de la agricultura (y a la ruina de los campesinos que cultivaban olivos, cereales y vides, y que garantizaban el suministro de alimentos), de las fortificaciones, puentes, acueductos y carreteras, así como a la pérdida de muchas vidas.

Estaba claro que Constantinopla no había previsto que los godos fueran a recuperarse con tanta fuerza, y Justiniano no había organizado el debido restablecimiento de la administración imperial en las regiones reconquistadas de Italia. Uno de los motivos de este desastre fue un acontecimiento catastrófico que se produjo en Oriente, donde Cosroes, el emperador de Persia, rompió la «Paz Perpetua» e invadió el Imperio en la primavera de 540. El ejército de Cosroes atravesó las provincias orientales y tras apoderarse de sus principales ciudades, incluida la gran urbe de Antioquía, se bañó en el Mediterráneo[2]. Había que contrarrestar este símbolo de la extensión del dominio persa a la costa del mar de los romanos, el *Mare Nostrum*. En el verano de 542, sin embargo, el primer brote de una devastadora peste se cobró la vida de conquistadores y conquistados por igual. Podemos seguir el avance de esta «peste negra» del siglo VI, desde el extremo sudeste del Mediterráneo hasta el mundo romano, en documentos que nos hablan de muertos por millares y pueblos enteros abandonados. El vector de transmisión eran las pulgas que se aferraban a las ratas que viajaban en barcos llegados de Extremo Oriente, portadoras de un veneno mortal para los seres humanos. Después de arraigar en Egipto, la peste se extendió enseguida por todo

el mundo romano[3]. En Constantinopla los vivos no daban abasto para enterrar a los muertos, y el emperador sufrió en persona los bubones que solían anunciar el desenlace fatal. A diferencia de muchos, Justiniano sobrevivió, pero no estaba en condiciones de consolidar las recientes conquistas imperiales en Italia mientras Cosroes siguiera controlando vastas regiones del Imperio en Oriente y el ejército estuviera diezmado por la peste. Justiniano dedicó las fuerzas disponibles a conservar Egipto, la provincia más fértil y próspera, que proporcionaba el grano para el suministro de pan de Constantinopla, y dejó Italia a su suerte[4]. La campaña de los persas fue un presagio del posterior triunfo del islam.

Tras la reconquista del norte de África, Belisario nombró a hombres de su confianza —a menudo oficiales del ejército— para ocupar los cargos más altos de la administración recién instaurada, y parece lógico suponer que hizo lo mismo en Italia antes de irse de Rávena en junio de 540. Entre los jefes militares subalternos que habían servido a sus órdenes, varios se quedaron al frente de guarniciones italianas en zonas clave: Conón (Nápoles), Cipriano (Perusa), Bessas (posiblemente en Espoleto), Justino (Florencia), Vitaliano (Venecia) y Constancio (Rávena[5]). Pero su presencia no fue suficiente para asegurar todo el territorio que había sido reocupado. En 542 Constantinopla nombró prefecto pretoriano de Italia, con autoridad militar suprema, a Maximino, pero este nunca se aventuró más allá de Siracusa, en Sicilia. Cuando finalmente envió la flota a Nápoles para enfrentarse a Totila, resultó destruida en una tormenta. Este notable fracaso no se corrigió con refuerzos inmediatos, en parte porque la capital de Oriente estaba sumida en la devastación de la peste, pero en parte también porque el rey godo tenía su propia flota, con la que consolidó su dominio del sur de Italia[6].

En Rávena, ahora capital provincial de Italia, los funcionarios nombrados desde Constantinopla se disputaban las mejores instalaciones y los alojamientos más prestigiosos. Entre los funcionarios civiles enviados a Italia, Procopio solo menciona a Alejandro, el *logothetes* (logoteta, interventor) de las finanzas del Estado (apodado Tijeras por su habilidad para recortar monedas de oro), que fue condenado por su mezquindad a la hora de resolver reclamaciones militares de indemnización y por exigir unos tributos exorbitantes. La introducción de los impuestos imperiales fue una de las consecuencias de la campaña de Belisario y causó profundos resquemores. El desastroso paso, en solo dos años, de la victoriosa entrada en Rávena en 540 a las derrotas militares puede atribuirse tanto a un apoyo armado insuficiente como a la actitud mezquina de Alejandro con respecto a la paga, que redujo la disposición a luchar de las guarniciones de Rávena y otras ciudades. Su reputación era bien

conocida, como le recordó Totila al Senado cuando comparó las buenas acciones de Teodorico y Amalasunta con las de los nuevos gobernantes de Oriente: «Sabéis muy bien qué clase de huéspedes y amigos habéis encontrado si pensáis en las cuentas públicas de Alejandro»[7]. Procopio también se hace eco de la falta de colaboración entre Tijeras y Constancio cuando ambos compartieron el mando de un gran ejército enviado para arrebatar Verona a los godos. No lograron acordar una estrategia, lo que provocó una sonada derrota de las fuerzas imperiales. Desde Rávena, Constancio escribió a Justiniano para quejarse de la falta de refuerzos. Mientras el inepto prefecto pretoriano Maximino se negaba a abandonar Sicilia y Tijeras imponía su dominio en Rávena, el nuevo caudillo godo reunía sus fuerzas para recuperar muchas de las fortalezas clave del sur de Italia[8].

En esta situación poco definida, la mortífera peste se extendió por todo el mundo mediterráneo, aunque Italia no sufrió al parecer pérdidas tan dramáticas como Oriente. Agnelo alude a sus efectos en Rávena en tiempos del obispo Víctor, que vivió estos años, y menciona la peste, el hambre y las luchas y fuertes disensiones entre los cristianos como si el fin del mundo estuviera al caer. Citando el Apocalipsis, Agnelo describe las señales, portentos y fenómenos antinaturales que anunciaban el fin de los tiempos, y afirma que los hombres malvados destruyeron lo que Víctor había logrado[9].

La derrota final de los godos

En el año 544, Justiniano tuvo que enviar a Belisario de vuelta para contrarrestar la amenaza goda. Cuando llegó a Rávena, vía Salona y Pola, Totila estaba sitiando Roma. Dado que las fuerzas del general imperial eran bastante inadecuadas para la tarea de socorrer la ciudad, intentó ganarse a los godos que cambiaran de bando. Aun así, en la prolongada guerra de 544-549, Totila capturó Roma y reocupó la mayor parte de Italia y Sicilia, con lo que invirtió el equilibrio de poder. La campaña de Belisario iba mal y lo llamaron a Constantinopla. En 552 Justiniano incrementó la financiación para que Narsés, un general armenio, reanudara la campaña antigoda. Narsés era un eunuco que había ocupado el cargo de *praepositus* (tesorero) de la corte y había servido brevemente a las órdenes de Belisario antes del año 540. Era un general de gran habilidad que influiría muchísimo en la configuración de la administración imperial de Occidente durante los siguientes veinte años[10]. Con la ayuda de Juan, otro comandante que conocía bien la zona, burló inicialmente a las fuerzas godas enviadas para impedir su entrada en Italia por los

Alpes Julianos siguiendo la ruta que rodeaba el extremo norte del Adriático por la costa y utilizando las pequeñas embarcaciones de los habitantes del Véneto para construir puentes de pontones que atravesaban las numerosas desembocaduras fluviales que solían hacer impracticable la ruta. En mayo-junio de 552 las tropas de Narsés aparecieron de improviso en Rávena tras evitar el trayecto habitual, que pasaba por Verona[11].

A finales de junio, antes de lo que iba a ser la batalla decisiva de la campaña, Totila lució durante un buen rato su habilidad como jinete ante las tropas imperiales, haciendo que su caballo caracoleara y bailara mientras él lanzaba la jabalina hacia arriba para luego atraparla en un alarde de destreza militar[12]. En el enfrentamiento en Busta Gallorum, en los Apeninos, las fuerzas godas fueron derrotadas y su caudillo resultó herido de muerte; en agosto Justiniano recibió el gorro y la capa con incrustaciones de piedras preciosas de Totila como prueba de su fallecimiento. Aunque los godos eligieron a otro rey, Narsés volvió a derrotarlos al año siguiente y marchó victorioso a Rávena, donde lo recibió el arzobispo Maximiano. A continuación se dirigió a Roma, que convirtió en su base de operaciones. Al cabo de dieciocho años de una guerra tremendamente destructiva, las provincias de Italia habían vuelto al dominio imperial. Pero Justiniano tenía poco que celebrar. La guerra había hecho estragos entre la población civil, la administración y, sobre todo, la actividad agrícola, lo que dificultaba muchísimo recaudar los impuestos habituales destinados a Constantinopla.

La pragmática sanción

El emperador, sin dejarse amedrentar por las circunstancias, promulgó en agosto de 554 un edicto en latín que hoy conocemos con el nombre de Pragmática Sanción, para reconstruir un Gobierno operativo en Italia con sede en la capital imperial, Rávena[13]. Aunque iba dirigido tanto a Antíoco, el recién nombrado prefecto pretoriano, como a Narsés, situaba al general victorioso en un plano superior, conforme al modelo de administración imperial recién implantado en el norte de África. Este sistema, en el que se daba prioridad a las necesidades militares y se solapaban considerablemente los ámbitos militar y civil, rompía la estricta separación tradicional en la administración romana y apuntaba con firmeza a su fusión, típica de todos los gobiernos del Occidente altomedieval. La Pragmática Sanción tenía por objetivo principal reordenar la propiedad de las tierras, que había sido alterada por la larga guerra. Insistía en la validez de las leyes emitidas y las concesiones hechas por Atalarico, Amalasunta y Teodato, pero no las

del usurpador Totila —«totalmente abominable», «de vil memoria»—, así como las concesiones y los subsidios de Teodora, «de piadosa memoria» (había muerto en 548). El intento de preservar por ley la propiedad de los bienes y del ganado animó a los terratenientes que habían huido, como Casiodoro, a regresar a Italia. Los que hubieran comprado o vendido propiedades en tiempos de la monarquía goda no se verían amenazados por su restitución a los dueños anteriores, y todos los propietarios seguirían pagando el impuesto básico sobre la tierra. El esfuerzo por confirmar las condiciones existentes antes de la época de Totila se atribuyó a una petición del papa Vigilio, que todavía estaba en Constantinopla en 554.

Además, Justiniano ordenó que se difundieran su código, redactado originalmente en latín, y sus leyes suplementarias o novelas (*Novellae constitutiones*), escritas en griego y traducidas al latín, para regular el poder judicial; el mantenimiento de los tribunales de justicia; el pago de los maestros, retóricos, médicos y abogados (según la práctica de Teodorico); el uso de pesos y medidas correctos, como los indicados «al santísimo papa o al ilustrísimo Senado», para los pagos en metálico o en especie; la evitación de la doble imposición, y la devolución de los esclavos a sus amos y de los célibes consagrados a Dios a sus monasterios o iglesias. Se garantizaba a los senadores el derecho a viajar a la corte imperial y a ir a sus fincas de Italia durante todo el tiempo necesario. Se establecía una normativa concreta para el mantenimiento de las obras públicas de Roma, como el canal del Tíber, el Foro, el puerto y las cloacas, que debían financiarse con los impuestos asignados. Se confiaba el gobierno de Roma a un duque militar (*dux*), subordinado al prefecto pretoriano de Rávena. Dado que Justiniano había abolido el consulado en 541 y el Senado había quedado muy reducido por la huida de muchos de sus miembros ilustres a Constantinopla durante la guerra, el obispo de Roma se vio obligado a asumir una mayor responsabilidad en favor del bienestar de la ciudad[14], lo que reforzó un sistema basado en una colaboración mucho más estrecha con la Iglesia en general y con los obispos muy en particular.

Justiniano dictaminó que los obispos y los notables, los terratenientes y los lugareños seleccionaran a los gobernadores de las provincias reconquistadas para que aplicaran la ley de forma equitativa y ajustada a derecho, y que si alguna vez se descubría que estos hombres habían cobrado demasiados impuestos, o que habían utilizado pesos inexactos o sólidos recortados para causar pérdidas, deberían indemnizar a los perjudicados con sus propios recursos[15]. Esta fue otra gran innovación. Antes, a los gobernadores provinciales los nombraba la máxima autoridad (el emperador o el prefecto pretoriano), se trasladaban de una región a otra y era muy inusual que

ejercieran el cargo en sus provincias de origen; el Gobierno estaba muy centralizado. Ahora, gran parte del poder recaía en las élites locales, que podían elegir a los gobernadores de entre sus filas. Los elegidos no tenían que pagar nada por el cargo y eran los responsables de recaudar y transferir los impuestos públicos a la administración imperial sin obligar a nadie a efectuar pagos adicionales.

Mientras que Roma seguía siendo la sede del Senado y probablemente el principal centro de formación jurídica, Rávena consolidó su papel de capital de las provincias reconquistadas de Italia y sede de la administración civil restablecida. Se necesitarían unos seiscientos funcionarios para dirigir un Gobierno tan centralizado, y cada alto cargo tendría su propio *officium*, un equipo de subordinados, secretarios y escribas[16]. La llegada de funcionarios veteranos con sus subordinados —lo que a buen seguro supuso un aumento de la influencia de Constantinopla—, junto con el incremento del personal militar, debió de provocar un considerable aumento del tamaño de la ciudad. Además, las normas que fomentaban que los obispos sustituyeran a los defensores de la ciudad, *defensores civitatis*, así como otras leyes dirigidas específicamente a los prelados y no a los oficiales del ejército, reforzaron la autoridad eclesiástica[17].

A pesar de la insistencia de Justiniano en que la selección de buenos gobernantes podría restablecer la administración imperial de la mejor forma posible, la Pragmática Sanción de 554 y las normas posteriores no lograron resolver el problema de fondo causado por tantos años de guerra. La peste de 542-543 también había hecho estragos entre los supervivientes. ¿Cómo iban a pagar sus impuestos los terratenientes y arrendatarios cuando la producción agrícola se había visto tan menguada que no tenían recursos básicos, cosechas, aceite o vino, que vender; cuando la vida en las ciudades se había visto perturbada por los asedios y la multitud de desplazados, y castillos, puentes y caminos habían sido destruidos para limitar los movimientos del enemigo? Durante la guerra, los soldados se habían quejado a menudo de que no se les pagaba y ahora seguían vagando por el campo en busca de sustento. No tenían dinero ni siquiera los que habían regresado a sus hogares y podían empezar a cultivar la tierra. Muchas familias de la aristocracia habían liquidado gran parte de sus fortunas durante las revueltas militares para apoyar a la población durante los asedios a las ciudades, como el largo sitio de Roma de 545-546, y se habían quedado sin reservas.

El mismo problema podía observarse en muchos centros urbanos, donde los mecanismos de recaudación de tributos de los Gobiernos municipales para sufragar las defensas locales, las necesidades militares y los gastos de la corte fueron restablecidos por la Pragmática Sanción. Tanto si Justiniano lo pretendía como si no, la

tradición conservadora mantenida por los escribas locales prolongó los métodos de resolución de litigios sobre la propiedad y el registro de las ventas y donaciones, con tan solo ligeros cambios en las fórmulas empleadas. La autoridad competente pasó a ser de carácter más local, figura que encarnó un gobernador provincial elegido por obispos y notables, y los militares que compraban tierras adquirieron un mayor protagonismo en casi todo el mundo posromano. Rávena fue una excepción, ya que se convirtió en la sede del gobernador designado por el Imperio con autoridad sobre el conjunto de Italia.

Sin embargo, la ciudad también experimentó las alteraciones y el caos propios del periodo bélico, que aparecen de forma confusa en Agnelo. Parece que el historiador copió partes de una crónica, como los casi perdidos *Anales de Rávena* (en los que se anotaba la información año por año), en la que se hablaba del duro castigo impuesto a un grupo de maniqueos, herejes para la Iglesia católica, descubierto en la ciudad. Los expulsaron y murieron en la Fossa Sconii, junto al río. Otros presagios, visiones y sucesos terroríficos, como una señal roja en el cielo el 11 de noviembre, quizá estén relacionados con el año 560, ya que la observación es inmediatamente anterior a la nota de Agnelo sobre la muerte del papa Pelagio el 3 de marzo de 561. Esta señal roja (¿una estrella o un cometa?) hizo que los raveneses pintaran marcas en sus casas para que los reconociesen cuando se produjera el Apocalipsis. Agnelo también lo asocia a una serie de visiones, tras lo cual afirma que los raveneses hicieron la guerra a los veroneses y conquistaron su ciudad el 20 de julio, seguramente en alusión al sitio de Verona por las tropas de Narsés, que acabó tomándola en 561. Otro cometa que apareció entre agosto y octubre, junto con señales rojas en el cielo y el incendio de la ciudad de Fano y del campamento de Cesena, se asocian a la muerte de Justiniano en el año 565[18].

La vida en Rávena a mediados del siglo VI

Gracias a la existencia de documentación en papiro de mediados del siglo VI en adelante, se puede observar cómo la *curia* de Rávena perpetuó el sistema de administración municipal, que al parecer duró más tiempo en Italia que en otros lugares. En el año 552 se volvió a registrar en el archivo municipal el testamento de Jorge, mercader de seda, hijo de un mercader de seda de Antioquía, que estampó su firma en alfabeto griego. En esta ocasión, el Gobierno municipal se reunió en Classe en presencia del prefecto pretoriano, Flavio Aureliano, con Bonifacio Pompulio como magistrado, Andreas Melminio, defensor de la ciudad, y Johannes el *proemptor* (representante comercial) como

testigo. Como muchos residentes en Rávena, Jorge donó todos sus bienes a la Iglesia local. En el año 564 Germana, *clarissima femina* y viuda de Colicto, redactó una carta en la que nombraba a Graciano, subdiácono de la Iglesia de Rávena, tutor de su hijo adolescente Esteban[19]. Se adjuntaba a la carta un interesante inventario de bienes, redactado por Johannes, uno de los escribanos de la ciudad (*tabellio civitatis Ravennae*), con una descripción detallada de todo el oro y la plata (en forma de monedas y objetos como cucharas de plata), el mobiliario (alfombras, cojines, ropa de cama, utensilios de cocina), las herramientas, las ropas y las joyas. Entre los bienes figuraban asimismo partes de tres casas, en Rávena, Bolonia y Cornelia, que habían sido vendidas a la muerte de Colicto. Las esclavas Guderit y Ranihilda fueron manumitidas (esta última había fallecido), y Guderit recibió un impresionante legado en forma de ropa: una túnica de seda, una camisa bordada, un abrigo de lana usado, una capa y un paño (*mappa*) por valor de una *siliqua* de plata, todo ello guardado en un arcón. El inventario de la ropa ofrece un ejemplo sorprendente de la suntuosa vestimenta de los raveneses de clase alta: una camisa de seda de color rojo y verde (por valor de tres sólidos y medio de oro), una túnica de seda verde con decoración (un sólido y medio), una túnica de seda de manga corta y unos pantalones de lino[20]. Sus vestidos de colores vivos recuerdan a los que llevaban los Reyes Magos representados en San Apolinar el Nuevo, ataviados al estilo persa, o las damas de compañía de San Vital, y la pervivencia de sedas de colores contrastados corrobora la misma impresión.

Se aceptó la solicitud de Germana y se le dio entrada en el registro municipal para garantizar que Esteban recibiera su herencia llegado el momento. Su tutor, el subdiácono Graciano, firmó con una cruz, lo que indica que era analfabeto. Entre los testigos figuraban Esteban, *vir devotus*, y el secretario del prefecto (*scriniarius gloriosae sedis*), seguramente el Panfronio que aparece con su propio nombre en varios documentos. Es evidente que la administración civil de la ciudad y la actividad del Gobierno municipal continuaron a pesar de los estragos de la guerra.

Narsés y la administración militar de Italia

Mientras los obispos y las élites locales se encargaban de la selección y el nombramiento de los gobernadores provinciales, Narsés trataba de imponer una ocupación militar efectiva mediante el envío de duques a las demás ciudades y el acuartelamiento de tropas en las fortalezas que defendían las fronteras de Italia[21]. En 553-554 la administración imperial tuvo que enfrentarse a los francos, que, con sus aliados

alamanes y hérulos, atacaron las ciudades no amuralladas del norte de Italia y asolaron el campo. Esto llevó a Narsés a Rávena, donde presumiblemente ocupó el palacio que había sido ampliado y redecorado por Teodorico y sus sucesores. Mientras se encontraba allí, el defensor godo del tesoro de Totila se desplazó a Classe para entregar las llaves de Cumas (al noroeste de Nápoles), donde almacenaban el botín acumulado. Narsés volvió luego a Roma para organizar una última campaña contra los invasores. En 555 Narsés asistió a la toma de posesión de Pelagio como papa, quien le pidió repetidamente ayuda militar. Restauró al menos un puente destruido por Totila, el *Pons Salarius*, como recuerdan dos inscripciones y un parapeto con pilastras decoradas con cruces griegas. En agradecimiento por la ayuda de los habitantes del Véneto, que le habían facilitado el paso en su insólita ruta hacia Italia, mandó construir varias iglesias en la cabecera del Adriático (en lo que mucho más tarde sería el Rivus Altus, el centro de Venecia) y en Vicenza, pero no hay constancia de que también lo ordenara en la capital imperial. En 561 la guarnición goda de Verona fue la última en capitular.

A pesar de los esfuerzos de Narsés, los estragos causados por la prolongada actividad militar hicieron que a los funcionarios imperiales les resultara dificilísimo restablecer el orden. Los recién llegados competían con las poblaciones ya asentadas en todas las regiones de Occidente que habían formado parte del Imperio romano. También África se vio amenazada por numerosas revueltas. En el año 565, Narsés tuvo que sofocar una rebelión en el norte de Italia dirigida por Sindual, un *magister militum* relacionado anteriormente con una invasión de los hérulos. ¿Se trataba de una banda de mercenarios errantes o de otro grupo de soldados licenciados sin tierras, hogares ni familias? Narsés derrotó a los rebeldes y «mandó colgar a Sindual de una horca bien alta», según Pablo el Diácono[22].

En su afán por implantar una administración firme, parece que Narsés suscitó la oposición de algunos miembros de la sociedad romana. En 568 el emperador Justino II recibió cartas en las que se denunciaba al general, a quien se acusaba de «someter a los romanos a la esclavitud», y lo llamó a Constantinopla[23]. Narsés se dirigió a Nápoles como si se dispusiera a embarcar rumbo a Oriente, pero cuando el papa Juan III se enteró insistió en que regresara a Roma. Cuando finalmente murió, a la avanzadísima edad de noventa y cinco años, quizá en 574, su cuerpo fue enviado a Constantinopla en un ataúd de plomo que enterraron en un monasterio que Narsés había fundado en Bitinia[24]. Justino II y la emperatriz Sofía participaron en las grandiosas exequias. En su entierro, como en su vida, Narsés encarnó la unidad del mundo romano, en cuyas provincias

occidentales el eunuco armenio había servido con tanta distinción, mientras preparaba su tumba en un lugar de Oriente, donde los monjes celebrarían oficios a perpetuidad por su alma. No obstante, dejó Italia en una situación muy inestable.

17
El arzobispo Maximiano, baluarte de Occidente

Al final de la guerra, Italia estaba económicamente agotada, pero también se vio envuelta en otra lucha que debilitó a todo el mundo cristiano: una larga polémica teológica que llegó a su punto álgido en 553, cuando Justiniano convocó el Quinto Concilio Universal de la Iglesia en Constantinopla. Su objetivo era conseguir la confirmación eclesiástica de la naturaleza herética de tres textos particulares de Teodoro de Mopsuestia, Teodoreto de Cirro e Ibas de Edesa (que serían luego conocidos como los Tres Capítulos[1]). Justiniano esperaba que, al señalar su peligrosa afinidad con los escritos de Nestorio, condenados en el Concilio de Éfeso del año 431, podría aclarar la forma precisa de la unión de las naturalezas humana y divina de Cristo, con el objetivo de recuperar para la ortodoxia a los cristianos que mantenían la doctrina teológica de la naturaleza únicamente divina de Cristo (*mia physis*). Además, quería imponer esta interpretación en todo el mundo romano, a pesar de sus tensiones doctrinales y regionales, para poner de manifiesto que su autoridad única era el reflejo de la fe cristiana en un solo Dios; una sola fe y un solo imperio[2].

La oposición de los occidentales a estas ideas se basaba en la firme convicción de que el papa León I había aportado la definición de las naturalezas de Cristo en su carta (*tomus*) leída en el Concilio de Calcedonia de 451. Ibas y Teodoreto también habían participado en dicho concilio sin provocar ningún comentario hostil. Los obispos de Roma, incluido el papa Vigilio (537-555), consideraban, por tanto, que todo lo que modificara las decisiones tomadas en Calcedonia era una amenaza para la verdadera fe, y que iba en contra de la autoridad papal. Esta oposición llevó a Justiniano a ordenar que Vigilio fuera escoltado desde Roma hasta Constantinopla pasando por Patras, donde Vigilio consagró a Maximiano como arzobispo de Rávena. Mientras el papa pasaba los ocho años siguientes en la capital oriental, el recién nombrado arzobispo llevó el conflicto de los Tres Capítulos a Rávena.

Tras arduas negociaciones, un trato cada vez más duro e incluso ser encarcelado en su propio palacio de Constantinopla, el papa Vigilio acabó por secundar la condena de Teodoro de Mopsuestia,

aunque preservando la integridad del Concilio de Calcedonia. Se negó, pese a todo, a participar en el Quinto Concilio Ecuménico, que se reunió en mayo de 553 bajo la presidencia del patriarca Eutiques (552-565), con representantes de los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén. Oficialmente, el patriarcado de Roma era el principal, cuyo consentimiento era indispensable para que las decisiones del concilio fueran vinculantes en toda la *oikoumene*, el mundo cristiano[3]. Aunque el Quinto Concilio se celebró sin el papa Vigilio, condenó, como se pretendía, los tres textos seleccionados por el emperador. Sin embargo, siete obispos de África y muchos de los nueve obispos de Iliria se negaron a aceptar sus decretos. Tras meses de malos tratos, Vigilio acabó aceptando el concilio, condenó a su manera los Tres Capítulos y le permitieron volver a Roma. Pero solo llegó hasta Siracusa, donde murió el 7 de junio de 555[4].

La coincidencia de una situación militar cada vez peor en Occidente, donde Narsés luchaba por someter a las fuerzas de los godos y los hérulos, y lo que resultó ser una decisión teológica impopular y finalmente divisoria, redujo en gran medida el control efectivo del territorio por parte del Imperio. Los obispos de Aquilea y de varias ciudades africanas repudiaron de inmediato el concilio de 553, lo que causó un cisma tanto con Constantinopla como con Roma. En cambio, el arzobispo Maximiano de Rávena, elegido y promovido por Justiniano, defendió el concilio con el apoyo de los mandos militares y, más tarde, del nuevo papa, Pelagio (556-561[5]). Nos da una idea del papel que desempeñó Maximiano la consagración de Vital como obispo de Milán en sustitución de Dacio, que había acompañado a Vigilio a Constantinopla y falleció allí en 552. Como Milán seguía en manos de los godos, el hombre escogido por Justiniano no pudo tomar posesión en su sede, sino que un militar imperial lo escoltó hasta Rávena, donde tuvo lugar la ceremonia y donde probablemente muriera al cabo de poco, ya que fue enterrado en la iglesia de San Vital[6].

El arzobispo Maximiano

Según Agnelo, Maximiano era un sabio y escritor que había viajado por Oriente;había visitado Alejandría, cuando Timoteo IV (517-535) era el patriarca local, y Constantinopla, donde se dio a conocer a Justiniano. Escribió las *Historias*, doce libros en un solo volumen, muy recomendadas por Agnelo, que cita un pasaje en el que se narran los disturbios que acompañaron a la elección de patriarcas rivales en la capital de Egipto y un terremoto que arrasó la ciudad de Anazarba, en Cilicia, de resultas del cual murieron al parecer treinta mil personas.

Maximiano mandó hacer nuevas copias de las dos biblias que aún estaban en uso, así como misales «para todo el ciclo del año y para todos los santos». Estudió el texto bíblico y lo modificó cuando encontró mejoras en los comentarios de san Agustín o en el texto de los Evangelios de Jerónimo. Agnelo cita el colofón de la Biblia que recoge las cautelosas enmiendas del arzobispo al texto, para que este «no sea corrompido por escribas iletrados o malévolos»[7].

Además, es muy probable que Maximiano escribiera la *Vida* de Apolinar, presuntamente contemporáneo de san Pedro y fundador y primer obispo de la comunidad cristiana de Rávena. La «invención» del santo, que se presenta como un soldado mártir del reinado de Vespasiano, quizá la promoviera Maximiano. De este modo, el arzobispo aumentaba el prestigio de la ciudad, al igual que Ambrosio había incrementado el de Milán. Cuando consagró la nueva y enorme basílica de Classe a san Apolinar, Maximiano pudo mencionar esta *Vida* como prueba de que Rávena también había sido el hogar a un gran héroe de los primeros tiempos del cristianismo[8]. En el ábside de la basílica, además, el santo local aparece claramente representado como un obispo con su palio episcopal, participando en la liturgia (figura 51). Agnelo comenta que los escritos de Maximiano habían sido llevados a Roma, pero no se conserva ninguno[9].

Maximiano visitó la capital de Oriente en el año 547 para asegurarse de que los bosques de Vistrum, en Istria, pertenecieran a perpetuidad a la Iglesia de Rávena, algo que confirmó Justiniano. En otra visita consiguió material de construcción en Constantinopla, y también intentó llevarse el cuerpo del apóstol Andrés. El emperador se lo impidió e insistió en que la reliquia debía quedarse en la Reina de las Ciudades, con el argumento de que, al igual que san Pedro y san Andrés eran hermanos, Roma y Constantinopla eran ciudades hermanas, por lo que era conveniente que en cada una de ellas hubiera uno de los apóstoles hermanos. Pese a todo, Maximiano consiguió quitarle la barba al santo y se la llevó a Rávena junto con otras reliquias obtenidas con el permiso del emperador[10]. En el siglo IX, cuando Rávena estaba firmemente bajo control romano, Agnelo escribió que, si Maximiano hubiera obtenido el cuerpo de san Andrés y lo hubiera enterrado en la ciudad, «los papas romanos no nos habrían subyugado así», dando a entender que, con una reliquia apostólica que rivalizara con san Pedro, Rávena habría podido resistir con mayor eficacia las acometidas de Roma[11].

Las relaciones aparentemente estrechas entre los dos hombres y sus encuentros «cuando tanto él como el emperador peinaban canas[12]» han llevado a algunos estudiosos a plantear que el emperador quizá recompensara a Maximiano con el trono de marfil —probablemente más para ser exhibido que para ser usado— que se conserva en la

actualidad en el Museo Arzobispal de Rávena (figura 36). En el frente, el monograma de Maximiano está centrado sobre una hilera de cinco grandes placas rectangulares que representan a san Juan Bautista flanqueado por los cuatro evangelistas con sus Evangelios. En las volutas decorativas situadas encima y debajo de estas figuras, animales y aves acompañan a dos pavos reales, y dos leones y otras bestias salvajes retozan entre las flores y las hojas. Aunque se han perdido doce de las placas originales, treinta y dos, de diferentes tamaños pero todas de colmillo de elefante, se utilizan para formar los laterales y el respaldo del trono, tallados con escenas del Antiguo y el Nuevo Testamento (muchas de ellas de la vida de José, que prefigura la de Cristo).

Sabemos que Alejandría era el centro de producción de este tipo de obras, y tenemos constancia del obsequio de tronos parecidos; se dice, por ejemplo, que Cirilo de Alejandría regaló varios para ganarse favores ajenos después del Concilio de Éfeso[13]. Si Justiniano mandó hacer este trono excepcionalmente caro y símbolo de un alto estatus para Maximiano, quizá también sufragara parte de las construcciones que el arzobispo emprendió tanto en Rávena como en Pola. En el libro de Procopio sobre el enorme programa de construcción del emperador (*Los edificios*) se habla de numerosas iglesias dedicadas a la Virgen, la Madre de Dios, y a otros santos en lugares muy lejanos del Imperio, desde el Sinaí en Egipto hasta Jerusalén, pasando por Justiniana Prima, en el norte de los Balcanes. También se gastaron sumas enormes en edificios civiles: fortalezas, puentes, hospicios para enfermos, ancianos, viudas y huérfanos, y albergues situados a lo largo de las principales carreteras donde podían pasar la noche los carteros imperiales, los comerciantes y otros viajeros[14]. Pero la descripción de Procopio no incluye las regiones occidentales. El trono podría haber sido un obsequio en agradecimiento al apoyo de Maximiano a la teología imperial.

Sin embargo, las inscripciones que se conservan dejan claro que Maximiano colaboraba con el banquero Juliano y con un pariente de este, Bacauda. Ambos ayudaron a pagar la construcción de las iglesias más famosas de la ciudad, San Vital y San Apolinar en Classe, y otra dedicada al arcángel Miguel *ad Frigiselo* (la actual San Miguel en Africisco, que se conserva solo en parte). Gracias a Agnelo, conocemos el texto del nártex de San Vital en el que se menciona a Juliano como constructor, la fecha de la consagración de la iglesia por Maximiano (19 de abril de 547) y la atribución de la iniciativa original al obispo Eclesio. Sobre los paneles imperiales, Agnelo se limita a señalar que «las efigies del mismo Maximiano y del emperador y la emperatriz están magníficamente reproducidas en mosaico»[15]. También cita otras inscripciones de San Apolinar, consagrada por Maximiano el 9

de mayo de 549, y de San Miguel[16]. En ninguna de las tres iglesias relacionadas con Juliano se menciona una contribución imperial, como la que consta en las inscripciones del Sinaí o de Jerusalén, por ejemplo.

Además de completar las iglesias ya parcialmente construidas, Maximiano edificó una iglesia nueva dedicada a san Esteban, el primer mártir y diácono cristiano, no lejos de la Puerta Ovilia. El arzobispo depositó en ella reliquias de numerosos santos y colocó su propia imagen en la bóveda del ábside, «un mosaico multicolor rodeado de maravillosas vidrieras» con una inscripción dedicatoria que fechaba su consagración el 11 de diciembre de 550. Añadió capillas laterales, *monasteria*, con «nuevos mosaicos de oro y piedras varias fijadas sobre yeso» y su propio nombre grabado en los capiteles de las columnas[17]. Otras obras atribuidas a Maximiano son la iglesia de Santa María en Formosa de Pola (figura 45), con su rectoría correspondiente, la finalización de la capilla de Tricollis, donde se le representó con sus predecesores, y la iglesia de San Probo, donde Maximiano mandó embalsamar el cuerpo del santo con sustancias aromáticas y decoró la fachada con mosaicos de los santos Probo, Eleucadio y Calocero[18]. También sustituyó las antiguas columnas de madera de la iglesia de San Andrés, no lejos de la catedral Ursiana, por otras nuevas de mármol de Proconeso.

Conforme a las tradiciones episcopales, Maximiano puso su imagen en muchos de los objetos litúrgicos que encargó, como dos vasos especiales para el crisma (aceite consagrado), uno de ellos identificado gracias a una inscripción con su nombre, que aún se conservaba en tiempos de Agnelo. Donó cuatro paños de altar, uno de ellos de lino fino con toda la historia del Salvador bordada, que se utilizaba en la catedral Ursiana el día de la Epifanía. Agnelo dice que tenía bordadas imágenes sin parangón, muy realistas, de Maximiano y sus predecesores, así como de bestias y aves[19]. En otro paño de altar estaban representados todos los antecesores de Maximiano en hilo de oro, y al menos uno de los dos últimos paños estaba decorado con perlas y tenía inscripciones bíblicas entretejidas. El arzobispo encargó asimismo una pesadísima cruz de oro decorada con gemas para guardar un fragmento de la Vera Cruz, una de las muchas reliquias de las que hizo acopio[20].

Maximiano también tuvo que ver con la construcción de un edificio civil, el cuartel de un regimiento llamado *Bandus Primus* («Primera Bandera» o «Primer Estandarte»), en cuyas baldosas se estampó la leyenda «Maximiano, obispo de Rávena». No estaba lejos del Miliario de Oro y debieron de construirlo en tiempos del arzobispo, cuando no a instancias de él mismo[21]. Es un testimonio del orgullo que sentían los gobernantes y mecenas por la producción

de material de construcción en Rávena. Este regimiento, *numerus*, era uno de los varios cuerpos militares adscritos a la ciudad que actuaban como guardias y que se identificaban por sus estandartes y banderas distintivas. A principios del siglo VIII había doce cohortes con nombres parecidos: Primer Estandarte, Segundo Estandarte, Nuevo Estandarte, etcétera[22].

Agnelo concluye su relato de la vida de Maximiano con una fascinante narración del traslado de los huesos desde su tumba junto al altar de la iglesia de San Andrés a una posición más elevada en el centro de dicho templo. Este segundo entierro tuvo lugar en la época del arzobispo Petronax, en torno al año 833. Agnelo supervisó la apertura del sarcófago, que estaba lleno de agua, y la extracción de la osamenta, que fue colocada sobre el altar en un sudario que Petronax selló con su anillo. Los huesos, que estaban completos «menos un diente del lado derecho», fueron lavados en vino selecto, embalsamados con especias y colocados de nuevo en el sarcófago con la debida ceremonia. Agnelo también midió toda el agua que se extrajo de la tumba en pequeñas vasijas de bronce; llenó 115 de estos *siculi*, como se los conocía vulgarmente, de agua bendecida por el contacto con los huesos. Señala que el incidente provocó temor y agitación «como si el propio beato Maximiano estuviera a nuestra vista», quizá por haber perturbado su reposo[23]. El primer arzobispo de la ciudad seguía siendo, sin duda, una presencia importante en la Rávena del siglo IX; constructor prolífico, erudito y escritor que dominó su comunidad durante once años hasta su muerte en 557, había visitado Constantinopla varias veces y hablado con el propio Justiniano.

Maximiano también defendió las decisiones del Quinto Concilio Ecuménico, en contra de la persistente oposición de los obispos de Iliria y África que habían asistido a él y lo habían denunciado. Estos, a su vez, inspiraron a los líderes eclesiásticos del norte de Italia, especialmente a los de Milán y Aquilea, que dejaron de mencionar al emperador y al patriarca de Constantinopla en sus oraciones diarias. Al papa Pelagio le horrorizó este rechazo, que los dejaba al margen de la Iglesia, y los consideró «cismáticos, que promueven la sedición en la Iglesia»[24]. Criticó sobre todo a Paulino (o Paulo), patriarca de Aquilea, que se propuso crear una Iglesia independiente en el norte del Adriático. En el año 559, la disputa sobre los textos teológicos adquirió tintes más políticos cuando el papa exigió al patricio Valerio que detuviera a Paulino y lo enviara a Constantinopla para que lo juzgaran. También pidió al arzobispo Agnelo de Rávena (557-565) que escogiera y consagrara a un sustituto de su confianza como pastor de los aquileos disidentes[25]. Aunque el papa había acusado a algunos de sus oponentes de delitos muy graves (de asesinato en el caso de

Eufrasio, que quizá fuera el obispo de Parentium), ningún funcionario imperial adoptó medidas contra ellos hasta el año 566, cuando Narsés detuvo al obispo de Altinum. La oposición al Concilio se endureció al convertirse en una seña de identidad local que fracturó la unidad eclesiástica sin resolver ninguna discrepancia teológica.

En la cabecera del Adriático, en Venecia e Istria, esta resistencia tenaz prolongó el cisma durante muchos años, lo que debilitó la presencia cristiana en regiones que ya llevaban muchos años sometidas a la violencia militar. A pesar de los esfuerzos por encontrar una solución que reuniera a todos los obispos cristianos en una definición común de la fe, varias regiones del norte de Italia y de África mantuvieron su oposición frontal. Mientras la capital del Imperio en Occidente se beneficiaba de la presencia de los líderes militares, en Roma el papa se quejaba repetidamente de la falta de apoyo para imponer la teología correcta. En vista de las turbulencias que reinaban en Italia, un pueblo hostil instalado en Panonia (más allá de la frontera nordeste del Danubio), los longobardos, decidió en 568 llevar a cabo una invasión, un acto de guerra que tendría consecuencias trascendentales para Rávena.

18
El arzobispo Agnelo y la incautación de las iglesias arrianas

Tras la muerte de Maximiano en 557, el clero de Rávena eligió como arzobispo a un sacerdote autóctono, Agnelo. A diferencia de la mayoría de los líderes eclesiásticos, este Agnelo, que procedía de una familia rica de la aristocracia terrateniente, había seguido la carrera militar, se había casado y tenía una hija. Tras la defunción de su esposa, decidió dedicarse a Dios, fue ordenado diácono por el obispo Eclesio en 520 y ejerció como sacerdote de la iglesia de la mártir Ágata. Vivía en una casa anexa al edificio, que se conservó hasta el siglo IX[1]. Así, Agnelo había vivido el reinado de Teodorico, el largo periodo de las guerras góticas y la llegada de las tropas imperiales al mando de Belisario en el año 540. Cuando Justiniano ordenó que todas las propiedades de la Iglesia arriana pasaran a manos de la católica, él estaba al frente de la archidiócesis de Rávena.

El precedente de esta erradicación del culto arriano era el edicto de 535 dirigido a las diócesis del norte de África, que insistía en que todas las propiedades que los arrianos hubieran confiscado durante el periodo de dominación de los vándalos tenían que devolverse a los ortodoxos, es decir, a la Iglesia católica. Y a los arrianos, donatistas, judíos y paganos que quedaban, ahora tachados de herejes, no se les permitía ocupar cargos públicos ni celebrar sus ceremonias religiosas[2]. A pesar de la persistencia del arrianismo, parece que la jerarquía eclesiástica vándala del norte de África se desintegró junto con el reino de Gelimer, por lo que la Iglesia católica pudo recuperar la hegemonía. Cuando Justiniano se planteó el modo de restablecer la teología imperial en las zonas de Italia conquistadas, contaba con un modelo que poco antes había funcionado. Aun así, la Iglesia arriana de Italia había recibido sus recursos directamente de los godos, que no se habían apoderado de las iglesias católicas, a diferencia de los vándalos. Sin embargo, entre 557 y 565, el emperador envió la orden de transferir todas las propiedades eclesiásticas arrianas a las diócesis católicas de Italia.

Como buen cronista, el historiador Agnelo cita esta carta imperial conservada en el archivo de la ciudad, en la que se elogia a «la santa

madre Iglesia de Rávena, verdadera madre, verdaderamente ortodoxa»[3]. Como era preceptivo, elarzobispo Agnelo supervisó el proceso en el que nueve iglesias de los arrianos —cuatro situadas fuera de la ciudad (San Eusebio, San Jorge, San Sergio en Classe y San Zenón en Cesarea) y cinco dentro, entre ellas la catedral y el baptisterio— fueron consagradas al culto católico[4]. Aunque el proceso se denominara «reconciliación», probablemente con la esperanza de reconciliar a los cristianos godos arrianos con la doctrina católica de la mayoría, en la práctica se asimiló a los arrianos por medios no violentos: la confiscación de sus iglesias y propiedades, y la promulgación de leyes que les negaban el derecho a hacer testamento y, por tanto, a legar su patrimonio a sus hijos.

San Apolinar el nuevo

En la iglesia áurea de Cristo Salvador de Teodorico, la conversión forzosa se refleja en los importantes cambios realizados en el mosaico del palacio, que eliminaron las imágenes del rey[5]. Todos los cortesanos fueron sustituidos por cortinas insertadas entre las columnas, aunque se mantuvieron algunas manos extendidas (figura 12). En el lado opuesto de la nave, en el puerto de Classe, se dejaron los pies de cuatro personajes situados frente al puerto, aunque también estos vestigios fueron eliminados en época reciente (figura 13)[6]. La modificación más grave es la sustitución de Teodorico y su esposa, Audofleda, en sus posiciones destacadas, cada uno de ellos al frente de una procesión de santos. San Martín de Tours, a quien se rededicó la iglesia, pasó a encabezar la procesión masculina, mientras que a santa Eufemia se la puso a la cabeza de la femenina.

La elección de san Martín, héroe de los cristianos en la oposición al arrianismo, era otro símbolo de la hegemonía de la fe mayoritaria[7]. El protagonismo de santa Eufemia se debe a su relación con el Concilio de Calcedonia, que se celebró en la iglesia que lleva su nombre en el año 451. Entre las veintiuna mártires que la siguen,Ágata, Inés, Cecilia, Valeria, Vicenta, Perpetua y Felicidad, Lucía, Daría y Eugenia tenían culto en Rávena; las demás, Pelagia, Crispina, Eulalia, Justina, Anastasia, Emerenciana, Paulina, Victoria, Anatolia, Cristina y Sabina, no tenían ninguna relación concreta con la ciudad. La importancia dada a las santas y mártires es visible en otros monumentos del siglo VI de Roma y Parentium, en la costa oriental del Adriático, cerca de Pola, donde Eufemia encabeza de nuevo un grupo de seis santas[8]. De todos modos, aunque la presencia de tantas santas en San Apolinar no sea excepcional, la igualdad de las dos procesiones, la masculina y la femenina, que avanzan en dirección

este, es de lo más insólito.

Además, gran parte del muro norte de la iglesia sufrió daños, lo que obligó a restaurar algunas figuras de mosaico en el siglo XIX. Para recrear a los Reyes Magos, los restauradores contaron con la ayuda del historiador Agnelo, que ofrece una fascinante descripción de sus trajes. El color de sus ropas está relacionado con sus regalos, cada uno de ellos muy simbólico. Así, Gaspar ofrece oro y viste un traje rojizo que simboliza el matrimonio; Baltasar lleva incienso y va vestido de amarillo, símbolo de la virginidad, mientras que Melchor, que trae mirra, lleva un traje multicolor alusivo a la penitencia. Los regalos también poseen una importante carga simbólica, por supuesto: el oro representa la riqueza regia; el incienso, el sacerdocio (o Dios), y la mirra, la muerte. Y todos ellos son símbolos de Cristo. Para Agnelo, el número de reyes magos es fundamental, ya que representa la Trinidad de Dios Padre, el Hijo y el Espíritu Santo[9]. Hoy en día, a los visitantes de la iglesia les puede sorprender más el curioso aspecto de los pantalones que llevan los Reyes Magos. Estas elegantes prendas con rayas y lunares son, de hecho, los únicos fragmentos originales del mosaico, y se parecen mucho a los pantalones de los Reyes de la iglesia de Santa María la Mayor de Roma, de mediados del siglo V. En ella están representados con atuendos «orientales» de colores llamativos, gorros frigios incluidos, lo que dio pie a una tradición que se reprodujo en Rávena.

El arzobispo Agnelo también encargó un mosaico en el que aparecía junto al emperador Justiniano, seguramente imitando el panel imperial de San Vital, o en sustitución de una imagen anterior de Teodorico con su obispo arriano. Conmemoró así su papel en la reconversión de las iglesias y baptisterios arrianos al culto católico, y puede que de este mosaico se conserve el fragmento correspondiente al retrato del emperador, que actualmente está montado en la pared oeste de la iglesia de San Apolinar el Nuevo, con la leyenda IUSTINIANO. Fue restaurado en el siglo XIX, cuando se le añadió la inscripción. Pero en el retrato de San Apolinar lo vemos mucho más corpulento que en el de San Vital, con una mandíbula prominente y un brazo enorme y mal resuelto, y es cualquier cosa menos imponente. Algunos historiadores aventuran la hipótesis de que sea Teodorico, el fundador de la iglesia, y no Justiniano, pero es muy improbable que el retrato del rey arriano sobreviviera a la «reconciliación». La imagen tampoco se parece al retrato de Teodorico que se conserva en el medallón de Senigallia, en el que el rey lleva el pelo largo y el bigote recortado típicamente godos (figura 16)[10].

Las comunidades godas que rendían culto en estas iglesias están muy presentes en los papiros del archivo municipal, como por ejemplo en un documento del año 553 que recoge la donación de plata, tierras,

joyas y ropa por parte de Ranilo y su marido, Felithanc (nombres que no parecen tener nada de romanos), a la iglesia de Rávena. Ranilo había heredado este patrimonio de su padre, Aderit, y deseaba compartir su fortuna con su hermanastro Ademunt, también llamado Andrés, hijo ilegítimo de Aderit. En la donación se incluyen cincuenta libras de plata y una renta de cien sólidos, además de propiedades en Formidiana, Urbino, Lucca y otros lugares (algunos, bastante alejados de Rávena). Tras dejar constancia del caos de la guerra, Ranilo insiste en que los procuradores de la ciudad tienen que encontrar y traer de vuelta a todos los esclavos que se le habían escapado «en estos tiempos bárbaros»; sin embargo, el documento da a entender que, en el caso concreto de esta familia goda, habían podido superar el periodo bélico a pesar de la huida de los esclavos y de los braceros[11].

Ello también es una prueba de la devoción de esta familia a la Iglesia católica y no a la comunidad goda de la ciudad: Ranilo había abandonado la fe arriana y ya no apoyaba al clero godo, tan perjudicado por la reconquista imperial, y su hermanastro Ademunt había adoptado un nombre más romano, Andrés. El cambio de nombre es algo que se repite a menudo entre los godos que se convierten a la fe cristiana dominante[12]. Anteriormente, el noble godo Gudila había abandonado el arrianismo y donado propiedades a una iglesia católica. En su batalla jurídica para garantizar que el legado llegara a su destinatario, intervinieron Belisario y el papa Vigilio, así como un obispo godo, *episcopus Gothorum*, en Roma[13]. Los esclavos también se mencionan en otro papiro, probablemente de mediados del siglo VI, en el contexto más común de su liberación por parte de Laurentia, la madre de Adauctus, que estipula en su testamento conjunto que Bilesarius y su esposa, Sifilo, sean manumitidos[14].

Santa Anastasia

Incluso antes de la decisión oficial de eliminar el arrianismo, algunos godos habían recibido presiones, como se desprende de un documento de 551 que alude al clero de Santa Anastasia, una de las principales iglesias godas. La venta de sus terrenos pantanosos a un católico, Petrus, *defensor ecclesiae*, por 180 sólidos, apunta a la existencia de problemas económicos. Actúan de testigos de la venta diecinueve clérigos godos, de los cuales los cuatro de mayor rango firman en godo, otros seis en latín y el resto, con cruces. Las fórmulas utilizadas por los godos que suscriben el documento —un *papa* («sacerdote»), dos *daikon* («diáconos») y un *bokareis* (*spodeus*, «escriba»)— parecen seguir una fórmula habitual con la expresión «con el diácono en representación de todos» (textualmente, *diakuna alamoda*). En cambio,

los testigos latinos formulan sus propias declaraciones, aunque se identifiquen como clérigos de la iglesia de la ley de los godos, y todo el texto está en latín[15]. Se menciona a dos sacerdotes (presbíteros), un diácono y un subdiácono, tres *clerici*, seis *spodei*, cinco *ostiarii* (porteros) y un *defensor*. El godo se emplea también en una venta del año 538, en la que participan dos diáconos godos diferentes; Gudilibus identifica al comprador, Alamud, en godo (*dkn Alamoda*) y traduce el nombre de la finca que vendió como *Hugsis Kaballarja*[16]. Se trata de los clérigos arrianos que fueron expropiados por el arzobispo Agnelo cuando todos sus bienes pasaron a la Iglesia católica.

En 527 Justiniano había prohibido a los maniqueos y a todos los herejes «que no siguen nuestra iglesia universal y ortodoxa y nuestra sagrada fe» hacer testamento. En la novela 37 del año 535, dirigida al Gobierno del norte de África, esta prohibición se hizo extensiva a todos los impíos (arrianos, donatistas, judíos y paganos). Así, los godos que se aferraban a sus creencias tradicionales arrianas no podían transmitir sus bienes a sus herederos[17]. Al cabo de cinco años, en 540, la reconquista de Rávena proporcionó un apoyo mucho mayor del Gobierno imperial a la población católica de la ciudad, y en la década de 560 las iglesias arrianas acabaron pasando a manos de los católicos. A los godos les resultó muy difícil mantener su fe arriana una vez que las leyes de Justiniano les privaron de sus lugares de culto y de todas las tierras y siervos vinculados a dichas iglesias. Es posible que algunos encontraran refugio en otras ciudades que permanecieron en manos de los godos, donde se mantenía el arrianismo —como Milán—, o en el seno de otros grupos, como algunos longobardos, que eran también arrianos. Pero los godos de la Italia de mediados del siglo VI se vieron cada vez más obligados a abandonar su fe tradicional, un proceso acelerado por la *reconciliatio* de Justiniano. Al igual que Enrique IV de Francia diez siglos después, puede que creyeran que Rávena bien merecía una misa.

Incluso antes del cambio fundamental de la conversión, muchos godos adoptaron al parecer nombres latinos, a veces empleados junto con sus nombres godos originales, como hemos visto. Encontramos nombres dobles, por ejemplo, en dos de los clérigos godos adscritos a Santa Anastasia: Igila, que firmó el documento de 551 como Danihel, y Willienant, también conocido como Minnulus; o Gundegerga, *spectabilis*, que también se llamaba Nonnica (en Módena en 570). Y los nombres godos siguieron utilizándose. A principios del siglo VII, Wililiwa se identifica como goda, *gutae*, y el papa Pelagio II (579-590) era hijo de Unigildo. En 754 Uviliaris, arcediano del clero católico de Rávena, seguía utilizando su nombre godo[18].

En estos documentos, escritos en papiro, la población mixta de la ciudad cobra vida cuando colegas y amigos actúan juntos para

salvaguardar su patrimonio más allá de su muerte. Ya sean de origen godo, mediterráneo oriental o sirio, o italorromanos autóctonos, todos recurren a los procedimientos jurídicos supervisados por el Gobierno municipal, que por lo visto continuó en activo hasta el siglo VII. En 572 Bonus el pantalonero, *bracarius*, y su esposa, Martiria, cedieron la mitad de sus fincas (tanto urbanas como rústicas) a la Iglesia de Rávena, y el texto fue redactado por Gunderit, un funcionario municipal de nombre claramente germánico. En el año 600, la goda Sisivera, *honesta femina*, liberta de Theudifara, donó tierras ubicadas en Rímini a la Iglesia de Rávena, acto del que fueron testigos numerosos hombres, entre ellos Adquisitus, *vir clarissimus*, *optio* del *numerus Mediolenenses*; Jannes, *negotiator* («comerciante») sirio, que firma con letras griegas, *souros nagouzatro*; Juvinus, *vir honestus* y *horrearius*, encargado de los pósitos, y Julinus, que había servido al marido de Theudifara, Marcator. En torno a 625 un subdiácono, Diosdado, y su esposa, Melisa, hicieron donación de propiedades, pero no de sus esclavos. En el documento se mencionan algunas de ellas: una finca (*fundum*) llamada Carpinianum, un molino, dos albergues (*hospitia*) y un huerto[19].

Otro ejemplo de la riqueza de la archidiócesis de Rávena lo encontramos en un papiro fragmentario de la misma época, en el que se enumeran algunas de las propiedades (*coloniae*) de la Iglesia y los impuestos a los que estaban sujetas en *tremisses* y *siliquas* de oro. Se menciona a Víctor, un sacerdote (*presbyterus*), que poseía dos lagunas (*palude*) llamadas Micawi y Pampiliana, que seguramente se incluyen en el documento porque daban pescado. También se habla de contribuciones en especie (*voluntarius munus*): gallinas, huevos, gansos, una libra de miel y cien libras de leche (¿queso?)[20]. Es imposible calcular las sumas totales, pero es evidente que los notarios de Rávena llevaban una contabilidad minuciosa y que los administradores esperaban que se cumpliera con los pagos.

Las tierras donadas y registradas en el archivo municipal procedían de una extensa región que abarcaba desde Salona, al otro lado del Adriático, hasta Lucca, en la costa occidental de Italia. La mayor parte de los documentos se refieren a propiedades de la Iglesia de Rávena y a la forma en que fueron adquiridas, lo que indica una devoción a la Iglesia compartida por todos los grupos que vivían en la región. La Iglesia también nombraba funcionarios para que inspeccionaran sus propiedades y se aseguraran de que se pagaban los impuestos y se recaudaban las contribuciones en especie. A medida que la fuerza de la administración imperial se fue haciendo patente, muchas familias godas se vieron en la necesidad de adoptar la fe católica y abandonar sus tradiciones ancestrales y su lengua materna. Sin embargo, el godo influyó en el latín altomedieval que evolucionaba lentamente en Italia.

Dejó huellas de la integración forzosa que Constantinopla exigió y el arzobispo Agnelo ejecutó.

Agnelo, mecenas de las artes

Siguiendo el ejemplo de su predecesor Maximiano, el arzobispo Agnelo puso su nombre y su retrato en monumentos, como una gran cruz de plata y un fino paño de lino para el altar que Maximiano había encargado pero no completado. También dejó constancia de su mecenazgo en una capilla dedicada a san Jorge que se construyó en una finca llamada Argentea, que Agnelo adquirió para la archidiócesis de Rávena (y que seguramente había pertenecido a un godo[21]). Según escribe el historiador Agnelo dos siglos más tarde, en la capilla había una maravillosa imagen del arzobispo, cuyo patrocinio se explicitaba en unos versos colocados en la entrada de la capilla, aunque el historiador no los reproduce. Sí que leyó y copió, en cambio, otra dedicatoria, la de las capillas de los santos Mateo y Santiago adosadas a los lados del baptisterio de la basílica Petriana de Classe, que puede aludir al papel del arzobispo Agnelo en la decoración.

> Este ábside fue decorado con mosaico gracias a los dones de Dios y de sus siervos, que los ofrecieron para honra y adorno de los santos apóstoles, y la parte restante fue decorada gracias al conjunto de los siervos que se habían perdido y fueron encontrados con la ayuda de Dios[22].

Es probable que los siervos perdidos y encontrados sean los sacerdotes o presbíteros arrianos de los godos, que se habían convertido a la fe mayoritaria.

Cuando el arzobispo Agnelo murió a la avanzada edad de ochenta y tres años, según consta en su tumba de mármol de la iglesia de Santa Águeda, legó todos sus bienes a su nieta, la hija de su hija, «cinco vasos de plata de adorno para la mesa y muchas otras cosas»[23]. En lugar de detallar la herencia, el historiador Agnelo recuerda a continuación que los hombres casados pueden ser obispos si se cumplen ciertas condiciones, y evita hablar de las mujeres, aunque promete volver a tratar el tema. Quizá le pareciera mal que el patrimonio familiar del arzobispo pasara a manos de una pariente femenina en lugar de engrosar las arcas de la archidiócesis. Fuera cual fuese el motivo, el historiador Agnelo considera necesario explicar que el vigésimo séptimo líder de la Iglesia de Rávena no siguió una carrera clerical típica, aunque supervisara uno de los cambios más importantes que se produjeron en la archidiócesis, que le reportó

grandes beneficios. Incluso después de su muerte, la labor del arzobispo Agnelo continuó con la transferencia de propiedades e impuestos a la Iglesia católica, como se desprende del protocolo relativo a la transmisión de propiedades e impuestos a la Iglesia realizado por Adon, Eventius y Honorius. *In scrinio suburbicario et canonum*, declaran lo que han hecho en cumplimiento de las órdenes del difunto arzobispo[24].

Rávena como centro de cultura

Mientras Agnelo era arzobispo de Rávena, probablemente entre los años 557 y 565, un joven del Véneto, Venancio Fortunato, llegó a la ciudad, donde se formó en literatura latina clásica estudiando a Virgilio, Ovidio, Horacio, Estacio y Marcial. También dominó a los autores cristianos, como Arator, Claudiano y Sedulio, y es posible que tuviera contacto con el arzobispo Maximiano, un erudito intelectual, y con su sucesor Agnelo. Hacia 566 Venancio se había trasladado a la corte merovingia de Metz, a tiempo de componer un epitalamio adecuado para el rey Sigiberto[25]. «Adquirió fluidez poética en las escuelas de Rávena», como ponen de manifiesto sus himnos, epitafios, panegíricos reales, versos hagiográficos y poemas para todo tipo de conmemoraciones. En un banquete, su declamación añadía «una ostentosa exhibición de sapiencia literaria que complementaba el mensaje […] y las impresiones causadas por la vajilla, los sirvientes y el marco arquitectónico»[26]. Como Venancio demuestra cierto conocimiento de la lengua griega y de los textos jurídicos y filosóficos, parece que Rávena le proporcionó una educación laica mucho más amplia de lo habitual en Occidente a mediados del siglo VI. Venancio y su amigo Félix, futuro obispo de Treviso, visitaron también la iglesia ravenesa de los Santos Juan y Pablo, donde el poeta fue curado de la ceguera por una imagen de san Martín, lo que dio lugar a su dedicación al santo.

Aunque Venancio no dice nada de sus maestros, en Rávena había muchas personas cultas, entre ellas Teodosio, *magister litterarum*, que fue testigo de un testamento en el año 575 y que bien podría haberle formado[27]. Entre los funcionarios civiles de la oficina del prefecto pretoriano, Estéfano era el *scriniarius* (secretario); Eugenio, *palatinus*, era hijo de un médico griego, Leoncio, y Apolenaris, hijo de Florentino, *pater pistorum*, jefe del gremio de panaderos, se convirtió en *cancellarius*, «canciller», del prefecto Longino[28]. Un número considerable de secretarios, *tabellioni*, y escribas, como Gunderit, *exceptor* de la *curia* de Rávena, se ocupaban de todos los documentos jurídicos y registraban las numerosas donaciones a la Iglesia de la

ciudad[29]. Incluso un administrador relativamente modesto necesitaba cierta formación y conocimientos de contabilidad, por lo que debía de haber maestros y escuelas donde formar a los burócratas. Desde lo que él califica de exilio norteño en un clima frío, Venancio recordaba que «sorbiendo unas gotitas del agua de la gramática, echando un traguito del arroyo de la retórica, apenas he conseguido aguzar mi oxidado ingenio con la piedra de afilar del derecho». Echaba de menos «su querida [*cara*] Rávena», donde sus maestros tenían la capacidad no solo de formar a un joven como Venancio en el *trivium* básico —gramática, retórica y lógica—, sino también de darle un conocimiento serio de los diferentes metros y estilos poéticos.

A través de la carrera de Venancio podemos vislumbrar el papel fundamental que desempeñaría Rávena en el desarrollo de Occidente durante los siglos VII y VIII. Como brazo italiano del Gobierno imperial de Constantinopla, la ciudad constituía la bisagra entre Oriente y Occidente y podía transmitir influencia en ambos sentidos. Era el puerto por el que pasaban muchos embajadores, mandos militares y comerciantes, el enlace entre el norte de Italia, la Europa transalpina y la capital bizantina en el Mediterráneo oriental. Así pues, el Adriático se convirtió en una vía fluvial más transitada, y los puertos de la orilla oriental, en Istria, Croacia y Dalmacia, se desarrollaron en relación con la ruta occidental, que iba desde Rávena hasta Sicilia y más allá. Aunque dicha isla conservó su propia administración independiente y otros puertos crecieron hasta competir con Rávena, a partir del año 554 la ciudad obtuvo una nueva infusión de contactos internacionales, que se consolidaron con la creación del exarcado.

La etapa final de la conquista de Rávena por parte de Constantinopla estuvo marcada por la imposición de la fe cristiana tal como la definía el Imperio, que puso fin a la dominación goda de la ciudad. Rávena había sido espléndidamente decorada, elevada al más alto rango y vigorizada por la influencia bizantina. Este momento, entre 557 y 565, cuando falleció el emperador Justiniano, marca el inicio de casi doscientos años de dominio desde Oriente, una nueva etapa en la vida de la ciudad y del nordeste de Italia que influyó profundamente en Venancio. En las escuelas de Rávena, Venancio adquirió conocimientos que iban desapareciendo cada vez más deprisa al norte de los Alpes y que reforzaron el poder de una serie de monarcas francos en Metz y de la famosa reina Radegunda, fundadora del monasterio de la Santa Cruz, cerca de Poitiers. Recordando los monumentos que había contemplado en la capital imperial de Italia, Venancio recurrió a la cultura mediterránea de la cristiandad primitiva para alabar a sus nuevos mecenas.

Resplandece allí un hermoso templo, de imponente altura,

dedicado a Dios en nombre de san Martín,
cuya fe tan refulgente alumbra, por la virtud de su vida,
que concede al pueblo todo lo que ruegan sus oraciones pías
Lo erigió Fausto, prelado de corazón devoto,
que así devuelve los felices dones que recibió del Señor[30].

Quinta parte

568-643
El rey Alboíno y la conquista longobarda

19
Alboíno invade Italia

En la primavera de 568, una horda de guerreros, identificados por sus largas barbas (*longobardi*), cruzó los Alpes Julianos y se apoderó de Forum Iulii (Cividale, en el Friul), en el nordeste de Italia. El rey Alboíno y algunos de sus guerreros conocían el territorio porque habían luchado como tropas auxiliares a las órdenes de Narsés en la campaña final de la guerra gótica de 552. El general les había pagado bien y luego los había escoltado en su viaje de vuelta al territorio donde vivían, en Panonia, junto a la frontera septentrional. Un grupo de estos «barbas largas», o longobardos, se reenganchó al servicio del Imperio y luchó en el frente persa, donde los longobardos pudieron comprobar cómo se gobernaba el Imperio de Oriente. En el año 568, el éxito inicial de la invasión de Italia por los longobardos marcó el comienzo de otra fase en la colonización de la península, en la que un nuevo grupo de forasteros pretendía apoderarse del territorio[1]. Los longobardos dejaron una huella permanente en las regiones de Italia aún conocidas como Lombardía y Langobardia.

Por aquel entonces, los asentamientos longobardos de Panonia sufrían el hostigamiento de los ávaros, un pueblo enemigo que habitaba en la región central de lo que hoy es Hungría, lo que les proporcionaba un buen motivo para trasladarse más al sur, a las ricas y fértiles tierras de Italia[2]. Tras la derrota final de los godos en 552, las fuerzas imperiales no habían tomado las medidas necesarias para garantizar la seguridad de la población local, pese a las prolongadas campañas militares de Narsés contra los enemigos alamanes y francos. En el año 568, cuando el anciano general debía de contar más de ochenta, el nuevo emperador, Justino II, decidió sustituirlo por un hombre más joven, Longino. La coincidencia de las primeras referencias a la invasión de Italia por parte de los longobardos precisamente aquel año dio pie a la absurda idea de que Narsés los había «invitado» a invadir la península, una afirmación que se encuentra en la vida del papa Juan III (561-574) en el *Libro de los pontífices de Roma*[3]. Es posible que el pasaje que prolonga la leyenda de la «traición al imperio» de Narsés sea un añadido posterior y, por tanto, una falsificación, que probablemente refleja los prejuicios

locales contra el eunuco armenio que desempeñó un papel tan importante en el restablecimiento del dominio imperial de Italia[4]. La acusación carecía de fundamento y Narsés se quedó en Roma hasta su muerte, en torno al año 574.

Los planes de Constantinopla para una administración imperial directa de Italia apenas se habían esbozado y seguían sin materializarse cuando la aparición de un nuevo y poderoso grupo de forasteros fue un golpe casi mortal para su puesta en marcha. Había que expulsar a los longobardos o pactar con ellos. Pero es posible que Justino II no fuera consciente del peligro, ya que no le causó tanta inquietud como las hostilidades en otras fronteras del Imperio. En la segunda mitad del siglo VI, cuando el Imperio estaba mal defendido en tantas regiones —Hispania, África, Italia y Dalmacia en el oeste, los Balcanes en el norte y la larga frontera oriental con Persia—, muchos de sus vecinos, como las tribus eslavas, se dieron cuenta de su debilidad y lo atacaron. La invasión de los longobardos fue una de las muchas que se produjeron a lo largo de varias fronteras separadas por enormes distancias, en combinaciones que redujeron enormemente la capacidad de respuesta del Imperio.

Al igual que Teodorico, el rey Alboíno guio a su pueblo a través de los Alpes, llevando consigo a mujeres y niños, así como su ganado. Pasaron el invierno en el Friul. En la gran necrópolis cercana a Cividale, en dicha región, los ricos ajuares funerarios reflejan su amor por el oro, los granates y otras gemas (ahora magníficamente expuestos en el Museo Arqueológico Nacional de la ciudad). En 569 los guerreros longobardos atacaron la pequeña guarnición imperial de Milán, que no pudo resistir; el obispo huyó a Génova con algunas familias de la aristocracia local y la ciudad fue saqueada. El patriarca de Aquilea también escapó a la cercana isla fortificada de Grado, llevándose consigo todo el tesoro de la diócesis. En todo el norte de Italia, desde la frontera oriental hasta Como, en el noroeste, los longobardos derrotaron a las fuerzas imperiales y Alboíno estableció sus propias guarniciones. Pavía resistió durante tres años, defendida por tropas locales (en gran parte godas, ya que la ciudad había sido uno de los pocos focos de resistencia a Belisario) con el refuerzo de los habitantes de los alrededores, que habían acudido en busca de la protección de las gruesas murallas. Cuando sucumbió en 572, el rey Alboíno se hizo con el palacio de Teodorico y nombró duques militares para someter a las demás ciudades importantes[5].

Longino, prefecto pretoriano de Italia

Mientras los longobardos ampliaban su dominio de las regiones

interiores del norte de Italia, Rávena permanecía a salvo tras sus fortificaciones en el delta pantanoso del Po, con su acceso directo al Adriático y al Mediterráneo oriental. Tras el largo periodo de gobierno de Narsés, Longino asumió el control de todo el sur de Pavía con el título de prefecto pretoriano de Italia. Una vez que su barco atracó en Classe, probablemente en el verano de 568, podemos imaginar su entrada ceremonial en la ciudad por la histórica Puerta Dorada de la muralla sur, donde fue recibido por la élite local: el arzobispo Agnelo, los concejales (miembros de la *curia* de la ciudad), los aristócratas terratenientes de la región y los principales ciudadanos de Rávena, Cesarea y Classe. Los habitantes más ricos llevaban sus ropas más coloridas; los gremios, sus estandartes y los soldados de la guarnición, sus banderas. Se trataba de un centro próspero que contrastaba con Roma, empobrecida por los repetidos asedios[6].

El nuevo prefecto se instaló en el palacio de Teodorico y alojó al personal y a las tropas en sus dependencias. Longino ejerció como gobernador de la zona que más tarde se conocería como el Exarcado de Rávena y la Pentápolis, cinco ciudades situadas a lo largo de la costa oriental de Italia: Rímini, Pésaro, Fano, Senigallia y Ancona. Si Longino había recibido órdenes de detener y revertir la ocupación longobarda, todo parece indicar que demostró una pasividad extraordinaria. Aparte de la construcción de un muro de refuerzo (aunque no se especifica su ubicación), emprendió pocas acciones militares. Nombró comandantes subordinados que defendieron castillos clave y puentes importantes, sobre todo en las fronteras de la zona que permanecía bajo control imperial; uno de ellos, llamado Sisinio, está documentado como *magister militum* en *c*. 575 en Susa, cerca de la frontera alpina, en el Piamonte. Lo cierto es que en el año 571 algunos longobardos ya se habían asentado en Nocera Umbra, muy cerca de la Vía Flaminia, en los Apeninos centrales[7].

Por lo tanto, transcurrieron varios años de dilación antes de que la corte de Oriente pudiera dar una respuesta meditada al desafío militar de los longobardos. Otro motivo de la demora acaso fueran los accesos de locura de Justino II, que su esposa, Sofía, ocultó a la corte. Además, en 572 la política imperial contra Persia condujo a una guerra abierta y a una derrota calamitosa para Constantinopla, por lo que se pudo prestar aún menos atención a la situación de Italia. Es posible que las autoridades imperiales de Oriente no se dieran cuenta de la gravedad de la actividad militar longobarda, que se concentraba en el oeste de la península.

En su *Historia de los longobardos*, Pablo el Diácono, que escribió hacia finales del siglo VIII, doscientos años después de los hechos, cuenta cómo murió el rey Alboíno, una de esas historias de venganza femenina de las que Pablo disfrutaba en particular[8]. En Panonia, los

longobardos llevaban tiempo disputándose el dominio del territorio con los ávaros y los gépidos, otra tribu hostil. Después de matar al rey de los gépidos y capturar a su hija, Rosamunda, Alboíno convirtió el cráneo del caudillo gépido en una copa de oro, decorada con perlas y gemas preciosas, que le encantaba utilizar. Alboíno ordenó a su cautiva que bebiera vino de la misma copa, es decir, del cráneo de su padre. Rosamunda lo hizo, pero jurando en secreto que lo mataría. Tras disponer que uno de sus escuderos asesinara a Alboíno en el año 572, Rosamunda huyó a Verona y desde allí se puso en contacto con Longino para pedirle que la llevara a Rávena. El prefecto pretoriano le respondió con el envío de una embarcación que remontó los afluentes del Po para recogerla y transportarla en compañía de su hija Albsvinda, el escudero y numerosos gépidos y longobardos. También llevó consigo todo el tesoro real de los longobardos. Rosamunda se peleó con el escudero y ambos murieron, se supone que por beber vino envenenado. Longino se apropió del tesoro y lo envió, junto con la princesa longobarda Albsvinda, a Constantinopla, por lo que fue debidamente recompensado[9]. A pesar de las florituras literarias, la historia recoge la rivalidad y la tremenda volatilidad de las relaciones entre los diferentes líderes longobardos, que cambiaban de bando sin pestañear, la confusión que esto provocaba y la subordinación financiera y militar de Rávena al Imperio de Oriente.

Los longobardos amenazan Roma

Desde sus centros principales de Milán y Pavía, en el norte de Italia, los longobardos enviaron embajadores al emperador para que los reconociera como aliados, con derecho a establecerse en las ciudades y regiones que ya habían conquistado[10]. Su demanda fue rechazada. Se volvió a repetir con los longobardos la pauta de la relación del Imperio con los godos: peticiones seguidas del correspondiente rechazo que provocaban una tensión constante en las relaciones de los longobardos con el Imperio. Fuerzas longobardas avanzaron por la costa occidental de Italia hacia Roma, mientras otro contingente se adentraba en los Apeninos centrales y ocupaba el territorio de Espoleto y Benevento, más al sur. Durante el papado de Benedicto I (575-579), estas fuerzas hostiles se mencionan por primera vez en el *Libro de los pontífices de Roma*; se asocian con una terrible hambruna que obligó incluso a ciudades bien defendidas a rendirse a los longobardos[11]. Cuando Justino II se enteró de que Roma estaba sitiada por los longobardos, hacia el año 575, envió a su yerno Baduario a Italia y organizó el transporte de cereales desde Alejandría para aliviar el hambre. Sin embargo, los longobardos derrotaron a

Baduario, que murió en Italia probablemente en 576 (aunque, según el historiador Agnelo, Baduario mandó construir una iglesia en Rávena dedicada a los santos Juan y Barbaciano, lo cual indica que pasó en la ciudad el tiempo suficiente para destinar recursos a un nuevo edificio religioso[12]).

Las invasiones longobardas del norte de Italia planteaban un reto insuperable para el Imperio: cómo guerrear en dos fronteras muy lejanas al mismo tiempo. En la década de 530, Justiniano había intentado evitarlo firmando una tregua de treinta años con Persia antes de enviar a Belisario a recuperar el norte de África de manos de los vándalos. Una de las causas de que la posterior campaña de Belisario contra los godos en Italia se prolongara tanto fue la preocupación del emperador por las defensas de la frontera oriental. Dado que para trasladar unidades militares de Persia a Occidente o viceversa hacía falta mucho tiempo, siempre resultaba difícil disponer de los efectivos adecuados en ambas regiones a la vez. Este problema crítico determinaría la historia posterior de las provincias occidentales del Imperio, que a menudo carecían de fuerzas militares eficaces cuando se necesitaban con más urgencia en Oriente. El dilema se acentuó aún más a finales del siglo VI, cuando Persia lanzó otra gran invasión y las tribus árabes se desplazaron más allá de su territorio originario del desierto de Arabia para adentrarse en las fértiles provincias romanas de Oriente Próximo.

La política imperial de pagar a un grupo «bárbaro» para que luchara contra otro tuvo más éxito cuando se convenció a un veterano general mercenario de origen germánico llamado Droctulfo de que abandonara a los longobardos y se uniera a las fuerzas imperiales. Esta flagrante traición provocó que el rey longobardo Autario (584-590) atacara a Droctulfo, que se vio obligado a retirarse de Brescia a Rávena, donde el comandante imperial, Esmaragdo, le dio la bienvenida[13]. Droctulfo ayudó entonces a los raveneses a recuperar Classe (ocupada temporalmente por tropas longobardas), colaborando en la construcción de una flota con la que poder atacar la ciudad por mar. Con el puerto de nuevo en manos del Imperio, la ciudad pudo restablecer la comunicación con el resto del mundo, además de reforzar los vínculos entre Rávena, Cesarea y Classe. Varios años más tarde, en agradecimiento por su valiosa ayuda, el arzobispo Juan II autorizó el entierro de Droctulfo en la iglesia de San Vital. Este honor se conmemora en una larga inscripción en verso que cuenta la historia de su vida, narra sus victoriosas campañas contra los ávaros e insinúa que quizá viajara a África para servir en las fuerzas del exarca Genadio de Cartago[14]. Además de ensalzar al gran general, el arzobispo aprovechó la reconquista de Classe para completar la construcción de una iglesia iniciada por su predecesor.

El éxito del rey Autario en la reactivación de la capacidad militar de los longobardos exigía una estrategia concertada para la defensa de Italia, que comenzó en torno al año 584 con el nombramiento de responsables militares más experimentados. El emperador Mauricio envió a Decio, seguido de Esmaragdo en 585, con una autoridad reforzada que prefiguraba una novedosa administración construida en el transcurso de los veinte años siguientes, que haría de Rávena la sede de un comandante con el rango de patricio y el título de exarca. Ningún emperador del siglo VI visitó nunca las regiones occidentales para observar de primera mano los problemas de la zona; se basaban, como siempre, en los informes de sus altos cargos administrativos y militares. Hombres como Belisario y Narsés, que habían servido durante numerosos años en África e Italia, debieron de hacer hincapié en el reto de reafirmar el control imperial ante los administradores y emperadores no combatientes de Constantinopla. En ambas regiones y en el sur de Hispania, que fue conquistado por el ya entrado en años patricio Liberio hacia 552, el desarrollo del nuevo sistema de administración fue lento. La ocupación por parte de los longobardos de gran parte del interior montañoso de Italia obligó a los funcionarios imperiales a concentrarse en la seguridad de los principales puertos y ciudades del litoral, pero no pudieron desalojar a los recién llegados. Problemas similares acosaban al Gobierno del norte de África, donde las tribus indígenas controlaban las regiones interiores y presionaban en las fronteras meridionales de todas las provincias, mientras que en Hispania los reyes visigodos iban mermando el control imperial[15]. Todos los puestos de avanzada occidentales del poder constantinopolitano eran atacados una y otra vez por fuerzas locales, y la capital de Oriente estaba demasiado lejos para apoyarlos.

Los tres capítulos

A estas deficiencias militares, los detractores del Quinto Concilio Ecuménico de 553 le añadieron un cisma religioso. Bajo la autoridad del patriarca de Aquilea, que se había refugiado en Grado, formaron una Iglesia independiente e hicieron frente a todos los esfuerzos por convencerlos de sus errores, desde la época del papa Pelagio I (556-561) hasta los siglos VI y VII. Para la sensibilidad moderna resulta incomprensible el modo en que los Tres Capítulos siguieron envenenando las relaciones eclesiásticas.

El emperador Justiniano se había asegurado de que Rávena siguiera siendo un bastión de la autoridad imperial y, desde la época de Maximiano, todos sus dirigentes eclesiásticos apoyaron el Quinto Concilio, sobre todo porque la decisión de transferir todos los bienes

de la Iglesia arriana a los católicos benefició enormemente al arzobispo Agnelo y a sus sucesores. Su lealtad al emperador se hacía extensiva a la población local a través de la Iglesia. Cuando el arzobispo Pedro III regresó de su consagración en Roma en 570,

> los raveneses lo recibieron con gran alegría; [el pueblo de] Classe corrió a su encuentro […] en la milla nueve. Luego lo aclamaron cantando dichosos al unísono: «Nos has sido dado por Dios, que la Divinidad te conserve». Y lo precedían niños que cantaban sus alabanzas[16].

En esta procesión de bienvenida, que ilustra el orgullo local por el nuevo dirigente eclesiástico de la ciudad, se vislumbran los estrechos vínculos entre la Iglesia y la comunidad de Rávena-Cesarea-Classe, donde Pedro III puso más tarde los cimientos de la iglesia de San Severo, en un «barrio que se llama de la Salud»[17]. Los líderes políticos no inspiraban el mismo entusiasmo.

Sin embargo, tras la muerte de Pedro, casi al mismo tiempo que se instauraba el exarcado, se produjo un cambio importante en la posición de los arzobispos de la ciudad. En el año 578, por primera vez, debido a las presiones del papa Benedicto, se eligió a un clérigo romano, nacido y formado en esta ciudad, para dirigir la iglesia de Rávena. Normalmente, el clero ravenés elegía a su obispo de entre sus propias filas y, como era de esperar, la intervención papal levantó ampollas. En una breve nota, el historiador Agnelo critica en dos ocasiones al arzobispo Juan II (578-595) por ser de origen extranjero: «No era de nuestro rebaño […] nacido en Roma, enviado aquí desde esa sede episcopal»[18]. La intervención del papa estaba relacionada con la cuestión de los Tres Capítulos, que seguía dividiendo a la Iglesia de Occidente. Aunque la sede de Milán pasó a apoyar la doctrina imperial en 572, Aquilea se obstinó en su rechazo, y muchos obispos, como Frontio de Dalmacia y varios prelados africanos, fueron desterrados a Egipto[19].

Juan el Romano

El arzobispo Juan el Romano demostró ser un fiel aliado del papa Pelagio II en la campaña para convencer a la comunidad cismática de sus errores. Las cartas de Pelagio a Elías, patriarca de Aquilea, documentan sus intensos esfuerzos por justificar la condena de los Tres Capítulos[20]. Pero no tuvieron éxito. A la muerte de Elías en 588 o 589, Juan el Romano recurrió al poder del exarca de Rávena, Esmaragdo, para impedir la elección de un sucesor cismático. El exarca fue a Grado para oponerse a un candidato, llamado Severo, y

> tras sacarlo a rastras él mismo de la iglesia, lo llevó a la fuerza a Rávena junto a los otros tres obispos de Istria, esto es, Juan de Parenzo, Severo [de Trieste] y Vindemio [de Cissa], así como a Antonio, un defensor de la Iglesia ya anciano[21].

Esmaragdo obligó a estos cinco opositores a la política imperial a comulgar con Juan el Romano (es decir, a aceptar el pan y el vino dedicados en la liturgia de la eucaristía realizada por el arzobispo Juan) y los retuvo en Rávena durante un año antes de permitirles regresar a sus sedes.

Sin embargo, cuando volvieron a Aquilea, los cinco obispos fueron rechazados por sus propias comunidades y por otros obispos. El grupo cismático celebró entonces un concilio en Marano en 589-590, donde Severo confesó su error al comulgar en Rávena con los que habían condenado los Tres Capítulos. Fue readmitido, como patriarca de Aquilea, en el grupo de diez obispos que controlaban amplias zonas del norte de Italia e Istria, principalmente bajo administración longobarda: Altino, Concordia, Sabione, Trento, Verona, Vicenza, Feltre, Asolo, Zuglio y Pola, en Istria[22]. Los otros cuatro obispos se aferraron a su «conversión» en Rávena, pero en general la intervención de Esmaragdo no había conseguido fortalecer la obediencia a la posición imperial y papal.

Juan el Romano también actuó personalmente contra los cismáticos, como se desprende de un extraordinario documento anónimo que se conserva entre el material relativo a la controversia de los Tres Capítulos. El texto, escrito por un clérigo o monje que consideraba que el arzobispo le había castigado injustamente al negarse a levantarle la excomunión, adopta la forma de una súplica de clemencia y perdón. El autor anónimo cuenta que ha sido absuelto por los legados del papa, pero que las autoridades políticas lo han encarcelado. Se queja de que ya ha escrito varias veces al arzobispo Juan, que se niega incluso a abrir sus cartas. Dado que el autor parece haber aceptado las ideas imperiales (de ahí la referencia a que los legados papales lo habían absuelto), es posible que fueran las autoridades longobardas las que lo consideraran un traidor a la Iglesia «cismática» y lo hubieran detenido. El texto debió de escribirse entre los años 593 y 595, y probablemente lo copiaron para incluirlo en una recopilación de argumentos a favor del Concilio de 553, varios de ellos extraídos de obras de Gregorio Magno[23]. Aunque no se sabe nada del destino del autor, su documento muestra algunos aspectos más escabrosos de la controversia de los Tres Capítulos.

Rávena seguía siendo el nexo entre Constantinopla, Italia y el norte de Europa, y el control del Adriático le garantizaba el contacto con Sicilia. Fue la correa de transmisión de numerosas ideas sobre el Gobierno imperial, influencias artísticas y formas de devoción religiosa, y el punto de entrada de muchos embajadores enviados a negociar con Gobernantes, mercaderes y comandantes militares occidentales, también marcados por la influencia griega. A pesar del fracaso de la administración imperial en su intento de contener la pujante expansión de los longobardos en el oeste y el centro de Italia, Rávena siguió disfrutando de una cotidianidad bastante pacífica, como nos ilustran los documentos de los archivos locales, entre ellos el testamento del godo Mannas, hijo de Nanderit. Se redactó en marzo de 575 para que Albanionus, su mujer y su hija se convirtieran en ciudadanos romanos libres. Este acto, por el que un godo concedió la libertad a una familia local, contó con una larga lista de testigos interesantes: Johannis, hijo de Januarius, ayudante del prefecto pretoriano; Emiliano, uno de los *scriniarii* (secretarios) del prefecto; Riccitanc, hijo de Montanus; Teodosio, maestro de letras (*magister litterarum*); Andrés, escriba; Quiríaco, *horrearius* (encargado del pósito), y Petros, *kolektarius* (*collectarius*, recaudador de impuestos, que firma en griego), hijo de Tomás, *defensor*. El documento fue redactado por Julianus y su ayudante, Johannis, *forensis* (secretario). El magistrado que presidió el acto era Casiano hijo, del clan de los Melminios[24]. Otro papiro documenta la donación hecha por el pantalonero Bonus y su esposa, Martiria, de la mitad de sus propiedades a la Iglesia de Rávena; lo escribió Gunderit, *exceptor curiae civitates Ravennatis*, con dos Melminios como testigos[25].

En estos documentos aparece la sociedad integrada, mixta, que utilizaba el archivo municipal de Rávena para registrar sus resoluciones jurídicas: godos, artesanos italorromanos locales y funcionarios con conocimientos de griego, lo que demuestra la existencia de una continuidad desde la época de Teodorico. Al parecer, algunos escribas trabajaban en lugares concretos de la ciudad, como la casa de Otratrarit, debajo de la de Zenobio (*cata ipso Zenobio*), o en San Juan Bautista (que puede tratarse de una iglesia o de una estatua), lugares en los que podían encontrarse personas que redactaran documentos legales. Otro *forensis* trabajaba cerca de la ceca donde se acuñaban las monedas de oro, en el pórtico del palacio[26]. Varios testigos trabajaban en la oficina de impuestos del prefecto (*sacrarum largitionum*), entre ellos un funcionario de la Casa de la Moneda, Paschalis, cuyo padre también había sido empleado en la ceca, y Eugenio, que era hijo de Leoncio, un médico de la escuela griega (*medicus ab schola greca*). El orgullo de estos funcionarios cultos de rango medio por la ciudad de Rávena, a la que calificaban de

splendidissima, se corresponde con la persistencia de familias de alcurnia entre los magistrados que presidían las asambleas municipales en los años 560 y 570. La familia de los Melminios está particularmente bien representada por Lorenzo, dos veces magistrado, Bonifacio y Juan hijo como *principales* y *defensores* de la Iglesia de Rávena en 572, y Cassianus hijo, magistrado en 575.

Gracias a estos documentos podemos ver cómo sobrevivió la administración local de Rávena y cómo sus muy diversos grupos se libraron de gran parte de los trastornos que acompañaron a la invasión de los longobardos en esa década. Los escribanos trabajaban en lugares muy concretos de la ciudad a los que la gente podía ir a dictar sus testamentos o a proponer la donación de sus propiedades a la Iglesia. Entre los testigos, varios individuos se identifican por su profesión (médicos, empleados de la ceca, pantaloneros y encargados del abastecimiento de cereales). Bajo la influencia de Constantinopla, Rávena mantuvo una administración y una justicia de nivel imperial, lo que fomentó un alto nivel de educación y responsabilidad cívica.

La Iglesia católica también prosperó con la adquisición de propiedades cerca y lejos de la ciudad. Los arzobispos Pedro III y su sucesor, Juan el Romano, construyeron una iglesia dedicada a san Severo, el obispo de Rávena que asistió al Concilio de Serdica en 343 y que fue muy conmemorado en la zona portuaria de Classe. A finales del siglo IX esta basílica, que actualmente está siendo excavada, se reaprovechó como parte de un monasterio benedictino[27]. Dado que en la misma zona, fuera del antiguo puerto, se encontraba la gran iglesia de San Apolinar, consagrada por el arzobispo Maximiano, es evidente que Classe era un importante centro de culto cristiano. En Classe había otra iglesia dedicada a san Probo, junto a la iglesia de Santa Eufemia «junto al mar». Según Agnelo, Maximiano la había decorado maravillosamente con mosaicos, pero la iglesia «se encuentra hoy demolida»[28]. Otro documento fascinante de mediados del siglo VI menciona la morada de las diaconisas (*in sanctas diaconissas*), como un punto de referencia familiar y quizá también una comunidad de monjas. De ser así, es la única prueba de la existencia de conventos en Rávena en esta época. En todas las partes del orbe cristiano las mujeres fundaban conventos y a menudo se convertían en abadesas, por lo que es muy probable que la Iglesia de Rávena también apoyara este tipo de instituciones.

En la década de 570 los longobardos ocuparon el Véneto, capturaron Pavía y fundaron sendos ducados en Espoleto y Benevento, con lo que desafiaban a las tropas imperiales y a las fuerzas militares de Oriente. Rávena, sin embargo, continuó siendo inexpugnable entre los afluentes pantanosos del Po, una próspera fortaleza que Constantinopla eligió para convertirse en el centro de una nueva

forma de gobierno, el exarcado de Rávena.

20
El exarcado de Rávena

Los orígenes del exarcado, como se denominó el territorio imperial del norte y el centro de Italia, han sido objeto de debates acalorados desde que el gran bizantinista George Ostrogorski planteó la idea de que el exarca combinaba los poderes militares y civiles de una forma nueva que se adoptó posteriormente en Asia Menor. Según Ostrogorski, las regiones de Rávena y Cartago sirvieron como experimentos de una administración más militar orientada a la guerra que se transformaría más adelante en los *themata* orientales (provincias de grandes dimensiones). Aunque la creación de estos *themata* tuvo lugar mucho más tarde de lo que él creía, el principio de encomendar a un oficial del ejército el mando supremo de todos los elementos de gobierno se remonta al siglo VI. En el norte de África, la rápida victoria de Belisario permitió a Salomón, su *domesticus*, otro comandante eunuco, asumir el control absoluto de la administración en 534[1]. Tras una campaña mucho más larga en Italia, la Pragmática Sanción subordinó los elementos judiciales y fiscales a las necesidades del ejército, un proceso de militarización que seguía la misma tendencia[2]. Aunque los títulos civiles se mantuvieron, los prefectos pretorianos pasaron a un segundo plano respecto de los mandos militares. Las conquistas pusieron en marcha el cambio que finalmente condujo a un sistema de gobierno diferente: la instauración de dos exarcas en las provincias del norte de África e Italia.

La concentración de todo el poder en manos de una autoridad militar única se había producido antes, normalmente como medida temporal exigida por circunstancias adversas. Lo que distinguió al cambio del siglo VI en África e Italia fue que se convirtió en la norma, y los cargos civiles de alto rango se subordinaron a la autoridad militar. Sin embargo, en Constantinopla no se promulgaron leyes para implantar el nuevo sistema en sus remotas provincias occidentales, sino que el sistema evolucionó a partir del nombramiento de una serie de cargos militares dotados de amplios poderes y títulos protocolarios de alto rango, como «eminentísimo» o «excelentísimo» (*eminentissimus*, *excellentissimus*). La mayoría de estas autoridades ostentaban el título de patricio, que conllevaba ser miembro del Senado (en la mayoría de

los casos, de Constantinopla), y para los observadores de fuera de la corte imperial eran «excelsos» (*praecelsus*) o «gloriosos» (*gloriosus*). Eran los nuevos gobernadores de enormes regiones administradas desde Constantinopla a través de los dos centros de Rávena y Cartago.

Antes del año 584, el título de exarca también lo habían ostentado militares de distintas categorías, no exclusivamente los responsables de las zonas que se convertirían en exarcados. Sin embargo, está claro que cuando Decio y, tras él, Esmaragdo (585-589) y Romano (589-596) recibieron el título, fue porque se les habían otorgado poderes nuevos y concretos. El título oficial, «exarca de Italia» (*exarchus Italiae*), aparece por primera vez en una inscripción fechada el 1 de agosto de 608, grabada en el Foro de Roma, que honra al emperador Focas (figura 48)[3]. El exarca Esmaragdo, en su segundo mandato entre 603 y 608, fue el responsable del monumento que agradece al emperador que asegurase la paz de Italia y preservara las libertades (elogios que son pura palabrería). El título seguiría utilizándose durante casi ciento cincuenta años para designar al gobernador nombrado por Constantinopla, que estaba autorizado a negociar alianzas y tratados con fuerzas extranjeras (siempre con la aprobación *a posteriori* del emperador) y era el responsable de la administración general del territorio del Imperio en Italia y de su defensa militar, incluidos Roma, Nápoles, Génova y todas las ciudades y territorios intermedios no ocupados por los longobardos. De su autoridad sobre Cerdeña también tenemos constancia a través de inscripciones y obras públicas[4].

El exarcado de Italia constaba de dos grandes regiones, cuyos respectivos centros eran Rávena, en el nordeste, y Roma, en el oeste, unidos por antiguas vías que cruzaban los Apeninos y dividían los territorios que dominaban los longobardos. Las calzadas romanas Flaminia y Amerina, que seguían los valles fluviales, subían por el espinazo montañoso de Italia y bajaban por el otro lado, tenían túneles, puentes y espectaculares curvas de ciento ochenta grados. Eran tortuosas y difíciles de defender, aunque estaban custodiadas por numerosos castillos, como el de Perusa, en la Vía Amerina, que llegó a ser fundamental para la comunicación entre Rávena y Roma[5]. A pesar de su estrechez, este corredor siguió siendo un nexo indispensable entre Italia oriental y occidental durante toda la existencia del exarcado[6]. Al sur de la Ciudad Eterna, Nápoles y su región formaban una extensión del ducado de Roma, también bajo la autoridad del exarca, aunque los principados longobardos de Espoleto y Benevento la amenazaban de vez en cuando[7].

Aunque el noroeste de Italia, en particular los alrededores de Milán y la capital longobarda de Pavía, se hubiera perdido para el Imperio durante la primera fase de las invasiones longobardas, el exarca aún

tenía acceso a algunas ciudades del valle del Po, unidas por vía fluvial a Rávena. Dominaba una importante región en el nordeste, que incluía la Pentápolis y el territorio que se extendía desde la cabecera del Adriático (Istria) en el norte hasta la costa oriental adriática (Dalmacia) en el sur, pasando por Pola (Pula, en la actual Croacia). Contaba con la colaboración de oficiales del ejército subalternos, por regla general *magistri militum*, tribunos o duques, que comandaban guarniciones en ciudades fronterizas y castillos fortificados; de los prefectos pretorianos de Italia, con responsabilidad sobre los asuntos civiles, y de funcionarios que recaudaban los impuestos, una parte de los cuales se enviaban a Constantinopla[8].

Los *numeri* y otras fuerzas militares

Aunque los exarcas se quejaban a menudo de la insuficiencia de los efectivos militares con los que frenar la expansión de los longobardos, disponían de fuerzas regulares que podían complementarse con el ejército de la Pentápolis y otras regiones. A finales del siglo VI, la mayoría de los soldados estacionados en Italia procedían del ejército de Narsés, que continuó en activo hasta la década de 560, o de unidades orientales reclutadas posteriormente (por ejemplo, en época de Baduario). Parece que el exarca solía contar con un grupo de soldados, su *obsequium*, que le acompañaban en todas las campañas militares y actuaban como guardia de honor cuando hacía falta; puede que se tratara de criados personales, *bucellarii*, que llegaban de Oriente con el exarca[9]. El prefecto pretoriano iba acompañado de una guardia militar siempre que viajaba, la cual también luchaba a las órdenes del exarca en las campañas contra los longobardos. En Rávena había una guarnición regular, probablemente compuesta por soldados de la zona, para la defensa de la ciudad, el *exercitus Ravennatis*. Se podían reclutar tropas adicionales de otras ciudades y regiones en las que los soldados estuvieran destinados como guarnición, o en cuarteles de invierno, o en tierras a cambio de las cuales se les exigiera servir en el ejército. Estos grupos armados, cuyo elevado estatus se remontaba a la época de la llegada de los godos en tiempos de Teodorico, se convirtieron en el rasgo dominante del exarcado. En un contexto cada vez más militarizado, es posible que muchos se ofrecieran como voluntarios con la esperanza de recibir tierras que les aseguraran la prosperidad futura[10].

Tenemos constancia de la supervivencia en Rávena de varios contingentes de militares romanos, los *numeri*, hasta bien entrado el siglo VII. El nombre alude a una unidad militar de trescientos a cuatrocientos hombres creada en la época imperial. Varios *numeri* de

Teodosio se mencionan en la *Notitia dignitatum* (una lista de cargos, actualizada en 425) y están documentados en Rávena en 491. Otros *numeri* tal vez se formaron tras la derrota de los godos (en Milán, el *Mediolanensium*, o en Verona, el *Veronensium*), o recibieron el nombre de las regiones en las que se reclutó a sus miembros, como Sirmio, Dacia o Armenia[11]. Poco a poco, algunos regimientos del ejército se instalaron en ciudades y castillos como tropas de guarnición y se convirtieron en fuerzas de carácter más local[12].

En los papiros de Rávena aparecen a menudo oficiales adscritos a estas unidades militares. En una donación del año 600 consta que Johannes, *vir clarissimus*, primer oficial (*primicerius*) del *numerus* de Teodosio, dona la mitad de todos sus bienes a la Iglesia de Rávena[13]. Anteriormente había sido guardaespaldas de Jorge, *magister militum*, y por entonces era su ayudante. Como testigos de la donación figuran el propio Jorge y Marinos, un banquero, que firman con pulcra caligrafía cursiva griega, dos condes y Juan, secretario judicial del prefecto pretoriano. El donante, en cambio, declara: «Hice la señal de la santa cruz con mi propia mano porque no sé escribir». Dicta sus voluntades al secretario municipal de Rávena, Vitalis, que actúa como *rogatarius* («proponente») y que redacta el documento[14].

La relación entre el ejército de Rávena (*exercitus Ravennatis*) y el ejército de Italia, *exercitus Italiae*, no está clara. En el año 668 este último contaba con unidades procedentes de Istria, en el norte, y de Campania, en el oeste, por lo que se nutría de recursos muy lejanos. Representantes de este ejército asistieron a una ceremonia con el exarca celebrada en Constantinopla en 687, y algunos destacamentos sirvieron posteriormente en el palacio imperial. En cambio, parece que el *exercitus Ravennatis* operaba en la ciudad y sus alrededores, al igual que otras fuerzas locales que podían ser llamadas para defender los enclaves donde estaban radicadas. Algunas de estas tropas tenían cuarteles en la ciudad y tomaban el nombre de barrios urbanos concretos, que debían defender de los ataques. Las *banda* (banderas) de cada unidad, llevadas por abanderados, y el *vexillum* (estandarte militar), que solía guardarse en una iglesia específica cuando no se utilizaba, eran emblemas de fidelidad importantes[15]. A principios del siglo VIII aparece una unidad cuyo nombre era *bandus Ravenna*.

En tiempos de Narsés, las tropas mixtas que derrotaron a los godos estaban bien entrenadas y probablemente conservaran sus destrezas militares tradicionales durante el exarcado. Desde luego, en Constantinopla se daba por sentado que las fuerzas imperiales tenían que estar siempre a punto para luchar. El manual militar de finales del siglo VI conocido como *Strategikon*, atribuido al emperador Mauricio (582-602), da por supuesta la existencia de un ejército bien entrenado, equipado y disciplinado que sigue practicando maniobras y ejercicios

tácticos[16]. Aunque los soldados recibían una paga, el botín seguía siendo una recompensa complementaria y esperada, y en los comentarios sobre las campañas victoriosas se citan a menudo el tipo de botín y la cantidad de objetos expoliados. En Italia, parece que el exarca Romano planificó sus campañas de reconquista de la década de 590 con conocimiento de las tácticas y el liderazgo exigidos por el *Strategikon*.

Griego y latín

Desde su corte en el palacio de Teodorico en Rávena, el exarca ejecutaba las órdenes de Constantinopla, adonde enviaba informes en griego. Su corte era también el lugar al que iban las delegaciones de los gobernantes occidentales para negociar acuerdos políticos y militares, los funcionarios regionales para solicitar reducciones de impuestos cuando las cosechas se malograban, así como los obispos descontentos de otras ciudades para quejarse. Todo esto se hacía en latín y, en un mundo en el que el bilingüismo ya no era habitual, la división lingüística entre los asuntos oficiales realizados en griego y los más locales en latín era sin duda un punto débil. En Occidente había muy pocas personas que leyeran, hablaran o entendieran el griego. En la Roma de finales del siglo VI, el papa Gregorio I se quejaba de la dificultad de encontrar traductores. Rávena y Nápoles eran dos de los pocos lugares fuera de Sicilia y el sur de Italia donde los testigos preferían a veces escribir sus nombres con el alfabeto griego. Aunque algunos exarcas dominaban el latín, su uso habitual del griego los ponía en desventaja[17]. Puede que este entorno bilingüe fomentara el uso de *glossae*, listas de palabras útiles con equivalentes en griego y latín. Solo se conocen algunos ejemplos antiguos, y es posible que Rávena fuera el centro donde se desarrollaron estas sencillas herramientas para el entendimiento mutuo.

A diferencia del gobernador, que utilizaba el griego, la antigua administración municipal de Rávena, de la que se ocupaba el concejo o *curia*, seguía funcionando en latín. La mayor presencia eclesiástica del arzobispo católico resulta muy evidente en los papiros de los archivos municipales, una fuente inestimable de información sobre los primeros años del exarcado. Entre 613 y 641 la goda Wililiwa, *clarissima femina*, dictó su testamento a Diosdado, secretario (*tabellio*) de la ciudad de Rávena. El documento, del que solo se conservan fragmentos, señala que esta dama de alto rango firmó con una cruz y conserva el nombre de un testigo, Dulcitius. En otro documento posterior (de junio de 625) figura también un magistrado que todavía presidía el tribunal local, cuando un subdiácono, otro Diosdado, y su

esposa, Melisa, hicieron inventario de las fincas que pretendían donar a la Iglesia; una se llamaba Carpinianum, y en otra, situada cerca de la puerta de San Apolinar, frente a los arcos de San Jorge, había un molino (*pistrino*), dos casas de huéspedes (*hospitia*) y un huertecito (*horticello*). Insisten en que se conceda la libertad a todos sus esclavos, con independencia de dónde se alojen. Este papiro es el último de la serie que conserva el diálogo oficial tradicional entre un magistrado anónimo y el notario del tribunal, Donato[18].

En el siglo VII ninguno de los apellidos más antiguos aparece en estos papiros, lo que supone un gran cambio en la forma de identificar a las personas. Muchos testigos y funcionarios son ahora clérigos y administradores subalternos, aunque el cargo de prefecto mantiene cierta continuidad con el siglo anterior. En el año 639 Paulacis donó treinta y seis monedas de oro de buen peso a la Iglesia de Rávena. Era un soldado del *numerus* armenio e hijo de Esteban, primer oficial del *numerus* de Verona. Actuaron como testigos Germanus, *exceptor* del eminentísimo prefecto, y Johannis, *scolaris* del palacio sagrado (es decir, del exarca), así como Theodoracis, *exscriba* del *numerus* armenio[19]. En este ejemplo típico, la preponderancia de los títulos militares no es de extrañar en vista de la nueva forma de gobierno militarizada, pero parece claro que las familias anteriormente hegemónicas, o bien se dedicaban a tareas militares, o bien habían adoptado unas formas de identificarse más sencillas; el uso del nombre de pila seguido de una ocupación había sustituido a la onomástica romana tradicional.

Dentro de la ciudad, los distintos niveles de gobierno se volvieron más claros a medida que el exarcado fue tomando cuerpo. En la cúspide, el exarca y sus ayudantes más próximos, nombrados desde Constantinopla y que informaban al emperador en griego, se ocupaban de los principales asuntos relacionados con la guerra y la paz; por debajo de ellos el Gobierno civil, subordinado al militar y encabezado por el prefecto pretoriano (a veces llamado simplemente «prefecto»), gestionaba los asuntos locales. Estos dos ámbitos de gobierno abarcaban todo el territorio que le quedaba al Imperio en Italia. Gran parte de la administración eclesiástica y civil urbana estaba dominada por obispos autóctonos, que nombraban a los sacerdotes de las iglesias de las ciudades y que presidían sus propios tribunales para resolver los conflictos. El antiguo modelo de Gobierno provincial romano había sido barrido, junto con la disposición de la Pragmática Sanción, de agosto de 554, según la cual los terratenientes notables y los obispos podían elegir a los gobernadores de determinadas regiones[20]. Más allá de la ciudad, ¿cómo conseguían los exarcas controlar a los terratenientes, cada vez más militarizados? ¿En verdad eran gobernadores tan excepcionales? Mientras que algunos historiadores

consideran que el cargo de exarca estaba dotado de un poder extraordinario, que subordinaba todos los sistemas anteriores a las políticas decididas en Constantinopla, otros minimizan su carácter novedoso[21]. Dado que en el norte de África se aplicaba una estructura parecida, algunas comparaciones pueden ilustrar el funcionamiento del nuevo sistema.

Un relato recogido por Gregorio de Tours a finales del siglo VI refleja cómo funcionaba en Cartago el sistema de administración exarcal, prefectural y municipal. En algún momento antes del año 590, Childeberto, rey de los francos, envió una embajada amistosa de tres hombres a Constantinopla, que hizo escala en Cartago (seguramente después de zarpar del sur de la Galia para luego continuar la travesía hasta la capital de Oriente). En Cartago, un criado de uno de los embajadores robó un objeto en el mercado, se negó a devolverlo y luego mató al mercader afectado. «El prefecto mandó llamar a un escuadrón de soldados, pidió ayuda a los transeúntes que llevaban armas y envió esta fuerza al lugar donde los francos se alojaban». En los enfrentamientos resultantes, fallecieron dos de los embajadores y Grippo, el tercero, se dirigió a Constantinopla para exigir que el emperador castigara a los responsables de haberle insultado en Cartago, cuyo prefecto (elegido una vez al año para presidir el Gobierno municipal) trataba de imponer el orden utilizando las fuerzas locales. Es posible que este tipo de disputas fueran moneda corriente, y tanto en Cartago como en Rávena existía una jerarquía de autoridades, cuyos escalafones inferiores se ocupaban de estos asuntos mientras los exarcas se encargaban de cuestiones más graves[22].

La alianza fallida con los francos

En los primeros años del exarcado, la principal ambición de Constantinopla fue convencer a los francos de que lucharan contra los longobardos ofreciéndoles importantes sumas de oro. Cuando Faroaldo, el duque longobardo de Espoleto, cuyo territorio se encontraba al sur de Rávena, capturó y saqueó Classe y retuvo en su poder el enclave portuario durante parte del año 580, el emperador Tiberio II intentó negociar una alianza de este tipo con el rey franco Childeberto II (575-595[23]). El sucesor del emperador, Mauricio, también siguió esta política, y en 584 y 585 envió a Decio y Esmaragdo, altos dignatarios patricios, a Rávena con el cometido de comprar el apoyo militar de los francos. Entregaron la enorme suma de cincuenta mil sólidos al rey Childeberto, pero la acción militar conjunta que le propusieron no se produjo. Esmaragdo continuó al

principio con esta estrategia, y al fracasar organizó una tregua de tres años con los longobardos[24].

Muchos enviados diplomáticos pasaron por Rávena para negociar un acuerdo con Childeberto en la Galia. En 590 el enviado franco Grippo, cuyo séquito había sido atacado en Cartago, regresó de Constantinopla con un tratado en virtud del cual los francos y las fuerzas imperiales en Italia se comprometían a luchar contra los longobardos. Había llegado el momento de librar una batalla total para expulsarlos de la península. Los francos invadieron el territorio longobardo tal como estaba pactado, pero no lograron enlazar con el nuevo exarca, Romano, que expresó su enfado en dos cartas a Childeberto. Sus fuerzas imperiales habían atacado y capturado Módena, Altino y Mantua, y estaban a punto de llegar a Verona, por vía fluvial y terrestre, para unirse a los francos en un ataque combinado contra la capital longobarda, Pavía, cuando se enteraron de que Cedino, uno de los caudillos francos, había firmado una tregua de diez meses con el rey Autario y había regresado a la Galia[25]. Este malentendido fue típico de unas largas negociaciones durante las cuales grandes cantidades de oro cambiaron de manos y el ejército de los francos cruzó los Alpes para atacar a los longobardos, pero sin lograr jamás la tan anhelada victoria aplastante. En varias ocasiones los duques francos, o sus fuerzas mercenarias, se pelearon entre sí; las fuerzas imperiales no llegaron a enlazar con ellos en el lugar o la fecha convenidos, y sufrieron disentería fruto del calor del verano. El resultado fue que tanto Constantinopla como Rávena tuvieron que aceptar la presencia permanente de los longobardos en Italia.

Los invasores trataron insistentemente de reducir el territorio del exarcado mediante nuevas conquistas, y la extensión exacta del que controlaba el Imperio siguió siendo objeto de enfrentamientos. En la década de 580, en una isla del lago de Como, en el norte de Italia, el *magister militum* Francio, leal a Constantinopla, custodiaba un abultado tesoro compuesto por objetos de gran valor. Los longobardos lo sitiaron y al cabo de seis meses se rindió, tras obtener un salvoconducto para ir a Rávena con su esposa y sus bienes, mientras que el tesoro cayó en manos de los longobardos. Rávena era a todas luces el lugar desde el que se podía acceder a Constantinopla y hallar refugio frente a los longobardos. No obstante, la rendición de Francio significó también que el lago de Como y sus alrededores dejaron de formar parte del exarcado y de estar en manos del Imperio. En 602 Padua, que había resistido la embestida de los longobardos durante mucho tiempo, cayó por fin en manos del rey Agilulfo cuando sus fuerzas lanzaron barriles de fuego contra la ciudad. A continuación Agilulfo mandó arrasarla, aunque a algunos de los defensores se les permitió regresar a Rávena[26].

A pesar de la formación de núcleos de población estable de los longobardos en el noroeste de Italia, Rávena siguió siendo el centro del Gobierno imperial durante los años en que lo administraron los dieciocho funcionarios que se sucedieron en el cargo de exarca hasta 751 (véase la tabla). El territorio del exarcado contaba con una base administrativa más sólida. Al mismo tiempo, un proceso comparable pero menos documentado tuvo lugar en el norte de África hasta 698 y en el sur de Hispania hasta aproximadamente 629. A muchos exarcas solo se les conoce por los sellos de sus cargos y sus mandatos son difíciles de datar, pero su gran número indica que se sucedían con regularidad; ejercían el cargo durante un número determinado de años y luego volvían a Oriente (excepto Isaac). Con estos breves mandatos se pretendía conseguir un control más estricto desde Constantinopla e impedir que se estrechasen los vínculos con la población local. En vista de los enormes poderes de los exarcas, los emperadores quizá se diesen cuenta del peligro de que fueran demasiado independientes, lo que podía conducir a que se rebelaran. En este sentido, el sistema fracasó, ya que se produjeron varias revueltas; sin embargo, esta nueva e ingeniosa forma de administración consiguió mantener considerables zonas del norte y el centro de Italia dentro de la esfera imperial, ejercer un control monetario eficaz y representar la influencia global de Constantinopla, con todos los vínculos políticos y culturales correspondientes, durante unos ciento cincuenta años.

21
Gregorio Magno y el control de Rávena

Aunque los exarcas mantuvieron el control imperial sobre el corredor que enlazaba Rávena con Roma, la debilidad inherente a este estrecho nexo entre las dos partes del exarcado lo hacía vulnerable y reflejaba la precariedad del poder imperial en Italia, cuya eficacia se veía también cuestionada por los contrarios al Quinto Concilio Ecuménico de 553.

En estas circunstancias tan inestables, el papa Gregorio I, más tarde aclamado universalmente con el nombre de Gregorio Magno, fue elegido obispo de Roma el 3 de septiembre de 590, cuando tenía unos cincuenta años. Su vida abarca un periodo decisivo en la cristianización de las familias senatoriales romanas, simbolizado por la transformación de su palacio familiar en un monasterio hacia el año 573. Se retiró de la vida mundana en este monasterio y, en 579, el papa Pelagio II lo ordenó diácono y lo incluyó en la embajada que envió en una importante misión diplomática a Constantinopla, donde residió como embajador del papa hasta 586. Durante estos siete u ocho años cruciales en la capital de Oriente, Gregorio fue testigo del poder de la ciudad de Constantino y de la corte imperial en el centro del mundo romano. Gracias a su amistad con los emperadores Tiberio y Mauricio, adquirió experiencia en la administración imperial y se integró en la familia gobernante, hasta el punto de ser padrino de un hijo de Mauricio, Teodosio. Sin embargo, prefirió hacer vida monástica en el palacio de Placidia, que servía de residencia papal en Constantinopla, donde preparó algunos de sus comentarios más importantes sobre el Libro de Job, del Antiguo Testamento, así como otros escritos espirituales. También se involucró en debates teológicos con el patriarca Eutiques (restablecido en su cargo entre 577 y 582) y se familiarizó con los problemas planteados por el Quinto Concilio Universal que había condenado los Tres Capítulos.

Tras marcharse de Constantinopla en 586, Gregorio regresó a su monasterio en Roma, amplió su formación como exégeta, como ponen de manifiesto numerosos comentarios posteriores sobre los Evangelios y el Libro de Ezequiel, y escribió sermones y estudios sobre los santos autóctonos, incluido san Benito, que se convirtieron en su famoso

libro de los *Diálogos*. Tras su elección como obispo de Roma en octubre de 590, que contó con el apoyo imperial, ocupó la cátedra de Pedro durante casi catorce años. Su pontificado está particularmente bien documentado por más de 850 cartas sobre todo tipo de temas, su *Regla pastoral* (*Regula pastoralis*) —un manual para obispos— y muchos otros escritos relacionados con su administración. Aunque se quejaba con frecuencia del peso de las obligaciones mundanas que conllevaba el cargo y añoraba el apacible ambiente monástico, sus cualidades como líder de la cristiandad occidental y las iniciativas que tomó para ampliar y afianzar las tradiciones espirituales de la Iglesia de Occidente hacen que su pontificado sea especialmente significativo en el desarrollo del papado medieval. Es también la época en la que comienza a ensancharse la brecha entre las Iglesias de Oriente y Occidente[1].

Una de las primeras tareas de Gregorio fue tratar el cisma de los Tres Capítulos dentro de la Iglesia occidental. Con vigorosa determinación, Gregorio se propuso convencer a los aquileos de sus errores, escribiendo cartas, organizando reuniones y concentrando todas sus dotes de convicción en el asunto. En 590-591, cuando Gregorio convocó un concilio para juzgar a los cismáticos, los obispos de los territorios del norte de Italia que estaban en manos de los longobardos formaron un grupo, mientras que las ciudades costeras (es decir, Rávena, Roma y Nápoles, que estaban bajo control imperial) crearon otro. Ambos escribieron cartas al emperador, al igual que Severo, patriarca de Aquilea. La de los obispos del norte de Italia incluía una queja acerca de los esfuerzos del exarca por convertirlos. Argumentaban que no se presentarían al concilio del papa Gregorio porque habían renunciado a estar en comunión con él y que, en caso de comunión forzosa, sus diócesis se mostrarían menos leales al emperador. Aunque Gregorio llegó a condenar a los italianos del norte en rebeldía, el emperador Mauricio le ordenó que dejara de presionarlos. En cartas posteriores al exarca y al arzobispo de Rávena, Gregorio tuvo que pedirles que no recurrieran a la fuerza en sus intentos de convencer a los cismáticos[2]. Nombró a un funcionario papal para que residiera en Rávena y siguió planteando argumentos teológicos a los italianos del norte para inducirles a condenar los Tres Capítulos[3]. También criticó al arzobispo Juan el Romano por enviar ayuda a Severo de Aquilea después de que un incendio destruyera la ciudad. Gregorio argumentó que el patriarca se encontraba en Constantinopla, donde haría mal uso de los recursos recibidos en su intento de ganarse el apoyo del emperador[4].

Tras la muerte de Juan el Romano en 595, el papa Gregorio envió instrucciones inequívocas a Castorio, su notario oficial residente en Rávena, sobre el procedimiento correcto que debía adoptarse para

elegir a un sucesor. Tras reconocer la tradicional autonomía de Rávena, propuso que cinco presbíteros de alto rango y cinco ciudadanos ilustres llevaran a Roma la lista de los nominados al cargo. Sin embargo, cuando el clero de Rávena envió al papa la lista para que la aprobara, Gregorio rechazó tanto al primer candidato como al segundo, y en su lugar les propuso otro clérigo de Roma, Mariniano, que era sobrino de Juan el Romano. Cuando Mariniano se mostró reacio a ocupar un puesto en el que claramente no sería bien recibido, tuvo que convencerle Gregorio en persona, que le dedicó su *Regla pastoral*[5]. A continuación, el papa escribió al clero y al pueblo de Rávena sobre el deber de honrar a su nuevo arzobispo, que veneraba debidamente los cuatro concilios universales de la Iglesia[6]. Al decir esto, Gregorio hacía una clara referencia al Concilio de Calcedonia e ignoraba de forma evidente el Quinto Concilio de 553, con lo que pretendía asegurarse de que la posición de Rávena fuera estrictamente prorromana.

El historiador Agnelo sabía que Mariniano había ocupado la sede de Rávena durante el pontificado de Gregorio, e informa de que «ocupó humildemente la cátedra metropolitana, instruido en el dogma apostólico», en posible alusión a la *Regla pastoral* de Gregorio dedicada al arzobispo[7]. Para completar la vida de Mariniano, Agnelo incluye fragmentos de sermones y diatribas contra los obispos de su época, clérigos que compran y venden cargos, se endeudan, sobornan a funcionarios, corrompen a otros y se comportan en general como laicos codiciosos[8]. Mariniano, dice, no era como esos obispos del siglo IX. Agnelo no menciona el hermoso ambón que Mariniano encargó a Constantinopla para la iglesia de los Santos Juan y Pablo en 596 o 597, que hoy puede admirarse en el Museo Arzobispal, pero copia el largo epitafio de la tumba de Mariniano en San Apolinar en Classe, que se convirtió en el lugar de eterno reposo de los arzobispos de Rávena, que desde entonces fueron todos enterrados allí, algunos en sarcófagos que se conservan y muchos con inscripciones que describen sus logros.

Incluso después de que el papa Gregorio impusiera su candidato a la cátedra de Rávena y le pidiera a Castorio que le mantuviera informado sobre la vida eclesiástica en la ciudad, las relaciones entre Roma y la capital imperial no siempre fueron pacíficas. El papa recibió informes de clérigos menores, como Adeodato, un diácono de la Iglesia de Rávena, que le dijo que los obispos de la archidiócesis de la ciudad llevaban el palio en muchas más ocasiones que las cuatro o cinco ceremonias en las que estaba permitido. En una carta a Castorio, Gregorio se quejaba de que el exarca, el prefecto y otros notables de Rávena habían solicitado este uso más laxo del palio, e insistía en que se respetasen las normas[9]. Los abades locales, como Claudio, del

monasterio de los Santos Juan y Esteban en Classe, también apelaron a Gregorio ante el comportamiento abusivo de Mariniano; el arzobispo había usurpado las propiedades del monasterio, intentaba imponer su candidato a abad y había enviado sus monjes a otros cenobios. Cuando visitaba el monasterio, insistía en que le agasajaran larga y fastuosamente, lo que había arruinado a la comunidad. En respuesta, el papa ordenó al arzobispo Mariniano que limitara a un solo día la duración de sus visitas al monasterio. (El abad Claudio también asistió a la exposición oral de Gregorio de varios libros del Antiguo Testamento, y más tarde el papa escribió a Juan, subdiácono de la Iglesia de Rávena, para pedirle que comprobara si Claudio había tomado apuntes[10]).

A través de su propia red de funcionarios, Gregorio se enteró de que incluso las alforjas utilizadas cuando el arzobispo salía a visitar a sus sufragáneos eran objeto de acaloradas disputas. El enjaezamiento de los caballos y la decoración de los arneses eran dos de las muchas cuestiones reguladas por la jerarquía eclesiástica, y este uso de alforjas especiales probablemente sobrepasara lo permitido. Sin embargo, el motivo subyacente era la clara rivalidad entre Rávena, la capital imperial de Italia, y la antigua capital, Roma, que empezaba a transformarse en el centro de liderazgo del Occidente cristiano. La superioridad política del nuevo centro de poder laico tenía que enfrentarse a la mayor autoridad eclesiástica que ostentaban los sucesores de Pedro, que pretendían ejercer un control hegemónico de todas las iglesias. Las tensiones eran, por tanto, inevitables. En la larga elaboración de las reivindicaciones romanas, Gregorio Magno desempeñó un papel clave, para el que aprovechó su experiencia en Constantinopla al insistir en la subordinación de Rávena.

Durante el exarcado de Romano, las tropas imperiales habían recuperado territorios importantes de manos de los longobardos, incluidos ciudades y castillos clave en los Apeninos que dominaban una de las principales rutas de Rávena a Roma. Según el *Libro de los pontífices de Roma*, Romano llegó a la Ciudad Eterna cuando Gregorio era papa, y desde allí se dirigió a Rávena. Por el camino recuperó las ciudades de «Sutrium, Polymartium, Horta, Tuder, Ameria, Perusia, Lucioli y muchas otras», que se encontraban en la Vía Amerina, la ruta transpeninsular que pasaba por Perusa y que era imprescindible que fuese segura para que funcionara la comunicación entre el exarca y su subordinado, el duque de Roma[11]. En Perusa, Romano dejó al mando al duque longobardo Mauricio, que se había pasado al bando imperial.

En represalia, el rey longobardo Agilulfo marchó desde Pavía hasta Perusa y sitió la ciudad. Mató a Mauricio y luego se dirigió al sur para amenazar Roma, donde el papa Gregorio se asustó tanto que negoció una tregua con el rey, algo que Romano le criticó duramente. Gracias

a la intervención de la reina Teudelinda, la esposa católica del rey arriano, se acordó la paz en 598-599; Pablo el Diácono cita una carta de Gregorio a la reina, para agradecerle su ayuda, y a Agilulfo. En este ejemplo de diplomacia papal, la autoridad de Constantinopla, representada por el exarca, se vio superada por el obispo de Roma.

Tras la muerte de Romano, su sucesor, Calínico (596-602), envió un ejército para atacar Parma, donde capturó a la hija (cuyo nombre ignoramos) del rey Agilulfo y a su marido, Gudescalco, y llevó a estos valiosos rehenes a Rávena[12]. Allí permanecieron tras la muerte de Calínico, que fue sustituido como exarca por Esmaragdo, que regresó en su segundo viaje, en el año 603. Pero Agilulfo estaba furioso por la captura de su hija y, en julio de dicho año, partió de Milán para atacar Cremona con la ayuda de guerreros eslavos enviados por el rey de los ávaros. El 21 de agosto ya la había arrasado, y acto seguido se dirigió a Mantua, cuyas defensas rompió el 13 de septiembre, y avanzó hasta Vulturina (Valdoria), que se rindió a los longobardos antes de sufrir el mismo trato. A las tropas que habían defendido Mantua se les permitió regresar a Rávena, donde presumiblemente informaron al exarca Esmaragdo de lo que sucedía más al norte. Este accedió entonces a liberar a la hija del rey Agilulfo, que regresó a Parma con su marido, sus hijos y todos sus bienes. El 1 de abril de 605 se acordó una tregua y el papa Sabiniano (604-606), sucesor de Gregorio, siguió respetando las condiciones del tratado de paz con los longobardos[13].

Los exarcas recibían con regularidad la orden de contener a los longobardos sin que les dieran tropas o recursos suficientes para hacerlo con eficacia. Este siguió siendo el principal de los problemas de Rávena durante todo el siglo VII y hasta bien entrado el VIII. Esmaragdo prefirió pactar una tregua con los longobardos en lugar de luchar, y en noviembre de 605, cuando Constantinopla envió doce mil sólidos como tributo a Agilulfo, el exarca negoció para conservar las ciudades de la Toscana que había conquistado, Balneus Regis («el baño del rey», Bagnarea) y Urbs Vetus (Orvieto). Pero la paz solo duró tres años, hasta 610, y los longobardos continuaron sus ataques[14].

En estas circunstancias, a veces tensas, los exarcas intentaban resolver las disputas eclesiásticas y mantener relaciones cordiales con el papa. Calínico medió en el enfrentamiento entre Gregorio y los obispos de Salona, en la orilla oriental del Adriático. A Gregorio le había enfadado la noticia de que el obispo Natalis había estado vendiendo los cálices litúrgicos de su diócesis y descuidando por completo sus deberes eclesiásticos. Cuando Natalis celebró un sínodo en el que despojó a Honorato de su cargo de arcediano de la sede, Gregorio se opuso enérgicamente. Aunque al final Honorato fue restituido en el cargo y luego elegido para suceder a Natalis como obispo, otras facciones conspiraron contra él y su rival, Máximo, se

hizo con la diócesis de Salona. El papa lo acusó de obtener la cátedra mediante la simonía y de apoyar opiniones heréticas.

Llegados a este punto, Calínico trató de convencer al papa de que reconociera a Máximo. Mientras Gregorio insistía en que este fuera a Roma a dilucidar estas cuestiones, para lo que, en un momento dado, le dio un plazo de treinta días, Calixto encontró el modo de poner fin al enfrentamiento. En julio de 599 organizó una ceremonia de sumisión en Rávena, en la que Máximo fue formalmente readmitido en la comunión con el papa en presencia del arzobispo Mariniano[15]. Además de resolver la disputa con un acto simbólico, la ceremonia del exarca confirmó el protagonismo de Rávena en los asuntos políticos y militares de ambas orillas del Adriático.

A pesar de los esfuerzos del papa Gregorio, en Italia continuó la división eclesiástica entre las ciudades costeras, en la órbita imperial, y las diócesis del interior, en territorio de los longobardos y a menudo influidas por los reyes de este pueblo, que conservaron tenazmente su independencia, aunque no siempre se mostrasen unidas. A la muerte de Severo de Aquilea en 606-607, se eligieron dos patriarcas, uno favorable al Concilio de 553 y otro contrario a él. Ello refleja el alto nivel de tensión y desconfianza fruto del apoyo de los longobardos a los obispos cismáticos. La disputa teológica sobre los Tres Capítulos no podría resolverse mientras los obispos del norte de Italia mantuvieran su propia comunidad eclesiástica bajo soberanía longobarda. Y, como ninguno de los exarcas se mostró capaz de acabar con la hegemonía militar de los longobardos en la zona, la teología y la política se combinaron para frustrar tanto a Constantinopla como a Roma.

El cisma de los Tres Capítulos persistió hasta el año 698, cuando el rey longobardo Cuniperto abandonó la oposición a la política de Constantinopla en un concilio que celebró la reunificación con las demás iglesias de Occidente, sin hacer referencia a los escritos de Teodoro de Mopsuestia, Teodoreto e Ibas. En cambio, el relato de Pablo el Diácono hace hincapié en el título de Madre de Dios, otorgado a la Virgen María por el Concilio de Éfeso en el año 431, como si esta fuera una novedad decisiva[16]. A finales del siglo VII las fiestas marianas se celebraban en toda la cristiandad occidental y Rávena contaba con cinco iglesias dedicadas a su culto, entre ellas Santa María en Cosmedin, un antiguo baptisterio arriano, y Santa María *ad Blachernas*. Agnelo explica con orgullo el nombre de Cosmedin, diciendo que no proviene de la palabra griega que significa «mundo», *kosmos*, sino del latín *cosmi*, que significa «adornado». Como también era abad de Santa María *ad Blachernas*, sabía que el modelo de la iglesia era la de las Blanquernas, en Constantinopla, otro recordatorio de la ciudad donde se había originado la disputa de los Tres Capítulos[17].

22
Isaac, el exarca armenio

Durante los primeros años del siglo VII, una serie de exarcas competentes en Rávena consolidaron el dominio imperial de las provincias italianas, aseguraron el pago de los impuestos locales a Constantinopla e intentaron imponer la teología oficial adoptada en la capital oriental. Las conexiones marítimas de Rávena con Oriente facilitaron las idas y venidas de enviados, peregrinos, comerciantes y soldados, que siguieron viajando por el mundo mediterráneo, a menudo utilizando el puerto de Classe.

En noviembre de 602 una revuelta militar en Oriente puso en peligro esta situación de relativo orden, cuando un oficial subalterno, Focas, fue aclamado emperador por sus compañeros de armas en los Balcanes. Tras negarse enseguida a hacer campaña al norte del Danubio en invierno, los rebeldes marcharon a Constantinopla y, en un golpe sorprendentemente rápido, asesinaron al emperador Mauricio y a sus hijos e instalaron a Focas en el trono. Pese a que estos acontecimientos suscitaron una gran inquietud en la capital oriental y provocaron que los persas invadieran el Imperio en Oriente, en Italia el exarca Esmaragdo aceptó el nuevo régimen[1]. Aunque el papa Gregorio había conocido a Mauricio y a la emperatriz Constantina en Constantinopla durante su época de embajador papal, también instó a apoyar a Focas, y salió a recibir ceremoniosamente los retratos del nuevo emperador y su esposa el 25 de abril de 603. Después de la ceremonia, Gregorio expuso las imágenes en la capilla de San Cesáreo, en el antiguo palacio del Palatino, para señalar el cambio de régimen en Oriente. Escribió a Focas y a su esposa, Leoncia, recomendándoles que siguieran el modelo de Constantino el Grande y su madre, Helena, siempre considerados el paradigma de los gobernantes cristianos[2]. Si se hubiera enterado del asesinato de la emperatriz viuda Constantina en el año 605, tal vez habría sido menos favorable al usurpador, pero el 12 de marzo de 604 Gregorio murió tras un trascendental pontificado de catorce años. Aunque en Gran Bretaña suele considerarse que el envío de una misión a Canterbury para convertir a los anglos fue su logro supremo, la organización de la oficina papal, con una gestión eficaz de la documentación, la buena

administración de los bienes de la Iglesia y la atención a los pobres (entre los que seguramente había muchos refugiados de los ataques de los longobardos) fueron sin duda más importantes para Italia.

Sus sucesores, Sabiniano y Bonifacio III, siguieron colaborando con el nuevo emperador, y en el año 608 Bonifacio IV (608-615) negoció con Focas que le diera permiso para adaptar el Panteón al uso cristiano. Esta fue la primera conversión de un monumento pagano en el centro de Roma, y el emperador envió abundantes obsequios para conmemorar su transformación en una iglesia dedicada a santa María y a todos los mártires[3]. El exarca Esmaragdo también participó en el proceso y lo celebró con un nuevo monumento muy llamativo colocado en el Foro Romano el 1 de agosto de 608, una columna conmemorativa. Desde el siglo V no se había honrado a un emperador en Roma de esta manera. El exarca y el papa colaboraron así en la renovación del control de Roma, imperial y papal respectivamente, bajo la égida de la autoridad de Constantinopla.

La inscripción de Esmaragdo

La larga inscripción grabada en la base de la columna menciona a Esmaragdo, el exarca que se encargó de erigirla en honor del emperador Focas (figura 48). Tanto la columna como la base habían sido reaprovechadas; la inscripción original a Diocleciano fue raspada, y puede que la estatua de bronce dorado colocada en lo más alto también fuera reciclada. No obstante, la dedicatoria a «nuestro clementísimo y piadoso gobernante, el señor Focas, emperador perpetuo coronado por Dios, el siempre augusto [príncipe] triunfante», en agradecimiento a sus innumerables mercedes, y a la paz y la libertad de Italia, refleja una apropiada devoción al emperador de Constantinopla, el gobernante supremo de Italia. Tras indicar que Esmaragdo, a la sazón exarca de Italia y patricio, era el titular del cargo de *praepositus sacri palatii*, se reseña la altura de la columna (13,6 metros, la más alta del Foro), todo ello como parte del esfuerzo por contribuir a la gloria del emperador[4]. La ceremonia de dedicación fue, por supuesto, un acontecimiento de lo más insólito en la época y llamó la atención sobre el verdadero amo de la Antigua Roma, que ahora residía en la Nueva Roma. Y, aunque nadie lo supiera en aquel momento, también sería el último ejemplo de la tradición de erigir columnas en el Foro.

A juzgar por las numerosas revueltas que se produjeron durante los ocho años de su corto reinado, Focas fue un gobernante cruel e incompetente, un soldado ascendido por sus tropas pero muy inepto como emperador. Es posible que fuera él quien propusiera la erección

de la estatua en Roma, pero el mismo año de su dedicación los senadores descontentos de Constantinopla le pidieron a Heraclio, exarca de Cartago, que depusiera al emperador. El cartaginés respondió enviando a su hijo (también llamado Heraclio) por mar y a su sobrino Nicetas por tierra, para que colaboraran en sus planes. Al año siguiente (609) Heraclio el Joven zarpó rumbo a Constantinopla, donde destituyó a Focas. La aportación de fuerza militar del exarcado del norte de África a esta revuelta senatorial puso de manifiesto el poder de las provincias occidentales dentro del Imperio. Una vez instalado como emperador, Heraclio (610-641) nombró a hombres competentes para gobernar los exarcados, aunque algunos dirigentes locales —y, de hecho, también algunos exarcas— intentaron aprovechar estos recursos para crear sus propios estados independientes[5].

Exarcas de principios del siglo VII

En 615-616 estalló una revuelta en Nápoles encabezada por Juan de Compsa, y el exarca, también llamado Juan, y otros cargos imperiales identificados como *iudices rei publicae* (notables, a menudo militares) fueron asesinados[6]. Los disturbios se debieron probablemente a recortes o retrasos en los pagos al ejército. Heraclio se enfrentó a esta intentona de sacudirse el yugo constantinopolitano enviando a Eleuterio, un eunuco, a castigar a los asesinos. Eleuterio llegó a Rávena en 616, viajó hasta Roma, donde fue recibido con toda solemnidad por el papa Adeodato, y se dirigió a Nápoles para sofocar la revuelta de Juan de Compsa. El *Libro de los pontífices de Roma* informa de que regresó a Rávena, pagó a los soldados y «se logró una gran paz en toda Italia», es decir, en ambas partes del exarcado, Rávena en el nordeste, y Roma y Nápoles en la costa oeste. Sin embargo, al cabo de tres años, en 619, Eleuterio decidió a su vez erigirse en soberano y exigió que el arzobispo Juan IV de Rávena lo coronara. En lugar de ello, Juan le propuso que fuera a Roma para establecer su autoridad, y en el *castrum* llamado Lucioli, en la Vía Amerina, entre Rávena y Roma, fue asesinado por «soldados del ejército de Rávena». Metieron su cabeza en un talego y lo enviaron a Constantinopla para demostrar que estaba muerto[7].

Este episodio ilustra los peligros inherentes al Gobierno de una zona tan alejada del centro del Imperio. Constantinopla tuvo que dotar al cargo de exarca de la suficiente autoridad como para garantizar la recaudación de impuestos y la obediencia al Gobierno de la capital de Oriente. Para ello, el exarca también contaba con el apoyo del arzobispo de Rávena, que representaba otra institución poderosa pero

independiente, y del Gobierno municipal y otros organismos locales no controlados desde Constantinopla. Con semejante autoridad, varios gobernantes cayeron en la tentación de crear sus propios reinecitos en Occidente. En el año 619, el arzobispo Juan y un sector de la milicia local encontraron una forma eficaz de deshacerse de Eleuterio, uno de estos funcionarios demasiado ambiciosos. Su actuación conjunta pone de manifiesto las inevitables tensiones existentes en Rávena, que eran comunes a muchas regiones del Imperio.

Tras la muerte de Eleuterio, Heraclio nombró exarca a Gregorio el Patricio (619-625), y a este le siguió Isaac, que, al igual que el emperador, decía ser de ascendencia armenia. Gregorio debió de recompensar a las tropas del ejército de Rávena que habían desbaratado la intentona golpista de su predecesor. También se ocupó de los duques longobardos del Friul y de los eslavos asentados en Carintia (sur de Austria[8]). Se trataba de una zona cuyos obispos insistían en oponerse al Concilio de 553; habían elegido a un patriarca rival del de Aquilea para que los representara y se resistieron a todos los intentos del exarca Gregorio de atraerlos a la doctrina imperial. Su sucesor, Isaac, que ocupó el cargo de exarca durante más tiempo que ningún otro, desde 625 hasta 643 (señal, quizá, de que era un hombre de la máxima confianza del emperador), tuvo que continuar la campaña. En el año 625, el papa Honorio escribió a Isaac pidiéndole ayuda para frenar la actividad de estos contumaces defensores de los Tres Capítulos, pero el exarca estaba preocupado por el resurgimiento de la actividad militar longobarda.

La energía y la voluntad de Cristo

Cuando llegó por primera vez a Constantinopla, en el año 610, Heraclio «encontró el Estado romano en ruinas, pues los ávaros habían devastado Europa, mientras que los persas habían destruido Asia entera y habían capturado numerosas ciudades y aniquilado en batalla al ejército romano»[9]. Durante dos décadas, el nuevo emperador tuvo que enfrentarse a una invasión en toda regla de los persas, seguida de la ocupación de Siria, Palestina y Egipto, lo que redujo en gran medida sus recursos, mientras eslavos y ávaros amenazaban la frontera de los Balcanes. En sus esfuerzos por fortalecer los recursos militares contó con el firme apoyo del patriarca Sergio, que permitió la fundición de la plata litúrgica para disponer de moneda con la que pagar a los soldados. Heraclio trasladó a continuación unidades militares de Europa a Asia Menor y en 622 emprendió una larga campaña contra Persia[10]. Siguiendo una compleja y brillante estrategia, en 628 destruyó la capital de los persas, Ctesifonte, y

celebró su decisiva victoria con los triunfos correspondientes y un nuevo título griego, *basileus pistos en Christo*, «rey fiel a Cristo». Esto reflejaba la determinación de Heraclio de unir a todos los cristianos de su imperio y recuperar el apoyo de las comunidades monofisitas de Oriente Próximo, que jamás habían aceptado los decretos del Concilio de Calcedonia[11]. En este esfuerzo por encontrar un compromiso teológico que facilitara un acuerdo, el emperador se vio enzarzado en debates sobre la energía única y la voluntad única de Cristo (monotelismo), que no hicieron más que ahondar las divisiones.

El argumento de que Cristo tenía una sola energía, y no dos correspondientes a sus naturalezas divina y humana, fue aceptado inicialmente por el papa Honorio[12]. Pero la doctrina monotelita, más desarrollada, de la voluntad única de Cristo, enunciada en el año 638, provocó de inmediato la firme oposición de un grupo de monjes orientales cuyos profundos conocimientos de teología los convertía en adversarios temibles. La defunción del papa en octubre de dicho año no solo marcó el inicio de la reacción occidental contra el monotelismo, sino que se vio acompañada de rumores en Roma de que Honorio había retenido en la residencia papal, el palacio de Letrán, el dinero enviado para pagar al ejército. Aprovechando este runrún y el vacío de poder existente antes de la consagración del nuevo papa, el cartulario Mauricio, uno de los subordinados de Isaac, irrumpió en Letrán y envió al exarca una carta en la que le informaba de las inmensas riquezas acumuladas por muchos de los obispos precedentes. Isaac fue a Roma y decidió llevarse el tesoro, en parte para pagar al ejército y en parte para apoyar al emperador con el envío de cierto porcentaje a Heraclio. Para ello tuvo que desterrar temporalmente al clero de Roma a otras ciudades[13]. Más tarde los clérigos se quejaron de que, al saquear el palacio, Isaac se había llevado los recursos legados a la Iglesia para limosna destinada a los pobres, para la redención de cautivos y para orar por las almas de muchos donantes cristianos. Pero Isaac tenía que pagar a sus tropas, además de imponer la teología imperial, y utilizó el dinero para consolidar la política de Heraclio. Tras un largo intervalo de diecinueve meses, Severino fue consagrado papa el 28 de mayo de 640, pero murió al cabo de solo dos meses.

El saqueo del palacio de Letrán coincidió con una creciente oposición a la doctrina monotelita de la voluntad de Cristo, encabezada por el patriarca Sofronio de Jerusalén y por Máximo, un monje apodado posteriormente el Confesor, que fue a Roma para advertir al papa del peligro de la nueva herejía. Tanto el papa Juan IV (640-642) como su sucesor, Teodoro (642-649), condenaron el monotelismo por considerarlo contrario a las tradiciones de la Iglesia antigua, lo que provocó un cisma no solo entre las sedes de Roma y

Constantinopla, sino también entre Roma y Rávena, donde el exarca Isaac apoyaba la posición imperial. A la muerte de Heraclio, en el año 641, su política religiosa había fracasado tanto en Oriente como en Occidente. En algunas regiones, los contumaces defensores de los Tres Capítulos sospechaban que Constantinopla era ahora la fuente de doctrinas poco de fiar, cuando no heréticas.

El resurgimiento del poder de los longobardos

Mientras reinaba toda esta agitación teológica, el exarca Isaac se enfrentaba a las amenazas militares de los longobardos gobernados por los reyes Arioaldo (626-636) y Rotario (636-652), con energías renovadas gracias al resurgimiento de su fe arriana tradicional. Además de reproducir la anterior rivalidad entre líderes religiosos —«había dos obispos en casi todas las ciudades del reino, uno católico y otro arriano»—, el resurgimiento de las comunidades arrianas entre los longobardos reforzaba sus ambiciones militares de conquistar todo el territorio imperial. Además de los habituales esfuerzos diplomáticos para enfrentar a una fuerza hostil con otra, Isaac envió tropas imperiales para hacer frente a los longobardos que invadían los ducados del Véneto, al norte de Rávena, y llevó a cabo una campaña en el noroeste de Italia, donde Rotario consolidó su dominio sobre Liguria al capturar Génova y Albenga, así como Luni, ya en la Toscana. Pablo el Diácono afirma que los longobardos derrotaron a Isaac cerca del río Scultenna (Panaro), donde cayeron ocho mil soldados, lo que, de ser cierto, habría supuesto una pérdida terrible para el exarca[14].

En el Véneto los longobardos ocuparon gran parte de la tierra firme y obligaron a los habitantes de Oderzo y Altino a huir a las islas de las lagunas de la cabecera del Adriático, donde formaron los poblados de Cittanova, que más tarde se convertiría en Venecia, y Torcello, respectivamente. El obispo de la localidad, Mauro, dejó constancia del patrocinio de Isaac en la fundación de una iglesia dedicada a Santa María, Madre de Dios, en Torcello, mediante una inscripción del año 639.

> Por orden del piadoso y devoto señor Isaac, excelentísimo exarca y patricio, en pro de su persona y de su ejército, fue construida [esta iglesia] desde sus cimientos por Mauricio, glorioso *magister militum* de la provincia del Véneto […].[15]

Es posible que Isaac también interviniera cuando un pueblo invasor del norte, que se suele identificar con los búlgaros, en su huida de la dominación de los ávaros en Panonia, avanzó hacia la Galia e Italia.

Algunos se instalaron en la Italia central con el beneplácito del duque longobardo de Benevento, mientras que otros llegaron a la Pentápolis, en el territorio que controlaba Isaac, y su presencia la reflejan la onomástica y la toponimia de ambas regiones[16].

La revuelta de 642

Cuando el papa Juan IV murió en octubre de 642, el taimado cartulario Mauricio promovió una rebelión aún más descarada con la ayuda de las tropas locales que habían saqueado Letrán. Afirmando que el exarca Isaac pretendía erigirse en emperador, Mauricio intentó convencer a toda la población de Roma y de las ciudades vecinas de que le juraran lealtad solo a él. Isaac reaccionó enviando a Dono, *magister militum*, y a un *sacellarius* (tesorero) para sofocar la revuelta, y estos capturaron a Mauricio y lo mataron. Su cabeza fue llevada a Rávena y expuesta en un poste en el centro del circo, el castigo típico reservado a los rebeldes. En el año 643, antes de que se decidiera cómo escarmentar a los demás participantes en la revuelta, Isaac murió[17].

El *Libro de los pontífices de Roma* recoge su defunción como un acto de Dios, un castigo divino por su lealtad a la doctrina monotelita a la que se oponía Roma. Su afligida viuda, Susana, adquirió un sarcófago de la Antigüedad tardía para su tumba, en cuya tapa mandó grabar una inscripción sobre su vida y hazañas en trímetros yámbicos griegos. En ellos se afirma que Isaac «mantuvo a Roma y Occidente a salvo para sus serenos monarcas», y se le elogia por su origen armenio y por lo insólitamente largo de su mandato (figuras 34 y 35)[18]. Este magnífico sarcófago, que aún puede admirarse en el interior de la iglesia de San Vital, data del siglo V, y en él vemos a los Reyes Magos presentando sus regalos a la Virgen y al Niño, una elaborada cruz flanqueada por pavos reales en los laterales, y a Daniel en el foso de los leones y la resurrección de Lázaro en los extremos. A todos los obispos de Rávena los enterraban en estos sarcófagos de impresionante factura[19].

El epitafio de Isaac probablemente lo eligiera Susana, que pagó al autor de los versos y al grabador, el cual labró con gran habilidad la inscripción a ambos lados de la cruz que ya estaba tallada en la tapa. Las letras griegas se grabaron con gran precisión y exactitud; son muy diferentes de las inscripciones griegas contemporáneas de Roma o Vicenza y no presentan ninguna influencia de la epigrafía latina. Los espíritus y acentos debieron de añadirse mucho más tarde, probablemente en el Renacimiento, cuando también se incorporó una traducción latina de los versos en el otro lado de la tapa[20]. Toda la

inscripción griega se presenta de tal manera que los versos pueden leerse de izquierda a derecha a través de la división central formada por la cruz, o en dos secciones separadas por ella. Al emplear el griego, Susana mostraba su aprecio por la lengua que se usaba en las altas esferas del Gobierno e identificaba al gobernador como alguien que pertenecía al entorno cultural de la Constantinopla imperial. Aunque su epitafio en griego no lo entendieran la mayoría de los raveneses, en su sello Isaac se identificaba también en latín (como *patricius et hexarchus*[21]). Al igual que sus predecesores, debía de utilizar el latín para escribir cartas a los funcionarios locales, a los reyes longobardos y a los papas, mientras que empleaba el griego para comunicarse con Constantinopla[22].

Se conoce asimismo a Isaac por otra inscripción en griego dedicada a su sobrino Gregorio, muerto a los once años, que se halla en Comaclum (Comacchio), cerca de Rávena, y que está también ejecutada con esmero[23]. La identidad trilingüe del exarca armenio refleja la gran diversidad étnica tanto del Imperio de Oriente como de los exarcados occidentales, donde podían hacer carrera los militares hábiles y los administradores expertos. Es posible que uno de ellos fuera Paulacis, un soldado del *numerus* armenio, que vendió una propiedad llamada Terriatico a la archidiócesis de Rávena por treinta y seis sólidos en 639. En Classe está documentada una *schole gentilium* (cohorte de guardias) y existía otra *schola forensium* para los secretarios, que representaban a los administradores de nivel inferior que sabían leer y escribir. Como hemos visto, en Rávena había varios griegos que firmaban los documentos con letras del alfabeto griego, mientras que otros mercaderes, cambistas y funcionarios actuaban como testigos de documentos jurídicos escribiendo sus nombres en caracteres griegos[24]. Las personas cultas seguían deseando alcanzar y ampliar su dominio del griego. Rávena era precisamente el tipo de lugar en el que se conservaba el conocimiento bilingüe, reforzado por la llegada periódica de funcionarios enviados por Constantinopla, así como por el estudio de textos médicos, litúrgicos y geográficos.

23
El doctor Agnelo

En el rico y variado entorno cultural de la Rávena de principios del siglo VII, la ciudad era también un centro de aprendizaje médico. Había una escuela de medicina griega representada por Leoncio, *medicus ab schola greca*, y probablemente otra *schola*, un gremio o agrupación de profesionales, de expertos de habla latina[1]. En vista de que Casiodoro menciona a un funcionario local que tenía el encargo de resolver cualquier disputa entre médicos, cabe suponer que en la ciudad se practicaban diferentes tradiciones médicas[2].

El médico ravenés más famoso era Agnelo, que impartía clases en latín sobre los textos elementales más importantes de Galeno, cuyas lecciones copió un discípulo o estudioso más joven, quizá su amanuense, llamado Simplicio[3]. Este escriba firmó tres veces su manuscrito con la fórmula «De la voz de Agnelo, *yatrosophista*, yo, Simplicio, con la ayuda de Dios, lo leí y escribí en Rávena con éxito» (figura 46). A Agnelo le atribuye los títulos de *archiatros* (médico jefe) y *yatrosophista* (alguien que enseña medicina), mientras que Simplicio se identifica como *medicus*. Este tomó apuntes de las clases orales del doctor Agnelo —seguramente por medio de notas taquigráficas, ya muy conocidas en la época— y con ellos creó la versión más completa que se conserva del *Ars medica* de Galeno en latín. El original griego del siglo II se ha reconstruido a partir de esta fuente[4]. Si tenemos en cuenta que Agnelo seguía los comentarios de Olimpiodoro de Tebas, un experto alejandrino cuya obra llegó a Rávena hacia el año 550, su actividad puede situarse en la segunda mitad del siglo VI o más tarde, quizá una generación después de Leoncio, de cuya escuela de medicina, donde se enseñaban y practicaban las antiguas técnicas griegas, debía de formar parte[5].

Las clases del doctor Agnelo consistían en una serie de comentarios en latín de las obras más importantes de Hipócrates y Galeno, cuyos textos habían sido copiados y comentados por generaciones de maestros en Oriente, pero eran poco conocidos en Occidente. Estos fundadores de la medicina griega antigua habían investigado los aspectos tanto teóricos como prácticos, que se enseñaban en las escuelas, sobre todo en Alejandría, hasta los siglos VII y VIII. Agnelo

presentaba a sus alumnos las obras de Galeno, comenzando por la más elemental, *De sectis* (sobre las diferentes escuelas y enfoques de los problemas médicos), y continuando por el *Ars medica* («El arte de la medicina», más tarde conocido con el nombre de *Techni*), *De pulsibus ad tirones* («Sobre el pulso», para los principiantes) y, por último, un comentario anónimo en latín sobre la *Therapeutica ad Glauconem* de Galeno, «porque no podemos curar las fiebres a menos que conozcamos por el pulso los cambios de la naturaleza»[6]. También impartía cursos más avanzados sobre etiología. En Alejandría los estudiantes comenzaban con los *Aforismos* de Hipócrates y luego pasaban a dieciséis libros de Galeno en siete cursos consecutivos, al igual que tenían que dominar el *Organon* de Aristóteles antes de poder estudiar a Platón. La formación médica que se impartía en Alejandría sirvió de inspiración a la escuela de Rávena, que ha sido descrita como «sin duda el epicentro del aprendizaje de la medicina más avanzado de la Antigüedad tardía […]. Fue la respuesta del Occidente latino a Alejandría en el Oriente griego, que fue el principal centro de enseñanza y práctica de la medicina del mundo bizantino hasta el siglo VII»[7].

En sus clases, Agnelo complementaba los comentarios a los textos médicos de Galeno con una condena explícita de la escuela «metodista» de medicina, que ignoraba los factores internos y externos en el mantenimiento de la salud (*De sectis*); era partidario de la escuela «empirista», que defendía la observación de todas las influencias posibles. También daba más importancia a las cuatro causas que pueden modificar el pulso (*De pulsibus*[8]). Su principal innovación, no obstante, radica en sus comentarios sobre el *Ars medica* de Galeno, a los que Agnelo incorporó al parecer ideas de autores griegos del siglo IV, Nemesio, un obispo sirio, y Posidonio, un médico de Bizancio, que relacionaban la función de tres cualidades humanas —la imaginación, la inteligencia y la memoria— con ventrículos concretos del cerebro, el anterior, el central y el posterior[9]. En su comentario de los textos griegos, Agnelo destaca la naturaleza blanda y húmeda de la parte anterior del cerebro, que compara con la cera, en la que se puede estampar una imagen, y que se vuelve más dura en la parte posterior. La capacidad de aprender se ve facilitada por una sustancia en la que pueden grabarse impresiones: el *logismos*, la razón, un espíritu abundante y sutil que penetra en los nervios. En cambio, la memoria se debe a una sustancia más estable, que Agnelo asocia con el ventrículo posterior[10].

Estas divisiones están asimismo relacionadas con el concepto hipocrático de los cuatro humores del cuerpo —sangre, bilis amarilla, bilis negra y flema—, que, con los temperamentos correspondientes, determinan el carácter del alma. Agnelo, siguiendo esta tradición,

atribuye el mal juicio y la ira excesiva de los tiranos a una sequedad colérica y caliente, a diferencia del *imperator*, que es justo y sabio y trata de contener la ira con un temperamento frío. Insinúa además que los malos hábitos, que pueden ser hereditarios, pueden corregirse mediante la formación filosófica y la obediencia a las leyes, idea que Galeno saca de Platón[11].

La transcripción de estas clases por parte de Simplicio es todo lo que sabemos acerca del doctor Agnelo. Su texto se conserva en una copia del siglo IX realizada en Milán, que se encuentra en la Biblioteca Ambrosiana de dicha ciudad. La exposición oral, parte integrante de la didáctica antigua, era el método pedagógico normal de comunicación en todos los ámbitos. Y a partir de los apuntes de lo que decía un maestro se puede seguir el desarrollo de las distintas materias. Este fue el procedimiento que transmitió la mayor parte de la enseñanza de Galeno; el texto original en griego de su *De sectis* seguramente se recopiló a partir de los apuntes dictados a sus discípulos o tomados en clase[12]. Del mismo modo, cuando Julio Honorio hacía presentaciones orales sobre la geografía del mundo, probablemente a finales del siglo IV o principios del V en el norte de África, se ordenó a un alumno que escribiera su explicación de la *sphaera*, un mapa redondo del mundo[13]. Más tarde, el anónimo Cosmógrafo de Rávena expondría verbalmente sus conocimientos de geografía, y mucho más tarde aún el historiador Agnelo leería en público su *Libro de los pontífices de Rávena*[14].

Agnelo y Leoncio fueron sin duda productos de las escuelas de medicina de Rávena, patrocinadas por Teodorico y sus sucesores, donde se practicaba la traducción de textos griegos, incluidos los comentarios de los cuatro textos fundamentales de Galeno y el enorme compendio de conocimientos médicos de Oribasio, los *Aforismos* de Hipócrates[15]. El traductor de Oribasio hace constar que trabajaba en Rávena bajo los auspicios de la corte goda y emplea términos en latín parecidos a los que se encuentran en las versiones del corpus hipocrático escritas en dicha lengua[16]. Boecio tradujo activamente a Aristóteles y a otros autores griegos importantes. En los nuevos textos médicos en latín, encontramos una preponderancia de términos; las traducciones literales de los tecnicismos van seguidas de un equivalente en latín, o de la contraposición entre «lo que dicen los griegos y lo que decimos nosotros [en latín]»[17]. Esto encaja con la práctica habitual en los comentarios escritos en el Mediterráneo oriental, por ejemplo por Juan de Alejandría, Paladio, Gesio y Estéfano de Atenas, que suelen tomar una idea del texto traducido para iniciar su comentario y vuelven a los originales griegos, lo cual implica que los textos circulaban en ambas versiones[18]. Aunque no existen pruebas de que el doctor Agnelo estudiara en Alejandría, es

probable que lo hiciera, y de otro médico ravenés, llamado Martyrius, se dice que había estudiado con expertos de Oriente[19].

En las versiones en latín de los cursos preparatorios de Galeno también hay dos alusiones al estudio de la orina, una herramienta de diagnóstico fundamental en la práctica médica antigua. Ambas se refieren a las obstrucciones de la vejiga causadas por la grasa y el humor glutinoso o los cálculos. A continuación se describen los tratamientos para eliminar tanto la grasa como los cálculos, y si estos no funcionan «debemos entonces recurrir a instrumentos que consigan desalojar el cálculo, por ejemplo un catéter. Si el catéter tampoco da resultado, debemos seguir un procedimiento quirúrgico que llamamos litotomía»[20]. Así pues, Agnelo conocía la forma de eliminar los dolorosos cálculos biliares, y un médico moderno que lo ha estudiado cree que probablemente los había puesto en práctica; su experiencia incluía a buen seguro la cirugía basada en principios antiguos.

El manuscrito en el que se conserva el texto de Simplicio contiene también tres textos de Hipócrates traducidos en Rávena, así como himnos de celebración de las festividades de San Severo y San Andrés, lo que pone de manifiesto el origen ravenés del doctor Agnelo y sus discípulos[21]. Otra prueba de las tradiciones médicas de Rávena es la existencia de varios palimpsestos (literalmente «dos veces raspados»), que contienen restos de un texto anterior borrado para crear un pergamino nuevo. Varias copias del siglo VIII de las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla fueron escritas en un pergamino reutilizado en el que se conserva un subtexto de fragmentos de Galeno en griego, de la Biblia goda, de otra Biblia latina y de un texto matemático griego de Antemio de Trales. Aunque tradicionalmente se asocian al monasterio de Bobbio, es más probable que procedan de Rávena, de donde salieron algunos manuscritos griegos y godos para que los limpiaran y reciclaran los copistas de las *Etimologías*. Otros textos arrianos procedentes de Rávena resultan apenas legibles debajo de un texto del Concilio de Calcedonia probablemente copiado por encargo por el rey Cuniperto cuando decidió abandonar los Tres Capítulos, un final simbólico para los documentos heréticos[22].

Como resultado de estos descubrimientos, cabe atribuir a Rávena otros textos en latín, entre los que se encuentran los *Aforismos* de Hipócrates y el *De observantia ciborum* del pseudo-Hipócrates (dos textos médicos que hoy se encuentran en el Vaticano y Nápoles), y la segunda versión en latín del *Euporista* de Oribasio[23], en la que se menciona a un tal Johannis, *pimentarius* de Rávena, que vende hierbas medicinales y tiene buen *tymia* («tomillo»). ¿Podría ser el mismo Johannis *pimentarius* que aparece en un papiro del año 539 (capítulo 14[24])? El compendio más importante sobre las propiedades de las hierbas y los tratamientos farmacológicos, *De materia medica*,

compilado por Dioscórides en el siglo I d. C., era sin duda conocido en Rávena. Aunque la autoría de las primeras versiones latinas se la atribuyan numerosos centros, una traducción conservada actualmente en Múnich se hizo a todas luces a partir de un modelo griego que procedía de Rávena[25]. Otro texto breve, *De herbis feminis*, también atribuido a Dioscórides, guarda asimismo relación con la ciudad[26]. Es probable que desde Rávena, procedente de la biblioteca de Casiodoro en Vivarium, se difundiera una colección de recetas médicas de principios del siglo VII que hoy se encuentra en Lucca[27]. El manuscrito en latín más antiguo de la antología de tratamientos conocida como *El alfabeto de Galeno*, los tratados ginecológicos de Hipócrates y la versión en latín de *Sobre la gota*, de Rufo de Éfeso, confirman que Rávena era un importante centro de producción de manuscritos médicos, con escribas competentes en griego, latín y godo[28].

Esta insólita concentración de conocimientos médicos solo tenía parangón en el exarcado del norte de África, el otro enclave del Imperio de Occidente donde también se traducían textos griegos al latín antes de la conquista árabe de 698. Tanto Rávena como Cartago demuestran, pues, la existencia de vínculos culturales con el Mediterráneo oriental, pero Rávena es el centro en el que se puede documentar una práctica importante de la medicina. Con sus comentarios a las principales obras de Hipócrates y Galeno, el doctor Agnelo representó un desarrollo de la escuela médica alejandrina y manifestó curiosidad por textos griegos difíciles que ya eran una rareza a finales del siglo VI[29]. Su obra influyó en los manuscritos beneventanos, mucho más tardíos, de la traducción y el comentario en latín de los *Aforismos* de Hipócrates, en los comentarios que Bartolomé de Salerno efectuó en el siglo XI y en muchos autores médicos medievales más tardíos[30]. Sus peculiares métodos pedagógicos deben relacionarse con los vínculos directos de Rávena con Constantinopla y Alejandría, aunque es imposible recrear su plan de estudios ni datar con mayor precisión su actividad. Es probable que los intereses de Agnelo fomentaran el conocimiento del griego que más tarde manifestó un traductor local bilingüe, que demostró semejantes aptitudes que el emperador lo llamó a la Reina de las Ciudades (véase el capítulo 25). Y, por supuesto, le inspiró a Simplicio la redacción de varios tratados complejos sobre tratamientos que ofrecen una clara síntesis de los conocimientos médicos de la antigua Grecia y que serían una fuente clave para su transmisión al Occidente latino.

Sexta parte

610-700
La expansión del islam

24
Las conquistas de los árabes

Durante siglos, el Imperio romano se había enfrentado a la otra gran potencia de Oriente Próximo, Persia. El antiguo Imperio persa siempre había desafiado al mundo mediterráneo, y sus amenazas habían obligado a todos los monarcas del siglo VI, como Justiniano, a combatir en las fronteras orientales de Roma. Entre 622 y 628, el emperador Heraclio luchó para aplastar el poder de Persia y finalmente lo consiguió. El anuncio oficial de la victoria se envió al patriarca, que lo leyó al pueblo de Constantinopla congregado en la iglesia de Santa Sofía, captando el momento triunfal.

> Que todos los habitantes de la Tierra exulten ante Dios, acudan temblando a su presencia y reconozcan que es en verdad el Señor. Él es quien nos ha creado, y no nosotros. Somos su pueblo y ovejas de su redil […]. Y es que ha caído el arrogante Cosroes, enemigo de Dios […] su memoria ha sido borrada de la faz de la Tierra […] en su soberbia, se revolvió contra nuestro Señor Jesucristo […] y su inmaculada Madre, nuestra reverenda Señora, Madre de Dios, siempre Virgen María. Cayó el impío estrepitosamente[1].

Era una victoria de los cristianos sobre un monarca zoroastriano que había arrastrado al patriarca de Jerusalén, junto con su grey y la reliquia de la Vera Cruz, al cautiverio babilónico en Ctesifonte. Con gran solemnidad, el 21 de marzo de 630 Heraclio restituyó la Vera Cruz a su legítimo lugar en Jerusalén.

El emperador volvió a imponer la administración romana en las provincias orientales de Palestina y Siria, y dejó a un gobernante dócil y prorromano en el trono de Persia, pero ambos imperios salían exangües de una larga guerra que había agotado sus fuerzas militares. Aunque conocía la importancia de la información que le proporcionaban «los sarracenos súbditos de nuestro cristiano Estado» —los miembros de las tribus gasánidas y lájmidas que vivían en el desierto de los confines orientales de Siria y Palestina—, los funcionarios imperiales, insensibles a los disturbios en la región de Arabia, se negaron a pagarles el tributo habitual. Tanto si se trató de

un cambio de política poco meditado como de una iniciativa de los comandantes locales, eso hizo que algunos miembros de las tribus renunciaran a su papel tradicional y dejaran sin vigilancia ni protección parte de la frontera del sudeste. Así, a las tribus árabes les resultó mucho más fácil dirigirse hacia el norte en sus camellos para atacar las prósperas tierras de Palestina.

La combinación de un cambio en la política de fronteras y la introducción del monotelismo resultó nefasta para el control imperial de estas regiones; el desacuerdo en asuntos religiosos acentuó las divisiones entre la población cristiana, al tiempo que se abandonaba la forma tradicional de recabar información. Desde principios del siglo VII, la aparición entre las tribus del desierto de Arabia de una fuerza de signo contrario que tendía hacia una mayor unidad política y estaba dotada de un nuevo propósito religioso transformó sus incursiones en la ocupación de provincias tanto del Imperio romano como del persa. Inspirados por el profeta Mahoma, que dictó su visión del islam («sumisión» a Alá, Dios) como la última revelación divina a la humanidad, la familia y la tribu del profeta, y gradualmente muchas otras tribus árabes, adoptaron el nuevo monoteísmo. En el año 622, Mahoma trasladó su comunidad de La Meca a Medina y marcó el acontecimiento como el inicio de un nuevo calendario lunar musulmán, el año 1 de la hégira (*ah*). Mahoma unió bajo su liderazgo a numerosas facciones rivales y en 629 recuperó La Meca, donde destruyó los 360 ídolos paganos del centro de peregrinación de la Kaaba. Subrayando la naturaleza espiritual del islam, encomendó a sus seguidores la misión de difundir su nueva fe más allá de los desiertos de Arabia. Tras su muerte, en el año 632, los musulmanes ocuparon rápidamente las prósperas provincias de Palestina; conquistaron Jerusalén entre 635 y 638, ocuparon Siria después de 636, y Alejandría y la mayor parte de Egipto en 642[2]. La rapidez de sus conquistas debe relacionarse con la nueva doctrina monoteísta pronunciada en su propia lengua (el árabe clásico), que se transmitió oralmente hasta quedar por escrito en el Corán, un libro sagrado que pretendía sustituir tanto al Antiguo como al Nuevo Testamento[3].

Tras presenciar una aplastante derrota en la batalla del río Yarmuk, una barrera natural en la provincia de Palestina II (636), Heraclio ordenó la retirada de las fuerzas imperiales tras los montes Tauro, en el este de Asia Menor, y los árabes establecieron su capital en Damasco, desde donde se apoderaron de todo el territorio del Imperio persa y asaltaron Asia Menor casi todos los años, decididos a conquistar Constantinopla. Era una amenaza real y constante; los antiguos nómadas incorporaban al islam todas las ciudades y tierras que conquistaban, lo que alumbró una nueva potencia independiente. Su ambición se vio frustrada al principio por la barrera de los montes

Tauro y más tarde por la voluntad y las murallas de Constantinopla, pero los emperadores nunca fueron capaces de revertir las conquistas árabes iniciales de la década de 630.

Un efecto inmediato de las campañas de los árabes fue la catastrófica pérdida de ingresos fiscales, así como de mano de obra para el ejército y la actividad mercantil[4]. Además de las frecuentes incursiones por tierra, los árabes pusieron a su servicio las destrezas marineras de las poblaciones cristianas de Alejandría, Siria y Líbano para construir barcos e iniciar una guerra naval contra las islas de Chipre, Rodas e incluso algunas ciudades del Egeo. Cuando Heraclio murió en 641, la accidentada sucesión de su hijo provocó una gran crisis que duró casi diez meses, hasta que su nieto de doce años, Constante II, fue aclamado como único soberano bajo la tutela de un consejo de regencia. La edad del nuevo emperador, las repetidas derrotas sufridas por las unidades militares imperiales y la aparición del islam, que aspiraba a sustituir tanto al judaísmo como al cristianismo, no auguraban nada bueno para la supervivencia del Imperio. Si los seguidores de Mahoma se hubieran apoderado finalmente de los recursos de la capital de Oriente, la historia del mundo habría sido muy distinta, pero, gracias al consejo de regencia que apoyó al joven Constante II, a su propio reinado (*c*. 650-668) y a los de su hijo y su nieto (Constantino IV, 668-685, y Justiniano II, 685-695 y 705-711), la ciudad resistió. En el proceso de adaptación a un territorio mucho menor, el Imperio romano de Oriente sufrió una profunda transformación.

Las rápidas conquistas de los árabes dieron lugar a una división tripartita del mundo mediterráneo, con un litoral oriental y meridional dominado por el islam, un imperio cristiano muy reducido con capital en Constantinopla, y las regiones aisladas y fragmentadas del Occidente cristiano, todavía bajo presión de los pueblos germánicos. En Cartago, el exarca Gregorio vio en el avance de los árabes una oportunidad para proclamar su independencia, pero su rebelión fracasó y fue asesinado en 649. Los testigos de la época subestimaron el carácter permanente del avance musulmán en el Mediterráneo, aunque los continuadores de la *Crónica* de Fredegario dejaron constancia de la derrota de los árabes cerca de Poitiers en 732 (también anotada por Beda, activo en el norte de Inglaterra). Las crónicas hispanomozárabes anónimas de los años 741 y 754 mencionan la pesadilla del emperador Heraclio sobre unas ratas del desierto que lo devoraban sin piedad (sin referencias específicas al islam[5]). Llegaron a Italia refugiados que contaban su huida de los árabes, y el *Libro de los pontífices de Roma* informa de que en 650 en Sicilia ya vivían los sarracenos, sin hacer referencia a la magnitud de las conquistas islámicas, aunque a finales del siglo VIII Pablo el

Diácono menciona al pueblo sarraceno, «infiel y enemigo de Dios», que había penetrado en África desde Egipto y capturado Cartago[6].

Para Constantinopla, la aparición del islam supuso un claro punto de inflexión, pero el impacto global de las conquistas árabes es un aspecto muy controvertido. La centenaria tesis de Henri Pirenne —«Carlomagno, sin Mahoma, sería inconcebible»— sigue suscitando debates sobre el declive del comercio en todo el Mediterráneo. Aun así, tenemos cada vez más pruebas de la existencia de transporte marítimo de cabotaje, procedentes de pecios, y las informaciones que poseemos sobre actos de piratería y de cooperación entre comerciantes musulmanes y cristianos (y entre gobernantes en el caso de Chipre) apuntan a que la demanda de papiro, especias y productos de lujo orientales en Occidente pudo satisfacerse gracias a una actividad comercial ininterrumpida[7]. Los nuevos hallazgos de cerámica importada en Classe se suman a las pruebas de los contactos incesantes entre Rávena y el Mediterráneo oriental, aunque menos frecuentes que en siglos anteriores[8]. En Constantinopla, las regiones occidentales del Imperio adquirieron una importancia mucho mayor, como recurso para ayudar al asediado Oriente y como refugio de la continua presión a lo largo de una frontera que ahora se situaba en los montes Tauro. La magnitud de las pérdidas del Imperio, en particular la caída de Egipto, de cuyo suministro de cereales había dependido Constantinopla durante siglos, dio lugar a la búsqueda de fuentes de abastecimiento alternativas más cercanas a la capital y, probablemente, a un cambio de dieta.

El reinado de Constante II

El consejo de regencia que ejerció el poder en Constantinopla entre los años 641 y 650 tuvo que centrar toda la capacidad militar imperial en defender lo que quedaba del Imperio de las constantes embestidas de los árabes. Y, cuando Constante II cumplió veintiún años e insistió en gobernar sin su consejo, su bravuconería juvenil y su inexperiencia estuvieron a punto de costarle la vida cuatro años después, en 654. En una batalla naval librada frente a la actual localidad turca de Finike, en la costa meridional de Licia (en Asia Menor, llamada por entonces Phoinike), se salvó del desastre disfrazándose con las ropas de un guardia leal que pereció, mientras los árabes ponían proa al Egeo para capturar Rodas y Cos, y asaltar Creta. La armada árabe pretendía enlazar con los ejércitos terrestres enviados desde Damasco para sitiar la capital, que solo se salvó por la intervención divina. Según el historiador armenio Sebeos, «una gran tempestad agitó el mar […] las olas se amontonaron como las cumbres de montañas altísimas y el

viento se arremolinó y chocó contra ellas y rugió como el trueno, y del abismo surgió un estruendo». Estas violentas turbulencias duraron seis días e hicieron pedazos a la flota árabe, arrojando por la borda a las tripulaciones de los navíos, donde unos pocos sobrevivieron agarrados a tablas hasta que «el mar abrió las fauces y se los tragó»[9]. Los comandantes militares árabes que esperaban en Calcedonia a que los transportasen al otro lado del Bósforo para sitiar Constantinopla, se vieron obligados a retirarse. La capital había sobrevivido a una grave amenaza militar, pero los árabes no habían renunciado a su objetivo de capturarla y lo volverían a intentar en 667-669 y 717-718.

Desafiado por el nuevo monoteísmo islámico, el Gobierno de Constantinopla renovó sus esfuerzos por unir a los cristianos del Imperio. Constante II se mantuvo fiel a la teología de su abuelo Heraclio —la doctrina de la energía y la voluntad únicas de Cristo, en lugar de la suma de una energía y una voluntad humanas y una energía y una voluntad divinas— formulada en la *ectesis* («confesión de fe») de 638[10]. La doctrina monotelita había sido discutida en las iglesias de Chipre, el norte de África e Italia, y los argumentos sobre la voluntad única de Cristo debieron de ser puestos a prueba en Rávena, donde el exarca Isaac defendía la posición imperial. En Roma, sin embargo, el papa Juan IV había condenado la *ectesis*, y la oposición al monotelismo se endureció con la elección como sucesor suyo de Teodoro, hijo de un obispo de Jerusalén[11]. Fue el primero de una serie de once papas grecohablantes, elegidos entre los años 642 y 715 y que tenían en común el hecho de haber nacido en Siria, Grecia (en el sentido de Imperio de Oriente), Sicilia y el sur de Italia; su conocimiento del griego resultó muy importante durante las disputas teológicas de la época. Dado que este grupo supuso una ruptura clarísima con el acostumbrado nombramiento de obispos elegidos entre el clero romano, debió de existir una clara preferencia por este tipo de candidatos y una presión organizada por parte de las comunidades de refugiados palestinos en Roma para conseguir su designación[12]. El arzobispo Sergio de Chipre ya había puesto sobre aviso al papa Teodoro sobre la polémica del monotelismo, y fue durante su pontificado cuando el problema teológico de la voluntad o las voluntades de Cristo se entrelazó con la lealtad política a Constantinopla.

Roma, campeona de la ortodoxia

Como hemos visto, la oposición inicial al monotelismo estuvo encabezada por los teólogos orientales, sobre todo Máximo el Confesor y su maestro y amigo Sofronio, patriarca de Jerusalén, que habían

recalcado la importancia de las dos voluntades que operaban en Cristo. Ambos lograron demostrar que la voluntad divina correspondía a la voluntad del Padre y la voluntad humana, al Cristo encarnado, lo que desmontaba la posición imperial. Además, también defendían el papel de Roma como piedra angular apostólica que sostenía la ortodoxia cristiana frente a las derivas heréticas de Constantinopla[13]. En un debate público celebrado en Cartago en el año 645, sus argumentos convencieron a Pirro, el expatriarca monotelita de Constantinopla, que se retractó, y Máximo lo acompañó a Roma, donde lo recibió el papa Teodoro. En combinación con monjes palestinos y sirios, refugiados de las invasiones musulmanas, Roma se convirtió en el centro de la oposición al monotelismo y defendió la doctrina de las dos voluntades (duotelismo). Allí Pirro volvió a cambiar de opinión y, como dice el *Libro de los pontífices*, «regresó de nuevo, cual perro, al vómito de su impiedad». El papa Teodoro organizó un encuentro de sacerdotes y clérigos romanos para condenar a Pirro, que huyó a Rávena y desde allí regresó a Oriente. El papa envió sus propios legados a Constantinopla para convencer al nuevo patriarca, Pablo, del error del monotelismo, y su fracaso provocó un cisma entre Roma y Constantinopla[14].

El cisma puso a las autoridades de Rávena en una situación comprometida. A lo largo del siglo VII, una serie de veteranos oficiales del ejército, sucesores de Isaac, continuaron gobernando el exarcado, defendiendo el territorio y recaudando los impuestos destinados a apoyar a Oriente: Teodoro Caliopas (643-645), Platón (*c*. 645), Olimpio (649-653), Teodoro Caliopas (por segunda vez, 653-666), Gregorio II (documentado en 666), Teodoro II (678-687) y posiblemente dos más de los que solo tenemos constancia por sus sellos (Anastasio y Teocaristo[15]). Al contrario que el Egeo, bajo amenaza árabe, el Adriático seguía siendo una vía de comunicación marítima relativamente segura entre Rávena y la capital de Oriente, mientras que los longobardos constituían el principal enemigo terrestre y exigieron la atención de los sucesivos exarcas durante el periodo crucial de 641-685, cuando Rávena fue un centro vital del Imperio[16]. No obstante, la tensión entre el exarca, que representaba la autoridad política de la ciudad derivada de la capital de Oriente, y el arzobispo, su autoridad eclesiástica, subordinada a Roma, se convertiría en el símbolo de las crecientes diferencias entre Oriente y Occidente.

El monotelismo se desarrolló en respuesta a los triunfos del islam y apenas generó apoyo en Occidente, donde los sermones, escritos y debates públicos de Máximo el Confesor promovieron la oposición. Bajo el liderazgo del papa, esta nueva discrepancia teológica se sumó al cisma de los Tres Capítulos, que se remontaba al Quinto Concilio

Ecuménico de 553. Aunque los emperadores pretendían que sus definiciones de la fe unieran a los creyentes cristianos, sus iniciativas no hicieron más que profundizar las divisiones. Peor aún, algunos eclesiásticos occidentales empezaron a identificar Constantinopla como una fuente de argumentos poco ortodoxos que generaba herejías.

El papa Martín

En 647-648 el consejo de regencia que gobernaba en nombre de Constante II había promulgado un edicto imperial conocido como *Typos tes Pisteos* («Regla de la fe»), que prohibía toda discusión sobre la doctrina del monotelismo. Para el papa Martín (649-655) esta norma contravenía «las manifestaciones de los Santos Padres por medio de las afirmaciones de los herejes más nefandos para no dar ninguna definición o reconocimiento de una o dos voluntades u operaciones en Cristo, nuestro Señor». Condenó tanto el edicto como al patriarca Pablo (641-653), que había autorizado un ataque a los legados papales en Constantinopla: «De manera ilegal y presuntuosa ordenó que el altar consagrado que había en nuestra santa sede, en la casa de Placidia […] fuese derribado y destruido, impidiendo así que nuestros apocrisiarios […] recibieran los sacramentos de la comunión»[17]. Como parte de su respuesta, el papa Martín convocó un sínodo de 105 obispos en el palacio de Letrán, en Roma, para condenar a los que habían introducido tales novedades en la fe. Esto puso al arzobispo Mauricio de Rávena en una posición muy incómoda; se negó a asistir y así evitó manifestar su apoyo a la posición oriental u occidental sobre el monotelismo.

Una vez que el sínodo hubo emitido su anatema, Martín envió copias de este a «todas las provincias de Oriente y Occidente»[18]. Para Constantinopla, una oposición tan flagrante a la política imperial no podía quedar impune, y Constante ordenó al nuevo exarca, Olimpio, que mandara leer el *Typos* en todas las iglesias de Italia para que el clero le manifestara su adhesión. Si el papa no cejaba en su contumacia, habría que destituirlo. Olimpio se puso al frente del ejército de Rávena con el propósito de enlazar con el de Roma e imponer así la política imperial. Pero sus planes de detener al papa o de asesinarlo mientras oficiaba en la iglesia de Santa María la Mayor se vieron frustrados, y por otro milagro: el soldado al que habían encomendado la misión quedó ciego en el momento crucial[19]. El exarca abandonó entonces su «perversa» misión y se reconcilió con el papa Martín. En lugar de cumplir las órdenes imperiales, decidió atacar a los árabes en Sicilia, y el *Libro de los pontífices* señala que las

fuerzas romanas fueron derrotadas y el exarca enfermó y falleció[20].

En cuanto Constante II se enteró del desastre, envió a otro exarca, Teodoro Caliopas, y a un chambelán imperial, Teodoro Pelurio, a arrestar al papa. Cuando Martín se dio cuenta de que no podría escapar por segunda vez, seleccionó a un grupo de sus clérigos para que viajaran con él a Oriente y justificaran sus críticas a la teología monotelita. Pero los funcionarios imperiales lo detuvieron en la basílica Constantiniana, una famosa iglesia de Roma fundada por Constantino I, y lo subieron en secreto a un barco que zarpó antes del amanecer para que los demás no pudieran acompañarlo. Esto abrió una nueva fase en la campaña para imponer el monotelismo. El papa Martín fue juzgado por el Senado de Constantinopla; no se le permitió discutir ningún aspecto de la teología monotelita y fue condenado a muerte por contribuir a la revuelta de Olimpio, una acusación claramente política. En junio de 655 la sentencia fue conmutada por el destierro, y Martín fue enviado a Crimea, donde murió al cabo de un año[21]. Para sustituirle eligieron a Eugenio (654-657), y Roma rechazó la habitual encíclica del patriarca Pedro alegando que era «ininteligible […] por no ser explícita sobre las operaciones y voluntades de nuestro Señor, Jesucristo»[22].

Las divisiones se acentúan

El emperador convocó entonces un sínodo de todos los obispos de sus territorios para proclamar al monotelismo la doctrina oficial de la Iglesia. El sínodo se celebró entre finales de mayo y principios de junio de 662[23], y los patriarcas de Constantinopla, Antioquía y Alejandría, junto con el Senado constantinopolitano, condenaron la doctrina duotélica y juzgaron a sus defensores; Máximo el Confesor, el monje Anastasio y el legado papal Anastasio fueron apaleados, mutilados y condenados al destierro a perpetuidad[24]. Constante creía que uniendo a sus súbditos cristianos el Imperio contaría con una defensa más eficaz, pero su objetivo de ganarse a las numerosas comunidades monofisitas que vivían en las regiones de Oriente Próximo no tuvo mucho éxito. Su fracaso a la hora de resistir ante los árabes tuvo probablemente que ver con el hecho de que los conquistadores musulmanes estaban dispuestos a permitir que los cristianos y los judíos no se convirtieran al islam a cambio del pago de un impuesto. Puede que ambas comunidades religiosas se sintieran tentadas a adoptar su nueva condición de dimmíes (súbditos no musulmanes) bajo el dominio árabe. Semejantes preocupaciones no afectaban a los obispos de Roma, que podían insistir en que había que oponerse a la teología peligrosamente incorrecta del monotelismo.

Aunque Constante II hiciera público escarmiento con el papa Martín y Máximo el Confesor, no logró convertir a los cristianos de Occidente a sus doctrinas teológicas.

Parte del fracaso de Constantinopla a la hora de revertir las conquistas árabes y recuperar las provincias de Oriente Próximo se debió a esta obsesión por la teología y a las divisiones desatadas por el monotelismo. Mientras las diferencias doctrinales seguían siendo una preocupación, los árabes consolidaban su control sobre Jerusalén y Damasco, lo que dificultaba aún más cualquier plan de reconquista del Imperio. En este contexto agitado, Rávena era el centro desde el que los exarcas nombraban duques para gobernar Roma e intentaban obligar a los papas a aceptar las doctrinas teológicas orientales. La ciudad seguía siendo el eje del nexo del Adriático con Constantinopla, pero carecía de recursos para recrear su papel como capital alternativa de Occidente, como lo había sido en tiempos del rey godo Teodorico. Fijándonos en Rávena podemos apreciar la disminución de la influencia de Constantinopla y el aumento del desafío de Roma, en un proceso que dividió al mundo mediterráneo en tres sectores distintos bajo el impacto del islam y que hizo que el Imperio de Oriente se adaptara a su forma medieval, que hemos dado en llamar «Imperio bizantino»[25].

25
Constante II en Sicilia

Las relaciones del emperador Constante II con Occidente habían quedado marcadas por el trato que dispensó al papa Martín para que sirviera de recordatorio y manifestación de la autoridad imperial sobre Roma. Constantinopla se sirvió de los exarcas de Rávena para controlar la ciudad; con sus competencias militares y civiles fusionadas, se aseguraban de mantener los vínculos diplomáticos a pesar de las diferencias teológicas. Puede constatarse cierta mejora de las relaciones en la *Vida* del papa Vitaliano (657-672), que envió sus apocrisiarios con su carta sinodal a los «piadosos emperadores» de Constantinopla. Estos les entregaron un espléndido evangeliario «decorado con perlas de maravilloso tamaño» para que lo llevaran a Roma[1].

Ya por aquel entonces, dos ilustres prelados de Rávena, los arzobispos Mauro (649-671) y Reparato (671-677), habían empezado a batallar para librar a su archidiócesis de la subordinación a Roma[2]. La primera intentona correspondió al arzobispo Mauro, antiguo abad del monasterio de San Bartolomé, quien tal vez calculara que el fiel apoyo de Rávena a la teología imperial no quedaría sin recompensa. Cuando el papa Martín convocó a todos sus obispos al sínodo celebrado en Roma para denunciar el monotelismo, Mauro le dio largas y le escribió que no podía salir de Rávena debido a la amenaza de los longobardos[3]. Quizá estuviera preparando ya una petición al emperador para que concediera la independencia eclesiástica a Rávena. En la década de 650, Mauro fue a Constantinopla en varias ocasiones para negociar la liberación de su archidiócesis del control papal, una reivindicación que, al parecer, Constante II veía con buenos ojos, como demuestra el hecho de que el emperador concediera a Mauro el palio arzobispal, en señal de la independencia de su sede[4]. Tras esta victoria inicial en la lucha de Rávena por evitar el control de Roma, la cuestión central pasó a ser cómo debían ser consagrados sus arzobispos: ¿estaban obligados a ir a Roma para que los ordenase el papa, o bien la ordenación podía llevarse a cabo en Rávena por medio de tres obispos sufragáneos, como ocurría en otras diócesis occidentales?

Después de haber desterrado a los principales opositores al monotelismo el 8 de junio de 662, Constante aprovechó la guerra civil entre los árabes que siguió al asesinato del califa Utmán para firmar un tratado de paz que exigía a los musulmanes el pago de una cantidad elevada en concepto de tributo[5]. En lo que constituyó una acción sin precedentes, el emperador decidió ir a Sicilia, donde podría aprovechar los recursos de las provincias de Occidente para reconstruir sus fuerzas navales y militares, y en el verano de 662 partió al frente de un nutrido ejército, con el que pasó por Tesalónica, Atenas y Corinto (donde el pedestal de una estatua y numerosas monedas de bronce atestiguan su visita) porque la ruta más directa de la Vía Egnatia, que atravesaba los Balcanes hasta Dirraquio, estaba bloqueada por las tribus eslavas. Desde Corinto, el ejército y el emperador cruzaron el norte del Peloponeso hasta llegar a Patras, donde naves sicilianas transportaron las tropas al otro lado del Adriático hasta Tarento, en el tacón de la bota de Italia[6]. La llegada del emperador de Constantinopla a Occidente fue un punto de inflexión extraordinario en un momento en que el soberano había ideado una estrategia que le permitiera derrotar a los musulmanes. Sicilia era una base naval insular de habla griega que constituía un enlace clave entre las cuencas oriental y occidental del Mediterráneo. Tras su desastrosa derrota de Finike en 654, Constante se había dado cuenta de que era indispensable contar con un poderío naval adecuado para contrarrestar las victorias marítimas de los musulmanes. Su traslado a Occidente estuvo, pues, estrechamente relacionado con la construcción de nuevos buques de guerra que serían tripulados por hombres de la zona[7].

En 663 las tropas imperiales recién desembarcadas se enfrentaron a los longobardos en Benevento y avanzaron hasta Nápoles, donde el duque local debió de organizar una ceremonia de bienvenida (*adventus*) a la altura del emperador. Desde allí Constante se dirigió a Roma y, el 5 de julio de ese año, fue recibido por el papa Vitaliano y el clero «en el miliario 6 de Roma» y escoltado hasta la ciudad de la que era el indiscutible amo y señor. A pesar de que se trataba del responsable de la muerte del papa Martín y de que había efectuado declaraciones doctrinales condenadas por herejía por muchos obispos romanos anteriores, había que hacerle los honores. Vitaliano acompañó al emperador a San Pedro, donde rezaron, y luego Constante se retiró al antiguo palacio de la colina del Palatino. El *Libro de los pontífices* describe con detalle su visita de dos días, incluida la liturgia dominical en San Pedro, a la que asistió todo el ejército, todos con cirios en la mano, y durante la cual el emperador depositó un

palio tejido con hilo de oro en el altar. Constante hizo, además, otros regalos a todas las iglesias romanas que visitó. Se bañó y cenó en la basílica de Vigilio, en el palacio de Letrán, y durante su estancia, como para recordarles a los romanos que era su soberano, ordenó a sus soldados que saquearan la ciudad. «Desmanteló todos los ornamentos de bronce de la ciudad, retiró las tejas de bronce del tejado de la iglesia de Santa María *ad Martyres* y las envió a la ciudad imperial». A continuación, cual conquistador cargado con un botín, Constante regresó a Nápoles, continuó hacia Regio de Calabria y luego cruzó el estrecho hasta desembarcar en Sicilia, donde instaló su corte en Siracusa[8]. El gobernador de la isla puso su palacio a disposición del emperador, y desde allí Constante pudo disfrutar de las carreras de cuadrigas y caballos que aún se celebraban en el hipódromo siracusano.

Una vez instalado en Sicilia, el emperador ordenó que se realizara un inventario preciso de las fincas para poder recaudar fondos que cubrieran las necesidades militares, lo que suscitó fuertes resquemores, tal como recoge el *Libro de los pontífices*.

> Impuso durante años aflicciones al pueblo, a los aparceros y a los propietarios de las provincias de Calabria, Sicilia, África y Cerdeña, por medio de catastros y capitaciones e impuestos sobre la navegación, como jamás se habían visto, hasta el punto de separar a las esposas de sus maridos y a los hijos de sus padres[9].

Una vez construida la nueva flota de guerra, se necesitaban remeros, marinos y capitanes para tripular un nuevo tipo de naves de combate más ligeras. Esto explica las referencias a los impuestos sobre la navegación y a la separación forzosa de los hombres de sus familias; los enviaron a servir en la armada que luchaba para frenar las victorias navales de los árabes. Al principio Constante explotó los recursos de Calabria, Sicilia, África y Cerdeña (lugares situados todos ellos a una distancia relativamente corta por mar), y ordenó al exarca y al arzobispo de Rávena que le apoyaran económicamente. Mauro recurrió a los recursos de la archidiócesis de Rávena para financiar estas campañas militares y recibió privilegios del emperador, mientras que la relativa seguridad de Sicilia ofrecía un refugio seguro para la corte imperial y las tropas que habían acompañado al emperador a Siracusa[10]. A pesar de los esfuerzos de Constante por llevar a su familia a Sicilia, los senadores de Constantinopla (que se habían quedado al mando de la capital) se negaron a permitir que la esposa del emperador, Fausta, y sus tres hijos, Constantino, Heraclio y Tiberio, abandonaran la ciudad (figura 47). Siracusa no se convirtió en una capital alternativa; Constantinopla continuó siendo el centro del Imperio, defendido de los ataques árabes por el joven príncipe

Constantino.

La celebración de la autocefalia

Así pues, el arzobispo Mauro envió a Sicilia a Reparato, abad del monasterio de San Apolinar en Rávena, para negociar una aserción más contundente de la independencia de su archidiócesis en relación con Roma. Reparato llevaba consigo un ejemplar de la *Vida* de san Apolinar y un edicto apócrifo de Valentiniano III que elevaba Rávena a la condición de archidiócesis con autoridad sobre todas las diócesis de la región y le otorgaba el palio distintivo del título[11]. Basándose en estas alegaciones tan endebles, Constante II extendió un diploma imperial, fechado el 1 de marzo de 666, que garantizaba la autonomía de Rávena. El historiador Agnelo vio un documento que se conservaba en el archivo de la archidiócesis y resumió la parte fundamental.

> [que] ningún futuro pastor de la Iglesia de Rávena tuviera que ir después a Roma al obispo de la sede romana para su consagración, ni que estuviera a merced de la autoridad del papa, ni que estuviera en momento alguno sujeto al mandato del obispo de Roma, sino que pudieran consagrar al elegido [para el episcopado] tres de sus sufragáneos[12].

El arzobispo Mauro consiguió así la independencia de Rávena respecto de Roma, y la contribución de su archidiócesis a las campañas del emperador en Sicilia dio por fin el resultado apetecido.

Así, en tres ocasiones distintas, cuando el arzobispo recibió posteriormente cartas del papa Vitaliano en que reclamaba su presencia en Roma para someterse a la aprobación papal, Mauro se negó a ir y los legados pontificios regresaron con las manos vacías. En la tercera ocasión, en 671-672, ambas partes se excomulgaron formalmente, lo que dio lugar a un cisma entre Rávena y Roma, y provocó que ninguna de las partes mencionara a la otra en la liturgia. Agnelo relata que Mauro, en su lecho de muerte, convocó al clero de la archidiócesis y le advirtió: «No os sometáis al yugo de Roma. Elegid un pastor de entre vosotros y que lo consagren sus obispos. Pedid el palio al emperador. Porque cualquier día que estéis sometidos a Roma no estaréis enteros»[13]. Con posterioridad, todos los jueves, el clero al completo se reunía después de las vísperas para compartir una hogaza de pan y pescado con algo de vino (¿un banquete fúnebre?), y el sacerdote más veterano oraba por el alma de su arzobispo independiente.

El éxito del arzobispo Mauro fue conmemorado posteriormente en un panel de mosaico (muy restaurado en tiempos modernos) que se incluyó en la decoración de la iglesia de San Apolinar en Classe. En él se representa a Mauro en el centro, flanqueado por el arzobispo Reparato y el emperador Constantino IV, que entrega a Reparato un pergamino con la leyenda PRIVILEGIA (figura 54). El devoto Mauro, representado con aureola, posa la mano sobre el hombro de su sucesor. A la izquierda del arzobispo hay tres clérigos, y a la derecha del emperador, tres figuras laicas, dos de ellas con aureola, que son los hermanos de Constantino, Heraclio y Tiberio, como indica la inscripción que tienen encima. Otra inscripción situada debajo alaba al arzobispo Reparato, que encargó una nueva decoración para la sala «que brilla para la eternidad»[14]. La identidad de la tercera figura laica, que viste una túnica corta de color púrpura y lleva un ciborio en la mano, no está nada clara. Suele identificarse con Justiniano, el joven hijo de Constantino IV, pero Salvatore Cosentino ha propuesto recientemente que se trata del exarca Teodoro, que ocupó el cargo entre los años 678 y 687 (figura 55), y que podría haber donado un ciborio a la iglesia[15]. Cosentino lo asocia con la decisión de Mauro de trasladar las reliquias de san Apolinar desde el nártex hasta el centro de la iglesia, donde probablemente se depositaron bajo el altar (que solía estar coronado por un ciborio). En la conmemoración de esta importante *translatio* en el mosaico, los dos sacerdotes que llevan un incensario y un cáliz participan en la ceremonia, mientras que Teodoro, el exarca, sería el donante del ciborio[16]. En el año 673 Reparato fue a Constantinopla y obtuvo del emperador privilegios muy concretos, lo cual indica que Rávena había cumplido con las exigencias fiscales de Constante II (en particular, las tasas de amarre y desembarco, así como el portazgo, los impuestos sobre las ventas y los aranceles aduaneros), que se suprimieron tras la visita del arzobispo.

El panel es una narración en mosaico que marca un momento muy significativo de la historia de la Iglesia de Rávena. Imita claramente el panel imperial de San Vital que representa al emperador Justiniano con el arzobispo Maximiano[17]. La misma cenefa multicolor, los mismos cortinajes y motivos geométricos en la parte superior, incluso los pies de los sacerdotes superpuestos, reflejan la voluntad de rehacer la imagen del siglo VI dándole una nueva forma. Reparato añadió otro panel, situado enfrente, que reproduce la representación de Melquisedec y Abel a ambos lados de un altar que encontramos en San Vital. El ara es casi idéntica, pero aquí Melquisedec se sitúa justo detrás, Abel lleva el cordero por la izquierda y Abraham presenta a su hijo Isaac por la derecha, mientras desde arriba la mano de Dios bendice la escena. Estas conmemoraciones de los sacrificios del Antiguo Testamento y de las concesiones del emperador a la

archidiócesis de Rávena nos dicen algo muy importante sobre las figuras representadas[18]. El emperador Constantino IV y sus hermanos están en contacto directo con el arzobispo Reparato, y el beato Mauro se sitúa entre ellos.

Los privilegios concedidos por Constante II constituyeron un momento de gran prestigio para el arzobispo Mauro y un momento clave en la historia de la ciudad, celebrado con festejos espectaculares. El sucesor del arzobispo, Reparato, reforzó esta independencia con más privilegios fiscales de Constantinopla, como se les recordaba a los habitantes de Rávena cada vez que celebraban el culto en San Apolinar en Classe. Las inscripciones subrayan el contacto íntimo de Rávena con el soberano más poderoso de la época, proyectando un mensaje sobre las reivindicaciones universales de la Iglesia[19]. En la tumba de Mauro, en el mismo templo, se podía leer: «Aquí descansa en paz el arzobispo Mauro, que vivió muchos años, sesenta y siete, que en tiempos del señor emperador Constantino liberó a su Iglesia del yugo de la servidumbre a Roma»[20].

La mayoría de los exarcas de esta época procedían de Constantinopla y los enviaban a Rávena para un mandato de duración limitada. Platón, que ocupó el cargo hacia el año 645, figura como uno de los consejeros de Constante II en Constantinopla en 649 y 654, y su yerno Teodoro Chilas quizá lo acompañara a Italia, donde lo encontramos dialogando con Máximo el Confesor en Roma alrededor del año 650[21]. Olimpio, antiguo *koubikoularios* (chambelán imperial), y Gregoris, mencionado solo en un documento de 666, así como otros dos gobernadores conocidos por sus sellos, eran todos orientales. Al parecer, «los hombres del exarca» acompañaron al papa Martín a Constantinopla cuando fue detenido, ya que asistieron a algunas de las vistas de los juicios tanto de Martín como de Máximo. Se sabe que soldados procedentes de Italia, algunos de origen longobardo, participaron en combates en Oriente y servían en el palacio de Constantinopla en 687[22].

Entre los exarcas, Teodoro Caliopas es un caso insólito por sus raíces autóctonas; su padre, Apollenarius, ocupaba un cargo de cierta importancia y poseía una finca (seis *oncia/uncia*) en Uttianus, cerca de Rímini, a ochenta kilómetros al sur de Rávena; además, tenía una finca en San Giovano in Computo que lindaba con la vía pública, otra llamada Organiano y una casa de dos plantas en Rímini, de la que se conserva una descripción detallada[23]. Antes de 665-666 Teodoro Caliopas, su mujer, Ana, y sus hijos consiguieron que el obispo de Rávena les arrendara una casa de dos plantas en Rímini, con seis *oncia* de terreno adjunto, otras seis *oncia* de *familiarice* (un patio y un jardín) y cuatro *oncia* con un baño con lavabo y desagües (*bagno cum baso, fistulas et omne ordinatione sua*). Una parcela adicional de seis *oncia*

debía de ser una granja plenamente equipada situada a orillas del río, junto al *bagno*, y, en el lado del jardín, provista de un *puto et puteales* (un pozo), *lavello* (lavadero), *arca saxe* (¿un aljibe de piedra?) *in curte, pistrino cum furno* (un molino con su horno), *macinas* (¿máquinas?; posiblemente maquinaria de cualquier tipo) y *rota* (rueda). A pesar de su origen, Teodoro utilizaba sellos griegos[24]. Si ya estaba en Italia en 643, cuando Constante II lo nombró exarca y le ordenó detener al papa Martín, su éxito en la misión, al parecer, lo hizo merecedor de un segundo mandato entre los años 653 y 666, que coincidió con el episcopado de Mauro.

Durante su estancia en Occidente, Constante II no visitó Rávena (quizá por suerte para la buena conservación de sus monumentos) y dejó al exarca Gregorio y a sus sucesores al mando de la ciudad. Gregorio estaba preocupado por los ataques de los longobardos contra el territorio imperial y por nuevas incursiones de ávaros y eslavos, algunos de los cuales penetraron en Italia y se asentaron en los dominios meridionales de los longobardos. En 668 Constante debió de enviar tropas para que lucharan contra los eslavos en una zona situada al norte de Istria, o bien importantes pagos destinados a frenar sus ataques, ya que se han encontrado tesoros consistentes en monedas con la efigie del emperador en lugares ubicados aún más al norte[25]. Además de reconstruir sus fuerzas navales, también apoyó la actividad militar en el norte de África, que puede seguirse gracias a los sellos de los funcionarios (*kommerkiarioi*) responsables del abastecimiento del ejército, y en las Baleares y Cerdeña, donde se consagraron iglesias al estilo tradicional[26].

El primer sitio árabe de Constantinopla

En 663 el general Muawiya, que se había convertido en el nuevo líder de los árabes, reanudó sus intentos de capturar Constantinopla. Encontró aliados tanto en el Cáucaso, donde el príncipe de Albania llegó hasta los árabes, como dentro del Imperio, donde Saborios, gobernador de Armenia, encabezó una revuelta en 667. Muawiya envió a su hijo Yazid a apoyar a los rebeldes con un enorme ejército de tierra mientras la armada árabe se disponía a bloquear la capital imperial. Aunque Saborios murió fruto de un accidente de equitación, los árabes persistieron en el bloqueo y asedio de Constantinopla, que comenzó a finales de 667 y se prolongó dos años[27]. Cuando la noticia de esta gran ofensiva llegó a Sicilia, los funcionarios de la corte de Siracusa tomaron medidas para asegurarse el control de las provincias occidentales bajo la autoridad de uno de ellos. Temiendo que Constantinopla cayera en manos de los árabes, los eunucos que

estaban al servicio del emperador ejecutaron una operación claramente planificada; un criado, Andreas Troilos, asesinó a golpes a Constante II en su baño y los funcionarios locales nombraron inmediatamente emperador a un joven armenio llamado Mececio. Aunque este acuñó monedas para proclamar su autoridad, las fuerzas imperiales de Occidente se negaron a reconocerlo y se unieron para proteger a la dinastía de Heraclio. Desde Rávena, Istria y Campania, con el apoyo adicional del norte de África y Cerdeña, tropas identificadas como el ejército de Italia, bajo el mando del exarca Gregorio, convergieron en Siracusa y mataron a Mececio[28].

Nada más conocerse la noticia del asesinato de Constante II en Sicilia, su hijo Constantino fue aclamado emperador en Constantinopla, y se acuñaron nuevas monedas en su nombre mientras la capital estaba aún sitiada. Las fuerzas de los árabes se vieron muy mermadas por el hambre y la peste. En el invierno de 668-669, Constantino IV y sus consejeros prepararon «fuego griego» —barcas provistas de sifones que lanzaban aceite ardiendo— que destruyó gran parte de la flota árabe[29]. A continuación, el emperador negoció un tratado de paz con Yazid y los árabes se retiraron, lo que permitió a los habitantes de Constantinopla celebrar una victoria que se conmemoraría anualmente el 25 de junio. Poco después, ese mismo año 669, Constantino IV probablemente se embarcó rumbo a Sicilia para afirmar su autoridad sobre los jueces que habían apoyado la revuelta de Mececio y luego se llevó consigo la corte imperial a Constantinopla[30]. Siracusa recuperó el papel de capital provincial de Sicilia, y Constantinopla reafirmó su posición imperial durante los siguientes quinientos años.

A lo largo del siglo VII prosiguieron los contactos regulares entre Constantinopla y Rávena, con viajes constantes en ambas direcciones de gobernadores militares y obispos, que negociaban con personalidades del Imperio de Oriente que dominaban el griego y el latín. Sin embargo, en la época del arzobispo Teodoro (677-691), la muerte del notario del exarca dejó gravemente mermada la capacidad de la administración para redactar los informes y las cartas que se enviaban a Constantinopla. El historiador del siglo IX Agnelo relata la solución con evidente orgullo, ya que honró a uno de sus parientes: un joven llamado Johannicis, «versado en las letras griegas y latinas» y muy bien formado en otras materias, fue llamado a ocupar el puesto. De entrada no le causó demasiada buena impresión al exarca, ya que el joven era bajito y feo, pero cuando le puso a prueba demostró ser muy capaz —tradujo sobre la marcha al griego una carta escrita en latín—, por lo que lo contrató como notario y le ordenó que estuviera presente en el palacio todos los días[31]. Durante tres años ejerció la tarea de secretario jefe del gobernador; escribía cartas oficiales al

emperador, posiblemente traducía al latín órdenes escritas en griego y dirigía la administración palaciega. También compuso poemas que llamaron la atención del emperador, quien ordenó que enviaran al autor a Constantinopla. Así pues, Johannicis se trasladó a la capital de Oriente, donde aprovecharon sus conocimientos tanto de latín como de griego durante varios años. Hacia el comienzo del episcopado del arzobispo Damián, en 692, le permitieron volver a Rávena, y «su sabiduría se hizo célebre en toda Italia»[32]. Es muy probable que Agnelo elogiara en exceso a su pariente, pero no cabe duda de las aptitudes muy particulares que Johannicis logró adquirir en su ciudad natal.

El arzobispo Teodoro

El arzobispo que se vio obligado a enviar a Johannicis a Constantinopla fue Teodoro, un personaje que se enemistó profundamente con su clero. Al cabo de apenas uno o dos años de su consagración, los principales de la archidiócesis protestaron enérgicamente contra la negativa de Teodoro a pagarle al clero los salarios que le correspondían. Además, el arzobispo había recogido y quemado las consuetas de la Iglesia recopiladas por el obispo Eclesio, había acaparado cereales durante una carestía y había enfrentado al clero menor favoreciendo primero a un grupo y luego a otro. Finalmente, todo el clero se rebeló contra su autoridad, y la Nochebuena del año 678 o 679, después de celebrar las vigilias en Santa María la Siempre Virgen, consultaron al arcipreste Teodoro y al arcediano Teodoro, su primo materno, que aceptó encabezar la marcha de los clérigos a San Apolinar en Classe. Concluyeron los oficios nocturnos en la iglesia de los Apóstoles y luego, al despuntar el alba, se dirigieron a Classe y celebraron allí la misa de Navidad. En la ciudad no quedaba ningún clérigo, y el arzobispo Teodoro estaba totalmente perplejo. Envió dos veces a su notario a buscar a los sacerdotes y luego se retiró. La gente estaba asombrada y no podía entender por qué su arzobispo no iba para presidir la Navidad con ellos[33].

En lugar de ello, Teodoro encargó a unos nobles que cabalgaran al galope hasta Classe para hacer las paces. Sin embargo, la muchedumbre de clérigos, sin dejar hablar a los enviados, les dijeron: «¡Volveos, porque no tenemos un pastor, sino un sicario!», y a continuación se dirigieron al santo enterrado en Classe: «Levántate, san Apolinar, celebra con nosotros la misa del día de la Natividad. San Pedro te entregó a nosotros como pastor. Por eso somos tus ovejas. Nos congregamos en torno a ti, sálvanos». Amenazaron con ir a Roma

a rogarle a san Pedro que «nos dé un nuevo pastor, que nos defienda de la boca de la serpiente que habita dentro de las murallas de la ciudad». Y añadieron: «Si no nos escucha, iremos a Constantinopla a ver al emperador y le pediremos un padre y un pastor»[34]. Cuando Teodoro se enteró de lo que su clero había dicho, fue al palacio y le rogó al exarca (también llamado Teodoro) que mediara. Enviaron funcionarios civiles a Classe, pero se encontraron con otra negativa, y los allí congregados replicaron que si iban a Constantinopla también se quejarían del exarca, ya que no estaba dispuesto a enmendar al arzobispo. Finalmente, el exarca mandó ensillar su caballo —enjaezado como Dios manda— y se dirigió a Classe, donde le prometió al clero que Teodoro atendería sus quejas y lo convenció de que volviera a celebrar las vísperas con el arzobispo[35].

Del relato de Agnelo sobre este revelador incidente se desprende que los raveneses comprendían cuán difícil era deshacerse de un mal líder y adoptaron medidas excepcionales para obligar a Teodoro a cambiar de actitud. En Classe crearon una catedral alternativa en la que estaba enterrado su santo patrón Apolinar, y amenazaron con apelar al emperador para resolver su disputa[36]. Esto convenció al exarca de que tenía que ir a escuchar en persona los motivos por los que se negaban a colaborar con el arzobispo, así que los rebeldes consiguieron su apoyo para celebrar un juicio. Al día siguiente, el exarca fue al palacio episcopal y se sentó con el arzobispo y todos los sacerdotes, con los diáconos detrás, como en un tribunal. Tras largas conversaciones, el arzobispo restituyó todos los honores y dignidades a quienes se habían visto privados de ellos, y aceptó repartir correctamente todas las rentas (incluso los alguaciles y las fincas de los suburbios recibieron su parte[37]). Así, con la ayuda del exarca, se resolvieron las desavenencias entre el clero de Rávena.

A pesar de esta resolución, el arzobispo Teodoro continuó con su plan, que no era otro que entregar el patrimonio de la Iglesia a sus parientes. Agnelo desconoce cómo la archidiócesis de Rávena perdió su independencia, pero lo relaciona con la visita de Teodoro a Roma en el año 680. El papa Agatón había enviado una convocatoria general a todos los obispos de Occidente para que fueran a Roma a abordar la cuestión de la ortodoxia. Teodoro leyó la carta del pontífice ante el clero y pidió consejo, diciendo que solo iría si estaban de acuerdo. Como creyeron que todos debían «afrontar el peligro de muerte por la fe ortodoxa y la santa Iglesia de Dios», consintieron que Teodoro se fuera de Rávena a Roma, donde el arzobispo los traicionó y renunció a sus pretensiones de independencia[38].

Es más probable que Constantino IV cediera a las objeciones papales a la independencia de la archidiócesis de Rávena. En la época del papa Dono (676-678), el emperador también abandonó la

determinación oriental de imponer el monotelismo, como veremos, y se dedicó a reparar las relaciones con Roma. Es posible que Dono exigiera el control de la archidiócesis de Rávena como parte de la preparación de un concilio universal para revertir la teología de la voluntad única. Tras la muerte del papa Agatón en el año 681, la subordinación de la Iglesia de Rávena a Roma fue reafirmada por el papa León II, con numerosas cláusulas adicionales sobre las relaciones entre las dos sedes: que los sacerdotes de Rávena podrían elegir a su obispo, que iría a Roma para ser consagrado por el papa, que no se quedaría más de ocho días y que el papa no iría a Rávena en las festividades del nacimiento de los Apóstoles (¿una visita anual?), si bien podría enviar un legado[39]. En el siglo IX, Agnelo lamentó profundamente estos acontecimientos y escribió que los clérigos maldecían e insultaban la memoria del arzobispo Teodoro cada vez que pasaban junto a su tumba en el nártex de San Apolinar en Classe (figura 57). El epitafio había sido dañado y Agnelo no pudo leerlo, seguramente debido a la inmensa hostilidad local[40].

El exarca Teodoro

A diferencia del desprecio que muestra por el arzobispo, Agnelo elogia al exarca y patricio Teodoro (figura 55), un cristiano devoto que regaló tres cálices de oro a las iglesias de Rávena y que construyó el *monasterium* (capilla) de San Teodoro Diácono no lejos de la puerta de Chalchi, junto a la iglesia de San Martín el Confesor (es decir, la iglesia del Cielo de Oro —San Apolinar el Nuevo— construida por Teodorico). También colaboró con el arzobispo en la transformación de lo que había sido una sinagoga en la iglesia de San Pablo Apóstol, cerca de la puerta Wandalaria, en el sudeste de la ciudad. Encargó un precioso paño de altar de color púrpura para el monasterio de Santa Maria *ad Blachernas* (del que Agnelo fue más tarde abad), y él y su esposa, Ágata, fueron enterrados allí[41]. Asimismo, es posible que el exarca donara un ciborio a la iglesia de San Apolinar en Classe, si es que se trata de la persona representada en el mosaico. Las obras benéficas del exarca, mucho más notables si se comparan con las del arzobispo Teodoro, confirman su gran responsabilidad para con Rávena.

Aunque los exarcas del siglo VII habían defendido Rávena y protegido las provincias occidentales durante la rebelión de Mececio, los raveneses reservaron los máximos honores al arzobispo Mauro y a su sucesor, Reparato, que consiguieron la independencia, aunque fuese temporal, del yugo de Roma. Y en el panel de mosaico de San Apolinar en Classe que conmemora los privilegios de la ciudad dejaron

constancia permanente de este logro histórico. Al admirarlo hoy, se percibe la voluntad de los raveneses de que ese momento concreto no cayera nunca en el olvido.

26
El Sexto Concilio Ecuménico

Aunque Constantinopla había resistido el asedio musulmán de 667-669, Constantino IV no pudo consolidar su autoridad hasta que derrotó a las fuerzas navales árabes frente a la costa de Asia Menor, cerca de Syllaeum, en 672, y de nuevo en aguas libanesas en 677-678. Estas dos victorias demostraron la importancia vital de la supremacía marítima y el éxito de Constante II en la reconstrucción de la armada bizantina. Permitieron al emperador negociar un tratado de paz muy favorable, que obligaba a los árabes a realizar pagos anuales de tres mil monedas de oro, cincuenta cautivos y cincuenta caballos[1]. Esto era en parte necesario para hacer frente a un nuevo enemigo en los Balcanes, donde los búlgaros habían cruzado la frontera del Danubio. El aprecio de Constantino IV por la riqueza de las provincias occidentales y el apoyo del papa Vitaliano a su herencia imperial frente a las pretensiones de Mececio en Sicilia en el año 668, influyeron probablemente en la decisión del emperador de dar marcha atrás en el monotelismo y poner fin al cisma con Roma[2].

En 678 el emperador inició el repudio de la doctrina monotelita con el anuncio de que convocaría un concilio ecuménico en Constantinopla para reconciliar a todos los cristianos en la doctrina de las dos voluntades de Cristo. Este cambio fundamental supuso la destitución del patriarca constantinopolitano Teodoro en 679 y su sustitución por un nuevo prelado, Jorge (679-686), elegido para presidir el concilio[3]. El papa Agatón acogió la propuesta como una vuelta a la doctrina aprobada en Roma y en todo Occidente. Como hemos visto, convocó a los obispos occidentales para que respondieran y el arzobispo Teodoro de Rávena fue a Roma en 680 para participar en este sínodo romano. La larga respuesta del papa a Constantino IV fue leída y firmada por los ciento veinticinco obispos presentes[4]. Agatón formó luego un equipo de hombres cultos con ciertos conocimientos de griego —los obispos Juan de Porto, Abundancio de Temesa y Juan de Regio, dos sacerdotes y un diácono de Roma y sus vicarios en Oriente (los obispos de Tesalónica, Corinto y Gortina, en Creta), además de Teodoro, un sacerdote de Rávena— para que lo representaran en el concilio. A pesar de esta entusiasta aprobación

occidental, muchos obispos de Oriente que habían abrazado el monotelismo en el año 662 se mantuvieron fieles a él y se negaron a asistir a la inauguración del concilio.

En la historia de estas reuniones universales, la definición de la fe correcta fue siempre el aspecto más importante. El Primer Concilio, celebrado en Nicea en el año 325, y todas las reuniones posteriores le habían prestado especial atención. En Nicea, sin embargo, se acordaron normas (por ejemplo, la edad a la que podían ordenarse los sacerdotes), que pasaron a denominarse «cánones». Se incorporaron al derecho civil, y el derecho canónico se desarrolló así en paralelo al imperial. En el Concilio de Calcedonia de 451 se promulgaron cánones adicionales, pero desde entonces no se había añadido ninguno. El Sexto Concilio de 680 estuvo dominado por el restablecimiento de la doctrina ortodoxa (duotelismo) y, al cabo de doce años, el Concilio Trullano promulgó 102 cánones que regulaban el comportamiento del clero, la disciplina y el arte religioso, cuestiones que habían evolucionado desde 451. Las dos reuniones del siglo VII se celebraron en el Gran Palacio de Constantinopla, en una sala con cúpula (*trulos*), pero la primera se conoce por el ordinal en la serie de concilios universales, mientras que la segunda, del año 692, suele identificarse por el lugar donde se celebró, Trullano o *in Trullo*.

Rávena en el sexto concilio

Teodoro, el sacerdote de Rávena, viajó a Constantinopla con la delegación papal al Sexto Concilio Ecuménico y figura entre los obispos participantes. Probablemente fuera elegido porque ya conocía Constantinopla o sabía griego. Tenemos constancia de su presencia desde la primera sesión, celebrada en noviembre de 680, hasta los decretos finales de la decimoctava sesión, el 16 de septiembre de 681, que firmó como Teodoro, presbítero de la Iglesia de Rávena, en representación del arzobispo Teodoro. Como único individuo de la capital del exarcado, ocupa una posición elevada (el octavo puesto) en el orden de los firmantes, inmediatamente después de los tres representantes papales (que ocupan el primer lugar), otros cuatro patriarcas y dos obispos metropolitanos ilustres de Tesalónica y Chipre. Así, Teodoro firmó las actas por delante de los obispos que actuaron como legados de la sede romana (Juan de Porto, Estéfano de Corinto y Basilio de Gortina) y de los dos apocrisiarios papales[5]. Era la primera vez que un sacerdote de la Iglesia de Rávena asistía a una reunión de este tipo y su lugar en el orden de prelación era una señal de la importancia de la ciudad a los ojos de Constantinopla[6]. En la mayoría de los concilios ecuménicos anteriores, el papa o sus

representantes habían hablado en nombre de todo Occidente, y habían participado muy pocos obispos (o ninguno) del resto de Italia. En esta ocasión, el presbítero Teodoro intervino en el concilio como parte de la legación papal y regresó a Rávena con información personal sobre sus conclusiones[7]. Ni el arzobispo ni la población en general de Rávena podían seguir ignorando el importante cambio doctrinal que se había producido para reconciliar a los cristianos de Oriente y Occidente.

La posición de Teodoro en la jerarquía eclesiástica pone de manifiesto una gran diferencia entre la Iglesia oriental y su homóloga occidental: el patriarca de Constantinopla ordenaba las sedes de su obediencia según una clasificación fija, que también determinaba sus salarios. Ser nombrado obispo de la cátedra de Cesarea de Capadocia, la primera en rango (*protothronos*), no solo era el máximo honor, sino que también conllevaba unos ingresos más sustanciales que cualquier otro obispado[8]. Del mismo modo, las diócesis de creación reciente que aparecen en las listas de firmantes de 680-681 y 692, como Auriliópolis (número 165), algunas de las islas del Egeo y sedes del interior reconquistadas poco antes a los eslavos, percibían rentas mucho menores[9]. Los candidatos a algunas de estas sedes más pobres podían rechazar el nombramiento alegando que querían esperar a que quedara vacante otra más próspera. Para un diácono de la rica Iglesia de Rávena, semejante «promoción» habría supuesto una reducción de sus ingresos y habría exigido una compensación. Entre las diócesis prestigiosas, como Tesalónica y Corinto, siempre existía cierta rivalidad por los honores, ya que sus clérigos aspiraban a alcanzar un rango superior.

No existía nada comparable en Occidente, donde el obispo de Roma consagraba a todos los obispos metropolitanos y su edad determinaba la jerarquía: el metropolitano de mayor edad tenía el rango y la autoridad más altos después del papa. Los obispos sufragáneos, a las órdenes de sus pastores metropolitanos, podían competir por la prioridad y los honores, y todos ellos obtenían sus ingresos de las fincas y donaciones locales. Pero las diócesis de Occidente no estaban clasificadas en un orden concreto e invariable, que habría sido muy difícil de establecer en el siglo VII. En los concilios y sínodos específicos, el orden en el que los representantes de las distintas diócesis suscribían los acuerdos se basaba en la antigüedad de los asistentes, y solo era válido para esa ocasión en concreto.

Aunque no hay pruebas de que el joven Johannicis, el poeta y escriba de Rávena, estuviera en Constantinopla en la época del Sexto Concilio, es posible que participara en la difusión de las actas conciliares. Un papiro fragmentario descubierto en Rávena conserva

una lista única de treinta y seis firmas en griego de obispos, realizadas en el concilio o copiadas poco después, que muestra la forma muy diferente en que estos individuos escribían sus nombres. Algunos utilizaban letras mayúsculas (*grammata ekklesiastika*) y otros, minúsculas de la variedad llamada «semicursiva», que solo está documentada a partir del siglo IX[10]. Esta lista parcial es, por tanto, el testimonio más antiguo de una caligrafía griega de este tipo utilizada en el contexto de la penúltima sesión del concilio, fechada en septiembre de 681, a la que asistieron quienes firmaron en sus estilos personales. El único documento completo de esta sesión se conserva en la versión en latín de las actas.

¿Cómo llegó el fragmento a Rávena? Parece poco probable que el presbítero Teodoro lo llevara consigo, ya que el archivo de la ciudad no contiene ningún otro papiro del Sexto Concilio. Pero Johannicis, un hábil traductor y escriba, podría haberse interesado por los diferentes tipos de letra empleados y podría haberlo llevado de Constantinopla a Rávena cuando regresó antes de finales del siglo VII. Viajara como viajase el fragmento desde la capital imperial hasta la ciudad italiana, es el único testimonio de las firmas originales en griego de los treinta y seis obispos presentes en el concilio, y una muestra más de las estrechas relaciones entre Rávena y Constantinopla.

El apego a la doctrina de la voluntad única, que había sido observada en todo el Imperio desde principios del siglo VII y consagrada como creencia correcta por Constante II en el año 662, estaba al parecer muy extendido en Oriente. Muchos obispos se negaron a asistir a las primeras sesiones del Sexto Concilio; solo después de la condena del líder monotelita Macario de Antioquía, el 7 de marzo de 681, participó un número mayor de prelados, y la declaración final del concilio en septiembre, firmada por 165 obispos, corroboró la afirmación de que se trataba de una reunión universal[11]. La lealtad al monotelismo también persistió entre los militares y, en el verano de 681, los soldados del ejército de la provincia (*thema*) de los Anatólicos marcharon a Crisópolis exigiendo que Constantino IV gobernara con sus hermanos Heraclio y Tiberio, como una santa trinidad simbólica. El emperador mandó empalar a los líderes de la revuelta en Sycae y mutiló a sus hermanos cortándoles la nariz y los desterró para que jamás pudieran gobernar[12]. Tras la condena del monotelismo, Macario de Antioquía y varios otros monotelitas fueron desterrados a Roma, donde el papa León II intentó convencerlos de la naturaleza herética de sus doctrinas[13]. El concilio de 680-681 había logrado el principal objetivo de Constantino IV de restablecer la unidad con Roma, que esperaba que fortaleciera a los cristianos en sus batallas contra el islam y los demás «bárbaros».

En julio de 685, cuatro años después de presidir el Sexto Concilio Ecuménico, murió Constantino IV y accedió al trono su hijo mayor, Justiniano, llamado así en honor a su célebre antepasado, conmemorado en las paredes de San Vital. La contumaz oposición a la condena del monotelismo por parte del concilio le obligó a reafirmar sus acuerdos. Temeroso de que el texto del Sexto Concilio pudiera ser corrompido y alterado por falsificaciones e interpolaciones, envió una orden al papa, fechada el 17 de febrero de 687, en que le ordenaba que lo mantuviera sin cambios. En dicha carta dejaba constancia de que estaba haciendo lo mismo en Constantinopla, donde mandó leer las actas en presencia de todos los dirigentes eclesiásticos, incluidos los apocrisiarios del papa, el Senado, los trabajadores de palacio, los miembros de los gremios de artesanos y los representantes del pueblo (probablemente de las facciones de los Azules y los Verdes), así como de todos sus jefes militares, para que conocieran la definición correcta de la fe. Después de que todos los presentes escucharan con diligencia, el emperador los obligó a indicar su conformidad[14]. De este modo, sin hacer circular ejemplares de las actas, que podían corromperse debido a errores de los copistas o a alteraciones deliberadas, el emperador le aseguró al papa que todos en el Imperio comprendían la importancia de la decisión de aprobar la doble voluntad de Cristo. La carta iba dirigida al papa Juan V, pero como este había muerto en agosto de 686 fue entregada al nuevo papa Conón, obispo de Roma desde octubre de 686 hasta septiembre de 687.

En la lista de las unidades militares convocadas a la reunión mencionada en la carta, Justiniano nombra a las de Oriente —los excubitores y los ejércitos del Opsicio imperial y de los *themas* de Anatolia, Tracia y Armenia—, seguidas de las de Occidente, encabezadas por el ejército de Italia, las fuerzas de Cabarisia, Septensia y Cerdeña, y, por último, el ejército de África. El significado exacto de los nombres de las fuerzas orientales no está del todo claro, pero el papel de los exarcas de Rávena y Cartago, que comandaban los ejércitos de Italia y África, y del gobernador de la isla de Cerdeña no deja lugar a dudas. Teodoro II, que tanto se dedicó a la vida eclesiástica de Rávena, fue exarca en 686[15]. Los nombres de Cabarisia y Septensia se refieren a los Caravisianos, una unidad equipada para transportar tropas por mar, y a otras unidades navales con base en las Baleares y el extremo norte de África (Septem/Ceuta). Parece plenamente verosímil que Justiniano hubiera ordenado a los líderes de estas unidades militares y navales que se desplazaran a Constantinopla para la proclamación de la verdadera fe cristiana, si es que no se encontraban ya en la capital. Para organizar su presencia se

necesitaba tiempo, al menos varias semanas con buen tiempo de navegación para los occidentales. Así pues, aunque la carta que informaba de esta reunión se envió en febrero de 687, las órdenes de asistir al encuentro probablemente fuesen del año anterior, antes de que los mares resultaran demasiado peligrosos para la navegación habitual; por consiguiente, es probable que la reunión se celebrase a finales de 686. Debió de ser una de las primeras tareas importantes que se autoimpuso el joven emperador.

Como máximo responsable del ejército de Italia, el exarca Teodoro recibió la convocatoria de Constantinopla y partió de Rávena en otoño. Su sucesor, Juan Platino, fue nombrado para sustituirlo y partió de Constantinopla en la primavera de 687. Es probable que ambos participaran en la reunión de 686 en la que se leyeron los decretos del Sexto Concilio Ecuménico para reconfirmar la doctrina de la doble voluntad de Cristo. El acuerdo teológico significaba que los exarcas, que tenían la responsabilidad de la confirmación de cada nuevo papa como representante del emperador, podían dejar la administración del ducado de Roma a sus funcionarios y no intervenir en los asuntos locales a menos que las disputas sobre las elecciones papales exigieran su presencia.

Elecciones papales polémicas

Esto fue precisamente lo que ocurrió en agosto de 686, cuando el ejército de Roma, con su duque (*dux*, nombrado por el exarca) al frente, apoyó a un candidato, mientras que el clero se inclinó por otro. En este caso la disputa se resolvió con la elección de una alternativa, Conón. Pero en septiembre de 687, cuando el pontífice murió, su arcediano Pascual intentó hacerse con el solio papal sobornando al nuevo exarca Juan Platino. El *Libro de los pontífices de Roma* afirma muy claramente que Juan Platino estuvo de acuerdo y que ordenó a los jueces (a los que había nombrado él) que se aseguraran de que Pascual resultase elegido. Una vez más, los dos bandos rivales acabaron llegando a una solución de compromiso y escogieron a un tercero, Sergio, pero Pascual les pidió en secreto al exarca y a sus jueces que fueran a Roma, prometiéndoles cien libras de oro si le garantizaban su elección. Cuando Juan Platino llegó sin previo aviso (el ejército romano ni siquiera salió a recibirle al lugar acostumbrado con banderas y estandartes), se dio cuenta de que todo el mundo, menos Pascual, había aceptado la elección de Sergio. Abandonó la causa del arcediano, pero luego exigió que el importe del soborno que esperaba recibir se lo abonara la diócesis de Roma. El papa Sergio, como es lógico, objetó que él no había participado en aquellas

corruptelas y que no podía pagar. Incluso entregó en prenda los candelabros y las coronas que colgaban delante del altar de San Pedro, pero Juan exigió todo el importe, que tuvo que ser recaudado. Posteriormente, Pascual fue despojado del rango de arcediano y encarcelado en un monasterio[16].

La deshonrosa intervención de Juan Platino en la elección del papa Sergio pone de relieve el poder del exarca. Sin embargo, en el caso de Teofilacto, que fue ascendido del cargo de *strategos*, comandante militar en Sicilia, a exarca, el papa Juan VI (701-705) tuvo que protegerlo de la oposición local a su nombramiento. La noticia de su llegada inminente a Roma provocó que por lo menos algunos sectores del ejército de Italia (*militia totius Italiae*) y ciertos «elementos del populacho de Roma» se amotinaran[17]. Al parecer, los pobres acusaban a ciertos individuos de adquirir riquezas ilegalmente y querían que el exarca «les despojara de lo que poseían». La presencia del ejército se volvió tan amenazadora que el papa cerró las puertas de la ciudad y envió los sacerdotes a apaciguar a la multitud. En este caso, el Santo Padre protegió al recién nombrado gobernador, que de otro modo se habría enfrentado a un peligro considerable antes incluso de llegar a Rávena.

La vida en Rávena a finales del siglo VII

Los papiros de esta época confirman la importancia de proteger las reclamaciones de propiedad legítimas, como las donaciones hechas a la Iglesia. En una de estas, realizada hacia el año 700, Johannis y su esposa, Stefania, regalan una pequeña parcela de tierra a Johannia, la abadesa del monasterio de San Juan Bautista, que se denomina *ad Navicula*, lo que indica que el convento se hallaba cerca del mar o del puerto[18]. El donante, Johannis, es descrito como *vir clarissimus* y *primicerius* del *numerus Ravennatensium*, lo que revela que pertenecía a la unidad militar de la ciudad, y Sergio, uno de sus testigos, era *domesticus numeri Armeniorum*, oficial del destacamento armenio. La fundación de conventos para albergar a cristianas devotas fue una característica de la religiosidad cristiana primitiva, bien documentada en Roma, Constantinopla y en las ciudades longobardas, donde los gobernantes adoptaron la misma práctica (a menudo, se diría, para deshacerse de sus parientes femeninas). Como Rávena estaba gobernada por un funcionario imperial y no por un monarca, no existía la misma necesidad, pero debía de haber muchas mujeres bastante ricas que preferían vivir en comunidades religiosas y que, por tanto, necesitaban conventos[19]. En otro papiro fragmentario de *c*. 650, una amalgama parecida de funcionarios militares y eclesiásticos

comparecen como testigos de la donación de un huerto de la ciudad que hace Gaudiosus, *defensor* de la archidiócesis de Rávena, a su Iglesia. Los tres testigos, cuyos nombres se han perdido, eran todos militares: dos eran *domestici* del destacamento de Leti y el tercero, *vir honestus*, era guardia, *scol*[*¿aris*?], en Classe. Los testigos se expresan en latín, mientras que Gaudiosus firma con su nombre, pero utilizando letras griegas para sus títulos latinos[20].

Este tipo de documentos para garantizar la legalidad de las donaciones son comunes en todo Occidente en esta época de la cristiandad primitiva. Sin embargo, en la última década del siglo VII, Rávena había crecido en importancia, tanto en el plano eclesiástico, como demuestra su octava posición en la clasificación del patriarcado de Constantinopla, como en poderío militar, como demuestra que el exarca se pusiera al frente del ejército de Italia para sofocar la revuelta de Mececio. Sus habitantes se consideraban súbditos fieles del emperador de Constantinopla, al que acudían si les fallaban sus líderes laicos o espirituales. Rávena albergaba instalaciones que fomentaban las actividades de los maestros, los poetas como Johannicis, los escribas como el copista anónimo de textos teológicos y los eruditos interesados en el mundo, como Odo y su hermano, que contaron con los recursos de la ciudad para compilar una fascinante cosmografía del siglo VII, como veremos a continuación.

27
El cosmógrafo anónimo de Rávena

Mientras Constantino IV y Justiniano II reafirmaban la fe ortodoxa de los habitantes del Imperio, Rávena albergaba a un autor desconocido que escribió una *Cosmographia*, una descripción geográfica del universo en cinco libros. Este erudito anónimo se presenta así:

> Aunque no nací en India ni he viajado por Scotia, Mauritania o Escitia, ni por las cuatro partes del mundo, pese a todo, mediante el intelecto, he absorbido el conocimiento del mundo entero y los diversos pueblos que lo habitan, tal como se describe el mundo en los libros [de los filósofos] de las épocas de muchos emperadores[1].

Por lo tanto no era un explorador, ni siquiera un viajero, sino un lector de libros de filósofos (que es el nombre que da a los geógrafos) a los que tenía acceso en Rávena.

El impulso del proyecto de explicar y documentar el mundo conocido se debe al «queridísimo hermano Odo» del autor, que le había preguntado cómo interpretar lo que cuentan las Escrituras sobre la creación del mundo (lib. I, 1). Así pues, el cosmógrafo comenzó su estudio con el libro del Génesis y trató de incorporar toda la información que pudo recopilar de los antiguos autores griegos, romanos y más recientes sobre el universo. Encontró dichos recursos en la «nobilísima» ciudad de Rávena, que situó en el centro mismo del mundo, en mitad del Mediterráneo. Aunque reserva el epíteto *nobelissima* para Rávena y Constantinopla, admite que Roma es aún más noble, *insignis nobelissima*. Alejandría es más famosa, *famosissima*, y Petavia, muy antigua, *vetustissima*[2]. Su obra parece compuesta para ser leída en voz alta, ya que en ella encontramos referencias tanto a los oyentes como a los lectores, quizá en una escuela organizada por el arzobispo o por el abad de un monasterio.

Aunque es evidente que el autor residía en Rávena, no aporta ningún dato sobre la fecha en que escribió el texto ni menciona acontecimiento alguno que ayude a precisar cuándo vivió allí[3]. Sin embargo, cita a autoridades del siglo VII, como Isidoro de Sevilla, cuyos escritos ya se conocían en Rávena hacia el año 650, por lo que

debió de estar activo entre esa época y la conquista de la ciudad por los longobardos en 751. Su *Cosmographia* no se ocupa de las autoridades políticas de su época: no menciona a ningún emperador de Oriente ni a ningún funcionario imperial por su nombre; tampoco menciona a los longobardos ni a los árabes[4]. Se basa en gran medida en documentos administrativos del Bajo Imperio en los que se mencionan provincias y ciudades, ríos y montañas, así como en leyendas sobre los pueblos extranjeros. Solo se conservan tres copias de la *Cosmographia*, realizadas en los siglos XIII y XIV, y la gran distancia temporal entre la fecha de elaboración y la de las copias seguramente explique algunas de las duplicaciones y errores ortográficos y el latín macarrónico del texto. Con todo, a principios del siglo XII había por lo menos un ejemplar de la *Cosmographia* en Pisa, donde un clérigo llamado Guido incorporó el texto entero a su obra *Geographica*, una enciclopedia geográfica. La copia de Guido es más exacta que las posteriores; identifica mejor los nombres de los lugares e intenta mejorar el latín original[5]. Con su ayuda podemos estudiar la extraordinaria síntesis de la geografía mundial del cosmógrafo anónimo de Rávena, escrita hacia el año 700.

El primero de sus cinco libros es un mapamundi literario, una descripción de todo el universo, desde que Dios lo creó, a través de las cuatro partes del mundo; los libros segundo, tercero y cuarto detallan más de cinco mil ciudades de las tres regiones —Asia, África y Europa — que Noé asignó a sus hijos, y el quinto incluye una circunnavegación (*periplous*) del Mediterráneo, en la que se enumeran todos los puertos situados alrededor de la *Magna Mare* así como las islas que se encuentran en ella[6]. Aunque la *Cosmographia* se basa en listas de ciudades de las provincias del Imperio romano, con sus ríos y montañas, su ámbito se extiende fuera de las fronteras imperiales para llegar a las islas del Báltico, las Orcadas y *Ultima Thule*. «Se dice que Britannia —escribe el cosmógrafo— forma parte de Europa», aunque los romanos la abandonaron a principios del siglo V. En el sur, identifica las dos provincias de Arabia con sus nombres tradicionales, *Omeritia* (el reino himyarí), que es *eudaemon* (*felix* en griego, «próspera») y está llena de ciudades, aunque no menciona ni La Meca ni Medina (cuyo nombre antiguo era Yazrib), y *Arabia maior* (lib. II, 6-7).

La inspiración bíblica es fundamental; el autor empieza el libro I con el orden divino del mundo creado por Dios, tal y como recogen las Escrituras, y lo relaciona con que «salió un decreto del emperador Augusto que ordenaba que se empadronase todo el mundo» (Lc 2, 1: «Exiit edictum ex Augusto Caesare ut describeretur universus orbis»). El cosmógrafo lo interpreta como si se hubiera tratado de medir el mundo en vez de elaborar un censo con finalidades fiscales. Para

describir el universo, recurre a documentos anteriores en los que se habla de pueblos, tribus, ciudades y ríos, y reseña los conflictos que hacían que unas *gentes* oprimieran a otras, *ut barbarus mos est*, «según la costumbre bárbara», expresión que utiliza muy a menudo. El cosmógrafo insiste una y otra vez en que él no podría hacer nada sin la ayuda de Cristo y subraya que este lo creó todo a partir de la nada, y puso en el firmamento las grandes luminarias que permiten a los hombres más hábiles calcular los movimientos y el tiempo, conforme al orden dispuesto por el Creador[7].

Su descripción del mundo conocido va de este a oeste, desde el subcontinente indio hasta las islas situadas al oeste de la costa de Britania, enumerando los lugares y los pueblos que habitan esas regiones. Explica que el desplazamiento del sol durante el día a lo largo del meridiano permite determinar tanto las horas del día como el paso del tiempo en el curso del año y designar los países de todos los pueblos que se encuentran dentro de la gran circunferencia de la orilla del océano innavegable. De este modo, introduce el concepto del mundo representado dentro de un círculo —un mapamundi que se conoce con el nombre de «mapa de T en O» o «mapa Orbis Terrarum», típico de la Antigüedad tardía— circundado por el gran océano que rodea la masa de las tierras habitadas. El cosmógrafo mide las horas del recorrido solar durante el equinoccio de primavera (21 de marzo), describe los seis vientos que soplan y después emprende una larga digresión sobre adónde va el sol por la noche.

En este punto cita a un tal Rigilino, un *philosophus* cuyos veinticuatro versos sobre el recorrido diario del sol confirman que durante la noche atraviesa la *partem arctoam* (región ártica[8]). Gracias a este geógrafo/poeta, por lo demás desconocido, el cosmógrafo anónimo puede seguir otra tradición, la de prologar un trabajo intelectual serio con versos que refuerzan su autoridad y su poder[9]. En el siglo V dos artesanos que crearon un mapa para Teodosio II compusieron también un poema dedicado al emperador[10]. Los versos de Rigilino apoyan aquí el argumento del cosmógrafo de Rávena de que el sol no se esconde detrás de grandes montañas durante la noche ni se hunde bajo las aguas del océano, sino que regresa a Oriente, de donde sale de nuevo por la mañana. El hecho de que el movimiento nocturno del sol siguiera dejando perplejos a los primeros filósofos medievales lo demuestra su conclusión de que el modo en que esto ocurre «solo lo conoce nuestro Dios»[11]. A continuación, habla de las zonas por las que se extiende la oscuridad de las horas nocturnas de oeste a este, desde las regiones septentrionales, como Germania y Britania, hasta el Cáucaso, Escitia, Sarmacia, las Puertas Caspias y la región de Bactriana, al norte de India, pasando por las islas de los fini en el mar Báltico. Trata de encajar a todos los pueblos del norte en

estas doce horas y llama la atención sobre la importancia de la medianoche con varias referencias bíblicas, como el momento en que Judit cortó la cabeza de Holofernes[12].

Aunque muchas de las fuentes antiguas parecen citadas a partir de compendios y florilegios posteriores, no cabe duda de la variedad de libros de que disponía el autor en la Rávena del siglo VII ni de su ambición. El cosmógrafo anónimo comienza reconociendo a sus predecesores, «filósofos» como Ptolomeo, Heródoto y Estrabón, y Orosio, Solino y un tal Castorio entre los autores latinos. Conoce a filósofos persas que escribieron en griego, utiliza a Josefo para las regiones de Palestina donde viven los hebreos y cita a varios padres de la Iglesia griega: Basilio de Cesarea, Epifanio de Chipre, Atanasio de Alejandría y Gregorio Magno, el más famoso de los padres latinos que conoce. Además de las autoridades del siglo VI y principios del VII, como Procopio, Casiodoro y Estéfano de Bizancio, también menciona a Pentesileo como fuente fiable para las amazonas y su región de Cólquida, en una mezcla de fantasía y rigor. Sigue la típica costumbre altomedieval de dar una explicación etimológica extravagante a los nombres extraños; por ejemplo, «Altinum se llamaba antes Altilia porque la conquistó Atila, rey de los hunos»[13].

Una de las principales fuentes que utiliza se atribuye a Castorio, un autor por lo demás desconocido, al que el cosmógrafo anónimo asocia con una lista de itinerarios que enlazan ciudades de todo el mundo romano, parecido a la célebre *Tabula Peutingeriana*[14]. Cada vez que cita a Castorio como fuente de los nombres de ciudades concretas, estas se pueden encontrar en la *Tabula*, de la que solo se conserva una copia medieval del siglo XII de más de siete metros de longitud[15]. Dado que el mapa original de Peutinger fue realizado probablemente durante la Tetrarquía, hacia el año 300, es probable que se conservara una copia en Rávena, donde el cosmógrafo la atribuyó a Castorio[16]. Y, dado que describe a este filósofo/geógrafo como «experto en ambas lenguas», es probable que en esta fuente hubiera referencias tanto en griego como en latín, a diferencia del mapa de Peutinger que se ha conservado, cuya base es inequívocamente latina[17]. Es probable, además, que el cosmógrafo contara también con un mapa circular que mostrara la división del mundo en las partes correspondientes a los hijos de Noé: Asia a Sem, África a Cam y Europa a Jafet[18].

GEÓGRAFOS GODOS

Mediante numerosas referencias a tres expertos, probablemente godos, el cosmógrafo anónimo nos proporciona información sobre el extremo norte y la periferia del orbe cristiano. Aunque «Athanarich»,

«Ildebaldus» y «Marcomirus» podrían ser desde luego nombres godos —Atanarido, Ildebaldo y Marcomiro—, no tenemos documentada la existencia de individuos con estos nombres en ningún otro texto aparte de la *Cosmographia*[19]. La destrucción de los documentos godos (en especial los que contenían textos arrianos, que fueron todos pasto de las llamas) hizo que su obra se perdiera. Corrobora esta hipótesis el número cada vez mayor de palimpsestos identificados como godos, principalmente textos cristianos arrianos, originarios de Rávena y reciclados en Verona para copiar nuevos documentos[20]. Es difícil evaluar lo que los presuntos geógrafos godos aportaron a los conocimientos que tenía el cosmógrafo de Rávena acerca de los godos, que derivan en gran medida de la *Getica* de Jordanes y de Isidoro de Sevilla, cuyas obras sin duda habrían tenido cabida en alguna biblioteca de Rávena[21]. El arzobispo, el exarca y los abades de los numerosos monasterios de la ciudad tenían sus propias bibliotecas y habrían considerado a estos geógrafos godos como algo precioso, expertos que daban nombres específicamente godos de poblaciones en su mayoría desconocidas en el mundo mediterráneo.

Además de estos textos godos, es evidente que el cosmógrafo anónimo conocía la historia de Rávena, que había sido gobernada por el célebre rey Teodorico, cuyos palacio, iglesias y mausoleo seguían formando parte del paisaje urbano. En particular, la estatua ecuestre que se alzaba frente a su palacio, con su impresionante basílica —rededicada a san Martín en la década de 560—, era un emblema de su poder y mecenazgo. Aunque la lengua goda no sobreviviese a la extinción de la teología arriana, dejó su influencia en el lenguaje hablado y en ciertos términos técnicos. El cosmógrafo era heredero de esta integración de las culturas germánica y romana, que tan evidentemente se refleja en su texto, y por ello citaba a sus informantes godos, fueran o no muy útiles[22]. Los nombres godos resultaron problemáticos para los lectores posteriores, que no conocían el alfabeto gótico.

En el libro V, un periplo por el Mediterráneo, el cosmógrafo utiliza Rávena como punto de partida y meta de su viaje costero, en sentido antihorario, a diferencia de las descripciones anteriores de la navegación por dicho mar, que comenzaban en las Columnas de Hércules, en el extremo occidental, y recorrían la costa en el sentido de las agujas del reloj. El cosmógrafo lleva a su público hacia el sur por la costa adriática de Italia y luego hacia el norte por la costa occidental, con escalas en Salerno, Roma, Génova y Ventimiglia. Recorre luego Niza, Marsella, Nimes y Narbona hasta los Pirineos e Hispania. Pasa al norte de África y llega a Alejandría, para luego viajar al norte, hacia Palestina y Siria, rodear Asia Menor hasta el mar de Mármara, pasar por Calcedonia, subir por el Bósforo hasta el mar

Negro, rodear el mar en sentido antihorario y volver a Constantinopla. A continuación, el periplo prosigue en Tesalónica, baja por la costa de Grecia y sube por el Adriático oriental hasta volver a Rávena, pasando por Salona, Pola, Parentium, Tergeste y Aquilea. El orgullo por su nobilísima ciudad natal y la originalidad de su periplo marítimo, en el que se mencionan algunos puertos poco conocidos, confirman que el centro de atención del autor era la localidad de la que era oriundo.

En una nota adjunta a la lista de ciudades costeras situadas al sur de Rávena, el autor advierte al lector de que puede haber discrepancias entre los nombres de las ciudades ya indicados y los que siguen:

> Significan exactamente lo mismo, […] pero los hombres usan vocablos distintos (*diversis vocabulis*) según su costumbre y la diversidad de sus lenguas (*linguarum diversitas*). Al igual que los hombres se diferencian por su apariencia (*facie*), los hombres y las ciudades se diferencian por su habla (*loquela*). No te preocupes si, a pesar de una apariencia similar, ves que la palabra (*loquelam*) usada por los hombres para las ciudades varía [lib. V, 1].

De hecho, al comparar las listas de ciudades de los libros anteriores con las del periplo existen algunas diferencias leves y otras más notables, como Pensarum/Pensaurum, Floxo/Flosor, Pinna/Tinna o Pausas/Pausulas. Al contrario que otras listas geográficas de ciudades, la ortografía de los nombres es bastante idiosincrásica, y hay duplicaciones y lugares no documentados. La atención que el cosmógrafo presta al latín hablado de la época y a las diferentes grafías de los nombres de las ciudades revela la dificultad de encontrar topónimos consolidados.

Es posible que el texto original de la *Cosmographia* estuviera ilustrado con un mapamundi, pero los manuscritos que se conservan no llevan ninguna ilustración, y el mapa creado por Guido de Pisa en 1119 no le debe nada al cosmógrafo anónimo. Los mapamundis eran muy apreciados, como sabemos por el papa Zacarías (741-752), un griego probablemente del sur de Italia, que tenía uno en Roma, y encontramos otro en el catálogo de la biblioteca del monasterio de Reichenau, en el lago de Constanza, de 822-823. En Aquisgrán, Carlomagno tenía una mesa de plata muy pesada «que representa el mundo en tres círculos concéntricos», así como una copia de la *Tabula Peutingeriana*[23]. Al planificar sus campañas militares en Italia en 773 y 776, Carlomagno recabó importante información topográfica de Martín, el enviado y diácono del arzobispo León de Rávena (770-777), que «enseñó a los francos la ruta hacia Italia»[24]. Las listas de ciudades de la *Cosmographia*, probablemente basadas en itinerarios, tal

vez poseyeran un valor práctico además de interés intelectual[25].

Aparte de su utilidad militar, la *Cosmographia* del erudito anónimo de Rávena destaca por la variedad de datos que aporta y por la combinación de fuentes geográficas. Esta riqueza en cuanto a información desempeñó un papel fundamental en la transmisión de la geografía y la cartografía desde la época romana, pasando por Guido de Pisa a principios del siglo XII, hasta un arte cartográfico más sofisticado, que daría lugar a nuevos sistemas de representación de los viajes por mar en los primeros portulanos[26]. Una influencia aún más fascinante del cosmógrafo anónimo se encuentra en una copia de la *Tabula Peutingeriana*, descubierta en el siglo XV[27]. El erudito renacentista Pellegrino Prisciani, bibliotecario de la colección D'Este, vio este manuscrito expuesto en el palacio episcopal de Padua y copió una parte, anotando las glosas griegas de ciertos nombres, que le resultaban difíciles de leer. Parece que estas adiciones en griego fueron hechas en Rávena y es posible que procedan del cosmógrafo anónimo[28]. Puesto que, según parece, la copia de la *Tabula Peutingeriana* que tenemos documentada en la corte de Carlomagno tenía solo nombres en latín, la supresión de los nombres en griego atribuibles al geógrafo ravenés podría deberse a la exigencia de «latinidad exclusiva» de los sabios carolingios[29].

A pesar de que contamos con poquísima información sobre escuelas y profesores de materias profanas y en lengua griega en Rávena, la presencia de Johannicis, Rigilino y el cosmógrafo anónimo supone que había un alto nivel educativo y un interés por el griego y la versificación, así como por los mapas y el cálculo, que no era nada común en la Alta Edad Media. Y, aunque a algunos emperadores posteriores no les interesara apoyar este ambiente bilingüe, los estrechos lazos de Rávena con Constantinopla lo revitalizaban y refrescaban constantemente. Las destrezas asociadas a la traducción eran muy importantes, y siempre que se necesitaban había disponibles traducciones al latín de textos originales en griego. Las mismas aptitudes eran evidentes en Roma en esta época, pero se centraban específicamente en la traducción de documentos religiosos. Aunque es posible que el cosmógrafo anónimo se viera animado por alguna influencia de Oriente, gran parte de la información necesaria para sus investigaciones sobre la geografía antigua era al parecer local. Y puesto que tenía una aplicación práctica, como comprobó más tarde Carlomagno, probablemente disfrutara del patrocinio de los exarcas, en cuyo palacio encontró empleo Johannicis.

Como jefe de la administración imperial en Occidente, el exarca tenía la evidente responsabilidad de gestionar la documentación escrita de todo lo que ocurría, conforme a la tradición burocrática desarrollada en Constantinopla, donde los documentos se guardaban

por triplicado. El palacio del exarca debía de contar con lugares seguros donde almacenar los documentos de papiro, así como con una biblioteca para los textos que pudieran ser útiles[30]. Asimismo, dentro de la ciudad, los arzobispos se encargaban de guardar toda la documentación sobre la propiedad de la tierra, los contratos de la Iglesia, los arrendamientos, las rentas y los impuestos pagados en especie, archivados de forma segura en cofres cerrados. Precisamente por entonces, hacia el año 700, un escriba de Rávena copió una colección de sermones en latín e historias de los Padres del Desierto que habían sido traducidos del griego al latín por Pelagio, que luego sería papa (556-561). El manuscrito, del que por desgracia solo se conservan fragmentos, refleja el interés generalizado por estos relatos «buenos para el alma», llamados en griego *Apophthegmata Patrum* (figura 56). Es posible que el anónimo escriba perteneciera a la comunidad de un monasterio en el que también se guardaban cuidadosamente los documentos[31]. La ciudad contaba con más de una biblioteca en la que se podían consultar y citar textos importantes.

¿Fue el cosmógrafo anónimo uno de los funcionarios designados para velar por estos archivos? Es casi seguro que era un clérigo, como su «hermano Odo», en vista del ámbito restringido en el que circulaban los conocimientos más avanzados a mediados del siglo VII, al alcance solo de quienes seguían carreras eclesiásticas. No obstante, los versos compuestos por Rigilino sirven para recordar que los clérigos de la Alta Edad Media solían interesarse de verdad por la cultura precristiana. Estudiaban y copiaban textos y emulaban estilos anteriores en sus propios escritos. Es posible que citaran a autores antiguos como Ptolomeo y Estrabón sin leer realmente los originales, pero hasta cierto punto esto también refleja la alta estima que se tenía por el aprendizaje de los clásicos. El cosmógrafo de Rávena muestra una exagerada dedicación a la transmisión y elaboración de la cultura grecolatina. En su obra podemos ver el germen de una cultura altomedieval que empieza a brotar en Europa occidental, personificada en Carlomagno, que combina fuentes latinas, cristianas y germánicas, y que aúna las energías transalpinas con las de Roma. Sin embargo, para el cosmógrafo anónimo «Roma» seguía designando un único imperio mundial, cuya capital era Constantinopla, y que se basaba en la traducción de obras griegas. En su *Cosmographia* podemos ver cómo estas fuerzas dispares influyeron en su mundo. Rávena no solo fomentó el conocimiento del griego, sino que también conservó la curiosidad por el mundo físico, las montañas y los ríos, así como por la geografía imperial. Fue un punto de apoyo para la combinación de elementos godos, latinos, griegos y cristianos que solo podía existir gracias a la riqueza, la cultura y la intervención directa de Constantinopla, plasmada en la sorprendente ambición y confianza de

un sabio que «exploró el mundo entero» desde su atalaya de la *nobilissima* Rávena.

Séptima parte

685-725
Los dos reinados de Justiniano II

28
El Concilio Trullano

Mientras el cosmógrafo anónimo de Rávena enumeraba todas las ciudades costeras del Mediterráneo, el mar interior que él consideraba el centro del mundo, daba inicio a su división definitiva entre la cristiandad y el islam. Las pérdidas sufridas por el Imperio pueden cuantificarse por la cantidad de población cristiana que pasó a estar gobernada por los musulmanes. En 646, en los sínodos de las diócesis eclesiásticas norteafricanas de Proconsularis y Bizacena tenemos documentados 109 obispos, mientras que en el siglo VIII su número había ido disminuyendo paulatinamente y los árabes avanzaban hacia Hispania.

Otra etapa de este proceso de división se inició en el año 692, cuando el emperador Justiniano II ordenó que el Sexto Concilio Ecuménico, que había comenzado en el año 680, volviera a reunirse en Constantinopla para completar su trabajo revisando los cánones —las leyes eclesiásticas— de la Iglesia. Este sínodo se conoce como el Quinisexto (Quinto-Sexto), en el sentido de que su tarea era completar el trabajo de los concilios Quinto y Sexto, o con el nombre de Concilio Trullano, porque se reunió bajo la cúpula de la misma sala del Gran Palacio que en el año 680. Emitió 102 cánones disciplinarios que revisaban las normas eclesiásticas, por ejemplo, en relación con la autoridad de los obispos sobre los monasterios de sus diócesis. Una vez más, la posición reservada a la archidiócesis de Rávena fue muy destacada, la undécima de la lista, aunque no enviara a ningún representante[1]. Y está claro que se esperaba de los demás obispos occidentales que tampoco habían asistido al concilio que suscribieran el documento final consensuado en 692. Así, inmediatamente después de la firma del emperador (en rojo), en las actas se deja un espacio para la firma del «santísimo papa de Roma»; en el séptimo lugar firma el arzobispo de Tesalónica; en el noveno el de Cerdeña, y en el undécimo el de Rávena. Los obispos de Heraclea, en Tracia, y de Corinto habrían añadido sus firmas en los puestos doce y trece[2].

Desde el año 451 no se promulgaban cánones para todo el mundo cristiano, y dicho mundo había cambiado irremediablemente con la expansión del islam. La ocupación musulmana de las enormes

provincias de Palestina, Siria, Egipto y el norte de África ocasionó que ningún obispo de dichos territorios asistiera a las reuniones del concilio, aunque los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén estuvieron representados en él. La primera etapa del concilio, celebrada un decenio antes, se había dedicado a cuestiones doctrinales, y la de Rávena había sido reconocida como una de las principales iglesias. La segunda fase, presidida por Justiniano II, pretendía regular jurídicamente un amplio abanico de comportamientos y prácticas religiosos, desde cuestiones relativas al celibato y la disciplina eclesiástica hasta la condición de los cristianos que vivían «en tierras bárbaras».

Aunque el concilio pretendía incorporar al derecho canónico un conjunto unificado de cánones aplicables a los obispos y a los creyentes de toda la ecúmene, no consiguió el apoyo de Roma y, por tanto, perdió bastante autoridad en Occidente, especialmente en Rávena. En lugar de enviar una delegación especial al encuentro, de la que podría haber formado parte Rávena, el papa Sergio (687-701) estuvo representado por el nuncio residente en la capital y el obispo Basilio de Gortina (Creta[3]). Otros obispos que habían asistido en 680-681 volvieron a Constantinopla, junto con una serie de clérigos nombrados más recientemente, muchos de los cuales llevaron consigo problemas jurídicos concretos para que se pudieran formular nuevos cánones, por ejemplo, para los obispos cristianos que huían del dominio musulmán. Durante varios meses se discutió un amplio abanico de temas, entre ellos las medidas necesarias para poner freno a las supersticiones y las prácticas irreverentes, como la interpretación de las nubes como mensajes divinos, que podrían engañar a los cristianos incultos (o ingenuos). Se dedicaron dos cánones al arte cristiano apropiado; el primero estipulaba que se representara a Cristo dándole forma humana, en lugar de optar por su representación simbólica como Cordero de Dios, y el segundo prohibía cualquier representación artística que pudiera generar sentimientos impropios[4]. Esta insistencia en la encarnación, en la existencia terrenal de Cristo, se inspiraba en el culto a las imágenes y, al mismo tiempo, lo fomentaba. Justiniano envió la lista definitiva de 102 cánones a todos los dirigentes de la pentarquía, para que los cristianos de todo el mundo los conocieran.

Entre estas normas, el canon 3 establecía que la sede de Constantinopla debía recibir el mismo honor que la de Roma, aunque respetando la primacía general de la cátedra de san Pedro. Esto seguía la tradición imperial de que la ciudad donde residía el emperador debía tener también el máximo rango eclesiástico. El papa Sergio, sin embargo, se opuso a que Constantinopla tuviera la misma dignidad, así como a otras normas que consideraba «ajenas a los usos de la

Iglesia», ofensivas para los herederos de san Pedro e incluso contrarias a la práctica romana, como las tradiciones del celibato clerical, el ayuno y la genuflexión[5]. El *Libro de los pontífices de Roma* cuenta que «se redactaron seis copias de las actas, firmadas por los tres patriarcas de Constantinopla, Alejandría y Antioquía, y por los demás prelados […] confirmadas de puño y letra por el emperador y colocadas en una caja para su envío llamada *scevrocarnalis* y remitidas a Roma». El papa debía firmarlas en la parte superior «como jefe de todos los sacerdotes», pero se negó a hacerlo[6].

La reacción al concilio Trullano en Italia

En Rávena, el arzobispo Damián, elegido tras la muerte de Teodoro en enero de 692, había sido consagrado por el papa Sergio y compartía su oposición al Concilio Trullano. No hay pruebas de que se le pidiera que firmara las copias de las actas que se habían enviado a Roma; ningún prelado de la Iglesia occidental lo hizo[7]. Por lo tanto, el emperador tomó medidas urgentes para obtener su consentimiento. En primer lugar, Justiniano envió a Sergio, un *magistrianus*, para convencer al papa de que firmara, y, cuando fracasó, el emperador tomó represalias ordenando el arresto de Juan, obispo de Porto, que había participado en el concilio de 680-681, y de Bonifacio, consejero papal. Los dos fueron llevados a Constantinopla y no se supo más de ellos[8]. Justiniano envió a continuación a un militar, el *protospatharios* Zacarías, para que detuviera y destituyera al mismísimo pontífice. En respuesta a esta contundente amenaza, los soldados de la zona, concretamente los de Rávena, la Pentápolis y las regiones vecinas, se encaminaron a Roma, decididos a proteger al papa Sergio e impedir que se lo llevasen a Oriente. Llegaron después de Zacarías y se encontraron con las puertas de la ciudad cerradas, ya que el *protospatharios* temió por su vida y rogó al papa que lo protegiera. Según el *Libro de los pontífices*, estaba tan asustado que se refugió en el interior del palacio de Letrán, donde llegó a esconderse bajo la cama del papa[9].

Cuando el ejército de Rávena se enteró de que Zacarías estaba en Roma, forzó la puerta de San Pedro y avanzó hacia el palacio para expulsarlo. También exigieron ver al papa al temer que se lo hubieran llevado a hurtadillas para embarcarlo rumbo a Constantinopla, una reacción que sin duda obedecía al trato dispensado tiempo atrás al papa Martín y a los funcionarios papales, que no habían regresado de Constantinopla. Cuando llegaron al palacio de Letrán, el papa Sergio salió a tranquilizar a «los soldados comunes y al pueblo» y a confirmar que estaba sano y salvo. Solo cuando el ejército de Rávena se aseguró

de que Zacarías había sido expulsado de la ciudad, «con heridas e insultos», las tropas abandonaron la defensa de Roma y regresaron a sus lugares de origen[10]. Aunque no se menciona la presencia del exarca, esta intervención militar de las fuerzas locales de Rávena y la Pentápolis fue el primer desafío explícito a la autoridad constantinopolitana; implicaba que su lealtad a la administración imperial había sido reemplazada por la determinación de proteger al obispo de Roma de una detención arbitraria.

Los cánones de 692, por tanto, no fueron reconocidos en Occidente. Furioso por esta negativa, Justiniano puso bajo la autoridad de Constantinopla a la diócesis de Iliria Oriental[11], una importante zona de los Balcanes, Grecia y las islas del Egeo que había estado bajo el control del obispo de Roma durante siglos. Ello creó otra gran desavenencia entre Occidente y Oriente, y los papas seguirían exigiendo la devolución de la diócesis durante siglos, sin éxito. Por su parte, Justiniano nunca olvidó el antagonismo del ejército de Rávena, que humilló a su enviado Zacarías entre 693 y 695.

Mutilación y destierro de Justiniano II

El derrocamiento de Justiniano II en el año 695 es un acontecimiento crítico en la historia de Rávena. El emperador estaba convencido de que algunos raveneses habían desempeñado un papel importante en este golpe de Estado, aunque lo más probable es que la culpa de su caída la tuvieran las actividades de sus desaprensivos funcionarios del tesoro y sus violentos métodos de extorsión. La creciente impopularidad del emperador en Constantinopla llegó a su punto álgido cuando empezaron a circular rumores de que había ordenado el asesinato del patriarca de la ciudad y de todos los miembros de la facción de los Azules. Como respuesta, a un oficial militar rival, Leoncio, para convencerlo de que encabezara un golpe militar, le contaron que, según una profecía, sería emperador. Leoncio irrumpió en la prisión principal de Constantinopla, entregó armas a los reclusos y les ordenó que corrieran por la ciudad gritando: «¡Todos los cristianos, a Santa Sofía!». La población y el patriarca se unieron a la revuelta, detuvieron y mataron a los odiados sacelarios y mutilaron a Justiniano en una ceremonia pública en el Hipódromo[12]. Aunque el nuevo emperador le perdonó la vida a Justiniano, el acto simbólico de cortarle la nariz y las orejas estaba destinado a inhabilitarlo para gobernar, y Leoncio (que en sus monedas figura siempre con el nombre de León) le desterró a Crimea[13].

Pablo el Diácono describe acertadamente esta operación en

extremo desagradable: «Al expulsarlo, León le había cortado la nariz»[14]. Este procedimiento bastante habitual de cortar la nariz, la rinotomía, le dio a Justiniano el apodo de Rhinotmetos, el emperador desnarigado. La intención era tanto desfigurarlo como impedir que volviera a ocupar el trono imperial, ya que el emperador debía tener el cuerpo entero (por ejemplo, a los eunucos no se les permitía aspirar al trono). Con este aspecto tan poco atractivo desterraron a Justiniano en Quersoneso, un importante puerto de la costa septentrional del mar Negro. Su salida de Constantinopla inauguró un periodo de inestabilidad, en el que otros militares decidieron arriesgarse a ocupar el puesto de emperador.

El destino de Cartago

Mientras tanto, en el año 697, los árabes se apoderaron finalmente de Cartago, la capital del exarcado norteafricano, y Leoncio demostró cuán consciente era de la importancia estratégica de la ciudad al enviar una importante expedición marítima bajo el mando de Juan el Patricio para reconquistarla. Las fuerzas imperiales ocuparon con éxito Cartago y el territorio circundante, pero no pudieron repeler el contraataque de los árabes, que los derrotaron en 698[15]. Las tropas imperiales se retiraron a Creta, donde un oficial subalterno, Apsimar, se rebeló. Se embarcó rumbo a Constantinopla, donde derrocó a Leoncio y gobernó con el nombre de Tiberio III (698-705). El califa Abd al-Malik mandó arrasar las defensas de Cartago y destruir sus puertos; a continuación, sus tropas prosiguieron la conquista de la parte occidental del norte de África, que culminó con el paso de las fuerzas árabes al otro lado de las Columnas de Hércules en el año 711.

La pérdida de África supuso una reducción enorme de la base recaudatoria del Imperio y la pérdida de un suministro de trigo que había alimentado a los habitantes de Roma durante siglos. Por suerte, gracias a la pérdida de población y a la existencia de fuentes de aprovisionamiento alternativas en Sicilia y el sur de Italia, Roma logró sobrevivir, pese al aumento del número de refugiados cristianos procedentes de África[16]. Aun así, la destrucción de Cartago fue un símbolo del fracaso imperial que hizo que las restantes provincias occidentales cobraran mayor importancia: Rávena, que seguía siendo el centro de un exarcado, la isla de Sicilia, ascendida a *thema* independiente, y Cerdeña y las Baleares. La ceca siciliana de Catania adquirió un peso especial, ya que la mayor producción agrícola de la región podía proporcionar una recaudación fiscal más elevada a Constantinopla. Este cambio anunció el papel clave que desempeñaría Sicilia en la política imperial del siglo VIII[17].

En este contexto de victorias de los árabes en África y de campañas constantes contra las principales ciudades de Asia Menor lanzadas desde Damasco, Justiniano conspiraba para recuperar el trono. A pesar de la mutilación, destinada a impedir que volviera a ejercer el poder imperial, negoció una alianza con el soberano jázaro del territorio situado al norte del mar Negro, que le dio a su hija (o puede que a su hermana) en matrimonio, y consiguió que los búlgaros apoyaran su regreso a Constantinopla. En el verano de 705 Justiniano volvió por mar a la capital, mientras por tierra le apoyaba un ejército búlgaro. Cuando se encontró cerradas las puertas de la ciudad, encontró el modo de entrar por el acueducto. Tanto Leoncio como Tiberio fueron llevados al Hipódromo y decapitados; a los jefes militares Justiniano los mandó empalar en las murallas de Constantinopla, y al patriarca lo cegaron y lo desterraron a Roma[18].

El segundo reinado de Justiniano II

En cuanto el emperador mutilado Justiniano II hubo recuperado el trono de Constantinopla, hizo venir de Crimea a su esposa, a la que había rebautizado Teodora, y a su hijo, Tiberio, y «reinaron conjuntamente con él»[19]. Está claro que el emperador aspiraba a recrear la gloria de sus predecesores del siglo VI, Justiniano I y la emperatriz Teodora.

El emperador intentó inmediatamente que los cánones del Concilio Trullano fueran reconocidos en toda la cristiandad, para lo cual envió a Roma una embajada encabezada por dos obispos metropolitanos para exigir la aquiescencia del papa. Pero Juan VII (705-707), al igual que su predecesor Sergio, se negó a suscribir las actas y las devolvió sin más[20]. Justiniano ideó entonces una forma diferente de coaccionar a la Iglesia de Roma y ordenó al sumo pontífice que fuera a Constantinopla. Como la orden llegó después de la muerte del papa Juan, se la entregaron al papa Constantino (708-715), que cumplió el mandato del emperador[21].

La noticia del restablecimiento de Justiniano II al frente del Imperio no suscitó entusiasmo alguno en Rávena, cuyos soldados habían ayudado a defender al papa Sergio. La ciudad se dio cuenta de que, si algún ravenés había participado también en la mutilación del emperador en 695, este tomaría represalias. En esto no se equivocaban, ya que Justiniano II se mostró tan vengativo contra Quersoneso y Rávena que provocó un desastre sin precedentes. Al principio, estaba más preocupado por derrotar a los búlgaros (que ya no eran aliados suyos) y por las repetidas incursiones árabes, pero el historiador Agnelo, con la perspectiva que da el paso del tiempo, cree

que el monarca también pensaba en Rávena. «¿Qué hay que hacer y cómo proceder contra Rávena? —cuenta que dijo el emperador—. […] Esa gente que es enemiga mía, con sus engaños, me cortó la nariz y las orejas»[22]. Justiniano sabía que el ejército de Rávena había impedido que su enviado Zacarías obtuviera la conformidad del papa Sergio a los cánones del Concilio Trullano. En venganza por la mutilación, de la que tal vez culpara a los raveneses, así como por su clara desobediencia a los preceptos imperiales, Justiniano ordenó a un comandante militar de confianza (el *strategos* de Sicilia) que enviara una flota al Adriático, tomara la ciudad rebelde y llevara al arzobispo y a los principales ciudadanos a Constantinopla para ser juzgados[23].

Agnelo relata el hábil engaño con el que el comandante de la flota atrapó y secuestró al arzobispo Félix, a Johannicis, a los ciudadanos más ilustres y a algunos que no lo eran tanto, y se los llevó consigo. Los soldados que el *strategos* había dejado en tierra «entraron en la ciudad y prendieron fuego a [las casas de] los ciudadanos». Causaron una conmoción mayúscula, y «había gente llorando por todas partes». El ataque no pretendía destruir Rávena y Classe, sino recordar a sus habitantes que le debían lealtad a Constantinopla. Es un ejemplo terrorífico del largo brazo del emperador, que podía recurrir a sus fieles de Sicilia para castigar a los habitantes de la capital imperial de Occidente[24].

Las nuevas defensas de Rávena

En ausencia de su arzobispo y de los principales ciudadanos, los demás raveneses decidieron defenderse. Eligieron a un nuevo líder, Jorge, que era hijo de Johannicis, y todos acordaron acatar sus órdenes[25]. A continuación, Jorge recorrió el exarcado para planificar su defensa. Dividió en secciones todo el litoral del Adriático para poder vigilar de cerca los movimientos de cualquier flota, tarea que asignó a las ciudades de Sarsina, Cervia (en la zona marítima de Nova), Papia (en Cesena), Forlimpopoli (en el puerto de Sava), Forlì, Faenza (en Lacherno), Imola (en el campo de Coriandrum) y Bolonia (en el puerto del León), y a los agricultores (en Candiano). En la propia Rávena creó doce unidades militares, cada una para un sector de la ciudad, con su población correspondiente. Es posible que para ello tomara como base la división ya existente en barrios, algunos de los cuales estaban relacionados con puertas concretas de la ciudad, como la Teguriense o la Posterula Latronum. Además, identificó once de las nuevas unidades con una bandera: la Primera, la Segunda, la Invicta, la Constantinopolitana, y así sucesivamente hasta la duodécima, que correspondía al clero y a los que no tenían honores ni

familia[26]. De este modo, todos los raveneses estaban encuadrados bajo una bandera específica, que representaba su barrio de la ciudad.

Se trataba claramente de una rebelión destinada a reafirmar la independencia de Rávena y a rechazar cualquier otra fuerza naval enviada desde Constantinopla, así como los ataques longobardos. Se dice que Jorge afirmó que todos habían «bebido el horrendo veneno de la boca de la serpiente que vino por mar desde Bizancio». Y añadió: «No huyamos de los griegos (*Danais*) de corazón henchido»[27]. Jorge había instado al pueblo y a las facciones de Rávena a que dejaran de lado sus viejas rencillas; los puso a todos a trabajar en lo que mejor supieran hacer: a los jóvenes, a cortar chopos y matas de sauquillo para mezclarlos con madera de roble (seguramente con el propósito de construir embarcaciones), y a los fabricantes de toldos y tiendas a confeccionar velas, indicándoles que se protegieran la cabeza del calor[28].

Con la creación de una milicia ciudadana a partir de los barrios de la urbe, Jorge puso en pie un sistema defensivo totalmente nuevo para Rávena y sus regiones vecinas. Probablemente sustituyó o incorporó la limitada capacidad militar que había quedado bajo el mando del gobernador imperial. No se menciona a ningún exarca en relación con estos hechos, aunque Jorge debió de inspirarse en las tradiciones de orgullo y responsabilidad cívica[29]. La creación de una organización civil tan independiente, sin ninguna deferencia hacia Constantinopla, convierte a Rávena en el prototipo de las ciudades-Estado italianas, un modelo que más tarde seguirían Venecia y otras repúblicas del norte de Italia. Agnelo escribe que esta organización seguía existiendo en su época, por lo que es probable que pasara a estar subordinada al exarca y que perdurase incluso después del año 751, cuando los longobardos se apoderaron de Rávena. Su creación evidencia la importancia que los raveneses daban a su ciudad y su confianza en ella, así como la capacidad de responder de manera decidida a la terrible noticia de que el arzobispo Félix había sido cegado y desterrado al mar Negro, al igual que el papa Martín[30].

No obstante, Justiniano era consciente de los peligros que corría el exarcado, y en 710 envió otro exarca, que, según el *Libro de los pontífices de Roma*, era Juan Rizocopo (posiblemente en su segundo mandato). En lugar de dirigirse directamente a Rávena por mar, el nuevo exarca desembarcó en Nápoles, quizá porque a aquella ya se la consideraba territorio rebelde a Constantinopla. En la ciudad del Vesubio el exarca se reunió con el papa Constantino y con un nutrido grupo de clérigos que el 5 de octubre de 710 habían partido de Roma camino de Oriente. Mientras la comitiva papal se dirigía a Sicilia, Juan se fue a Roma, donde asesinó a los cuatro prelados principales que habían quedado al mando[31]. Luego cruzó los Apeninos para

imponer el orden imperial en Rávena, pero se encontró con una recepción hostil y, «según el juicio de Dios por sus actos atroces, murió de forma ignominiosa»[32]. En cuanto en Constantinopla se tuvo noticia de la muerte del exarca, el emperador nombró a otro en su lugar; había que someter Rávena al control del Imperio para que pudiera rechazar los ataques de los longobardos.

Los cánones del Concilio Trullano

Mientras tanto, en su viaje a Oriente, el papa Constantino fue recibido con gran honor por el patricio y *strategos* Teodoro en Sicilia y pasó el invierno en Otranto. En la primavera de 711, el papa y su comitiva recorrieron Grecia y las islas del Egeo, y fueron recibidos en Constantinopla por el patriarca y todo el Senado, presidido por el jovencísimo príncipe Tiberio. Como Justiniano se encontraba en Nicea, en Asia Menor, le pidió al papa que se reuniera con él en Nicomedia, donde resolvieron todas las discrepancias sobre los cánones del Concilio Trullano. El emperador renovó todos los privilegios de la Iglesia de Roma y permitió que el papa regresara a la Santa Sede. Naturalmente, el *Libro de los pontífices de Roma* relata esta visita en términos elogiosos, y destaca las solemnísimas ceremonias organizadas por los comandantes en todas y cada una de las etapas del viaje, la afectuosa recepción del papa por parte del emperador y su regreso sin percances a Roma en octubre de 711. Los cánones acordados en Oriente, sin embargo, nunca fueron asimilados al derecho canónico occidental. La pretensión del canon 3 de que Constantinopla tuviera la misma dignidad que Roma, aunque conservando la primacía de honor para los sucesores de san Pedro, seguía siendo un escollo. De hecho, muchas de las cuestiones tratadas en los cánones se referían a las comunidades de Oriente —como las celebraciones al estilo pagano con que los estudiantes de Derecho festejaban las notas finales, el hecho de que los sacerdotes armenios añadieran agua caliente al vino de la eucaristía o el de que algunos sacerdotes no utilizaran la forma litúrgica correcta del trisagio («Santo, Santo, Santo»)—, y eran irrelevantes para los cristianos occidentales. En la separación gradual de las dos mitades de la cristiandad, decisiones imperiales como la transferencia de la diócesis de Iliria Oriental y del patrimonio pontificio del sur de Italia a Constantinopla adquirieron probablemente una importancia mucho mayor.

En noviembre de 711 Justiniano II fue derrocado por un golpe militar. Cuando la noticia llegó a Rávena, se celebró su muerte. El nuevo gobernante de Constantinopla, Filípico, ordenó que clavaran la

cabeza desfigurada de su predecesor en una lanza y la exhibieran en todas las ciudades de Occidente[33], en lo que cabía interpretar como un acto de disculpa pública por la crueldad de Justiniano y de reconciliación con las provincias occidentales de Italia, cuya riqueza era tan necesaria para Oriente en su lucha contra los árabes. También legitimaba la anterior rebelión de los raveneses contra el emperador. Cuando la reliquia llegó a Rávena, la hermana de Johannicis ardía en deseos de ver la prueba de que el monarca que había ordenado el monstruoso asesinato de su hermano estaba realmente muerto, y vaticinó que, en cuanto estuviera segura de ello, fallecería. Llevaron los restos en descomposición de Justiniano II hasta la puerta de su casa, donde la hermana de Johannicis pidió a su portador que se quedara quieto para poder contemplarlos desde la ventana del piso de arriba. Después de dar las gracias por el espectáculo, cayó muerta[34].

29
El heroico arzobispo Damián

Durante la turbulenta etapa que siguió al derrocamiento de Justiniano II y las convulsiones subsiguientes del Gobierno imperial, el arzobispo Damián se convirtió en el líder espiritual y temporal de la ciudad, en sus esfuerzos por mantener el orden y reforzar la unidad y la identidad de los raveneses. Su familia procedía de Dalmacia, donde sus padres lo consagraron a la Iglesia y lo enviaron al otro lado del Adriático, a Rávena, para que se educara allí. Ascendió en la jerarquía eclesiástica hasta que fue elegido arzobispo en el año 692, y luego se dirigió a Roma para ser ordenado por el papa Sergio, una confirmación que en aquel entonces correspondía a los dirigentes de la Iglesia de Rávena[1]. En la crónica de su episcopado, desde 692 hasta 705 o 708 (trece o dieciséis años; las fechas no están claras), Agnelo hace referencia a un exarca sin dar su nombre, uno anterior a la llegada de Teofilacto y que ejerció durante el pontificado de Juan VI (701-705). Se sabe que Juan Platino y otro Juan, Rizocopo, ocuparon el cargo a principios del siglo VIII, mientras que las fechas de Eutiques y Escolástico son más difusas. Pese a todo, ninguno de estos cargos militares tuvo una repercusión comparable a la del arzobispo Damián. Para el historiador del siglo IX Agnelo, Damián era un héroe, y las leyendas sobre sus poderes milagrosos se habían transmitido oralmente de generación en generación.

He aquí una de las historias que cuenta Agnelo. Una mujer llegó a la residencia del arzobispo con su hijo de muy corta edad, que estaba gravísimamente enfermo; la madre temía que muriera antes de que lo bautizaran y estaba impaciente por que Damián lo ungiera cuanto antes. Pero en esos momentos afeitaban al arzobispo, y sus sirvientes le dijeron a la mujer que esperara, para su gran angustia, ya que sabía que los bebés que morían sin haber sido bautizados iban directos al limbo, o incluso al infierno. Era un asunto de la máxima urgencia. Pero, mientras la madre esperaba, el bebé murió en sus brazos. Transida de dolor, sus lamentos atrajeron la atención de Damián. Cuando el arzobispo se enteró de que sus ayudantes habían tardado en informarle de su presencia y luego habían intentado encubrir su error, lloró, gimió y, tomando al bebé en brazos, entró en la iglesia y se

postró «detrás del ábside»[2]. Sus plegarias fueron tan eficaces que el niño revivió el tiempo suficiente para que el arzobispo lo bautizara antes de volver a fallecer.

Otra historia de un dramatismo excepcional documenta los enfrentamientos que se producían todos los domingos entre diferentes grupos de ciudadanos. Se trataba de los habitantes del barrio de la ciudad situado junto a la puerta Teguriense y los del barrio de la Poterna, que también se llamaba Summus Vicus y estaba junto a un canal conocido como Fossa Lamisem. Estos vecinos salían de la ciudad los domingos para pelearse en una zona donde los chicos solían jugar con aros. En los enfrentamientos no solo participaban jóvenes, sino que, curiosamente, según Agnelo, también intervenían personas de mediana edad, ancianos y niños de ambos sexos, que empleaban en sus peleas hondas, piedras y palos. Una semana los tegurienses rompieron los cerrojos y las rejas de las puertas de los poterneses, y a la siguiente pasaron a cuchillo a muchos de ellos. Ni siquiera los ancianos de la ciudad recordaban semejante golpe, «el primer desastre, dolor y desdicha de la región». Peor aún, eso hizo que los poterneses planearan una venganza aún más mortífera. Cada poternés invitó a un adversario teguriense a un almuerzo secreto de reconciliación después de la misa en la basílica Ursiana. A continuación, los poterneses mataron a sus invitados y enemigos tegurienses en una matanza coordinada, y todas las muertes se ocultaron a los demás.

Tras los enfrentamientos y estas desapariciones inexplicables, Damián decretó un ayuno general de tres días. A continuación, organizó una procesión penitencial por la ciudad en la que la población se dividió en clérigos y laicos; los laicos, en hombres y mujeres, y una multitud de pobres formó la última sección. Los sacerdotes caminaban descalzos y con las cabezas cubiertas de sarga y ceniza; los nobles y los plebeyos llevaban cilicios e iban sin lavar ni peinar, mientras que las mujeres se habían desprendido de todas sus joyas e iban enlutadas. De este modo, cada grupo formaba una especie de coro, a corta distancia unos de otros, lamentándose y llorando. El resultado fue que se produjo una especie de erupción en la zona del anfiteatro, cerca de la Puerta Dorada, que armó un gran estrépito y formó una gran polvareda, y en el socavón que dejó encontraron los muertos y los pudieron identificar. Detuvieron de inmediato a los asesinos, castigaron a sus esposas e hijos, arrasaron sus casas y quemaron sus pertenencias en el puente Milvio, a las afueras de la ciudad. Mediante esta expresión ritual de culpa y dolor, la paz volvió a Rávena, gracias a la sabia fórmula de la procesión penitencial del arzobispo Damián, que reveló el escondrijo de los cuerpos de los tegurienses y resolvió sus inexplicables muertes[3]. La violencia cesó

durante un tiempo.

No obstante, los enfrentamientos dominicales continuaron hasta el siglo IX, lo cual indica que persistieron las rivalidades de las facciones locales. Incluso en una comunidad relativamente pequeña como la de Rávena, algunos barrios poseían un carácter singular debido a los oficios que se practicaban en ellos, los lazos familiares o los orígenes de sus habitantes. El nombre de un barrio que Agnelo atribuye erróneamente a la condición de «ladrones» de sus habitantes se debía en realidad a la existencia en él de una caseta de vigilancia (*latronum*); del mismo modo, la presencia de un hospicio para leprosos cerca de Classe dio nombre al barrio de los Leprosos. Estos barrios adquirieron mayor protagonismo a principios del siglo VIII, cuando la ciudad tuvo que idear un sistema de defensa civil más serio que contribuyó al crecimiento de las milicias locales con denominaciones específicas. Los estallidos de violencia dominical de Rávena también influyeron al parecer en la naciente comunidad de Venecia, donde tanto la instrucción militar con armas como la lucha a puñetazos sin palos ni piedras derivaron en combates pugilísticos, que más tarde se celebrarían en los puentes que cruzaban los canales, algo que proporcionaba al vencedor la satisfacción de lanzar a su contrincante al agua, para deleite de los espectadores[4].

Estas competiciones deportivas habían sido muy importantes en las ciudades romanas, donde había equipos de aurigas, jinetes y artistas de circo. En Constantinopla y en algunas otras urbes, dos grandes bandos, los Azules y los Verdes, dominaban barrios enteros y mantenían la tradición. Además de su papel en el hipódromo, cuando la ciudad estaba amenazada, los emperadores entregaban armas a los miembros de los bandos para que colaboraran en la defensa. Aunque en Rávena ya no hubiera facciones circenses, está claro que a los distintos barrios de la ciudad les gustaba enfrentarse en combates. La gran carrera anual de caballos de Siena, el palio, tiene un origen parecido en las facciones enfrentadas del centro de la ciudad, que contarían más tarde con el apoyo de los gremios de artesanos. Las carreras de caballos, las peleas de gallos y las exhibiciones de animales desconocidos, de osos, perros o monos amaestrados y de individuos desfigurados formaban parte de las animadas diversiones públicas de la época medieval.

Damián también tuvo que hacer frente a amenazas más graves para su Iglesia. Un incendio destruyó cierto día parte del *archivus ecclesiae*, el archivo de documentos importantes de la diócesis, como las donaciones de tierras y los documentos contables del pago del arriendo de las fincas. Damián sospechó que muchos no se habían quemado, sino que los habían robado y «escondido hombres malvados», presumiblemente para revocar los acuerdos jurídicos[5]. En

lugar de pronunciar un sermón sobre el tema, convocó a todos sus sacerdotes a una taberna de la ciudad donde lanzó un anatema contra quien estuviera en posesión de dichos documentos. También les dijo que, si los devolvían, quedarían absueltos de toda culpa[6]. De esta manera tan poco espiritual, la Iglesia de Rávena seguramente recuperó parte de su archivo.

El resurgimiento de las hostilidades con los longobardos

Tanto los obispos como los exarcas de esta época tuvieron que enfrentarse a los longobardos, que a su vez seguían luchando entre sí por el liderazgo de los «barbas largas» al cabo de más de un siglo de su llegada a la zona situada al norte del Po. En la década de 680, el duque Ansfrido usurpó el poder en el Friul, intentó atacar al rey Cuniperto y fue castigado con la ceguera y el destierro[7]. Al mismo tiempo, asoló las ciudades una terrible peste que causó numerosas muertes en Roma y la devastación total de la capital de los longobardos, Pavía, que quedó abandonada al huir al campo los supervivientes. En este contexto de constante rivalidad e inseguridad, Cuniperto decidió corregir la tradicional hostilidad de los longobardos al Quinto Concilio Ecuménico y aceptar sus dictámenes sobre los Tres Capítulos como verdadera definición de la fe. En el año 698, Cuniperto convocó a todos los obispos de los territorios longobardos a un sínodo en Aquilea (también llamado Sínodo de Pavía), en el que quienes habían apoyado el cisma acordaron ponerle fin y aceptar el liderazgo del obispo de Roma. El *Libro de los pontífices de Roma* atribuye esta conversión a las dotes del papa Sergio, pero el rey y el patriarca de Aquilea tuvieron sin duda mucho que ver[8].

A pesar de esta solución a una disputa muy antigua, Cuniperto no pudo controlar a los díscolos duques del sur, Faroaldo de Espoleto y su hijo Trasimundo, ni asegurar la sucesión de su propio hijo Liutperto. A la muerte de Cuniperto en el año 700 le siguió una década de luchas intestinas que no se acabaron de resolver hasta 712, cuando los longobardos aceptaron como rey a Liutprando, hijo de un duque de Asti. Liutprando había pasado la juventud exiliado en Baviera, y regresó a Pavía casado con la hija del duque de Baviera, lo que consolidó una alianza transalpina que fortaleció tanto al reino de los longobardos en Italia como a la fe católica. Liutprando también mostró un gran respeto por el obispo de Roma y los Padres de la Iglesia latina. Según Pablo el Diácono, después de que los longobardos invadieran el patrimonio de la Iglesia en la zona de los Alpes Cocios, Liutprando decidió devolvérsela al papa. También donó Sutri y otras ciudades del Lacio a «los benditos apóstoles Pedro y Pablo» en el año

728[9]. Cuando se enteró de que Cerdeña había sufrido ataques de los árabes que amenazaban la tumba de san Agustín, el rey mandó recuperar los huesos del santo y llevarlos con la debida reverencia a Pavía, donde construyó expresamente una capilla para albergarlos[10].

Aunque la nueva orientación religiosa de los longobardos alteró el equilibrio de fuerzas en Italia, no unió a los duques longobardos rivales ni detuvo sus ataques contra Rávena y, en particular, contra Classe. Después de que Faroaldo de Espoleto atacara la ciudad portuaria de Rávena, Liutprando insistió en que se respetara como parte del territorio romano (es decir, imperial[11]). Sin embargo, más tarde el rey también sitió Rávena y es posible que capturara Classe, de la que «tomó muchos cautivos y se llevó riquezas incalculables»[12]. En el transcurso de su largo reinado (de 712 a 744), Liutprando amenazó con frecuencia los enclaves imperiales de Italia y asedió Roma a pesar de su respeto por san Pedro. Solo al poner a sus sobrinos Agiprando y Gisulfo al frente de los ducados de Espoleto y Benevento se alcanzó la paz en Italia.

El cordero de Dios

Cuando Johannicis regresó de Constantinopla a Rávena en tiempos del arzobispo Damián, trajo noticias de los cánones emitidos por el Concilio Trullano celebrado en 692, que decretaba que Cristo debía representarse en su forma humana y no como Cordero de Dios (número 82[13]). Esta representación simbólica era muy común en Rávena, por ejemplo en el ábside de San Apolinar en Classe, donde el santo epónimo se encuentra entre doce corderos (que representan a los apóstoles), y en muchas otras iglesias (figura 51). También en Roma el símbolo era muy utilizado y querido. El papa Sergio mostró su aprecio por él cuando añadió una nueva sección a la misa titulada *Agnus Dei*: «Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo»[14]. Así pues, la orden de sustituir las imágenes del Cordero por las del Cristo humano no fue bien recibida.

Parte de la oposición quizá se debiera a la dificultad de definir la representación correcta de Cristo que debían utilizar las iglesias. En el ábside de San Vital, decorado en la época del obispo Eclesio, a principios del siglo VI, se muestra a Cristo como un hombre joven con el pelo corto y rizado sentado en el globo terráqueo. Sin embargo, en el vértice del ábside vemos representado a un Cristo de más edad, con barba y pelo largo (figuras 39 y 40). Asimismo, en la iglesia de los Santos Cosme y Damián, en Roma, un mosaico contemporáneo del siglo VI lo representa como un hombre completamente adulto y de larga barba[15]. En la iglesia de San Apolinar en Classe, el busto de

Cristo en el centro de la cruz enjoyada es del tipo antiguo, con pelo largo y barba. Ambos estilos fueron utilizados por el emperador Justiniano II cuando introdujo la imagen de Cristo en sus monedas de oro, una medida extraordinaria, pero que se ajustaba al mismo canon (figuras 41 y 42). La incorporación de una imagen de Cristo a la moneda imperial está asimismo relacionada con la acuñación por parte del califa Abd al-Malik de nuevos tipos de monedas precisamente en esta época, con inscripciones de textos coránicos en árabe[16].

En Damasco y Jerusalén, cristianos y musulmanes compartían al principio los lugares de culto, por lo que la arquitectura específicamente islámica de las mezquitas fue el resultado de una lenta evolución. La construcción de la Cúpula de la Roca en 691-692, un edificio octogonal ubicado en el monte del Templo de Jerusalén, constituyó un momento clave. Su radiante decoración mosaica era totalmente anicónica (es decir, no figurativa), y los artesanos responsables, al igual que las teselas empleadas en los mosaicos, procedían de Constantinopla. La rivalidad entre musulmanes y cristianos, y la superioridad del islam quedaban plasmadas en una larga inscripción[17]. Todo el interior estaba decorado con exquisitas imágenes de la naturaleza (árboles, flores y cestas de fruta). Del mismo modo, en la Gran Mezquita de Damasco, los mosaicos evocaban jardines paradisíacos llenos de palacios, arroyos, árboles y flores, pero no se veía en ellos ni una sola persona. La decoración no figurativa de las mezquitas, de los objetos litúrgicos y de los manuscritos del Corán contrastaba con los retratos del Cristo humano, que subrayaban la importancia de la encarnación, tal como ordenaba el canon 82. Aunque compartiesen muchos de los artesanos y de las técnicas, e incorporasen motivos entresacados de monumentos muy diversos, incluidos los persas, estas ideas completamente divergentes sobre el simbolismo y la decoración diferenciarían a los lugares de culto musulmanes de nueva construcción de las iglesias cristianas.

Del impacto del canon trullano 82 se hace eco una extraña historia de conversión que tuvo lugar en Rávena. Sin citar los antecedentes que dieron pie a esta nueva normativa, el historiador Agnelo cuenta que un judío corrió hacia el altar un domingo después de que el arzobispo Damián hubiera consagrado la hostia y exigió que le dieran un trozo del cordero que estaban desmenuzando. Cuando el arzobispo le contestó que tenía en las manos el pan que representaba el cuerpo de Cristo, el judío insistió en que él veía allí cordero, y no pan. Como el hombre era judío y se le consideraba impuro, Damián insistió en que se convirtiera y se bautizara como cristiano para poder participar en la misa, con estas palabras: «Recibe la señal del Cordero y come del Cordero con nosotros»[18]. El judío renunció enseguida a su fe

ancestral y recibió su nueva identidad como cristiano.

Es poco probable que el Cordero fuera invocado regularmente de esta forma particular. Se trata más bien de que Agnelo plasma la oposición al canon 82, que se prolongó durante el episcopado de Damián y que no se resolvió hasta el año 710. Los corderos siguieron figurando en el arte cristiano como símbolos, a medida que los artistas iban desarrollando formas diversas de representar al Cristo humano. Para los musulmanes, la prohibición expresa en el Antiguo Testamento de fabricar ídolos y rendirles culto significaba que no se permitían imágenes humanas en las mezquitas. El debate entre los cristianos sobre la forma de representar a Cristo era en parte un reflejo del contundente rechazo de los musulmanes a las figuras humanas que pudieran interpretarse como ídolos[19].

El abad Juan viaja a Constantinopla

Mientras Damián era arzobispo, el monasterio de San Juan *ad Titum*, en Classe, fue atacado por hombres que intentaron repetidamente hacerse con sus granjas y propiedades, para desgracia de su abad, un sacerdote también llamado Juan. Estas disputas solían resolverse en los tribunales de justicia o mediante una apelación al exarca, pero el abad Juan decidió ir en persona a Constantinopla para obtener la confirmación imperial de las propiedades monásticas[20]. Agnelo relata su extraordinario viaje con todo lujo de detalles, trufándolo de invenciones fabulosas. Convencido de que una carta oficial del emperador frenaría cualquier intento de expropiación de su monasterio, el abad esperó en la capital de Oriente a que le concedieran audiencia. Cuando llegó el momento de entonar el Invitatorio, recitó debidamente toda la liturgia, sin saber que el emperador le estaba escuchando en una habitación del piso de arriba. Un guardia quiso llevarse al forastero que estaba cantando, pero el emperador disfrutaba escuchándolo e insistió en que le dejaran acabar. Entonces convocó al abad y le pidió que le dijera qué le había llevado a Constantinopla. Una vez aclarado el motivo, el emperador promulgó un edicto sobre el monasterio y dictó una carta para el exarca en la que le ordenaba que velara por su aplicación. Tras este sorprendente éxito, el abad buscó un barco que le llevara de vuelta a Sicilia o a Rávena, pero no logró encontrar ninguno en los puertos de la capital. Finalmente, después de un vuelo milagroso, acabó en el tejado de su monasterio. Cuando sus monjes lo reconocieron y lo ayudaron a bajar, se dirigió al palacio de Teodorico para enseñarle los documentos imperiales al exarca. El gobernador, que permanece en el anonimato, se negó a aceptar su autenticidad, «porque no hay nadie

que pueda ir a Constantinopla y volver en tres meses». Pero el abad Juan insistió e invitó a los oficiales del exarca a acompañarlo a visitar al arzobispo Damián, a quien informó de su vuelo nocturno desde la capital de Oriente. Damián le animó a «hacer acto de contrición» y «terminó sus días en paz»[21]. Es de suponer que el exarca se vio obligado a aceptar el edicto y la carta del emperador.

Esta inexplicable intervención divina en el mundo humano forma parte del repertorio de relatos populares de personas que recibían una ayuda milagrosa. Al igual que las historias de monjes santos y padres ascéticos del desierto, circularon ampliamente como tradiciones orales antes de ser escritas en múltiples versiones y distintos idiomas. Lo que entusiasmaba a Agnelo y a su público de la Rávena del siglo IX era que un abad ravenés pudiera apelar al emperador de Constantinopla, ser recibido por él en audiencia y obtener una garantía imperial de la propiedad exclusiva de su monasterio. Sabían que arzobispos como Maximiano, Mauro y Reparato habían viajado a menudo con el mismo propósito a la capital de Oriente. Sin embargo, esta historia revela una arraigada percepción del inmenso poder del emperador de Constantinopla, que aún podía prevalecer por encima del gobernador de las provincias de Italia, que ejercía su autoridad desde Rávena. También demuestra que los raveneses reconocían la autoridad suprema de un edicto, confirmado por una carta oficial (presumiblemente escrita en papiro), que el abad llevó a Occidente. El derecho romano, tal y como se practicaba en Constantinopla, seguía considerándose superior. Los vínculos entre la ciudad y la capital de Oriente (incluso los que no eran sobrenaturales) permitían a Rávena acceder a la fuente suprema de justicia, que probablemente siguiera protegiendo al monasterio de San Juan *ad Titum* hasta el siglo IX y más allá.

En la vecina iglesia de San Apolinar, el arzobispo Damián encargó un trono arzobispal de mármol con su nombre inscrito. El epitafio de su tumba es un testimonio de admiración:

> Santo obispo venido de las tierras de Dalmacia, con tus plegarias protegiste la santa Rávena […]. Que mereciste ser enterrado en este templo y que complaciste a Dios esta tumba lo demuestra. Y, puesto que como sacerdote desempeñaste justamente sus funciones, que en su tierra tengas santo y eterno reposo[22].

Así, los restos de Damián se juntaron con los de otros pastores de la Iglesia de Rávena en un gran sarcófago de la Antigüedad tardía en la iglesia de San Apolinar en Classe. Es posible que lo enterraran envuelto en un sudario de seda púrpura, como el que se recuperó cuando se abrieron estas tumbas en 1949[23]. No era un hombre de Oriente, formado por las tradiciones constantinopolitanas, ni un

hombre de Occidente, educado en la sustitución eclesiástica de la autoridad cívica, sino un producto sorprendente de la Iglesia de Rávena, una ciudad bisagra del mundo mediterráneo, que unía sus dos orillas.

30
La tormentosa vida del arzobispo Félix

Tras la muerte de Damián, en marzo de 708 el clero eligió a Félix, abad del monasterio de San Bartolomé, como su trigésimo octavo obispo, y este se dirigió a Roma para ser ordenado por el papa Constantino. Según las normas expuestas en el *Liber diurnus* (el diario papal que contiene los formularios eclesiásticos), se exigía a los obispos que jurasen tres cosas: observar los concilios ecuménicos (la *promissio fidei*); no pagar nunca por la ordenación ni aceptar dinero por el bautismo y otros ritos y sacramentos eclesiásticos (la *cautio*), y lealtad a san Pedro y sus herederos (el *indiculum*[1]). El *Libro de los pontífices de Roma* afirma que Félix se negó a dar «las muestras y expresiones habituales de su fe» de la forma acostumbrada (probablemente en referencia al tercer juramento) y, en vez de ello, manifestó a su manera su obediencia[2]. Los jueces locales nombrados por el exarca en Rávena apoyaron al parecer su comportamiento poco ortodoxo[3]. Cuando la declaración escrita de Félix (su fianza) fue colocada en la tumba de san Pedro y recuperada más tarde, la encontraron sucia, como si estuviera chamuscada, un pésimo augurio del que quizá informaran al emperador, lo que acrecentó la rivalidad entre Roma y Rávena y reforzó la determinación de Justiniano II de castigar a la ciudad adriática[4].

A mediados del siglo IX, el historiador Agnelo reemplazó a Félix en el cargo de abad de San Bartolomé. Gracias a ello, pudo consultar documentos archivados en el monasterio que seguramente utilizó para redactar su biografía de Félix, que es una de las más largas y completas de su *Libro de los pontífices de Rávena*. Agnelo cuenta los notables esfuerzos de Félix por enriquecer la liturgia local, con la ayuda de Johannicis, el escriba y poeta bilingüe que había regresado a Rávena procedente de Constantinopla durante el arzobispado de Damián. En primer lugar, Félix encargó a Johannicis que revisara las antífonas (pasajes breves de los salmos que se cantaban) en sus versiones latina y griega. Estas antífonas las cantaban coros que se iban alternando en varios momentos de la liturgia y que debieron de mantener vivos ciertos conocimientos de griego entre los raveneses. Aquí el historiador no puede resistirse a alabar a su antepasado

Johannicis, de quien menciona sus obsequios al monasterio de San Andrés Apóstol, llamado Jericomium: vasos de bronce de enorme peso y cordones de oro como los que «usan las vírgenes más nobles de Rávena» como cinturones, que colgó en la parte frontal del altar, donde de cadenas de bronce colgaban las coronas[5]. En segundo lugar, el propio Félix editó una compilación de los sermones del obispo Pedro Crisólogo, que había presidido la diócesis durante la regencia de Gala Placidia[6]. Félix también escribió sus propios sermones y muchos otros libros, entre ellos un comentario sobre el día del Juicio Final que era evidente que seguía impresionando a los raveneses al cabo de casi un siglo y medio.

Con la conservación de los sermones del obispo más famoso de Rávena y la revisión de las antífonas que se cantaban los domingos en sus iglesias, Félix y Johannicis llevaron a cabo una tarea que era habitual en los obispados más importantes. El aprovisionamiento de libros litúrgicos era algo esencial en todas las iglesias y, cuando un ejemplar quedaba demasiado deteriorado para seguir usándolo, se copiaba. Este trabajo se realizaba en los *scriptoria* de Rávena, que se remontaban a la primera época de expansión de la ciudad. Desde la llegada de la corte imperial en el año 402, habían trabajado en Rávena numerosos e instruidos escribas y también secretarios, que llevaban los documentos por triplicado, al estilo tradicional romano. Ningún Gobierno podía sobrevivir sin escribanos competentes que documentaran todos sus asuntos: leyes, resoluciones jurídicas, órdenes militares, asuntos económicos, comunicaciones con potencias extranjeras, etcétera. De los papiros que recogen la actividad habitual del municipio se desprende que estos hombres eran vitales para el funcionamiento eficaz del archivo municipal[7]. A principios del siglo VI, como hemos visto, el rey Teodorico sufragó la elaboración de copias de lujo del Nuevo Testamento para que fueran usadas en las iglesias arrianas. Talleres similares produjeron posteriormente los textos médicos y geográficos asociados, respectivamente, con el *yatrosophista* Agnelo —de cuyas clases tomó apuntes el escriba Simplicius— y el cosmógrafo anónimo. En conjunto, confirman la rica historia de la ciudad en lo tocante a escritura y copia, aunque se haya conservado muy poco de lo que debió de ser una montaña de documentos.

Durante el primer reinado de Justiniano II (685-695), dos exarcas llamados Juan, el primero apodado Platino (de *platys*, «hoja» o «remo») y su sucesor Juan Rizocopo («cortador de raíces»), son representantes típicos de la incorporación a la administración imperial de funcionarios de origen menos elitista[8]. Aunque velaran por la aplicación de las órdenes imperiales, a ambos se les recuerda por actos particularmente corruptos o violentos: la escandalosa intervención de

Platino en la elección papal de 687 y el asesinato de cuatro clérigos romanos por parte de Rizocopo. Es posible que la dignidad del cargo de exarca también se viera afectada por su rotación relativamente rápida; entre 678 y 713 ocuparon el cargo seis exarcas cuyos mandatos tuvieron una duración media de siete años (y puede que tres más, a los que solo conocemos por sus sellos, pertenecieran también a esta época). En cambio, en ese mismo periodo solo hubo tres arzobispos en Rávena, cada uno de los cuales permaneció en el cargo durante casi quince años.

La presencia constante en su puesto de un arzobispo respetado a lo largo de más de una década, en comparación con algunos de los efímeros mandatos de los exarcas, es uno de los motivos de la asunción gradual de mayores responsabilidades civiles por parte de la Iglesia. Si excluimos a Isaac y Eutiques, cuyos mandatos tuvieron una duración excepcional, el mandato de los exarcas del siglo VII era por término medio de cinco años, mientras que el de los obispos era de casi dieciséis. Esta continuidad en el liderazgo de la archidiócesis hizo que la Iglesia se convirtiera inevitablemente en un recurso más sólido y fiable para la población, y el prestigio de una figura religiosa autóctona, elegida por el clero local, como Damián o Félix, era mayor que el de un gobernador nombrado desde Constantinopla. Aunque esto resulte evidente sobre todo en Rávena, se trata de un proceso habitual en la época en la mayor parte de Occidente y en muchas ciudades de Oriente, que presagia la influencia eclesiástica hegemónica tras la caída del exarcado en el año 751.

El arzobispo Félix en Constantinopla

Como hemos visto, el arzobispo Félix, Johannicis y otros raveneses fueron llevados a Constantinopla tras un ataque a Rávena por vía marítima. Para relatar el trato que recibieron en la capital, Agnelo debió de recurrir a fuentes orales, que sin duda reelabora en su crónica. Una imagen especialmente llamativa es la de la recepción imperial de los cautivos en el Gran Palacio. «Encontraron al emperador Justiniano sentado en un trono de oro y esmeraldas y con una corona en la cabeza que su real esposa le había adornado con oro y perlas»[9]. Habían llevado a los raveneses al salón del trono, una forma habitual de impresionar a los visitantes de la Reina de las Ciudades, ya fueran cautivos o libres, con la magnificencia y el ceremonial de la corte. Se sabe que las emperatrices encargaban coronas nuevas o decoraban las antiguas para sus maridos, por lo que la idea de que Teodora hubiera adornado con oro y perlas la corona imperial es muy verosímil.

En esta recepción, el emperador ordenó encarcelar a todos los raveneses, luego mandó matar a los ciudadanos de rango senatorial e ideó una horrible tortura para cegar al arzobispo: le obligaron a mirar una bandeja de plata ardiendo en la que vertieron vinagre acidísimo, cuyos vapores le dejaron sin vista. Luego lo desterraron a Quersoneso, en Crimea. Johannicis fue asesinado de forma igualmente vil, aplastado entre enormes rocas[10]. Cuando un superviviente llevó las noticias a Rávena, el llanto fue general[11]. A mediados del siglo IX, en el momento en que Agnelo leía en voz alta su historia al público, informó de que hacía «casi treinta días» que por fin se había enterado de dónde descansaban los restos de Johannicis. Mauro, un diácono, había encontrado su tumba en una capillita de las murallas de Constantinopla, cerca de la Puerta Dorada[12]. El anuncio del descubrimiento por parte de Agnelo es uno de los detalles personales que hacen que su libro sea tan fascinante.

Cuando Justiniano II ordenó que el arzobispo ciego Félix fuera desterrado a Crimea, su destino debió de parecer tan aciago como el del papa Martín. Pero a Félix le salvó el estallido de una rebelión en Quersoneso. La armada que tenía que sofocar la revuelta proclamó emperador a su comandante, un general armenio llamado Bardanes, que ya en el trono adoptaría el nombre de Filípico. En noviembre de 711, Filípico y sus partidarios de Crimea zarparon hacia Constantinopla y derrocaron a Justiniano II[13]. Tanto si el arzobispo Félix abandonó Quersoneso en ese momento como si lo hizo más tarde, su regreso a Rávena fue el resultado de un golpe de Estado en Oriente.

Turbulencias en Constantinopla

Filípico encontró apoyo para su usurpación entre muchos cargos civiles y militares, pero su breve reinado prolongó la inestabilidad del segundo mandato de Justiniano. Según las fuentes orientales, creía que su ascenso al poder dependía del restablecimiento del monotelismo. Por ello, tan pronto como logró ascender al trono, Filípico retiró la imagen oficial del Sexto Concilio Ecuménico de 680-681 y la sustituyó por los retratos de los líderes de los monotelitas, los patriarcas Sergio y Pirro. Cuando la noticia llegó a Roma, al nuevo emperador se le repudió como hereje. Los romanos se negaron a mencionarle en la liturgia, a aceptar su imagen oficial o incluso su moneda. En su lugar, colocaron una imagen de los seis concilios ecuménicos, llamada la Botarea, en San Pedro, para demostrar su condena del monotelismo[14].

A diferencia de Roma, Rávena se benefició del nuevo emperador

en un aspecto muy importante: el arzobispo ciego Félix había acompañado, o seguido, a Filípico desde Crimea hasta Constantinopla, y posteriormente se le permitió regresar a su ciudad. Cuando Félix explicó al nuevo emperador que todos los tesoros de la archidiócesis de Rávena le habían sido arrebatados cuando lo hicieron cautivo, Filípico ordenó a los heraldos que recorrieran la ciudad de Constantinopla y anunciaran que había que devolver los vasos litúrgicos y demás tesoros de Rávena. Todos, excepto uno, fueron llevados a palacio. Para rematar esta historia, ya de por sí inverosímil, Agnelo hace inventario de la entrega al arzobispo de objetos preciosos y joyas del tesoro imperial: cuencos de cristal y ónice decorados con oro y gemas; recipientes de vidrio, cántaros de vino, jarras, jofainas, cucharones y una corona de oro tachonada con gemas de inmenso valor. Es evidente que Agnelo había visto un inventario escrito de estos objetos que se conservaba en Rávena. Mucho más tarde, cuando Carlomagno vio esta corona durante una de sus visitas a Rávena, preguntó a un mercader judío por cuánto podía venderla. El mercader le respondió: «Ni vendiendo todas las riquezas de esta diócesis y todos los ornamentos y casas, se alcanzaría a pagar su valor». La corona desapareció, según Agnelo, en tiempos del arzobispo Jorge (837-846[15]).

De este modo, Félix, ahora ciego, recuperó el arzobispado de Rávena y se reconcilió con el papa. «Depositó las muestras y expresiones normales de su fe que todos los obispos envían a los archivos de la Iglesia», como dice el *Libro de los pontífices de Roma*[16]. Mientras los raveneses vitoreaban a Filípico por permitir que su pastor regresara del exilio con un gran tesoro, en Roma el emperador era condenado por hereje. La presencia de varios sacerdotes monotelitas recalcitrantes que se habían negado a retractarse en 681, al término del Sexto Concilio Ecuménico, seguía siendo un recordatorio de la existencia de un movimiento oriental que pretendía restablecer la doctrina de la voluntad única.

Cuando Filípico se mostró incapaz de frenar las incursiones anuales de los árabes en Asia Menor y las fuerzas musulmanas volvieron a acercarse a Constantinopla, el ejército lo depuso y proclamó emperador a Artemio, rebautizado como Anastasio (713-715), quien preparó la ciudad para el asedio reparando las murallas y haciendo acopio de alimentos. Anastasio, además, condenó el monotelismo, restableció la doctrina de las dos voluntades y energías de Cristo y envió un nuevo exarca, Escolástico, a Italia para que entregara al papa una carta oficial con su profesión de la fe duofisita[17]. Desde Roma, Escolástico se dirigió a Rávena, donde encontró al arzobispo Félix al frente de la archidiócesis, y a Jorge a cargo de la organización militar de la ciudad. No hay indicios de que el exarca estuviera en desacuerdo

con ninguno de los dos en materia de teología; Félix no había participado en el restablecimiento del monotelismo.

La autoridad del arzobispo en Rávena era impresionante. Hizo construir una residencia dentro del palacio episcopal y siguió contando con el respeto de sus feligreses, al frente de los cuales continuó durante doce años tras su regreso de Constantinopla[18]. Una cruz de bronce erigida en el baptisterio ortodoxo, con la inscripción de los nombres de Félix y de otro comitente llamado Esteban, indica su responsabilidad conjunta. Es posible que el arzobispo también construyera un pórtico de arcos y arcadas de doble altura adosados a la torre que había delante de la capilla arzobispal, donde tenía un *vivarium* (un corral para animales pequeños o un estanque para peces), según dice Agnelo[19]. Para reparar la entrada occidental de la basílica Ursiana, muy deteriorada, Félix construyó una antecámara en la que el clero podía congregarse antes de los oficios. Mientras entonaban el introito, los clérigos pasaban entre la gente reunida en la nave de la iglesia, que podía así ver a su arzobispo caminando hacia el altar situado en el extremo este, recitando las palabras de Dios y bendiciéndolos. La construcción de esta antecámara (*salutatorium*) fue conmemorada en una inscripción situada sobre su puerta. Félix también depositó numerosas reliquias de santos, revestidas de plata, detrás del santuario de la iglesia y las describió en versos que mandó grabar en la curva del arco[20].

La vida en Rávena a principios del siglo VIII

Los papiros que se conservan en el archivo que custodiaba la Iglesia de Rávena para certificar que poseía legalmente determinadas tierras proporcionan interesantes pruebas de la actividad local en la época del arzobispo Félix. Además de las unidades armadas más antiguas, se menciona a menudo la división de la ciudad en doce *numeri*, ideada por Jorge; por ejemplo, las tropas de Rávena (*numerus Ravennatis*), representadas por Juan, su jefe, *primicerius* (el hombre cuyo nombre era el primero de la lista[21]). En un documento posterior encontramos a un tal Apolenaris, *domesticus numeri invicti*, funcionario subalterno, adscrito a los Invictos[22]. Y la existencia ininterrumpida de estos grupos en Rávena la ilustran dos *domestici* del primer *bandus* (*bandi primi*) que firman un documento del año 767[23], un *scholarius* (guardián) del *numerus* de Classe y muchos militares. Las donaciones a la Iglesia las llevan a cabo personas humildes, como Leontius, *clericus et cartularius* de la santa Iglesia de Rávena y esposo de Bárbara, entre 689 y 705[24]. La mención de una tal Johannia, abadesa de un convento, es una de las pocas referencias a comunidades monásticas

femeninas que encontramos en los archivos.

Hacia el siglo VII, los nombres de familia tradicionales, como Melminio y Pompulio, que dominaban las series anteriores de papiros, han desaparecido, junto con los últimos vestigios de actividad municipal independiente y del método tradicional de registrar los documentos en el archivo público. Sustituye a las familias de la aristocracia una nueva élite militar, en la que la familia no era tan importante como un cargo oficial en los *numeri*. Esta clasificación de los ciudadanos por sus ocupaciones o cargos oficiales parece ser un fenómeno general observado en otros lugares del Occidente romanizado, donde las autoridades militares se imponen cada vez más a los civiles. Sin embargo, en la narración de una batalla naval, Agnelo designa a los ciudadanos de Rávena con un término clásico, *melisenses*; un nombre antiguo como el de *pelasgos* para los griegos[25].

Entre los nuevos residentes de Rávena, la comunidad judía debía de seguir existiendo, ya que Agnelo nos habla, como se ha dicho, de un comerciante judío al que Carlomagno preguntó por el valor de la corona del tesoro de la archidiócesis. Sin embargo, no parece que el judío que suplicó al arzobispo Damián que le diera un poco de cordero se dedicara, como era tradicional, a ninguna actividad relacionada con las finanzas. Es posible que algunas sinagogas de Rávena se transformaran en iglesias, como en otros lugares, pero la comunidad judía sobrevivió[26]. La existencia de monasterios, algunos con monjes griegos y otros de habla latina, y del convento de Navícula indica que había una próspera población conventual, junto al obispado dirigido por el ciego Félix.

La muerte de Félix

En el año 723, sintiéndose morir, Félix ordenó a sus clérigos que recogieran todos sus escritos y los quemaran. Alegó que, al ser ciego, no podía revisar lo que había escrito, y no quería que se conservaran sus errores o las equivocaciones cometidas por los escribas que habían copiado sus manuscritos. Solo se salvó el texto sobre el día del Juicio Final gracias a algún clérigo desobediente (aunque tampoco este ha sobrevivido hasta hoy). En lugar de ello, el arzobispo recomendó los sermones de Pedro Crisólogo, «que escribía con ingenio y brillantez», y que el propio Félix había editado antes de perder la vista[27]. Su voluntad de evitar errores en la copia de los textos obedecía exactamente al mismo motivo que la restricción de Justiniano II del número de copias autorizadas de las actas del Sexto Concilio. Al mandar leer las actas en voz alta a sus principales funcionarios eclesiásticos, civiles y militares, el emperador pretendía preservar con

toda exactitud la condena oficial del monotelismo acordada en 681.

Agnelo encontró sin dificultad la tumba del arzobispo Félix, ya que fue enterrado en San Apolinar en Classe con la mayoría de sus predecesores (figura 60), y copia el texto del largo epitafio, que detalla las penurias que sufrió Félix.

> Exilio, heridas, hambre, desnudez, violencia, peligros, desprecio, destierro, terrores, cadenas, garrotes […]. Fue arrancado de su tierra y privado de su cátedra. Desprovisto su cuerpo de vista, surgió en él la luz divina. Lo llevaron a un islote del Ponto, donde carecía de provisiones, pero Cristo era su pan; sepultado allí en cuerpo y en virtud, al obispo le consoló la gracia suprema de Dios, que le quitó de encima el peso de la prisión en la isla del Ponto […].[28]

Después de este episodio tan dramático, Félix volvió a su diócesis de Rávena, sostenido por la devoción de sus feligreses, mientras en Constantinopla se sucedían los emperadores. A pesar de las violentas represalias de Justiniano contra Rávena, no consiguió aplastar la ciudad, que conservó su carácter independiente hasta casi treinta años después de la muerte de Félix.

Octava parte

700-769
Rávena vuelve a la marginalidad

31
León III y la derrota de los árabes

En la década de 630, las tribus árabes ganaron sus primeras batallas importantes contra el Imperio romano de Oriente cuando derrotaron al emperador Heraclio. Rápidamente ocuparon Palestina y Siria, y ampliaron su control a Egipto y, luego, a Persia y a lugares situados aún más al este[1]. A principios del siglo VIII representaban una nueva amenaza para Constantinopla. No actuaban como los hunos, que lo arrasaban todo a su paso y seguían adelante, como hizo Atila, por ejemplo, en Aquilea en 452. Tampoco adoptaron, como los godos o los longobardos, el cristianismo, pues los árabes ya tenían su propia forma de monoteísmo abrahámico, registrado en un libro escrito en su lengua. No aspiraban a ser una parte reconocida y legítima del sistema político que habían invadido, sino que los combatientes del desierto incorporaban los recursos de las ciudades y pueblos que conquistaban a una nueva civilización musulmana, el califato.

Su objetivo era apoderarse de la enorme y estratégica capital imperial de Bizancio. Constantinopla, con sus impresionantes defensas, sus puertos excelentes, su riqueza material y sus numerosos artesanos, no solo les daría el dominio del Mediterráneo oriental, sino que también sería la puerta de entrada a los Balcanes y a la expansión hacia el centro y el norte de Europa, así como al mar Negro y a las riquezas de Asia central. Al igual que la toma de Cartago en 698 había abierto el camino a Hispania, la de Constantinopla habría permitido a las fuerzas del Profeta irrumpir del mismo modo en Occidente, y Roma, rodeada e indefensa, habría sido también suya[2].

Durante los primeros años del siglo VIII, el Gobierno inestable y transitorio de emperadores como Filípico infundió en los califas musulmanes nuevas esperanzas de colmar sus ambiciones. Su anterior intento de tomar la capital imperial en 667-669 había sido rechazado, pese a sus denodados esfuerzos. Ahora, para la conquista suprema se pusieron en juego todos los recursos del califato con sede en Damasco. En 716 el califa Suleimán inició un sitio bien planificado y a gran escala, por tierra y por mar, de la Reina de las Ciudades, para rendirla por hambre o forzar sus defensas y capturarla. La amenaza fue lo suficientemente aterradora como para que los principales mandos

militares, el Senado de Constantinopla y el patriarca Germán convencieran al emperador Teodosio III de que abdicara, y a continuación eligieron a un veterano y competente general llamado León para dirigir la defensa. Es algo que pone de manifiesto la fuerza interior del sistema imperial romano. Las instituciones del Senado —un foro para la élite gobernante—, junto con una burocracia capacitada y una jerarquía judicial centralizada, le daban capacidad de respuesta. Así, el 25 de marzo de 717 un soldado de Isauria, que había hecho carrera en el ejército y llegado a ser comandante de la provincia (*thema*) de los Anatólicos, fue elevado al trono imperial con el nombre de León III[3].

El sitio de Constantinopla

Cinco meses después, las fuerzas terrestres de los árabes llegaron a la ciudad para iniciar el asedio, seguidas al cabo de un mes por sus fuerzas navales, mil ochocientos barcos en total. Como muchos de los navíos más grandes estaban muy cargados, no podían moverse con rapidez, y tampoco las naves más ligeras que los escoltaban podían maniobrar cuando amainaba el viento. Cuando una parte de la flota se quedó encallada cerca de las murallas de la ciudad, León envió barcos con fuego desde el puerto del Cuerno de Oro, que incendiaron y hundieron muchos de los buques enemigos. Este uso del «fuego griego», aceite inflamable que podía proyectarse hacia el enemigo y arder al contacto con el agua, aterrorizó a los árabes. Lo más importante es que impidió a los árabes completar el bloqueo de la capital al no poder cerrar su acceso al mar.

Sin embargo, los musulmanes estaban preparados para un largo asedio de las enormes murallas terrestres, que eran inexpugnables si estaban bien defendidas. La naturaleza ayudó de nuevo a los cristianos con un invierno extremo y prolongado. La nieve y el hielo cubrieron a los sitiadores y mataron a muchos de sus camellos y caballos. Ni siquiera la llegada de una segunda flota procedente de África en la primavera de 718, cargada de nuevos suministros, logró desencallar la ofensiva, mientras las fuerzas imperiales en Bitinia (Asia Menor) y los aliados búlgaros en territorio europeo hostigaban a los árabes. Justo al cabo de un año, el 15 de agosto, fiesta de la Dormición de la Virgen, los árabes se retiraron y los habitantes de Constantinopla celebraron una gran victoria[4].

Cuatro factores principales hicieron posible el triunfo. En primer lugar, las imponentes defensas de la ciudad y su posición en un promontorio escarpado rodeado de aguas profundas le permitieron evitar un cerco completo. En segundo lugar, la larga duración del

asedio hizo que los sitiadores tuvieran que soportar un duro invierno en Anatolia, tan adverso para la caballería del desierto. En tercer lugar, el despliegue del fuego griego, que exigía artesanos y marinos cualificados, desbarató el bloqueo naval. Por último, y lo más importante, el «fuego griego» interno del propio Imperio, que había florecido durante más de cuatrocientos años en su magnífica capital, Constantinopla. Su Gobierno y su pueblo, que se enorgullecían de ser romanos, habían fusionado la antigua educación griega y la fe cristiana con el derecho romano y la bravura militar en un sistema imperial con una autoestima, una determinación y una inventiva extraordinarias. Tenían especial fe en la protección divina de la Madre de Dios, que había defendido la ciudad en el año 626.

La revuelta de Sicilia

En Sicilia, las noticias sobre las enormes fuerzas reunidas por los árabes para asediar Constantinopla en 717 incitaron al general siciliano Sergio a sacar partido de lo que supuso que sería la inevitable caída de la capital del Imperio. Eligió a uno de sus oficiales, que provenía de la familia constantinopolitana de los Onomágulos, y lo proclamó emperador con el nombre de Tiberio. Evidentemente, el objetivo era sustituir a León III por un gobernante que residiera en la parte occidental del Imperio, más segura, quizá siguiendo el ejemplo de Constante II. La noticia llegó a la capital en barcos rápidos en cuestión de semanas, en lugar de los tres meses necesarios en barcos normales. En cuanto el emperador León tuvo conocimiento de lo sucedido, envió un funcionario de confianza, Pablo el Cartulario, para que sofocara la rebelión.

Acompañado de un reducido grupo de soldados y dos oficiales de alto rango de la guardia (espatarios), y provisto de una carta oficial (*sacra*) firmada por el propio León, Pablo burló el bloqueo árabe y puso rumbo a Sicilia, donde consiguió restablecer el orden con la lectura de la *sacra* a los habitantes de Siracusa, que se dieron cuenta de que León III tenía controlada la situación y Constantinopla estaba bien defendida. El general Sergio huyó a tierras de los longobardos en Calabria. Tiberio y sus hombres fueron entregados a Pablo, que los castigó a todos; los espatarios llevaron a Constantinopla sus cabezas, cortadas y escabechadas, y «todas las regiones de Occidente fueron pacificadas»[5]. Incluso sitiada por tierra y por mar, la Nueva Roma hacía gala una vez más de su largo brazo y su autoconfianza, que se veía correspondida por una lealtad que se fundamentaba en su autoridad legítima en lo que sus habitantes percibían como un mismo Imperio. Sicilia permanecería en la órbita de la capital oriental

durante un siglo más. Y las noticias de la victoria apoteósica de León sobre los sitiadores árabes al cabo de un año, en agosto de 718, inaugurarían un periodo de estabilidad y autoconfianza en el Gobierno de Constantinopla que tendría una considerable influencia en Rávena[6].

Aunque Constantinopla pudiese defender así su legitimidad interna, fue incapaz de frenar la amenaza árabe. Después de su derrota en 718, las fuerzas musulmanas no cejaron en su empeño de capturar la Reina de las Ciudades, y organizaron incursiones regulares contra Asia Menor, en las que se apoderaban de cautivos, cosechas y ganado. Mientras León III estuviera preocupado por esta amenaza, no podría proporcionar tropas que dieran seguridad a las provincias de Occidente[7]. En 718 Rávena no participó en la revuelta de los sicilianos, pero se enfrentó a una presión cada vez más fuerte por parte de los longobardos, que ya no estaban divididos por la polémica de los Tres Capítulos y estaban completamente cristianizados. Los dos centros de poder longobardos, Pavía (el reino del norte) y Espoleto y Benevento (los ducados del sur), atacaron Rávena y su puerto de Classe, como hemos visto. El emperador respondió nombrando a funcionarios competentes —a Pablo, que había restablecido el orden en Sicilia, como exarca en Rávena, y a Marino, espatario imperial, como duque de Roma—, pero no les envió ninguna ayuda militar de importancia[8].

A causa del lamentable estado en el que encontró el Imperio, León III estaba decidido a afianzar su autoridad personal, a poner fin a la rápida sucesión de gobernantes posterior a 695 y a consolidar su familia como dinastía reinante. Después de que su esposa, María, diera a luz a un hijo, la coronó emperatriz el día de Navidad del año 718, e hizo bautizar a su hijo con el apropiado nombre imperial de Constantino, haciendo que los principales mandos militares y los miembros del Senado se comprometieran a honrarlo como si fueran sus padrinos. En la celebración de la Pascua de 720, Constantino, de dos años de edad, fue coronado coemperador, lo que equivalía a su designación como siguiente soberano[9]. León también anunció el nombre de su heredero en monedas acuñadas con los nombres de padre e hijo, y mandó acuñar una nueva moneda de plata, el *miliaresion*, destinada a su distribución pública, que identificaba a los gobernantes solo por su nombre —sin retratos imperiales— y en cuyo reverso figuraba una cruz sobre un pedestal rodeada de las palabras «Jesucristo es victorioso». El cambio de diseño supuso una innovación comparable a la introducción de la imagen de Cristo en las monedas de Justiniano II[10]. El emperador consolidó su autoridad sobre los ejércitos imperiales casando a su hija con su aliado Artabasdo, gobernador del *thema* de Armenia. Su subordinación de todos los

aspectos del gobierno a las necesidades primordiales de la defensa militar provocó un aumento de los impuestos, que las fuentes occidentales identificaron como el aspecto más negativo de su reinado[11].

Según dichas fuentes, en 722-723 se exigió a Occidente el pago de unos impuestos más elevados. Para ello, se elaboró un nuevo censo de la población, que obligó a inscribir a todos los hijos varones de cada familia en una lista especial, y se transfirieron a las arcas públicas los tributos pagados con anterioridad a la Iglesia[12]. Dado que estas nuevas medidas para recaudar más impuestos afectaban sobre todo a las provincias más ricas de Sicilia y Calabria, de las que la Iglesia de Roma obtenía trigo, aceite y otros recursos para alimentar a la ciudad, el papa Gregorio II (715-731) encabezó la oposición a la política imperial. En vista de que el papa «impedía recaudar los impuestos en la provincia», León III ordenó al exarca Pablo que destituyera al papa, eligiera a otro en su lugar y recaudara el dinero, es decir, que «despojara a las iglesias de sus riquezas»[13]. A pesar de los esfuerzos de las autoridades locales y del duque Marino, Pablo no logró reemplazar al papa por un clérigo más dócil, y enviaron a otro espatario imperial desde Constantinopla con órdenes de obligar al papa Gregorio a abandonar el cargo. Cuando el exarca mandó «algunos hombres que consiguió pervertir, junto con su conde y otros hombres del *castrum*», para que se cumpliera la orden del emperador, fueron derrotados por longobardos procedentes del ducado de Espoleto y de la Toscana (Benevento y probablemente Pavía[14]); en una muestra de fidelidad al papa Gregorio II con la que Pablo no contaba, los longobardos defendieron el puente Milvio, en el camino de Roma, y obligaron a las exiguas fuerzas del exarca a retirarse[15].

El asesinato del exarca Pablo

La reacción a la exigencia de un aumento de los impuestos adoptó una forma distinta en Rávena, donde los ciudadanos se dividieron entre los que permanecieron leales al emperador, encabezados por el exarca, y quienes apoyaban la oposición del papa. En noviembre de 723 murió el arzobispo Félix y los raveneses eligieron para sucederle a un clérigo local, Juan, que no pudo impedir que estallaran enfrentamientos entre los dos bandos, en el transcurso de los cuales asesinaron al exarca[16]. Dado que Jorge, el hijo de Juan, había organizado recientemente las tropas locales en sus unidades de la ciudad, es muy probable que fuera él quien comandara estas fuerzas recién creadas para atacar a Pablo. Tal vez nombraron a Jorge, o a otro líder, duque para demostrar la determinación de los raveneses de afirmar su autonomía respecto a

Constantinopla.

El asesinato del exarca supuso un momento decisivo para Rávena. La ciudad ya no era el baluarte de confianza del poder imperial en Italia, y algunos elementos internos sentían una mayor lealtad hacia el papa de Roma. La ciudad no estaba segura de sus propios recursos: una ciudad-Estado independiente e inestable, una avanzadilla del Imperio de habla griega de Constantinopla contra el cual se había rebelado, un aliado poco fiable del papado de habla latina… Las tensiones en Rávena condensaban de forma local y simbólica las divisiones del mundo mediterráneo.

La fecha más probable del asesinato del exarca Pablo es el verano de 726, aunque es posible que la noticia tardara seis u ocho semanas en llegar a Constantinopla. Desde luego, León III tenía que vengar el asesinato de su gobernador y restablecer su autoridad en Rávena. Por lo tanto, el emperador nombró a un nuevo exarca, Eutiques, que no parece que se pusiera en marcha de inmediato. Es posible que esperara hasta que terminara la peligrosa temporada invernal de navegación, es decir, hasta marzo de 727, y entonces se embarcara hacia Nápoles, que seguía sometida al control efectivo del Imperio, en lugar de dirigirse a Rávena. Desde Nápoles, Eutiques envió agentes a Roma con órdenes de deshacerse del papa, ya que esta seguía siendo su principal responsabilidad. Para ello también se puso en contacto con los duques longobardos del centro de Italia.

Más al norte, el rey de los longobardos, Liutprando, con capital en Pavía, aprovechó la muerte de Pablo para proseguir la conquista de la región de la Emilia. Tenemos los nombres de seis castillos o ciudades que cayeron en manos de sus tropas, y es posible que sus hombres ocuparan temporalmente Rávena en torno a 728[17]. En el verano de ese año, los longobardos del sur se apoderaron de Sutri, en la frontera del ducado de Roma, y retuvieron la localidad durante cuarenta días, hasta que el papa Gregorio logró convencer a Liutprando de que la devolvieran, no al ducado de Roma, sino a los santísimos apóstoles Pedro y Pablo[18]. Para celebrar esta donación tan simbólica, el rey llevó su ejército al Campus Neronis y firmó un tratado de paz con el papa Gregorio. En una ceremonia espectacular, Liutprando dejó en el suelo sus insignias reales, «manto, coraza, cinto de las espadas, espada ancha y espada puntiaguda, todo chapado de oro, y una corona de oro y una cruz de plata», que luego el papa le devolvió[19]. Quedaba así confirmada su autoridad como legítimo gobernante militar del norte de Italia. Liutprando también peregrinó al monasterio griego de San Anastasio *ad Aquas Salvias*, en Roma, que albergaba la reliquia de la cabeza del mártir Anastasio. La visita se narra en una inscripción en latín grabada en el monasterio que el rey fundó en Corteolona, cerca de Pavía, que refleja su devoción por las imágenes. El episodio pone

de manifiesto la importancia vital de la conversión de los longobardos para conseguir fusionar las fuerzas «bárbaras» y «romanas», prescindiendo esta vez de Rávena, que hasta entonces había sido clave en estos procesos de amalgama.

En Rávena, un terremoto sacudió la ciudad durante el arzobispado de Juan V (723/725-744) y destruyó por completo la basílica Petriana, así como el ábside de la iglesia de San Martín (San Apolinar el Nuevo, fundada por Teodorico) y sin duda muchos otros edificios[20]. Aunque el terremoto se produjo en domingo, los oficios ya habían terminado; aun así, la decoración del ábside quedó destrozada y los mosaicos de la nave quizá también resultaran dañados[21]. Reconstruyeron el ábside unos albañiles locales, que probablemente recogieron las teselas de mosaico, que solían reciclarse. Los raveneses tenían una larga experiencia en terremotos, y para protegerse y afrontar las consecuencias debían contar con medidas parecidas a las de los pueblos de los Apeninos, que tenían que reconstruirse una y otra vez.

El arzobispo Juan V

El asesinato del exarca Pablo proporcionó más autoridad al arzobispo Juan en Rávena, pero no solo no consiguió unir a las dos facciones enfrentadas, sino que al parecer fue criticado por ambos bandos, el de los fieles al Gobierno imperial y el que apoyaba al papa. En algún momento no especificado, Juan tuvo que exiliarse en el Véneto, donde residió «entre molestias y aflicciones intempestivas» durante un año[22]. Se desconocen las causas de este destierro sin precedentes del arzobispo, así como la identidad de los responsables. La insistencia de Rávena en afirmar su independencia y escapar al dominio imperial, especialmente si al frente estaba Jorge, hijo de Johannicis, así como la ocupación temporal de Rávena por los longobardos, debieron de ser factores determinantes. Durante un tiempo, en ausencia de Juan, y mientras el nuevo exarca Eutiques permanecía en el centro de Italia, Rávena se quedó sin Gobierno civil ni eclesiástico.

Según Agnelo, el regreso del arzobispo se logró gracias a la intervención del *scriniarius* (archivero jefe), Epifanio, que lo reconcilió con los hombres que lo habían obligado a exiliarse[23]. Epifanio propuso que Juan entregara al exarca, que debía de ser Eutiques, una gran *palarea* de plata (un soborno) para llevar a sus enemigos ante la justicia, con la promesa de recuperar todo el dinero de los culpables multiplicado por diez. El resultado fue que estos individuos, aún sin nombre, fueron convocados ante un tribunal, donde Epifanio leyó los cargos contra cada uno de ellos, acusándolos de atacar a su arzobispo,

y el juez les impuso una multa. De esta multa, una vigésima parte se entregó al exarca, y el resto, presumiblemente diez veces el importe del soborno original, a Juan. Se redactaron edictos en los que se enumeraban las propiedades de los hombres declarados culpables, como garantía de que nunca escribiesen nada contra su pastor[24].

En una elegante inscripción grabada en San Apolinar en Classe en el año 731, el arzobispo Juan dejó constancia de sus donaciones de bienes a la Iglesia de Rávena, señalando que Eutiques ocupaba en aquel entonces el cargo de exarca (figura 61). Ello indica que este último había consolidado la autoridad del emperador sobre la ciudad en 729-730, con la imposición de multas a los culpables de la huida del arzobispo, y había facilitado así el regreso de Juan[25]. La larga inscripción enumera una serie de fincas, *fundi*: Gammillaria, con sus cabañas y tierras fértiles, bellotas y árboles frutales (*silvarum glandifera poma*), y provisiones de leña; Tregintula, en el Faventino, y Pitulis, en la región de Corneliese, todas las cuales había heredado Juan de sus padres, junto con un legado de plata para mantener el *collegio monachorum*. Ninguna de estas fincas debía ser jamás enajenada, intercambiada o arrendada mediante contratos de enfiteusis so pena de condena eterna como el traidor Judas y anatema por los 318 Padres (del Concilio de Nicea[26]). El documento está datado en el reinado de los «piadosos» emperadores León y Constantino, calificativos que contrastan claramente con el *Libro de los pontífices de Roma*, que subraya la herejía, impiedad y maldad del emperador León justo en la misma fecha (731)[27].

De este modo, Rávena volvió al doble liderazgo del gobernador oficial y el arzobispo, que trabajaban en estrecha alianza. Sin embargo, el proceso subyacente de distanciamiento respecto de la autoridad imperial se aceleró con la presunta victoria de los raveneses sobre una flota «griega», un acontecimiento conmemorado en una celebración anual hasta el siglo IX. Agnelo ofrece una narración animada y detallada (aunque quizá imaginaria) del enfrentamiento entre los «melisenses» (o sea, los raveneses) y los «pelasgos», nombre épico de los griegos, términos literarios que pueden ser otra pista del carácter quizá legendario del acontecimiento, que se transmitió oralmente durante más de un siglo antes de que el historiador local escribiera su relato[28]. Mientras los jóvenes salían a luchar, Juan V y todos los sacerdotes y ancianos estaban postrados con ceniza en la cabeza rezando por la victoria. Y los raveneses victoriosos impidieron que los griegos huyeran en sus barcos y arrojaron sus cadáveres al río Po. De resultas de ello, dice Agnelo, nadie comió pescado de esa parte del río durante seis años. La victoria se produjo en la festividad de los santos Juan y Pablo, que posteriormente se celebró en la ciudad con procesiones eclesiásticas, adornos y estandartes como si se tratara de

la fiesta de Pascua, como recordatorio periódico de una victoria de los raveneses sobre sus lejanos enemigos «griegos»[29].

Dado que el acontecimiento tuvo lugar durante el arzobispado de Juan V y este dirigió las plegarias que ayudaron a la victoria de Rávena, es posible que represente la primera victoria de la ciudad frente a las fuerzas bizantinas entre los años 726 y 744. El cuidado de Juan por la ciudad queda claro; el arzobispo contribuyó al triunfo militar. A diferencia del anterior ataque naval de los griegos, que habían saqueado Rávena y se habían llevado al arzobispo Félix y a Johannicis a Constantinopla, esta vez los raveneses derrotaron a los «griegos»[30]. Esto constituyó una etapa importante en el proceso de obtención de la independencia de Constantinopla, y puso de relieve la incapacidad ahora crónica de la capital de Oriente para mantener el control de sus históricas provincias occidentales.

Tanto el enclave imperial de Rávena como la Vieja Roma se vieron cada vez más solos ante la amenaza de los longobardos y se distanciaron del Imperio. En la primera mitad del siglo VIII, el mundo cristiano occidental de habla latina, bajo la autoridad de Roma, se distanció aún más del Imperio cristiano de Oriente, de habla griega, al tiempo que ambos se enfrentaban al nuevo mundo arabófono del islam, que dominaba toda la orilla sur del Mediterráneo. Mientras el islam se consolidaba, la cristiandad se dividía. Mientras el emperador León III frustraba el empeño de los árabes por conquistar la capital imperial, perdía irremediablemente lo que ahora se convertía en «Occidente». Rávena, que tanta importancia había tenido gracias a su posición a caballo entre las regiones de influencia griega y latina, cayó en la marginalidad.

32
El principio de la iconoclasia

Es una injusticia de la memoria histórica que el emperador León III no sea recordado por su defensa de Bizancio ante la amenaza militar árabe que pretendía destruir para siempre el Imperio. En vez de ello, se le conoce como el infame instigador de la iconoclasia, la destrucción de las imágenes. Durante la primera fase de esta guerra de las imágenes (*iconomachia*), que duró más de un siglo, Rávena se liberó de Constantinopla y se convirtió en parte integrante de Occidente estrechando lazos con el obispo de Roma. La querella de los iconoclastas marcó los acontecimientos en lugares muy alejados de donde empezó, en Oriente.

León procedía de una familia que había vivido bajo el dominio árabe en el norte de Siria hasta que se trasladó a Isauria, en el centro de Asia Menor. Luego, en la década de 690, la familia se vio obligada a mudarse a Mesembria, en Tracia, durante uno de los habituales desplazamientos forzosos de la población, cuando Justiniano II necesitó construir defensas contra los búlgaros. Así pues, León vivió en persona uno de estos traslados para proteger las regiones periféricas como parte de la estrategia militar global del emperador, y puede que esto le llevara a creer que la carrera militar era la mejor vía para dar salida a sus ambiciones. En 705, cuando León tenía unos veinte años, Justiniano II lo nombró espatario («portador de la espada», un título honorífico de la corte) y lo envió a hacer campaña contra los árabes en las provincias orientales, donde tuvo que negociar con sus líderes militares y con otras fuerzas rivales, como los armenios, los alanos, los abasgos, los apsilios y los lazes[1]. Los diez años que pasó observando los métodos de guerra, la diplomacia y la propaganda de los árabes le permitieron conocer bien a los líderes militares musulmanes, la coherencia de su fe y sus ansias de conquistar Constantinopla.

Una vez instaurado emperador en marzo de 717, León puso su empeño en proteger la capital, y salió victorioso; sin embargo, incluso después de su brillante defensa, que obligó al ejército y la flota árabes a retirarse, algunos generales rivales pusieron en duda su papel, los sicilianos se rebelaron y el depuesto emperador Anastasio conspiró contra él. León reprimió con dureza estas revueltas. Más tarde, en el

verano de 726, una aterradora erupción volcánica subacuática en el Egeo hizo aparecer una nueva isla entre Thera y Therasia. Del mar en ebullición surgió un gran penacho de fuego y lava, inmensas nubes de ceniza y piroclastos «grandes como montañas» al chocar las placas tectónicas que se encontraban en las profundidades del lecho marino (como había ocurrido cuando se creó la caldera volcánica submarina de la isla de Santorini *c.* 1400 a. C.)[2]. Mientras un tsunami arrastraba los monstruosos depósitos de ceniza y lava solidificada hacia las costas del Egeo, León III buscaba una explicación a lo que todo el mundo consideraba una manifestación de la cólera divina. Algunos de sus consejeros respondieron que se debía a la excesiva veneración de las imágenes religiosas, que había degenerado en idolatría, un grave pecado prohibido por el segundo mandamiento dictado por Dios a Moisés.

Por si este cataclismo en el mar Egeo fuera poco, los árabes reanudaron sus ataques anuales al corazón del Imperio en Asia Menor, sembrando el terror entre la población, capturando prisioneros y ganado y destruyendo comunidades. En 727, un año después del tsunami, iniciaron el asedio de la gran ciudad de Nicea, a 185 kilómetros de Constantinopla, donde el Primer Concilio Ecuménico había definido el credo cristiano en 325. Pese a la destrucción de sus murallas, la ciudad resistió, pero cuando los árabes se retiraron se llevaron a un gran número de cautivos de los alrededores. Casi al mismo tiempo, tropas de la región de Hellas, en Grecia central, y de las islas del Egeo lanzaron un ataque naval contra Constantinopla, que fue repelido fácilmente, pero León se dio cuenta de que necesitaba reforzar su poderío militar para hacer frente a los enemigos externos e internos[3].

Identificó la idolatría cristiana como la causa de la ira divina y explotó la profunda inquietud generada por la explosión del Egeo proponiendo la aplicación efectiva de la prohibición del Antiguo Testamento de las imágenes esculpidas. «No te fabricarás ídolos, ni figura alguna de lo que hay arriba en el cielo, abajo en la tierra, o en el agua debajo de la tierra. No te postrarás ante ellos, ni les darás culto»[4]. Para expresar en lo religioso su voluntad de endurecer la moral y la oposición militar de los bizantinos al islam, también se basó en la incipiente iconoclasia que practicaban tres obispos de Asia Menor —Constantino de Nacolia, Juan de Sínada y Tomás de Claudiópolis—, que ya habían retirado las imágenes de sus iglesias. En enero de 730 León convocó al patriarca y le exigió que apoyara la política de retirar las imágenes y encalar las pinturas murales para evitar la idolatría. Germán se negó y devolvió su palio al emperador, que se lo entregó a un clérigo más complaciente, Anastasio. El emperador ordenó luego a los cinco principales dirigentes del mundo

cristiano (los cinco obispos de Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén) que también condenaran las imágenes y se deshicieran de todas las que había en sus iglesias[5].

El papel de las imágenes

Desde los primeros tiempos del cristianismo, las imágenes grandes y pequeñas de Cristo, la Siempre Virgen Madre de Dios, *Theotokos* (como se llamaba a María en griego), los santos, los mártires, los obispos y los venerables se habían convertido en una parte esencial de la vida eclesiástica en el Mediterráneo oriental. Los cristianos las honraban con una profunda veneración; besaban los iconos, encendían velas ante ellos, se inclinaban y les dirigían sus oraciones. Numerosas historias de peticiones atendidas por la figura representada en una imagen infundían esperanzas con vistas a una mejora de la salud o un aumento de la riqueza, el nacimiento de hijos o, simplemente, el alivio de la enfermedad, el pecado y la culpa[6]. Las imágenes se llevaban en procesiones litúrgicas y se exponían para que se les prestara especial atención en los días de fiesta, como la Natividad. Aunque las reliquias de los santos también eran objetos de veneración muy importantes, las imágenes eran omnipresentes y memorables. Imágenes de reducido tamaño, a menudo toscas, de metal, cerámica y pintura, decoraban también los hogares, y este uso doméstico probablemente precediera a su aparición en las iglesias, al tiempo que otorgaba a las imágenes un mayor protagonismo en la vida de los cristianos, especialmente de las mujeres y los niños[7].

La veneración de las imágenes se justificaba con el argumento teológico de que el respeto y el honor que se tributaban a la imagen se transmitían por mediación de esta a la figura representada, una creencia que se remontaba al siglo IV, cuando san Basilio de Capadocia señaló que el honor que se tributaba a la imagen del emperador se transmitía al propio gobernante. Esta demostración de respeto se les exigía a los cristianos durante las grandes persecuciones de Diocleciano de finales del siglo III y principios del IV, y su negativa a rendir culto a las imágenes imperiales a menudo les acarreaba la muerte y los convertía en mártires. Los retratos de los santos inspiraban a los cristianos a llevar una vida santa; además, las imágenes de los grandes concilios de la Iglesia les recordaban la forma correcta de la fe decretada en dichas asambleas[8].

La práctica de venerar las imágenes reproducía el aprecio que se sentía, desde muy antiguo, por las estatuas e imágenes de las divinidades paganas, que se lavaban, se vestían, se decoraban con guirnaldas de flores y se honraban con lámparas, velas y otras

muestras de respeto y afecto. Además de grandes estatuas, como las enormes representaciones de Atenea instaladas en el Partenón de la Acrópolis de Atenas, en las cocinas se exhibían estatuas de terracota más pequeñas de divinidades domésticas (*lares*). Los retratos imperiales pintados en paneles de madera se enviaban por todo el Imperio para anunciar la toma de posesión de un nuevo gobernante[9]. Los primeros iconos cristianos adoptaron el mismo formato de pequeños paneles de madera, parecidos a los retratos de dioses antiguos que han sobrevivido en la sequedad de Egipto y que debieron de utilizarse en todo el mundo romano. Estos paneles pintados se colocaban a veces sobre los rostros de los cristianos fallecidos de modo comparable a los retratos funerarios pintados para cubrir las momias egipcias[10]. Los gestos asociados a la veneración de las imágenes de las figuras sagradas del cristianismo procedían del mundo antiguo: inclinarse y poner luces ante la imagen, besarla y dirigirle oraciones. Las imágenes se consideraban puertas al mundo espiritual en el que las figuras santas tenían un poder inimaginable.

Esta veneración siempre se había distinguido de la idolatría, definida por el segundo mandamiento, que prohíbe adorar y confeccionar imágenes. El Dios invisible nunca podía ser representado y siempre debía adorarse espiritualmente[11]. Por ello, los líderes cristianos insistían en que las imágenes eran un mero recordatorio visual, nunca objetos de adoración. De vez en cuando se producían estallidos de iconoclasia, en que se retiraban las imágenes sagradas por considerarlas peligrosas, o incluso las atacaban y las despojaban de sus poderes arrancándoles los ojos, por ejemplo. A finales del siglo VI, cuando el obispo Sereno de Marsella decidió retirar las imágenes de su iglesia, el papa Gregorio Magno protestó mediante lo que se convertiría en la defensa clásica del papel de las imágenes en el cristianismo. «Las imágenes son la Biblia de los analfabetos. Los que no saben leer lo entienden mediante las imágenes»[12]. Hubo otro breve intento de eliminar las imágenes religiosas en Armenia durante el siglo VII. Aun así, los iconos cristianos estaban profundamente arraigados en la práctica religiosa, de una manera mucho más que instrumental, aunque las imágenes destinadas a instruir a los laicos dominaran la decoración de las iglesias, como, por ejemplo, las de los milagros de Cristo y el relato de su muerte y resurrección en la iglesia del palacio de Teodorico en Rávena. Los iconos, en el sentido de paneles de madera pintados, estaban más extendidos en Oriente que en Occidente, pero en todo el mundo cristiano se empleaban imágenes tanto simbólicas como figuradas de lo sagrado.

Hoy tendemos a considerar los iconos como «obras de arte» que exigen una respuesta estética, pero en la cristiandad primitiva estaban dotados de poder e integrados en la vida de los cristianos, eran

familiares como forma de comunicación con el pasado y el futuro incierto, y estaban ligados a la autoridad cristiana. Los límites entre la veneración cristiana devota y un estilo de culto pagano impropio eran inevitablemente difusos, y un peligro constante acechaba incluso en la producción de iconos. Había artesanos a los que los paganos tradicionales encubiertos encargaban pintar un icono de Cristo que se pareciera a Zeus, y los pintores que lo hacían eran milagrosamente castigados con la pérdida del uso de la mano con la que pintaban[13]. Otro peligro era que las imágenes cristianas eran adoradas como si fueran en sí mismas objetos sagrados. Este era el problema que los obispos Constantino de Nacolia y Juan de Sínada habían planteado al patriarca Germán a principios del siglo VIII. En algunas partes de sus diócesis, informaron, los cristianos dedicaban todo su amor y veneración a los iconos como si fueran sagrados[14]. Este tipo de veneración total (*latreia*) debía reservarse al Dios invisible. Las imágenes no eran más que un medio a través del cual la veneración relativa (*proskynesis*) podía pasar a la figura sagrada representada. Nunca se debía permitir que usurpasen el lugar del Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra. El patriarca Germán se lo explicó al obispo Constantino cuando este visitó Constantinopla entre 720 y 730, y comunicó por carta la teología correcta al superior de Constantino, Juan de Sínada. Pero el obispo, tras regresar a su provincia, retiró las imágenes de sus iglesias para que nadie tuviera la tentación de cometer idolatría. Habida cuenta de cómo era su fe, no era absurdo que los obispos temieran esta posibilidad. Sin embargo, Germán objetó que la correcta veneración de los iconos era una antigua tradición de la Iglesia; era útil para la gente común que confiaba en sus santos locales y que se beneficiaba de su culto[15].

La reacción de Roma

En Roma el *Libro de los pontífices* relata los acontecimientos de enero de 730 como el decreto de León de «no conservar ninguna imagen de ningún santo, mártir o ángel, ya que los declaró a todos malditos»[16]. El emperador estaba decidido, sostenía,

> a obligar a todos los habitantes de Constantinopla, por la fuerza y la persuasión, a derribar las imágenes, dondequiera que estuvieran, del Salvador, de su santa madre y de todos los santos, y, lo que es doloroso de mencionar, a quemarlas en medio de la ciudad[17].

Las iglesias que estuvieran pintadas había que encalarlas, y a quienes se opusieran los decapitarían o mutilarían. No se sabe qué fue

exactamente lo que decretó León porque los iconófilos posteriores destruyeron todos sus documentos, pero no hay ni rastro de la presunta quema de imágenes. En todas las ocasiones, el papa Gregorio II se negó a cumplir las órdenes del emperador y le manifestó su más firme repulsa por la política iconoclasta[18].

El papa alentó una oposición a Constantinopla de carácter más genérico, al escribir a los cristianos de todo el mundo alertándolos de «la impiedad que había surgido» y relacionando el aumento de los impuestos decretado por León con la prohibición de las imágenes. Al principio, los habitantes de la Pentápolis y los ejércitos del Véneto defendieron al papa y se opusieron a las exigencias fiscales, sin entrar en la cuestión de las imágenes sagradas. Eligieron a sus propios duques para que sustituyeran a los leales al exarca, y luego planearon (con «toda Italia») elegir un nuevo emperador que llevarían a Constantinopla para sustituir a León III. El papa refrenó a los líderes de esta revuelta, a la espera de que el emperador cambiara de opinión[19]. Pero este, que había comprobado desde hacía tiempo la eficacia de la iconoclasia musulmana y pretendía legitimar su propia forma de gobernar, insistió en la purificación visual.

Aunque el relato del *Libro de los pontífices de Roma* es sin duda exagerado, y no existe ninguna otra prueba de la quema de imágenes en masa en Constantinopla, es un testimonio innegablemente contemporáneo del decreto imperial de 730 tal como se vivió en Roma. No menciona la participación de Rávena en los acontecimientos; no consta ningún intento de destrucción de sus imágenes ni de sus gloriosos mosaicos, llenos de figuras humanas. A diferencia de algunas iglesias de Oriente, las de Rávena nunca fueron encaladas o enlucidas, pero el exarca Eutiques no pudo evitar que las regiones vecinas se unieran a la oposición general y el arzobispo Juan V no hizo nada para aplicar la orden imperial. No tenemos constancia de ninguna profanación de las numerosas imágenes que adornaban las paredes y techos de sus edificios. Rávena se resistió a la iconoclasia; sus imágenes y representaciones de personajes sagrados permanecieron intactas[20]. De este modo, la ciudad adoptó una actitud independiente, definiendo su carácter como parte de la cristiandad latina. La relajación de sus vínculos con el Imperio implicaba una oposición al exarca y a cualquier fuerza hostil procedente de Constantinopla, como en la victoria naval que luego se conmemoraría todos los años. El proceso conllevaba también una mayor cooperación con la otra gran autoridad de Occidente, el obispo de Roma, que asumía el liderazgo en la defensa de las imágenes y reclamaba la dirección general de todo el mundo de la cristiandad occidental.

La destrucción de Cartago en 698 facilitó la expansión del islam por el oeste del Magreb en dirección a Hispania, lo que provocó un nuevo aluvión de refugiados cristianos y privó a Constantinopla de ingresos fiscales, que hubo que compensar con impuestos más altos en el resto de Occidente. A medida que aumentaban las exigencias imperiales de impuestos, la lealtad política de Rávena disminuía en paralelo a una ruptura cultural y eclesiástica. La oposición del papa a la propuesta de destrucción de las imágenes se convirtió en una llamada de atención que los raveneses secundaron.

A estas consecuencias indirectas de la conquista árabe del norte de África se sumaron influencias más directas; el califa Umar II (717-720) inició la conversión forzosa de los cristianos y escribió a León III instándole a abandonar la fe cristiana y a reconocer a Mahoma como último profeta de la revelación divina. El sucesor de Umar, el califa Yazid II, intentó corregir la práctica iconófila de sus súbditos cristianos mediante un edicto promulgado en 723 que les ordenaba deshacerse de todas las representaciones de personas que hubiera en sus iglesias y hogares[21]. La respuesta de León III fue hacer hincapié en la cruz, símbolo supremo de la fe cristiana, que se convirtió en un elemento dominante de la decoración de los templos en sustitución de las imágenes de personas. Una de las primeras sustituciones se halla en el mosaico del ábside de la iglesia de Hagia Eirene, la Santa Paz, en la capital, que fue reconstruida tras un terremoto en 740 y que sigue en pie. Más tarde, las imágenes de la Madre de Dios en el ábside de las iglesias de Nicea y Tesalónica fueron sustituidas por cruces monumentales parecidas.

Los habitantes de Sínada, Nacolia y Claudiópolis, ciudades que se encontraban directamente en las rutas de los ejércitos árabes que invadían Asia Menor, reaccionaron de forma parecida a las victorias militares islámicas. En la década de 730, cuando el obispo Tomás de Claudiópolis retiró los iconos de sus iglesias, regiones enteras amenazadas por los árabes siguieron su ejemplo. Su decisión de destruir el icono milagroso de la Madre de Dios en Sozópolis porque ya no manifestaba sus poderes curativos hizo que el patriarca Germán insistiera en evitar cualquier insinuación de que la imagen les hubiera fallado. Germán advirtió a Tomás de que no permitiera que los «enemigos de la cruz» sacaran ninguna conclusión reconfortante de la interrupción de las curaciones milagrosas. En otros escritos recalcó lo peligroso que era dar a los no creyentes —es decir, a los judíos y a los musulmanes— motivos para afirmar que el cristianismo se equivocaba, e insistió en que se mantuviera la veneración tradicional de las imágenes[22]. Vemos, pues, que la discusión sobre la mejor

manera de movilizarse contra los árabes se articulaba en términos religiosos.

La cultura visual islámica, tan claramente expresada en la Cúpula de la Roca de Jerusalén y en las mezquitas construidas en Damasco y Cairuán (Túnez), también difundió la estricta prohibición de los ídolos por parte del islam, lo que suponía una amenaza más concreta que antes contra el uso que el cristianismo hacía de las imágenes[23]. Al obedecer el Segundo Mandamiento y promover el culto cristiano a la Cruz, el emperador León dio fuerza visual a su reacción ante la prohibición islámica de la idolatría[24], con lo que encontró una forma de purificar el culto cristiano y reforzar la oposición imperial a nuevas victorias militares de los árabes. Y, en efecto, el iconoclasmo fortificó al ejército imperial en sus constantes luchas contra el califato y reforzó muchísimo la lealtad hacia el emperador y su hijo, Constantino V. Esto no significa que la idea de la iconoclasia fuera una invención solo atribuible a León III, puesto que los obispos de Asia Menor ya habían adoptado la práctica iconoclasta. Pero sí que indica que, cuando el Imperio estaba gravemente amenazado y al borde de la extinción, un aspecto particular de la fe cristiana —la adoración en espíritu y en verdad— lo aprovechó con la máxima eficacia un emperador iconoclasta para asegurar su supervivencia.

A principios del siglo VIII, la combinación de la expansión islámica y la resistencia bizantina dividió al mundo mediterráneo mientras la cristiandad se fragmentaba, dejando que Italia y las regiones transalpinas emprendieran su propio camino. Durante los cien años siguientes, esta esfera occidental adquiriría su carácter europeo bajo el liderazgo de los reyes francos aliados con los obispos de Roma. Aunque esta nueva forma de «Occidente» tenía una tradición de arte icónico mucho menos elaborada que la de Oriente, adoptó la defensa de las imágenes como parte de su evolución interna, en oposición a la influencia oriental y al dominio político de Constantinopla, que se habían ejercido a través de Rávena y Sicilia.

Así, la decoración de mosaicos, frescos y esculturas de las iglesias de toda Italia permaneció intacta, mientras que las imágenes y esculturas figurativas comparables de las iglesias bizantinas fueron encaladas, sustituidas o destruidas. La iconoclasia acabaría generando una formulación completamente novedosa de la decoración simbólica, planteada por dos de los consejeros de Carlomagno, Teodulfo de Orleans y Alcuino. Curiosa y paradójicamente, la postura de los francos no se aceptó nunca en Roma, cuyos obispos recalcaron siempre su adhesión al arte icónico y encargaron sus propios retratos, que solían incorporarse a la decoración figurativa de las iglesias. El rechazo a la iconoclasia oriental no fue, pues, en absoluto uniforme, pero al plantear interrogantes sobre la legitimidad de la

representación figurada, su potencial idolatría y el castigo divino que merecería, la querella de los iconoclastas aceleró la división del mundo mediterráneo antiguo y enfrentó visualmente a las zonas musulmanas con las regiones bizantinas y occidentales, además de conservar la riqueza narrativa y figurativa de los mosaicos de Rávena como en ningún otro lugar.

33
El papa Zacarías y la conquista de Rávena por los longobardos

Desde su llegada a finales del siglo VI, los longobardos se asentaron en las tierras que conquistaron, adoptando el latín como lengua y estableciendo sus propias formas de gobierno, incluido un código jurídico. En 698 abandonaron el apoyo a los Tres Capítulos y aceptaron al papa como líder cristiano. Sin embargo, los duques de Espoleto y Benevento se negaron a reconocer al rey longobardo de Pavía como su superior, y no colaboraron en una campaña para someter toda la península a su autoridad. Aunque atacaron ambas zonas del exarcado, Rávena y Roma, lo hicieron en campañas independientes que permitieron a los funcionarios imperiales, como Esteban, duque de Roma, explotar sus divisiones en los años 730 y 740[1].

Estas rivalidades complican la ya de por sí confusa cronología de las campañas italianas del rey Liutprando, recogidas de forma dispar en el *Libro de los pontífices de Roma* y en la posterior *Historia de los longobardos* de Pablo el Diácono. Este último afirma que el rey Liutprando resolvía como rey y señor las diferencias entre duques y obispos en Forum Iulii y en Carniola, al tiempo que luchaba contra las tropas del exarcado en la Pentápolis y las derrotaba. Muestra al rey distraído por los conflictos con los eslavos en el norte de Istria y por las peticiones de ayuda militar del gobernante franco Carlos Martel («Martillo») para combatir a los piratas árabes en el sur de la Galia. En sus relaciones con Roma, sin embargo, Liutprando se debatía a menudo entre la hostilidad al Gobierno militar del duque imperial y la devoción cristiana al papa, como sucesor de san Pedro.

En el año 729, cuando el rey Liutprando visitó Roma, realizó una peregrinación al monasterio de San Anastasio el Persa *ad Aquas Salvias*, donde veneró la cabeza del mártir, una reliquia traída a Occidente por monjes griegos[2]. Más tarde construyó una iglesia en Corteolona dedicada al santo, donde una inscripción en latín contraponía al emperador cismático León III y al piadoso rey longobardo Liutprando[3]. Además de esta condena al emperador iconoclasta, Liutprando también amplió y redecoró la iglesia y el

monasterio de San Pedro *in Caelo Aureo* de Pavía, donde una inscripción griega conmemoraba una *igona* de san Pedro[4]. Esta imagen de oro fue encargada a un artista bizantino de Roma, posiblemente un artesano del monasterio de San Anastasio, junto con unos versos dodecasílabos en griego. Es posible que en el ambiente de Pavía, ajena a todo lo griego, no entendieran la inscripción, pero era un símbolo de estatus, una reivindicación de cultura superior.

Huida y exilio de Eutiques

A mediados de la década de 730, aunque el rey Liutprando consiguió ocupar Rávena, no fue por mucho tiempo. Sin embargo, hacia el año 739, el sobrino de Liutprando, Hildebrando, unió sus fuerzas a las de Peredeo, duque de Vicenza, para lanzar una ofensiva de una contundencia inesperada contra Rávena, quizá sin permiso del rey. Los dos caudillos longobardos tomaron la ciudad, obligaron al exarca Eutiques a refugiarse en la región del Véneto e hicieron prisioneros, entre otros, a los cónsules León, Sergio, Víctor y Agnelo[5]. Cuando el papa Gregorio III (731-741) se enteró de la situación del exarca, escribió al patriarca de Grado, en Istria, solicitando ayuda militar para restablecer el control en Rávena[6]. El tono del papa es virulentamente antilongobardo y más bien probizantino, lo que sugiere que Gregorio, al igual que su predecesor, seguía creyendo que las fuerzas imperiales protegerían a Roma, a pesar del distanciamiento provocado por la orden de retirar las imágenes. La petición de Gregorio consiguió su objetivo, ya que las tropas de Istria, leales al Imperio, avanzaron hacia el sur para devolver Rávena al control imperial y al exarca a su palacio[7]. Tras una eficaz campaña militar, mataron a Peredeo, capturaron a Hildebrando y restituyeron en el cargo a Eutiques[8].

Al tiempo que el papa recibía la noticia de la toma temporal de Rávena por parte de Hildebrando y Peredeo, también se veía amenazado por la actividad de los longobardos más cerca de Roma. En 739 el duque Trasimundo de Espoleto se rebeló contra el rey Liutprando, quien marchó sobre la localidad perusina, impuso a su candidato como duque y obligó a Trasimundo a exiliarse en Roma. El objetivo de Liutprando, sin embargo, era capturar la Ciudad Eterna, y trató de aprovechar la presencia allí del antiguo duque para conseguirlo. En la ciudad, el duque Esteban, comandante imperial, y el papa Gregorio se negaron a entregar a Trasimundo, y Liutprando emprendió el bloqueo de Roma con la captura de cuatro ciudades clave dentro del ducado romano. El papa neutralizó la amenaza mediante una hábil negociación, y el rey de los longobardos se retiró a su capital de Pavía[9]. Sin embargo, Gregorio sabía que se trataba solo

de una retirada temporal y que la determinación de Liutprando de capturar Roma daría lugar a nuevos ataques. A la muerte de Gregorio III, en noviembre de 741, su sucesor, Zacarías, heredó una situación crítica.

Zacarías, papa y diplomático

Zacarías fue otro papa erudito de origen griego, formado en Roma, que ejemplifica la tradición de elegir líderes espirituales que supieran griego, pudieran efectuar una crítica docta de la teología monotelita y defendieran la primacía de la cátedra de san Pedro[10]. Era un helenista especialmente dotado que tradujo al griego los *Diálogos* de Gregorio Magno, que gozaron de una gran popularidad entre los lectores cristianos orientales. También encargó que pintaran un mapamundi en el palacio de Letrán. Durante su pontificado, el papa Zacarías asumió una posición clave en la política italiana, por lo que se reclamó su intervención para resolver todos los problemas posteriores entre el exarcado y los longobardos. Su reto inmediato era recuperar la posesión de los cuatro enclaves fortificados que acababa de capturar el rey Liutprando —Amelia, Orte, Bomarzo y Blera— y consolidar el dominio papal de los alrededores[11].

En una serie de iniciativas y viajes diplomáticos, Zacarías consiguió la devolución no solo de estas cuatro localidades, sino también del «patrimonio de Sabina, que había sido robado hacía treinta años, así como los de Narni, Osimo y Ancona, junto con Numana y el valle llamado Magna en tierras de Sutri». Estas tierras se convirtieron en el embrión del territorio que luego recibiría el nombre de Estados Pontificios. Eran lo que se dieron en llamar *domuscultae*, fincas propiedad de la Iglesia de Roma a título perpetuo, con el fin de generar provisiones para su distribución entre los pobres, así como recursos adicionales para el mantenimiento de la corte papal[12].

Como resultado de la alianza entre los longobardos y el papa quedaron libres algunos prisioneros, entre ellos los cuatro cónsules capturados por Hildebrando en su anterior ataque a Rávena[13]. Pero en 742-743 Liutprando lanzó ofensivas más fuertes contra Rávena, lo que provocó que el exarca Eutiques y el arzobispo Juan V, junto con todos los habitantes de la Pentápolis y la Emilia, rogasen al papa Zacarías que intercediera ante el rey[14]. La maquinaria de la diplomacia papal volvió a ponerse en marcha, esta vez para frenar las nuevas agresiones de los longobardos contra Rávena.

En primer lugar, el papa Zacarías envió una embajada a Liutprando para intentar restituir al exarcado Cesena, un castillo situado en la frontera entre el territorio longobardo y el imperial. El

rey ya había anunciado a Constantinopla que lo había conquistado y mandó de vuelta a la legación papal. Fue entonces cuando Zacarías en persona se puso en marcha para reunirse con el rey Liutprando y dejó al duque Esteban a cargo de Roma. La comitiva papal cruzó los Apeninos por la antigua Vía Flaminia (o quizá por la carretera militar que pasaba por Todi y Perusa[15]), y Eutiques salió al encuentro del papa en una iglesia de Aquila, a ochenta kilómetros de Rávena. Se dirigieron juntos a la ciudad y todos los «hombres y mujeres de Rávena, de ambos sexos y de todas las edades» salieron a saludarlo como su pastor[16]. Con motivo de esta importante visita, Zacarías donó un mantel a la iglesia de San Apolinar en Classe; Agnelo lo describe como «de púrpura alitina [pura] maravillosamente decorado con perlas y con su nombre escrito»[17].

Desde Rávena, Zacarías envió otra embajada a Liutprando para informarle de su intención de visitarlo. Aunque en Imola los enviados recibieron la noticia de que les impedirían entrar en territorio longobardo y alertaron del peligro al papa, este insistió en dirigirse a Pavía, donde tuvo lugar otra ronda de reuniones ceremoniales, misas y negociaciones, cuyo resultado fue que Liutprando aceptó ceder algunas tierras de los alrededores de Rávena y dos tercios del territorio de Cesena, aunque se reservó un tercio hasta que sus embajadores regresaran de Constantinopla. Así, los pueblos de Rávena y la Pentápolis «se llenaron de cereales y vino», lo que indica que Liutprando devolvió al exarca tierras que formaban parte del exarcado[18].

El papa Zacarías también escribió una carta sinodal a la Iglesia de Constantinopla y otra a Constantino V, que había heredado el trono imperial a la muerte de su padre, León III, en junio de 741[19]. Las misivas no se conservan, pero es probable que instaran al nuevo emperador a abandonar la iconoclasia. Cuando los legados papales llegaron a la capital, probablemente en 742, se encontraron con que el cuñado de Constantino, Artabasdo, se había proclamado emperador. Los enviados le entregaron la carta del papa Zacarías e informaron a Roma de la situación. Pero el joven Constantino, mientras tanto, reunió tropas en Asia Menor y consiguió llegar con sus hombres a Constantinopla en noviembre de 743. Allí perdonó a los apocrisiarios papales por haber presentado sus cartas al usurpador e hizo donación a la Iglesia de Roma de dos fincas en Ninfa y Norma, que se añadieron a las *domuscultae* papales[20].

En sus contactos diplomáticos con la capital de Oriente, el papa Zacarías actuó con total independencia del exarca, asumiendo en la práctica el liderazgo en Italia, en sustitución de la autoridad puramente nominal del representante nombrado por el emperador de Constantinopla. En el norte de Italia el exarcado había quedado

reducido a una ciudad, Rávena, mientras que el ducado de Roma se expandió y se desarrolló bajo la dirección del papa. Aunque los longobardos seguían siendo una fuente constante de preocupaciones para ambos, no cabe duda de cuál de los dos tenía mayor capacidad para hacer frente a las ambiciones de sus enemigos.

La caída de Rávena

La muerte del rey Liutprando en el año 744 inauguró una breve tregua en los ataques longobardos a Rávena. No obstante, las redes del enemigo se iban estrechando en torno a la ciudad, y en 749 su sucesor, Rachis, avanzó contra Perusa, amenazando con sitiar esta fortaleza de importancia crítica en la vía militar que unía Rávena con Roma. De nuevo, el papa Zacarías se propuso contenerlo y, «a costa de muchos regalos al rey [...] y con la ayuda del Señor», Rachis levantó el asedio[21]. De hecho, incluso decidió retirarse de la vida pública; al cabo de unos días se dirigió a Roma, donde abdicó de su autoridad real y abrazó la vida monástica[22]. Esta rápida transformación de gobernante militar hostil en monje sumiso se produjo en parte debido a las presiones de su hermanastro, Astolfo, que había heredado su cargo de duque del Friul y que defendía una política longobarda más agresiva contra Rávena y Roma[23]. A principios de julio de 749, Astolfo fue proclamado rey.

En Oriente, una vez sofocada la rebelión de Artabasdo, Constantino V siguió preocupado por las campañas árabes contra Constantinopla, que continuaron incluso después de una importante victoria bizantina en Akroinón, en Anatolia, en el año 740. También se enfrentó a la amenaza de los búlgaros en la frontera occidental del Imperio, lo que le impidió enviar apoyo militar al exarca de Rávena[24]. En lugar de ello, el emperador cultivó mejores relaciones con Pipino, rey de los francos, tratando de forjar una alianza contra los longobardos[25]. Se trataba al menos de una política diplomática coherente, pero a corto plazo dejaba aislados a Rávena y al exarca Eutiques. Aunque en Istria y la Pentápolis las tropas permanecieron leales a Constantinopla, el exarca no logró emplearlas para combatir a los longobardos. Sin que tengamos constancia de batalla alguna, Astolfo entró en Rávena y promulgó su primer decreto *in palatio* («desde el palacio») en julio de 751[26]. Eutiques huyó a Nápoles, y fue el arzobispo quien tuvo que negociar la capitulación y la ocupación longobarda. Así concluyó el largo papel de Rávena como capital imperial en Italia[27].

Cuando el emperador Constantino supo que su capital occidental había caído en manos de los longobardos, se dio cuenta de que estos no solo controlarían el exarcado de Rávena, sino que también

amenazarían el resto del territorio imperial en el sur de Italia. Por consiguiente, se dispuso a consolidar el control bizantino sobre Sicilia y Calabria, y para ello ordenó a los funcionarios que ocuparan las ricas fincas de la región conocidas como «patrimonios papales», vinculadas desde hacía siglos a la Iglesia de Roma, a la que abastecían de alimentos, materiales de construcción y rentas. Todos los ingresos y recursos de estas fincas debían ingresarse en el tesoro público y ser recaudados por funcionarios imperiales[28]. Aunque no consta la fecha exacta de la confiscación, la forma ordenada en que se compensó la pérdida del exarcado de Rávena en el norte de Italia con la adquisición de los patrimonios papales en el sur hace pensar en el periodo inmediatamente posterior al año 751[29]. El resultado fue que las comunidades grecohablantes y los monasterios ortodoxos siguieron siendo mayoritarios en el sur de Italia durante siglos.

34
El arzobispo Sergio asume el mando

Después de que el arzobispo Juan falleciera en 744 y fuera enterrado en San Apolinar en Classe junto con sus predecesores (figura 61), es posible que la amenaza de los longobardos influyera en la elección de su sucesor al frente de la archidiócesis de Rávena. Lo más extraño del caso es que el clero aceptó a un laico casado, y no a un sacerdote, como pastor. El hombre en cuestión, Sergio, quizá fuera uno de los cónsules que Hildebrando tomó como rehenes en 739 y que fueron liberados gracias a la mediación diplomática del papa Zacarías. Dado que casi todos los arzobispos de Rávena de los siglos VII y VIII habían accedido al cargo tras su paso por las filas del clero local, en particular tras haber ocupado el puesto de arcediano, la elección de Sergio fue un cambio importante, probablemente impuesto por la élite laica de la ciudad. Era «joven de edad, de cuerpo corto, de rostro sonriente, de formas agradables, con ojos grises, de familia muy noble»[1]. De acuerdo con el derecho canónico, tuvo que divorciarse de su esposa, Eufemia, que se convirtió en diaconisa y probablemente fuera enviada a un convento. Sergio se dirigió a continuación a Roma para que le consagrase el papa Zacarías, que no puso ningún pero a su elección.

La archidiócesis de Rávena adquirió así un nuevo pastor procedente de la aristocracia local, lo que despertó de inmediato la hostilidad del clero. Cuando Sergio regresó de su consagración en Roma, ninguno de los sacerdotes o diáconos quiso acompañarlo al altar; se negaron a oficiar junto a él. Así pues, el flamante arzobispo ordenó nuevos diáconos para reemplazarlos, y estos clérigos más jóvenes también fueron despreciados por los más antiguos. Al relatar la rivalidad entre ambos grupos de sacerdotes y diáconos —los más antiguos insistían en estar más cerca del altar que los recién ordenados por el arzobispo Sergio—, Agnelo informa de que se llegó a una solución de compromiso basada en las vestiduras litúrgicas. Los diáconos más jóvenes no llevarían la dalmática, una túnica con mangas tradicionalmente reservada a los diáconos, sino el superhumeral «a la griega»[2]. El superhumeral u orario (*epitrachelion* en griego) era una estola larga y estrecha hecha de seda (originalmente de lino) que simbolizaba la humildad de Cristo, que

lavó los pies a sus discípulos y se los secó con una toalla (*orarium* en latín[3]). Los diáconos griegos llevaban el orario sobre el hombro izquierdo, con los dos extremos colgando por delante y por detrás; los extremos se decoraban a veces con las palabras «santo, santo, santo», cantadas por los diáconos como parte del trisagio[4]. Si los diáconos de Rávena se quitaban la dalmática y llevaban su *indumentum* (ropa interior) básico con el superhumeral encima, su aspecto sería visiblemente distinto[5].

Agnelo continúa diciendo que «a partir de entonces el número de diáconos aumentó, aunque los cánones lo prohibiesen», pero Sergio consiguió imponer una «tregua» entre el clero recién ordenado (griego) y el más antiguo (latino[6]). Su elección, respaldada por una facción de la élite ravenesa, tal vez sea un reflejo de la debilidad del exarca Eutiques, incapaz de defender Rávena. Procedente de la aristocracia laica, el nuevo arzobispo representaba a la élite local, que era muy consciente del peligro que suponía la hostilidad de sus vecinos longobardos en comparación con la autoridad lejana e ineficaz de Constantinopla. Este fue el hombre que tuvo que negociar con el rey Astolfo tras la conquista de la ciudad por los longobardos en el verano de 751.

Aunque violentos y eficaces en lo militar, los longobardos eran también cristianos practicantes, devotos mecenas de iglesias y monasterios. El rey Liutprando, en particular, había creado o enriquecido instituciones cristianas con una decoración espléndida. Los nuevos gobernantes de Rávena respetaban la autoridad de Sergio como pastor de una de las archidiócesis más grandes y ricas de Italia. A pesar de que Astolfo tenía una reputación «de lo más feroz», durante los cinco años de su reinado comenzó a reconstruir la basílica Petriana, que había sido destruida por un terremoto, colocando los cimientos y las columnas que aún eran visibles en tiempos de Agnelo. También depositó una clámide de oro sobre el altar de la iglesia Ursiana (la catedral de Rávena) con la debida reverencia[7]. Sergio colaboró con el nuevo gobernante de Rávena, y bajo la ocupación longobarda trató de garantizar cierta independencia para su diócesis asumiendo la posición dirigente en lugar del exarca.

Aquí podemos observar la consolidación de una nueva forma de poder medieval en manos de los líderes eclesiásticos, distinta del gobierno político de los militares. El arzobispo Sergio negoció un equilibrio entre su autoridad y la del rey longobardo. Fueran los que fuesen los acuerdos precisos que se alcanzaron en 751, los arzobispos de Rávena estaban decididos a dominar la ciudad a través de su papel espiritual y su presencia física, con independencia de la teórica fuente del poder político. Un estilo similar de liderazgo eclesiástico había acompañado a la transición de la dominación romana tardía a la

cristiandad temprana en muchas ciudades occidentales. Ahora, los arzobispos de Rávena seguían un modelo comparable.

El papa Esteban III pide ayuda a los francos

Para el rey Astolfo, sin embargo, la conquista de Rávena era un paso en su ambición general de unir su reino del norte con los ducados longobardos del centro de Italia para formar un Estado único. Tras dejar a un duque al mando de la ciudad en 751, marchó hacia el sur. En Roma Esteban II fue consagrado sucesor de Zacarías como papa el 26 de marzo de 752 y se enfrentó inmediatamente a la amenaza de asedio de Astolfo[8]. El papa envió al principio cartas al rey longobardo, en las que le exigía que devolviera la ciudad de Rávena y todos los demás lugares que había conquistado a «la santa Iglesia de Dios del Estado de los romanos»[9]. El rey hizo caso omiso. Esteban congregó entonces a «todos los romanos en asamblea» para desfilar descalzos, una procesión en la que él mismo llevó a cuestas la imagen *acheiropoieta* (es decir, no hecha por manos humanas) de Cristo y otros *sacra mysteria* a la iglesia de Santa María la Mayor, entonando una letanía para pedir la intercesión divina[10]. Como no sirvió de nada, envió en secreto un mensaje al hombre fuerte del reino de los francos, Pipino, con una petición urgente de ayuda militar. La respuesta fue una invitación a visitar a Pipino, de modo que en octubre de 753 algunos cortesanos francos acompañaron a Esteban II y a un numeroso grupo de clérigos de Roma en un viaje sin precedentes al otro lado de los Alpes. Mientras tanto, el hermano del papa, Pablo, quedó a cargo de Roma[11]. Cuando la comitiva papal entró en territorio longobardo, el rey Astolfo intentó disuadirlos de que continuaran el viaje, pero el papa Esteban insistió y siguieron adelante. En esta sorprendente muestra de respeto de los longobardos a la autoridad papal podemos ver uno de los primeros ejemplos de separación de la autoridad eclesiástica respecto de la militar[12]. Ello abrió el camino al crecimiento histórico de la autoridad papal, que poco a poco fue consolidando una nueva forma de gobierno dentro de la cristiandad.

Los papas anteriores habían mantenido correspondencia con los gobernantes transalpinos de la Galia y conocían la victoria de Carlos Martel sobre los árabes en la batalla de Poitiers en 732. Los francos no solo eran guerreros victoriosos, sino que también habían adoptado el catolicismo después de que su rey Clodoveo fuera bautizado en torno al año 500, y habían abandonado la lengua franca, no escrita, en favor del latín. Asentados en el norte de la Galia, alrededor de París, y más al este, en la Bélgica y los Países Bajos actuales, habían fundado sus reinos en los fértiles valles fluviales, donde disfrutaban de los vinos

del Mosela, y no mostraban ningún interés por ir más al sur, hacia Italia.

Sin embargo, Pipino no era descendiente directo de Clodoveo. Al igual que su padre, Carlos Martel, controlaba el Estado merovingio como mayordomo de palacio. En 751, tras consultar al papa Zacarías, había asumido el poder real cortando la larga cabellera del rey Childerico III y encerrándolo en un monasterio. Al invitar al papa Esteban a visitarlo, Pipino esperaba obtener la aprobación de la máxima autoridad espiritual a su derecho a reinar, mientras que Esteban pretendía asegurarse la ayuda militar de los francos contra los longobardos. Tras una difícil travesía por los Alpes en el invierno de 753, Pipino envió a su hijo mayor, Carlos, al que más tarde se conocería como Carlomagno —es decir, Carlos el Grande—, a saludar al pontífice en un importante acto ceremonial. El jovencísimo príncipe, probablemente de cinco años, guio al papa en la última etapa de su largo viaje[13].

El trascendental encuentro entre el papa y el rey en Ponthion el día de la Epifanía, el 6 de enero de 754, tuvo como resultado que el papa Esteban reconoció a Pipino y su familia como soberanos del reino franco (Francia), y que Pipino se comprometió con la defensa de Roma. En la abadía de Saint-Denis, en el mes de julio, el papa llevó a término la sacra unción de Pipino, que alcanzaba así rango de rey. El papa también ungió a la esposa de Pipino, la reina Bertrada, y a sus hijos Carlos y Carlomán, que fueron nombrados reyes. Así pues, el papa se convirtió en *compater*, padre espiritual, de los jóvenes, con lo que se creaba un vínculo religioso que unía al jefe de la Iglesia de Occidente con la dinastía gobernante de Francia[14]. En las conversaciones que se celebraron durante los meses siguientes, Pipino aceptó hacer frente a la amenaza de los longobardos contra Roma, e invitó al papa Esteban a quedarse en la corte de los francos para celebrar la Navidad del año 754.

Mientras se sellaba esta nueva alianza, Constantino V convocó un concilio eclesiástico para instituir una doctrina oficial de la iconoclasia. Tras preparar una justificación clara y detallada de la necesidad de eliminar las imágenes idolátricas, el emperador presidió la reunión de 338 obispos orientales que tuvo lugar en el palacio imperial de Hieria, en la costa asiática del Bósforo[15]. Aunque todas las actas de este concilio, aparte de su definición de la fe (*Horos*), fueron posteriormente destruidas, la reforzada iconoclasia se propagó por todo el Imperio. Sin embargo, al no asistir ningún obispo occidental, estas decisiones no se conocieron en Occidente hasta su refutación en el Segundo Concilio de Nicea, celebrado en 787[16].

Tras el fracaso de otros contactos diplomáticos con Astolfo, en la primavera de 755 el ejército de los francos se adentró en Italia[17]. Mientras asediaban la capital longobarda de Pavía, el papa Esteban rogó a Pipino que negociara una rendición pacífica. Astolfo aceptó las condiciones: que renunciara a todas sus conquistas, incluida Rávena. Pero, pese a haberlo jurado con toda solemnidad, no cumplió nada de lo prometido. Aunque el papa Esteban regresó a Roma en 755, antes de que terminara el año volvió a escribir a Pipino para pedirle más ayuda militar. En enero de 756 los longobardos volvieron a asediar la ciudad y Pipino recibió una carta escrita en nombre de san Pedro, en la que se ordenaba al rey que cumpliera su promesa de defender Roma. Al mismo tiempo, llegaron a Roma enviados imperiales de Constantinopla, encargados de negociar el regreso de Rávena y del exarcado a manos del emperador[18].

El control sobre Rávena se convirtió, por tanto, en objeto de varias alianzas, ya que Constantino V acusó a Astolfo de ocupar ilegalmente el territorio imperial, mientras que Pipino emprendió su segunda invasión de Italia en 756 para sustituir el Gobierno longobardo por una administración papal. Los enviados bizantinos fueron a reunirse con Pipino cerca de Pavía, y mientras las fuerzas francas iniciaban un nuevo asedio de la capital de los longobardos, los diplomáticos imperiales y pontificios debatían la cuestión clave: ¿a quién debían pertenecer las tierras del exarcado? El *Libro de los pontífices de Roma* recoge que Jorge, un embajador imperial, prometió al rey «occidental» numerosos y espléndidos obsequios si devolvía Rávena y otras ciudades amuralladas del exarcado al emperador en lugar de al papa. Aunque Constantino no pudiera enviar una fuerza militar para expulsar a los longobardos de Rávena, había dado instrucciones a sus embajadores de que utilizaran todos los medios a su alcance para comprar el exarcado. Sin embargo, no lograron convencer al rey Pipino, que había jurado devolver a san Pedro el territorio conquistado[19]. Por su parte, los longobardos no tenían intención de renunciar a su preciada posesión. Por lo tanto, tres fuerzas compitieron por el control de Rávena.

Desde el momento en que el papa Esteban se dio cuenta de que no podía defender su Iglesia y la ciudad de Roma del ataque longobardo, asumió grandes riesgos para conseguir una alianza con los francos. Por medio de la elevación ritual de la familia del rey Pipino, y luego de las victoriosas campañas militares de los francos en 755 y 756, esta novedosa alianza francorromana trastocó por completo el tradicional eje este-oeste del Mediterráneo. En lugar de la conexión histórica, culturalmente poderosa y simbólica entre la Vieja y la Nueva Roma, se

creó un eje norte-sur que unía a Roma con la Europa transalpina, donde los francos estaban consolidando su poder, lo que introdujo una configuración de poder totalmente nueva en Italia, basada en la dependencia del papa de las fuerzas militares del norte y sellada por la lealtad de los francos a la Iglesia de Roma. El vínculo religioso que convirtió a Esteban II en el padrino de los hijos de Pipino expresaba en términos sagrados esta alianza política y militar[20].

Después de su segunda campaña de 756, el rey franco se aseguró de que el exarcado se convirtiera en un dominio pontificio en toda regla inscribiendo sus ciudades en un documento hoy conocido como la Donación de Pipino[21]. Rávena encabeza la lista, seguida de Rímini, Pésaro, Conca, Fano, Cesena, Senigallia, Iesi, Forlimpopoli, Forlì con el castillo de Sussubium, Montefeltro, Arcevia, Mons Lucati, Serra, el castillo de San Marino, Vobio, Urbino, Cagli, Lucioli, Gubbio y Comacchio, junto con la ciudad de Narni, que había sido tomada por el ducado de Espoleto en 717-718. Pipino también encargó a su representante, el abad Fulrado, que recorriera el territorio del exarcado para oficializar la sumisión de todas estas ciudades, recoger sus llaves y tomar rehenes para garantizar la paz. Fulrado cogió luego la Donación y las llaves, y las depositó simbólicamente en la *confessio* de la basílica romana de San Pedro (la zona situada frente al altar mayor y justo encima de la tumba del santo[22]). De este modo, Rávena pasó, al menos oficialmente, a estar bajo la autoridad del papa.

El enjuiciamiento del arzobispo Sergio

El destino de Rávena se lo disputaban ahora tres poderosos: el papa, a quien Pipino I había cedido las tierras del exarcado; el emperador de Constantinopla, que mantenía su reivindicación histórica sobre el mismo territorio, y el rey longobardo Desiderio, que sucedió a Astolfo en 756 y que se negó a renunciar al control efectivo. Antes de finalizar dicho año, el papa nombró a un duque, Eustaquio, para que gobernara con fuerzas militares la ciudad de Rávena, y a un presbítero, Felipe, para que guiara la diócesis. La administración papal de la ciudad provocó una profunda irritación en el arzobispo Sergio, que pidió ayuda a los longobardos para expulsar al ejército romano (*exercitus Romanus*). Ante esta rebelión sin tapujos, el papa Esteban le ordenó a Sergio que fuera a Roma, utilizando como excusa la presunta ilegalidad de su nombramiento como arzobispo pese a su condición de seglar, aunque Sergio llevaba ya doce años al frente de la sede de Rávena. El arzobispo fue conducido a Roma alegando que había sido traicionado por el rey Astolfo, que lo había entregado a las

autoridades papales «engañado con artimañas»[23]. Allí fue juzgado por un sínodo de obispos, que le acusaron de «ocupar la cátedra de Rávena como un usurpador y obtener la mitra mediante favores mundanos». Sergio se defendió señalando que se lo había contado todo al papa Zacarías sobre su anterior vida matrimonial y que el pontífice en persona le había consagrado sin ninguna objeción. Esto puso a los otros obispos en un brete porque no querían mancillar el recuerdo de Zacarías[24].

Sergio estuvo detenido en Roma durante tres años (aproximadamente entre 755 y 758), y durante ese tiempo los representantes del papa Esteban se hicieron cargo del Gobierno tanto urbano como eclesiástico de Rávena. El papa también insistió en que todos los funcionarios locales fueran a Roma a recibir órdenes y prestar juramento de fidelidad, como hacían los rectores del patrimonio papal; con ello intentaba asignar a Rávena el mismo rango que tenía cualquiera de las *domuscultae* papales[25]. El encarcelamiento del arzobispo en Roma lo resolvió de modo dramático la muerte del papa Esteban en abril de 757, cuando un hermano de este, Pablo, que después se convertiría en papa, «liberó a todos los cautivos y concedió el indulto por todos los delitos»[26]. Al cabo de un mes, Sergio pudo volver a Rávena. El papa Pablo I también devolvió a la Iglesia de Rávena el monasterio de San Hilarión en Galeata, que le había arrebatado Esteban II[27]. De hecho, el nuevo papa decidió restituir a Sergio al frente del arzobispado, pero con los poderes que antes tenía el exarca. Así pues, su recepción en Rávena no fue entusiasta. «Hubo algunas felicitaciones y algo de paz»[28]. Los raveneses que se habían desembarazado de los administradores papales descubrirían que su propio pastor actuaba como representante de la autoridad de Roma[29].

La vida en Rávena a mediados del siglo VIII

Que Rávena mantenía su población y sus recursos mixtos puede comprobarse en un legado hecho al monasterio griego ravenés de Santa María en Cosmedin, un ejemplo revelador de estas historias superpuestas en una época de grandes cambios. En el año 767 la monja Eudokia, viuda de un tal Basilios, hizo una importante donación a Anastasio, presbítero, monje y abad del monasterio. El documento está fechado con la referencia a los emperadores reinantes, Constantino V y su hijo León IV, a la indicción quinta (un sistema de datación de acontecimientos, habitual en Oriente, basado en ciclos fiscales de quince años) y al quinto año del pontificado de Juan (aunque las fechas no cuadran[30]). La comunidad monástica estaba

encabezada por Anastasio, identificado como el *hegoumenos* («abad» en griego, término que también aparece en Nápoles). Los nombres de la donante y del abad indican una posible influencia griega, al igual que las referencias al canto de himnos en latín y en griego (documentado en tiempos del arzobispo Félix) y a los diáconos que llevaban el superhumeral «a la griega». La huella de la presencia de monjes de habla griega en Rávena, y presumiblemente también de sus iconos, es profunda. El arzobispo Sergio simpatizaba con estas comunidades griegas; la que primero visitó tras su regreso de Roma fue la de Santa María en Cosmedin.

La donación de Eudokia consistía en dos grupos de propiedades en las zonas de la Faventa y la Cornelisia, que habían llegado a sus manos por herencia familiar, y entre ellas había tierras de cultivo, viñedos, campos, pastos, bosques y frutales. Eudokia aseguraba que la donación era irrevocable, pero a cambio el abad y la comunidad monástica debían comprometerse a no enajenar jamás ninguna parte. El documento original fue redactado por el escriba de la ciudad, Vitalianus, y como testigos intervinieron Constantinus, tribuno del destacamento de los Leni (*numerum Lenonum*), Marinus, *domesticus bandi primi*, y Tofanus, *bandi primi domesticus*, lo que indica la pervivencia de las divisiones militares establecidas por Jorge a principios del siglo VIII. Los tres militares que ejercieron de testigos ponen de relieve la participación de la población en las transacciones económicas típicas de la vida cotidiana, que continuaron bajo el dominio longobardo. El bilingüismo de Rávena y la presencia de grupos de ortodoxos la habrían convertido en un entorno acogedor para los monjes orientales.

El legado de Rávena

A pesar de la Donación de Pipino, los longobardos siguieron dominando Rávena durante veintitrés años, hasta 774, pero nunca intentaron desplazar al arzobispo Sergio y a sus sucesores. La conquista longobarda en 751 fue, sin embargo, un momento crucial en el distanciamiento de Constantinopla. Rávena pasó primero a manos de los longobardos y luego del papa, y, desde 757 hasta su muerte en 769, Sergio desempeñó su función con el apoyo de Roma. Por supuesto, también encontró formas de afirmar su autoridad independiente, no solo sobre la Iglesia y sus numerosas posesiones, sino también sobre el exarcado. Agnelo informa de que Sergio «tenía jurisdicción sobre toda la Pentápolis […] lo gobernaba todo igual que el exarca»[31]. Aunque esta clara sustitución del exarca por el arzobispo marca el fin del estatus imperial de Rávena, la perdurable

lealtad de Istria y otras partes de la costa adriática a Constantinopla hizo que los funcionarios, marineros, comerciantes y espías imperiales mantuvieran una presencia constante en la región. Las iglesias con mosaicos de Rávena también siguieron inspirando a los visitantes transalpinos después de convertirse en centros monásticos, lo que permitió su conservación mientras los palacios del poder secular se desmoronaban a su alrededor.

Novena parte

756-813
Carlomagno y Rávena

35
El largo reinado de Desiderio

Mientras el arzobispo Sergio intentaba extender el control eclesiástico sobre la zona que había sido el exarcado de Rávena, para irritación de las autoridades longobardas y papales, pronto tuvo que enfrentarse a un caudillo longobardo más vigoroso, Desiderio. El nuevo rey se instaló en Pavía y gobernó durante casi veinte años, de 756 a 774. Para afianzarse en el trono de los longobardos, Desiderio había jurado mantener los acuerdos alcanzados entre Astolfo y el papado, es decir, devolver el territorio del exarcado al papa y no al emperador de Constantinopla. Pero el nuevo rey longobardo tenía sus propios planes, que le llevaron a un prolongado conflicto con el papado. En tiempos de tres papas —Pablo I (757-767), Esteban III (768-772) y Adriano (772-795)— las fuerzas longobardas amenazaron repetidamente a Roma, y en 767-768 apoyaron activamente a un «intruso», el papa Constantino II.

El destino de Roma decidiría ahora el futuro de Rávena. Si el rey Desiderio hubiera tenido éxito en su empeño de capturar la Santa Sede, se habría hecho con el control total de Rávena y su territorio en el norte de Italia. En el año 757 se reunió con Jorge, un legado imperial, para negociar una alianza con Constantinopla, y un año más tarde emprendió la expansión de su reino; primero conquistó los ducados de Espoleto y Benevento, y luego avanzó hacia Nápoles[1]. Durante nueve años se negó insistentemente a devolver el territorio a San Pedro, provocando una gran inquietud tanto en Roma como en Francia. Capturó Senigallia (al sur de Rávena, en la costa oriental) y Castrum Valentis, en la Campania, y luego llevó su ejército a las puertas de Roma, donde descubrió que el papa Pablo agonizaba[2].

En ese momento de máximo peligro, la ciudad estaba dividida en facciones rivales, entre los funcionarios militares de élite, que vivían en la periferia rural, y los burócratas clericales del palacio de Letrán, en la ciudad[3]. La noticia de la defunción de Pablo, el 28 de junio de 767, desató estas rivalidades, después de que Toto, autoproclamado duque de Nepi, reuniese un ejército de partidarios en Tuscia y, el 5 de julio, impusiera la candidatura de su hermano Constantino, un laico, como papa. Esta elección tan irregular, realizada bajo coacción, la

confirmaron los obispos Jorge de Palestrina, Eustracio de Albano y Citonato de Porto, que se vieron obligados a consagrar a Constantino II. El nuevo papa tuvo que ser protegido por hombres armados cuando fue a San Pedro a celebrar la misa. Aunque en la cancillería papal cuestionaron su elevación al papado, fue reconocido por el rey Pipino en Francia. Tras meses de enfrentamientos entre facciones rivales, los romanos que se oponían a Constantino recurrieron a los longobardos y se acercaron al rey Desiderio porque tenía la fuerza suficiente para expulsar al «intruso». Esto dio lugar a violentos desórdenes y a la mutilación de enemigos por parte de ambos bandos, hasta que un sacerdote romano, fiel a la memoria de Pablo I, fue ordenado papa con el nombre de Esteban III el 7 de agosto de 768, en parte gracias a Desiderio[4]. Los longobardos se retiraron entonces de la ciudad y el nuevo papa envió de inmediato un emisario a los francos, pidiendo ayuda teológica más que militar. Como el rey Pipino había muerto dejando como herederos conjuntos a sus dos hijos, Carlos y Carlomán, estos acordaron enviar un grupo de obispos francos a Roma para ayudar a Esteban III a restablecer su autoridad.

El concilio de Roma de 769

En este contexto de enfrentamientos locales, el papa Esteban III convocó un concilio al que asistieron los doce delegados episcopales del norte de los Alpes, además de un gran número de obispos italianos. Marcó una etapa decisiva en el proceso de definición de una respuesta iconófila occidental formal a la iconoclasia y contó con la implicación de los obispos francos, que participaron tanto en el juicio al «intruso», el papa Constantino, como en la justificación de las imágenes religiosas. Su presencia en Roma simbolizaba el creciente poder de los dos jóvenes reyes francos y demostraba su dominio de los textos teológicos, ya que se utilizaba una cuestión de práctica religiosa para distinguir la cristiandad latina de la griega.

La primera cuestión, y la más urgente, era qué hacer con los clérigos ordenados por el papa Constantino, entronizado ilegalmente, que llevaba poco más de un año en el cargo. Muchos funcionarios y sacerdotes papales, entre ellos Esteban, habían reconocido al «intruso», por lo que también había que corregir su error[5]. Además, el concilio tuvo que decidir cómo evitar que se repitieran en el futuro las intervenciones de los laicos en las elecciones papales. Cuando el antipapa Constantino compareció ante el concilio citó el ejemplo de Sergio, que había sido nombrado arzobispo de Rávena pese a ser también él laico, un argumento que habría avergonzado al arzobispo Sergio en caso de haber participado, pero el prelado ravenés envió en

representación suya a un diácono, Juan, y a un sacerdote, Valentín[6]. Sin embargo, los obispos reunidos se negaron a aceptar el argumento de Constantino, lo expulsaron de la Iglesia y decidieron quemar todos los documentos de sus actos como papa. Consensuaron una serie de cánones destinados a limitar la elegibilidad de los candidatos papales a los clérigos formados en el palacio de Letrán, «que hubieran ascendido por distintos grados y hubieran sido nombrados diáconos o cardenales presbíteros»[7]. Así se creó el comité que acabaría dando lugar al cónclave de cardenales responsable de la elección de los papas.

El otro asunto por tratar era la respuesta de Roma al Concilio bizantino de Hieria, algo que no se discutió hasta la última sesión[8]. Dos años antes, en 767, el rey Pipino había organizado en Gentilly (Francia) un debate sobre la veneración de las imágenes, al que habían asistido representantes imperiales y del papa. Por primera vez se reunieron cristianos de distintas procedencias en una discusión teológica sobre la iconoclasia oriental, y se rechazaron las doctrinas del Concilio de Hieria[9]. Como es lógico, el Concilio de Roma condenó asimismo la iconoclasia oriental, y el papa Esteban ordenó a los participantes que redactaran argumentos teológicos que justificaran la oposición iconófila a la iconoclasia. En esta última sesión del Concilio de Roma, el diácono del arzobispo Sergio presentó un texto atribuido a san Ambrosio sobre las *Actas de Silvestre*, entre otras fuentes relativas a la importancia de las imágenes[10]. No es de extrañar que el concilio condenara a los iconoclastas y confirmara los argumentos iconófilos expuestos en el sínodo romano celebrado en 731.

La hostilidad del concilio hacia Constantinopla la evidencia un detalle muy concreto: está fechado *regnante Domino nostro Jesu Cristo*, «durante el reinado de nuestro Señor Jesucristo», en lugar de utilizar los años de reinado de los emperadores orientales, como era habitual. No era una diferencia menor, sino un reflejo de la lealtad de Roma: en épocas de mayor hostilidad, la fecha era la de la Encarnación; cuando las relaciones eran más fáciles, el año se calculaba a partir de la entronización de los monarcas orientales. El nuevo sistema de identificación de los años marcaría también una revolución en la autoridad.

En abril de 769 Juan y Valentín regresaron a Rávena, junto al arzobispo Sergio, con los nuevos cánones que pretendían impedir la elección como papa de cualquiera que no perteneciese al clero romano más cualificado. Cuatro meses después, la muerte de Sergio sumió a Rávena en una profunda crisis. Mientras que una parte del clero eligió al arcediano León como nuevo arzobispo, de acuerdo con la tradición, el responsable de los archivos, el *scriniarius* Miguel, le pidió a

Mauricio, duque de Rímini, que lo ayudara a conseguir el cargo. A imagen y semejanza de la polémica elección papal del año 767, el apoyo militar externo volvió a resultar decisivo. Con la aprobación del rey Desiderio y de algunos ciudadanos destacados (*iudices Ravennati*), la milicia del duque Mauricio proclamó arzobispo al laico Miguel y se encarceló al arcediano León en Rímini. La contundente declaración del Concilio de Roma contra los candidatos seglares y las presiones de los laicos en la elección de los obispos fue totalmente ignorada en Rávena.

Aunque Miguel envió dinero y obsequios en abundancia al papa Esteban y al rey Desiderio en un intento de conseguir apoyos, el pontífice se negó a consagrarlo arzobispo. Mientras tanto, el arcediano León permanecía bajo la custodia del duque Mauricio en Rímini. Esta grave división solo se resolvió con otra intervención externa, esta vez de los francos. Sorprendentemente, la reina viuda Bertrada había dispuesto que su hijo mayor, Carlos, se casara con la hija del rey Desiderio[11]. La perspectiva de una alianza entre francos y longobardos provocó la ira del papa, y la reina viajó a Roma en 770 para explicarle sus intenciones. En su encuentro con Esteban III, insinuó que, tras casarse con la princesa longobarda, Carlos podría influir en su suegro para que devolviera algunas ciudades clave a la cátedra de San Pedro y resolviera la disputa de Rávena[12]. Enviaron a un franco llamado Iterio a negociar con el rey longobardo, y a otro, el conde Hucbaldo, para tratar con Miguel, en compañía de emisarios del papa. Según el *Libro de los pontífices de Roma*, cuando los raveneses se enteraron de este plan, «todos se sublevaron de inmediato contra Miguel y lo echaron del *episcopio* con oprobio»[13]. Hucbaldo llevó al «usurpador», apoyado por los longobardos, a Roma cubierto de cadenas y liberó a León de la prisión para que pudiera ser consagrado arzobispo[14]. Esta iniciativa de los francos consolidó la importancia de las fuerzas transalpinas en los asuntos internos del papado y de la ciudad de Rávena.

A principios de la década de 770, el rey Desiderio reanudó su campaña para conquistar Roma y el papa Esteban III intensificó sus peticiones de protección a los francos. Los longobardos utilizaron a un agente, Paolo Afiarta, que ocupaba el cargo de jefe militar (*superista*) de la Iglesia romana, para interceptar las comunicaciones papales con los francos y organizar el asesinato de dos notarios. En el año 772, la breve *Vida* de Esteban III concluye con el caos absoluto que esto provocó en Roma, seguido de la rápida elección de Adriano, un candidato típicamente romano y de noble cuna. El nuevo papa consideró a Afiarta un traidor y pidió al arzobispo León de Rávena que lo arrestara. Sin embargo, León fue más allá y ordenó que Afiarta fuera ejecutado en Rávena, con gran disgusto del papa Adriano[15].

El enfado del papa Adriano también estaba relacionado con las amenazas militares de Desiderio, que habían hecho aumentar el tono de desesperación de las cartas de Esteban III a Carlomagno. Estas misivas, conservadas en el *Codex epistolaris Carolinus*, una recopilación hecha por orden del rey en 791, documentan la importancia de la novedosa relación entre los reyes francos y los obispos de Roma[16]. Cuando el papa Adriano puso en boca del propio san Pedro la demanda de intervención militar a los francos, el carácter desesperado de su posición resultó más clara y difícil de ignorar. En Rávena, donde sabían muy bien lo que significaban una serie de campañas de soberanos transalpinos, se creó un marco triangular de relaciones entre los francos y las dos ciudades[17].

Finalmente, en 773, Carlomagno ordenó de mala gana a los francos que acudieran en auxilio del papa. En la primavera del año siguiente, utilizando dos antiguas rutas transalpinas romanas, el rey partió de Ginebra y entró en Italia por el puerto de montaña del Mont Cenis, mientras que su tío Bernardo lo hacía por el del Gran San Bernardo. Estos pasos occidentales, utilizados por el papa Esteban II en su arriesgado viaje a tierras francas en 753 y por Pipino cuando entró por primera vez en Italia, permitían acceder a Roma tras pasar por los Apeninos ligures y por la costa occidental de la península[18]. En 774, cuando el arzobispo León de Rávena se enteró de que Carlos había bajado por el puerto del Mont Cenis y avanzaba por el valle de Susa, envió a su diácono Martín para que ayudara al ejército franco. Gracias al conocimiento detallado de la zona que poseía Martín, Carlomagno pudo sorprender a los longobardos atacándolos inesperadamente por la retaguardia, en una batalla que resultó decisiva[19]. La milicia longobarda de Desiderio fue incapaz de rechazar a los aguerridos francos, y Carlos sitió Pavía, lo que acabaría provocando el hundimiento del reino de los longobardos[20]. Carlomagno decidió luego celebrar la festividad cristiana más importante, la Pascua, en Roma, para gran sorpresa del papa Adriano. A este, la visita de Carlos le brindaba la oportunidad de discutir lo que iba a suceder en los territorios longobardos que iban a ser cedidos al papa, entre los que figuraba «todo el exarcado de Rávena tal y como existía antes, las provincias del Véneto y de Istria, y todo el ducado de Espoleto y Benevento»[21]. El *Libro de los pontífices de Roma* reseña que se redactó un documento de donación que se depositó en la tumba de San Pedro y del que el rey se llevó una copia[22].

Tras la caída de Pavía, en junio de 774, Carlomagno, que contaba treinta años, se ciñó la Corona de Hierro de los longobardos y añadió el título de rey de los longobardos a su ya prestigioso título real

(soberano de los francos y *patricius Romanorum*). Instaló un Gobierno provisional en Pavía y envió condes para exigir la sumisión de las ciudades más importantes. Para asegurarse de que Desiderio no tuviera más oportunidades de incumplir sus promesas, Carlos se llevó encadenado al rey longobardo a Francia, donde murió en un monasterio[23]. Su hijo Adelchis o Adalgiso huyó de Verona a Constantinopla, donde alimentó la esperanza de volver a reclamar el trono, pero Carlos se lo impidió al mantener el reino longobardo de Italia como una unidad política independiente. En el año 781 nombró subrey a su hijo Carlomán, de cuatro años, rebautizado Pipino, hizo que el papa Adriano lo ungiera como rey de Italia y, tras la muerte de Pipino, aupó a su hijo Bernardo al trono. Ambos gobernaron bajo las órdenes de Carlomagno durante una treintena de años, y luego el sucesor de Carlos, Luis el Piadoso, autorizó a Bernardo a continuar siendo rey de Italia[24].

La independencia del arzobispo León

Después de que el reino de los longobardos se integrase en la esfera del Imperio franco, el arzobispo León de Rávena cultivó sus propias relaciones con Carlomagno; incluso fue a visitarle en persona, para lo cual cruzó los Alpes en algún momento antes de 778[25]. Así como los arzobispos anteriores habían viajado a menudo a la corte imperial de Constantinopla para obtener privilegios, León se dio cuenta de que la corte de los francos serviría mejor a sus intereses. Cuando el papa Adriano se enteró de esta visita, se sintió comprensiblemente indignado.

León permitió que Rávena fuera utilizada como prisión para los enemigos de Roma, pero se negó a ejecutar las órdenes del papa. Encarceló a uno de los condes de Adriano; impidió al *saccellarius* papal, Gregorio, que se desplazase a Imola y Bolonia; sustituyó a los responsables designados por el papa para varias ciudades por los que él mismo había elegido, y en octubre de 775 rompió el sobre lacrado de una misiva del patriarca Juan de Grado a Adriano con el objetivo de informarse de sus planes contra los longobardos. El papa lo consideró una traición porque León le reveló luego el contenido de la carta al duque longobardo de Benevento.

El enfado del papa Adriano por la independencia de León se nota claramente en dos cartas que el pontífice envió a Carlomagno en octubre y noviembre de 775, que condenan al arzobispo de Rávena en un tono muy contundente: «Qué falsa es la fe del arzobispo León de Rávena [que] demuestra tal desprecio por la fidelidad apostólica […] y se niega a obedecer nuestras órdenes […]. Este arzobispo destaca

entre todos por vanagloriarse de su ferocidad»[26]. También critican indirectamente a Carlos, que había permitido que León asistiera a su corte cuando el arzobispo quiso defender sus propios intereses. Para el rey franco, por tanto, Rávena y su mitrado representaban una fuerza importante que podía oponer al papa; enfrentando a un obispo con otro, Carlomagno acrecentaba su autoridad personal.

La relación que el arzobispo León había entablado con Carlos sobrevivió a la muerte de León, para desgracia de Adriano. A pesar de las airadas protestas del papa, los responsables de la ciudad de Rávena siguieron considerando al rey franco como su señor[27]. Adriano acusó a dos *iudices*, que habían acudido directamente a Carlos, de crímenes terribles, incluida la venta de personas a pueblos paganos, y exigió juzgarlos en Roma[28]. En 790-791 seguía quejándose de que los raveneses y los pentapolenses recurrían a Carlos en busca de justicia en lugar de dirigirse a Roma, como él había ordenado, con lo que negaban la autoridad jurídica del papa (*dicio*[29]). Así pues, a pesar de los acuerdos que se remontaban a la época de Pipino, el padre de Carlos, que otorgaban el territorio del exarcado a los sucesores de san Pedro, Rávena se negaba a reconocer la autoridad papal y su Gobierno seguía siendo objeto de disputas, alentadas en parte por el gran interés de Carlos en la ciudad.

La donación de Constantino

Ante las constantes disputas sobre quién debía gobernar lo que había sido el exarcado bizantino y su capital, Rávena, algunos clérigos del palacio de Letrán tuvieron la brillante ocurrencia de crear un documento que demostrara los derechos del papa sobre el territorio y que redefiniera las relaciones entre la Iglesia de Roma y el monarca más poderoso de Occidente[30]. En su hábil falsificación, probablemente realizada en el año 776, invocaron al primer emperador cristiano, Constantino I, y le atribuyeron un decreto imperial que otorgaba al papa Silvestre (314-335) el control de las regiones occidentales del mundo romano[31]. La donación estaría relacionada con la leyenda de que el papa Silvestre había curado milagrosamente de la lepra al emperador hasta entonces pagano, lo que había convencido a Constantino de la necesidad de aceptar el bautismo cristiano y confiar al papa «la ciudad de Roma, y todas las provincias, lugares y ciudades de Italia o de la región occidental». El decreto continúa: «Hemos dispuesto que nuestro imperio y nuestro reino se trasladen a las regiones orientales y que se construya en el lugar más idóneo de la provincia de Bizancio una ciudad con nuestro nombre», en referencia a Constantinopla, la nueva capital de

Constantino. Al redactar la Donación para que se ajustara a las circunstancias del siglo IV, los clérigos papales hicieron una amalgama muy selectiva de leyes imperiales auténticas, los decretos conocidos del papa Silvestre y, en particular, su *Vida*, tal y como se recoge en el *Libro de los pontífices de Roma*, para justificar la autoridad del papa sobre la mitad occidental del Imperio y, de paso, certificar la superioridad de la Iglesia sobre los gobernantes laicos.

La Donación es más que un simple intento de legitimar la soberanía del papa sobre Rávena. Debe considerarse parte de un cambio fundamental de autoridad que conllevó a la vez un enorme cambio de mentalidad. Si se observa el Mediterráneo en su conjunto, la alteración más importante de los esquemas de autoridad establecidos se debió al carácter permanente de las conquistas de los musulmanes. La ofensiva de los árabes contra la Reina de las Ciudades a principios de la década de 700 fue repelida, pero eso no dio lugar al retorno de Oriente Próximo a la autoridad del Imperio romano con capital en Constantinopla; al contrario, el Imperio se vio reducido para siempre por la ocupación árabe de la zona y se vio obligado a adoptar una nueva forma, el Imperio bizantino, decidido a sobrevivir a toda costa, como así fue hasta que los turcos otomanos conquistaron Constantinopla en 1453. A mediados del siglo VIII el Imperio no fue capaz de defender Italia de los longobardos, pero estos, a diferencia del enemigo musulmán, eran cristianos, igual que los francos. Unos y otros respetaban la autoridad de los sucesores de san Pedro y acudían a ellos en busca de orientación. La extraordinaria proeza del papado altomedieval fue inspirar y organizar la cristianización general y duradera de territorios y pueblos situados fuera del alcance de Bizancio y ponerlos bajo el liderazgo espiritual de Roma. Este proceso atrajo territorios lejanos al ámbito de la cristiandad.

En ese momento histórico, de todas las iglesias apostólicas que existían fuera del por entonces mucho menor Imperio bizantino, Roma era la única que no había caído en manos de los árabes, como sí les había sucedido, en cambio, a Alejandría, Antioquía y Jerusalén. Además, contaba con dos activos únicos e influyentes: el primero y más importante era la primacía bíblica de san Pedro, reconocida en toda la cristiandad, aunque a regañadientes en Constantinopla, y el segundo se basaba en la experiencia senatorial, la riqueza y la autoridad de la antigua Roma, que alimentaba las estructuras administrativas y de poder de la Iglesia. Por todo ello, Roma poseía la voluntad y la capacidad de ejercer su hegemonía sobre unos territorios papales cada vez más extensos, aunque siguiera necesitando un brazo secular mucho más poderoso que la protegiera; de ahí el acercamiento a un nuevo aliado histórico, esta vez transalpino. La Donación era el resultado de la profunda convicción de que la fuente de toda

legitimidad era Constantinopla. Solo que, esta vez, la autoridad imperial era el instrumento del que se valían los representantes occidentales para transformar sus reivindicaciones y avanzar por un camino muy diferente[32].

La falsificación no se presentó como un descubrimiento triunfal, sino que el papa Adriano aludió a ella en una carta a Carlomagno de mayo de 778, en la que intentaba ansiosamente que el monarca cumpliera con su obligación militar de devolver el territorio del exarcado a Roma[33]. Adriano menciona en la misiva que el emperador Constantino había concedido al papa Silvestre autoridad «in his Hesperiae partibus» —es decir, en Occidente—, y añadía: «Tenemos muchas donaciones guardadas en nuestro sagrado archivo de Letrán, y por el bien de vuestro Gobierno cristianísimo os aconsejamos que demostréis con hechos vuestras palabras». Aunque la carta sigue el modelo de misivas anteriores, esta referencia directa a la Donación refleja una reivindicación que esta vez se apoyaba en un documento falsificado, presuntamente redactado en el siglo IV, en la época de la fundación de Constantinopla. Mediante esta alusión pasajera y la posterior incorporación de la Donación a las compilaciones de decretos eclesiásticos, se le fue otorgando una legitimidad de la que sus redactores sabían que carecía. El cuidado con el que urdieron su falsificación logró convencer a casi todos los lectores durante casi setecientos años, aunque hubo quien puso en tela de juicio su autenticidad (sobre todo entre los contrarios a la autoridad papal, como Hincmaro de Reims y el emperador Otón III). Solo a mediados del siglo XV Lorenzo Valla desmontó sus incoherencias en cuanto a vocabulario y contexto.

En 778 Carlomagno no estaba precisamente entusiasmado con su papel de «nuevo Constantino», pero al cabo de tres años, cuando visitó Roma con su esposa, Hildegarda, para que ungieran a sus dos hijos menores y los coronasen reyes de Italia y Aquitania respectivamente, aceptó que los territorios del exarcado de Rávena fueran devueltos a los apóstoles Pedro y Pablo[34]. En la práctica, la cesión tardó mucho más en hacerse efectiva, en parte porque los arzobispos de Rávena se negaron a ratificarla. Pese a todo, el fraude de la Donación de Constantino dio sus frutos al garantizar la presencia permanente de los francos en el norte y el centro de Italia en alianza con la autoridad espiritual del obispo de Roma. Ello representó un cambio fundamental en la identidad religiosa y política de la Italia altomedieval, que pasó de estar asociada a la mitad oriental de la cristiandad liderada por Constantinopla a afirmar un poder independiente y superior occidental en lo que se conocería como «Europa»[35]. De este modo, la disputa por Rávena contribuyó a forjar la cristiandad occidental, a pesar de la posición cada vez más marginal de la ciudad.

36
Carlomagno en Italia, 774-787

El desplome de la autoridad bizantina en Rávena en la década de 750 inauguró una época de inestabilidad. A pesar de la disparidad entre las pretensiones del papa y las de los francos, los ricos arzobispos de Rávena, instalados en su imponente palacio anexo a la catedral, ejercían una innegable autoridad física y simbólica. Casi no existen referencias a una figura civil de poder comparable en la ciudad[1]. Los arzobispos se beneficiaban de las rentas de numerosas fincas, con las que financiaban una milicia con poder suficiente para detener, encarcelar y matar a sus oponentes. Además, contaban con la lealtad de un amplio sector de la élite de terratenientes imbuidos del modelo de jerarquía social propio del Imperio de Oriente, que seguían utilizando sus títulos bizantinos y mantenían las tradiciones inculcadas durante siglos de influencia constantinopolitana[2]. Hasta finales del siglo IX, estos raveneses no empezaron a casarse con las familias instaladas en Italia a raíz de la conquista franca[3]. ¿Cómo se presentaron la ciudad y el territorio circundante de la Pentápolis, capaces de gobernarse a sí mismos e incapaces de amenazar a otros, ante el rey de los francos y de los longobardos tras su toma de Pavía?

Carlomagno no visitó Rávena hasta el año 787. A raíz de sus campañas en Italia debía de tener clara la importancia estratégica de la ciudad como final de etapa en la ruta que partía del extremo oriental de su reino (en la actual Austria), pasaba por los puertos de montaña situados al sur de Coira en dirección al Friul, y de ahí iba hacia el sur, hasta Treviso y Rávena[4]. Esta fue la ruta que Carlomagno siguió en 776, durante una rápida campaña al sur de los Alpes para sofocar la rebelión longobarda del conde Rotgaudo, cuando el papa Adriano esperaba que el rey le cortase las alas al arzobispo León. Pero Carlos no fue a Rávena, sino que regresó a su país después de mandar emisarios a Espoleto para asegurarse la lealtad del duque Hildebrando[5]. Además de la oposición de León a los representantes de Roma, el papa temía que Carlos crease su propia administración en las zonas longobardas que se le habían prometido al papado. Al cabo de dos años, Adriano le recordó al rey su obligación con san Pedro, citando la falsa Donación de Constantino para justificar las

reivindicaciones papales en Occidente[6].

Segunda visita de Carlomagno a Roma

En el año 780, Carlos, su esposa, Hildegarda, sus dos hijos menores, Carlomán y Luis, y dos hijas partieron de Worms hacia Roma «para rezar». En esta segunda visita, en la Pascua de 781, el papa Adriano bautizó al hijo del rey, Carlomán, de cuatro años, cuyo nombre cambió por el de Pipino, además de ejercer de padrino suyo. También ungió a Pipino y a su hermano menor, Luis, como reyes de Italia y Aquitania, respectivamente. Esta relación espiritual de *compaternitas* —inspirada en la unción del padre de Carlos, Pipino, por el papa Esteban II en 754— unió más estrechamente al rey y al pontífice[7]. Acto seguido, a Pipino y Luis se les proclamó reyes, con sus propias cortes y la oportuna supervisión, y el reino de Italia permaneció bajo el control de Carlos hasta su muerte al cabo de unos treinta años, en enero de 814[8]. En 781 Carlos también cedió a Adriano los ducados, hasta entonces longobardos, de Espoleto, Tuscia, Campania y parte de Benevento, aunque el papa debía de saber que le sería muy difícil seguir reclamando tierras al este de los Apeninos[9]. Allí, los arzobispos de Rávena seguían ejerciendo una autoridad considerable y el sucesor de León, Juan, no tenía la intención de renunciar a su autoridad.

Durante su estancia en Roma, Carlomagno recibió una embajada de Constantinopla que le propuso unir en matrimonio a su hija Rotruda (de seis años) con el joven príncipe bizantino Constantino (que debía de tener once[10]). El padre de Carlos, Pipino, había mantenido relaciones diplomáticas a menudo cordiales con Bizancio, a pesar de la adopción de la iconoclasia, y había negociado una propuesta de matrimonio parecida en el año 766. Tras la muerte de su marido, el emperador León IV (775-780), la emperatriz Irene asumió la regencia en nombre de su joven hijo, al frente de un consejo de ministros y con la participación del patriarca de Constantinopla, y decidió retomar el proyecto de una alianza matrimonial. La coincidencia de estos dos acontecimientos —el afianzamiento de las relaciones con el papa Adriano en relación con el exarcado en Italia y el inicio de otras nuevas con el Imperio de Oriente— le recordó a Carlomagno que podía adoptar un nuevo papel en el mundo mediterráneo.

Constantinopla seguía teniendo una gran importancia para los francos como capital no conquistada de un imperio, con una corte que se regía por fascinantes rituales en coloridas procesiones, ceremonias y banquetes, a los que asistían los embajadores francos. En la Reina de

las Ciudades, Constantino V, su hijo León IV y su nuera, la emperatriz Irene, demostraban su autoridad política mediante embajadas encabezadas por hábiles diplomáticos cargados de regalos de seda, especias y joyas. Como los gusanos de seda seguían siendo desconocidos en Occidente, los rollos de seda brillante, a menudo decorados con joyas e hilos de oro, o tejidos con medallones que incluían imágenes de animales de colores contrastados, eran apreciadísimos. Constantino V envió al rey Pipino un órgano hidráulico que impresionó profundamente a los monarcas occidentales[11]. Aunque a los francos les resultó difícil hacer funcionar el órgano, sabemos, por referencias posteriores, que el hijo de Carlomagno, Luis el Piadoso, disfrutaba de la música del instrumento, que continuó en uso durante muchos años.

La alianza matrimonial con Bizancio

En 781 se renovaron estos contactos diplomáticos anteriores y el hijo de la emperatriz Irene se comprometió con Rotruda; se celebraron los esponsales y se envió un eunuco bizantino, Eliseo, a Occidente para que enseñara a Rotruda «las letras y la lengua griegas, y la educara en las costumbres del Imperio romano»[12]. Seis años más tarde, Irene decidió que había llegado el momento de que Constantino VI se casara y envió una embajada a Occidente para recoger a la novia. Los diplomáticos bizantinos alcanzaron a Carlomagno en Capua justo antes de la Pascua de 787, cuando guerreaba contra los longobardos en el sur de Italia. Pero, a pesar de la importancia que parecía conceder a la propuesta de matrimonio, Carlomagno se negó a permitir que Rotruda se fuera a la lejana Constantinopla y rompió así el compromiso[13].

Entre las muchas teorías que se han formulado para explicar el fracaso del enlace, la más convincente es que Carlomagno no quería que sus hijas dieran a luz a hijos que pudieran ser una amenaza para su dinastía[14]. Como en 786 él ya había engendrado tres hijos legítimos (Carlos, Pipino y Luis), además de varios ilegítimos, tenía herederos más que suficientes con los que lidiar. Había que darles autoridad a todos y cada uno de ellos —aunque no demasiada—, y los tres designados para heredar el reino tendrían que compartirlo, de la misma manera que lo habían hecho él y su hermano Carlomán. En el año 806 la *Divisio regnorum* lo dispuso de forma muy precisa. Pero si Carlos permitía que Rotruda se casara con Constantino VI y que tuvieran un hijo, ¿tendría este derechos sobre las tierras de su abuelo en Occidente, y muy en particular sobre Rávena? Y si el mismo hijo heredara además todo el Imperio de Oriente, ¿no amenazaría eso la

independencia del Imperio franco en Occidente? Carlos debió de prever las rivalidades que podrían surgir, los posibles desafíos militares y los peligros para su reino, y por ello decidió mantener a Rotruda (y a la mayoría de sus otras hijas) junto a él. Prefería que disfrutaran de aventuras amorosas informales en la corte franca antes que aventurarse a casarlas con reyes extranjeros que pudieran plantear reclamaciones problemáticas que lo amenazaran.

El fin de la iconoclasia oficial

Antes de este desplante, en 784 la emperatriz Irene había informado al papa Adriano de un trascendental cambio de política: la Iglesia oriental estaba dispuesta a abandonar la iconoclasia y deseaba reanudar sus estrechas relaciones con la Iglesia de Roma. Aunque las victorias militares de Constantino V contra los árabes se habían atribuido a que los iconoclastas evitaban la idolatría, Irene decidió que era más importante restablecer las buenas relaciones con los cristianos de Oriente y Occidente que veneraban las imágenes[15]. Irene contaba con el apoyo del recién nombrado patriarca iconófilo, Tarasio, que antes había sido su canciller laico, así como de un gran número de monjes. Sin embargo, durante treinta años la iconoclasia había sido la doctrina oficial de la Iglesia de Oriente, y muchos obispos estaban convencidos de que era correcta. Para contrarrestar su inevitable oposición, Irene y sus partidarios sacaron el máximo partido de la aprobación de autores iconófilos como Juan Damasceno, un monje palestino que vivía en tierras musulmanas y que elaboró una completísima defensa de la veneración de las imágenes y su importancia en el culto cristiano. Cuando el papa Adriano se enteró de la propuesta de retractación de la iconoclasia, aprobó el regreso de la Iglesia oriental a la posición de Roma y, en 785, designó a sus representantes en el concilio que se celebraría en Constantinopla al año siguiente[16]. Sin embargo, este sínodo no se preparó como es debido y se disolvió caóticamente cuando las tropas leales a la iconoclasia amenazaron con matar al patriarca y unos cuantos obispos iconoclastas recitaron al unísono su definición de la verdadera fe cuando intentaron cambiarla. Los participantes se dispersaron sin que se llegara a adoptar decisión alguna.

A pesar de este contratiempo, la emperatriz perseveró en su determinación de poner fin a la iconoclasia. Disolvió las unidades del ejército que se habían opuesto a la doctrina imperial y escogió Nicea como sede de un concilio que esta vez debía tener éxito. La ciudad era famosa por haber sido la sede del primer concilio universal de los 388 Padres de la Iglesia, celebrado en 325 bajo los auspicios de

Constantino I, y además estaba férreamente controlada por las autoridades imperiales. Irene mandó llamar a los delegados papales, que habían llegado a Sicilia en su viaje de regreso a Roma, y volvió a convocar a todos los obispos. En octubre de 787, 365 participantes se reunieron en Nicea para la celebración del llamado Séptimo Concilio Ecuménico. Bajo la inequívoca dirección de la emperatriz, se condenó la doctrina de la iconoclasia, tras lo cual se readmitió en la Iglesia a algunos obispos iconoclastas que habían abjurado de su herejía y se restableció la veneración de las imágenes. Cuando sus legados le informaron del concilio, el papa Adriano expresó su satisfacción y mandó traducir del griego al latín las actas del encuentro y depositarlas en la biblioteca papal[17].

El restablecimiento de las imágenes, tal y como se recoge en una versión en latín de las actas del concilio de 787, no fue bien recibido en la corte de Carlomagno, cuyos asesores teológicos, Alcuino de York y Teodulfo de Orleans, se sintieron profundamente escandalizados por los argumentos empleados en Nicea. Ni uno ni otro eran iconoclastas, pero no entendían que las imágenes se utilizaran como garantes de la fe, como padrinos de los niños en el bautismo, como remedio de todo tipo de enfermedades y para otros usos descaradamente supersticiosos. A diferencia del papa Adriano, se negaron a aceptar las tradiciones orientales de veneración de las imágenes. A instancias de Carlos, la liturgia utilizada en las iglesias francas había sido reformada, con una comprensión mucho más profunda de sus fundamentos teológicos y simbólicos. Los expertos en religión del rey también habían investigado la oposición oriental a la idolatría que había detrás de la iconoclasia, así como cuestiones trinitarias como la teoría del adopcionismo (que Jesús no era más que el hijo adoptivo de Dios), que había surgido en Hispania. Por ello, en lugar de aceptar sin más las decisiones tomadas en el Concilio de Nicea en 787, Carlos creó una comisión para examinarlas a fondo. Los *Libri Carolini* («Libros de Carlos»), fruto de este análisis, criticaban a la Iglesia oriental y condenaban rotundamente algunas de sus justificaciones teológicas del uso de las imágenes. En el Sínodo de Frankfurt del año 794, obispos de todos los territorios del Imperio de Carlomagno y representantes papales de Roma debatieron estas cuestiones y condenaron lo que llamaron «el pseudoconcilio» de 787, lo que abrió un conflicto mucho más serio entre la Iglesia franca y la constantinopolitana, y dejó al papa Adriano en la posición insostenible de haber dado su aprobación a ambas[18].

Los historiadores medievales suelen suponer que Carlomagno se irritó porque no lo invitaron a asistir al concilio, a pesar de que, como miembro principal de la pentarquía de las principales sedes cristianas, el papa Adriano estaba autorizado a hablar en nombre de toda la

cristiandad occidental[19]. No había precedentes de que se invitara a otras iglesias «territoriales» a enviar representantes a estas reuniones. Sin embargo, según una fuente de mediados del siglo IX, Carlomagno envió a su capellán de palacio, Witboldo, a Constantinopla en el año 787[20]. Pasó dieciocho meses en la capital imperial y debió de ser testigo de la llegada de los legados papales que asistieron al concilio; como mínimo, debió de oír lo que planeaban y, al término del concilio, vería como los participantes regresaban a Constantinopla, donde Constantino VI e Irene fueron aclamados como un nuevo Constantino y una nueva Helena[21].

La negativa de Carlos a permitir que Rotruda se casara con Constantino VI se produjo, pues, en el contexto de un grave enfrentamiento teológico que marcó la notable madurez de la monarquía carolingia. Cuando Irene recibió la noticia del desplante, tomó dos medidas: en primer lugar, decidió casar a su hijo con una novia bizantina; en segundo lugar, emprendió una agresiva política contra los francos en el sur de Italia. Para la primera medida se recurrió a una institución bizantina peculiar, una exposición de novias para que Constantino pudiera elegir a su princesa. Se envió a funcionarios por todo el Imperio en busca de las jóvenes más bellas, que debían ajustarse a unas medidas determinadas; de aquí proviene el cuento de Cenicienta y el zapato de cristal. En 788 Constantino se casó con la ganadora del concurso, María de Amnia, de Paflagonia. El procedimiento animó a las familias más ricas del Imperio a soñar con el estatus imperial, la influencia y la riqueza que acompañarían al matrimonio de su hija con el príncipe heredero. También permitió que Irene enviara funcionarios de confianza a lugares remotos del Imperio para investigar las actitudes locales hacia su Gobierno. Con el pretexto de la selección de la novia, hablaron con las principales familias de cada provincia, examinaron las condiciones del lugar y recabaron información en conversaciones destinadas a fomentar la lealtad hacia Constantinopla. El concurso atrajo a la capital del Imperio a varias familias esperanzadas con sus hijas más hermosas, y, en cuanto María ganó, todos sus parientes recibieron recompensas adecuadas; dos de sus hermanas se casaron con altos cargos de la corte y sus padres se instalaron en un hermoso palacio de la capital. De este modo, no solo se estrecharon los lazos con la provincia de Armenia (en el este), sino que Irene dispuso de informaciones más detalladas de las demás regiones. Todas las familias visitaron la famosa Reina de las Ciudades, conocieron la corte imperial y volvieron a casa con recompensas e historias con las que deleitar a sus vecinos[22].

COMBATES EN EL SUR DE ITALIA

La segunda consecuencia del fracaso de la alianza matrimonial fue la decisión de Irene de atacar la autoridad de Carlos en el sur de Italia, donde el monarca franco había ayudado al papa Adriano a dominar a los longobardos rebeldes. Tras la pérdida de Rávena, la isla de Sicilia y Calabria (más próximas a Constantinopla, aunque para llegar a ellas hubiera que cruzar el mar), así como, más al norte, la franja costera que rodeaba al ducado independiente de Nápoles se convirtieron en el centro de las preocupaciones imperiales. Según Adriano, los duques de la zona conspiraban constantemente en contra de la autoridad papal. Irene decidió aliar sus fuerzas militares en Occidente con el príncipe Adelchis, hijo del rey longobardo Desiderio, que había huido a Constantinopla en 774, para reducir la influencia de Carlomagno. Después de catorce años como invitado de honor de la corte imperial, Irene envió a Adelchis de vuelta a Italia para forjar una alianza con su cuñado, el duque Arichis de Benevento[23]. No se trataba de que este regresara a la que había sido la capital de los longobardos, Pavía, que Carlomagno tenía perfectamente controlada, sino que confiaban en que pudiera reforzar la oposición a Carlos entre los longobardos del sur. La emperatriz ofreció al duque Arichis el prestigioso título de patricio y ordenó al gobernador de Sicilia que hiciera preparativos militares para una campaña contra los francos.

Aunque Arichis murió antes de que llegara su flamante insignia de patricio, el plan de atacar a Carlomagno siguió adelante y este brusco giro en la política exterior bizantina avivó, como era de prever, la hostilidad de los francos hacia Constantinopla, al tiempo que generaba tensiones en Roma. Para contrarrestar las amenazas militares de Irene, Carlomagno permitió que el hijo menor del duque Arichis, Grimoaldo, reclamara para sí el ducado. Grimoaldo era rehén de Carlomagno en la corte franca, y, como condición para su libertad, tuvo que aceptar que los longobardos se cortaran la barba y pusieran el nombre de Carlos en sus documentos y monedas[24]. A pesar de las dudas del papa Adriano sobre la lealtad del joven príncipe, en 788 este regresó a Salerno con un ejército para oponerse a los bizantinos. En el posterior enfrentamiento entre longobardos rivales, Grimoaldo, con el apoyo de los francos, luchó contra su tío Adelchis, apoyado por unidades de infantería y navales bajo el mando del *sakellarios* (funcionario del tesoro) bizantino Juan. Venció Grimoaldo, que derrotó a las tropas expedicionarias bizantinas. A continuación, el longobardo victorioso renegó de sus juramentos de lealtad a Carlos y se erigió en duque independiente. Irene le recompensó con una esposa imperial; en algún momento entre 789 y 791, Grimoaldo se casó con Evantia, la hermana menor de María de Amnia y cuñada de Constantino VI[25]. Los duques longobardos de Benevento, en el centro de Italia, impulsaron un vibrante mestizaje entre las culturas longobarda y bizantina,

alimentado por las regiones meridionales vecinas que permanecieron bajo control imperial durante siglos. Al igual que los centros marítimos de Gaeta, Nápoles y Amalfi, estas zonas contaban con un rico pasado bizantino, por lo que valoraban el aprendizaje del griego clásico y el monaquismo oriental.

Carlos en Rávena (787)

Después de guerrear en el sur de Italia, en 787 Carlos se detuvo en Rávena en su viaje de regreso a Francia. En ese momento, el titular del arzobispado era Gracioso, que antes había sido abad del monasterio de San Apolinar, no lejos de la iglesia de la Santa Cruz, y arcediano de la catedral[26]. Cuando el clero ravenés se enteró de que el rey de los francos tenía la intención de visitar la ciudad, se inquietó ante la posibilidad de que Gracioso —que, según Agnelo, estaba «lleno de la gracia de Dios», pero era un hombre muy simplón— fuera a decir algo inapropiado[27]. El rey fue recibido sin duda en el palacio episcopal, construido por el obispo Urso y embellecido por todos los mitrados posteriores. Durante el banquete, cuando Gracioso dijo unas palabras que el rey no acertó a entender, los clérigos le dijeron que no eran palabras, sino los ruidos tranquilizadores que hace una madre cuando quiere que su hijo coma, y al parecer Carlos lo consideró una señal de sincera devoción: «"Ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño". Y, después, todo lo que el obispo le pidió lo obtuvo»[28].

Carlos estaba dispuesto a complacer al arzobispo porque había ido a Rávena con un objetivo concreto: quería llevarse de la ciudad columnas, capiteles y mármoles para decorar el palacio y la iglesia que proyectaba levantar en Aquisgrán. El papa Adriano ya había dado permiso para que el rey se llevara de Roma ese tipo de materiales de construcción monumentales, y ahora Carlos quería ver lo que le ofrecía Rávena. Este tipo de reciclaje de elementos de mármol o piedra maciza era muy común y, a menudo, la única forma de conseguir las grandes columnas, capiteles o paneles de revestimiento necesarios para la construcción de nuevas iglesias. Es posible que una parte del palacio del exarca estuviera ya en ruinas, y otros palacios, villas e iglesias arrianas abandonadas podían proporcionar material adecuado, como las cuatro columnas de pórfido del palacio que se habían reaprovechado para reconstruir el ábside de la iglesia de San Apolinar el Nuevo. Carlos buscaba columnas elegantes, capiteles y revestimientos de mármol de colores para decorar sus palacios transalpinos[29].

Durante su estancia en Rávena en el año 787, el rey visitó las magníficas iglesias de la ciudad, y en San Vital vio los paneles imperiales, las imágenes en mosaico de Justiniano y Teodora, acompañados de sus cortesanos, clérigos y soldados, y del arzobispo Maximiano. Por primera vez, Carlos contempló allí las imágenes definitorias de la gloria imperial: el gran emperador del siglo VI, con las insignias imperiales, la corona engastada con piedras preciosas y colgantes de perlas, el manto púrpura ceñido con un enorme broche enjoyado en el hombro, un *tablion* de seda dorada reluciente, adornado con pájaros de color verde inscritos en círculos de color rojo, y unos zapatos brillantemente decorados; una imagen imborrable de cómo hacer gala de la condición de emperador. Además, Justiniano había dado su nombre a un famoso código jurídico que en el siglo VIII aún se reconocía como la base de muchas de las normas del derecho civil. Frente a él se encontraba su esposa, Teodora, la emperatriz cuyo traje es aún más espectacular que el del emperador, con sus damas de compañía todas ataviadas con lujosas sedas multicolores. Los retratos representan a la pareja imperial participando en la liturgia y llevando sus ofrendas al altar. En la estampa de Justiniano, Carlomagno vio el papel, el título y el modelo imperiales para su palacio de Aquisgrán.

La iglesia de San Vital también le causó una profunda impresión e inspiró su lugar de culto en Aquisgrán. En el norte de Europa no se había construido nunca un edificio octogonal cubierto con una cúpula; para ello, Carlomagno debió de recurrir a todo el talento que tenía a su alcance, incluida tal vez la ayuda de los expertos artesanos de Rávena. No habría sido nada raro que insistiera en llevar a la capital del reino de los francos a obreros que supieran construir un edificio así, montar el revestimiento de mármol y colocar la decoración de mosaico que hiciera de la nueva capilla del palacio un monumento tan llamativo. Carlos reunió a expertos en muchos campos (Alcuino, de York; Teodulfo, de la Marca Hispánica; Pablo el Diácono, de Italia) para realzar el prestigio de su corte, y en ese entorno no habrían desentonado unos hábiles artesanos de Rávena que lo decorasen.

De este modo, el edificio central de la que había sido la capital imperial de Occidente, que contenía unas imágenes fascinantes de la autoridad de Constantinopla, se reelaboró en la nueva capilla palatina de Carlomagno en Aquisgrán. Tampoco los paneles imperiales que ilustran la autoridad de Justiniano sobre la historia de la ciudad fueron la única fuente de inspiración; Teodorico representaba otro modelo, quizá aún más revelador, para Carlomagno, «bárbaro» al igual que aquel. En particular, el mausoleo de mármol blanco de Istria del rey godo, situado fuera de las murallas de la ciudad, y las imágenes en

mosaico de su palacio y del puerto de Classe en la iglesia de San Apolinar el Nuevo mostraban una autoridad regia goda y germánica con la que el rey franco podía identificarse; Teodorico representaba un rey no romano que había dejado una huella indeleble en la ciudad. Aunque Carlos no incluyó a Justiniano ni a Teodorico entre los antiguos emperadores romanos cuyos retratos decoraban su palacio de Ingelheim, intentó emular a ambos.

A finales del siglo VIII y principios del IX, Rávena mantenía los ideales de hegemonía imperial que habían desaparecido casi por completo en Roma, cada vez más eclipsados por las ambiciones papales. Roma también podía aportar buen material de construcción, pero sus iglesias estaban llenas de retratos de los papas junto a imágenes de santos cristianos, por ejemplo en la de los santos Cosme y Damián, en lugar de emperadores cristianos del Bajo Imperio. Solo en Rávena se hallaban juntas las figuras de Teodorico y Justiniano, que a Carlomagno le resultaban especialmente atractivas. Los arzobispos raveneses, desde Gracioso (786-789) hasta Martín (810-818), invitaron a Carlos a cenar en el palacio episcopal y le impresionaron con sus colecciones de plata, marfil y sedas de la Antigüedad tardía. Puede que dieran el visto bueno a la voluntad del monarca franco de llevarse de Rávena material de construcción de la Antigüedad porque gracias a ello la fama de su ciudad se difundiría al norte de los Alpes. Aunque más tarde la llamaran Roma Ventura («la futura Roma») o la Segunda Atenas, los planes de Carlomagno para Aquisgrán reflejan la influencia de la concentración de edificios y de cultura que encontró en Rávena. Desde luego, los arzobispos raveneses mantuvieron estrechas relaciones con Carlos y su familia para consolidar la importancia de Rávena a ojos de los francos.

El arzobispo Valerio (789-810) demostró ser muy consciente de este hecho en 792-793, cuando Rávena acogió al hijo de Carlos, el rey Luis de Aquitania, que pasó ese invierno en la ciudad para preparar una expedición contra Benevento junto con su hermano, el rey Pipino. Ambos jóvenes eran adolescentes (catorce y quince años, respectivamente) que practicaban el arte de la guerra contra el duque Grimoaldo y su esposa bizantina. Valerio dio la bienvenida a su real invitado y puso a su disposición el comedor del palacio episcopal. A los visitantes de alto rango los agasajaban siempre con banquetes, que cumplían una función importante tanto en la convivencia como en las negociaciones que acompañaban a estos encuentros. Y a los banquetes siempre los precedía la caza, deporte regio que constituía la principal fuente de ciervos, jabalíes, animales menores y aves comestibles. Puede que en Rávena, donde el pescado era abundante, no se cazara tanto a caballo, pero en el banquete hubo caza. Es posible que algunas partes del antiguo palacio imperial sirvieran de alojamiento para el

joven rey y su séquito durante su larga estancia.

La muerte del papa Adriano

Los últimos años del pontificado de Adriano estuvieron llenos de preocupaciones, expresadas en forma de una condena cada vez más rotunda de los emperadores de Constantinopla —a los que se refiere de forma despectiva como «griegos»— que amenazaban a Roma por medio de sus *nefandissimi* aliados de Nápoles[30]. En 793 el papa envió una embajada con abundantes obsequios a Carlomagno, aunque las relaciones entre la corte del rey y Roma eran tensas[31]. Dos años más tarde, sin embargo, cuando Carlos tuvo conocimiento de la muerte del papa, encargó un largo y afectuoso homenaje fúnebre, probablemente escrito por Alcuino, que fue grabado en mármol negro. Todavía puede admirarse en San Pedro, donde enterraron a Adriano el 26 de diciembre de 795[32]. Uno de los clérigos menores de Adriano, León, un subdiácono, fue elegido pontífice al día siguiente, lo que revela la unanimidad del sacro colegio. El papa León III mandó de inmediato emisarios a Carlos con los obsequios habituales, a los que añadió las llaves de la tumba de san Pedro, así como los estandartes de la ciudad, objetos que simbolizaban la lealtad de Roma[33]. León demostró así su voluntad de continuar la alianza con los francos. Para Rávena esto supuso prolongar la subordinación que sufría desde el año 751, a pesar de que sus arzobispos mantenían relaciones estrechas con Carlomagno. La ciudad se había convertido en una fuente de simbolismo imperial más que en un centro de poder estratégico.

37
Carlomagno reclama las piedras de Rávena

Los *Annales regni Francorum* que relatan las actividades de Carlomagno año tras año están dominados por las implacables campañas contra sus enemigos orientales (sajones, frisios, eslavos, hunos y ávaros). Carlos había enviado a su emisario eclesiástico, Bonifacio, a convertir a los frisios, pero estos lo asesinaron en 754. Entonces los sajones reconquistaron Deventer y varios asentamientos e iglesias francas de Renania. A partir de 774, cuando el rey celebró la conquista del reino de los longobardos, regresó casi todos los años para someter a estos pueblos paganos, que solían aceptar el bautismo, juraban que se convertirían al cristianismo y luego renegaban de sus juramentos. Después de su visita a Roma y Rávena de 787, Carlos estuvo ocupado con estas campañas y no volvió a Italia en los siguientes trece años. A partir de 788 se alojó de forma habitual en su nuevo palacio de Aquisgrán, embellecido con los materiales de construcción antiguos traídos de Italia, así como en el palacio de Ratisbona, donde recibió a los emisarios del emir de Córdoba, del rey Alfonso II de Asturias, de los emperadores de Bizancio, de los ávaros y del rey de los persas (el califa). Representantes de los bretones, los sajones, los baleares y un monje de Jerusalén fueron a Aquisgrán a reconocer su autoridad. Al cumplir los cuarenta años, en 788, Carlomagno fue proclamado monarca supremo de Occidente, tras haber formado un vasto reino uniendo regiones diversas y haber impuesto en su territorio una administración de justicia mejor y un Gobierno cristiano eficaz[1].

En 793-794 su dignidad se plasmó en la acuñación de un nuevo tipo de moneda que se sumaba a las habituales de plata, los dineros, que se acuñaban en numerosas cecas y que constituían la mayor parte de la moneda del reino de los francos. En las nuevas piezas aparecía la firma del monarca —el monograma latino formado por las letras de su nombre, Karolus (y, en algunos casos, en letras griegas, ΚΑΡΩΛΟΣ)— rodeada de sus títulos[2]. Carlos se daba perfecta cuenta del inmenso valor propagandístico de las monedas, y con el uso del griego pretendía impresionar a sus súbditos de Rávena y de otras partes de Italia donde se entendía dicha lengua. Más tarde, cuando, inquieto por el creciente poder del califa árabe Harún al-Rashid en Tierra Santa,

decidió enviar fondos en apoyo de los cristianos, acuñó monedas especiales con su «efigie» que en el reverso tenían una imagen del templo de Jerusalén y la leyenda «Religio Xristiana»[3].

El rey y la emperatriz

En Constantinopla, Constantino VI y su madre, la emperatriz Irene, también estaban al tanto de los recientes éxitos militares de Carlomagno y de su prestigio cada vez mayor. En 797 el emperador bizantino, que contaba veintiséis años, envió una embajada a Aquisgrán para hacer las paces, probablemente para rescatar a los cautivos de las hostilidades acaecidas en el sur de Italia en la década anterior. Al año siguiente, sin embargo, Carlos recibió otra embajada, esta vez solo de Irene, que había depuesto a su hijo, lo había hecho cegar y ahora gobernaba en solitario, la primera mujer en ser proclamada oficialmente emperatriz de Bizancio[4]. Irene necesitaba la paz en Italia para concentrar todos los recursos disponibles contra Harún al-Rashid, que había derrotado a sus generales. Sus enviados negociaron un tratado con Carlomagno y consiguieron que liberase a Sisinio, hermano del patriarca Tarasio, prisionero desde el año 788[5].

Lo cierto es que Carlomagno mantenía contactos diplomáticos con Harún por la cuestión de los santos lugares de Jerusalén, como bien sabía Irene. Con el paso del tiempo, estos intercambios entre Aquisgrán y Bagdad darían lugar a la llegada de un elefante a la corte carolingia[6]. Es posible que en 797 Carlos pidiera al califa un animal tan exótico porque conocía la historia de la gran campaña militar de Aníbal, que atravesó los Alpes con sus elefantes. Aunque los conocieran a través de las estatuas romanas, las tallas de marfil y las sedas bizantinas confeccionadas en los talleres imperiales, a finales del siglo VIII nadie en el norte de Europa había visto un elefante de carne y hueso. Es posible que los embajadores francos en Constantinopla oyeran hablar del elefante que habían tenido en la ciudad, y en cuya memoria esculpieron estatuas de tamaño natural[7]. Podemos imaginar el entusiasmo de la corte franca cuando los enviados musulmanes informaron a Carlomagno de que el único superviviente de su embajada a Harún, Isaac el Judío, estaba de vuelta con el tan deseado elefante. Hicieron planes para transportarlo desde el norte de África hasta Italia, adonde llegó en octubre de 801; allí se quedó para evitar cruzar los Alpes en invierno. En julio de 802, Isaac presentó debidamente todos los regalos del califa al emperador —«el elefante se llamaba Abul Abaz»— y Carlos lució encantado su elefante y lo llevó consigo a sus campañas hasta que el animal murió en 810[8].

Mientras Carlos esperaba el regreso de su embajada a Harún,

recibió otro mensaje insólito de Irene en su calidad de emperatriz. En 799 un emisario del gobernador de Sicilia se lo hizo llegar en secreto al rey en Aquisgrán[9]. En dicho mensaje, Irene le proponía que ella y Carlos unieran los territorios oriental y occidental del antiguo Imperio romano por medio de un matrimonio de conveniencia. La propuesta aparece en fuentes bizantinas y francas, cada una de las cuales reclama para sí la iniciativa. Según las occidentales, la misiva de Irene «ofrecía entregar el Imperio a Carlos», es decir, se interpretó como una señal de la debilidad de Irene como reina[10]. Las fuentes orientales, en cambio, señalan que Irene propuso una unión política que le hubiera permitido gobernar Oriente en Constantinopla mientras Carlos reinaba sobre Occidente desde Aquisgrán. Tanto si consideraba en serio la unión diplomática con Irene como si no, Carlomagno envió emisarios a Constantinopla, que llegaron en el año 802 para presenciar el derrocamiento de la emperatriz Irene por parte de su ministro de Hacienda, Nicéforo, y toda esperanza de lo que habría sido el matrimonio del milenio se desvaneció.

El atentado contra el papa León III

En el verano de 799, Carlos también había tenido noticias de un visitante aún más ilustre, el papa León en persona. León había sido agredido por sus enemigos romanos durante la gran procesión litúrgica de Pascua celebrada en la ciudad y había huido tras pasar por Espoleto. Lo escoltaron al otro lado de los Alpes hasta llegar ante Carlomagno, que se encontraba en su nuevo palacio de Paderborn, en la ahora pacificada Sajonia. El rey le dio la bienvenida y le prometió resolver la disputa que había provocado la agresión. Tras pasar el invierno con Carlomagno, el papa volvió a Roma acompañado de guardaespaldas francos. En agosto de 800, Carlomagno partió de Maguncia con un ejército y se dirigió por segunda vez a Rávena, donde se encontró con su hijo Pipino, rey de Italia. Al cabo de una semana se dirigieron juntos a Ancona, donde Carlomagno le ordenó que saqueara el territorio de los longobardos rebeldes en Benevento mientras él cruzaba los Apeninos hacia Roma[11]. En una fastuosa ceremonia de bienvenida cuidadosamente preparada, el papa salió a su encuentro a veinte kilómetros de la ciudad y lo acompañó hasta la antigua capital, donde Carlomagno se quedó desde el 24 de noviembre de 800 hasta la primavera siguiente, para apoyar a León. En el curso de esta larga visita, el papa organizó la coronación de Carlomagno con el título de emperador durante los oficios de Navidad en San Pedro, y el coro aclamó a Carlomagno como *serenissimus augustus a deo coronatus magnus pacificus imperator Romanum gubernans imperium*

(«serenísimo augusto coronado por Dios, el gran y pacífico emperador, que gobierna el Imperio romano»[12]).

Tras su coronación, Carlomagno hizo numerosos regalos a San Pedro, entre ellos «una mesa de plata, con sus patas», una corona de oro que pesaba cincuenta y cinco libras, y una gran patena de oro con gemas engastadas y su nombre inscrito en letras mayúsculas. El flamante emperador y sus hijos visitaron otras iglesias para donar vasos litúrgicos de oro y plata, así como un evangeliario con tapa de oro[13]. Carlomagno se quedó en Roma hasta la Pascua, envió a Pipino a otra campaña contra los beneventinos y luego fue a Espoleto y Rávena, donde pasó varios días en mayo de 801[14]. Más tarde, en 801 y 802, las ciudades longobardas de Chieti, Ortona y Lucera, en Benevento, quedaron finalmente sometidas y ocupadas por guarniciones carolingias[15].

La estatua de Teodorico

En esta su tercera visita a Rávena, Carlos pudo leer la frase «que gobierna el Imperio romano» (*Romanum gubernans imperium*) en documentos conservados en los archivos imperiales[16]. Era una fórmula que probablemente se remontara a la época de Gala Placidia y su hijo Valentiniano III, y Carlomagno la utilizaba, evitando casi siempre el título de *imperator Romanorum*[17]. Esto concuerda con lo que escribe Eginardo, según el cual el rey jamás habría aceptado asistir a la misa del 25 de diciembre de 800 en San Pedro de haber sabido que el papa León tenía la intención de coronarlo emperador[18]. Si en Rávena tuvo conocimiento de esta forma del título imperial, debió de recordarle el papel histórico de la ciudad como capital del Imperio romano de Occidente[19].

Además de la fórmula probablemente sacada de los documentos imperiales del archivo de la ciudad, y de los materiales de construcción que ya se había llevado, Carlos tenía la clara intención de fagocitar la fama de Teodorico, el rey godo que había instalado su capital en Rávena. Admiraba la representación en mosaico del palacio en la iglesia dedicada a san Martín (San Apolinar el Nuevo), aunque la imagen del rey hubiera sido retirada del trono, así como los paneles cristianos de los milagros y la vida terrenal de Cristo. Constató y apreció el orgullo con el que Teodorico había representado su ciudad amurallada y el puerto fortificado de Classe, con barcos anclados (figuras 12-13). Al visitar el mausoleo del rey, ubicado justo extramuros, con su asombrosa cúpula —la cubierta de un solo bloque de piedra de mayor tamaño del mundo— y su enorme sarcófago de color púrpura, Carlomagno quizá pensara en cómo hacer que lo

enterrasen de una forma igual de impresionante (figura 17). La combinación de agresividad germánica y de administración bizantina de Teodorico creó un modelo sorprendentemente relevante para el rey franco recién elevado a la dignidad imperial. El rey godo encarnaba una adaptación de los elementos más importantes de la cultura imperial romana que Carlos deseaba imponer en su *renovatio imperii*: la hegemonía del cristianismo, el derecho romano, una administración eficaz y un nivel de educación alto. El símbolo de la integración de las antiguas tradiciones mediterráneas con las costumbres norteñas, más vigorosas, personificadas por el nuevo emperador, era la estatua ecuestre de Teodorico[20].

Este célebre monumento ya no existe, pero Agnelo lo describe así: «Un caballo de bronce chapado de reluciente oro, y su jinete, el rey Teodorico, portaba un escudo en el hombro izquierdo y con el brazo derecho alzado sujetaba una lanza». Dado que nació a finales del siglo VIII, Agnelo pudo haber visto la estatua antes de que se la llevaran, poco después del año 801. Estaba colocada sobre un pedestal de seis codos de altura; en el vientre anidaban pájaros, que entraban y salían por la boca y las fosas nasales del caballo. Se dice que había sido hecha para el emperador Zenón en el siglo V y que Teodorico le había puesto su propio nombre. El historiador añade: «Quien no se lo crea que vaya al país de los francos, y allí lo verá». En su tercera visita a Rávena, Carlomagno afirmó que jamás había visto una estatua igual y dispuso su traslado a Aquisgrán, donde la colocó justo delante de su palacio, imitando exactamente la posición que ocupaba en Rávena, que a su vez se inspiraba en la estatua ecuestre de Justiniano en Constantinopla. Dominaba la zona situada entre el palacio y la capilla palatina de Carlomagno, inspirada en la planta octogonal de San Vital de Rávena[21]. En 829 Walafrido Strabo escribió un poema en el que insinuaba que la estatua era una presencia maligna, de modo que podemos estar seguros de que su traslado se había hecho efectivo.

En las dos ocasiones en que Carlos estuvo en Rávena, el arzobispo Valerio hizo todo lo posible por agasajarle, como había hecho con el rey Luis en 792-793. Es posible que lo ayudara a examinar los documentos del archivo de la ciudad que conservaban la fórmula «que gobierna el Imperio romano». Valerio también sabía que el monarca más poderoso de Occidente, de casi sesenta años en 801, había ayudado a su predecesor, el arzobispo León, a recuperar la sede de Rávena de manos del intruso Miguel, y León, a su vez, había mantenido relaciones muy cordiales con los francos. De hecho, el arzobispo continuó esta política de estrecho contacto con los monarcas carolingios para contrarrestar las pretensiones papales de gobernar el ya extinto exarcado. Carlos le correspondió prescindiendo de todo representante civil en la ciudad, con lo que Valerio quedaba al mando.

Tras la coronación de diciembre del año 800, el papa León III también decidió establecer unas relaciones más sólidas con Carlomagno. Para conmemorar la ceremonia, encargó un magnífico mosaico de oro que decoraba el ábside de un enorme salón de banquetes (*triclinium*) que construyó en el palacio de Letrán, siguiendo el modelo de los del Gran Palacio de Constantinopla, donde agasajaban a los papas que estaban de visita. La escena principal del mosaico representaba a Cristo y los Apóstoles, con dos imágenes más pequeñas a los lados; a la izquierda, Cristo entregando las llaves al papa Silvestre y un estandarte al emperador Constantino I, y a la derecha san Pedro entregando la estola papal (el equivalente al palio) a León III mientras este le entregaba un estandarte a Carlomagno[22]. Era evidente que el papa comparaba a Carlomagno con el emperador Constantino, al tiempo que él se situaba en una posición equivalente a la del papa Silvestre, inspirándose en la ideología de la Donación de Constantino. Con ello pretendía subrayar la autoridad del obispo de Roma, que había dotado a Carlomagno de un título imperial que se remontaba al primer emperador romano cristiano. Sin embargo, Carlomagno no llegó a verlo.

Regresó al reino de los francos en el verano de 801, y envió a Italia representantes (*missi*) que exacerbaron la rivalidad entre Roma y Rávena por el territorio y los recursos del antiguo exarcado. El Domingo de Ramos de 804, el arzobispo Valerio de Rávena invitó a estos representantes a cenar, lo que hizo sospechar al papa León que conspiraban contra él «ignominiosamente» (*turpitudo*[23]). El pontífice estaba convencido de que el arzobispo no apoyaba las pretensiones de San Pedro relativas al exarcado, y temía que el emperador estuviera también más interesado en consolidar su autoridad en el nordeste de Italia[24]. Estas inquietudes provocaron una apresurada visita del papa a territorio franco, donde celebró la Navidad del año 804 con Carlomagno, en Quierzy[25]. Después de una estancia muy breve, de solo ocho días, el emperador dispuso que escoltaran a León hasta Rávena, donde es posible que presentara obsequios de San Pedro a la iglesia de San Apolinar en Classe: «un paño de seda blanca con rosas, con una cruz tachonada de oro en el centro» y escenas de la vida del Señor, «y un bote de plata fina con sus cadenas que pesaba quince libras»[26]. En esta ocasión fue informado del deterioro de las vigas del techo de la basílica y dispuso su sustitución. Pero, en las cartas a Carlomagno, León seguía quejándose de Helmengaudo y Hunfrido, «fideles vestros», que habían expoliado los recursos del *palatium*[27].

Aunque el arzobispo Valerio no pudo hacer nada para impedir que Carlomagno se llevara material de construcción e incluso una gran estatua de Rávena, él mismo se había dedicado a demoler edificios que ya no estaban en uso para construir otros nuevos. Dos antiguos

episcopios arrianos situados fuera de las murallas de la ciudad proporcionaron materiales para la construcción de su *Domus Valeriana*[28]. Uno de sus clérigos, un sacerdote llamado Pedro, utilizó cuatro elegantes columnas salomónicas para construir el magnífico baldaquino de San Eleucadio, que podría proceder de un monumento anterior y que ahora puede admirarse en San Apolinar en Classe[29]. Valerio también acumuló muchos objetos de valor que legó a la archidiócesis de Rávena, entre ellos uno descrito como «una mesa en forma de plátano, toda cubierta de vasos de plata»[30]. Su sucesor, el arzobispo Martín, se la regaló posteriormente a Juan de Arlés. Una mesa en forma de plátano es bastante difícil de imaginar. Suponiendo que tuviera un pie en forma de tronco, el tablero de la mesa quizá imitara la frondosa copa de un plátano, que a su vez podría estar llena de objetos de plata y oro[31].

El arzobispo Martín

Hacia el año 810 Valerio falleció, y Martín, arcediano de la diócesis de Rávena y abad del monasterio de San Andrés, fue elegido arzobispo. Era el mismo Martín que el arzobispo León había enviado a Carlomagno para que lo guiara por las rutas poco conocidas que conducían a los valles del norte de Italia, lo que había permitido al rey sorprender a los longobardos en 774. Hacía, pues, más de treinta años que Martín conocía a Carlomagno. Inmediatamente después de su consagración como arzobispo de Rávena por el papa León, Martín «envió sus mensajeros a Francia, al emperador Carlos, algo de lo que el emperador se alegró»[32]. A principios del siglo IX, cuando Agnelo todavía era un niño, Martín le hizo entrega del monasterio de Santa María *ad Blachernas* a cambio de doscientos sólidos de oro, cuyo peso el corpulento arzobispo fue capaz de sostener valiéndose solo de la mano izquierda. Con estas monedas, Martín hizo un vaso litúrgico de oro en forma de concha marina, que todavía se utilizaba para guardar el crisma cuando Agnelo escribió su *Libro de los pontífices*[33].

Al mismo tiempo que el arzobispo Martín cultivaba unas relaciones cordiales con Carlos, intentaba estar a buenas con Roma. Conocía los grandes proyectos de construcción del papa en la Ciudad Eterna y pidió a León III que le prestara trabajadores expertos que lo ayudaran a restaurar el tejado de San Apolinar en Classe, que se había derrumbado a causa de un terremoto[34]. En respuesta a su petición, Crisafo, *cubicularius* (ayudante de la máxima confianza) del papa, y otros *caementarii* (expertos en construcción con ladrillo) se desplazaron desde Roma y pusieron vigas nuevas en el tejado. Para ayudarlos en esta gran restauración, Martín había ordenado a las

ciudades de los alrededores que llevaran material y a los ciudadanos de Rávena, que trabajaran gratuitamente formando cuadrillas «con cuerdas y otros dispositivos». Una vez reparado el tejado de la iglesia con sus «columnatas cuadradas», Martín «ordenó que se cubriera el pavimento con *hypocartosis*» (*opus sectile* de mármol[35]). El arzobispo también emprendió la restauración de la iglesia de Santa Eufemia, llamada *ad Arietem*, que se había inundado[36]. En los alrededores pantanosos de Rávena estos incidentes debían de ser habituales, y era necesario recurrir a técnicas para controlar el nivel del agua.

La rivalidad entre Rávena y Roma persistió más allá de la muerte de Carlomagno en 814. Tras haberse quejado de las «irregularidades» en la diócesis de Rávena, León III le rogó a Luis el Piadoso, sucesor de Carlomagno, que interviniera[37]. Así pues, Luis le encargó a Juan, arzobispo de Arlés, que fuera a Rávena y acompañara al arzobispo Martín a Roma. Agnelo, ya joven, pudo ser testigo de su llegada y de la partida forzosa de Martín hacia Roma. Sin embargo, cuando el arzobispo llegó a Nova, nos dice Agnelo, se retrasó «fingiendo estar enfermo». Mandó decirle al papa que se encontraba tan mal que no podía montar a caballo y que estaba demasiado débil para ir a Roma. León III se dio por vencido y Martín volvió a Rávena, donde agasajó al arzobispo Juan con un gran banquete[38]. Martín celebró haber frustrado los planes del papa entregándole a Juan un regalo especialmente lujoso, la «mesa en forma de plátano» del tesoro del arzobispo Valerio.

Tras la muerte de León III, Esteban, un diácono que había hecho la típica carrera eclesiástica en el palacio de Letrán, fue elegido papa con el nombre de Esteban IV y acto seguido planeó una visita al emperador Luis. En octubre de 816 ambos se reunieron en Reims, donde intercambiaron regalos, asistieron a numerosos banquetes y reforzaron la alianza entre el papa y el emperador. El nuevo pontífice también negoció con éxito el regreso de los romanos que habían sido desterrados a Francia tras el atentado contra el papa León III en 799. En el trayecto de vuelta a Roma, Esteban se detuvo en Rávena, donde el arzobispo Martín lo recibió con todos los honores. Los dos prelados se besaron y el papa «celebró la misa en la iglesia Ursiana y lució las sandalias del Salvador ante los ojos de todo el pueblo»[39]. De esta forma tan manifiesta, la Iglesia de Rávena demostró su profunda devoción a la sede apostólica y resolvió los problemas que habían enturbiado su relación. La presentación de las reliquias más famosas de Rávena a los habitantes de la ciudad, probablemente un acontecimiento poco habitual, causó un impacto que Agnelo recordaría. La visita del papa Esteban fue sin duda uno de los puntos álgidos del episcopado del arzobispo Martín.

Las relaciones cordiales que Martín había mantenido con Carlos dieron un fruto del todo inesperado cuando se hizo público el testamento del emperador. Este había detallado el destino de su patrimonio, y la Iglesia de Rávena sería una de las principales beneficiarias; recibiría una mesa de plata con una imagen de Roma, así como varios recipientes de plata y una copa de oro, que aún se utilizaba en tiempos de Agnelo. El historiador subraya que la mesa era circular, de plata maciza, sin madera, con las patas cuadradas también de plata, y tenía «grabada la imagen de Roma entera»[40]. Por la descripción que hace Eginardo de otros legados de Carlos, sabemos que se envió a Roma una mesa cuadrada en la que estaba grabada la imagen de Constantinopla[41]. Estas mesas de plata de excepcional valor representaban claramente a la Vieja y la Nueva Roma, las dos sedes patriarcales más importantes del mundo cristiano a principios del siglo IX[42]. Así, Carlos envió una imagen de Roma a Rávena, un evidente recordatorio de la subordinación de la ciudad; asimismo, al enviar una imagen de Constantinopla a Roma indicó que había otra capital por encima de la del papa, papel que ahora había asumido Aquisgrán. Eginardo añade que el emperador conservó para sus sucesores una tercera tabla de oro, «mucho más hermosa y más pesada que las otras, que lleva grabado en trazos finos y minuciosos una representación del mundo entero bajo la forma de tres círculos concéntricos»[43]. Se añadió al tercio de la herencia de Carlomagno reservado a sus herederos y a limosnas para los pobres.

Esto formaba parte del reparto meditado, juicioso y exacto de su deslumbrante tesoro que Carlos había ordenado antes de morir. Dos tercios de los valiosos objetos preciosos de su tesoro se habían reservado para distribuirlos entre las veintiuna sedes metropolitanas de su Imperio. Rávena figuraba en segundo lugar de la lista, justo después de Roma y por delante de Milán, Cividale y Grado. Las diócesis italianas ocupaban, pues, los puestos más altos en dignidad eclesiástica del Imperio carolingio. El emperador dispuso que todo este tesoro se dividiera en veintiuna arcas, cada una con el nombre de la ciudad a la que debía enviarse, para que los arzobispos pudieran repartirlo, aunque a estos también les ordenó que enviaran dos tercios del tesoro a sus obispos sufragáneos y que se reservaran solo un tercio para la sede metropolitana. De este modo, las limosnas del emperador (*eleemosyna*) llegarían al máximo número de habitantes del Imperio[44].

El reconocimiento por parte de Carlomagno de la singular eminencia de Rávena y la reconciliación entre el arzobispo Martín y el papa Esteban IV constituyen el punto álgido de las relaciones de la

ciudad con los carolingios. Tras la muerte del gran rey en 814, su heredero, Luis el Piadoso, y sus sucesores tuvieron graves problemas en las marcas hispánica, sajona y dálmata del Imperio y pasaron menos tiempo en Italia. En el siglo IX Roma siguió criticando a Rávena, lo que dio lugar a varios conflictos en los que intervinieron la corte imperial de Constantinopla y los patriarcas Ignacio y Focio[45]. Los arzobispos fueron cediendo el control de las fincas periféricas a los reyes de Italia con capital en Pavía, y el del comercio marítimo y las comunicaciones a Comacchio y al núcleo incipiente de Venecia, más al norte. Rávena continuó sirviendo de cantera de materiales de la Antigüedad para personajes imperiosos como el emperador Lotario, que ordenó sacar un hermoso bloque de pórfido de San Severo para que sirviera de altar en una iglesia de San Sebastián en tierras de los francos. Agnelo recibió la orden de asegurarse de que los obreros no la rompieran al levantarla, y su pérdida le hizo llorar[46]. Y no solo los carolingios, sino también otros gobernantes italianos, siguieron viendo en Rávena una fuente de valioso material de construcción. Hacia 831 Teodoro, obispo de Bolonia, robó un sarcófago paleocristiano para que lo enterraran en él[47]. Llegaban visitantes poderosos, inspeccionaban los monumentos y escogían los elementos que querían llevarse.

A pesar de este expolio constante, los arzobispos de Rávena mantuvieron y aumentaron sus recursos de una forma que parece típica de las ciudades más ricas del siglo IX. Se beneficiaron de «una convergencia de intereses entre la expansión económica de las ciudades y la ambición de unos obispos que pretendían desempeñar un papel político cada vez más importante»[48]. Las numerosas donaciones a la Iglesia reflejaban la fidelidad de los raveneses y el apoyo cívico al líder más poderoso de la ciudad. Desde el momento en que el exarca Eutiques fracasó a la hora de defender Rávena de los ataques de los longobardos, los ciudadanos habían elegido a hombres ilustres para que asumieran la tarea. En el caso del arzobispo Sergio recurrieron a un laico, cuyo éxito en la obtención de cierto grado de independencia frente a los conquistadores longobardos tuvo continuidad gracias a sus sucesores. Así fue como la ciudad trató de lidiar con todos los señores, incluso con los gobernantes más poderosos de Occidente, como Carlomagno. Sus arzobispos lograron consolidar su dominio sobre el territorio, pactar arrendamientos favorables con los terratenientes laicos y conseguir más donaciones y legados de los cristianos autóctonos que les permitieron crear una red de protección y explotación agrícola que duró siglos.

Las iglesias de Rávena, atendidas y mantenidas por clérigos que percibían salarios más altos que muchos obispos provinciales, contaban además con el apoyo de comunidades monásticas, mientras que los edificios civiles no estaban tan protegidos. Tampoco se

renovaron, cuando se deterioraron, las instalaciones navales que habían hecho de Classe un gran puerto. La acumulación durante décadas de sedimentos procedentes de la desembocadura del Po obstruyó los canales que unían Rávena con el mar e impidió que los navegantes los usaran. En el siglo IX la ciudad ya no pudo participar en el desarrollo del Adriático como una de las vías marítimas más importantes del Mediterráneo, donde los audaces mercaderes de Comacchio y, sobre todo, de Venecia forjaron nuevos vínculos con todos los puertos de la costa oriental, desde Istria hasta Dalmacia, y luego en dirección sur, pasando por Grecia, hasta Constantinopla, Oriente Próximo y sobre todo Alejandría, con lo que desarrollaron una presencia permanente[49]. Las cerámicas importadas, las monedas y los objetos que se encuentran en las excavaciones de San Severo en Classe indican que Rávena seguía en contacto con el comercio adriático, pero su participación en este mundo comercial en expansión era reducida.

En sustitución de Rávena, Venecia asumió el papel de bisagra de las relaciones entre Oriente y Occidente. A partir del siglo IX la Serenísima República desarrolló su singular archipiélago de factorías comerciales, que estaban protegidas de los ataques por tierra y tenían acceso directo al mar. La exclusión de Rávena de las nuevas redes de comercio y comunicación permitió que su centro, pequeño y compacto, se conservara y que sus iglesias, con sus excepcionales mosaicos, permanecieran bajo la tutela de clérigos que tenían los medios y la determinación de conservarlas sin necesidad de modernizarlas. Mientras Venecia se convertía en el principal punto de entrada en Europa occidental de los objetos, las ideas políticas y la cultura procedentes de Bizancio a partir del año 800, el papel fundacional de las creaciones artísticas de los primeros cristianos quedó plasmado para siempre en Rávena. Allí, la confianza y las esperanzas expresadas en los mosaicos que adornan sus iglesias, las inscripciones y los monumentos que dejan constancia de su protagonismo en tiempos de los emperadores romanos, los reyes godos y los exarcas bizantinos, siguieron inspirando a generaciones de visitantes, aunque no alcanzaran a entender su cada vez más olvidado papel en la historia de Europa.

Conclusión
El brillante legado de Rávena

En 751 los longobardos se apoderaron de Rávena y reforzaron así su capacidad de amenazar a Roma; el hombre fuerte del reino de los francos, Pipino, se ciñó la corona con el beneplácito del papa; los abasíes fundaron un nuevo régimen en Bagdad, y la expansión del islam hacia el este chocó con el Imperio chino cerca del río Talas[1]. Con independencia de que este cúmulo de acontecimientos constituya o no un punto de inflexión crítico en la historia, lo cierto es que se produjo un cambio fundamental en Europa que obligó al papa Esteban II a buscar una alianza militar con los francos. Esto liberó a Roma de su tradicional relación con Constantinopla y situó al papado en una nueva órbita, reforzada de inmediato por la falsa Donación de Constantino. Si Rávena desempeñó un papel protagonista en esta historia, ¿por qué no engendró historiadores que la ensalzaran?

Seguramente sí que los gestó, pero el apogeo de la influencia de la ciudad tuvo lugar demasiado pronto y la mayoría de los documentos de esa época se han perdido. Antes de morir, en el año 526, Teodorico encargó a Casiodoro que escribiera una *Historia de los godos*, pero solo se conserva la versión de Jordanes. El arzobispo Maximiano, que insertó su imagen y su nombre junto a los de Justiniano en el famoso mosaico de San Vital, escribió una historia de Rávena. En el siglo IX Agnelo le decía a su audiencia: «Leed la crónica del arzobispo Maximiano; allí encontraréis muchas cosas sobre ella [la emperatriz Gala Placidia] y sobre muchos emperadores y reyes»[2]. No podemos, porque la crónica se ha perdido. Tampoco tenemos una copia de los *Anales* ilustrados de Rávena, el calendario que registraba la vida y los episodios de la ciudad. A estas pérdidas que conocemos se suman otras de las que se ha evaporado incluso el recuerdo. Hay muchas pérdidas y olvidos en Rávena, además del desmantelamiento físico, que también es una forma de olvido.

El destino de los escritos de Casiodoro y de su biblioteca es un ejemplo llamativo de la centralidad y pérdida de la influencia de Rávena. Su padre era gobernador provincial y, desde sus propiedades de Escilacio (Squillace o Esquilache), en el sur de Italia, suministraba caballos al ejército. Apoyó a los godos contra la debilitada

administración romana de finales del siglo V y envió a su hijo literato a la corte del nuevo rey godo, que había pasado sus años de formación en Constantinopla. Casiodoro se convirtió en uno de los mandarines de la corte, el hombre que escribía cartas oficiales para los gobernantes godos y las adornaba con su propia experiencia retórica acerca de un amplio abanico de temas, pensados para su lucimiento. Tras la toma de Rávena en 540, Belisario se llevó a Constantinopla al rey Vitiges y a muchos godos y miembros de la administración, entre ellos, al parecer, Casiodoro, que pasó unos quince años en la Reina de las Ciudades, editando su correspondencia —que se dio en llamar las *Variae*— mientras encontraba, copiaba y hacía traducir textos desconocidos[3]. En 554, cuando la Pragmática Sanción de Justiniano garantizó el retorno de sus antiguas propiedades a los deportados o a los exiliados que habían huido a Oriente, Casiodoro regresó a Escilacio y fundó un monasterio llamado Vivarium por sus viveros de peces. Sus manuscritos recopilados formaron la base de la biblioteca, en la que redactó unas claras instrucciones, las *Institutiones divinarum et saecularium litterarum* («Educación en las letras divinas y humanas»), que enseñaban a los monjes a valorar las obras profanas además de las espirituales[4]. Cuando murió a una edad muy avanzada, más de noventa años, su colección se dispersó o se perdió. Algunos volúmenes dispersos aparecieron más tarde en el monasterio benedictino de Montecassino, y otros desaparecieron. Con todo, su gran obra didáctica, *De orthographia*, sobre cómo hacer y copiar manuscritos, continuó sirviendo de guía para los monjes posteriores de Italia y de más allá.

Aunque sin Rávena y sus tradiciones multilingües Casiodoro tal vez no hubiera sido más que un monje romano estudioso, identificar el papel de la ciudad en la formación de la cristiandad occidental es tan difícil como llenar las numerosas lagunas en la historia del *scriptorium* del citado escritor. Sin embargo, tenemos un historiador, Agnelo, que escribió a mediados del siglo IX, trescientos años después de Casiodoro. Su *Libro de los pontífices* es un testimonio absolutamente indispensable para la historia de Rávena, ya que detalla la vida y la época de todos los obispos de la ciudad desde la conversión de esta al cristianismo.

El resultado es una exposición de cómo los obispos de Rávena desempeñaron un papel clave en la continuidad de la administración local. Gracias a su objetivo de glorificar a estos dirigentes eclesiásticos, Agnelo plasmó la aparición de una identidad cívica propia de los raveneses, con elementos a la vez religiosos y seculares. El encorsetamiento de su estructura, a modo de lista de prelados, se ve aligerado gracias a sus apuntes narrativos y sus digresiones, como la que acabamos de citar sobre la *Crónica* de Maximiano. El *Libro de los*

pontífices de Agnelo adorna a menudo el relato de unos hechos medio olvidados, a veces míticos, con triunfos imaginarios y episodios convenientemente inventados. A pesar de sus numerosos detalles nada fiables, certifica que la Iglesia de Rávena era una potencia importante en Italia. Demuestra que sus dirigentes acumularon recursos gracias a un férreo control de sus fincas en zonas remotas (Sicilia, Istria, Dalmacia) y atrajeron donaciones adicionales de tierras y productos de la población local, y luego estos dirigentes emplearon las riquezas acumuladas en el embellecimiento de la ciudad con monumentos decorados con los estilos más recargados y en boga, utilizando los materiales de importación más codiciados.

En otras ciudades de Occidente, los obispos asumieron funciones de liderazgo que les dieron autoridad en la esfera política y que confirmaron su importancia para el bienestar de sus diócesis (por ejemplo, en Clermont-Ferrand, Arlés, Sevilla o Tréveris). Pero, más que ninguno de ellos, obispos de Rávena como Maximiano, Damián, Félix y Sergio, a los que he tratado de dar vida, concentraron la lealtad de la población local en una confianza en sí mismos que garantizaba la preservación de la ciudad y, además, proyectaba su poder en el nordeste de Italia e incluso más allá. La fuerza de esta religión cívica se percibe en la bienvenida que dieron al arzobispo Pedro en la década de 570, cuando regresó de su consagración en Roma y los raveneses salieron a recibirle con cantos de celebración. Las ceremonias formales de este tipo, para la llegada de un arzobispo recién nombrado, acompañadas de cantos en griego y latín, fueron reelaboradas posteriormente para Carlomagno y otros emperadores occidentales. Un espíritu colectivo similar avaló la reconciliación organizada por el exarca Calínico y el arzobispo Mariniano en el año 599, cuando Máximo de Salona fue a Rávena para ser readmitido en la comunión con el papa Gregorio I, y cuando el arzobispo Damián resolvió con éxito las sangrientas luchas intestinas de finales del siglo VII con una procesión penitencial en la que participó toda la población. Otro momento clave tuvo lugar cuando el exarca Teodoro convenció al clero de San Apolinar en Classe de que regresara a la ciudad y resolviera sus disputas con el arzobispo Teodoro. En estas ceremonias solemnes y cuidadosamente organizadas, la autoridad de la Iglesia de Rávena, representada por su líder, a menudo con la colaboración del exarca, centró la atención de los habitantes en su ciudad. Los raveneses exaltaban con inmenso orgullo a sus dirigentes y celebraban su participación popular simbólica en la «nobilísima» Rávena, cuyos mosaicos resplandecían en las paredes.

Tanto si Agnelo exageraba estos episodios como si no, mientras leía en voz alta su libro a la audiencia, recordaba las inscripciones que dejaban constancia de la actividad de estos obispos, su contribución a

la apariencia de la ciudad y los elegantes sarcófagos que señalaban sus lugares de reposo eterno. Como San Apolinar en Classe se convirtió gradualmente en la iglesia en la que la mayoría de los arzobispos eligieron ser enterrados, cerca del primitivo patrón cristiano de la ciudad, sus tumbas se convirtieron en lugares de veneración ritual, donde se podían realizar conmemoraciones anuales de los líderes pasados. De este modo, el papel cívico de los líderes eclesiásticos quedaba profundamente arraigado en la memoria colectiva y podía reafirmarse cuando la ciudad necesitaba la confirmación de sus gestas.

Hoy en día, el historiador de Rávena tiene que trabajar con los datos que se conservan, que son apenas unos vestigios parciales de todo lo que en su día se documentó, y no digamos ya de todo lo que ocurrió. De hecho, ya en el siglo IX Agnelo se refería a menudo a edificios y monumentos en ruinas o deteriorados. De ahí la necesidad de analizar minuciosamente las fuentes que sí se han conservado, para averiguar lo que pueden decirnos tanto sobre los principales acontecimientos como sobre la vida en Rávena. Se trata de un proceso que exige imaginación y un replanteamiento del papel de Rávena, porque, si bien el historiador debe ceñirse a las pruebas tangibles que aportan las fuentes primarias, no puede limitarse al estudio de sus restos. Por ello, he combinado una investigación minuciosa de la vida en Rávena, en la que se abordan las ideas jurídicas y médicas, así como las religiosas y cosmográficas, con una panorámica general de las influencias que les dieron forma para tratar de superar algunas de las lagunas causadas por todo lo que se ha perdido.

Un ejemplo de estas pérdidas lo encontramos en la impresionante basílica dedicada a Cristo que Teodorico edificó como capilla palatina, la actual iglesia de San Apolinar el Nuevo. La imagen en mosaico del Gran Palacio del rey domina el muro sur del extremo occidental, frente a otra del puerto de Classe. Desde estas representaciones seculares de las ciudades gemelas, dos inmensas procesiones de santos y santas avanzan hacia la Virgen y Cristo. Dentro de la imagen del PALATIUM, una columnata con ocho arcadas flanquea un espacio central más amplio en el que Teodorico estaba sentado en su trono. Aclamado por cortesanos situados a ambos lados, el gran rey aparecía representado en todo su esplendor.

Pero hoy no lo vemos.

Detengámonos en el extraordinario caso de la imagen de un gobernante laico y su corte situada de forma tan destacada en una iglesia. En los palacios y en las plazas de las ciudades sería normal que hubiera imágenes equivalentes. Existe una larga tradición de estas exhibiciones de poder, por ejemplo en Constantinopla, donde Teodorico las habría visto de joven. Los emperadores, sus esposas y los generales victoriosos, como Belisario, aparecían representados en

mosaicos en espacios públicos, aunque no se haya conservado ninguno. De hecho, Agnelo se refiere a la existencia de mosaicos de Teodorico en sus palacios de Pavía y en otros lugares. Pero en Rávena Teodorico siguió el ejemplo de Gala Placidia, que había erigido retratos de sí misma, de sus hijos y de sus antepasados en la iglesia de San Juan Evangelista, cuya construcción había dispuesto unos setenta años antes. Placidia fue probablemente la primera cristiana de una familia imperial gobernante que colocó una imagen de sí misma en el santuario de una iglesia, un atrevimiento que parece haberse limitado a Rávena durante muchas décadas. Cuando Teodorico hizo lo mismo, pero a lo grande, fue para contrarrestar el ejemplo de una emperatriz que había estado casada con un godo.

Al mismo tiempo, mediante su hábil gestión de la separación de las comunidades de los godos arrianos y los raveneses católicos, Teodorico fomentó cierta tolerancia y permitió al obispo Eclesio planificar la construcción de San Vital. Tras la muerte del rey y la triunfal reconquista de la Italia goda por parte de las tropas imperiales a las órdenes de Belisario, el obispo Víctor y los nuevos gobernantes de Rávena replicaron con una exhibición de la autoridad imperial. La imagen insólita de Justiniano y Teodora en el santuario mismo de una iglesia de planta octogonal fue su respuesta al descaro con el que Teodorico se había hecho representar en su capilla palatina cubierta de oro. Y, gracias al hecho de encontrarse en iglesias que no han dejado de estar en uso, se han conservado.

O por lo menos en parte, ya que unos quince años después de que se dedicaran los paneles imperiales de San Vital, en 547, el arrianismo empezó a ser perseguido. La basílica de Teodorico se reconsagró para la fe católica. Las imágenes en mosaico de las dos ciudades quedaron intactas, pero en el interior del palacio y frente a la muralla del puerto las imágenes del rey arriano hereje y de sus cortesanos fueron mutiladas. El espacio central donde aparecía Teodorico se rellenó de teselas de oro como si de un homenaje se tratara, mientras que los personajes que aparecían en el pórtico quedaron ocultos por cortinajes. Solo quedaron las manos de los cortesanos que se superponían a los pilares y los pies de los que estaban frente al muro del puerto, mientras que los cuerpos fueron borrados. Del retrato de Teodorico no quedó ni un pelo.

Es fácil imaginar el aspecto que debía de tener Teodorico en su trono. Agnelo cuenta que en el palacio había un mosaico que lo representaba a caballo, con lanza y escudo, flanqueado por las personificaciones de las ciudades de Roma y Rávena. De esta última se decía que tenía un pie en el mar y otro en tierra, una visión simbólica del entorno acuático[5]. En su época de esplendor, su palacio debía de estar cubierto de estas imágenes en mosaico de Teodorico y sus

victorias, ahora reducidas a polvo. De hecho, los mejores elementos constructivos del palacio fueron reciclados posteriormente de forma tan exhaustiva que las excavaciones solo han puesto al descubierto parte de sus cimientos. Puede que, cuando Carlomagno visitó la ciudad, pudiera ver algunos restos.

Lo cierto es que en 787, en 800 y finalmente, como emperador recién coronado, en 801 Carlomagno contempló el panel de Justiniano, cuya fe compartía y cuyas leyes respetaba, en el ábside de San Vital. Su mirada, sin embargo, no era la de un turista que se dispone a contemplar una obra sin precedentes del «arte cristiano primitivo». Para él, las representaciones de Cristo, de escenas del Antiguo Testamento y del emperador y la emperatriz llevando sus ofrendas al altar, eran manifestaciones del poder de Dios, del que Justiniano era su verdadero representante en la Tierra. Las imágenes proclamaban un orden social y su propósito, y le sirvieron de ejemplo a Carlomagno.

Por eso ordenó que la capilla palatina de Aquisgrán adoptara la insólita forma octogonal de San Vital con materiales de construcción tomados de Rávena. En Roma, donde fue coronado, Carlomagno admiró sin duda las iglesias cristianas y los mosaicos erigidos por los obispos en la enorme y antigua capital, a la sazón despoblada y todavía llena de monumentos derruidos de un imperio pagano fracasado. Pero fue Rávena, construida expresamente como capital cristiana, la ciudad que el gobernante franco decidió emular. De ella también se llevó la gran estatua ecuestre de un emperador que Teodorico había encargado erigir para representarse a sí mismo. Aunque el rey godo fuera arriano, fue un bárbaro que dio nueva forma al legado de Roma, y por eso Carlomagno podía identificarse con él. Además, el monarca occidental más poderoso de finales del siglo VIII se veía como el sucesor del emperador Justiniano tal y como aparece en el mosaico, frente a su esposa, la emperatriz Teodora, participando ambos en una procesión litúrgica. En esta integración de la filantropía cristiana, la distinción imperial y la excepcional riqueza simbólica del traje, Bizancio marcó la pauta; «esto es lo que significa ser emperador».

Si Rávena fue tan importante en el proceso de fusión que al principio supervisó Constantinopla y que acabó personificando Carlomagno, ¿por qué no se ha reconocido? Los monumentos de la ciudad han sido objeto de muchos estudios académicos; sus mosaicos siguen fascinando con la misma intensidad desde hace un milenio y medio. Sin embargo, Rávena parece no tener voz. Esto crea otra clase de pérdidas, que se deben a que el protagonismo de la ciudad fue una imposición de forasteros, empezando por Honorio, el emperador que abandonó la Britania romana ante la llegada de fuerzas invasoras y

que luego, al encontrarse con problemas parecidos en Milán, trasladó su capital a Rávena. Casi con toda seguridad fue Estilicón quien estimó que esta pequeña urbe tenía ventajas que protegerían a la corte de los ataques: un puerto bien construido en Classe que aseguraba el acceso inmediato a la ruta marítima hacia Constantinopla, así como a los territorios imperiales de Istria y Dalmacia al otro lado del Adriático, y un entorno dominado por el agua y las marismas que hacía muy difícil su asedio, con un trazado urbano relativamente poco desarrollado que a la corte imperial le permitía imponer su presencia, mientras que, desde el punto de vista estratégico, su conquista resultaba poco atractiva para un ejército decidido a dominar la península itálica.

Teodorico volvió a elegir Rávena como capital de su reino, con lo que reforzaba su pretensión de ser el legítimo representante del Imperio romano de Oriente. Su reino se extendería por toda Dalmacia, por el sur de la actual Francia y por la actual Cataluña, territorios al menos tan extensos como la Italia de hoy en día, que también gobernó. Bajo su autoridad regia y gracias a su experiencia en la corte imperial, Rávena se convirtió en el centro de las energías que alumbraron la cristiandad primitiva. Quizá si Teodorico hubiera podido transmitir este legado a un hijo competente, nacido y educado en Rávena, el reino se habría convertido en un Estado independiente. Pero solo tuvo una hija, aunque esta hizo un notable esfuerzo por continuar su Gobierno. El problema de la sucesión también estaba relacionado con el modo particular en que Teodorico ejercía su autoridad. Como soberano godo que reinaba oficialmente en asociación con el emperador de Constantinopla, no pudo crear el equivalente a un senado como los que existían (aunque muy debilitados) en Roma, en la capital de Oriente y, más tarde, en Venecia. Su *comitatus* godo de consejeros nobles y su administración, en gran parte de estilo romano, representaban intereses distintos que no pudieron armonizarse para asegurar el poder y los intereses de la ciudad cuando la crisis sucesoria se hizo realidad.

Lo que ocurrió fue que el legado de Teodorico se lo apropió directamente Constantinopla. Tras la reconquista de Cartago por parte de Belisario en el norte de África, sus fuerzas orientales llegaron a Rávena en 540 para imponer unas autoridades nombradas por el emperador Justiniano. Los dos exarcas del norte de África y de Italia recibieron inversiones de las arcas imperiales y mantuvieron vivo el ideal de la vida urbana en lo que quedaba del Imperio de Occidente. En torno a ese año, Rávena era un centro perfecto para el ejercicio de la influencia imperial, cuyo poder procedía de otro sitio. La ciudad se convirtió en el punto de entrada de Constantinopla en Europa occidental para cargos gubernamentales, mercancías importadas como

el papiro de Egipto, las sedas, las especias y el marfil, textos jurídicos, litúrgicos y teológicos, y las ideas en constante evolución sobre el Gobierno imperial que circulaban por el mundo mediterráneo. Fue un centro de difusión de las nuevas leyes de Justiniano (*Novellae*), así como de las modas en materia de arquitectura, etiqueta cortesana, vidas de santos, filosofía neoplatónica e incluso en el modo de vestir. Gracias a la insistencia de Constantinopla en la integración de sus súbditos germánicos, godos y arrianos, las leyes cristianas promulgadas en Oriente también protegían a las mujeres, los niños y los esclavos en un marco jurídico sólido que perduró e influyó en otros códigos legales. Aunque Cartago, Siracusa y Nápoles también fueran puntos de entrada, la facilidad de acceso a las regiones transalpinas a través del valle del Po dio a Rávena la primacía en este papel de difusión de los decretos y privilegios imperiales.

El modelo administrativo del exarcado hizo que Rávena dependiera de Constantinopla. No carecía de autoestima, como se desprende tanto de los enfrentamientos internos, que se convirtieron en un sello distintivo de la vida de las ciudades del norte de Italia, como de su cosmógrafo anónimo, que situó a la «nobilísima Rávena» en el centro del mundo conocido. No obstante, la ciudad era incapaz de forjarse un futuro y gestionarlo. Además, la actuación de las fuerzas externas que dominaban la ciudad se vio limitada y encauzada por los acontecimientos que se produjeron en un marco mucho más amplio durante los cuatrocientos años de máximo protagonismo de Rávena, desde la llegada de Honorio en 402 hasta la tercera y última visita de un emperador muy diferente en 801.

La ciudad rara vez «hizo historia» de forma evidente y decisiva. A pesar de sus aportaciones intelectuales, artísticas, jurídicas y médicas, en los agitados siglos que generaron la cristiandad primitiva Rávena nunca actuó con plena independencia, como sí había hecho la Roma clásica, como hacía Bizancio y como haría Venecia. Por supuesto, los autores locales se esforzaron en contar la historia y los logros de la ciudad, pero los centros más poderosos no sintieron la necesidad de reconocer su influencia.

El Imperio romano se resquebrajó en dos fases, primero en el oeste y después en el sudeste, algo que desembocó en un aumento de la importancia de la fe y de la práctica de la religión que constituirían la esencia misma tanto del mundo islámico como de la cristiandad primitiva en sus formas oriental y occidental[6]. Aunque el islam apenas tuviese impacto directo en la ciudad de Rávena, su rápida propagación dio lugar a un cambio radical, «de pan y circo a sopa y salvación»[7]. El mundo romano se basaba en el dominio de la costa mediterránea, y los graneros de Egipto y el norte de África alimentaban a Roma y Constantinopla.

Los estudios recientes sobre la «decadencia y caída del Imperio romano» de Occidente han adoptado posturas contrapuestas. Algunos insisten en el carácter sumamente destructivo de las incursiones bárbaras que condujeron a un derrumbe catastrófico y total, seguido del empobrecimiento y la división después de Carlomagno. Consideran que los intentos de Bizancio por mantener su autoridad forman parte de las mismas fuerzas externas hostiles, un punto de vista que actualiza pero restringe el concepto de «decadencia y caída» de Roma que Gibbon documentó y lamentó con tanta brillantez. Otros destacan los indicios de asimilación parcial y de integración gradual[8]. En contra de ambas posturas, he intentado demostrar que la creación y la innovación fueron paralelas a los conflictos y a la desintegración; que lo que había sido el Imperio romano de Occidente sufrió a la vez los dolores del parto de un nuevo orden social y los estertores del antiguo, en un largo proceso que desembocó en un nuevo orden social, militar y jurídico que podemos llamar «cristiandad primitiva».

Como hemos visto, muchas fuerzas distintas desestabilizaron la influencia de la autoridad romana clásica centrada en la capital del Tíber, tanto internas —la expansión desmedida que llevó los límites del Imperio más allá de lo sostenible— como externas —la presión de numerosos pueblos «bárbaros» a lo largo de unas fronteras demasiado extensas para defenderlas—. Y todo ello coincidió con la amenaza de potencias centralizadas alternativas —Persia y más tarde Arabia— que pretendían sustituir el orden romano por su propia lengua, religión y estructura jurídica. La creación por parte de Constantino I de una nueva capital en Oriente se debió, en parte, a la necesidad de movilizarse contra esas graves amenazas, así como a la mayor riqueza de las provincias orientales. Constantino trasladó —y al hacerlo lo preservó— el Imperio romano a un entorno abiertamente cristiano, combinando las antiguas capacidades administrativas, técnicas y jurídicas con las energías populares y las doctrinas teológicas de la fe cristiana, así como con el saber y la cultura de Grecia. Gracias a la herencia transformada de la Antigüedad, Constantinopla acabó realizando lo que la Roma clásica no había conseguido: inspirar a sus ejércitos con el estandarte de Cristo, el símbolo de la cruz y la imagen de María para aplastar a los persas.

Sin embargo, este desplazamiento hacia Oriente debilitó la mitad occidental del Imperio y su antigua capital, mal defendida, donde se produjo una transformación muy diferente. La amenaza de los godos, burgundios, francos y longobardos en Occidente era muy distinta de la que planteaban el gran Imperio persa, con capital en Ctesifonte, y los árabes de La Meca. Aunque los hunos fueran en esencia destructivos, la mayoría de los recién llegados, tras haber vivido durante varias generaciones en estrecho contacto con el Imperio, trataban de hacer

suyo el modo de vida romano en territorio imperial, y, aunque lo privaran de ingresos fiscales y suministros básicos, adoptaban muchas de sus características. De manera decisiva, todos abrazaron el cristianismo como fe y la mayoría utilizaba el latín para sus escritos, aunque los godos fueran arrianos y oficiaran en su propia lengua. Los «bárbaros» aportaron ideas y prácticas innegablemente novedosas a un mundo que había vivido bajo la hegemonía política del politeísmo romano durante siglos, y atacaron las actitudes clásicas respecto a la vida en la ciudad y el campo, el comercio y los intercambios mercantiles, la dieta, la vestimenta, la educación, la familia y las creencias religiosas. Aun así, lo hicieron al tiempo que pretendían reproducir la nueva fe romana del cristianismo y absorbían el sistema jurídico romano codificado por Teodosio II y Justiniano. Muchos de ellos habían formado parte de los ejércitos romanos o suscrito alianzas y tratados que también comenzaron a integrarlos en el mundo romano, que a su vez experimentó un proceso de transformación hasta que quedó superado. En la región noroccidental del mundo romano este proceso dio lugar a lo que conocemos como la civilización medieval de Occidente, con sus propias dinámicas, brutales y tumultuosas.

Durante el turbulento siglo V, en Occidente este proceso provocó una decadencia generalizada de las ciudades acompañada de una ruralización[9], algo que resultó particularmente visible en Roma, cuya ingente población, que apenas cabía en el recinto amurallado de la ciudad, se redujo de quizá seiscientos mil habitantes antes del saqueo de 410 a unas decenas de miles en el siglo VI[10]. Esto significaba que nunca había suficientes hombres para defender la ciudad, aunque cuando las puertas de la muralla estaban cerradas a cal y canto siguiera resultando difícil de asaltar. Los enormes palacios, las termas, los templos, los teatros, las villas y las *insulae* (grandes bloques de pisos) dejaron de utilizarse con regularidad, por lo que inevitablemente se deterioraron. Los monumentos cristianos fueron ocupando poco a poco su lugar, adaptando algunos edificios antiguos a nuevos usos o reutilizando su sólido material de construcción para nuevas obras[11]. Historias parecidas llenan las páginas de las crónicas contemporáneas, que describen cómo se fueron reduciendo las ciudades de todo Occidente.

La excepción fue Rávena. La causa de su prosperidad fue el Imperio romano de Oriente, que renovó y consolidó su autoridad no solo en la capital, sino también en todas sus provincias, donde los nuevos palacios, iglesias, acueductos, baños e instituciones benéficas superaron a los monumentos de la antigua Roma. Mientras Roma se despoblaba Constantinopla se expandía, hasta el punto de tener que ampliar su superficie en una tercera parte en el año 413 con la

construcción de un enorme anillo de murallas con torres, complementado posteriormente con una muralla exterior y un foso que aún hoy se conservan. Rávena participó en esta expansión imperial gracias a que Honorio, Gala Placidia y los obispos locales patrocinaron la construcción de nuevos edificios que la convirtieron en una destacada excepción a la regla de la decadencia de la mayoría de las ciudades y pueblos de la Antigüedad. Con la aprobación de Constantinopla, Teodorico integró la influencia del Imperio de Oriente en la administración goda cristiana de Rávena, lo que volvió al rey más romano que la mayoría de los romanos. Aunque aparentemente se ajustara al concepto que los godos tenían de la realeza, Teodorico aportó a Occidente un conocimiento de las tradiciones imperiales que consolidó una combinación muy particular de elementos: la comprensión de la importancia del derecho y de la administración de justicia; el reconocimiento de unas diferencias entre las doctrinas cristianas que hacían indispensable cierto grado de tolerancia; el respeto por la superioridad de la cultura griega, y la capacidad de colaborar con las personas más cualificadas y competentes que pudieran ayudarle en sus ambiciones. Sobre la base de estos fundamentos, observados y adoptados en Oriente, Teodorico supervisó la simbiosis de los elementos germánicos y romanos en una unidad armónica, que continuaría más adelante, durante el Gobierno de los exarcas.

El mausoleo de Teodorico, al igual que su gran iglesia de San Apolinar el Nuevo, es un testimonio elocuente de esta integración de cualidades «bárbaras» y romanas imperiales. El rey que había dominado Occidente, gobernando en nombre de los monarcas orientales de Constantinopla, construyó una tumba con cúpula digna de un emperador. Los visitantes, incluso hoy en día, se maravillan al contemplar la gran losa de mármol de Istria que forma la cubierta; ¿cómo diantres la levantaron a principios del siglo VI? Y, una vez instalada, ¿por qué se conservó? La mayoría de los edificios paleocristianos que siguen en pie hoy en día en Rávena han sobrevivido porque han ido siendo ocupados, renovados y mantenidos en uso como lugares de culto, a menudo por comunidades monásticas. Los palacios, las residencias, los salones de actos, las casas y los mercados laicos que constituían las ciudades medievales rara vez atraían la misma atención, y a menudo los empleaban como canteras de las que extraer material de construcción, para luego sustituirlos por edificios más grandiosos, mejor construidos, más a la moda o más prácticos. En algún momento, el mausoleo de Teodorico perdió su carácter fúnebre y pasó a ser un convento, lo que facilitó su conservación. Aun así, su función original no cayó en el olvido, y la fama del rey se conservó en el enorme sarcófago de color púrpura aún

hoy visible.

En otras regiones de Occidente se produjo una simbiosis similar, desde la Hispania visigoda hasta los reinos anglosajones, francos y burgundios, donde se imitaron los rituales de la corte, la acuñación de monedas, el atuendo imperial y el modelo de mecenazgo. Pero, en el caso del nordeste de Italia, hay que hacer especial hincapié en el marco imperial que aportaba la capital de Oriente, Constantinopla. Sin Bizancio no habría existido la «Europa occidental». Después de que los árabes conquistaran las orillas oriental y meridional del Mediterráneo, Constantinopla impidió su expansión por el continente europeo durante los siglos VII y VIII. Al defender la Reina de las Ciudades en 667-669 y 717-718, los emperadores de Oriente proporcionaron el escudo que impidió al islam realizar nuevos avances en Occidente; dispersaron una movilización árabe masiva, que de lo contrario habría unificado todo el Mediterráneo bajo su dominio. En el año 732, la victoria de Carlos Martel en Poitiers también frustró la expansión de los omeyas al norte de los Pirineos, pero se trató de una incursión oportunista en busca de tesoros y puntos débiles, no de la movilización a gran escala por tierra y mar que se abatió sobre la Reina de las Ciudades sin lograr tomarla.

Sin embargo, la importancia de Constantinopla en la transformación de Europa occidental no se limitó a su papel de escudo exterior. El marco imperial ejerció una hegemonía cultural que facilitó la fusión de las fuerzas no imperiales y transmitió a Occidente una variante de su propia política de aculturación a través del rey godo Teodorico y los exarcas. Mediante su capital en Rávena, el Imperio mantuvo el ideal de un Gobierno eficiente sancionado por la ley dentro del propio Occidente. En muchos aspectos, sus ventajas infundieron respeto y cierta admiración por los emperadores orientales incluso entre los enemigos más acérrimos, y en Italia la fidelidad a Constantinopla se mantuvo en lo esencial incluso más allá del siglo VI. La influencia de Bizancio se difundió sobre todo a través de Rávena. La ciudad actuó como catalizador indispensable para el desarrollo de una sociedad que acabaría superándola. De este modo, la Nueva Roma cristianizada sirvió de inspiración constante y permanente para las potencias que se apoderaron de Occidente. Tradicionalmente se ha aclamado a Carlomagno, en expresión de Alcuino, como el «padre de Europa», como si hubiera actuado solo[12]. Pero los cimientos de la cristiandad occidental de los que él fue el paradigma se pusieron en Rávena, cuyos gobernantes, exarcas y obispos, eruditos, médicos, abogados, mosaiquistas y comerciantes, romanos y godos, y más tarde griegos y longobardos, forjaron la primera ciudad europea.

Agradecimientos

Doy las más sinceras gracias, en primer lugar, a la Fundación A. G. Leventis y a Howard y Roberta Ahmanson, que han apoyado mis investigaciones sobre Rávena durante muchos años. Les agradezco profundamente su paciencia y confianza. Estoy en especial en deuda con Roberta por su interés entusiasta y la atención constante que prestó al progreso del libro, así como por ponerme en contacto con Kieran Dodds, cuyas fantásticas fotografías aportan tanto a este volumen.

En Rávena, Gian Luca Bandini no paró de darme consejos prácticos y organizó el grupo de intrépidos navegantes que me hicieron cruzar el Adriático: el ingeniero Stefano Luciani, el doctor Mauro Marabini y él mismo, capitaneados por el doctor Enzo Bruni. También me presentó a Giovanna Montevecchi, que me brindó una ayuda inestimable para negociar con las autoridades que controlan los principales monumentos de la ciudad. Antonio y Consuelo Bandini nos prestaron su casa; Antonio Carile y Alba Maria Orselli me llevaron a visitar los manuscritos y los huesos de Dante en la Biblioteca Classense, y me ayudaron mucho Andrea Augenti, Maria Cristina Carile, Salvatore Cosentino y Enrico Cirelli (cuyo libro *Ravenna. Archeologia di una città* me ha servido de fiel acompañante y de instructiva guía). En Porec tuve la suerte de hablar de los mosaicos de la basílica Eufrasiana con Ivan Matejcic, y Jeremy Hardie y Kirsteen Stewart me llevaron a una emocionante visita a Aquisgrán.

Durante el proceso de redacción me ayudó mucha gente con una gran variedad de consejos, copias de artículos, referencias, correcciones y un elemento básico, el apoyo moral, por lo que les estoy muy agradecida: Anne Alwis, Charalambos y Demetra Bakirtzis, Henrietta Batchelor, David Blackman, Petros Bouras-Valliantos, Sebastian Brock, Bruno Callegher, Averil Cameron, Nicky Coldstream, Franca Ela Consolino, Deborah Deliyannis, Kieran Dodds, Nicholas y Matti Egon, Vera von Falkenhausen, Michael Jeffrey Featherstone, Sauro Gelichi, Cathrine Gomani, Elizabeth Jeffreys, Maria Lidova, Jamie Mackay, Neil McLynn, Paul Magdalino, Yuri Marano, Marina Marks, Tom Mathews, Cécile Morrisson, Jinty Nelson, Vivian Prigent, Claudia Rapp, Charlotte Roueché, Teo Ruiz, Bennet Salway, Alex Sarantis, Ned Schoolman, Roger Scott, Roger Scruton, Julia Smith,

Dennis Stathakopoulos, Gonda van Steen, Eva Synek, Rick Trainor, Miranda Tufnell, Maria Vrij, Bryan Ward-Perkins, Marina Warner, Chris Wickham y Constantin Zuckerman, así como mis colegas y el indispensable personal de administración y servicios del King's College de Londres.

Puse a prueba los argumentos tratados en este libro en la Universidad de Nuevo México, en Albuquerque; en el Congreso Internacional Bizantino celebrado en Sofía (Bulgaria); en el Centro de Estudios Medievales y Renacentistas de la UCLA; en la Conferencia de Estudios Bizantinos de la Academia Italiana de la Universidad de Columbia, en Nueva York; en el Institut für Byzantinistik und Neogräzistik de Viena; en el seminario «After Rome» de la Universidad de Oxford; en el seminario bizantino de Ioanna Rapti en la Sorbona (París); en el congreso «Bizancio en el Adriático» que se celebró en Split; en el seminario «Byzantine Worlds» de la Universidad de Cambridge y en el Museo Municipal Leventis de Nicosia (Chipre), y doy las gracias a los organizadores y al público por sus comentarios.

El personal de la Biblioteca Bodleiana de Oxford, del Instituto Warburg y del Instituto de Estudios Clásicos de Londres, así como el del Instituto de Viena, me resultaron muy útiles. También me beneficié de la gentileza de los bibliotecarios del Corpus Christi College, el Brasenose College y el Hertford College, que, sin apenas antelación, me ayudaron a encontrar libros que no estaban disponibles en otras bibliotecas de Oxford.

Es un auténtico placer reconocer el inmenso apoyo, las mejoras sustanciales y la vital aportación de mi editor, Stuart Proffitt, de Penguin Random House; de sus colegas Alice Skinner, Charlotte Ridings y Richard Duguid, que le dieron al libro una forma publicable, y de Cecilia Mackay, que no solo encontró muchas de las ilustraciones para el libro, sino que también insistió hasta dar con un diseño de la máxima eficacia. En cuanto a Princeton University Press, estoy en deuda con Brigitta van Rheinberg por su prolongado apoyo y con Eric Crahan y Thalia Leaf por ocuparse de la edición estadounidense. Los informes de los lectores anónimos encargados por Princeton, así como los dos que solicitó Penguin Random House a Tom Brown y Caroline Goodson, fueron inestimables y aportaron numerosas mejoras.

Las familias suelen acusar el abandono de los autores, y la mía se vio obligada a compartir una larga obsesión mientras iba dando forma a *Rávena*. A Tamara y Portia Barnett-Herrin, Jay Basu, Seb Smith y mi querido esposo, Anthony Barnett, que me acompañaron en mis aventuras recorriendo la Vía Flaminia, buscando un lugar donde cruzar el río Isonzo y atravesando el Adriático de Porec a Rávena, nunca podré agradecérselo lo suficiente, y no podría haber completado el libro sin su insistente apoyo.

Autoridades rivales en Rávena

Política	*Militar*	*Episcopal*
EMPERADORES		
Honorio 393-423	Estilicón c. 394-408	Urso c. 396-c. 400
Juan, notarius 423-424	Castino 422	
Valentiniano III 425-455		Pedro I c. 431-c. 450
Gala Placidia 425-437 († 27 de noviembre de 450)	Bonifacio 422-432	
	Aecio 433-454 mm	
	Fausto 437-438 y 442 pp	
		Neón c. 451-11 de febrero de 473
Avito 455-472	Ricimero 456-472	
Mayoriano 28 de diciembre de 457-2 de agosto de 461		
Libio Severo 19 de noviembre de 461-14 de noviembre de 465		
Antemio 12 de abril de 467-11 de julio de 472		
Glicerio 3 de marzo de 473-24 de junio de 474		Exuperancio c. 473-22 de mayo de 477
Julio Nepote Junio de 474-28 de agosto de 475		
Rómulo Augústulo 31 de octubre de 475-23 de agosto de 476		

Política	*Militar*	*Episcopal*
REYES		
Odoacro 476-493	Basilio 476-491	Juan I 27 de agosto de 477-12 de marzo de 493
Teodorico 493-526	Liberio 493-500 pp	
	Casiodoro 503-507 pp	Pedro II 1 de marzo de 493-30 de agosto de 526
	Decio 509-511 pp	
		Juan II 13 de septiembre de 526-8 de octubre de 532
	Mundo 534-535 pp	
		Vigilio 29 de marzo de 537-7 de junio de 555
	Artabán 538-539 pp	
	Vitigis 539-540 pp	
		Vitaliano 657-672
		Reparato 672-677
		Deusdedit 677-679
		Teodoro I 679-688
		Juan III 688-700
		Damián 700-708
		Juan IV 708-709
		Maximiano 709-c. 725
		Juan V c. 726-c. 733
		Marino 733-742
		Sergio 744-769
		Leoncio 769-777
		Juan VI 777-787
		Teodoro II 787-806
		Leon V 806-810
		Pascual 817-823
		Eugenio II 824-827
		Valentín 827
		Gregorio IV 827-844
		Sergio II 844-847
		León IV 847-855
		Benedicto III 855-858
		Nicolás I 858-867
		Adriano II 867-872
		Juan VIII 872-882
		Marino I 882-884
		Adriano III 884-885
		Esteban V 885-891
		Formoso 891-896
		Bonifacio VI 896
		Esteban VI 896-897
		Romano 897
		Teodoro II 897
		Juan IX 898-900
		Benedicto IV 900-903
		León V 903
		Sergio III 904-911
		Anastasio III 911-913
		Lando 913-914
		Juan X 914-928
		León VI 928
		Esteban VII 928-931
		Juan XI 931-935
		León VII 936-939
		Esteban VIII 939-942
		Marino II 942-946
		Agapito II 946-955
		Juan XII 955-964
		León VIII 963-965
		Benedicto V 964
		Juan XIII 965-972
		Benedicto VI 973-974
		Benedicto VII 974-983
		Juan XIV 983-984
		Juan XV 985-996
		Gregorio V 996-999
		Juan XVI 997-998
		Silvestre II 999-1003
		Juan XVII 1003
		Juan XVIII 1004-1009
		Sergio IV 1009-1012
		Benedicto VIII 1012-1024
		Juan XIX 1024-1032
		Benedicto IX 1032-1044
		Silvestre III 1045
		Benedicto IX 1045
		Gregorio VI 1045-1046
		Clemente II 1046-1047
		Benedicto IX 1047-1048
		Dámaso II 1048
		León IX 1049-1054
		Víctor II 1055-1057
		Esteban IX 1057-1058
		Nicolás II 1058-1061
		Alejandro II 1061-1073
		Gregorio VII 1073-1085
		Víctor III 1086-1087
		Urbano II 1088-1099
		Pascual II 1099-1118
		Gelasio II 1118-1119
		Calixto II 1119-1124
		Honorio II 1124-1130
		Inocencio II 1130-1143
		Celestino II 1143-1144
		Lucio II 1144-1145
		Eugenio III 1145-1153
		Anastasio IV 1153-1154
		Adriano IV 1154-1159
		Alejandro III 1159-1181
		Lucio III 1181-1185
		Urbano III 1185-1187
		Gregorio VIII 1187
		Clemente III 1187-1191
		Celestino III 1191-1198
		Inocencio III 1198-1216
		Honorio III 1216-1227
		Gregorio IX 1227-1241
		Celestino IV 1241
		Inocencio IV 1243-1254
		Alejandro IV 1254-1261
		Urbano IV 1261-1264
		Clemente IV 1265-1268
		Gregorio X 1271-1276
		Inocencio V 1276
		Adriano V 1276
		Juan XXI 1276-1277
		Nicolás III 1277-1280
		Martín IV 1281-1285
		Honorio IV 1285-1287
		Nicolás IV 1288-1292
		Celestino V 1294
		Bonifacio VIII 1294-1303
		Benedicto XI 1303-1304
		Clemente V 1305-1314
		Juan XXII 1316-1334
		Benedicto XII 1334-1342
		Clemente VI 1342-1352
		Inocencio VI 1352-1362
		Urbano V 1362-1370
		Gregorio XI 1370-1378
		Urbano VI 1378-1389
		Bonifacio IX 1389-1404
		Inocencio VII 1404-1406
		Gregorio XII 1406-1415
		Martín V 1417-1431
		Eugenio IV 1431-1447
		Nicolás V 1447-1455
		Calixto III 1455-1458
		Pío II 1458-1464
		Paulo II 1464-1471
		Sixto IV 1471-1484
		Inocencio VIII 1484-1492
		Alejandro VI 1492-1503
		Pío III 1503
		Julio II 1503-1513
		León X 1513-1521
		Adriano VI 1522-1523
		Clemente VII 1523-1534
		Pablo III 1534-1549
		Julio III 1550-1555
		Marcelo II 1555
		Paulo IV 1555-1559
		Pío IV 1559-1565
		San Pío V 1566-1572
		Gregorio XIII 1572-1585
		Sixto V 1585-1590
		Urbano VII 1590
		Gregorio XIV 1590-1591
		Inocencio IX 1591
		Clemente VIII 1592-1605
		León XI 1605
		Paulo V 1605-1621
		Gregorio XV 1621-1623
		Urbano VIII 1623-1644
		Inocencio X 1644-1655
		Alejandro VII 1655-1667
		Clemente IX 1667-1669
		Clemente X 1670-1676
		Inocencio XI 1676-1689
		Alejandro VIII 1689-1691
		Inocencio XII 1691-1700
		Clemente XI 1700-1721
		Inocencio XIII 1721-1724
		Benedicto XIII 1724-1730
		Clemente XII 1730-1740
		Benedicto XIV 1740-1758
		Clemente XIII 1758-1769
		Clemente XIV 1769-1774
		Pío VI 1775-1799
		Pío VII 1800-1823
		León XII 1823-1829
		Pío VIII 1829-1830
		Gregorio XVI 1831-1846
		Pío IX 1846-1878
		León XIII 1878-1903
		San Pío X 1903-1914
		Benedicto XV 1914-1922
		Pío XI 1922-1939
		Pío XII 1939-1958
		Juan XXIII 1958-1963
		Pablo VI 1963-1978
		Juan Pablo I 1978
		Juan Pablo II 1978-2005
		Benedicto XVI 2005-2013
		Francisco 2013-2025
		León XIV 2025-presente

507-511 pp		
	Fausto	
509-507 pp		
	Albino	
512-513 pp		
	Opilio	Aureliano
antes de 524 pp		
	Abundancio	
526-26 de mayo de 527 pp		
Atalarico		Eclesio
527-27 de octubre de 534		
	Juan	
antes de 527 pp		
	Avieno	
527-528 pp		
Reina Amalasunta		Ursicino
534-5 de agosto de 535		
con Teodato		
Noviembre de 534-noviembre de 536		
Vitiges	Fidelis	Víctor
536-540 pp		
	Reparato	
538-15 de febrero de 539 pp		
	Atanasio	
539-542 pp		
Hildibaldo	Belisario	
540-541 pp		
Earico		
541		
Totila/ Baduila	Maximino	Maximiano
541-junio de 552		
	Juan	546-22 de febrero de 557
Teias		
Julio de 552-553		
Justiniano	Narsés	
527-565		
	Antíoco	
554 pp		
	Aureliano en Rávena	
552-557		
	Pamfronio	Agnelo
557-559 pp		557-1 de agosto de 570
Justino II	Longino	
565-574		
		Pedro III
15 de septiembre de 570-16 de agosto de 578		
	Sisinio	
c. 575 en Susa mm		
	Baduario	
575-577		
kouropalates yerno de Justino II		
Tiberio		Juan II, el Romano
574-582		
Mauricio	Decio	

585-602	Esmaragdo	
c. 585-589 *vir praecelsus exarchus*	Juliano	
589?	Romano exarca	
589-596		Mariniano
595-606	Jorge	
591-25 de octubre de 593 pp	Gregorio	
595 pp	Juan	
598 pp	Calínico	
596-603 patricius et exarchus		

Política *EXARCAS*	*Militar*	*Episcopal*
(sello)	Juan	
(sello)	Teopempto	
(sello)	Acatafronio	
(sello)	Juan	
Focas 602-608/625? exarchus Italiae	Esmaragdo	Juan III
Heraclio 610-641	Focio	
?-615/625-asesinado	Juan I	Juan IV
616-619 rebelde, ejecutado por soldados del ejército de Rávena en Lucioli	Eleuterio, eunuco	
619-625 patricius Romanorum	Gregorio	
625-653	Isaac	Bono
Constante II 642/648-671	Teodoro Caliopas	Mauro
c. 645	Platón	
649-653	Olimpio	
	Teodoro Caliopas	

653-?666		
?-671	Gregorio II	Mauro
?-671 de marzo de 666		
Constantino IV	Teodoro II	Reparato
678-685		
678-685 de julio de 677		
677-708	Anastasio	Teodoro
677-708 (sello)		
677-708 de enero de 691/692		
	Teocaristo (sello)	
Justiniano II	Juan Platino II	Damián
685-695		
685-695 de marzo de 707/708		
Leoncio		
695-698		
Tiberio Apsimar	Teofilacto	
698-705		
698-705		
Justiniano II (segundo reinado)	Juan III	Félix
705-710		
705-711		
	Juan Rizocopo	
710-711		
	Eutiques	
711-713		
Filípico		
711-713		
Anastasio II	Escolástico	
713-715		
	Esteban	
c. 700-750 (sello)		
Teodosio III		
715-717		
León III	Pablo el Patricio	Juan V
715-726		
715-726		
	Eutiques	
727-751		
Constantino V		
741-775		

Política	*Militar*	*Episcopal*
REYES LONGOBARDOS		
Liutprando	Papa Zacarías	Sergio
724-728		
724-728 de agosto de 741-15 de marzo de 752		
Astolfo	Papa Esteban II	
752-756		
752-756 de marzo de 752-26 de abril de 757		
Pipino, rey de los francos, primera campaña en Italia (755), entrega Rávena al papa Esteban II, Paz de Trevi. Segunda campaña (756), insiste en la Donación		
Desiderio	Papa Pablo I	
756-774		
756-774 de mayo de 757-28 de junio de 767		
	Papa Esteban III	

7 de agosto de 768-24 de enero de 772		
774 Carlomagno incorpora el reino de Italia y a partir de entonces los duques nombrados por Carlomagno probablemente gobiernan la ciudad de Rávena.		

Política	*Militar*	*Episcopal*
MONARCAS FRANCOS		
Carlomagno 9 de octubre de 768-28 de enero de 814	Papa Adrián 1 de febrero de 772-25 de diciembre de 795	Arzobispo León c. 777-778
Carlomagno/ emperador León IV 775-780	Juan VI c. 777-24 de julio de 784	
Carlomagno/ Constantino VI 780-797	c. 786-23 de febrero de 788/789	Gracioso
Emperatriz Irene 790-802	25 de diciembre de 795-12 de junio de 816	Valerio de enero de 801/810
Emperador Carlomagno 800-814		Martín 810-818
Bernardo, hijo de Pipino 813-818	Papa León III 25 de diciembre de 795-12 de junio de 816	
Luis el Piadoso 814-840	Papa Pascual 25 de enero de 817-20 de junio de 840	
Lotario, rey de Italia 818-855	Papa Gregorio II 827-844	Petronax c. 828-837
Lotario, emperador 840-855		
Luis II 844-875	Papa Sergio II 844-847	Jorge 846
mm *magister militum* pp *prefecto pretoriano*		

Muchas fechas son simples conjeturas; la de defunción de los obispos que figura en sus tumbas suele ser la indicación más clara, aunque puede no coincidir con las pruebas documentales.

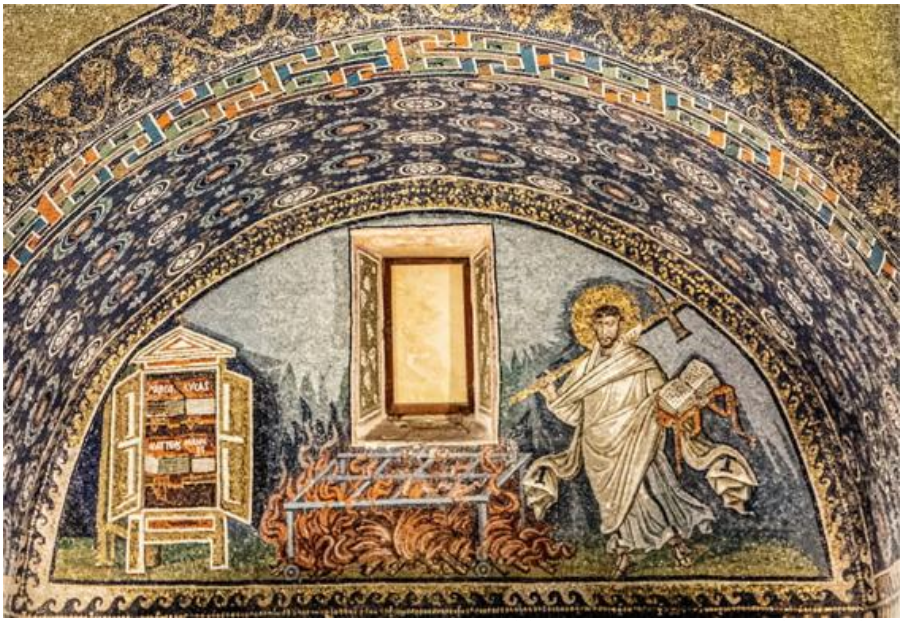
1 y 2. (*Izquierda*) Sólido de oro de Teodosio I (379-395), *Dominus Noster, Pius Felix Augustus* («Nuestro señor, obediente y afortunado emperador»), acuñado en Constantinopla entre 379 y 383. (*Derecha*) Sólido de oro de Honorio (395-423), con la misma inscripción que el 1, *DN PF AVG*, acuñado en Constantinopla, 408-420.

3 y 4. (*Izquierda*) Sólido de oro de Gala Placidia (424-437), también identificado como *Domina Nostra, Pia Felix Augusta*, acuñado en Rávena, 426-430. (*Derecha*) Sólido de oro de Constancio III, *DN PF AVG*, brevemente emperador (421), acuñado en Rávena.

5. Sólido de oro de Teodosio II acuñado en Constantinopla en el año 437 para conmemorar el matrimonio de su hija Licinia Eudoxia con Valentiniano III, que

figura en el reverso, estrechando la mano al emperador y con las palabras *Feliciter Nubtiis* («A los felizmente casados»).

6. «Mausoleo» de Gala Placidia, Rávena (425-450), capilla anexa a la iglesia de la Santa Cruz que ella misma fundó.

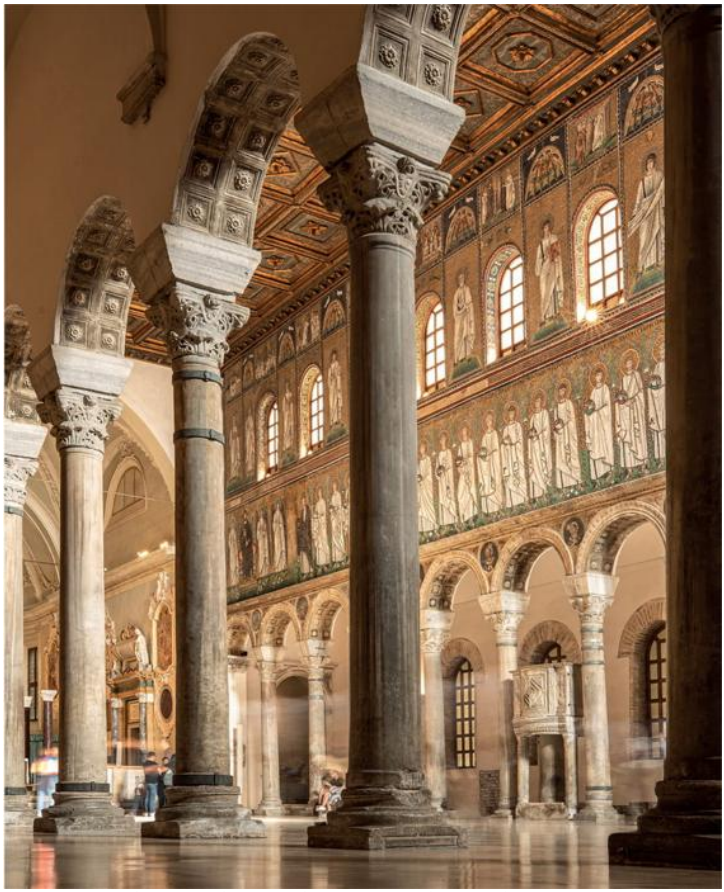


7. Un mosaico interior, con san Lorenzo (o posiblemente Cristo) portando una larga cruz y un libro abierto, con la parrilla sobre el fuego y un armario que guarda los libros del Evangelio.

8. La cúpula del «mausoleo». El cielo estrellado y las estructuras que lo sustentan están completamente cubiertos de franjas de mosaico simbólicas y coloridas, en las que podemos ver palomas que beben de una pila de agua.

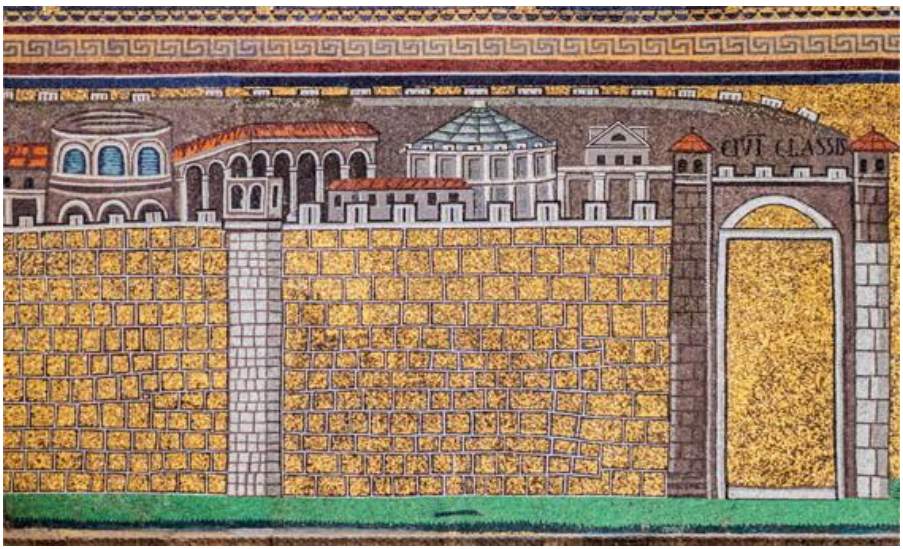
9. Las cúpulas centrales de los dos baptisterios de Rávena: el de los ortodoxos, sufragado por el obispo Neón (*c*. 450-473), con un Cristo maduro y con barba.

10. El baptisterio de los arrianos, mandado construir por Teodorico (493-526), con un Cristo claramente más joven y humano.



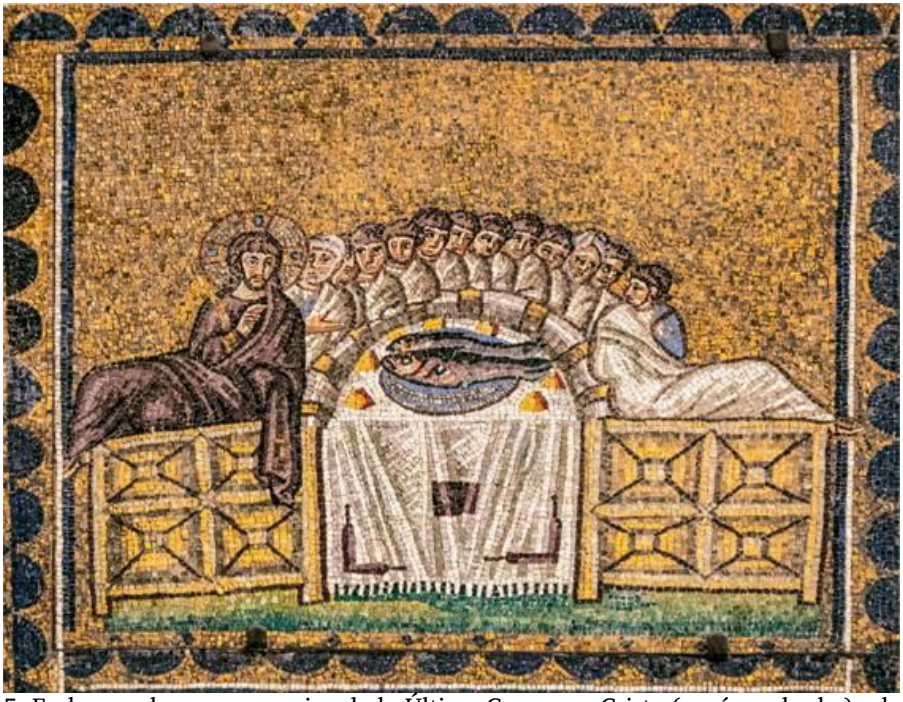
11. La imponente iglesia palatina de San Apolinar el Nuevo de Teodorico. Vista interior del muro sur, con escenas de la Pasión, figuras masculinas y la procesión de santos varones en tres niveles de mosaico (493-526).

12. El mosaico del palacio (*PALATIUM*) con la ciudad amurallada de Rávena detrás, en el extremo oeste de San Apolinar el Nuevo. Originalmente, Teodorico aparecía entronizado bajo el arco central. Esta imagen del rey hereje arriano con sus cortesanos a ambos lados fue eliminada por el arzobispo Agnelo en la década de 560. Se sustituyó por unas cortinas y quedaron solo algunas manos visibles.



13. La ciudad amurallada de Classe, *CIVITAS CLASSIS* (frente al mosaico del palacio), en la que Teodorico y sus funcionarios estaban representados de pie frente a las fortificaciones. Cuando el arzobispo Agnelo recicló la iglesia para el culto católico, también fueron eliminadas y sustituidas por sillares dorados.

14. Pared norte de San Apolinar el Nuevo, mosaico de Cristo curando al paralítico cuya camilla descolgaron por el techo, como se relata en Marcos 2, 4 y Lucas 5, 19.



15. En la pared sur, un mosaico de la Última Cena, con Cristo (aquí con barba) y los doce apóstoles reclinados en triclinios en torno a una mesa semicircular con panes y peces, como se describe en Mateo 26, Marcos 14, Lucas 22 y Juan 13.

16. Triple sólido de oro de Teodorico (493-526), identificado como *REX*, «rey», *PIUS PRINC(EPS) I(NVICTUS) S(EMPER)* («soberano piadoso, siempre invicto»). En la mano izquierda sostiene el orbe rematado con una victoria alada que le ofrece una corona triunfal. El peinado y el bigote son godos; la ropa, la fíbula y demás símbolos son totalmente imperiales.

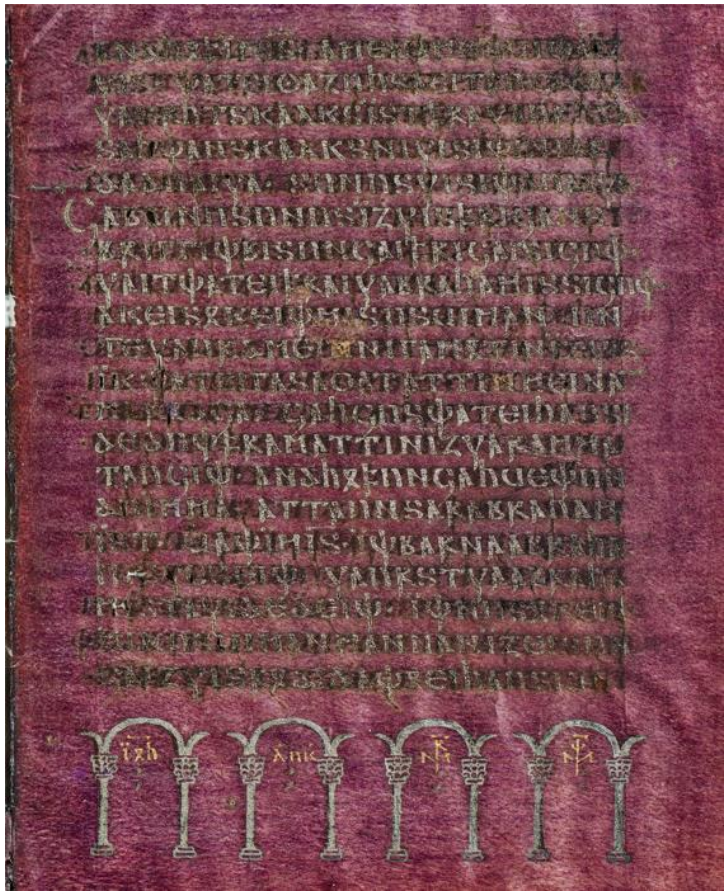
17. Mausoleo de Teodorico, fuera de las murallas de Rávena, construido antes de su muerte en 526.

18 y 19. (*Izquierda*) *Tremissis* de oro (un tercio de sólido) de *DN Romulus Augustus PF AVG*, acuñado en Rávena en 476. (*Derecha*) *Tremissis* de oro acuñado por Odoacro en Rávena en nombre del emperador Zenón entre 476 y 491 (*DN ZENO PERPI(tuus) AVG(ustus)*).

20 y 21. (*Izquierda*) Cuarto de *siliqua* de plata del joven rey Atalarico (526-534), acuñado en Rávena en nombre del emperador Justiniano. (*Derecha*) Moneda de bronce del rey Teodato (535-536) (*DN THEODAHATUS REX*), también acuñada en Rávena.

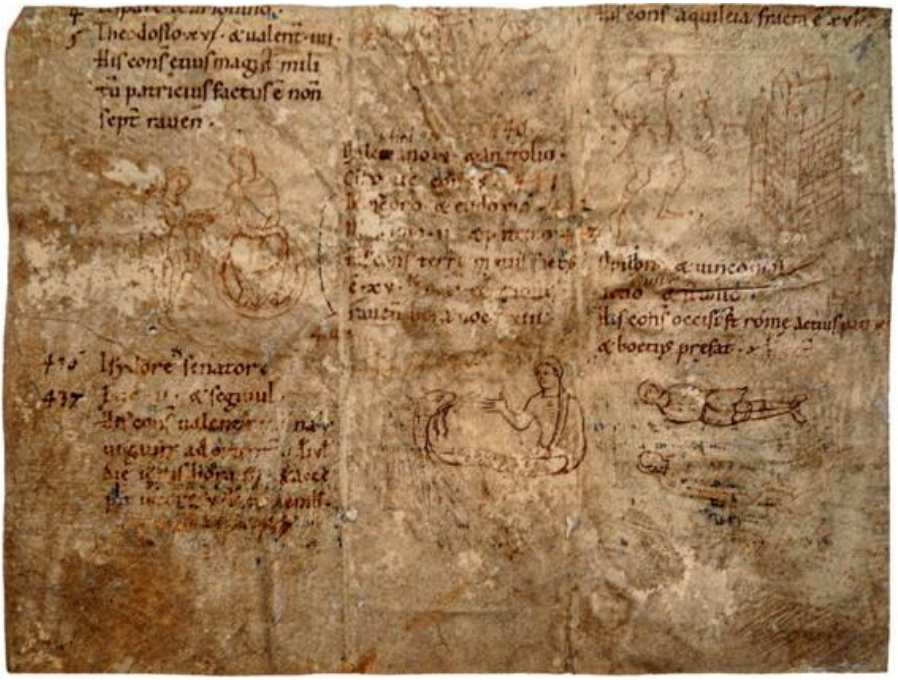
22 y 23. (*Izquierda*) Media *siliqua* de plata del rey Baduila/Totila (549-552), acuñada en Pavía. (*Derecha*) Media *siliqua* de plata del rey Vitiges (536-540), acuñada en

Rávena.



24. Folio 99r de la Biblia gótica del siglo VI elaborada en Rávena, con letras doradas y plateadas sobre pergamino teñido de púrpura, que muestra el texto de parte del debate de Cristo con los fariseos (Juan 8, 34-40). En la arquería situada al pie del texto se indican los pasajes correspondientes de los evangelios de Lucas, Marcos y Mateo en tablas canónicas.

25. *Anales* de Rávena. Media página de un manuscrito, con las entradas correspondientes a los años posteriores a 412, entre las que se encuentran la cabeza del usurpador Constantino III expuesta en público en un poste (*arriba a la izquierda*) y un monstruo que sale de la tierra como representación de un terremoto (*abajo a la derecha*). Las muertes se indican con cadáveres amortajados.



26. Reverso del mismo fragmento, en el que Teodosio II (el emperador sentado sobre el globo terráqueo) eleva a Aecio a la dignidad de patricio en 435 (*arriba a la*

izquierda) y entradas correspondientes a los años 436 y 437; otro terremoto (*centro*); el sitio de Aquilea (*arriba a la derecha*) y la muerte de dos individuos (*abajo a la derecha*).

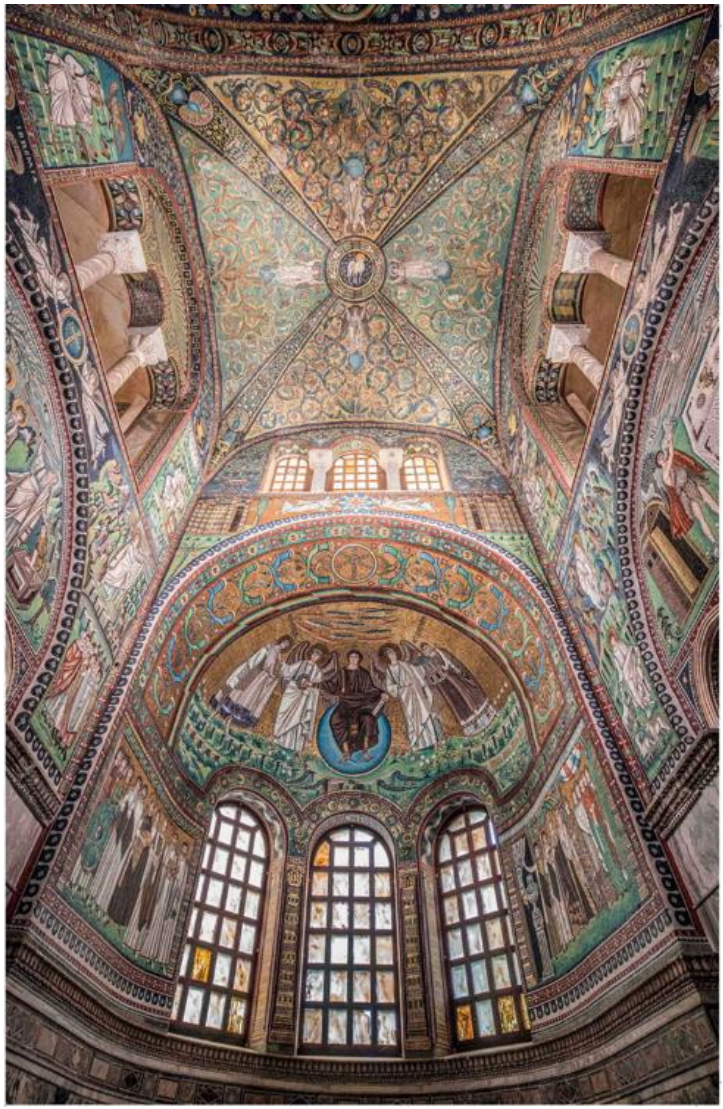
27. Capitel de una iglesia goda desmantelada, con el monograma de Teodorico en el centro, reaprovechado en la logia veneciana de la Piazza del Popolo, Rávena.

28. Denario de Rávena, una moneda de bronce del siglo vi de diez *nummi*, acuñada en Rávena, con (*izquierda*) la personificación de la ciudad en forma de mujer que lleva una corona de torres, identificada como *FELIX RAVENNA*, y (*derecha*) el monograma *R(avenna) F(elix)* rodeado de una corona de laurel.

29. Tubería de plomo con la inscripción «Nuestro señor, el rey Teodorico, [lo] restauró para la ciudad», que formaba parte de las reparaciones del acueducto y los canales de agua de la ciudad efectuadas por Teodorico (493-526).

30. San Vital, Rávena (526-540). El exterior desde el oeste, en el que se aprecia su forma octogonal.

31. El mosaico del ábside, un detalle del obispo Eclesio que ofrece la iglesia de San Vital, con su cúpula, a Cristo.

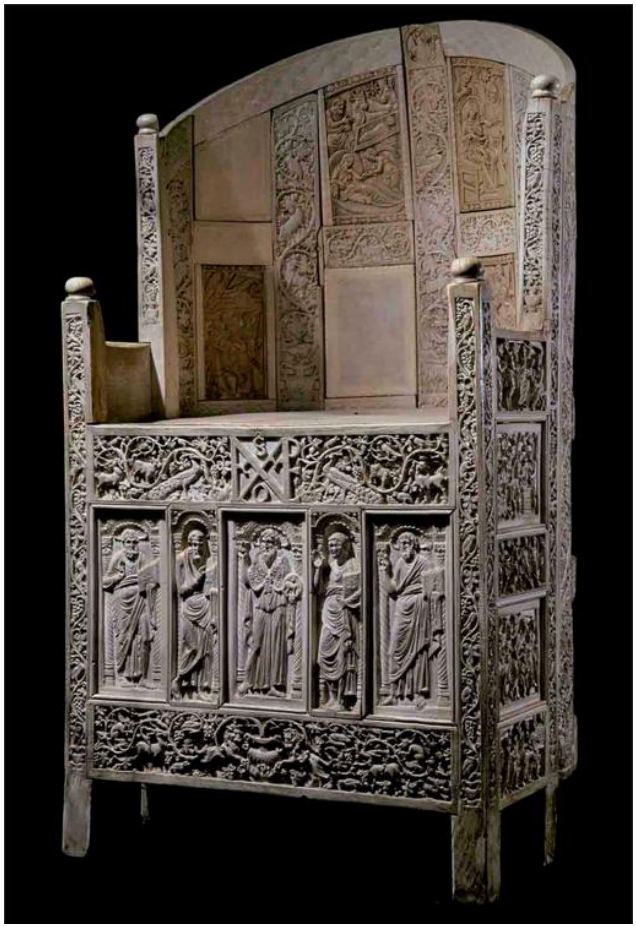


32. Ábside de San Vital, con Cristo sentado sobre un globo terráqueo flanqueado por ángeles. Los dos famosos paneles imperiales (37 y 38) se encuentran inmediatamente debajo, a ambos lados. El medallón central de la cúpula representa el cordero de Dios, sostenido por cuatro ángeles, y guirnaldas de flores con animales y aves.

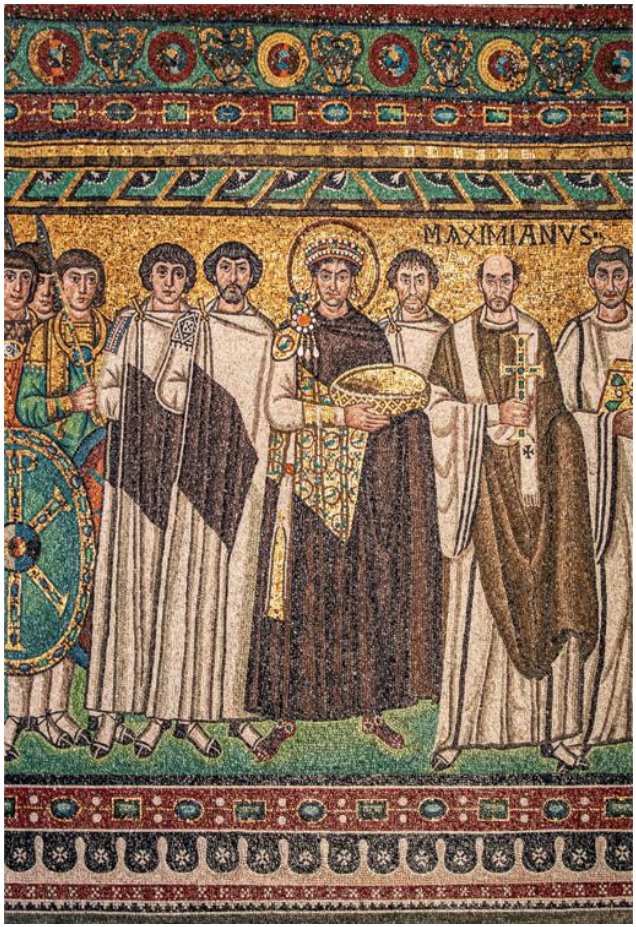
33. Bloque de imposta con el monograma del obispo Víctor (537-544) sobre un capitel importado de Constantinopla, en la planta baja de San Vital.

34. Tapa de sarcófago con la inscripción en griego del epitafio del exarca Isaac, encargada por su viuda, Susana, en el año 643.

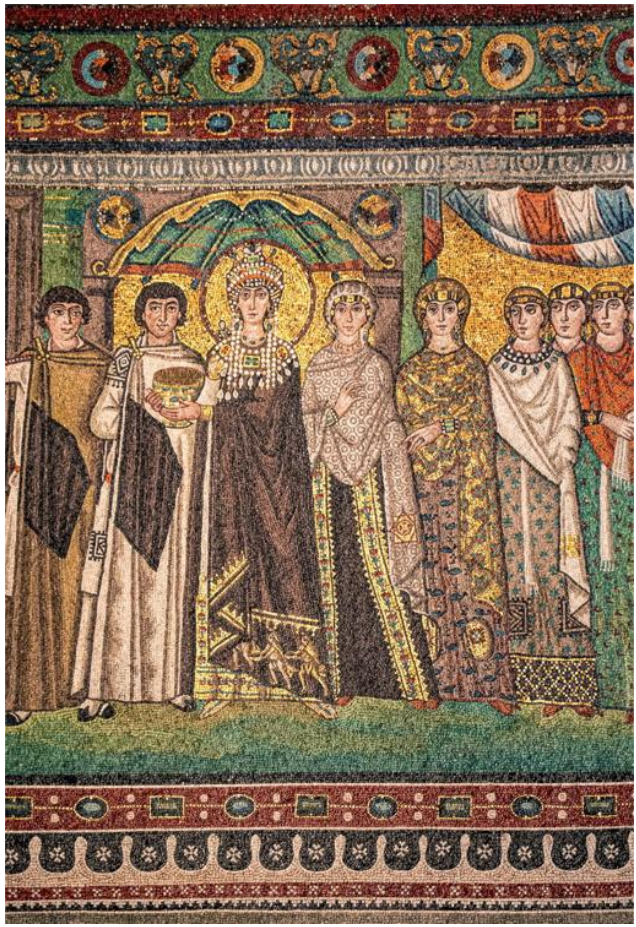
35. Sarcófago paleocristiano con la representación de los Reyes Magos que ofrecen sus regalos a la Virgen y al Niño, reaprovechado para el entierro del exarca Isaac en San Vital.



36. Trono de marfil del arzobispo Maximiano de Rávena, siglo VI, hecho enteramente de colmillo de elefante, con su monograma en el centro, flanqueado por pavos reales. Debajo encontramos a Juan el Bautista y los cuatro evangelistas con sus libros, mientras que los laterales están decorados con escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento.



37. Panel del mosaico imperial de la pared norte del presbiterio de San Vital, que representa al emperador Justiniano junto al arzobispo Maximiano (con la leyenda correspondiente) con sacerdotes y soldados. El emperador, que lleva los emblemas imperiales, entrega sus dones a la iglesia.

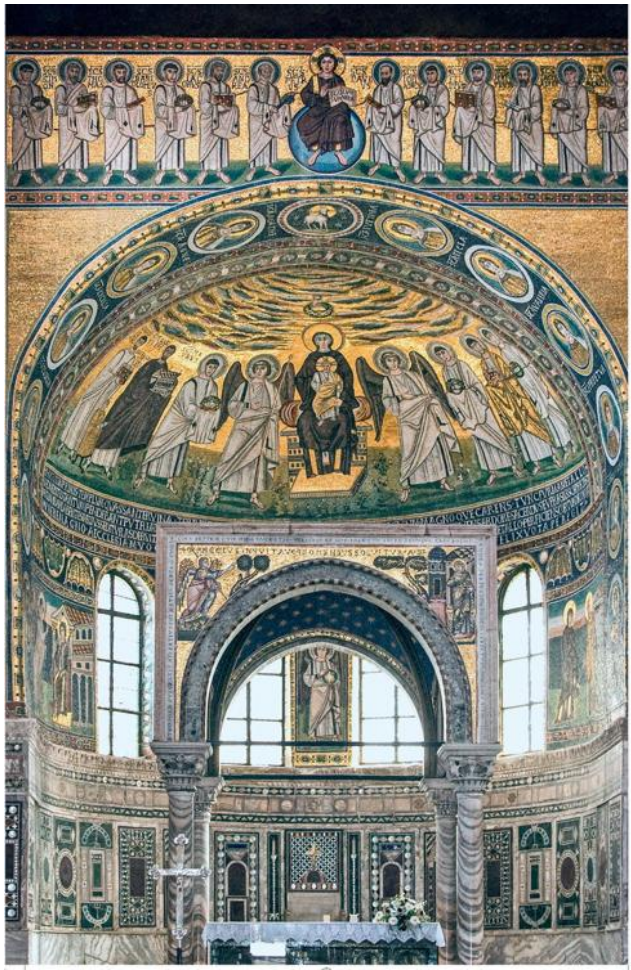


38. Panel de la pared sur, situado frente al panel de Justiniano, que representa a la emperatriz Teodora ofrendando un cáliz a la iglesia, flanqueada por sus damas de compañía y eunucos de la corte. En el borde de su manto púrpura, vemos a los Reyes Magos que llevan sus presentes a la Virgen y al Niño.

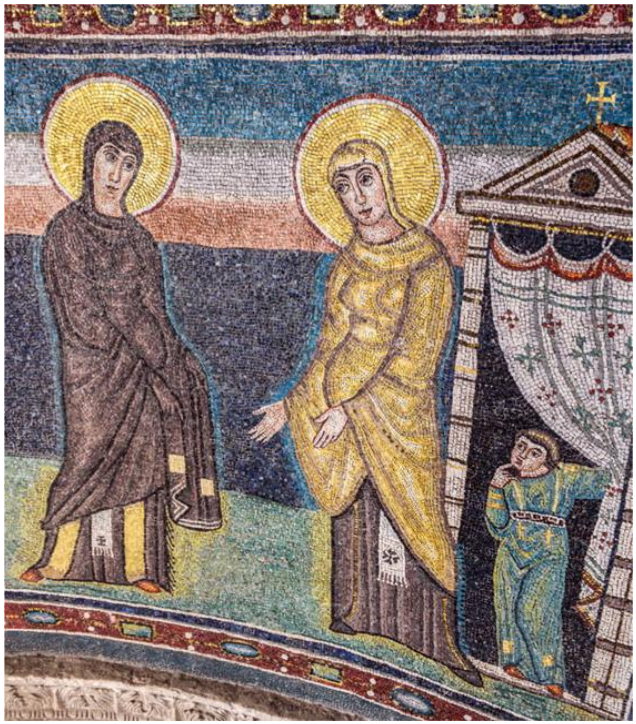
39 y 40. ¿Cómo debía representarse a Cristo? (*Arriba*) Detalle del Cristo joven y sin barba entronizado en el globo terráqueo del ábside de San Vital, en contraposición (*abajo*) al Cristo maduro y con barba que sostiene el Evangelio, en el ápice del arco del ábside.

41. (*Izquierda*) Sólido de oro de Justiniano II (segundo reinado, 705-711), que representa a Cristo como un joven de cabellera rizada, *IhS CRISTOS REX REGNANTIUM* («Rey de Reyes»), bendiciendo y con el Evangelio en la mano. (*Derecha*) En el reverso, retrato de busto del emperador (identificado como «siervo de Cristo», *Servus Christi*), que en la mano derecha lleva una cruz sobre gradas y en la izquierda un orbe con la inscripción *PAX* («paz») rematado por una cruz.

42. (*Izquierda*) Sólido de oro de la misma época, con la representación de Cristo como un hombre maduro con barba en ademán de bendecir. (*Derecha*) En el reverso Justiniano II, de pie, sujeta un crucero sobre pedestal de gradas.

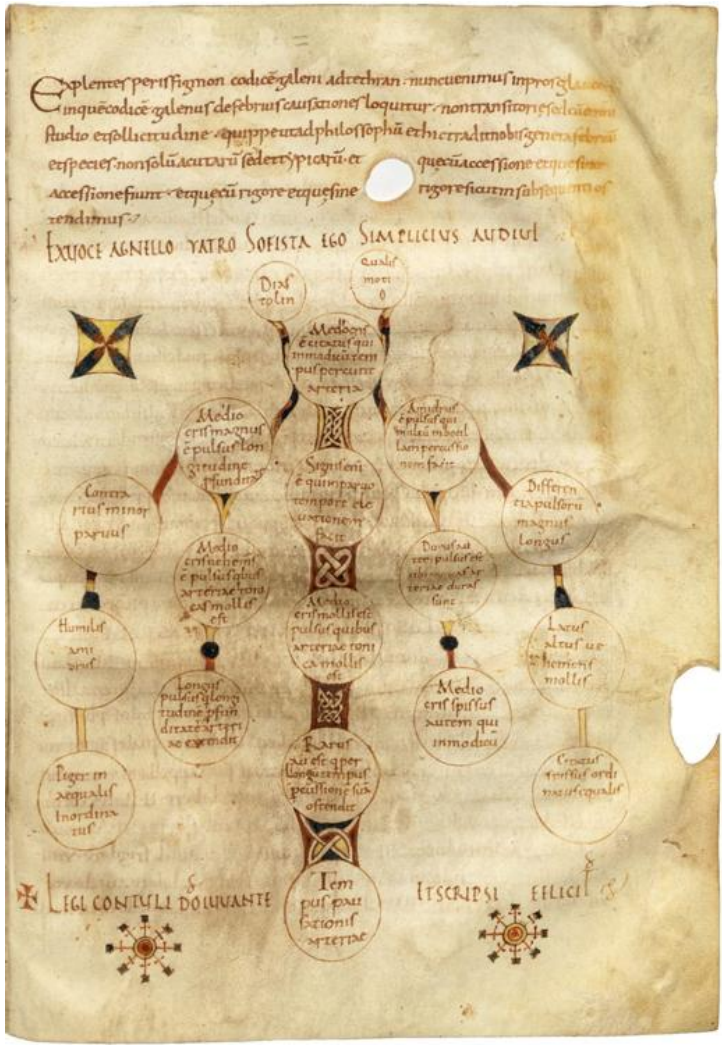


43. La extremo del Adriático, decorada con mosaicos análogos de mediados del siglo VI.



44. Panel de mosaico de la Visitación, en el que la Virgen María saluda a Isabel, madre de san Juan Bautista. Ambas están visiblemente embarazadas, un rasgo muy poco habitual.

45. Capilla de Santa María *en Formosa* (Pula), vista desde lo que habría sido la entrada occidental de una gran basílica que mandó construir el arzobispo Maximiano en su ciudad natal. En la actualidad, aislada igual que el «mausoleo» de Gala Placidia, esta capilla antaño adosada al ábside es todo lo que queda de un importante monumento de mediados del siglo VI.



46. Copia del siglo IX, conservada actualmente en Milán, del texto de Simplicio, que «escuchó y escribió» las lecciones del doctor Agnelo, «YATRO SOFISTA», en Rávena en el siglo VII, ilustrado en una tabla genealógica. Este comentario de los textos de Galeno se convirtió en un elemento clave de la enseñanza de la medicina en el Occidente medieval.

47. (*Izquierda*) Sólido de oro del emperador Constancio II (641-668) y de su hijo mayor Constantino, acuñado en Constantinopla entre 659 y 661. (*Derecha*) En el reverso, sus hijos menores Heraclio y Tiberio, a ambos lados de un crucero sobre tres gradas, con la inscripción *VICTORIA AUGV* (*Victoria augustorum*, «victoria de los emperadores»). Cuando Constantino IV accedió al trono imperial (668-685), mutiló a sus dos hermanos y los desterró.

48. Restos de la columna en honor de Focas, erigida en el Foro Romano en 608 por el exarca Esmaragdo para destacar la autoridad del emperador de Constantinopla. Tras la muerte de Focas, en el año 610, su nombre fue borrado a golpes de cincel; habría ocupado el hueco en forma de rombo de la inscripción, tras la palabra *Domino* (*detalle, abajo*).

49. San Apolinar en Classe, la basílica consagrada por el arzobispo Maximiano en 549.

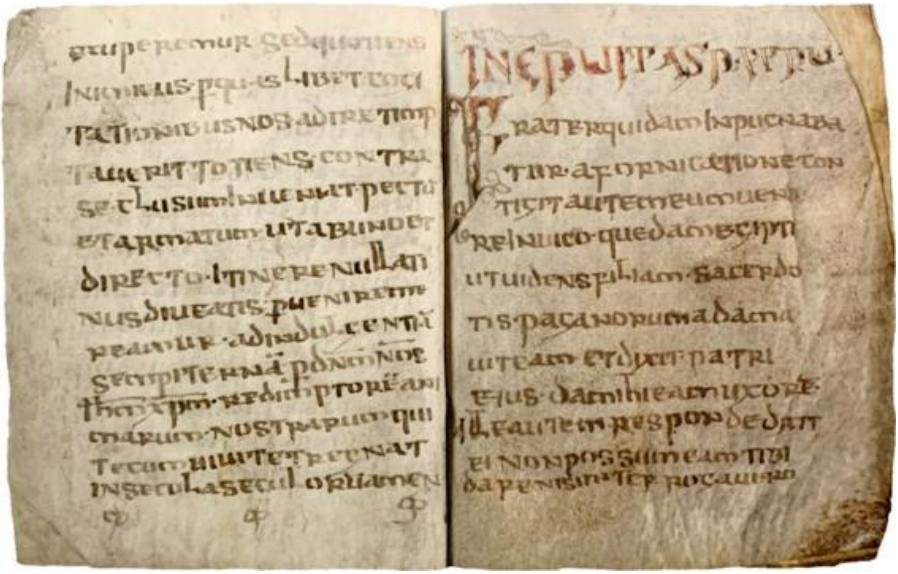
50. Interior de San Apolinar en Classe, con el conjunto de columnas y capiteles de mármol de Proconeso encargados a Constantinopla. La decoración original de mosaico y mármol de las paredes se perdió y se sustituyó en parte por retratos al fresco de los obispos de Rávena.

51. El mosaico del ábside de San Apolinar en Classe, con el santo patrono vestido de obispo y doce corderos que representan a los apóstoles, bajo una cruz cubierta de oro y pedrería.

52 y 53. Dos paneles de mosaico situados entre las ventanas del ábside. (*Izquierda*) San Severo, obispo de Rávena del siglo IV, con un libro del Evangelio. (*Derecha*) Retrato del obispo Ursicino (533-536), que inició la construcción de la iglesia con la ayuda del *argentarius* Juliano durante el reinado de Amalasunta (526-535).

54. Panel de mosaico de San Apolinar en Classe encargado por el arzobispo Reparato (671-677) para celebrar la autonomía de la Iglesia de Rávena, concedida por Constancio II en 666. Aunque el mosaico ha sido muy restaurado, se inspira claramente en el panel imperial de Justiniano I y Maximiano en San Vital (véase la imagen 37).

55. Sello de plomo del exarca Teodoro (678-687) del siglo VII, utilizado para probar la autenticidad de sus órdenes: (*izquierda*) en el anverso «Madre de Dios, ayuda a tu siervo», y (*derecha*) en el reverso «Teodoro, patricio y exarca». Estos sellos de plomo son hoy el único testimonio de esta clase de documentos, a los que iban unidos mediante un cordel.

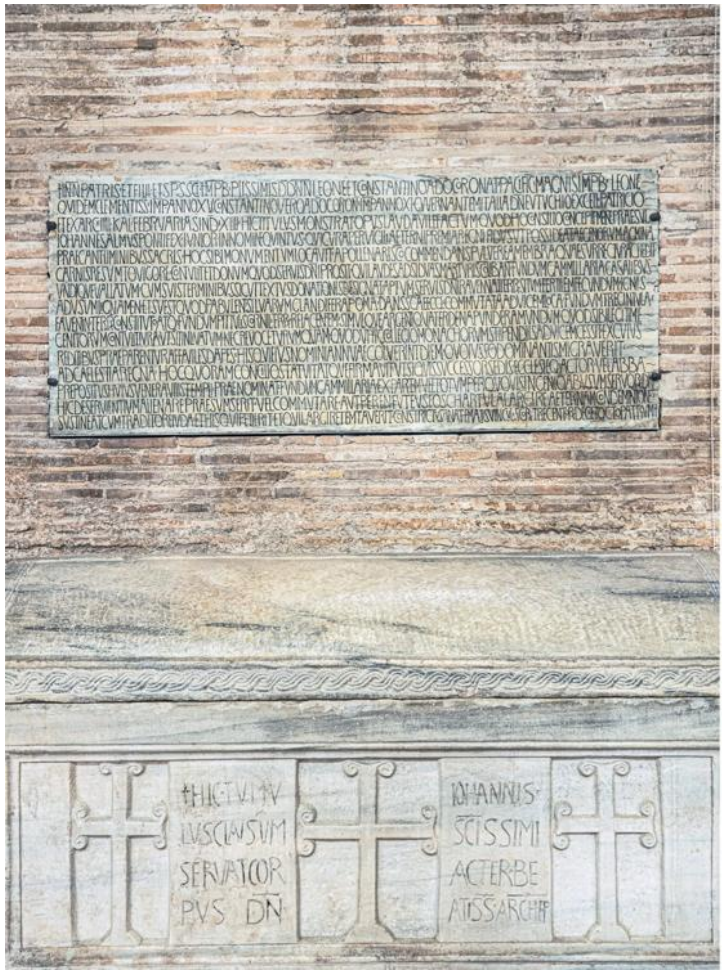


56. Manuscrito de las *Vitae Patrum*, vidas de los padres del desierto, copiado en Rávena sobre pergamino por un escriba desconocido *c*. 700. Incorporado a una colección de sermones, atestigua la actividad de los clérigos probablemente adscritos al *scriptorium* episcopal.

57 y 58. (*Izquierda*) La mano de Dios en el centro del mosaico del ábside de San Apolinar en Classe, justo encima de la cruz de oro con un retrato de busto de Cristo en el centro, y debajo san Apolinar oficiando ante el altar. (*Derecha*) El Jardín del Edén detrás del santo, en el ábside. En todos los edificios de Rávena, este tipo de flora y fauna crea escenas idílicas de aves, animales y plantas.

59. Sarcófago paleocristiano reaprovechado por el arzobispo Teodoro (677-691/692) para su propia sepultura en San Apolinar en Classe. Su epitafio está inscrito en la tapa, debajo de las tres coronas de laurel.

60. Sarcófago de principios del siglo VIII del arzobispo Félix (708-725), que refleja la acusada disminución de la calidad de la talla de las tumbas más recientes, también en San Apolinar en Classe.



61. Sarcófago del arzobispo Juan (725-744) en San Apolinar en Classe, otra tumba muy sencilla con una inscripción pobremente tallada, debajo de una inscripción mucho más larga y de elegante factura que deja constancia de sus donaciones a la Iglesia de Rávena.

62. Capilla palatina de Carlomagno en Aquisgrán (794-813), en la que se aprecia como adoptó una planta octogonal con cúpula inspirándose en San Vital. Algunas de las columnas y el revestimiento de mármol proceden casi con seguridad de Rávena.

Índice de ilustraciones

1.Sólido de oro de Teodosio I. (Fotografía: © Dumbarton Oaks, Byzantine Collection, Washington D. C. [*BZC*. 1948.17.866])
2.Sólido de oro de Honorio. (Fotografía: © Münzkabinett, Staatliche Museen zu Berlin. Fotografía: Lutz-Jürgen Lübke/© 2020 Scala, Florencia/BPK, Berlín)
3.Sólido de oro de Gala Placidia. (Fotografía: © Dumbarton Oaks, Byzantine Collection, Washington D. C. [*BZC*. 1948.17.932])
4.Sólido de oro de Constancio III. (Fotografía: © Dumbarton Oaks, Byzantine Collection, Washington D. C. [*BZC*. 1948.17.930])
5.Sólido de oro de Teodosio II. (Fotografía: Münzkabinett, Staatliche Museen zu Berlin. Fotografía: Lutz-Jürgen Lübke/© 2020 Scala, Florencia/BPK, Berlín)
6.«Mausoleo» de Gala Placidia, Rávena. (Fotografía: Kieran Dodds).
7.Mosaico de san Lorenzo, «mausoleo» de Gala Placidia. (Fotografía: Kieran Dodds)
8.Cúpula del «mausoleo». (Fotografía: Kieran Dodds).
9.Cúpula del baptisterio de Neón, Rávena. (Fotografía: Kieran Dodds).
10.Cúpula del baptisterio de los arrianos, Rávena. (Fotografía: Kieran Dodds).
11.Pared sur de San Apolinar el Nuevo, Rávena. (Fotografía: Kieran Dodds).
12.Mosaico del palacio (PALATIUM), San Apolinar el Nuevo. (Fotografía: Kieran Dodds)
13.Mosaico que representa la ciudad amurallada de Classe, San Apolinar el Nuevo. (Fotografía: Kieran Dodds)
14.Mosaico de Cristo sanando al paralítico, San Apolinar el Nuevo. (Fotografía: Kieran Dodds)
15.Mosaico de la Última Cena, San Apolinar el Nuevo. (Fotografía: Kieran Dodds)
16.Triple sólido de oro de Teodorico. (Fotografía: Museo Nazionale Romano, Roma)

17.Mausoleo de Teodorico, Rávena. (Fotografía: Kieran Dodds).
18.*Tremissis* de oro de Rómulo Augústulo. (Fotografía: Roma Numismatics).
19.*Tremissis* de oro acuñado por Odoacro en nombre del emperador Zenón. (Fotografía: Bertolami Fine Arts)
20.Cuarto de *siliqua* de plata de Atalarico. (Fotografía: Artemide Aste).
21.Moneda de bronce de Teodato. (Fotografía: The Barber Institute of Fine Arts, Universidad de Birmingham)
22.Media *siliqua* de plata de Baduila/Totila. (Fotografía: © The Trustees of the British Museum [1853,0716.324])
23.Media *siliqua* de plata de Vitiges. (Fotografía: Classical Numismatic Group).
24.Página del *Codex Argenteus*. (Fotografía: Biblioteca de la Universidad de Uppsala [*MS*, *DG*, 1, fol 99r])
25.Fragmento de los *Anales* de Rávena. (Fotografía: Domstiftbibliothek, Merseburg [Códex 202 verso])
26.Fragmento de los *Anales* de Rávena. (Fotografía: Domstiftbibliothek, Merseburg [Códex 202 recto])
27.Capitel con el monograma de Teodorico, piazza del Popolo, Rávena. (Fotografía: la autora)
28.Moneda de bronce de 10 *nummi*, con la personificación de Rávena. (Fotografía: Roma Numismatics)
29.Tubería de plomo del acueducto con una inscripción conmemorativa de Teodorico. (Fotografía: Museo Arqueológico Nacional, Rávena. Reproducido con la autorización del Polo Museale, Emilia-Romaña)
30.Exterior de San Vital, Rávena. (Fotografía: Interfoto/Alamy).
31.Detalle del mosaico del ábside con el obispo Eclesio ofreciendo la iglesia a Cristo, San Vital. (Fotografía: Classic Image/Alamy)
32.Vista del ábside y del interior de la cúpula, San Vital. (Fotografía: Kieran Dodds)
33.Bloque de imposta con el monograma del obispo Víctor, San Vital.
34.Tapa de sarcófago con la inscripción del epitafio del exarca Isaac, San Vital. (Fotografía: Kieran Dodds)
35.Sarcófago paleocristiano reutilizado para enterrar al exarca Isaac, San Vital. (Fotografía: Kieran Dodds)
36.Trono de marfil del arzobispo Maximiano. (Fotografía: Museo Arzobispal, Rávena)
37.Panel de mosaico con el emperador Justiniano y su séquito, San Vital. (Fotografía: Kieran Dodds)
38.Panel de mosaico con la emperatriz Teodora y su séquito,

San Vital. (Fotografía: Kieran Dodds)
39.Detalle del Cristo joven e imberbe del mosaico del ábside, San Vital. (Fotografía: Kieran Dodds)
40.Detalle del Cristo maduro y con barba del arco triunfal, San Vital. (Fotografía: Kieran Dodds)
41.Sólido de oro de Justiniano II, con un Cristo joven e imberbe. (Fotografía: The Barber Institute of Fine Arts, Universidad de Birmingham)
42.Sólido de oro de Justiniano II, con un Cristo maduro y con barba. (Fotografía: The Barber Institute of Fine Arts, Universidad de Birmingham)
43.Ábside de la iglesia del obispo Eufrasio en Parentium (Porec, Croacia). (Fotografía: John Elk III/Alamy)
44.Panel de mosaico de la Visitación, iglesia del obispo Eufrasio. (Fotografía: Dušan Djordjevic).
45.Capilla de Santa María *in Formosa* (Pula, Croacia). (Fotografía: la autora).
46.Copia del siglo IX del texto del médico, Simplicio. (Fotografía: © Veneranda Biblioteca Ambrosiana, Milán)
47.Sólido de oro del emperador Constancio II y su hijo, Constantino. (Fotografía: Museo de Arte de Cleveland, donación del doctor Norman Zaworski [2012.22])
48.Restos de la columna en honor a Focas, Foro Romano. (Fotografías: André de Montbard [*arriba*]; JeffBondono/ JeffBondono.com [*abajo*])
49.Exterior de San Apolinar en Classe. (Fotografía: Giorgio Morara/Alamy).
50.Interior de San Apolinar en Classe. (Fotografía: Kieran Dodds).
51.Mosaico del ábside, San Apolinar en Classe. (Fotografía: Kieran Dodds).
52.Retrato de san Severo en mosaico, San Apolinar en Classe. (Fotografía: Kieran Dodds)
53.Retrato en mosaico del obispo Ursicino. (Fotografía: Kieran Dodds).
54.Mosaico de los *privilegia*, San Apolinar en Classe. (Fotografía: Kieran Dodds).
55.Sello de plomo del exarca Teodoro. (Fotografía: © Dumbarton Oaks, Byzantine Collection, Washington D. C. [*BZS*. 1955.1.1181])
56.Manuscrito de las *Vitas Patrum*, copiado en Rávena por un escriba desconocido, *c* 700. (Fotografía: Archivo Arzobispal, Rávena [Cod 4, fols 5v-6r])
57.Detalle de la mano de Dios del mosaico del ábside, San

Apolinar en Classe. (Fotografía: Kieran Dodds)

58.Detalle de un mosaico con la representación del Jardín del Edén, San Apolinar en Classe. (Fotografía: Kieran Dodds)

59.Sarcófago paleocristiano reutilizado para enterrar al arzobispo Teodoro, San Apolinar en Classe. (Fotografía: Cameraphoto Arte Venezia/Bridgeman Images)

60.Sarcófago del arzobispo Félix, San Apolinar en Classe. (Fotografía: Wikimedia Creative Commons/Sailko)

61.Sarcófago del arzobispo Juan, debajo de una inscripción en la que constan sus donaciones a la iglesia, San Apolinar en Classe. (Fotografía: Kieran Dodds)

62.Interior de la Capilla Palatina, catedral de Aquisgrán (Alemania). (Fotografía: Wikimedia Creative Commons/Sailko).

Nota: De las fotografías tomadas por Kieran Dodds, las n.º 7-9,32-35 y 37-40 se reproducen con la amable autorización de la Opera di Religione de la diócesis de Rávena-Cervia; las n.º 10-15,50-54,57-58 y 61 se reproducen con la amable autorización del Ministerio de Patrimonio Cultural y Turismo, Dirección Regional de los Museos de Emilia-Romaña.

Fuentes primarias

AASS	*Acta Sanctorum*, 71 vols., París, 1863-1940.
ACO	*Acta Conciliorum Oecumenicorum*, Berlín y Leipzig, 1922-1974; nueva serie II, Berlín, 1984-1992; III, Berlín, 2008.
Anales de Rávena	B. Bischoff y W. Koehler, «Eine illustrierte Ausgabe der spätantiken Ravennater Annalen», en Medieval Studies in Memory of A. Kinsley Porter, Cambridge (MA), 1939, vol. I, pp. 125-137.
Anon. Vales	*Anonymous Valesianus*, T. Mommsen, ed., en *MGH*, *AA*, IX; J. C. Rolphe, ed. y trad., en *Ammianus Marcelino*, vol. 3, Londres, 1952.
ARF	Annales regni Francorum, F. Kurze, ed., *MGH*, SRG, Hannover, 1895; B. W. Scholz, trad., en Carolingian Chronicles, Ann Arbor, 1972.
CC	*Codex Carolinus*, W. Gundlach, ed., en *MGH*, *Epp*, III, Berlín, 1957.
CCL	*Corpus Christianorum Latinorum*, Series Latina, Turnhout, 2003-.
CIG	*Corpus Inscriptionum Graecarum*, A. Boeckh, ed., 4 vols., Berlín, 1828-1877.
CIL	*Corpus Inscriptionum Latinarum*, 16 vols., Berlín, 1862-1989.
CJC	*Corpus Juris Civilis*, T. Mommsen, P. Krueger et al., eds., 3 vols., Berlín, 1928-1929.
CLA	Chartae Latinae antiquiores. Facsimile Edition of the Latin Charters Prior to the Ninth Century, A. Bruckner y R. Marichal, eds., Olten, 1954-.
CSEL	*Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum*, Viena, 1866-.
CTh	Codex *Theodosianus*, T. Mommsen, ed., 2 vols.; The Theodosian Code and Novels, C. Pharr, trad., Nueva York, 1952, reimp. 2001.
Eunapio	en *Fragmentary Historians*.
Fragmentary Historians	The Fragmentary Classicising Historians

	of the Late Roman Empire, R. C. Blockley, ed., trad. y notas historiográficas, Liverpool, 1953, ARCA Classical and Medieval Texts, Papers and Monographs, 10.
Gregorio Magno, *Regesten*	*MGH*, Epp, vols. I y II, Registrum epistolarum, P. Ewald y L. M. Hartmann, eds., Berlín, 1887-1899.
ILS	*Inscriptiones Latinae selectae*, H. Dessau, ed., Berlín, 1856-1931 (reimp. 1954-1955), y Dublín, 1974.
Juan de Antioquía	*Ioannis Antiocheni fragmenta quae supersunt omnia*, S. Mariev, ed. y trad., Berlín, 2008. Selecciones en *Fragmentary Historians* y en C. D. Gordon, *The Age of Attila. Fifth-Century Byzantium and the Barbarians*, Ann Arbor, 1972.
Laurent, *Médaillier*	V. Laurent, *Les sceaux byzantins du Médaillier vatican*, Ciudad del Vaticano, Roma, 1962.
LP	*Liber pontificalis. Texte, introduction et commentaire*, L. Duchesne, ed., 2 vols., Roma, 1886-1892; R. Davis, trad., vol. 1, *The Book of the Pontiffs (Liber pontificalis). The Ancient Biographies of the First Ninety Roman Bishops to AD 715*, Liverpool, 1989; vol. 2, *The Lives of the Eighth-Century Popes*, Liverpool, 1992; vol. 3, *The Lives of the Ninth-Century Popes*, Liverpool, 1995.
LPR	*Agnellus of Ravenna. The Book of the Pontiffs of the Church of Ravenna*, D. M. Deliyannis, trad., introd. y notas, Washington D. C., 2004. Texto original en latín con traducción al alemán en C. Nauerth, *Agnellus von Ravenna, Bishofsbuch*, 2 vols., Friburgo de Brisgovia, 1996.
Malalas, *Crónica*	The Chronicle of John Malalas, E. Jeffreys, M. Jeffreys y R. Scott, trads., Byzantina Australiensia, 4, Melbourne, 1986.
Malco	en *Fragmentary Historians*.
Mansi	D. Mansi, Sanctorum Conciliorum nova et amplissima Collectio, 53 vols., París y Leipzig, 1901-1927.
Marcelino	The Chronicle of Marcellinus, B. Croke, trad., Byzantina Australiensia, 7, Sídney, 1995. [Hay trad. cast.: *Historia*, María Luisa Harto Trujillo, trad., Madrid, Akal, 2002].
Marini	G. Marini, *I Papiri diplomatici, raccolti ed illustrati*, Roma, 1805.

MGH	Monumenta Germaniae Historica
AA	*Auctores Antiquissimi*, 15 vols., Berlín, 1877-1919, incluido el vol. XI, *Chronica Minora*.
Epp	*Epistolarum*, 8 vols., Berlín, 1887-1939.
SRG	*Scriptores rerum Germanicarum in usum scholarum*, 13 vols., Berlín y Weimar, 1920-1967.
SRM	vi-ix, Hannover, 1878.
SRL	*Scriptores rerum Merovingicarum*, 7 vols., Hannover, 1885-1920.
SS	*Scriptorum*, 32 vols., Hannover, 1826-1934.
Nicéforo, *Historia breve*	Nikephoros, Patriarch of Constantinople [Nicéforo, patriarca de Constantinopla], *Short History*, C. Mango, ed. y trad., Washington D. C., 1990. [Hay trad. cast.: *Nicéforo patriarca de Constantinopla. Historia breve*, Encarnación Motos Guirao, trad., Granada, Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, 2012].
Olimpiodoro	en *Fragmentary Historians*.
Orosio	Osorius [Orosio], Historia adversos paganos, R. J. Deferrari, trad., Seven Books of History Against the Pagans, Washington D. C., 1965, reimp. 2001. [Hay trad. cast.: *Historias*, Eustaquio Sánchez Salor, intr., trad. y notas, 2 vols., Madrid, Gredos, 1982].
Pablo el Diácono, *HL*	*Historia Langobardorum*, G. Waitz, ed., *MGH, SRL;* W. D. Foulke, trad., Filadelfia, 1907, reimp. con introd. de E. Peters, Filadelfia, 1974. [Hay trad. cast.: *Historia de los longobardos*, Pedro Herrera Roldán, intr., trad. y notas, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2006].
PG	*Patrologia Graeca*, J.-P. Migne, ed., *Patrologia cursus completus*, series Graeco-Latina, París, 1857-1903.
PL	*Patrologia Latina*, J.-P. Migne, ed., *Patrologia cursus completus*, series Latina, París, 1844-1974.
PLRE	Prosopography of the Later Roman Empire, J. Martindale, ed., vols. IIA y B (395-527), Cambridge, 1980; vols. IIIA y B, Cambridge, 1992.
PmbZ	*Prosopographie der mittelbyzantinischen Zeit (641-867)*, R.-J. Lilie et al., eds., 6 vols., Berlín y Nueva York, 1999-2002.
Prisco	Prisco en *Fragmentary Historians*.
Procopio, *Guerras*	Procopius [Procopio], History of the Wars, H. B. Dewing, ed. y trad., 6 vols.,

	Nueva York, 1914-1940. [Hay trad. cast.: *Historia de las guerras*, José Antonio Flores Rubio, trad., 4 vols., Madrid, Gredos, 2000-2007].
Pros. chrét. Italie	*Prosopographie de l'Italie chrétienne (313-604)*, C. Pietri, ed., 2 vols., Roma, 1999.
Próspero cont.	Prosper of Aquitaine [Próspero de Aquitania], *MGH, AA*, IX, *Chronica Minora*, I, continuación de Próspero, *From Roman to Merovingian Gaul*, A. C. Murray, trad., Toronto, 2003.
Regesta	Regesto en *Storia di Ravenna*, vol. II/1, con añadidos en vol. II/2.
Schlumberger, *Sellos*	G. L. Schlumberger et al., *Sigillographie de l'Empire byzantin*, París, 1884.
Sócrates	Socrates [Sócrates], Church History, en A Select Library of Nicene and Post Nicene Fathers of the Christian Church, P. Schaff, ed. y trad., segunda serie, Edimburgo, 1989.
Sozomen	Sozomen, *Historia ecclesiastica*, P. Schaff, ed. y trad., *vid. supra*.
Teófanes, *Cronografía*	Theophanis Chronographia, C. de Boor, ed., 2 vols., Leipzig, 1883 y 1885; C. Mango y R. Scott, trads., *The Chronicle of Theophanes Confessor*, Oxford, 1997.
Tjäder, *Papyri*	J. O. Tjäder, ed., Die nichtliterarischen lateinischen Papyri Italiens aus der zeit 445-700, 3 vols., Lund, 1954-1982.
Var.	Cassiodorus [Casiodoro], ariae, MGH, AA, XII; S. Barnish, trad., Cassiodorus ariae, Liverpool, 1992.
Zacos	G. Zacos y A. Veglery, *Byzantine Lead Seals*, vol. I en tres partes, Basilea, 1972.
Zósimo	Zosimos [Zósimo], *New History*, R. T. Ridley, trad., Byzantina Australiensia, 2, Canberra, 1982. [Hay trad. cast.: *Nueva historia*, José María Canday Morón, trad., Madrid, Gredos, 1992].

Fuentes secundarias

Brown, *Gentlemen and Officers*	T. S. Brown, *Gentlemen and Officers. Imperial Administration and Aristocratic Power in Byzantine Italy, A. D. 554-800*, Roma, 1984.
Bury, *LRE*	J. B. Bury, *History of the Later Roman Empire from the Death of Theodosius to the Death of Justinian*, 2 vols., Nueva York, 1958.
Cirelli, *Archeologia*	E. Cirelli, *Ravenna. Archeologia di una città*, Rávena, 2008.
Cosentino, *PIB*	S. Cosentino, *Prosopografia dell'Italia bizantina (493-804)*, 2 vols., Bolonia, 1996-2000.
Deichmann, *Ravenna*	F. W. Deichmann, *Ravenna. Hauptstadt des spätantiken Abendlandes*, 4 vols., Stuttgart, 1958-1989, I (1958), II/1 (1974), II/2 (1976), II/3 (1989).
Deliyannis, *Ravenna*	D. M. Deliyannis, *Ravenna in Late Antiquity*, Cambridge, 2010.
Guillou, *Régionalisme*	A. Guillou, *Régionalisme et indépendance dans l'empire byzantin au VIIe siècle; l'exemple de l'Exarchat et de la Pentapole d'Italie*, Roma, 1969.
Jäggi, *Ravenna*	C. Jäggi, *Ravenna. Kunst und Kultur einer spätantiken Residenzstadt. Die Bauten und Mosaiken des 5. und 6. Jahrhunderts*, Ratisbona, 2013.
Jones, *LRE*	A. H. M., Jones, *The Later Roman Empire*, 284-602, 3 vols., Oxford, 1964.
Mango, *Art*	C. Mango, *The Art of the Byzantine Empire 312-1453*, Englewood Cliffs (NJ), 1980, reimp. Toronto, 1986.
NCMH	New Cambridge Medieval History, vol. I, c. 500-c. 700, P. Fouracre, ed., Cambridge, 2005; vol. II, c. 700-c. 900, R. McKitterick, ed., Cambridge, 1995.
ODB	Oxford Dictionary of Byzantium, A. P. Kazhdan et al., eds., 3 vols., Oxford y Nueva York, 1991.
Storia di Ravenna	*Storia di Ravenna* , 5 vols., Rávena, 1990-1996, vol. I, *L'evo antico* , G. Susini, ed., 1990; vols. II/1 y II/2, A. Carile, ed., 1992.
Wolfram, *Goths*	H. Wolfram, History of the Goths, T. J. Dunlap, trad., Berkeley/Los Ángeles/Londres, 1990. [Hay trad. cast.: *Los godos y su historia*, Julia García Lenberg, Madrid, Acento, 2002].

Revistas

BMGS	Byzantine and Modern Greek Studies.
CARB	*Corsi di Studi sull'Arte Ravennate e Bizantina.*
DOP	*Dumbarton Oaks Papers.*
EME	*Early Medieval Europe.*
GRBS	Greek Roman and Byzantine Studies.
JÖB	*Jahrbuch der Österreichischen Byzantinistik*
PBSR	Papers of the British School at Rome.
REB	*Revue des Études Byzantines.*

JUDITH HERRIN (1942) se licenció en Historia por la Universidad de Cambridge y obtuvo su doctorado en la de Birmingham. Ha trabajado como arqueóloga de la British School en Atenas, y en la excavación de la Mezquita Kalenderhane en Estambul, además de haber sido titular de la biblioteca de investigación Dumbarton Oaks, en Harvard. Es una reconocida especialista en Bizancio y en la Europa medieval, y autora de obras fundamentales como *The Formation of Christendom* (1987), *Miscelánea medieval* (Grijalbo, 2000) o *Mujeres en púrpura: soberanas del medievo bizantino* (2002), sin contar sus numerosos artículos académicos. Además, ha ejercido la docencia en universidades de todo el mundo: París, Munich, Princeton o Londres. Actualmente es catedrática emérita y profesora titular de Estudios Bizantinos y de Antigüedad Tardía en el King's College de Londres. Entre otras distinciones, recibió en 2000 la Medalla del Colegio de Francia y en 2002, de manos del presidente de la República de Grecia, la Cruz de Oro de Honor, en reconocimiento por su labor de investigación del pasado helenístico.

Índice de contenido

Mapas
Introducción
1. La aparición de Rávena como capital del Imperio de Occidente
Las reformas de Diocleciano
Las innovaciones de Constantino I
La doctrina de Arrio
Los logros de Teodosio I (379-395)
El emperador niño Honorio
Rávena, capital del imperio
Primera parte. 390-450 Gala Placidia
2. Gala Placidia, princesa teodosiana
Las invasiones bárbaras
El saqueo de Roma
La vida con los Godos
3. Honorio (395-423) y el desarrollo de Rávena
Agnelo, el primer historiador de Rávena
Los papiros
El gobierno municipal
El obispo Urso
El gobierno de Honorio
4. Gala Placidia en la corte de Occidente
Gala Placidia en Constantinopla
Gala Placidia y el emperador niño Valentiniano III
El gobierno de Gala Placidia
La creación de precedentes
El ascenso de Valentiniano III al trono
5. Gala Placidia, constructora y emperatriz madre
San Juan Evangelista
La expansión de Rávena
Valentiniano III, emperador (438-455)
La «emperatriz» Honoria
La visita del obispo Germán
La naturaleza de Cristo
El Concilio de Calcedonia
Segunda parte. 450-493 El apogeo de los obispos
6. Valentiniano III y el obispo Neón
Los Vándalos saquean Roma
Rávena y Sicilia
El mecenazgo del obispo Neón
Imágenes de Cristo
Los cristianos arrianos
7. Sidonio Apolinar en Rávena

El gobierno municipal
8. Rómulo Augústulo y el rey Odoacro
Caudillos bárbaros en el trono
Rómulo, el último emperador romano (475-476)
La rebelión de Odoacro
El gobierno de Odoacro
Odoacro y la iglesia católica
Tercera parte. 493-540 Teodorico el Godo, rey arriano de Rávena
9. Teodorico el ostrogodo
Teodorico en Constantinopla
El caudillo Teodorico
La migración de los godos a occidente
Teodorico en Rávena
Símbolos del imperio: las insignias imperiales
10. El reino de Teodorico
La corte de Teodorico en Rávena
La administración de Teodorico
Los edificios de Teodorico
El poder de las imágenes: la estatuaria regia
La cultura de la corte goda
Biblias godas
Pan y circo
La vida en Rávena a principios del siglo VI
11. La diplomacia de Teodorico
Teodorico y Constantinopla
Teodorico y los judíos
12. Teodorico el legislador
Teodorico y Roma
Teodorico visita Roma
El código jurídico de Teodorico
El cisma de acacio
El arrianismo en Constantinopla
«La consolación de la filosofía»
13. Amalasunta y el legado de Teodorico
«La historia de los godos»
La regencia de Amalasunta
Divisiones entre los católicos
Rávena, señora de Istria
Cuarta parte 540-570 Justiniano I y las campañas del norte de África e Italia
14. Belisario conquista Rávena
Las guerras de occidente
La vida en Rávena en la década de 530
El breve reinado de Vitiges
15. San Vital, epítome de la cristiandad primitiva
Los inicios de San Vital
Los paneles imperiales
El arzobispo Maximiano
La basílica Eufrasiana de Parentium

El modelo de la majestad
16. Narsés y la Pragmática Sanción
La derrota final de los godos
La pragmática sanción
La vida en Rávena a mediados del siglo VI
Narsés y la administración militar de Italia
17. El arzobispo Maximiano, baluarte de Occidente
El arzobispo Maximiano
18. El arzobispo Agnelo y la incautación de las iglesias arrianas
San Apolinar el nuevo
Santa Anastasia
Agnelo, mecenas de las artes
Rávena como centro de cultura
Quinta parte. 568-643 El rey Alboíno y la conquista longobarda
19. Alboíno invade Italia
Longino, prefecto pretoriano de Italia
Los longobardos amenazan Roma
Los tres capítulos
Juan el Romano
La vida en Rávena en la década de 570
20. El exarcado de Rávena
Los «numeri» y otras fuerzas militares
Griego y latín
La alianza fallida con los francos
21. Gregorio Magno y el control de Rávena
22. Isaac, el exarca armenio
La inscripción de Esmaragdo
Exarcas de principios del siglo VII
La energía y la voluntad de Cristo
El resurgimiento del poder de los longobardos
La revuelta de 642
23. El doctor Agnelo
Sexta parte. 610-700 La expansión del islam
24. Las conquistas de los árabes
El reinado de Constante II
Roma, campeona de la ortodoxia
El papa Martín
Las divisiones se acentúan
25. Constante II en Sicilia
El emperador abandona Constantinopla
La celebración de la autocefalia
El primer sitio árabe de Constantinopla
El arzobispo Teodoro
El exarca Teodoro
26. El Sexto Concilio Ecuménico
Rávena en el sexto concilio
Justiniano II
Elecciones papales polémicas

La vida en Rávena a finales del siglo VII
27. El cosmógrafo anónimo de Rávena
Geógrafos godos
Séptima parte. 685-725 Los dos reinados de Justiniano II
28. El Concilio Trullano
La reacción al concilio Trullano en Italia
Mutilación y destierro de Justiniano II
El destino de Cartago
El segundo reinado de Justiniano II
Las nuevas defensas de Rávena
Los cánones del Concilio Trullano
29. El heroico arzobispo Damián
El resurgimiento de las hostilidades con los longobardos
El cordero de dios
El abad Juan viaja a Constantinopla
30. La tormentosa vida del arzobispo Félix
El arzobispo Félix en Constantinopla
Turbulencias en Constantinopla
La vida en rávena a principios del siglo VIII
La muerte de Félix
Octava parte. 700-769 Rávena vuelve a la marginalidad
31. León III y la derrota de los árabes
El sitio de Constantinopla
La revuelta de Sicilia
El asesinato del exarca Pablo
El arzobispo Juan V
32. El principio de la iconoclasia
El papel de las imágenes
La reacción de Roma
Aprender del enemigo
33. El papa Zacarías y la conquista de Rávena por los longobardos
Huida y exilio de Eutiques
Zacarías, papa y diplomático
La caída de Rávena
34. El arzobispo Sergio asume el mando
El papa Esteban III pide ayuda a los francos
Las campañas de Pipino en Italia
El enjuiciamiento del arzobispo Sergio
La vida en Rávena a mediados del siglo VIII
El legado de Rávena
Novena parte. 756-813 Carlomagno y Rávena
35. El largo reinado de Desiderio
El concilio de Roma de 769
Primera campaña de Carlomagno en Italia
La independencia del arzobispo León
La donación de Constantino
36. Carlomagno en Italia, 774-787
Segunda visita de Carlomagno a Roma

La alianza matrimonial con Bizancio
El fin de la iconoclasia oficial
Combates en el sur de Italia
Carlos en Rávena (787)
San Vital y Aquisgrán
La muerte del papa Adriano
37. Carlomagno reclama las piedras de Rávena
El rey y la emperatriz
El atentado contra el papa León III
La estatua de Teodorico
El arzobispo Martín
Los obsequios de Carlomagno a Rávena
Conclusión. El brillante legado de Rávena
Agradecimientos
Autoridades rivales en Rávena
Ilustraciones
Índice de ilustraciones
Fuentes primarias
Fuentes secundarias
Revistas
Sobre la autora
Notas
Introducción
1. La aparición de Rávena como capital del Imperio de Occidente
2. Gala Placidia, princesa teodosiana
3. Honorio (395-423) y el desarrollo de Rávena
4. Gala Placidia en la corte de Occidente
5. Gala Placidia, constructora y emperatriz madre
6. Valentiniano III y el obispo Neón
7. Sidonio Apolinar en Rávena
8. Rómulo Augústulo y el rey Odoacro
9. Teodorico el ostrogodo
10. El reino de Teodorico
11. La diplomacia de Teodorico
12. Teodorico el legislador
13. Amalasunta y el legado de Teodorico
14. Belisario conquista Rávena
15. San Vital, epítome de la cristiandad primitiva
16. Narsés y la Pragmática Sanción
17. El arzobispo Maximiano, baluarte de Occidente
18. El arzobispo Agnelo y la incautación de las iglesias arrianas

19. Alboíno invade Italia
20. El exarcado de Rávena
21. Gregorio Magno y el control de Rávena
22. Isaac, el exarca armenio
23. El doctor Agnelo
24. Las conquistas de los árabes
25. Constante II en Sicilia
26. El Sexto Concilio Ecuménico
27. El cosmógrafo anónimo de Rávena
28. El Concilio Trullano
29. El heroico arzobispo Damián
30. La tormentosa vida del arzobispo Félix
31. León III y la derrota de los árabes
32. El principio de la iconoclasia
33. El papa Zacarías y la conquista de Rávena por los longobardos
34. El arzobispo Sergio asume el mando
35. El largo reinado de Desiderio
36. Carlomagno en Italia, 774-787
37. Carlomagno reclama las piedras de Rávena
Conclusión: El brillante legado de Rávena

Notas

Introducción

[1] resistenzamappe.it/ravenna/ra_liberazione/bombardamento_chiesa_di_s_giovanni_evangelista. < <

1. La aparición de Rávena como capital del Imperio de Occidente

[1] A. R. Birley, «The third century crisis in the Roman Empire», *Bulletin of the John Rylands Library*, vol. 58, n.º 2 (1976), pp. 253-281. <<

[2] M. P. Lavizzari Pedrazzini, ed., *Milano, capitale dell'impero romano 286-402 d. C.*, Milán, 1990; R. Balzaretti, *The Lands of St. Ambrose. Monks and Society in Early Medieval Milan*, Turnhout, 2019, pp. 116-119 y 137-153. < <

[3] S. Williams, *Diocletian and the Roman Recovery*, Londres, 1985, pp. 111-114. < <

[4] R. Krautheimer, *Three Christian Capitals. Topography and Politics*, Berkeley/Los Ángeles/Londres, 1983. < <

[5] La práctica de la inhumación había sustituido gradualmente la tradición antigua de la cremación en una pira funeraria. < <

[6] W. V. Harris, *Roman Power. A Thousand Years of Empire*, Cambridge, 2016; sobre la división *de facto* del Imperio entre emperadores y subemperadores o césares, pp. 170-185, 188-191 y 219-240. < <

[7] E. Prinzivalli, «L'Arianesimo. La prima divisione fra i romani e la prima assimilazione dei popoli migranti», en *Cristianità d'Occidente e Cristianità d'Oriente (secoli VI-XI)*, Settimana 51, Espoleto, 2004, I, pp. 31-60; sobre los orígenes de la jerarquía arriana, F. R. Whelan, *Being Christian in Vandal Africa. The Politics of Orthodoxy in the PostImperial West*, Oakland (Calif.), 2018. < <

[8] Sobre las actas del Concilio de Aquilea, R. Valantasis, ed., *Religions of Late Antiquity in Practice*, Princeton, 2000, pp. 275-288; sobre el arrianismo en Milán, N. B. McLynn, *Ambrose of Milan. Church and Court in a Christian Capital*, Berkeley/ Los Ángeles/Londres, 1994, pp. 102-105 y 124-137. < <

[9] Véase la famosa descripción en Amiano Marcelino, lib. 16, 10, 1-16; cf. J. Matthews, *The Roman Empire of Ammianus*, Londres, 1989, pp. 10-12. < <

[10] P. Heather y J. Matthews, *The Goths in the Fourth Century*, Liverpool, 1991. < <

[11] S. Williams y G. Friell, *Theodosius. The Empire at Bay*, Londres, 1994, pp. 52-55; J. H. W. G. Liebeschuetz, *Barbarians and Bishops*, Oxford, 1991. < <

[12] E. Demourgeot, *De l'unité à la division de l'Empire romain 395-410*, París, 1951; S. Mazzarino, *Stilichone. La crisi imperiale dopo Teodosio*, Roma, 1942, pp. 317-324 y 334; Harris, *Roman Power*, pp. 228, 237-240 y 279-289. < <

[13] P. Squatriti, «Marshes and mentalities in early medieval Ravenna», *Viator*, n.º 23 (1992), pp. 1-16; *idem*, *Water and Society in Early Medieval Italy, AD 400-100*, Cambridge, 1998; P. Fabbri, «Il controllo delle acque tra technica ed economia», en *Storia di Ravenna*, vol. II.1, pp. 9-25. < <

[14] G. B. Montanari, «L'impianto urbano e i monumenti», en *Storia di Ravenna*, vol. I, pp. 229-232; Cirelli, *Archeologia*, pp. 33-35. < <

[15] G. Maioli, «Classe», en *Storia di Ravenna*, vol. I, pp. 375-414, y App. 1, pp. 415-455; V. Manzelli, *Ravenna*, Rávena, 2000. < <

[16] Procopio, *Guerras*, lib. V, 1, 16 (había visitado la ciudad; véase Squatriti, «Marshes and mentalities») [hay trad. cast.: Procopio de Cesarea, *Historia de las guerras. Libros V-VI. Guerra gótica*, José Antonio Flores Rubio, trad., Madrid, Gredos, 2007, pp. 50-51]. < <

[17] L. Prati, ed., *Flumen aquaeductus*, Bolonia, 1988, pp. 13-56 y 95-123; Y. A. Marano, «“Watered… with the Lifegiving Wave”. Aqueducts and water management in Ostrogothic Italy», en P. Erdkamp, K. Verhhoeven y A. Zuiderhoek, eds., *Ownership of Land and Natural Resources in the Roman World*, Oxford, 2015, pp. 150-169, esp.pp.154-157 y 164-169; *Acqua*, Settimana 55, Espoleto,2008; *Cura Aquarum*, G. Cuscito, ed., *Antichità Altoadriatiche*, n.º 87 (2018). < <

[18] S. Corcoran, «Roman law in Ravenna», en J. Herrin y J. Nelson, eds., *Ravenna, Its Role in Earlier Medieval Change and Exchange*, Londres, 2016, pp. 163-197, en 163-164. < <

[19] Claudiano, panegírico (404), M. Platnauer, trad., Cambridge, Harvard University Press, Loeb Classics Library, vol. II, pp. 74-123; Mazzarino, *Stilichone*, pp. 99-103; Alan Cameron, *Claudian. Poetry and Propaganda at the Court of Honorius*, Oxford, Clarendon Press, 1970, pp. 37-45. < <

[20] P. Veyne, *Bread and Circuses. Historical Sociology and Political Pluralism*, Londres, 1990; H. Lejdegård, *Honorius and the City of Rome. Authority and Legitimacy in Late Antiquity*, Uppsala, 2002. < <

2. Gala Placidia, princesa teodosiana

[1] El *Epitalamio* de Claudiano, compuesto para las nupcias de Honorio y María, puede leerse en traducción de M. Platnauer, Cambridge, Harvard University Press, Loeb Classics Library, vol. I, 1922, pp. 240-267 [hay trad. cast: *Poemas*, Miguel Castillo Bejarano, trad., Madrid, Gredos, 1993, vol. I, pp. 242 y ss.]; Alan Cameron, *Claudian. Poetry and Propaganda at the Court of Honorius*, Oxford, Clarendon Press, 1970, pp. 98-101; Judith Herrin, «Mothers and daughters», en *Unrivalled Influence. Women and Empire in Byzantium*, Princeton, Princeton University Press, 2013, pp. 80-114. < <

[2] Olimpiodoro, fg. 13; *CT h*, VII, 13.16 y 17, datados el 17 y el 19 de abril de 406 en Rávena. < <

[3] Sozomen, 9, 4, 4-8; Olimpiodoro, fg. 5, trad. p. 157. Serena fue luego ejecutada en Roma por orden del Senado, Zósimo, 5.34, 35 y 38. No está claro si Placidia participó en esta decisión; V. A. Sirago, *Galla Placidia e la trasformazione politica dell'Occidente*, Lovaina, 1961, pp. 84-89 afirma que la aprobó. < <

[4] Marcelino, *anno* 410, pp. 9-10; Olimpiodoro, fg. 6, trad. p. 159. Sobre Olimpiodoro, un oriental que escribía en griego, véase P. van Nuffelen, «Olympiodorus of Thebes and Eastern triumphalism», en C. Kelly, ed., *Theodosius II. Rethinking the Roman Empire in Late Antiquity*, Cambridge, 2013, pp. 130-152. < <

[5] Olimpiodoro, fg. 14. < <

[6] Olimpiodoro, fg. 6; otros dos personajes senatoriales, Rusticio y Foebadio, se hallaban entre los rehenes. Ellos y el exemperador Átalo asistieron posteriormente a la boda de Placidia. < <

[7] Olimpiodoro, fgs. 22 y 24. H. Sivan, *Galla Placidia. The Last Roman Empress*, Oxford, 2011, pp. 9-36, señala la proximidad a Narbona de una villa cuyas recientes excavaciones han puesto al descubierto su decoración correspondiente a la Antigüedad tardía, lo que sugiere que podría ser el escenario de un acontecimiento tan suntuoso. Olimpiodoro, fg. 26, recoge que Ataúlfo había estado casado anteriormente y tenía hijos de su primer matrimonio a los que un obispo, Sigesaro, trató de proteger. < <

[8] Orosio, *Historia adversus paganos*, 7.43, destaca su influencia sobre Ataúlfo; véase J. F. Matthews, *Western Aristocracies and Imperial Court AD 364-425*, Ann Arbor, 1995, pp. 316-318, sobre Ataúlfo elogiando «el sentido político» de Placidia; M. Harlow, «Galla Placidia: conduit of culture?», en F. McHardy, ed., *Women's Influence on Classical Civilisation*, Londres, 2004, pp. 138-150. < <

[9] Olimpiodoro, fg. 26; Wolfram, *Goths*, pp. 164-166. < <

[10] J. Salisbury, *Rome's Christian Empress. Galla Placidia Rules at the Twilight of the Empire*, Baltimore, 2015, pp. 92-94. < <

3. Honorio (395-423) y el desarrollo de Rávena

[1] A. Augenti, «Archeologia e topografia a Ravenna. Il Palazzo di Teodorico e la “Moneta Aurea”», *Archeologia Medievale*, n.º 32 (2005), pp. 7-33; *idem*, ed., *Palatia. Palazzi imperial tra Ravenna e Bisanzio*, Rávena, 2003; Jäggi, *Ravenna*, pp. 78-79 y fig. 49, p. 80; Cirelli, *Archeologia*, pp. 90-91. < <

[2] *Anon. Vales*, 80, trad. p. 559, menciona el circo con motivo del consulado de Eutario. Mosaicos del circo, en Jäggi, *Ravenna*, pp. 80-81; Sidonius Apollinaris, *Poems*, W. B. Anderson, trad., Loeb Classics Library, 1936 [hay trad. cast.: Sidonio Apolinar, *Poemas*, Agustín López Kindler, trad. e introd., Madrid, Gredos, 2005], XXXIII, a Consencio, ll. 307-427, con una larga descripción de los juegos privados que ofreció en Rávena Valentiniano III, en los que Consencio participó con éxito (véase también el cap. 5); Alan Cameron, *Circus Factions*, Oxford, 1976, p. 67; *LP*, 75.2, trad. p. 69, la cabeza clavada en un poste para su exhibición. Para la estatua de pórfido que se encuentra actualmente en el Museo Arzobispal, Jäggi, *Ravenna*, il. 34, p. 72. < <

[3] Cirelli subraya la destrucción de edificios antiguos para proporcionar material para los nuevos, en «Spolia e riuso di materiali tra l'Antiquità e l'alto Medioevo a Ravenna», *Hortus Artium Medioevum*, n.º 17 (2011), pp. 39-48; Cirelli, *Archeologia*, pp. 54-69; N. Christie, «The city walls of Ravenna. The defence of a capital AD 402-750», *CARB*, n.º 36 (1989), pp. 1-38; N. Christie y S. Gibson, «The city walls of Ravenna», *PBSR*, n.º 66 (1988), pp. 156-197. < <

[4] Augenti, «Archeologia e topografia a Ravenna». < <

[5] *Agnellus of Ravenna. The Book of the Pontiffs of the Church of Ravenna*, D. M. Deliyannis, trad., intr. y notas, Washington D. C., 2004; A. Carile, «Agnello storico», en *Storia di Ravenna*, vol. II.2, pp. 373-378; T. S. Brown, «Romanitas and Campanilismo. Agnellus of Ravenna's view of the past», en C. Holdsworth y T. P. Wiseman, eds., *The Inheritance of Historiography 350-900*, Exeter, 1986, pp. 107-114 (bastante crítico con Agnelo como historiador); M. Pierpaoli, *Il libro di Agnello istorico. Le ricerche di Ravenna antica fra storia e realtà*, Rávena, 1988; M. Sot, «Local and institutional history (300-1000)», en D. Deliyannis, ed., *Historiography in the Middle Ages*, Leiden, 2003, esp. pp. 100-104. < <

[6] *LPR*, cc. 3, 6, 7, 9 y 12 (entierros en San Probo), trad. pp. 105, 106, 107, 108 y 109; J. C. Picard, *Le souvenir des évêques. Sépulture, listes épiscopales et culte des évêques en Italie du Nord des origines au XIe siècle*, Roma, 1988, pp. 123-130. < <

[7] Liberio, *LPR*, c. 22, trad. p. 118; Florencio, *LPR*, c. 21, trad. p. 117. <<

[8] K. Weitzmann, «The selection of texts for cyclic illustration in Byzantine manuscripts», en I. Ševcenko y C. Mango, eds., *Byzantine Books and Bookmen*, Washington D. C., 1975, pp. 69-109 y fig. 15; B. Bischoffy W. Koehler, «Eine illustrierte Ausgabe der spätantiken Ravennater Annalen», en *Medieval Studies in Memory of A. Kinsley Porter*, Cambridge (Mass.), 1939, registrado en el año 412, vol. I, pp. 125-137. < <

[9] La lápida se encuentra en el Museo Arzobispal y el sarcófago, en San Apolinar en Classe. < <

[10] Tjäder, *Papyri*, vol. I, n.º 59, pp. 252-253, y comentario, p. 309. Aunque este documento se encuentra repartido en tres trozos de papiro reutilizados posteriormente, el diálogo entre Contio y los otros hombres puede reconstruirse en parte, ya que los procedimientos judiciales se rigen por las mismas fórmulas. Tenemos un protocolo parecido del año 504, que sigue el mismo patrón. Contio, notario de la diócesis, también recibe el título de *prodecurius*, es decir, que actúa en sustitución de uno de los tres *decuriones sacri consistorii* adscritos al tribunal. F. Santoni, «I Papiri di Ravenna. *Gesta municipalia* e procedure di insinuazione», en *L'héritage byzantine en Italie (VIIIe-XIIe siècle)*; vol. I, *La fabrique documentaire*, Roma, 2011, pp. 9-32; G. Nicolaj, «Breve viaggio fra i documenti altomedievali dell'Italia bizantina (cenni di sintesi)», en el mismo volumen, pp. 169-187. < <

[11] Jones, *LRE*, II, pp. 737-739 y 747. < <

[12] *Ibid.*, pp. 752-757. Con la llegada de Odoacro y luego de los reyes godos, parece que el concejo de Rávena administró las tareas de gobierno al estilo tradicional, pero a partir del año 540, cuando Belisario devolvió Rávena al dominio imperial, la ciudad pasó a estar bajo el control más estrecho de funcionarios nombrados desde Oriente, en particular, del prefecto pretoriano que residía allí. < <

[13] Urso, enterrado originalmente en la iglesia Ursiana de la Anástasis que fundó, pero trasladado posteriormente (Agnelo no está seguro), *LPR*, c. 23, trad. p. 120. Si se toma la fecha más temprana de su muerte, la iglesia se habría construido entre 370 y 396, una época muy poco documentada en Rávena, por lo que no hay pruebas de que existieran mecenas tan ricos y espléndidos. Deichmann, *Ravenna*, III, pp. 169-170, aboga por el año 396; Picard y Deliyannis, por 426. Agnelo confunde dos obispos con el nombre de Pedro, *LPR*, c. 27, trad. p. 124, y esto explica la discrepancia en varias listas de obispos, por ejemplo, las recopiladas por Deichmann, *Ravenna*, III, pp. 173-174; D. M. Deliyannis, *Ravenna*, pp. 307-308, y Picard, *Le souvenir des évêques*, tabla 15, pp. 747-748. < <

[14] *LPR*, c. 23, trad. pp. 118-119. Agnelo identifica el norte como el lado de las mujeres, y el sur como el de los hombres, tal vez reflejando los lugares donde se situaban para los oficios. < <

[15] *LPR*, c. 23, trad. p. 119 (informa de que a mediados del siglo IX no quedaba de este mecanismo más que un antiguo establo, destruido). *L'Acqua nei secoli altomedievali*, Settimana 55, Espoleto, 2008, *Cura Aquarum*, G. Cuscito, ed., *Antichità Altoadriatiche*, n.º 87 (2018). < <

[16] En el año 451 ya se habían traspasado a Rávena las seis diócesis sufragáneas, ya que Vicohabentia (Voghiera), Forum Cornelii (Imola), Forum Livii (Forlì), Faventia (Faenza), Bononia y Mutina no figuraban entre las sufragáneas de Milán, Deichmann, *Ravenna*, III, pp. 170-171. <<

[17] Bischoffy Koehler, «Eine illustrierte Ausgabe», p. 129 y el anverso del fragmento, col. 1. < <

4. Gala Placidia en la corte de Occidente

[1] Para esta etapa de la vida de Gala Placidia, nuestra fuente principal es Olimpiodoro; sobre su punto de vista, véase P. van Nuffelen, «Olympiodorus of Thebes and Eastern Triumphalism», en C. Kelly, ed., *Theodosius II. Rethinking the Roman Empire in Late Antiquity*, Cambridge, 2013, pp. 130-152. La escolta bárbara se menciona en fg. 38, trad. p. 203, probablemente una unidad de la caballería doméstica personal de Ataúlfo (*bucellarii*). < <

[2] Olimpiodoro, fg. 33 (véanse también fgs. 7, 22 y 24-26), trad. pp. 158-161, 184-185, 186-191 y 196-197. Al casarse con una princesa imperial, Constancio se situaba en la línea de sucesión de Honorio; M. Harlow, «Galla Placidia: conduit of culture?», en F. McHardy, ed., *Women's Influence on Classical Civilisation*, Londres, 2004, pp. 138-150, esp. p. 146, donde se contrasta su fertilidad con la incapacidad de Honorio para engendrar hijos. < <

[3] Al cabo de un año, Honorio promulgó un rescripto relativo a las elecciones papales, destinado a resolver esta clase de disputas. *LP*, 44.1-4, trad. pp. 34-35. La nueva decoración de mosaico de Gala Placidia en la iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén, asociada a la emperatriz Helena, quedó registrada en una inscripción ahora perdida. <<

[4] Olimpiodoro y Filostorgio, fr. 33, trad. pp. 197-199. Si esta promoción se interpretó como que Constancio era su sucesor, el emperador oriental Teodosio debió de tener motivos para quejarse. <<

[5] Olimpiodoro, fr. 38, trad. p. 201. < <

[6] J. Herrin, «Late antique origins of the “Imperial Feminine”. Western and Eastern empresses compared», *Byzantinoslavica*, n.º 74 (2016), pp. 5-24 en 13-14; J. Kent, *The Roman Imperial Coinage*; vol. 10, *The Divided Empire and the Fall of the Western Parts (395-491)*, Londres, 1994, n.º 230-231, 263, 305, 426 y 1804; D. Angelova, *Sacred Founders. Women, Men and Gods in the Discourse of Imperial Founding, Rome Through Early Byzantium*, Oakland, 2014, pp. 193-195. <<

[7] M. McEvoy, *Child Emperor Rule in the Roman West 367-455*, Oxford, 2013. < <

[8] Olimpiodoro concluye aquí su historia, fg. 43; J. F. Matthews, *Laying Down the Law. A Study of the Theodosian Code*, New Haven, 2000, pp. 3-4. < <

[9] El estudio ya clásico de P. Veyne, *Bread and Circuses. Historical Sociology and Political Pluralism*, Londres, 1990, sigue siendo un análisis inigualable de cómo los gobernantes romanos desarrollaron este método para mantener el apoyo popular. En cuanto al orden de las facciones, véase Casiodoro, *Var.*, III, 51.5, trad. pp. 68-69; Alan Cameron, *Circus Factions*, Oxford, 1976, p. 66. < <

[10] En su oración fúnebre pronunciada en memoria de Teodosio I en 395. Sobre el poder de las emperatrices en la Antigüedad tardía, véanse J. Herrin, «The Imperial Feminine in Byzantium», *Past and Present*, n.º 169 (2000), pp. 3-35, reimp. en *Unrivalled Influence. Women and Empire in Byzantium*, Princeton, 2013, pp. 161-193; Herrin, «Late antique origins of the "Imperial Feminine"»; L. James, *Empresses and Power in Early Byzantium*, Londres, 2001; Anja Busch, *Die Frauen der theodosianischen Dynastie*, Stuttgart, 2015. < <

[11] Kent, *The Roman Imperial Coinage*, vol. 10. < <

[12] Tjäder, *Papyri*, II, 59, pp. 252-253; un análisis más detallado en Tjäder, «Ein Verhandlungsprotokoll aus dem Jahr 433 N Chr. (Pommersfelden, Papyrus Lat. 14R)», *Scriptorium*, n.º 12 (1958), pp. 3-43. El funcionario responsable es el *prodecurius* Cecilio, mientras que Contio es el *notarius* de la iglesia en cuestión; cf. más arriba, cap. 3, n. 10. El *prodecurius* era uno de los tres *decurii sancti consistori*, funcionarios al frente de un grupo de diez *silentiarii*, Tjäder, *Papyri*, I, pp. 277-278. < <

[13] *Anales de Rávena*, p. 132. < <

[14] *PLRE*, *IIA*, p. 220, Baso quizá fuera responsable de un caso presentado contra el papa Sixto, *LP*, 46.1-2, trad. p. 36. El documento puede ser falso, y existe una contradicción entre la supuesta fecha del caso y su posición como prefecto pretoriano. < <

[15] C. Pietri, «Les aristocraties de Ravenne (Ve-VIes.)», *Studi Romagnoli*, n.º 34 (1983), pp. 643-673, en 647-649; sobre Consencio, *PLRE*, IIA, pp. 308-309. < <

[16] Entre 425 y 437 no aparece documentado ningún funcionario como *magister officiorum, quaestor sacri palatii, comes sacrarum largitionum, praepositus sacri cubiculi, magister scriniorum o agens in rebus, y ningún quaestor, comes rei privatae o magister scriniorum* en los dieciocho años que van de 437 a 455. Valentiniano nombró a dos o tres *magistri officiorum*, pero ningún funcionario a su cargo. < <

[17] Marcelino, *anno* 430/431, trad. p. 14, menciona la muerte de Félix, que Agnelo atribuye a Aecio, *LPR*, c. 31, trad. p. 134; Juan de Antioquía, fg. 201 (3), trad. Gordon, p. 50; *PLRE*, IIA, pp. 461-462 (Félix), y IIA, pp. 22-29 (Aecio). < <

[18] *LPR*, c. 49, trad. pp. 159-161. < <

[19] Matthews, *Laying Down the Law*, pp. 24-25, cuya n. 52 cita a T. Honoré, *Law in the Crisis of Empire, 377-455 AD. The Theodosian Dynasty and its Quaestors*, Oxford, 1998, pp. 249-251; F. Millar, *A Greek Roman Empire. Power and Belief under Theodosius II (408-450)*, Berkeley, 2006, pp. 56-57, se muestra más escéptico y subraya la presión oriental existente detrás de todas las leyes promulgadas en Occidente entre 425 y 429, incluida la Ley de Citas. < <

[20] Honoré ve la mano de Gala Placidia detrás de la ley y atribuye su autoría a Antíoco, *Law in the Crisis of Empire*, pp. 249-251 y 255; S. Corcoran, «Roman law in Ravenna», en J. Herrin y J. Nelson, eds., *Ravenna, Its Role in Earlier Medieval Change and Exchange*, Londres, 2016, pp. 163-197, en 164-165, apunta a la posibilidad de que Helion, *magister officiorum*, sea su autor. < <

[21] Orosio, *Historia adversus paganos*, 7.43. <<

[22] Matthews, *Laying Down the Law*, pp. 13-16. < <

[23] *Ibid.*, pp. 4-5, sobre la conmemoración del matrimonio mostrada en la decoración mosaica descrita por Merobaudes; véase F. M. Clover, *Flavius Merobaudes*, Filadelfia, 1971, pp. 11 y 16-27 para el poema. <<

[24] Corcoran, «Roman law in Ravenna», pp. 165-166. < <

[25] T. Honoré sobre la responsabilidad de Gala Placidia, recogido en J. Salisbur y, *Rome's Christian Empress. Galla Placidia Rules at the Twilight of the Empire*, Baltimore, 2015, pp. 148-149; Matthews, *Laying Down the Law*, pp. 6-7, 24-28, 76 y 87. < <

[26] Sobre la Ley de Citas, véase Matthews, *Laying Down the Law*, pp. 24-26, 96-97 y 100, para su lugar en el *CTh*, y las pp. 101-118 sobre los cinco libros del *CTh* en los que se cita la ley; S. Oost, *Galla Placidia Augusta. A Biographical Essay*, Chicago, 1968, p. 219. Sobre la importancia del Breviario de Alarico, véase Matthews, *Laying Down the Law*, pp. 87-89. < <

[27] Matthews, *Laying Down the Law*, p. 247, n. 114. < <

5. Gala Placidia, constructora y emperatriz madre

[1] Deichmann, *Ravenna*, II/1, pp. 90-93; Deliyannis, *Ravenna in Late Antiquity*, pp. 74-84; Jäggi, *Ravenna*, pp. 102-116; preciosas fotografías en M. David, *Ravenna Eterna*, Milán, 2013, pp. 75-101. < <

[2] G. Pavan, «I mosaici della chiesa di S. Croce a Ravenna. Vecchie e nuovi ritrovamenti», *Felix Ravenna*, ser. 4, n.º 127-130 (1984/1985), pp. 341-380; M. David, «La Basilica di S. Croce. Nuovi contributi per Ravenna tardoantica», *Biblioteca di Felix Ravenna*, n.º 15, Rávena, 2013. Un fragmento de yeso con teselas excavado en la iglesia de la Santa Cruz, actualmente en el Museo Nacional, recoge la destreza del mosaiquista que creó un cielo estrellado similar al de la cúpula del mausoleo de Placidia. < <

[3] *LPR*, c. 41, trad. pp. 148-150. < <

[4] G. Mackie, «The Mausoleum of Galla Placidia. A possible occupant», *Byzantion*, n.º 65 (1995), pp. 396-404; *eadem*, «New light on the socalled St. Lawrence Panel at the Mausoleum of Galla Placidia, Ravenna», *Gesta*, vol. 29, n.º 1 (1990), pp. 54-60, identifica la figura como san Vicente, un santo español muy querido por Gala Placidia. Sobre las numerosas teorías y la propuesta de Mackie de que el primogénito de Placidia, Teodosio, fue traído para ser enterrado aquí, véase D. M. Deliyannis, «"Bury me in Ravenna". Appropriating Galla Placidia's body in the Middle Ages», *Studi Medievali*, serie 3, XLII.1 (2001), pp. 289-299. < <

[5] Sobre el uso del mausoleo para el turismo, véase B. M. Thomas, «Ravenna as a Capital. Art and Display as Discourse in Late Antiquity and Beyond», tesis doctoral, Universidad de Leicester, 2018, figshare.com/ndownloader/files/18387194. < <

[6] C. Fiori y E. Tozzola, *San Giovanni Evangelista a Ravenna*, Rávena, 2014, pp. 18-19, señalan que sería dudoso que Honoria estuviera representada en el ábside después de su escandaloso acercamiento a Atila (que aquí se data en 434). Fuentes medievales muy posteriores describen con gran detalle la tormenta en el mar, la ayuda del confesor de Placidia, san Barbaciano, y la milagrosa adquisición de una reliquia de san Juan (su sandalia), que facilitó que se le dedicara la iglesia; véase E. Schoolman, *Rediscovering Sainthood in Italy. Hagiography and the Late Antique Past in Ravenna*, nueva ed., Nueva York, 2016. < <

[7] Fiori y Tozzola, *San Giovanni Evangelista*, con reconstrucciones de la forma en que se exponían las inscripciones y los retratos, figs. 13-16, pp. 34, 35, 37 y 38. También en Deliyannis, *Ravenna*, pp. 63-70, y Jäggi, *Ravenna*, pp. 91-101. < <

[8] Fiori y Tozzola, *San Giovanni Evangelista*, fotografías coloreadas, pp. 67-78. Fotografías de los bombardeos durante la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo en Jäggi, *Ravenna*. < <

[9] Como Santa María la Mayor (432-440) en Roma o la iglesia original de Santa Sofía —la «Sabiduría Divina»— en la capital de Oriente. < <

[10] *LPR*, c. 41, trad. p. 149. <<

[11] *LPR*, c. 27, trad. p. 124, y glosario, s. v. *scenofactor*, pp. 337-338; *LPR*, Nauerth, *Bishofsbuch*, I, pp. 148-149. < <

[12] Teodoreto, carta 112 a Domnus, obispo de Antioquía, *PG*, 83, 1309-1311, señala que las diócesis más importantes de Occidente son Milán, Aquilea y Rávena; Deichmann, *Ravenna*, II/3, pp. 170-171. < <

[13] Pedro Crisólogo, *CCL*, 24B, Sermones II, A. Olivar, ed., 1975, p. 799; *Selected Sermons*, G. E. Ganss, trad., Fathers of the Church, n.º 17, Washington D. C., 1953, p. 130. < <

[14] Muchos de estos ritos precristianos continuaron a pesar de los cánones eclesiásticos contra ellos: véanse *CCL*, 24B, sermo. 155, pp. 962-968, trad. Ganss, pp. 261-264; sermo. 129, trad. Ganss, p. 214; B. Filotas, *Pagan Survivals. Superstitions and Popular Cultures in Early Medieval Pastoral Literature*, Toronto, 2005, pp. 157-158, 161-162 y 168-171, y obsérvese el disfraz de Invierno en el suelo de mosaico de la *domus* de las Alfombras de Piedra, G. Montevecchi, *Archeologia urbana a Ravenna. La «Domus dei Tappeti di Pietra»*, Rávena, 2004, pp. 107-108. < <

[15] E. Swift y A. Alwis, «The role of late antique art in early Christian worship. A reconsideration of the iconography of the “starry sky” in the “Mausoleum” of Galla Placidia», *PBSR*, n.º 78 (2010), pp. 193-217 y 352-354; *LPR*, c. 150, trad. p. 274, sobre el arzobispo Félix aconsejando a los clérigos que utilicen los sermones que él mismo había revisado. < <

[16] Casiodoro, *Var.*, XI, 1.9, trad. p. 147. [Todas las citas de originales en latín se han traducido a partir de dicho original para esta edición, salvo que se remita a otra traducción *(N. del T.)*]. < <

[17] *LPR*, c. 40, trad. p. 148; Deichmann, *Ravenna*, II/3, pp. 223-224, sobre el teatro, el circo y los juegos celebrados en Rávena. Sobre la cercanía del palacio al Hipódromo, véanse M. C. Carile, *The Vision of the Palace of the Byzantine Emperors as a Heavenly Jerusalem*, Espoleto, 2012, n. 18 de la p. 5, n. 63 de la p. 12 y p. 21; Cirelli, *Archeologia*, pp. 86-87 y 90-92. Es muy probable que Valentiniano inaugurara su nuevo palacio del Bosque de los Laureles con unos juegos para celebrar el evento, pero la mayor parte de la información de Agnelo sobre Valentiniano y su madre es muy confusa, aunque afirma haberla encontrado en una crónica escrita por el obispo Maximiano, hoy perdida. < <

[18] Sidonius Apollinaris, *Poems*, vol. I, W. B. Anderson, trad., Loeb Classics Library, 1936, pp. 296, 298 y 302-312, cf. cap. 3 [hay trad. cast.: Sidonio Apolinar, *Poemas*, Agustín López Kindler, trad. e introd., Madrid, Gredos, 2005]. < <

[19] P. Heather, *The Fall of the Roman Empire. A New History*, Londres, 2005 [hay trad.cast.: *La caída del Imperio romano*, Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, trads., Barcelona, Crítica, 2006], cita las distintas versiones, pp. 335-336; A. Richlin, «Julia's Jokes, Galla Placidia, and the Roman Use of Women as Political Icons», en *Arguments from Silence. Writing the History of Roman Women*, Ann Arbor, 2014, pp. 81-109, esp. pp. 102-109; M. McEvoy, *Child Emperor Rule in the Roman West 367-455*, Oxford, 2013, para la teoría de que tal vez «mantuvieran en reserva» a Honoria por si Valentiniano III moría joven y sin herederos. < <

[20] Es famoso el comentario de Prisco, que fue enviado a los hunos en 449; véase *Fragmentary historians*, pp. 246-295. < <

[21] Placidia convenció a su hija de que se casara con el anciano senador Herculano, y el matrimonio tal vez fuera una de las razones del traslado de la corte a Roma en 450. Aunque Atila nunca fue a Rávena, Agnelo ofrece un relato totalmente imaginario de su visita a la ciudad, otro ejemplo de su inventiva, que quizá se inspirase en la entrada de Teodorico en el año 493. < <

[22] *Vida* de Germán de Auxerre, F. R. Hoare, trad., *The Western Fathers*, Londres, 1954, caps. 35-36, pp. 313-320. < <

[23] *Var.*, XI, 1.9. < <

[24] En un relato muy confuso de su *Vida* de san Pedro Crisólogo, Agnelo alude a esta carta al Concilio de Calcedonia celebrado en 451, cuando tanto Pedro como Placidia habían muerto, *LPR*, c. 48, trad. pp. 157-158. De hecho, Pedro había escrito a favor de la condena de Nestorio y en apoyo de Flaviano; véase G. E. Ganss, *St. Peter Chrysologus Selected Sermons*, Nueva York, 1953, «Appendix», pp. 285-287. Después de la copiosa correspondencia entre la que se conservan estas dos muestras de la capacidad literaria de Placidia, no tenemos más cartas escritas por ella. < <

[25] La influencia romana es evidente en la iglesia del palacio de Teodorico (escenas de los relatos evangélicos) y en la fundación del obispo Eclesio, Santa María la Mayor (522-532), Cirelli, *Archeologia*, p. 100. M. Clayton, *The Cult of the Virgin Mary in AngloSaxon England*, Cambridge, 2002, pp. 26-37, sobre una festividad en su honor que se celebraba el domingo anterior a la Navidad en Milán y Rávena en el siglo VII, posiblemente la Inmaculada Concepción (8 o 9 de diciembre). < <

[26] *The Acts of the Council of Chalcedon*, R. Price y M. Gaddis, trads., 3 vols., Liverpool, 2005, vol. II, n.º 22, pp. 14-24, y vol. III, pp. 161-162. <<

[27] *Ibid.*, vol. III, pp. 160 y 169. <<

[28] D. MacCulloch, *A History of Christianity. The First Three Thousand Years*, Londres, 2009, pp. 227-228 (en el que se distingue entre *mono fisis*, «naturaleza única», y la *mia fisis*, «una misma naturaleza») [hay trad. cast.: *Historia de la cristiandad*, Ricardo García Pérez, trad., Barcelona, Debate, 2011]. < <

[29] Carta 56 de las escritas por el papa León I, C. L. Feltoe, trad., en P. Scaff, ed., *A Select Library of Nicene and post Nicene Fathers of the Christian Church*, Oxford/ Nueva York, 1895, serie 2, vol. 12, p. 58, y carta 58, F. Millar, trad., *A Greek Roman Empire. Power and Belief Under Theodosius II (408-450)*, Berkeley, 2006, pp. 37-38; S. Oost, *Galla Placidia Augusta. A Biographical Essay*, Chicago, 1968, p. 291, n. 137. < <

[30] Teodosio II y Eudocia tuvieron un hijo, Arcadio, y otra hija, Flacila, que murieron en plena juventud. La hija que les sobrevivió, Licinia Eudoxia, se casó con Valentiniano III. En el año 438, la emperatriz Eudocia se había ido a Jerusalén, donde se quedó a vivir tras un escándalo. Teodosio no volvió a casarse ni adoptó un heredero. <<

[31] *The Acts of the Council of Chalcedon*, vol. II, pp. 14-24; las cartas de Pulqueria se encuentran en el vol. I, pp. 93-94 y 107-108; Millar, *Greek Roman Empire*, «Appendix», sobre el material incluido en las actas del Concilio, aclara la relación entre las diferentes versiones de las cartas (traducciones latinas y griegas), que presenta de forma más compleja E. Schwarz en su edición de las *Acta Conciliorum Oecumenicorum*. < <

[32] Próspero cont. c. 12, *MGH*, *AA*, IX *Chronica Minora*, I, p. 489. <<

6. Valentiniano III y el obispo Neón

[1] M. Humphries, «Valentinian III and the City of Rome, 425-55», en L. Grig y G. Kelly, eds., *The Two Romes. Rome and Constantinople in Late Antiquity*, Oxford, 2012, pp. 161-182, cita las cartas de León I, n.º 55-58 (véase, más arriba, el cap. 5, n. 29); D. Barritt, «The Roman revolution. Leo I, Theodosius II and the contest for power in the fifth century», en M. Kinloch, ed., *Trends and Turning Points. Constructing the Late Antique and Byzantine World*, Leiden, 2019, pp. 115-132, ignora por completo el periodo de minoría de edad de Valentiniano III, cuando la corte de Rávena fue dirigida por Gala Placidia, en 425-438. De sus diecisiete años de gobierno en solitario, Valentiniano pasó más de la mitad en Rávena y solo los cinco últimos de forma continua en Roma. < <

[2] No dio su aprobación a la adhesión de Marciano hasta marzo de 452;véase Próspero cont. c. 21, *MGH*, *AA*, IX, *Chronica Minora*, I, p. 490 (las imágenes del emperador Marciano se reciben en Roma). < <

[3] Prisco, fg. lib. I, 9.3, 2100 libras de oro, y lib. I, 9.4, seis mil libras de oro y mil libras de tributo anual; *Fragmentary Historians*, vol. II, pp. 236-237 y 240-241. < <

[4] G. Dagron, *Naissance d'une capitale. Constantinople et ses institutions de 330 à 451*, París, 1974, pp. 48-76. < <

[5] Prisco, fg. lib. V, 30, *Fragmentary Historians*, vol. II, pp. 326-331. <<

[6] *Ibid.*, pp. 330-331 y p. 393, n. 135. <<

[7] Sobre Henri Grégoire, obispo católico revolucionario, que se opuso a Robespierre y escribió tratados contra la esclavitud y el racismo, véase es.wikipedia.org/wiki/Henri_Grégoire. < <

[8] Tjäder, *Papyri*, I, 1, pp. 172-178 = Marini, 73, *CLA*, XX, 705. El documento consta de tres fragmentos. < <

[9] G. Fasoli, «Il patrimonio della Chiesa Ravennate», en *Storia di Ravenna*, vol. II, 1, pp. 389-400, cita informaciones del papa Gregorio Magno; L. Ruggini, *Economia e società nell' «Italia annonaria». Rapporti fra agricoltura e commercio dal IV al VI secolo d. C.*, Milán, 1961, reimp. Bari, 1995, pp. 103-105. Cf. pp. 262-264 sobre la ayuda de Teodorico en forma de cereales cosechados en Sicilia y enviados a la Galia en 509-510; el navío que transportaba el cargamento naufragó. < <

[10] *LPR*, c. 111, trad. p. 228, y Fasoli, «Il patrimonio». < <

[11] Tjäder, *Papyri*, I, 1 (como en el caso anterior, el barco se menciona en la p. 174). < <

[12] *LPR*, c. 28, trad. p. 125. <<

[13] Deichmann, *Ravenna*, II/1, p. 17. < <

[14] *LPR*, c. 28, trad. p. 125. <<

[15] A. Wharton, «Ritual and reconstructed meaning. The Neonian Baptistery in Ravenna», *Art Bulletin*, n.º 69 (1987), pp. 358-375. < <

[16] *LPR*, c. 24, trad. p. 121. <<

[17] *LPR*, c. 25, trad. pp. 121-122. < <

[18] *LPR*, c. 30, trad. pp. 129-133. Es de suponer que la imagen mostraba a Cristo con un brazo fuerte, tal vez como el icono de san Menas, en el que Cristo envuelve en su brazo protector el hombro del santo. < <

[19] *LP*, 46.4, trad. p. 37. Antes del año 455, Valentiniano III regaló uno a San Pedro en Roma, que mostraba a Cristo rodeado de los doce apóstoles en doce portales, todo de oro y decorado con joyas preciosísimas, en agradecimiento por las plegarias atendidas; estaba asociado a cuatrocientas libras de plata que decoraban la misma zona de la tumba de san Pedro. Compárese con las 1610 libras de plata que se utilizaron para una mampara con columnas de plata (*fastigium*) de la basílica de Constantino, que repuso el propio emperador después de que los bárbaros (vándalos) se llevaran el original. < <

[20] Icono procedente de Bawit con la imagen de san Menas, en el Museo del Louvre (París), reproducido en color en M. Capuani, ed., *Christian Egypt*, El Cairo, 2002, fig. 4, p. 35, y las pinturas murales del Monasterio Rojo ahora magníficamente restauradas, en E. Bolman, ed., *The Red Monastery Church. Beauty and Asceticism in Upper Egypt*, New Haven, 2016. < <

[21] Dennis Trout, «Inscribing identity. The Latin epigraphic habit in Late Antiquity», en P. Rousseau, ed., *A Companion to Late Antiquity*, Chichester, 2009, pp. 327-341; cf. *LPR*, c. 29, trad. pp. 126-127. [«Euge, Simon Petre, quem gaudet mens aurea Christi *Lumen apostolicum cunctos ornare per annos:* In te sancta Dei pollens ecclesia fulgit, *In te firmum suae domus fundamenta locavit* Principis aetherei clarus per secula natus»]. < <

[22] *LPR*, c. 29, trad. p. 127, Deichmann, *Ravenna*, II/2, pp. 314-315; M. Mazzotti, «La cripta della chiesa ravennate di S. Francesco dopo le ultime esplorazioni», *CARB*, n.º 21 (1974), pp. 217-230, esp. pp. 227-228; J. P. Caillet, l'évergetisme monumental chrétienne en Italie et à ses marges, Roma, 1993, pp. 43-47; cf. las largas secciones sobre los donantes de tantos metros de suelos de mosaico de Aquilea, Grado, Trieste y Porec. < <

[23] Existía un palacio episcopal en la iglesia de San Jorge «en tiempos de los arrianos», *LPR*, c. 70, trad. p. 186. Normalmente suele referirse a la época de los reyes «bárbaros» posteriores, pero lo cierto es que hubo arrianos en Rávena durante todo el siglo V. < <

[24] R. Gryson, ed., *Scholies ariennes*, 3 vols., Turnhout, 1980; *idem*, *Le recueil arien de Vérone. MS LI de la Bibliothèque capitale*, Turnhout, 1982; *idem*, *Les palimpsestes ariens de Bobbio*, Turnhout, 1983; P. Heather y J. Matthews, *The Goths in the Fourth Century*, Liverpool, 1991, pp. 156-173. < <

[25] W. H. Bennett, *The Gothic Commentary on the Gospel of John*, Nueva York, 1960, pp. 67-70. < <

[26] Se tiene constancia de la existencia de judíos en la Rávena de los siglos VI, VII y VIII, y de una sinagoga convertida en iglesia de San Pablo; véase *LPR*, c. 119, trad. p. 238, c. 133, trad. p. 257 (la conversión de un judío), y c. 143, trad. p. 268 (el comerciante judío al que Carlomagno pidió que tasara la corona que desapareció en tiempos del obispo Jorge). Sobre el ánfora con una inscripción judía, véase p. 123. < <

7. Sidonio Apolinar en Rávena

[1] Sidonio, Ep. I, vv. 3-5, a Heronio, en Sidonius Apollinaris [Sidonio Apolinar], *Poems and Letters*, W. B. Anderson, trad., 2 vols., Loeb Classics Library, 1936, vol. I, pp. 354-357. < <

[2] Sidonio, Ep. I, VIII, a Candidiano, en *ibid.*, pp. 380-383. < <

[3] Marcelino, *anno* 466-467, trad. p. 24. < <

[4] Sidonio, Ep. I, vv. 5-6, a Heronio, vol. I, pp. 356-357; Marcial se refirió a la escasez de agua potable, en contraposición a la abundancia de vino y espárragos silvestres tiernos, incluso mejores que los de huerta (*Epigramas*, lib. XIII, 21). El epigrama 66 menciona los buenos vinos junto con la falta de agua. < <

[5] JanOlaf Tjäder, ed., *Die nichtliterarischen lateinischen Papyri Italiens aus der Zeit 445-700*, 3 vols., Lund 1954-1982, que actualiza la edición anterior de Marini y que ahora se reimprime con reproducciones facsímiles, bibliografía actualizada y correcciones en *Chartae Latinae antiquiores* (*CLA*), organizada geográficamente por archivos. Los apellidos aparecen en numerosos documentos a partir de finales del siglo V; véanse las prosopografías construidas por Brown, *Gentlemen and Officers*, de 554-800, y S. Cosentino, *PIB* (solo han aparecido los dos primeros volúmenes). < <

[6] D. W. Lafferty, *Law and Society in the Age of Theoderic the Great. A Study of the Edictum Theoderici*, Cambridge, 2013, pp. 112-114. < <

[7] Véase F. Santoni, «I Papiri di Ravenna. *Gesta municipalia* e procedure di insinuazione», en *L'héritage byzantine en Italie (VIIIe-XIIe siècle)*; vol. I, *La fabrique documentaire*, Roma, 2011, pp. 9-32; G. Nicolaj, «Breve viaggio fra i documenti altomedievalli dell'Italia bizantina (cenni di sintesi)», en *ibid.*, pp. 169-187. < <

[8] Tjäder, *Papyri*, I, 4-5 = Marini, 74/74A, *CLA*, *XXIX*, 878. Se trata de una lista de testamentos recopilados a mediados del siglo VI e identificados por secciones. B II 7-B III 4-8, pp. 208-210, con fecha anterior a 474, se refiere a Pascasia, *honesta femina*, posiblemente viuda de Constancio. < <

[9] Tjäder, *Papyri*, I, 4-5, B III 8-IV 2-6, pp. 206-208, con fecha del año 480; cf. otros dos conservados de finales del siglo V, A y B1, = Marini, 74/74A, *CLA*, *XXIX*, 878. < <

[10] Como Pascasia, véase la nota 8. < <

[11] Petición de María, Tjäder, *Papyri*, I, 12, pp. 294-298 = Marini, 84, *CLA*, *XXV*, 791, con fecha del año 491. < <

[12] *LPR*, c. 31, trad. p. 134. <<

[13] P. Heather, *The Fall of the Roman Empire. A New History*, Londres, 2005, pp. 418-419 y 422-423 [hay trad. cast.: *La caída del Imperio romano*, Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, trads., Barcelona, Crítica, 2006], y véase la introd. a los *Poems and Letters* de Sidonio Apolinar, vol. I, pp. XLII-LII. < <

[14] *LPR*, c. 37, trad. pp. 139-144. < <

[15] *Ibid.*, c. 33, trad. p. 135; J.C. Picard, *Le souvenir des évêques*, Roma, 1988, p. 161 y fig. 33. < <

[16] Sidonio Apolinar, poema XXIII, vol. I, pp. 296 y 302-304. < <

8. Rómulo Augústulo y el rey Odoacro

[1] En especial B. Ward-Perkins, *The Fall of Rome and the End of Civilization*, Oxford, 2005 [hay trad. cast.: *La caída de Roma y el fin de la civilización*, Manuel Cuesta y David Hernández de la Fuente, trads., Madrid, Espasa, 2007], y otros sin tanta insistencia, como J. M. H. Smith, *Europe after Rome*, Oxford, 2005. Cf. C. Wickham, *The Inheritance of Rome. A History of Europe from 400 to 1000*, Londres, 2009, pp. 3-12 [hay trad. cast.: *El legado de Roma. Una historia de Europa de 400 a 1000*, Cecilia Belza y Gonzalo García, trads., Barcelona, Pasado y Presente, 2013]. < <

[2] Prisco, fg. 62 = Juan de Antioquía, fg. 207, y Prisco, fg. 64 = Juan de Antioquía, fg. 209, trad. pp. 370-373. < <

[3] P. MacGeorge, *Late Roman Warlords*, Oxford, 2002, pp. 167-268. <<

[4] Decoró, o posiblemente fundó, una iglesia arriana en Roma, Santa Ágata, entre 459 y 471, que sirvió de modelo para Teodorico, véase *ibid.*, pp. 180-181; R. W. Mathisen, «Ricimer's Church in Rome. How an Arian Barbarian Prospered in a Nicene World», en A. Cain y N. Lenski, eds., *The Power of Religions in Late Antiquity*, Farnham, 2009, pp. 307-325. Sirvió de modelo para Teodorico; véase el parecido con los apóstoles de San Apolinar el Nuevo. R. Coates-Stephens, «Dark Age Architecture in Rome», *PBSR*, n.º 65 (1997), pp. 177-232. < <

[5] Marcelino señala que Glicerio fue nombrado emperador «más por presunción que por elección» (trad. p. 26). Comenta que Julio Nepote fue entronizado en Roma, y luego Rómulo Augústulo en Rávena. < <

[6] Procopio, *Guerras*, lib. III, 7, 16-17, trad. vol. II, p. 69. < <

[7] Prisco, fg. 65 (Juan de Antioquía, fg. 209.2), trad. pp. 372-374, afirma que Gundebaldo (sobrino de Ricimero) puso a Glicerio como emperador y León I (muerto el 18 de enero de 474) decidió enviar a Nepote para destituirlo. Su sucesor, Zenón (474-491), tuvo que lidiar con Glicerio y sus sucesores. La enrevesada historia de estos años requeriría un análisis muy extenso. < <

[8] W. V. Harris, *Roman Power. A Thousand Years of Empire*, Cambridge, 2016, pp. 220-226; *Le migrazioni nell'Alto Medioevo*, Settimana 66, Espoleto, 2019. < <

[9] Marcelino, *anno* 476, trad. pp. 26-27; *Anon. Vales*, 8.38 y 10.45, menciona la pensión de seis mil sólidos. < <

[10] *PLRE*, IIB, pp. 791-793 y Addenda, XXXIX. La acuñación de monedas de Odoacro sugiere que sí reconoció a Julio Nepote como emperador (pero no hizo nada para contribuir a su regreso a Italia); D. Henning, *Periclitans res publica. Kaisertum und Eliten in der Krise des Weströmischen Reiches 454/5-493 n. Chr.*, Stuttgart, 1999, pp. 178-184. <<

[11] Malco, fg. 13 anota que Onulfo (al que llama hermano de Odoacro) descendía de los teuringios (turingios) y, por parte de su madre, de los escirios; véase *Fragmentary Historians*, pp. 418-419. < <

[12] *Anon. Vales*, 10.46, trad. p. 537 afirma que Odoacro se ofreció a concederle cualquier deseo, gracias a lo cual indultaron a un tal Ambrosio y le permitieron volver del exilio, precisamente el tipo de intervención que era de esperar de un santo varón. < <

[13] Malco, fg. 14, *Fragmentary Historians*, p. 419. P. Heather, *The Fall of the Roman Empire. A New History*, Londres, 2005, pp. 428-430 [hay trad. cast.: *La caída del Imperio romano*, Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, trads., Barcelona, Crítica, 2006]. < <

[14] Si la tumba de una tal «Singledia» mencionada por Agnelo puede identificarse como la de Sunigilda, entonces la acabaron enterrando en la iglesia de la Santa Cruz, que pertenecía a los arrianos, *LPR*, c. 41, trad. pp. 148-149; *PLRE*, *IIB*, pp. 1040-1041. Juan de Antioquía, 214a, *Ioannis Antiocheni fragmenta quae supersunt omnia*, S. Mariev, trad., Berlín, 2008, pp. 386-389; Gordon, pp. 182-183, afirma que Teodorico la mató de hambre. < <

[15] Jones, *LRE*, I, p. 253; *LPR*, cap. 39, trad. p. 146, y cap. 40, trad. p. 148; Deichmann, *Ravenna*, II/3, p. 18. < <

[16] Jones, *LRE*, I, pp. 255 y 425. < <

[17] *Ibid.*, p. 254. <<

[18] J. Conant, *Staying Roman. Conquest and Identity in Africa and the Mediterranean, 439-700*, Cambridge, 2015, p. 38, lo relaciona con el hecho de que Geiserico se sirviera de la reclamación de Eudocia sobre la herencia imperial de su padre, que abandonó en cuanto reconocieron su matrimonio con Hunerico; Cándido, ll. 8488, *Fragmentary Historians*, p. 469. < <

[19] Tjäder, *Papyri*, I, 10-11 = Marini, 82-83, *CLA*, *XX*, 703, cf. *Regesta*, Addendum n.º 1, en *Storia di Ravenna*, II.1, p. 545. < <

[20] Cándido, ll. 84-88, *Fragmentary Historians*, p. 469; A. Chastagnol, *Le Sénat romain sous le règne d'Odoacre*, Bonn, 1966, pp. 98-99; Thomas S. Burns, *A History of the Ostrogoths*, Bloomington, 1984, pp. 74-77; J. Moorhead, *Theoderic in Italy*, Oxford, 1993, pp. 54 y 231-232, y las entradas completas correspondientes a senadores concretos en *PLRE*, IIA y B. < <

[21] Ennodius [Enodio], *Life of Epiphanius, en Early Christian Biographies*, serie Fathers of the Church, R. J. Deferrari, trad., Washington D. C., 1964, vol. 15, pp. 329-345, sobre las embajadas a Rávena. < <

[22] *LP*, 53 (Símaco), trad. p. 46, cf. *LP*, 50.1 y 4, trad. pp. 43-44. Después de esta referencia a Odoacro, una datación mixta, «en tiempos del rey Teodorico y del emperador Zenón» (o Anastasio) en Constantinopla, se concreta más tarde con el añadido de los años de los cónsules de Occidente («desde el consulado de Paulino hasta el de Senador»). La *Vida* de Félix III fue escrita hacia 535, al cabo de más de cincuenta años; véase H. Geertman, «La genesi del *Liber pontificalis romano*. Un processo di organizzazione della memoria», en F. Bougard y M. Sot, eds., *Liber, gesta, histoire. Écrire l'histoire des évêques et des papes de l'Antiquité au XXIe siècle*, Turnhout, 2009, pp. 37-108. < <

[23] P. Amory, *People and Identity in Ostrogothic Italy 489-554*, Cambridge, 2003, pp. 251-256; el mayor número procede de un solo papiro. Más adelante, Amory establece una distinción entre la Iglesia real vándala de África, que perseguía a los católicos, y la Iglesia cultural de los godos, que difundía en gran parte en latín su liturgia a todos los creyentes arrianos, pp. 259-260. Véase S. Cohen, «Religious Diversity», en *A Companion to Ostrogothic Italy*, pp. 503-532, esp. pp. 510-521, donde se muestra como el término «arriano» se convirtió en polémico, y G. Berndt y R.Steinacher, «The *ecclesia legis Gothorum* and the Role of Arianism in Ostrogothic Italy», en G. Berndt y R. Steinacher, eds., *Arianism. Roman Heresy and Barbarian Creed*, Farnham, 2014, pp. 219-229. < <

[24] *LPR*, c. 37, trad. pp. 141-144. J. Martínez Pizarro demuestra con suma habilidad que este relato se inspira en la embajada del papa León I a Atila, que fue reelaborada en numerosas versiones posteriores; véase *Writing Ravenna. The «Liber pontificalis» of Andrea Agnellus*, Michigan, 1995, pp. 106-119. < <

[25] *LP*, 50.2.4 (Félix III), trad. pp. 443-444; *LP*, 51.4 (Gelasio) y el fin del cisma de Acacio durante el pontificado de Hormisdas, 54.5-8, trad. pp. 49-50. < <

[26] *LP*, 51.1 (Gelasio I), trad. p. 44; 53.5 (Símaco), trad. p. 46; 54.9 (Hormisdas), trad. p. 50 (todos ellos quemaron los libros de los maniqueos, además de mostrar hostilidad hacia todos los herejes, incluidos los arrianos). < <

[27] *LP*, 51.6, trad. p. 45. <<

9. Teodorico el ostrogodo

[1] W. Ensslin, *Theoderich der Grosse*, Múnich, 1959, tiene un capítulo útil sobre este periodo; J. Shepard, «Manners maketh Romans? Young barbarians at the emperor's court», en E. Jeffreys, ed., *Byzantine Style, Religion and Civilization in Honour of Sir Steven Runciman*, Cambridge, 2006, pp. 135-158, esp. pp. 135-141. < <

[2] D. Braund, *Rome and the Friendly Kings*, Londres/Nueva York, 1984; J. Allen, *Hostages and Hostagetaking in the Roman Empire*, Cambridge, 2006. < <

[3] En lugar de aprender las costumbres romanas, él y sus amigos eunucos provocaron la ira y los mártires de Sebasteia lo ayudaron a escapar del Gran Palacio. Véase la *Vida* de Pedro de Iberia, C. Horn y R. R. Phenix Jr., trads., Leiden, 2008, pp. 25-35; *PLRE* Petrus 13, Proclus 3; M. McCormick, «Emperor and Court», *The Cambridge Ancient History*, Cambridge, 2001, vol. XIV, cap. 6, pp. 154-155. < <

[4] Así, Sebastián, yerno del general Bonifacio, que apoyó a Gala Placidia contra Aecio, pasó una década en la corte de Teodosio II entre 433 y 443. < <

[5] J. Herrin, «Constantinople and the treatment of hostages, refugees and exiles in Late Antiquity», *Constantinople réelle et imaginaire. Autour de l'oeuvre de Gilbert Dagron, Travaux et Mémoires*, vol. 22, n.º 1 (2018), pp. 739-756. < <

[6] A. Kosto, *Hostages in the Middle Ages*, Oxford, 2012; *idem*, «Transformation of hostageship in late antiquity», *Antiquité Tardive*, n.º 21 (2013), pp. 265-282. < <

[7] Véase Ensslin, *Theoderich der Grosse*, pp. 14-33; quizá recibiera clases de Cledonio, un prestigioso *grammaticus* y profesor de latín residente en Constantinopla en la misma época (véase *PLRE*, IIA, p. 302, Cledonio 2), o Teoctisto, *grammaticus*, un segundo maestro (véase *PLRE*, IIB, p. 1066, Teoctisto 5). < <

[8] Peter Heather presentó no hace mucho un relato muy convincente de lo que debió de parecerle Constantinopla a Teodorico; véase *The Restoration of Rome. Barbarian Popes and Imperial Pretenders*, Londres, 2013, pp. 14-17 [hay trad. cast.: *La restauración de Roma. Bárbaros, papas y pretendientes al trono*, Silvia Furió, trad., Barcelona, Crítica, 2013]. < <

[9] Malalas, *Crónica*, recoge estos hechos en el lib. 14.42-3, trad. pp. 205-206. < <

[10] Mango, *Art*, pp. 34-35. Podría basarse en un ejemplo anterior, pero este se ubicó en la nueva capilla. < <

[11] Marcelino, *anno* 469, trad. p. 25; cita el *Chronikon Paschale*, Michael y Mary Whitby, ed. y trad., Liverpool, 1989, *anno* 468, trad. p. 90. < <

[12] Marcelino, *anno* 469, trad. p. 25. < <

[13] Heather, *Restoration of Rome*, pp. 25-32 con un mapa en la p. 31. <<

[14] Jordanes, *Getica*, 57 [hay trad. cast.: *Origen y gestas de los godos*, José María Sánchez Martín, trad., Madrid, Cátedra, 2001], relata con lirismo el recibimiento de Teodorico por parte de Zenón, quien agasajó a su aliado militar con un triunfo, lo sentó entre los príncipes de su palacio, lo adoptó como su hijo en armas y le otorgó el rango de cónsul ordinario y *patricius* con una estatua ecuestre a la gloria de este gran hombre (pp. 289-291). Wolfram, *Goths*, pp. 277-278, sobre la etapa anterior al año 487. < <

[15] Jordanes, *Getica*, 57, citado en P. Sarris, *Empires of Faith*, Oxford, 2011, pp. 100-101. < <

[16] Wolfram, *Goths*, pp. 279-280, sobre su marcha en otoño con la cosecha que les permitiría pasar el invierno de 488-489. < <

[17] S. Lazard, «Goti e latini a Ravenna», en *Storia di Ravenna*, II/1, pp. 109-133; Wolfram, *Goths*, p. 279, aventura que unos cien mil godos pudieron haber participado en el éxodo y diez mil probablemente se establecieron en Rávena. < <

[18] Wolfram, *Goths*, p. 282 (quien señala que Odoacro se había «marchado a Roma para que proclamaran césar a su hijo [Thela]», con el fin de asegurar la sucesión); Bury, *LRE*, I, p. 424, supone que esta victoria en el Adda persuadió al Senado de abandonar a Odoacro. < <

[19] Juan de Antioquía, fg. 214a, trad. en C. D. Gordon, *The Age of Attila. FifthCentury Byzantium and the Barbarians*, Ann Arbor, 1972, pp. 182-183; S. Mariev, *Ioannis Antiocheni fragmenta quae supersunt omnia*, Berlín, 2008, pp. 386-389. < <

[20] *Anon. Vales*, 60, trad. p. 545. < <

[21] *Epistulae Theodericianae*, *MGH*, *AA*, XII, p. 390; J. Moorhead, *Theoderic in Italy*, Oxford, 1993, pp. 89-90 y 96. < <

[22] *LPR*, cc. 34-46, trad. pp. 136-156. < <

[23] Moorhead, *Theoderic in Italy*, p. 25, acepta que Odoacro utilizó al obispo Juan para negociar los términos de la rendición de la ciudad, aunque otras fuentes no lo mencionan. Posiblemente Agnelo deseaba realzar el papel del obispo católico en la acogida de un gobernante arriano, *LPR*, c. 39. < <

[24] Moorhead, *Theoderic in Italy*, pp. 36-37; esta tampoco tuvo éxito. Solo la tercera embajada, también encabezada por Festo, obtuvo la aprobación de Anastasio como rey. Sobre Festo, véase *PLRE*, II, pp. 467-469. < <

[25] Moorhead, *Theoderic in Italy*, pp. 33-34, habla de las tercias, «tertiae», que interpreta como impuestos y no territorios, como corrobora Heather, *Restoration of Rome*, pp. 64-67. En *The Fall of the Roman Empire*, Londres, 2005, pp. 428-429, Heather supone que Liberio estaba al mando, ya que también había organizado el asentamiento de los seguidores de Odoacro después de 476. < <

[26] Lazard, «Goti e latini», pp.128-129 y n.165, citando a Guillou, *Régionalisme*, p. 79. Sobre la larguísima carrera de Liberio, *véanse PLRE*, II, pp. 677-681, y el estudio de J. J. O'Donnell, «Liberius the patrician», *Traditio*, n.º 37 (1981), pp. 31-72. < <

[27] *LPR*, c. 70, trad. p. 185, sobre Unimundo/Uvimundo, obispo en el vigésimo cuarto año del reinado de Teodorico; P. Amory, *People and Identity in Ostrogothic Italy 489-554*, Cambridge, 2003, p. 429. < <

[28] Deliyannis, *Ravenna*, pp. 17-18, sobre los bloques de imposta y las formas poligonales de los ábsides típicas de Constantinopla y del Mediterráneo oriental. < <

[29] *Anon. Vales*, 11.53 y 12.63, trad. pp. 543 y 549. < <

[30] S. D. W. Lafferty, *Law and Society in the Age of Theoderic the Great*, Cambridge, 2013, p. 104, citando a Casiodoro, *Variae*, III, 20. < <

[31] Amory, *People and Identity*, pp. 251-256, destaca el uso de fórmulas godas por parte de cuatro miembros, que contrasta con los seis que firman en formas mucho más libres de latín. Otros cinco miembros hacen la señal de la cruz, lo que indica que son analfabetos, aunque dos alegan tener la «vista débil», lo que da a entender que son ciegos. Sin embargo, Lazard, «Goti e latini», p. 114, señala que se sabe que al menos una goda, Hildevara, se convirtió a la fe católica antes de 523. <<

[32] Lazard, «Goti e latini», p. 121, citando un papiro de 591 (Tjäder, *Papyri*, n.º 37) como ejemplo de matrimonio mixto. < <

[33] Amory, *People and Identity*, pp. 43-59, sobre la innovadora combinación de lo godo y lo romano; Lafferty, *Law and Society*, también contrasta los ideales transmitidos por Casiodoro y los elementos prácticos del Edicto de Teodorico. < <

[34] Thomas S. Burns, *A History of the Ostrogoths*, Bloomington, 1984, p. 219: «Aunque construyó su régimen sobre bases romanas, hizo que la burocracia funcionara con mayor eficacia y sustituyó conceptos e instituciones anticuados por innovaciones y personal godos». < <

10. El reino de Teodorico

[1] Sobre el reino de Teodorico en general, véanse los numerosos y útiles artículos de J. J. Arnold, M. S. Bjornlie y K. Stessa, eds., *A Companion to Ostrogothic Italy*, Leiden, 2016. Casiodoro, *Var.*, III, 23.3, sobre el nombramiento de Coloseo, seguramente un romano, en Sirmio; S. D. W. Lafferty, *Law and Society in the Age of Theoderic the Great*, Cambridge, 2013, p. 103. < <

[2] J. Moorhead, *Theoderic in Italy*, Oxford, 1993, pp. 39-40, lo relaciona con el término godo *reiks*. < <

[3] J. J. Arnold, *Theoderic and the Roman Imperial Restoration*, Cambridge, 2014, pp. 84, 88-91, 111-113 y 273. Para las monedas municipales de bronce utilizadas en los intercambios cotidianos, véase la figura 21. < <

[4] Tenemos documentados a tres de estos eunucos: Seda, *ignuchus et cubicularis*, con una magnífica tumba; Wiliarit 2 y Triwila, *praepositus sacriiculi*; véanse *PLRE*, IIB, pp. 987, 1126-1127 y 1167, y Elpidio, 6, *PLRE*, IIA, p. 537. < <

[5] Wolfram, *Goths*, pp. 292-293; M. S. Bjornlie, «Governmental administration», en Arnold, Bjornlie y Stessa, eds., *A Companion to Ostrogothic Italy*, pp. 47-72; Lafferty, *Law and Society*, p. 39, sobre el *saio* Unigilio, que organizó todo lo necesario para la corte cuando Teodorico visitó Liguria, véase Casiodoro, *Var.*, II, 20. < <

[6] Como los condes Cassine, Tzalicone, Assuin, Suna y Osuin, véase S. Lazard, «Goti e latini a Ravenna», en *Storia di Ravenna*, II.1, p. 119. <<

[7] Thomas S. Burns, *A History of the Ostrogoths*, Bloomington, 1984, pp. 83-84 y 171-179, para muchos nombres de condes y *saiones* (por ejemplo, Triwilla, Wilia, Tezutzaton); Pythius, *comes Gothorum*; Fridibad, *comes* de Savia; *comes* Marabad en Provenza; *comes* Gildias en Sicilia; Tancila (¿en Pavía?), p. 83. Oppas (?) *bucellarius*, que se rebeló contra Teodorico, p. 176. Cf. Moorhead, *Theoderic in Italy*, pp. 77-78; Lazard, «Goti e latini», pp. 114-115, 119 y 121. Pitzia fue el comandante militar enviado contra los gépidos que hizo prisioneros a Trasarico y a su madre; véase Burns, *Ostrogoths*, p. 175. < <

[8] *PLRE*, IIB, pp. 677-681 para su increíblemente larga carrera, y J. J. O'Donnell, «Liberius the patrician», *Traditio*, n.º 37 (1981), pp. 31-72. <<

[9] *PLRE*, IIA, pp. 467 y 454. <<

[10] En este aspecto, el libro de Arnold, *Theoderic and the Roman Imperial Restoration*, es de una claridad meridiana. < <

[11] M. S. Bjornlie, *Politics and Tradition between Rome, Ravenna and Constantinople*, Cambridge, 2013; una selección del epistolario puede leerse traducida en S. Barnish, *Cassiodorus. Variae*, Liverpool, 1992. <<

[12] A. Chastagnol, *Le Sénat romain sous le règne d'Odoacre*, Bonn, 1966, pp. 96-99; C. Pietri, «Les aristocraties de Ravenne (Ve-VIes.)», *Studi Romagnoli*, n.º 34 (1983), pp. 643-673, esp. pp. 656-657. Para Gaudencio, véase Marini, *Papyri*, 139. *Magistri officiorum*: Andrómaco en el año 489, Anicio Probo Fausto Níger en 492-494, Rufio P. N. Cetegno a principios del siglo VI y los prefectos pretorianos de Italia: Liberio hasta el año 500, Teodoro en 500 y Fausto Albino en 500-503. Lafferty, *Law and Society*, pp. 110-112, sobre la importancia de los gobernadores provinciales, jueces que formaban la columna vertebral de la administración y que eran enviados como magistrados de primera instancia para proporcionar recursos jurídicos a la población local. El Edicto contiene normas para evitar que abusen durante demasiado tiempo de la hospitalidad local. < <

[13] *PLRE*, IIA, p. 482. <<

[14] *Ibid.*, pp. 414-416. < <

[15] Pietri, «Les aristocraties de Ravenne», p. 659; *PLRE*, IIA, pp. 350 y 567-568. < <

[16] Bjornlie, *Politics and Tradition*, pp. 128-130, sostiene que estos *apparitores* profesionales de baja cuna podían ascender a puestos más altos en la burocracia en un *ordo* opuesto a los aristócratas romanos. Moorhead también ve un cambio de senadores romanos a administradores de la Galia, pp. 151 y 154-156. < <

[17] P. Fabbri, «Il controllo delle acque tra tecnica ed economia», en *Storia di Ravenna*, II.1, pp. 9-25; Y. Murano, «"Watered… by the lifegiving wave". Aqueducts and water management in Ostrogothic Italy», en P. Erdkamp, K. Verhhoeven y A. Zuiderhoek, eds., *Ownership of Land and Natural Resources in the Roman World*, Oxford, 2015, pp. 150-169; *Acqua*, Settimana 55, Espoleto, 2008; *Cura Aquarum*, G. Cuscito, ed., *Antichità Altoadriatiche*, n.º 87 (2018). < <

[18] A. Urbano, «Donation, dedication and *damnatio memoriae*. The Catholic reconciliation of Ravenna and the church of S. Apollinare Nuovo», *Journal of Early Christian Studies*, n.º 13 (2005), pp. 71-110. Entre los cambios posteriores se encuentran un bonito campanario del siglo XI en la esquina sudoeste, un claustro medieval también en el lado sur y un pórtico renacentista construido sobre la entrada occidental. < <

[19] Deichmann, *Ravenna*, II/I, p. 135, sobre las marcas de canteros; Moorhead, *Theoderic in Italy*, pp. 158-159, sobre el senador Festo, encargado del transporte de mármoles del palacio romano del Pincio a Rávena. Festo defendió la candidatura de Lorenzo al papado y, al fracasar esta, lo acogió en sus propiedades; véase *ibid*., p. 207. < <

[20] *LP*, 53.7, trad. p. 47. <<

[21] Procopio, *Guerras*, lib. V, 1, 16-18, y Deliyannus, *Ravenna*, pp. 46-47, sobre el canal que llevaba el agua del mar a la ciudad. Guillou, *Régionalisme*, pp. 59-61; P. Squatriti, «Marshes and mentalities in early medieval Ravenna», *Viator*, n.º 23 (1992), pp.1-16; *idem, Water and Society in Early Medieval Italy. AD 400-1000*, Cambridge, 1998. < <

[22] *LPR*, c. 94, trad. p. 205, se trata de una imagen en mosaico de Teodorico a caballo en la bóveda del ábside, probablemente de una sala de recepción. < <

[23] Aclamaciones, *ILS*, n.º 827; *CIL*, VI, n.º 1794; *CIL*, X, n.º 6850-6852, con el elogioso calificativo de «gloriosísimo» aplicado a Teodorico. P. Heather, *The Restoration of Rome. Barbarian Popes and Imperial Pretenders*, Londres, 2013, pp. 60-61 y 62, sobre la percepción de la *Romanitas* [hay trad. cast.: *La restauración de Roma. Bárbaros, papas y pretendientes al trono*, Silvia Furió, trad., Barcelona, Crítica, 2013]; Moorhead, *Theoderic in Italy*, pp. 47-48; *CIL*, VI, n.º 1794; *CIL*, X, n.º 6850-6852, sobre el uso del término *augustus*. < <

[24] Procopio, *Guerras*, V, 24, 22, donde se describe a Teodorico como un arconte, y se sirve de la lenta degradación de la imagen (*eikon*, de piedras extremadamente pequeñas teñidas de casi todos los colores) para predecir el final de la dominación goda de Italia. < <

[25] Casiodoro, *Var.*, I, 45 y 46, trad. pp. 20-23 y 24. <<

[26] Moorhead, *Theoderic in Italy*, pp. 169-170; *PLRE*, IIB, p. 939 (Renato), y *PLRE*, IIB, p. 1098 (Teodoro 63). El copista probablemente sea Flavio Lucio Teodoro, funcionario del *scrinium epistularium* (departamento de cartas) y ayudante del cuestor de Constantinopla, que corrigió una copia de la traducción de Boecio de las *Categorías* de Aristóteles. También copió el *Ars gramatica* de Prisciano en Constantinopla, encargo que terminó el 29 de mayo de 527. < <

[27] J. Tjäder, «Der Codex Argenteus in Uppsala und der Buchmeister Viliaric in Ravenna», en U. E. Hagberg, ed., *Studia Gothica*, Estocolmo, 1972, pp. 144-164, esp. pp. 147-151. Llegó a Suecia tras muchas peripecias y habiendo perdido varias de sus páginas originales. < <

[28] Puede ser el mismo Viliaric, *antiquarius*, o sea, alguien interesado en los textos antiguos y capaz de copiarlos. < <

[29] *Var.*, IX, 24. <<

[30] *Var.*, IV, 1, trad. p. 74, y cf. más arriba *Var.*, II, 2. <<

[31] F. Staab, «Ostrogothic geographers at the court of Theodoric the Great. A study of some sources of the Anonymous Ravenna Cosmographer», *Viator*, n.º 7 (1976), pp. 27-64, esp. pp. 33-54, muy criticado más recientemente por L. Dillemann, *La cosmographie du Ravennate*, col. Latomus, n.º 235, Bruselas, 1997. < <

[32] *Var.*, IV, 1, trad. p. 74; Arnold, *Theoderic and the Roman Imperial Restoration*, pp. 213-218, sobre las extrañas bestias, *voluptates exquisitas*. < <

[33] *Var.*, III, 51, trad. p. 71. <<

[34] *Var.*, II, 24 y 25; cf. III, 8, y IV, 10. < <

[35] Tjäder, *Papyri*, n.º 4-5, B 2, Marini, 74/74A, *CLA*, *XXIX*, n.º 878 (donde aparecen los nombres Aelius, Aurelius, Melminius y Hernilius). <<

[36] Bjornlie, *Politics and Tradition*, p. 113. <<

[37] Tjäder, *Papyri*, I, 29 = Marini, 113, posterior al 5 de febrero de 504, datado por el consulado de Rufio Petronio Nicomago Cetego, cónsul en el año 504; *PLRE*, IIA, pp. 281-282. < <

[38] Lafferty, *Law and Society*, pp. 111-112 y 114, *Edictum Theodericis*, cc. 52 y 53 (que también menciona al *duumvir* y al *quiquennalis*, nombrados cada cinco años «para realizar censos locales»). Véase *Var.*, VII, 11, para la fórmula de nombramiento del *defensor*. Jones, *LRE*, I, p. 145 remonta su creación a Valentiniano I para la defensa de la plebe frente a los poderosos. < <

[39] Texto del testamento de Aureliano, Tjäder, *Papyri*, I, 4-5, sección B IV-V, 7-11, pp.210-212 = Marini,74/74A, *CLA*, XVII, n.º 653; *Pros.chrét. Italie*, I,232-233. < <

[40] *Var.*, III, 19. < <

[41] Epitafio de Senario en Rávena, *MGH, AA*, XII, p. 499, y de Liberio en Rímini, *CIL*, XI, n.º 382. < <

11. La diplomacia de Teodorico

[1] P. Heather, *The Restoration of Rome*, Londres, 2013, pp. 70-79 [hay trad. cast.: *La restauración de Roma. Bárbaros, papas y pretendientes al trono*, Silvia Furió, trad., Barcelona, Crítica, 2013]. < <

[2] Casiodoro, *Var.*, IV, 1, 12, trad. p. 74. <<

[3] *Var.*, II, 41; III, 14, trad. pp. 43-48. < <

[4] N. Davies, *Vanished Kingdoms. The History of Halfforgotten Europe*, Londres, 2011 [hay trad. cast.: *Reinos desaparecidos. La historia olvidada de Europa*, Joan Fontcuberta, trad., Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013]. < <

[5] *Var.*, IX, 1; J. Conant, *Staying Roman. Conquest and Identity in Africa and the Mediterranean, 439-700*, Cambridge, 2015, p. 40. < <

[6] *Var.*, II, 40, trad. p. 42 (al final de una larga carta sobre el poder de la música para domar los corazones salvajes de los bárbaros, p. 43, n. 31). < <

[7] *Var.*, I, 45 y 46, trad. pp. 20-24. < <

[8] *Var.*, V, 35 y 39, trad. pp. 162-166, dirigidas al *comes* Livirito y al *vir illustris* Ampelio (*NCMH*, I, pp. 176-177). < <

[9] *Var.*, III, 7 y VIII, 12. <<

[10] J. Moorhead, *Theoderic in Italy*, Oxford, 1993, pp. 189-190; Heather, *Restoration*, pp. 80-81. *Vita Caesarii episcopi Arelatensis*, B. Krusch, ed., *MGH*, *SMR*, *III*, cap. 36, pp. 470-471, y cap. 38, pp. 471-472. < <

[11] *CIL*, *X*, n.º 6850; *ILS*, n.º 827; *Var.*, II, 32, trad. pp. 35-37. < <

[12] *Var.*, II, 20, trad. p. 30. < <

[13] J. Arnold, *Theoderic and the Roman Imperial Restoration*, Cambridge, 2014, pp. 285-287, citando *Var.*, IV, 5, 1-2, e *ibid.*, IV, 26, 1-2. < <

[14] *Var.*, II, 40, trad. pp. 38-43. < <

[15] *Var.*, I, 1; Moorhead, *Theoderic in Italy*, pp. 44 y 186; cf. Heather, *Restoration*, pp. 3 y 72; Arnold, *Theoderic and the Roman Imperial Restoration*, pp. 78-82, donde afirma que *princeps*, en el caso de Teodorico, es prácticamente sinónimo de *imperator*. Pero el concepto permanece oculto. J. ProstkoProstynski, *Utraque res publicae. Anastasius I's Gothic Policy (491-518)*, Poznan, 1994. < <

[16] *Anagnosticum* (502), en *MGH*, *AA*, XII, pp. 425-426. El 23 de octubre de 501 los 76 obispos reunidos suscribieron por unanimidad el documento, con Pedro de Rávena una vez más en segunda posición. <<

[17] R. Lizzi Testa, «Bishops, ecclesiastical institutions and the Ostrogothic regime», en J. J. Arnold, M. S. Bjornlie y K. Stessa, eds., *A Companion to Ostrogothic Italy*, Leiden, 2016, pp. 451-479. <<

[18] *LPR*, c. 50, trad. pp. 161-162. < <

[19] Agnelo sobre la inscripción, *LPR*, c. 57, trad. p. 171. < <

[20] *Var.*, II, 27, trad. p. 35: «Religionem imperare non possumus, quia nemo cogitur ut credat invitus». Sobre los derechos de los judíos en general, véase el finísimo artículo de L. Cracco Ruggini, «Tolleranza et intolleranza nella società tardoantica», *Ricerche di Storia Sociale e Religiosa*, n.º 23 (1983), pp. 27-44; *Gli ebrei nell'Alto Medioevo*, Settimana 26, Espoleto, 1980; S. D. W. Lafferty, *Law and Society in the Age of Theoderic the Great*, Cambridge, 2013, pp. 32-33; S. Cohen, «Religious Diversity», en *A Companion to Ostrogothic Italy*, pp. 503-532, que subraya la necesidad del rey de mantener el orden y la *civilitas*, más que una tolerancia de principios, y que muestra cómo se utilizaba el término «arriano» en sentido polémico. < <

[21] Esto se ajustaba al derecho romano. < <

[22] D. Noy, *Jewish Inscriptions of Western Europe*, vol. I, Cambridge, 1993, n.º 10, pp. 17-18 (le estoy agradecida a Sebastian Brock por esta referencia). Para la transformación de una sinagoga, véase *LPR*, c. 119, trad. p. 238. < <

[23] Moorhead, *Theoderic in Italy*, pp. 97-99 y 217. < <

[24] Cracco Ruggini, «Tolleranza e intolleranza», pp. 37-38, pone el foco en la comparación. < <

[25] *The Chronicle of PseudoZachariah Rhetor*, G. Greatrex, ed., R. R. Phenix y C. B Horn, trads., Liverpool, 2011, lib. 9, sección A, p. 365 y n. 278. Aunque las fechas de las discrepancias de Domingo con Teodorico son bastante confusas, el autor del *Ps-Zacarías* creía que «el tirano» había expulsado a su oponente. Domingo puede ser la misma persona que un tal Domnicus que firmó las actas de un concilio celebrado en 536 contra el líder monofisita/miafisita Severo. < <

[26] *Var.*, V, 1, trad. p. 83, regalos de armaduras, pieles y esclavos rubios en señal de paz. < <

12. Teodorico el legislador

[1] S. D. W. Lafferty, *Law and Society in the Age of Theoderic the Great*, Cambridge, 2013, p. 181; C. Wickham, *Framing the Early Middle Ages*, Oxford, 2005, p. 34 [hay trad. cast.: *Una historia nueva de la Alta Edad Media. Europa y el mundo mediterráneo, 400-800*, Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, trads., Barcelona, Crítica, 2009]. < <

[2] W. Pohl, «Early medieval Romanness – a multiple identity», en W. Pohl, ed., *Transformations of Romanness. Early Medieval Regions and Identities*, Berlín, 2018, pp. 3-39. < <

[3] Alan Cameron, *The Last Pagans of Rome*, Oxford, 2011, p. 791. < <

[4] *Ibid.*, pp. 787-793. < <

[5] *LP*, 55.2, trad. pp. 51-52 (la vida del papa Juan I) cuando se convierte en «el rey hereje». H. Geertman, «La genesi del *Liber pontificalis romano*. Un processo di organizzazione della memoria», en F. Bougard y M. Sot, eds., *Liber, gesta, histoire. Écrire l'histoire des évêques et des papes de l'Antiquité au XXIe siècle*, Turnhout, 2009. < <

[6] *LP*, 53.2, trad. p. 45. < <

[7] *MGH*, *AA*, XII, pp. 399-415, un sínodo con la asistencia de 66 obispos y 81 sacerdotes y diáconos romanos. < <

[8] J. Moorhead, *Theoderic in Italy*, Oxford, 1993, p. 61. < <

[9] *Anon. Vales*, 65-67, trad. pp. 549-551. < <

[10] M. S. Bjornlie, *Politics and Tradition between Rome, Ravenna and Constantinople*, Cambridge, 2013, p. 129, sobre el deber de los senadores de proporcionar *annona*; Moorhead, *Theoderic in Italy*, pp. 61-63. < <

[11] Casiodoro, *Var.*, I, 18, trad. p. 16. < <

[12] Lafferty, *Law and Society*. Aunque se ha atribuido a otros gobernantes con el nombre de Teodorico, este reciente estudio defiende con fuerza su origen y composición ostrogodos, lo que apunta a la larga visita a Roma como un momento muy probable para su publicación. < <

[13] *Prologue*, trad. Lafferty, *Law and Society*, p. 248 [traduzco directamente del original en latín, disponible en línea en la.wikisource.org/wiki/Edictum_Theodorici_Regis *(N. del T.)*]; cf. *Var.*, IV, 42 a Argólico, el prefecto urbano; VIII, 3, escrito en nombre de Atalarico al pueblo de Roma, y X, 4 y 5, de Teodato al Senado, todos ellos subrayando la idea del *ius commune*. < <

[14] Lafferty, *Law and Society*, pp. 147-515. < <

[15] *Ibid.*, pp. 102-104 y 110-112, sobre tribunales y justicia. <<

[16] *Var.*, I, 18. < <

[17] No tenemos constancia de sus nombres, aunque a partir de 503 se identifica a una serie de cuestores. < <

[18] M. T. G. Humphreys, *Law, Power, and Imperial Ideology in the Iconoclast Era*, Oxford, 2015; *idem*, *The Laws of the Isaurian Era. The «Ecloga» and its Appendices*, Liverpool, 2017. < <

[19] Moorhead, *Theoderic in Italy*, p. 116. < <

[20] *MGH*, *AA*, *XII*, pp. 438-455, ochenta obispos y treinta y seis clérigos romanos; los dos primeros mayordomos godos figuran como «sublimes viros, majores domus nostrae cum Conzortrer»; *LP*, 53.5 para la violencia contra las mujeres, y *LP*, 53. 3-4, sobre el visitador Pedro de Altinum, enviado por Teodorico. < <

[21] Félix III condenó específicamente a la Iglesia de Constantinopla por usurpar los derechos de otras provincias eclesiásticas, así como su estrecha colaboración con Pedro Mongo, el patriarca monofisita de Alejandría y el *Henoti kon*; véase *LP*, 50.2-4, trad. pp. 43-44. A pesar de los esfuerzos diplomáticos, el cisma acaciano seguía vigente cuando Félix murió en 492, y sus sucesores, Gelasio (492-496), Anastasio II (496-498) y Símaco (498-514), no consiguieron ponerle fin. < <

[22] *LP*, 54.2-3 y 5-6. < <

[23] Moorhead, *Theoderic in Italy*, pp. 155-156, relaciona el cambio con las disputas provocadas por el descontento de Lorenzo con su obispado. C. Radtki, «The Senate at Rome in Ostrogothic Italy», en J. J. Arnold, M. S. Bjornlie y K. Stessa, eds., *A Companion to Ostrogothic Italy*, Leiden, 2016, pp. 121-146, esp. pp. 129 y 133-137. < <

[24] *LP*, 55.1-2, trad. p. 51. < <

[25] *Anon. Vales*, 85, trad. pp. 563-565. < <

[26] *LP*, 55.6, trad. p. 52. < <

[27] Bjornlie, *Politics and Tradition*, p. 149, n. 130. < <

[28] *Ibid.*, pp. 147, n. 122, y 149, destaca la hostilidad de los godos hacia Rusticiana a causa de esta destrucción, que las tropas de Teia quisieron vengar al cabo de veinte años, en 546. Su marcha a Constantinopla formaba parte del «repliegue» de la familia en el mundo mediterráneo gobernado desde Oriente y no desde Roma. < <

[29] H. U. Wiemer, *Theoderich der Grosse*. König der Goten, Herrscher der Römer, *Eine Biographie*, Múnich, 2018; escritores posteriores detallaron el método tortuoso de su asesinato. < <

[30] J. J. O'Donnell, *The Ruin of the Roman Empire*, Londres/Nueva York, 2009, pp. 164-170 [hay trad. cast.: *La ruina del Imperio romano*, Rafael Marín, trad., Barcelona, Ediciones B, 2010]; P. Heather, «A tale of two cities. Rome and Ravenna under Gothic rule», en J. Herrin y J. L. Nelson, eds., *Ravenna, Its Role in Earlier Medieval Change and Exchange*, Londres, 2016, pp. 15-37, esp. pp. 32-37. < <

13. Amalasunta y el legado de Teodorico

[1] Jäggi tiene un dibujo de las dificultades que supone levantar un peso tan grande, *Ravenna*, pp. 214-215; cf. otras fotos de la bañera y de la decoración interior, pp. 208-209. < <

[2] M. J. Johnson, «Toward a history of *Theoderic* 's building program», *DOP*, n.º 42 (1988), pp. 73-96, esp. pp. 94-96, sobre modelos imperiales en Constantinopla; foto y descripción, Jäggi, *Ravenna*, pp. 206-207. Un accesorio de silla de montar encontrado en una tumba gótica cercana al mausoleo proporcionó un claro paralelismo (aunque posteriormente fue robado del museo local y ha desaparecido). < <

[3] J. J. Arnold, *Theoderic and the Roman Imperial Restoration*, Cambridge, 2014, pp. 74-77. < <

[4] *Anon. Vales*, 60, trad. p. 545, con el añadido de «o un Valentiniano»; véase Arnold sobre qué Valentiniano, p. 73, n. 51. < <

[5] Enodio, II, 14, en Ennode de Pavie [Enodio de Pavía], *Lettres*, S. Gioanni, ed. y trad., París, 2006, escrita en nombre del papa Símaco a los obispos de África exiliados en Cerdeña, pp. 67-68; cf. Enodio, *Vida* de Epifanio, en *Early Christian Biographies*, serie Fathers of the Church, R. J. Deferrari, trad., Washington D. C., 1964, vol. 15, pp. 329-345; Arnold, *Theoderic and the Roman Imperial Restoration*, pp. 181-190. <<

[6] S. Rota, ed., *Panegirico del clementissimo re Teodorico. Opusc. 1*, Roma, 2002 [Enodio, *Obra miscelánea. Declamaciones*, trad. de Agustín López Kindler, Madrid, Gredos, 2007]; *Vida* de Epifanio, cap. 7, p. 143, citada en Arnold, *Theoderic and the Roman Imperial Restoration*, p. 190. <<

[7] Nacido en 516, según Jordanes, *Getica*, 304-305, que es más fácil que dé la fecha correcta que Procopio, quien sitúa su nacimiento dos años más tarde, en 518. < <

[8] Casiodoro, *Var.*, VIII, 1. < <

[9] *Var.*, VIII, 15. También instó a la gente a alegrarse de que la sede episcopal estuviera ocupada, en lugar de detenerse en la competencia entre los candidatos rivales. < <

[10] *Ibid.*, 31 y 33, posiblemente exagera las riquezas agrícolas del sur de Italia y los aspectos positivos de los padres que venden a sus hijos como esclavos. < <

[11] *De origine actibusque Getarum*, *MGH*, *AA*, V [hay trad. cast.: *Origen y gestas de los godos*, José María Sánchez Martín, trad., Madrid, Cátedra, 2001], y *The Gothic History of Jordanes*, C. C. Mierow, trad., Princeton, 1915. < <

[12] El reino de Toulouse, que Sidonio Apolinar describe con brillantez, es objeto de un memorable análisis como reino desaparecido en la obra de Norman Davies sobre dichos reinos. Cf. P. Heather, «The barbarian in late antiquity. Image, reality and transformation», en R. Miles, ed., *Constructing Identities in Late Antiquity*, Londres, 1999, pp. 234-258; W. Pohl, *Integration und Herrschaft. Enthnische Identität und soziale Organisation im Frühmittelalter*, Viena, 2002; *idem*, ed., *Transformation of Romanness. Early Medieval Regions and Identities*, Berlín, 2018. < <

[13] *Var.*, XI, 1, 1 de septiembre de 533 (elogio de la reina), trad. pp. 145-150; M. Vitiello, *Amalasuintha. The Transformation of Queenship in the Post-Roman World*, Filadelfia, 2017; V. Fauvinet-Ranson, «Portrait d'une régente. Un panégyrique d'Amalasonthe», *Cassiodorus*, n.º IV (1998), pp. 267-308; S. Joye y A. Knaepen, «L'image d'Amalasonthe chez Procope de Césarée et Grégoire de Tours. Portraits contrastés entre Orient et Occident», *Le Moyen Age*, vol. 106, n.º 2 (2005), pp. 229-257; C. la Rocca, «"Consors regni". A Problem of Gender?», en P. Stafford et al., eds., *Gender and Historiography in the Earlier Middle Ages in Honour of Pauline Stafford*, Londres, 2017, pp. 27-143. < <

[14] Procopio, *Guerras*, lib. V, 2, 3, sobre Amalasunta [*Historia de las guerras. Libros V-VI. Guerra gótica*, José Antonio Flores Rubio, trad., Madrid, Gredos, 2006, p. 57]; K. Cooper, «Amalasuentha», en J. J. Arnold, M. S. Bjornlie y K. Stessa, eds., *A Companion to Ostrogothic Italy*, Leiden, 2016, pp. 296-315; Vitiello, *Amalasuintha*, pp. 172-213; D. Harrison, *The Age of Queens and Abbesses. Gender and Political Culture in Early Medieval Europe*, Lund, 1998. < <

[15] *Var.*, IX, 21. <<

[16] Procopio, *Guerras*, V, 2, 5; Edicto y cartas de Atalarico, *Var.*, IX, 18, trad. pp. 116-120, y IX, 19 y 20, al Senado y a los gobernadores provinciales dando instrucciones para que se haga cumplir el Edicto, trad. pp. 120-121. < <

[17] *Var.*, VIII, 12 (526), trad. pp. 102-104 (Casiodoro, que escribe en nombre de Atalarico, desarrolla aquí el concepto de reino de los godos). < <

[18] *Var.*, IX, 1. <<

[19] S. Gelichi, «Ravenna, ascesa e declino di una capitale», en G. Ripoll y J. M. Gurt, eds., *Sedes regiae (ann. 400-800)*, Barcelona, 2000, pp. 109-134. Amalasunta envió un representante godo, Calogénito, a Oriente a comprar mármol y otros materiales, *Var.*, X, 8-9. < <

[20] Procopio, *Guerras*, V, 13, 2, sobre la huida de Amalaberga (posiblemente tras la muerte de Amalasunta). El exilio seguro de la familia en Constantinopla dio lugar a los esponsales de su hija (probablemente Rodelinda) con Alduino, rey de los lombardos, una alianza concertada por Justiniano para reforzar sus relaciones con esta fuerza relativamente nueva en Occidente. < <

[21] *LPR*, c. 60, trad. pp. 172-177. Cita la carta del papa Félix de la copia conservada en Rávena. < <

[22] Sus nombres figuran al final del documento del papa, y es interesante observar que el sucesor de Eclesio, Ursicino, no se encuentra entre ellos. Agnelo también sabía muy poco sobre este obispo. Registra que Ursicino construyó la iglesia de San Apolinar en Classe con la ayuda de Juliano el *argentarius*, y contribuyó a la construcción del *Tricollis*, que tardó muchos años en completarse; *LPR*, c. 62, trad. p. 178. Esta *Vida* es particularmente breve y confusa. Agnelo no informa de que Ursicino es uno de los obispos representados junto con otros tres entre las ventanas del ábside de San Apolinar en Classe, lo que sugiere que estas figuras pueden ser un añadido de la época de Maximiano, que distinguió entre los dos primeros obispos, ahora santos (Severo y Urso), y sus dos predecesores, Ursicino y Eclesio; véase Jäggi, *Ravenna*, p. 276. < <

[23] Novela 123, § 3 (sobre las tasas de entrada), en *The Novels of Justinian. A Complete and Annotated English Translation*, D. J. D. Miller y P. Sarris, eds. y trads., Cambridge, 2018, vol. 2, pp. 804-805. En las diócesis con una renta de treinta libras de oro, el obispo entrante debía pagar cien sólidos de oro por los honorarios de entronización y trescientos a los notarios de quien lo nombrase. Cf. Jones, *LRE*, II, pp. 906-907, 908 y 911 sobre el papa Félix IV, que indica que los principales obispos del Imperio, como el de Rávena, tenían sueldos comparables a los de los más altos cargos civiles, y solían contar con plantillas de hasta ochenta clérigos (Apamea en Siria). La tolerancia de Teodorico hacia los católicos queda aún más clara por su intensa actividad constructora y el aumento de la riqueza de la Iglesia. < <

[24] Jones, *LRE*, II, p. 907. < <

[25] *LPR*, c. 60, trad. p. 175, donde se mencionan los siete notarios, *primicerius*, *secundicerius*, etcétera (igual que en Roma). < <

[26] *LPR*, c. 61, trad. pp. 175-177. < <

[27] Deliyannis, *Ravenna*, p. 118, n. 88; *Var.*, III, 19. <<

[28] *LPR*, c. 62, trad. p. 178, calificado de *monasterium*. <<

[29] A esas alturas la Iglesia ya había ido asumiendo la responsabilidad de cuidar de viudas y huérfanos. T. S. Miller, *The Orphans of Byzantium. Child Welfare in the Christian Empire*, Washington D. C., 2003. < <

[30] Las intervenciones de Amalasunta en Roma se desprenden de las cartas escritas en nombre de Atalarico; véase, más arriba, cap. 12, n. 13. Más tarde Teodato aceptó un soborno para imponer a Silverio como papa, *LP*, 60.1, en un ejemplo de signo contrario de intervención de los laicos en los asuntos de la Iglesia de Roma. < <

[31] *Var.*, XII, 22, 24 y 26, sobre los contactos transadriáticos y las cartas de Casiodoro a los istrios, a los tribunos de la costa y a Pablo, su hombre fuerte (*vir strenuus*) en el Véneto cuando fallaban las cosechas (trad. pp. 175-179 y 181-182), S. Cosentino, «L'approvvigionamento annonario di Ravenna dal V all'VIII secolo. L'organizzazione e i riflessi socio-economici», en *Ravenna. Da capitale imperiale a capitale esarcale*, Espoleto, 2005, vol. 1, pp. 405-434. < <

[32] Procopio, *Guerras*, V, 2, 23-29. En el año 533, cuando Gelimer temía que las fuerzas imperiales conquistaran el norte de África, también cargó su tesoro en un barco para navegar hacia España, pero debido a las inclemencias meteorológicas tuvo que quedarse en el puerto y fue capturado por Belisario; véase *ibid.*, IV, IV, 34-41. < <

[33] *Var.*, X, 3, trad. pp. 131-132; M. Vitiello, *Theodahad. A Platonic King at the Collapse of Ostrogothic Italy*, Toronto, 2014. < <

[34] *Var.*, X, 20, trad. pp. 137-138. < <

[35] Procopio, *Guerras*, V, 2, 1-3, 9; *ibid.*, V, 4, 4-31. Cf. *LP*, 60.2, sobre la furia de Justiniano por el asesinato de Amalasunta, «que se había puesto en sus manos». P. Heather, *The Restoration of Rome. Barbarian Popes and Imperial Pretenders*, Londres, 2013, pp. 149-513 [hay trad. cast.: *La restauración de Roma. Bárbaros, papas y pretendientes al trono*, Silvia Furió, trad., Barcelona, Crítica, 2013], presenta una crónica amena de estos años; Bury, *LRE*, *II*, p. 206, sobre Pedro el Patricio y Atanasio, embajadores de Justiniano que permanecieron encarcelados en Rávena cuatro años; Y. A. Marano, «"Watered… with the Life-giving Wave". Aqueducts and water management in Ostrogothic Italy», en P. Erdkamp, K. Verhhoeven y A. Zuiderhoek, eds., *Ownership of Land and Natural Resources in the Roman World*, Oxford, 2015, p. 158, sobre la residencia fortificada que Teodato se hizo construir en el lago de Bolsena, donde probablemente fue asesinada Amalasunta. <<

14. Belisario conquista Rávena

[1] Procopio, *Guerras*, lib. I, 24, 36-37, trad. pp. 231-233. < <

[2] *Chronikon Paschale*, Michael y Mary Whitby, eds. y trads., Liverpool, 1989, p. 127; W. Brandes, «Der Nika-Aufstand, Senatorenfamilien und Justinians Bauprogramm», en F. Bougard y M. Sot, eds., *Liber, gesta, histoire. Écrire l'histoire des évêques et des papes de l'Antiquité au XXIe siècle*, Turnhout, 2009, pp. 239-265. Brandes, siguiendo a M. Meier, *Das andere Zeitalter Justinians. Kontingenzerfahrung und Kontingenzbewältigung im 6. Jahrhundert n. Chr.*, Gotinga, 2003, hace hincapié en los elementos destructivos y tiránicos del reinado del emperador y afirma que lo que escribe Procopio en la *Historia secreta* es absolutamente cierto. < <

[3] R. D. Scott, «Chronicles versus classicizing history. Justinian's East and West», en su *Byzantine Chronicles and the Sixth Century*, Farnham, 2012. < <

[4] Procopio, *Guerras*, III, 14, 3-17, y II, 126-131 (donde Procopio se atribuye el descubrimiento de esta información crucial sobre la flota vándala). P. Heather, *The Restoration of Rome. Barbarian Popes and Imperial Pretenders*, Londres, 2013, p.142 [hay trad. cast.: *La restauración de Roma. Bárbaros, papas y pretendientes al trono*, Silvia Furió, trad., Barcelona, Crítica, 2013]. < <

[5] Le estoy particularmente agradecida a Salvatore Cosentino por recordarme las cifras. F. E. Schlosser, «The exarchates of Africa and Italy. Justinian's arrangements for Africa after the reconquest», *JÖB*, n.º 53 (2003), pp. 27-45. < <

[6] C. Wickham, *Framing the Early Middle Ages*, Oxford, 2005, pp. 706 y 709-713 [hay trad. cast.: *Una historia nueva de la Alta Edad Media. Europa y el mundo mediterráneo, 400-800*, Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, trads., Barcelona, Crítica, 2009]; J. Conant, *Staying Roman. Conquest and Identity in Africa and the Mediterranean, 439-700*, Cambridge, 2012, pp. 91-95 y 336-337. < <

[7] A. Sarantis, «The Geopolitical Role of Dalmatia in Justinian's Balkan and Gothic Wars», comunicación presentada en Split, 2018. Le agradezco a Alex que compartiera conmigo su comunicación antes de que se publicara. < <

[8] P. Heather, *Rome Resurrected. War and Empire in the Age of Justinian*, Oxford, 2018, esp. pp. 165-179. < <

[9] Procopio, *Guerras*, V, 27. <<

[10] Casiodoro, *Var.*, X, 32, 2-3, trad. p. 144, de Vitiges a Justiniano, cita a la reina Amalasunta, «de divina memoria», y a su hija, argumentando que las tropas del emperador deberían haberle restituido el trono, algo que él, Vitiges, acaba de hacer: «Por un designio admirable, Dios hizo que nos conociéramos antes de alcanzar el pináculo del gobierno», ¡por lo que Justiniano debería dejarse influir por un amor que ha llevado a Matasunta a su herencia! < <

[11] *MGH*, *AA*, XII 483, trad. en Vitiello, *Amalasuintha. The Transformation of Queenship in the Post-Roman World*, Filadelfia, 2017, pp. 100-101. < <

[12] *Var.*, X, 31 y 32, trad. pp. 142 y 144, donde se insiste en la restauración de la república, *res publica restaurata*. < <

[13] *Var.*, X, 31, trad. p. 143, *Geticus populus Martium*. < <

[14] Tjäder, *Papyri*, II, 30 = Marini, 114, *CLA*, XX, n.º 706; P. Amory, *People and Identity in Ostrogothic Italy 489-554*, Cambridge, 2003, pp. 421-422, la identifica como goda católica, y la suma se especifica en monedas de oro con su peso correspondiente (*dominicos*, *probitos*, *obriziacos*, *pensantes*). < <

[15] Sobre Secundus y Andreas (difuntos), *dromonarii*, y Witterit, *scutarius*, véase Amory, *People and Identity*, pp. 359, 412 y 440; sobre Julianus y su padre Juan, *PLRE*, IIIA, pp.730-731. Deichmann, *Ravenna*, II/1, pp.21-27, cree que se trata del famoso *argentarius* que pagó la construcción de las iglesias de Rávena; S. Barnish, «The wealth of Iulianus Argentarius. Late antique banking and the Mediterranean economy», *Byzantion*, n.º 55 (1985), pp. 5-38; S. Cosentino, «Le fortune di un banchiere tardoantico. Giuliano argentario e l'economia di Ravenna nel VI secolo», en A. Augenti y C. Bertelli, eds., *Santi, banchieri, re. Ravenna e Classe nel VI secolo. San Severo il tempio ritrovato*, catálogo, Milán, 2006, pp. 43-48. < <

[16] Serapio, Petrus, *collectarius*; Latinus, *possessorum parens corporis*, y Eusebius; los demás testigos, Opilio *vir strenuus strator inlustris*; Candidianus *vir laudabilis*; Armentarius *inlustris*, y Generosus *augustalis*, funcionario que trabajaba para el prefecto pretoriano, son todos de rango más elevado que los godos. < <

[17] Tjäder, *Papyri*, II, 31.3 = Marini, 115, y *Regesta*, n.º 4 (p. 492). La *sorte barbari* es una referencia a las tierras redistribuidas a los godos a finales del siglo V. <<

[18] Todos los implicados parecen ser italorromanos, aunque hay problemas en el uso de los nombres para establecer el origen étnico; véanse Amory (1997), que desató una gran polémica, y S. Lazard, «Goti e latini a Ravenna», en *Storia di Ravenna*, II/1, pp. 109-133. < <

[19] La posición social de los *argentarii*, por supuesto, podía variar: uno es *honestus* y el otro, *clarissimus*; de cambistas algunos pasaron quizá a ser más bien banqueros y ascendieron a puestos más importantes. M. S. Bjornlie, «Governmental administration», en J. J. Arnold, M. S. Bjornlie y K. Stessa, eds., *A Companion to Ostrogothic Italy*, Leiden, 2016, pp. 47-73. < <

[20] Procopio, *Guerras*, VI, 1, 11-19; VI, 2, 24-33 (tratamiento médico); VI, III, 6, 14 y 21-30 (Antonina en Nápoles y el Vesubio). < <

[21] *Ibid.*, VI, X, 7-20; J. Pryor, «The Mediterranean breaks up: 500-1000», en D. Abulafia, ed., *The Mediterranean in History*, Londres, 2003 [hay trad. cast.: *El Mediterráneo en la historia*, Barcelona, Crítica, 2006], señala que Osimo controla el acceso a Rávena. < <

[22] Procopio, *Guerras*, VI, 29, 1-31; Heather, *Restoration of Rome*, p. 178, considera a Vitiges responsable de la oferta, que podría haberle permitido aferrarse a algún vestigio de poder real. < <

[23] Procopio, *Guerras*, VI, 29, 32-34 [*Historia de las guerras*, p. 368]. <<

[24] *Ibid.*, VI, XXX, 7. <<

[25] Procopio, *Los edificios*, I, X, 5 y 16-17, trad. en Mango, *Art*, p. 109 [*Los edificios*, Miguel Periago Lorente, ed., trad. y notas, Murcia, Universidad de Murcia, 2003, p. 45]. < <

[26] Su última victoria se produjo en el año 559, cuando hizo retroceder a los cutriguros al otro lado del Danubio. < <

[27] La novela se publicó por primera vez en 1938 y es un ejemplo más de la perenne curiosidad que despierta la figura de Belisario; véanse, por ejemplo, una ópera de Donizetti y los recientes estudios de Ian Hughes, R. Boss y J. Ludlow, sin olvidar la entrada de la Wikipedia, en.wikipedia.org/wiki/Belisarius#Later_life_and_campaigns [Robert Graves, *El conde Belisario*, Arturo Casals, trad., Barcelona, Edhasa, 1983; véase también wikipedia.org/wiki/Belisario#La_leyenda_de_Belisario_como_mendigo_ciego]. < <

15. San Vital, epítome de la cristiandad primitiva

[1] Tjäder, *Papyri*, II, 33 = Marini, 117, *CLA*, *XXV*, n.º 793, de fecha posterior al 16 de julio de 541. Una *uncia/oncia* es la duodécima parte de un *jugerum* («yugada», un cuarto de hectárea), la medida habitual de la tierra. Isacius el jabonero/ comerciante era a buen seguro de origen judío y posiblemente oriental. Sobre el clero arriano, véase R. T. Mathisen, «Barbarian "Arian" Clergy, Church Organisation and Church Practices», en G. Berndt y R. Steinacher, eds., *Arianism. Roman Heresy and Barbarian Creed*, Farnham, 2014, pp. 145-191. < <

[2] *LPR*, c. 66, sobre el obispo Víctor. <<

[3] *LPR*, c. 66, trad. p. 182, por lo que las termas probablemente seguían funcionando en el siglo IX; véase Cirelli, *Archeologia*, pp. 112-13. Por último, en Classe, Agnelo añade que el mismo obispo decoró el alto baptisterio de cuatro lados construido por Pedro Crisólogo junto a la basílica Petriana, donde en dos pequeños medallones estaban grabadas en letras de oro las palabras «por el Señor bendito» y «obispo Víctor», *LPR*, c. 67; cf. *LPR*, c. 50, trad. p. 161, para el maravilloso monumento de Pedro, «de muros dobles y altas construcciones según las reglas de la aritmética». < <

[4] Véase el brillante estudio de G. Cavallo, «La cultura scritta tra Tarda Antichità e Alto Medioevo», en *Storia di Ravenna*, II/2, pp. 79-125, esp. pp. 110-114; J. Herrin, *The Formation of Christendom*, Princeton, 1989, pp. 111-113, sobre la lenta aceptación del sistema de cálculo de Dionisio el Exiguo. < <

[5] S. Curcic, «Design and structural innovation in Byzantine architecture before Hagia Sophia», en R. Mark y A. Çakmak, eds., *Hagia Sophia from the Age of Justinian to the Present*, Cambridge, 1992, pp. 16-40. No está claro si la basílica de San Polieucto también tenía cúpula. < <

[6] V. Shalev-Hurvitz, *Holy Sites Encircled. The Early Byzantine Concentric Churches of Jerusalem*, Oxford, 2015, pp. 78-102, sobre la iglesia de la Ascensión, y sobre su impacto general, pp. 294-299; fig. 20 y fgs. 39-40. < <

[7] Procopio, *Los edificios*, I, I, 27-50, en Mango, *Art*, pp. 72-96 (incluye descripciones posteriores). La cúpula de San Pedro tiene un diámetro de 41,4 metros. < <

[8] S. Cosentino, «Le fortune di un banchiere tardoantico. Giuliano argentario e l'economia di Ravenna nel VI secolo», en A. Augenti y C. Bertelli, eds., *Santi, banchieri, re. Ravenna e Classe nel VI secolo. San Severo il tempio ritrovato*, catálogo, Milán, 2006, pp. 43-48, y la inscripción funeraria de Giorgius, *argentarius*, hijo de Petrus, *vir clarissimus, argentarius*, fallecido en el año 581, en *ibid*., p. 189. < <

[9] M. J. Johnson, *San Vitale in Ravenna and Octagonal Churches in Late Antiquity*, Wiesbaden, 2018; Deichmann, *Ravenna*, II/1, pp. 21-27, esp . pp. 242-246, sobre su ascenso social, de *strenui* a *clarissimi*; *idem*, *Ravenna*, II/2, pp. 3-7, 21-27 y 48, sobre Ioulianos; *PLRE*, *IIIA*, pp. 730-731. < <

[10] *LPR*, c. 61, trad. p. 177, el epitafio de Eclesio. *Rerum Italicarum Scriptores*, L. Muratori, ed., vol. 1, parte 2, Milán, 1725, pp. 558-560, una *Passio* atribuida al Ambrosiaster; cf. Jäggi, *Ravenna*, pp. 240-243. Sobre la visita de Ambrosio a Bolonia, véase N. B. McLynn, *Ambrose of Milan. Church and Court in a Christian Capital*, Berkeley/Los Ángeles/ Londres, 1994, pp. 347-350. < <

[11] E. Cirelli, «Spolia e riuso di materiali tra tardo Antichità e l'alto Medioevo a Ravenna», *Hortus Artium Medievalium*, n.º 17 (2011), pp. 39-48, esp. pp. 42-43, sobre los «giulianei», ladrillos de un tamaño novedoso (50 × 33 × 4-4,5 cm), unidos con mayor cantidad de mortero y un doble dibujo de las juntas; *idem*, *Archeologia*, pp. 101-102. <<

[12] D. Deliyannis, «Ecclesius of Ravenna as donor in text and image», en S. Danielson y E. A. Gatti, eds., *Envisioning the Bishop. Image and the Episcopacy in the Middle Ages*, Turnhout, 2014, pp. 41-62, donde se comenta el retrato del papa Félix IV en la iglesia romana de los Santos Cosme y Damián, que data de la misma época, y se menciona a dicha iglesia como la primera en la que aparece el retrato de un papa como comitente, *ibid*., pp. 52-53; Deichmann, *Ravenna*, III, pp. 315-319. <<

[13] Sobre la posición social de los mosaiquistas, R. Browning, «Education in the Roman Empire», en *The Cambridge Ancient History*, Cambridge, 2001, vol. XIV, p. 880; el Edicto de Precios del año 314 fija una tarifa máxima de ciento cincuenta denarios para los retratistas, setenta y cinco para los muralistas, sesenta para los mosaiquistas y cincuenta para albañiles y carpinteros, muy por debajo de las tarifas de los profesionales de la enseñanza, como los gramáticos (de lengua griega o latina), que cobraban doscientos, o los abogados. Sobre la formación de los mosaiquistas, véase W. Wootton, «A portrait of the artist as mosaicist under the Roman Empire», en S. E. Alcock et al., eds., *Beyond Boundaries. Connecting Visual Cultures in the Provinces of Ancient Rome*, Los Ángeles, 2016, pp. 62-76, sobre grupos familiares de padres e hijos mosaiquistas. < <

[14] Y. Marano, «The circulation of marble in the Adriatic Sea at the time of Justinian», en J. Herrin y J. Nelson, eds., *Ravenna, Its Role in Earlier Medieval Change and Exchange*, Londres, 2016, pp. 111-32. Este comercio de exportación queda patente en un barco que naufragó frente a la costa de Sicilia (Marzamemi) con elementos completos de mármol para la iglesia. < <

[15] Deichmann, *Ravenna*, II/2, pp. 96-100, sobre los monogramas de Víctor y Ioulianos; *idem*, *Ravenna* II/3, pp.116-118, sobre la decoración de mármol y estuco del ábside de San Vital. < <

[16] Sobre las insignias imperiales, véase A. M. Stout, «Jewelry as a symbol of status in the Roman Empire», en J. L. Sebesta y L. Bonfante, eds., *The World of Roman Costume*, Madison (Wisconsin), 1994, pp. 77-100, esp. pp. 83-98. < <

[17] I. Andreescu-Treadgold y W. Treadgold, «Procopius and the Imperial Panels of S. Vitale», *Art Bulletin*, n.º 79 (1997), pp. 708-723. Cf. Charles Barber, «The Imperial Panels at S. Vitale. A reconsideration», *BMGS*, n.º 14 (1990), pp. 19-42; S. G. MacCormack, *Art and Ceremony in Late Antiquity*, Berkeley/Los Ángeles/ Londres, 1981, pp. 259-266; Deichmann, *Ravenna*, II/2, pp. 180-187; O. Simpson, *Sacred Fortress. Byzantine Art and Statecraft in Ravenna*, Chicago, 1948, reimp. Princeton, 1987, pp. 36-39. < <

[18] Antonina había acompañado a su marido en las guerras vándalas y góticas, y su esposo, Belisario, estaba representado en mosaicos de Constantinopla que celebraban sus victorias. Sin embargo, al no estar clara la extensión de la sustitución del mosaico, quizá sea excesivo identificar las figuras que aparecen junto a la pareja imperial como el general victorioso y su esposa. < <

[19] Agnelo informa de esta delegación de clérigos y ciudadanos que viajan a Constantinopla (la fecha no es del todo exacta, *c*. 544), *LPR*, c. 70, trad. p. 185. < <

[20] *LPR*, c. 71, trad. p. 187, *primates urbis, magni, pusilli, et mediocres*. <<

[21] Si solo hizo falta añadir la cabeza de Maximiano y la nueva inscripción, podría haberse hecho fácilmente en los tres primeros meses del año 547. < <

[22] *LPR*, c. 73, trad. pp. 188-189; Nauerth, *Bishofsbuch*, I, p. 312, comenta que la leyenda de los suministros que llegan de la noche a la mañana podría derivar de la rapidez de la obra anotada en una inscripción. < <

[23] A. R . Te r r y y H. Maguire, *Dynamic Splendor. The Wall Mosaics in the Cathedral of Eufrasius at Porec*, University Park (Pennsylvania), 2007, y observación personal directa. < <

[24] L. James, *Mosaics in the Medieval World*, Cambridge, 2017, p. 245, lo considera probable. < <

[25] *Ibid.*, pp. 243-245. En el año 553, el papa Pelagio I condenó a un obispo llamado Eufrasio por cometer numerosos delitos y sostener opiniones heréticas, pero es posible que no sea la misma persona que construyó la basílica. Cf. Picard, *Le souvenir des évêques*, pp. 652-654; *Pros. chrét. Italie*, I, p. 672. < <

[26] Mango, *Art*, pp. 34-35. Este icono fue pintado para la dedicación de la capilla de la Madre de Dios en la iglesia de las Blanquernas, llamada *soros* («relicario»), que se construyó para albergarlo. Otra referencia a un icono de ellas coronadas por san Juan Bautista, que adornaba la iglesia que fundaron en Éfeso, se conoce también por los versos que pueden leerse en *The Greek Anthology*, 1, lib. I, 91, trad. p. 39. < <

[27] Pablo Silenciario, Descripción de Santa Sofía, 563, trad. en Mango, *Art.* <<

[28] *Var.*, X, 20 y 21, cartas de Teodato a la emperatriz. < <

16. Narsés y la Pragmática Sanción

[1] Procopio, *Guerras*, libs. VI, VII y VIII (aunque no fue testigo presencial de los hechos descritos, aporta el mismo grado de detalle). <<

[2] M. P. Canepa, *The Two Eyes of the Earth. Art and Ritual of Kingship Between Rome and Sasanian Iran*, Berkeley/Los Ángeles/Londres, 2009; Procopio, *Guerras*, II, cubre esta segunda campaña de los persas contra el Imperio. < <

[3] D. Stathakopoulos, *Famine and Pestilence in the Late Roman and Byzantine Empire*, Ashgate, 2004; K. Harper, *The Fate of Rome. Climate, Disease and the End of an Empire*, Princeton, 2017 [hay trad. cast.: *El fatal destino de Roma. Cambio climático y enfermedad en el fin de un imperio*, Efrén del Valle, trad., Barcelona, Crítica, 2019]. Pero cf. L. Mordechai y M. Eisenberg, «Rejecting catastrophe. The case of the Justinianic plague», *Past and Present*, n.º 244 (2019), pp. 3-50. < <

[4] R. D. Scott, «Chronicles versus classicizing history. Justinian's West and East», en su *Byzantine Chronicles and the Sixth Century*, Farnham, 2012, pp. 1-25. < <

[5] Procopio, *Guerras*, VII; J. Conant, *Staying Roman. Conquest and Identity in Africa and the Mediterranean, 439-700*, Cambridge, 2012, p. 238, enumera a otros cuatro que sirvieron en Italia: Herodiano 1, Inocencio 1, Juan 46, sobrino de Vitaliano, y Magno 1; véase *PLRE, III*, pp. 593-595, 621, 652-661 y 804-805. < <

[6] J. Pryor, «The Mediterranean breaks up: 500-1000», en D. Abulafia, *The Mediterranean in History*, Londres, 2003, p. 156 [hay trad. cast.: *El Mediterráneo en la historia*, Barcelona, Crítica, 2006]. < <

[7] *Guerras*, VII, 9, 13-14. < <

[8] *Ibid.*, VII, III, 4-6. Es muy difícil desentrañar los distintos ámbitos de actuación y las complicadas relaciones existentes en Rávena entre los administradores nombrados por el emperador y por las autoridades locales. La ciudad debió de crecer mucho, como indica su capacidad de alojamiento de fuerzas militares; doce mil hombres con once comandantes (arcontes) participaron en la campaña contra Verona. <<

[9] D. Stathakopoulos, «Travelling with the plague», en R. Macrides, ed., *Travel in the Byzantine World*, Aldershot, 2002, pp. 99-106; *LPR*, c. 68, trad. pp. 183-184 (aunque cuando Agnelo dice que todas las buenas obras de Víctor han sido destruidas por «hombres malvados y falsos cristianos», con la descripción apocalíptica del «fin y destrucción del mundo», es posible que se refiriera a su época, mediados del siglo IX). < <

[10] *PLRE, IIIB*, pp. 912-928. < <

[11] *Guerras*, VIII, 26, 22-25. Aunque Procopio ya no fue testigo presencial de estas campañas, su relato de la estrategia militar de Narsés y de sus destrezas como comandante se corresponde con informes fiables de las tácticas de oposición de Totila. < <

[12] *Guerras*, VIII, 31, 18-20; P. Sarris, *Empires of Faith*, Oxford, 2011, pp. 118-120. < <

[13] «Pragmática Sanción», constitución de 554, trad. en *The Novels of Justinian. A Complete and Annotated English Translation*, D. J. D. Miller y P. Sarris, eds. y trads., Cambridge, 2018, vol. 2, apéndice 7, pp. 1117-1130. Cf. *CJC*, I, 27. Muchas leyes, edictos o constituciones fueron calificadas de pragmáticas. Se supone que se promulgó a petición del papa Vigilio, pero en el año 554 el pontífice se encontraba en pleno viaje de vuelta Roma, totalmente derrotado por el Quinto Concilio Ecuménico, y murió en Siracusa en 555. < <

[14] *Novels of Justinian*, vol. 1, pp. 20-23, sobre las traducciones latinas del siglo VI de las novelas y su uso para la enseñanza en las escuelas de derecho; *ibid.*, vol. 2, apéndice 7, cc. 11, 15, 17, 19, 22, 25 y 27, para reglamentos concretos. < <

[15] Pragmática Sanción, c. 12, en *Novels of Justinian*, vol. 2, pp. 1122-1123. Justino II extendió la nueva forma de elección de los gobernadores provinciales a todo el Imperio (Novela 149) en 569. <<

[16] S. Cosentino, «L'approvvigionamento annonario di Ravenna dal V all'VIII secolo. L'organizzazione e i riflessi socioeconomici», en *Ravenna da capitale imperiale a capitale esarcale*, 2 vols., Espoleto, 2005, vol. 1, pp. 405-434 (las cifras se basan en la comparación con lo que Justiniano había dispuesto con anterioridad para África). < <

[17] Novela 86 (539), *Novels of Justinian*, vol. 1, pp. 587-590; *CJC*, I, 4, sobre los tribunales episcopales, esp. pp. 4.21 y 31. En línea en droitromain.univ-grenoble-alpes.fr/Anglica/N86_Scott. < <

[18] *LPR*, c. 79, trad. p. 193 (los godos resistieron a Narsés en Verona más tiempo que en cualquier otra ciudad). Los maniqueos también habían sido identificados en Roma durante los pontificados de Gelasio, Símaco y Hormisdas, entre 492 y 523, quienes los enviaron al destierro e hicieron quemar en público sus escritos heréticos; *LPR*, c. 90, trad. p. 203 en tiempos del obispo Agnelo. < <

[19] Tjäder, *Papyri*, I, 4-5, B V, 11-B VIII, 7 (testamento de Jorge), *CLA*, XVII, n.º 653; I, 13 (553) *CLA*, XXIX, n.º 880; y I, 8 (564) *CLA*, XVII, n.º 652. Un caso parecido de protección de dos hijos pequeños se dio en la vecina Rieti en el año 557, cuando Gundihilda, *inlustris femina* y viuda de Gudahal, solicitó al concejo el nombramiento de un tutor para sus hijos pequeños. Esta era una obligación legal de los ayuntamientos, y en este caso se nombró a Flavianus, *vir honestus*; véase *Papyri*, I, 7 = Marini, 79, *CLA*, XX, n.º 71. < <

[20] Tjäder, *Papyri*, 8 (564) = Marini, 80, *CLA*, XVII, n.º 652; véase una lista completa del contenido y su valor en Thomas S. Burns, *A History of the Ostrogoths*, Bloomington, 1984, pp. 132-134. < <

[21] F. Borrei, «Duces e magistri militum nell'Italia esarcale (VIVIII secolo)», *Reti Medievali Rivista*, vol. 6, n.º 2 (2005), pp. 19-60. < <

[22] Pablo el Diácono, *HL*, II, 3. <<

[23] *PLRE*, IIIB, p. 925; le destituyó Justino II y le sustituyó Longino. Había acumulado un gran tesoro que provocaba las envidias ajenas. <<

[24] *LP*, 63.3-5, trad. p. 62; Juan de Éfeso, lib. I, 39, recoge la fundación por parte de Narsés del monasterio llamado Katara en Bitinia antes de ser enviado a Italia. Después de sus numerosas victorias, sus huesos fueron llevados y depositados en dicho monasterio en presencia de los *reges* (el rey Justino y la reina Sofía), que participaron en la procesión fúnebre y en su canonización como fundador. Juan de Éfeso, , pp. 75-76. Murió en 574, *PLRE*, IIIB, p. 926; véase L. H. Fauber, *Narses, Hammer of the Goths. The Life and Times of Narses the Eunuch*, Gloucester/Nueva York, 1990. < <

17. El arzobispo Maximiano, baluarte de Occidente

[1] Justiniano las había condenado en los edictos imperiales de 535, 541 y 542, que repetían leyes anteriores, entre ellas *CJC*, I, 5, 12.4; véase D. J. D. Miller y P. Sarris, *The Novels of Justinian. A Complete and Annotated English Translation*, Cambridge, 2018, vol. 1, pp. 353-357 (novela 37), y vol. 2, pp. 711-713 y 739-741 (novelas 109 y 115). < <

[2] D. Angelov y J. Herrin, «The Christian imperial tradition – Greek and Latin», en P. F. Bang y D. Kolodziejczyk, eds., *Universal Empire*, Cambridge, 2012, pp. 149-174. < <

[3] J. Herrin, «The Pentarchy. Theory and reality in the ninth century», *Cristianità d'Occidente e cristianità d'Oriente (secoli VI-XI)*, Settimana 51, Espoleto, 2004, pp. 591-626, reimp. en *Margins and Metropolis. Authority across the Byzantine Empire*, Princeton, 2013, pp. 239-266. Esta fue una de las razones por las que el concilio monotelita de 662 fue considerado ilegítimo: ni Jerusalén ni Roma participaron, aunque no está claro que sus obispos hubieran sido invitados. < <

[4] *LP*, 61, trad. pp. 58-61. El relato de su vida, compuesto en Roma, afirma que Narsés presionó a Justiniano para que permitiera el regreso del papa. < <

[5] E. Chrysos, *Die Bishöflisten des V. Ökumenischen Konzils (553)*, Bonn, 1966, pp. 128-138; Milán fue la única otra diócesis italiana representada en el concilio: J. Herrin, *The Formation of Christendom*, Princeton, 1989, pp. 121-123. < <

[6] C. Sotinel, «The Three Chapters and the transformations of Italy», en C. Chazelle y C. Cubitt, eds., *The Crisis of the Oikoumene. The Three Chapters and the Failed Quest for Unity in the Sixthcentury Mediterranean*, Turnhout, 2007, pp. 84-120, en p. 92. < <

[7] *LPR*, c. 81, trad. pp. 194-195 (Deliyannis, p. 212, señala que este habría sido uno de los primeros usos de la traducción de la Vulgata en Italia). < <

[8] C. Jäggi, «Ravenna in the sixth century. The archaeology of change», en J. Herrin y J. Nelson, eds., *Ravenna, Its Role in Earlier Medieval Change and Exchange*, Londres, 2016, pp. 87-111, esp. pp. 102-104, lo argumenta de forma muy convincente. E. Schoolman, *Rediscovering Sainthood in Italy. Hagiography and the Late Antique Past in Ravenna*, Nueva York, 2016; sobre la creación de esta vida de san Apolinar, *Rerum Italicarum scriptores*, L. Muratori, ed., 1.2, Milán, 1725, pp. 538-546; la Passio en *AASS* Iul, V, 345-350, y el sermón 128 de san Pedro Crisólogo sobre la festividad anual del santo, *CCL*, 24B, Sermones II, A. Olivar, ed., 1975, pp. 789-791. < <

[9] *LPR*, cc. 69-71, 78, para la referencia a las *Historias*. <<

[10] *LPR*, cc. 75-76, trad. pp. 189-190. < <

[11] *LPR*, c. 76, trad. p. 190. <<

[12] *LPR*, c. 74, trad. p. 189, sobre el *vistrum*. <<

[13] *ACO*, ser 1, 4 part 2, pp. 224-225; C. Kelly, *Ruling the Later Roman Empire*, Cambridge (Mass.) y Londres, 2004, p. 171, donaciones de dos y hasta cuatro tronos de marfil, cf. Jones, *LRE*, I, p. 346 (no mencionan tronos, solo oro con la lista de destinatarios). < <

[14] Están documentados en el famoso *On Buildings*, H. B. Dewing, ed. y trad., con la colaboración de G. Downey, Londres, 1961; véase también C. Roueché, M. Carrié y N. Duval, eds., *«De Aedificiis». Le texte de Procope et les réalités*, Turnhout, 2001 [hay trad. cast.: *Los edificios*, Miguel Periago Lorente, ed., trad. y notas, Murcia, Universidad de Murcia, 2003]. < <

[15] *LPR*, c. 77, trad. p. 191. <<

[16] *LPR*, cc. 63 y 77, trad. pp. 178-179 y 191; Jäggi, *Ravenna*, pp. 276-277; *eadem*, «Ravenna in the sixth century», pp. 87-109, esp. pp. 100-106. < <

[17] *LPR*, c. 72, trad. pp. 187-188; Deliyannis, *Ravenna*, p. 188, n. 11, cree que se trataría de monogramas como el de Víctor en San Vital. <<

[18] *LPR*, c. 77, trad. p. 192; Nauerth, trad. y ed., vol. I, p. 314, n. 315. El rector de la iglesia de Pola estaba estrechamente relacionado con Maximiano, que al parecer percibió parte de los tributos de la región. Es posible que el rector fuera el encargado de llevar estos ingresos a Rávena y que su domicilio real se encontrara allí, y no en Pola (véase el contraste entre *istius rector ecclesiae in ipsa civitate*). < <

[19] Véase Deliyannis, *Ravenna*, pp. 212-213. Quizá Maximiano redactara una lista de todos los obispos de Rávena, que habría constituido la base para el texto posterior de Agnelo, a diferencia de su crónica, que habría sido secular. < <

[20] *LPR*, c. 80, trad. pp. 193-194. < <

[21] *LPR*, c. 77, trad. como «Primera Bandera» por Deliyannis, p. 191, y por lo tanto podría identificarse con el *numerus* llamado Primera Bandera. El *bandus* latino parece intercambiable con el *numerus*; véase Brown, *Gentlemen and Officers*, p. 97, que indica que estos términos se utilizaban para lugares de reunión. Este cuartel de la época de Maximiano habría sido uno de ellos. < <

[22] *LPR*, c. 140, trad. p. 265. < <

[23] *LPR*, c. 83, trad. p. 197. <<

[24] *MGH*, *Epp*, III, n.º 6, del papa Pelagio al patricio Valeriano (445-446) sobre los *schismaticos* a los que Valerio y su hermano Juan, *patricius*, tienen que disciplinar; P. M. Gassó y C. M. Batlle, eds., *Pelagii I Papae epistulae quae supersunt, 556-561*, Montserrat, 1956, n.º 59; cf. n.º 52 a Valerio y n.º 53 a Juan. < <

[25] Pelagius II, *MGH*, *Epp*, III, n.º 9, 10 y 11, Gassó y Batlle, n.º 37, 50 y 74 a Agnelo de Rávena. < <

18. El arzobispo Agnelo y la incautación de las iglesias arrianas

[1] *LPR*, c. 84, trad. p. 198. <<

[2] Justiniano, novela 37, en *The Novels of Justinian. A Complete and Annotated English Translation*, D. J. D. Miller y P. Sarris, eds. y trads., Cambridge, 2018, vol. 1, pp. 353-357; Procopio, *Guerras*, lib. IV, 14, 11-12, sobre el gran número de soldados arrianos de origen hérulo que servían en el ejército romano en Libia, y 13-16, donde subraya el nerviosismo general cuando, al acercarse la Pascua, no se permitía a los arrianos bautizar a sus hijos; J. Conant, *Staying Roman. Conquest and Identity in Africa and the Mediterranean, 439-700*, Cambridge, 2015, pp. 316-324. < <

[3] *LPR*, c. 85, trad. pp. 198-199; esta es la única referencia a una instrucción imperial. < <

[4] *LPR*, c. 86, trad. p. 199. <<

[5] Véase el cap. 11; A. Urbano, «Donation, dedication and *damnatio memoriae*. The Catholic reconciliation of Ravenna and the church of S. Apollinare Nuovo», *Journal of Early Christian Studies*, n.º 13 (2005), pp. 71-110; Jäggi, *Ravenna*, pp. 177-192, esp. pp. 184-185, que muestra qué secciones de los mosaicos son originales. < <

[6] Véase la imagen antigua donde resultan visibles los pies, en la actualidad ya retirados, y las imágenes de las manos de los cortesanos, en Jäggi, *Ravenna*, p. 184. < <

[7] Deichmann, *Ravenna*, II/1, pp. 149-154, atribuye todos los santos y mártires al año 560, aunque la postura —de lo más insólito— de la Virgen María, que levanta la mano derecha en señal de bendición, mientras que el niño Jesús no lo hace, se atribuye al original de *c*. 500. El culto a san Martín estaba muy arraigado en Rávena; el arzobispo Maximiano había construido una iglesia dedicada al santo. También se relacionó a Esteban con Protasio y Gervasio, los hijos de san Vital, en otra capilla cercana a la iglesia de San Lorenzo en Cesarea, y otros monumentos. Originalmente, en la procesión masculina figuraba san Esteban, el primer mártir, que saludaba con un gesto al Cristo entronizado. < <

[8] A. R . Te r r y y H. Maguire, *Dynamic Splendor. The Wall Mosaics in the Cathedral of Porec*, University Park (Pennsylvania), 2007. < <

[9] *LPR*, c. 88, trad. pp. 201-202, con una interpretación de los colores de sus capas. < <

[10] Dado que ambos retratos han sido muy restaurados, es difícil imaginar su aspecto original. < <

[11] Tjäder, *Papyri*, I, 13 = Marini, 86, véase también *Regesta*, n.º 7, *CLA*, XXIX, 880; el documento fue redactado en el tribunal por Severo, el *scribtor* y *forensis* de Rávena, e intervinieron como testigos la donante y su marido, que firmaron con sendas cruces (pues no sabían escribir), además de cuatro testigos de nombres típicamente romanos. <<

[12] P. Amory, *People and Identity in Ostrogothic Italy 489-554*, Cambridge, 2003, pp. 409 (Ranilo) y 355 (Ademunt), donde apunta la posibilidad de que el legado reflejara su reciente conversión a la fe católica. < <

[13] S. Cosentino, «Social instability and economic decline of the Ostrogothic community in the aftermath of the imperial victory. The papyri evidence», en J. Herrin y J. Nelson, eds., *Ravenna, Its Role in Earlier Medieval Change and Exchange*, Londres, 2016, pp. 133-149. <<

[14] Tjäder, *Papyri*, I, 9 = Marini, 141, *CLA*, XX, 710; Amory, *People and Identity*, p. 415. < <

[15] *Papyri*, II, 34 = Marini, 119, *CLA*, XX, 704; *eclesie legis Gothorum sanctae Anastasie*, o *aclisie gotice sancte Anastasie*. < <

[16] *Papyri*, I, 8 = Marini, 80, *CLA*, XVII, 652; véase Amory, *People and Identity*, pp. 251-255 y 475; S. Lazard, «Goti e latini in Ravenna», en *Storia di Ravenna*, II/1, pp. 109-143. < <

[17] *CJC*, I, 5, 12.4, y novela 37, en *Novels of Justinian*, vol. I, pp. 353-357; Cosentino, «Social instability… the papyri evidence», pp. 133-149. < <

[18] Tjäder, *Papyri*, I, 28 B = Marini, 108, *CLA*, IV, 232 (Wililiwa), *LP*, 65, trad. 63 (Unigildus), *LPR*, c. 198, trad. pp. 283-284. < <

[19] *Papyri*, I, 14-15 = Marini, 88/88A, *CLA*, XXI, 713; *Papyri* 20 = Marini, 93, *CLA*, XXI, 717; *Papyri* 21 = Marini, 94, *CLA*, XXII, 720. <<

[20] *Papyri*, I, 3 = Marini, 137, *CLA*, XX, 709; cf. *Papyri* 34 = Marini, 119, y *Regesta*, n.º 6 del año 551, *CLA*, XX, 704. Solo se conserva una quinta parte de un rollo de papiro mucho más largo, de entre tres y cinco metros. < <

[21] *LPR*, cc. 88-89, trad. pp. 202-203. < <

[22] *LPR*, c. 91, trad. p. 203. <<

[23] *LPR*, c. 84, trad. p. 198. <<

[24] Tjäder, *Papyri*, I, 2 (565-570) = Marini, n.º 87, *CLA*, XX, 711. <<

[25] L. Pietri, «Venance Fortunat et ses commanditaires: un poète italien dans la société gallofranque», Settimana 39, Espoleto, 1992, pp. 729-758, rebate la teoría de que enviasen a Venancio a Metz como espía del emperador Justino II. Parece que fue en busca de mecenas y acabó en Poitiers, como capellán de Santa Radegunda. < <

[26] M. Roberts, *The Humblest Sparrow. The Poetry of Venantius Fortunatus*, Ann Arbor, 2009, p. 7. < <

[27] Tjäder, *Papyri*, I, 6 = Marini, 75, *CLA*, XXI, 714. < <

[28] *Papyri*, I, 8 (564) = Marini, 80, *CLA*, XVII, 652; Marini, 120 (572, *CIL*, XI, 317 (anterior a 574). < <

[29] En *Papyri*, I, 14-15 A-B = Marini, 88/88A, *CLA*, XXIX, 889, figuran Gunderit, *exceptor*, y Liberius, *tabellionus huius civitates ravennae*. < <

[30] Roberts, *The Humblest Sparrow*, p. 62 [texto original en latín disponible en línea en la.wikisource.org/wiki/Carmina_(Venantius_Fortunatus)/I]. < <

19. Alboíno invade Italia

[1] T. Hodgkin, *Italy and her Invaders*, 8 vols., Oxford, 1880-1899, vol. 5, lib. 6, pp. 80-164; G. Ausenda et al., eds., *The Langobards before the Frankish Conquest. An Ethnographic Perspective*, Woodbridge, 2009. <<

[2] N. Christie, «Invasion or invitation? The Longobard occupation of northern Italy 568-569», *Romanobarbarica*, n.º 11 (1990), pp. 79-108. <<

[3] L. H. Fauber, *Narses, Hammer of the Goths*, Gloucester/Nueva York, 1990; *PLRE*, IIIB, p. 797, Longino, 5. < <

[4] La hostilidad romana hacia los «griegos» y hacia Narsés, en calidad de representante de estos últimos, es típica del sentimiento de aversión a Constantinopla. < <

[5] Pablo el Diácono, *HL*, II, 6-12, 14 y 25-28. < <

[6] En cambio, J. Moorhead, «Ostrogothic Italy and the Lombard invasions», en *NCMH*, I, p. 160, describe Rávena como «la sucursal de una empresa con sede en Constantinopla y cuyo personal de más alto nivel era forastero», típico de una ciudad en presunta decadencia. < <

[7] *HL*, III, 8; *PLRE*, III, p. 1159. Moorhead, «Ostrogothic Italy», pp. 155-156; L. Paroli, «La cultura materiale nella prima età longobarda», en J. Arce y P. Delogu, eds., *Visigoti e longobardi*, Florencia,2011, pp. 257-304, donde se menciona un collar hecho íntegramente con sólidos de Justiniano. < <

[8] *HL*, II, 25, sobre la invasión de Liguria por los longobardos (569), y 26-27 sobre el sitio y la toma de Pavía. < <

[9] *HL*, II, 28-30. < <

[10] T. C. Lounghis, *Les ambassades byzantines en Occident… (407-1096)*, Atenas, 1980, pp. 89-93; *Le relazioni internazionali nell'Alto Medioevo*, Settimana 58, Espoleto, 2011. < <

[11] *LP*, 64, trad. p. 62. Sobre el avance de los longobardos, *HL*, II, 25-27, pp. 79-81, y un comentario muy breve en *LPR*, c. 94, trad. p. 205; J. Jarnut, «Gens, rex and regnum of the Lombards», en H. W. Goetz et al., eds., *Regna and Gentes. The Relationship between Late Antique and Early Medieval Peoples and Kingdoms in the Transformation of the Roman World*, Leiden, 2002, pp. 409-427. < <

[12] *LPR*, c. 51, p. 163, menciona su consagración por Pedro Crisólogo, más de un siglo antes, cuando se supone que Gala Placidia tenía un confesor llamado Barbatianus. Véanse E. Schoolman, *Rediscovering Sainthood in Italy. Hagiography and the Late Antique Past in Ravenna*, Nueva York, 2016; M. Verhoeven, *The Early Christian Monuments of Ravenna. Transformations and Memory*, Turnhout, 2011, pp. 80-84. <<

[13] *HL*, III, 18 y 19, con el largo epitafio en verso sobre su tumba en San Vital, pp. 118-120. J. Conant, *Staying Roman. Conquest and Identity in Africa and the Mediterranean, 439-700*, Cambridge, 2015, tabla 4.6, p. 227, añade su nombre al de los posibles comandantes en África en 598. < <

[14] *HL*, III, 19. Cf. Brown, *Gentlemen and Officers*, p. 41. < <

[15] Los visigodos son calificados de «hostes barbaros» en una inscripción de 589/590 en Cartagena. < <

[16] *LPR*, c. 93, trad. p. 205. <<

[17] *Ibid.*, «in regione […] Vico Salutaris»; véase A. Augenti y E. Cirelli, «San Severo and religious life in Ravenna during the ninth and tenth centuries», en J. Herrin y J. Nelson, eds., *Ravenna, Its Role in Earlier Medieval Change and Exchange*, Londres, 2016, pp. 297-321. N. B. que el mismo año Agnelo señala que el Véneto fue ocupado por los longobardos y los romanos expulsados, Pavía fue capturada y hubo un brote de peste que mató muchas vacas. < <

[18] *LPR*, c. 98, trad. pp. 213-214. < <

[19] Estos desterrados africanos produjeron las obras teológicas más refinadas en su oposición a Constantinopla; véanse J. Herrin, *The Formation of Christendom*, Princeton, 1989, pp. 122-123 y 160-161; F. R. Whelan, *Being Christian in Vandal Africa. The Politics of Orthodoxy in the PostImperial West*, Oakland (Calif.), 2007. < <

[20] *Epistulae Pelagii*, Thiel, ed., *MGH*, *Epp*, III; *HL*, III, 20. Para el contexto, véase C. Sotinel, *Rhétorique de la faute et pastorale de la réconciliation dans la lettre apologétique contre Jean de Ravenna*, Roma, 1994, pp. 68-147. < <

[21] *HL*, III, 26, sobre Esmaragdo [*Historia de los longobardos*, Pedro Herrera Roldán, introd., trad. y notas, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2006, p. 130]. < <

[22] *Ibid.* <<

[23] Sotinel, *Rhétorique de la faute*, esp. pp. 23-24. < <

[24] Tjäder, *Papyri*, I, 6 = Marini, 75, *CLA*, XXI, 714. < <

[25] Tjäder, *Papyri*, I, 14-15 = Marini, 88/88A, *CLA*, XXIX, 889; Amory, *People and Identity*, Gunderit, 3, p. 382. Originalmente, el *exceptor* era un taquígrafo adscrito a las oficinas fiscales de la *res privata* y *comes rerum patrimonium*; en el siglo VI era probablemente un escriba con responsabilidades concretas en la ciudad. < <

[26] «[…] ad Monita auri in porticum sacri palati», Tjäder, *Papyri*, II, 36 = Marini, 121, *CLA*, XXI, 715, una venta realizada entre 575 y 591. Encontramos designaciones parecidas en documentos de Roma; véase *Papyri*, I, 18-19 = Marini, 92, *CLA*, XXII, 718. < <

[27] Augenti, *La basilica e il monastero di San Severo a Classe*, Rávena, 2000; *idem*, «Ravenna e Classe. Archeologica di due città tra la tarda Antichità et l'alto Medieoevo», en A. Augenti, ed., *Le città italiane trà la tardo Antichità e l'alto Medioevo*, Florencia, 2006, pp. 185-217. < <

[28] *LPR*, c. 97, trad. p. 213. <<

20. El exarcado de Rávena

[1] J. Conant, *Staying Roman. Conquest and Identity in Africa and the Mediterranean, 439-700*, Cambridge, 2015, tabla 4.4, p. 218. < <

[2] Brown, *Gentlemen and Officers*, pp. 46-48, subraya lo mucho que tardó en desarrollarse el exarcado; L. Brubaker y J. Haldon, *Byzantium in the Iconoclast Era c. 680-850. A History*, Cambridge, 2011, pp.723-728, confirman el mismo largo proceso de implantación de los *themata*. No está claro hasta qué punto esto promovió en Occidente el sistema de tenencia de tierras militares identificado como «feudalismo», pero los conflictos que enfrentaron a las fuerzas imperiales con las locales contribuyeron claramente a la división del territorio en unidades más pequeñas bajo autoridad militar. < <

[3] *CIL*, VI, n.º 1200; véase el cap. 25 para más detalles. <<

[4] *PLRE*, *IIIB*, pp. 1164-1166 sobre la carrera de Esmaragdo. < <

[5] E. Martinori, *Via Flaminia, Studio storicotopografico*, Roma, 1929, con unas fotografías antiguas espléndidas. < <

[6] E. Menestò, ed., *Il corridoio bizantino e la via Amerina in Umbria nell'Alto Medioevo*, Espoleto, 1999, esp. el largo capítulo introductorio y el siguiente, de Carile. < <

[7] P. Arthur, *Naples from Roman Town to City State. An Archaeological Perspective*, Londres, 2002. < <

[8] Brown, *Gentlemen and Officers*, sobre los *magistri militum*, que aparecen con frecuencia en la correspondencia del papa Gregorio I (590-604); F. Borrei, «Duces e magistri militum nell'Italia esarcale (VIVIII secolo)», *Reti Medievali Rivista*, vol. 6, n.º 2 (2005), pp. 19-60. <<

[9] Sobre los *bucellarii*, véase Jones, *LRE*, pp. 275, 290 y 655-657. < <

[10] Brown, *Gentlemen and Officers*, pp. 86, 88 y 220. < <

[11] *Ibid.*, pp. 84-86, 89-90 y 92-93; Guillou, *Régionalisme*, pp. 153-161. Un documento de *c*. 600 nombra a un testigo, Adquisitus *vir clarissimus*, que era comandante (*optio*) del *numerus* de Milán; véase Tjäder, *Papyri*, I, 20, *CLA*, XXI, 717. < <

[12] Brown, *Gentlemen and Officers*, p. 93; *numerus* es el equivalente del *arithmós* griego, utilizado indistintamente junto con *bandus*. La reducción de la dependencia de los mercenarios supuso un mayor uso de tropas nativas, reclutadas y entrenadas en las regiones que les daban nombre, por ejemplo el *numerus Tergetinus*, procedente de Trieste. < <

[13] Tjäder, *Papyri*, I, 16 = Marini, 90, *CLA*, IV, 240; Brown, *Gentlemen and Officers*, p. 89; *PLRE*, III, p. 700, Ioannes 228, *primicerius felicum numeri Theodosiacus* (sic), *spatharios* y *adiutor*. < <

[14] Como en el caso anterior, el banquero se llama *chrysokatalaktis* y el secretario judicial, *exceptor*. < <

[15] Brown, *Gentlemen and Officers*, pp. 92-93, sobre los *signa* y *bandora* de Istria que desempeñaban el mismo papel. < <

[16] Mauricio, *Strategikon*, G. Dennis, trad., Viena, 1981, p. 83, sobre las maniobras militares. < <

[17] Como subraya Brown, *Gentlemen and Officers*, pp. 50-51. < <

[18] Tjäder, *Papyri*, I, 28 B 5, *CLA*, IV, 232; tiene un nombre germánico y se identifica como *guta*, «goda». Tjäder, *Papyri*, I, 21, *CLA*, XXII, 720, para la donación de Diosdado y Melisa. < <

[19] Tjäder, *Papyri*, I, 22 = Marini, 95 = *Regesta*, n.º 25, *CLA*, XXIX, 887; el soldado Paulacis hizo un donativo de 36 sólidos de oro. < <

[20] Bury, *LRE*, II, p. 282. <<

[21] Brown, *Gentlemen and Officers*, pp. 48-51. < <

[22] Gregorio de Tours, *Historias*, lib. X, 2. < <

[23] Pablo el Diácono, *HL*, III, 13. <<

[24] *HL*, IV, 32, sobre el acuerdo de paz que selló Esmaragdo con Agilulfo a cambio de doce mil sólidos, mientras las ciudades de la Toscana caían en manos de los longobardos, después de lo cual Agilulfo firmó una nueva tregua de tres años. < <

[25] Cartas del rey Childeberto II y respuestas de un exarca (Romano o Esmaragdo), *MGH*, *Epp*, III, n.º 37, 40, 41 y 46, pp. 110-153. < <

[26] *HL*, IV, 23. < <

21. Gregorio Magno y el control de Rávena

[1] R. A. Marcus, *Gregory the Great and his World*, Cambridge, 1997; *idem*, *The End of Ancient Christianity*, Cambridge, 1990, pp. 223-228; P. Brown, *The Rise of Western Christendom*, Oxford, 1996, pp. 133-147, ed. corr., publicada para conmemorar su décimo aniversario, con un nuevo e importante prólogo, Chichester, 2013, pp. 190-215; S. Boesch Gajano, *Gregorio Magno. Alle origini del Medioevo*, Roma, 2004; J. Herrin, *The Formation of Christendom*, Princeton, 1989, pp. 145-182. <<

[2] Las cartas de Mauricio a Gregorio revelan las quejas de los obispos cismáticos, T. C. Lounghis, *Les ambassades byzantines en Occident… (407-1096)*, Atenas, 1980, pp. 466-467, cita a Gregorio Magno, *Regesten*, I, 16, y II, 45 (en línea en la Christian Classics Ethereal Library, *NPNF*, vol. 212), y *The Letters of Gregory the Great*, J. R. C. Martyn, trad., 3 vols., Toronto, 2004. < <

[3] C. Chazelle y C. Cubitt, eds., *The Crisis of the Oikoumene. The Three Chapters and the Failed Quest for Unity in the Sixthcentury Mediterranean*, Turnhout, 2007. Gregorio, *Regesten*, II, 32, a Albio, *mm gloriosus* (592); *PLRE*, III, 40-41, lo identifica con Aldio, también mencionado en *Regesten*, II, 27, cf. IX, 103. < <

[4] Gregorio, *Regesten*, II, 46, a Juan el Romano en Rávena sobre Severo de Aquilea, con instrucciones de utilizar los fondos para rescatar a los hombres libres hechos prisioneros por los longobardos en Fanum. < <

[5] Gregorio, *Regesten*, V, 23, a Castorio; V, 25, a Severo, obispo de Ficulum, a quien se le encargó que visitara la iglesia afligida y asegurara la correcta promoción; V, 48, sobre la elección de Mariniano. < <

[6] Gregorio, *Regesten*, VI, 2. < <

[7] *LPR*, c. 100, trad. p. 215. *The Book of Pastoral Rule*, G. Demacopoulos, trad., Crestwood (Nueva York), 2007 [hay trad. cast.: *La regla pastoral*, Alejandro Holgado Ramírez y José Rico Pavés, trads., Madrid, Ciudad Nueva, 2001]; Boesch Gajano, *Gregorio Magno*, pp. 77-80. < <

[8] Agnelo afirma que, cuando hay que cubrir un obispado, algunos eclesiásticos emplean espías para averiguar cuánto están dispuestos a pagar sus rivales y luego ofrecen el doble de la suma para asegurarse el nombramiento de su protegido (y las cantidades no son insignificantes: ¡quinientos y mil sólidos!). < <

[9] Gregorio, *Regesten*, VI, 34; cf. IX, 167; XIV, 11. *Pros. chrét. Italie*, I, p. 25, sobre Adeodato, y pp. 800-801, sobre Félix. En el año 599 el arzobispo Mariniano había enviado a su diácono Florentino a Roma para explicar la situación. < <

[10] Gregorio, *Regesten*, VI, 1; VI, 24; VI, 29; XII, 6 (enero de 602). < <

[11] *LP*, 66, trad. p. 63, cf. Pablo el Diácono, *HL*, IV, 8, recoge que Romano fue de Rávena a Roma y a la vuelta tomó estas ciudades. < <

[12] *HL*, IV, 2. Pablo habla mucho de la rivalidad entre Esmaragdo y Galicino, *HL*, IV, 28. < <

[13] *HL*, IV, 28, pero murió al dar a luz. < <

[14] *HL*, IV, 32. <<

[15] Cartas de Gregorio a los participantes en el escándalo de Salona y a los de Rávena, aludiendo también a la intervención del emperador Mauricio (*Regesten*, VI, 25 y 26). Sobre Calínico, véase *PLRE*, IIIA, p. 264. Hizo campaña contra algunos eslavos y recibió una carta de felicitación de Gregorio; *Regesten*, IX, 154. < <

[16] *HL*, VI, 14. < <

[17] *LPR*, estrofa introductoria, cc. 26 y 86, trad. pp. 96, 123 y 199. <<

22. Isaac, el exarca armenio

[1] *PLRE*, IIIB, pp. 1164-1166, sobre su carrera; cf. cap. 24. Es posible que Esmaragdo fuera un eunuco, ya que ocupaba el cargo de *praepositus sacri palatii*. Véase la inscripción que figura debajo. < <

[2] Gregorio, *Regesten*, XIII, 32 y 39, felicita a Focas y XIII, 40, a la emperatriz Leoncia (julio de 603); *The Letters of Gregory the Great*, J.R.C. Martyn, trad.,3 vols., Toronto, 2004, vol. III, App. 8, sobre la recepción de los iconos imperiales. S. Boesch Gajano, *Gregorio Magno. Alle origini del Medioevo*, Roma, 2004, pp. 31 y 119. < <

[3] E. Thunø, «The Pantheon in the Middle Ages», en línea en erenow.net/ancient/the-pantheon-from-antiquity-to-the-present/8. S. de Blaauw, «Das Pantheon als christlicher Tempel», en *Bild und Formensprache der spätantiken Kunst. Hugo Brandenburg zum 65 Geburtstag*, Münster, 1994, pp. 13-26; para la iglesia de los Santos Cosme y Damián hubo que remodelar un edificio civil en tiempos del papa Félix IV (526-530). *LP*, 69, trad. p. 64; *LPR*, c. 107, trad. p. 224. <<

[4] *CIL*, VI, n.º 1200; sobre la columna, véase F. A. Bauer, *Stadt, Platz und Denkmal in der Spätantike*, Maguncia, 1996, pp. 43-47. < <

[5] De varios exarcas de Rávena se conocen solo sus sellos; véase Zacos, vol. I, I, 732, para el sello de Acatafronio, con inscripción en griego y título en latín. < <

[6] Brown, *Gentlemen and Officers*, p. 87, cita la *Vida* de Gregorio escrita por Juan el Diácono, que menciona recortes en la paga de los soldados. Sobre el peligro que entrañaban dichos recortes o retrasos en el pago del ejército, véase *LRE*, II, pp. 677-678. < <

[7] *LP*, 70, trad. p. 65, en alusión a los soldados (*militibus*) del exarca Eleuterio (posiblemente del ejército de Rávena); *LPR*, c. 106, trad. p. 224, sobre su muerte en Lucioli. Agnelo comenta que era absolutamente inapropiado que un eunuco se proclamara emperador. <<

[8] Pablo el Diácono, *HL*, IV, 38, cuenta cómo mató a dos duques del Friul en Opitergium (Opitergo); cf. *PLRE*, IIIB, p. 1218. < <

[9] Teófanes, *Cronografía*, AM 6103, trad. p. 429. Se apoderaron de todas las cecas de Oriente y dejaron las de Constantinopla y las occidentales de Rávena, Roma y Catania (Sicilia) como únicas proveedoras de moneda. < <

[10] J. Howard-Johnston, *Witnesses to a World Crisis. Historians and Histories of the Middle East in the Seventh Century*, Oxford, 2010, pp. 436-445. < <

[11] Se menciona por primera vez en un edicto del año 629 y marca un claro cambio del latín al griego en Constantinopla. < <

[12] El papa Honorio había negociado la reutilización de las tejas de bronce del templo de Roma, un acto que requería el permiso imperial, y su *Vida* se refiere a Heraclio como el emperador piadoso; *LP*, 72.2, trad. p. 66. < <

[13] *LP*, 73, trad. pp. 67-68. < <

[14] *HL*, IV, 42 y 45. Según Fredegario, *Chronica*, *MGH*, *SRM*, II, pp. 155-156, y *The Fourth Book of the Chronicle of Fredegar*, J. Wallace-Hadrill, ed. y trad., Londres, 1960, vol. IV, 69, el tributo imperial pagado anualmente a los longobardos se redujo de tres a dos *kentenaria*. Sobre las fluctuaciones religiosas de los longobardos, véase T. S. Brown, «Lombard religious policy in the late sixth and seventh centuries. The Roman dimension», en *The Langobards Before the Frankish Conquest. An Ethnographic Perspective*, San Marino, 2009, pp. 289-308, que incluye un interesante comentario. < <

[15] *L'année épigraphique*, 1973, p. 245, fechado el vigésimo octavo año de Heraclio, indicción 13; G. Caputo, *Torcello alle origini di Venezia*, Venecia, 2009, pp. 4647, con comentarios de G. Cuscito. < <

[16] *HL*, V, 29, y Nicéforo y Teófanes, en Guillou, *Régionalisme*, pp. 102-103. < <

[17] *LP*, 75, trad. pp. 68-69. < <

[18] *CIG*, IV n.º 9869. <<

[19] Otro en Perusa contiene los huesos de un santo local. A principios del siglo IX, las hijas de Carlomagno eligieron para su entierro un sarcófago romano primitivo en el que estaba representada la violación de Proserpina, e incluso doscientos años después se consideró apropiado enterrar a un hombre santo como Cristódulo, fundador del monasterio de Patmos, del siglo XI, en una tumba precristiana similar. < <

[20] G. Cavallo, «La cultura scritta a Ravenna tra Tarda Antichità e Alto Medioevo», en *Storia di Ravenna*, II/2, p. 121 y fig. 34. < <

[21] Laurent, *Médaillier*, n.º 98. < <

[22] *MGH*, *Epp*, III, *Epistulae Langobardorum*, n.º 2, p. 694, carta en latín del papa Honorio a Isaac *patricius et exarcus Italiae*, del año 625, solicitando su ayuda para frenar a los obispos que apoyaban a Ariopaltus, *tyrannus*, en lugar de Adulubaldus *rex*; n.º 3, pp. 694-696, a los obispos de Venecia e Istria (628). < <

[23] *CIG*, IV, n.º 9870; A. Guillou, *Recueil des inscriptions grecs médiévales d'Italie*, Roma, 1996, n.º 108, *PIB*, II, 75, *c*. 625-643, o sea, en tiempos de Isaac. < <

[24] Tjäder, *Papyri*, I, 22 = Marini, 95 = *Regesta*, n.º 25, *CLA*, XXIX, 887, sobre Paulacio;Tjäder, *Papyri*, I,24 = Marini, 110, *CLA*, XXIX, 865, sobre Gaudiosus *defensor* de la iglesia romana que firma en griego y dona un huerto, con el testimonio de un *vir honestus*, *scholaris* de la *schole gentilium* militar de Classe. < <

23. El doctor Agnelo

[1] Tjäder, *Papyri*, II, 35 = Marini, 120 = *Regesta*, n.º 12, *CLA*, III, 181, una venta de tierras en 572 de la que es testigo Eugenio, un funcionario de la corte que se identificó como hijo del médico Leontios; I. Mazzini, «Les traductions latines d'Oribase et d'Hippocrate», en P. Mundry y J. Pigeaud, eds., *Les écoles médicales à Rome*, Ginebra, 1991, pp. 286-293. < <

[2] La fórmula para nombrar un *comes archiatrorum* se refiere a la resolución de disputas (*mutuae contentionis*) entre médicos; Casiodoro, *Var.*, VI, 19, cf. IV, 41, a Juan *archiatro*, *MGH*, *AA*, XIII, pp. 191-192. <<

[3] L. G. Westerink et al., trad., *Agnellus of Ravenna. Lectures on Galen's «De sectis»*, Arethusa Monographs, n.º VIII, Buffalo (Nueva York), 1981, sitúan al médico entre el año 550, cuando el comentario al estilo de Olimpiodoro habría llegado a Rávena, y *c*. 700. Cf. *Agnellus de Ravenna. Lectures galéniques*, N. Palmieri, trad., Saint-Étienne, 2005. Para un comentario e ilustraciones del manuscrito, véase G. Cavallo, «La cultura scritta a Ravenna tra Tarda Antichità e Alto Medioevo», *Storia di Ravenna*, II/2, pp. 79-125, esp. pp. 94-95 y 97-98. El manuscrito de Simplicio (Bibl. Ambrosiana, G 108 Inf) es una copia del siglo IX de un documento anterior; Claudia Bolgia, *Rome across Time and Space. Cultural Transmission and Exchange of Ideas c. 500-1400*, Cambridge, 2011, esp. p. 54. < <

[4] N. Palmieri, «Les commentaires de Galen», en Mundry y Pigeaud, eds., *Les écoles médicales*, pp. 286-309, esp. pp. 300, n. 48, y 306. < <

[5] N. Palmieri, «Prise en compte de l'environnement dans le premier galénisme alexandrin», en *Conserver la santé ou la rétablir? Le rôle de l'environnement dans la médecine antique et médiévale*, Saint-Étienne, 2012, pp. 62-78; S. Musitelli et al., «The Medical School at Ravenna», *American Journal of Nephrology*, vol. 14, n.º 4-6 (1994), pp. 317-319. <<

[6] Palmieri, «Les commentaires de Galen», p. 296; *Agnellus of Ravenna, Lectures*, pp. 11-33, menciona las diferencias entre las escuelas de medicina, por ejemplo, pp. 47, 61 y 97. Sobre el pulso como elemento clave del diagnóstico, véase N. Palmieri, ed., *Lectures galéniques. Le «De pulsibus ad tirones»*, Saint-Étienne, 2005, vol. I, 4: «El pulso es el mensajero más fiable de las operaciones naturales que se producen de forma invisible dentro [del cuerpo]». < <

[7] M. Frampton, *Embodiments of Will. Anatomical and Physiological Theories of Voluntary Animal Motion from Greek Antiquity to the Latin Middle Ages, 400 BC-AD 1300*, Saarbrücken, 2008, p. 222. Comparar Rávena con Alejandría es darle una relevancia excesiva, ya que los recientes descubrimientos arqueológicos de las escuelas y aulas del centro egipcio confirman su vibrante atmósfera intelectual. Sobre el plan de estudios de medicina en Alejandría, véase A. Z. Iskandar, «An attempted reconstruction of the late Alexandrian medical curriculum», *Medical History*, vol. 20, n.º 3 (1976) pp. 235-258, a partir de Ibn Ridwan, una fuente árabe. La transmisión de la medicina antigua en Occidente tiene su paralelo en Oriente, donde los escribas sirios introdujeron la antigua medicina griega en el mundo islámico mediante traducciones al árabe. < <

[8] Palmieri, «Prise en compte de l'environnement», pp. 61-85, esp. pp. 70-71. < <

[9] N. Palmieri, ed., *L'«Ars Medica» («Tegni») de Galien. Lectures antiques et médiévales*, Saint-Étienne, 2008, vol. II, 2, pp. 52-53, y la introducción, pp. 35-36; Philip van der Eijk, «The Art of Medicine. Nemesius of Emesa and early brain mapping», *Lancet*, n.º 372 (agosto de 2008), pp. 440-441, sobre el obispo sirio de finales del siglo IV que asignó la sensación y la imaginación a la parte frontal, el pensamiento a la central y la memoria a las cavidades posteriores. Posidonio de Bizancio, teórico de la medicina, había observado la misma estructura cerebral en su estudio de la frenitis. < <

[10] Palmieri, ed., *L'«Ars Medica»*, vol. II, 2, 1, pp. 53-59, e introducción, pp. 36-38. < <

[11] *Ibid.*, vol. III, 3, 1-4, pp. 62-65, e introducción, pp. 47-49. <<

[12] Palmieri, «Les commentaires de Galen», p. 295, n. 30. < <

[13] Y. Modéran, *Les maures et l'Afrique romaine*, Roma, 2003, pp. 63-119; P. Gautier-Dalché, «Les "quatre sages" de Jules César et la "mesure du monde" selon Julius Honorius. Réalité antique et tradition médiévale», *Journal des Savants*, n.º 4 (1986), pp. 157-218. < <

[14] Mazzini, «Les traductions latines», pp. 300-301. < <

[15] *Ibid.*, pp. 290-293; Cavallo, «La cultura scritta», sobre todos los manuscritos, incluidos los de medicina, esp. pp. 94-95 y 97-98. Por supuesto, los traductores también trabajaban en otros centros, como Nápoles, y sus manuscritos se encuentran ahora en Roma (Biblioteca Vaticana), Lucca y Verona. < <

[16] Se trata de la segunda traducción al latín del *Euporista* de Oribasio hecha en Rávena; véase Cavallo, «La cultura scritta». < <

[17] «Quas Greci dicent… nos enim dicimus», véase Palmieri, «Les commentaires de Galen», p. 302. Mazzini, «Les traductions latines», pp. 290-291, señala formas particulares del comparativo, participios pasivos y géneros poco habituales que no vuelven a aparecer en las lenguas románicas posteriores y que apuntan a la existencia de una escuela de traductores competentes. < <

[18] Palmieri, «Les commentaires de Galen», pp. 303-304, que desentraña los numerosos comentarios diferentes y sus traducciones al latín. < <

[19] Mazzini, «Les traductions latines», p. 293. < <

[20] Musitelli et al., «The Medical School at Ravenna», p. 319. < <

[21] G. Bafforio, «Frammenti liturgici nell'Ambrosiana», en I. Mazzini y F. Fusco, eds., *Testi di medicina latini antichi. Problemi filologici e storici*, Roma, 1985, pp. 99-108, esp. p. 103. < <

[22] V. van Büren, «La place du ms. Ambr. L 99 sup dans la transmission des *Étymologies* d'Isidore de Séville», en Mazzini y Fusco, eds., *Testi di medicina latini antichi*, pp. 25-44, esp. pp. 27-28. M. Bassetti, «"Total Eclipse of the Text". Stories of palimpsests in Verona, Ravenna and Bobbio between Late Antiquity and Early Middle Ages», en F. Santi, ed., *Identità del testo*, Florencia, 2019, cita el *De alimentorum facultatibus* de Galeno como un texto griego que solo pudo llegar a Verona desde Rávena; cf. dos evangeliarios en griego, fragmentos de los *Codices Guelferbytani A* y *B*, y de las *Praefationes Hieronymi* en latín y comentarios al Libro de Job. La colección de papiros de Pommersfelden también contiene un fragmento del *Digesto* de Justiniano, publicado originalmente en griego y latín, que puede ser originario de Rávena, y una fórmula griega, que bien podría haberse encontrado en Rávena a partir del año 540. < <

[23] Cavallo, «La cultura scritta», pp. 90-101, ha recogido un gran número y ha atribuido los Oribasios a Rávena, y no a la Hispania visigoda, como creía Lowe. < <

[24] Tjäder, *Papyri*, II, 30 = Marini, 114, *CLA*, XX, 706, cf. Maximus, otro farmacéutico ravenés. < <

[25] J. Riddle, catalogustranslationum.org, en línea, vol. IV, pp. 1-144, esp. p. 6, comentario del ms. Clm 377 de Múnich como una de las tres copias de la traducción al latín antiguo, que algunos atribuyen a la Rávena ostrogoda y otros, a Cartago. < <

[26] *Ibid.*, pp. 6-7 y 20-21. <<

[27] Cavallo, «La cultura scritta», p. 99. También sabemos que Rávena es el lugar de origen de un manuscrito iluminado de los *agrimensores* romanos, que se usaba en Aquisgrán durante el reinado de Luis el Piadoso; *ibid.*, p. 96. Cf. P. C. Berger, *The Insignia of the Notitia Dignitatum*, Nueva York/Londres, 1981, pp. 142-174, donde las ilustraciones se atribuyen a Rávena. Véase Bassetti, «Total Eclipse», sobre el debate en torno a la traducción de Euclides, sobre las *Complexiones* de Casiodoro, que pasaron de Rávena a Verona, el Código de Justiniano, un antiguo texto jurídico de Gayo del siglo II, y las *Institutiones* de Triboniano, así como las más conocidas *Institutiones* de Justiniano en una copia de finales del siglo VI o principios del VII. <<

[28] N. Everett, *The Alphabet of Galen. Pharmacy from Antiquity to the Middle Ages*, Toronto, 2012, p. 23; Alan Cameron, «Vergil illustrated between pagans and Christians», *Journal of Roman Archaeology*, n.º 17 (2004), pp. 501-525, esp. pp. 522-525, destaca el papel de Rávena en la transmisión de los textos clásicos y afirma que bien podría ser el lugar donde vieron la luz el manuscrito ilustrado de Virgilio, así como las interpolaciones griegas de la mastodóntica gramática de Prisciano. <<

[29] En su estudio sobre la Italia longobarda, *Literacy in Lombard Italy ca. 568-774*, Cambridge, 2003, Everett concluye que «Rávena destaca como posible eslabón de la cadena de transmisión» del conocimiento médico en el Occidente medieval. Cf. Cavallo, «La cultura scritta», p. 357, sobre la falta de documentos y pruebas de la producción de libros en la ciudad. < <

[30] Palmieri, ed., *L'«Ars Medica»*, pp. 7-8. < <

24. Las conquistas de los árabes

[1] *Chronikon Paschale*, Michael y Mary Whitby, eds. y trads., Liverpool, 1989, pp. 182-183. < <

[2] J. Howard-Johnston, *Witnesses to a World Crisis. Historians and Histories of the Middle East in the Seventh Century*, Oxford, 2010, pp. 447-473; R. Hoyland, *Seeing Islam as Others Saw It. A Survey and Evaluation of Christian, Jewish and Zoroastrian Writings on Early Islam*, Princeton, 1997, que amplía el estimulante enfoque de P. Crone y M. Cook, *Hagarism and the Making of the Islamic World*, Cambridge, 1977; P. Sarris, *Empires of Faith*, Oxford, 2011, pp. 268-272. < <

[3] Sarris, *Empires of Faith*, pp. 259-268, sobre el contexto. M. Cook, *Muhammad*, Oxford, 1983; G. Fowden, *Before and after Muhammad*, Princeton, 2014, pp. 1-5, 18-20 y 188-194. < <

[4] M. F. Hendy, *Studies in the Byzantine Monetary Economy c. 300-1450*, Cambridge, 1985, pp. 618-619, calcula que hasta dos tercios de los ingresos fiscales; J. Haldon, *The Empire That Would Not Die. The Paradox of Eastern Roman Survival 640-740*, Cambridge (Mass.), 2016, pp. 27-29; A. Laiou y C. Morrisson, *The Byzantine Economy*, Cambridge, 2007. < <

[5] Fredegario, *Chronicarum libri 4*, IV, 81, *MGH*, *SRM*, p. 162; Continuator, I, *anno* 731, p. 175, *The Fourth Book of the Chronicle of Fredegar. With its Continuations*, J. Wallace-Hadrill, trad., Londres, 1960; Bede, *Ecclesiastical History of the English People*, B. Colgrave y R. A. B. Mynors, eds., Oxford, 1969, p. 557, sobre las incursiones sarracenas en la Galia [hay trad. cast.: Beda el Venerable, *Historia eclesiástica del pueblo de los anglos*, José L. Moralejo, trad., Madrid, Akal, 2013]; K. B. Wolf, *Conquerors and Chroniclers of Early Medieval Spain*, Liverpool, 1990, pp. 32-33 y 58-60; *Chronicle of 754*, c. 8, 113-114. [Para las dos crónicas hispánicas mencionadas, véase Rafael Blanco Silva, «Una crónica mozárabe a la que se ha dado en llamar arábigo-bizantina de 741: un comentario y una traducción», *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, n.º 17 (1999), y «Chronica Muzarabica», corpus.cirp.gal/codolga/fontes/2013_chronica_muzarabica]. < <

[6] La primera referencia a los sarracenos se encuentra en la *Vida* del papa Martín, cuando el exarca Olimpio partió a Sicilia para combatirlos, *LP*, 76.7, trad. p. 72, sin que se perciba la devastación de las comunidades cristianas del Mediterráneo oriental; Pablo el Diácono, *HL*, VI, 10-11, trad. p. 258. < <

[7] Un excelente resumen de la importancia de Pirenne, en P. Horden y N. Purcell, *The Corrupting Sea. A Study of Mediterranean History*, Oxford, 2000, pp. 153-160; D. Abulafia, *The Great Sea. A Human History of the Mediterranean*, Londres, 2011, pp. 237, 246-247 y 252-254 [hay trad. cast.: *El gran mar. Una historia humana del Mediterráneo*, Rosa María Salleras, trad., Barcelona, Crítica, 2013]; L. Zavagno, *Cyprus Between Late Antiquity and the Early Middle Ages (ca. 600-800). An Island in Transition*, Abingdon, 2017. < <

[8] E. Cirelli, sobre un plato de cocina importado de Chipre. < <

[9] *The Armenian History attributed to Sebeos*, R. W. Thomson, trad., Liverpool, 1999, vol. I, c. 50, pp. 144-146; vol. II, *Historical Commentary*, J. Howard-Johnston y T. Greenwood, pp. 274-276. < <

[10] J. Herrin, *The Formation of Christendom*, Princeton, 1989, pp. 207-211 (aunque fue el añadido de la fórmula «crucificado por nosotros» al trisagio lo que suscitó la polémica, p. 208). < <

[11] P. Booth, *Crisis of Empire. Doctrine and Dissent at the End of Late Antiquity*, Berkeley/Los Ángeles/Londres, 2014, pp. 260-261, y Herrin, *Formation of Christendom*, pp. 214-217, sobre la oposición occidental al monotelismo (y el malestar que provocó la cautelosa acogida del papa Honorio a la teoría de la energía única, la *monoenergeia*, posteriormente condenada en Occidente y nunca mencionada en el *Liber pontificalis*); *LP*, 74, trad. p. 68, sobre Juan IV y la atención que prestó a los cautivos y santos dálmatas. < <

[12] Booth, *Crisis of Empire*, pp. 262-264, sobre los refugiados de Palestina; p. 275, sobre su insistencia en que Roma fue «el único patriarcado que denunció la innovación monotelita»;p.277, sobre la fuerza cada vez mayor de la idea de una secesión total de Roma respecto de Constantinopla. E. Patlagean, «Les moines grecs d'Italie et l'apologie des thèses pontificales (VIIIe-IXe siècles)», *Studi Medievali*, 3.a serie, vol. 5, n.º 2 (1964), pp. 579-602; A. Ekonomou, *Byzantine Rome and the Greek Popes. Eastern Influences on Rome and the Papacy from Gregory the Great to Zacharias AD 590-752*, Lanham, 2007. < <

[13] Booth, *Crisis of Empire*, pp. 266-276 y 285-287, sobre el desarrollo del monotelismo; sobre el vínculo entre el debate y la rebelión del exarca Gregorio contra Constante II, pp. 287-289; J. Tannous, «In search of Monotheletism», *DOP*, n.º 68 (2014), pp. 29-67. < <

[14] *LP*, 75.3, trad. p. 69, y *LP*, 75.6, trad. p. 70; al final fue restaurado como patriarca. Booth, *Crisis of Empire*, pp. 290-291. < <

[15] Véase la lista de exarcas, cuyos sellos están documentados tanto en griego como en latín. < <

[16] M. Skoblar, ed., *Byzantium, Venice and the Medieval Adritic. Spheres of Maritime Power and Influence, c. 700-1453*, Cambridge, 2021; R. Hodges y S. Gelichi, eds., *Between Two Seas*, Turnhout, 2012. < <

[17] *LP*, 76, trad. pp. 70-72; *LP*, 76.1-2, trad. pp. 70-71. < <

[18] *ACO*, ser. II, vol. 1, *Concilium Lateranense a. 649 celebratum*, R. Riedinger, ed., Berlín, 1984, actas redactadas originalmente en griego con la ayuda de Máximo y luego traducidas al latín, en cuya forma circularon por todo Occidente (R. Price et al., trads., Liverpool, 2014), con un comentario detallado. < <

[19] *LP*, 76.5, el soldado (*spatharius*) afirmó posteriormente bajo juramento que no había podido ver al pontífice «dando la comunión o la paz al exarca», lo que evitó un derramamiento de sangre en la iglesia. < <

[20] *LP*, 76.3-7, trad. pp. 71-72. Constante tenía espías en Roma que le informaban de la situación (Eupraxio y Platón el patricio). El ejército de Rávena no consta en la campaña de Sicilia y probablemente regresó a la ciudad. < <

[21] *LP*, 76.8, trad. p. 72, el relato más breve; Teófanes, *Cronografía*, AM 6150, trad. p. 485. Cf. P. Allen y B. Neil, *Maximus the Confessor and His Companions. Documents from Exile*, Oxford, 2002. < <

[22] *LP*, 77, *Vida* de Eugenio, 654-657, trad. p. 73. < <

[23] Como posteriormente fue condenado, las actas de este concilio no han sobrevivido, pero Marek Jankowiak ha reconstruido su forma probable: véanse M. Jankowiak, «The *Notitia* 1 and the impact of Arab invasions in Asia Minor», *Millennium*, n.º 10 (2013), pp. 435-461; *idem*, «Essai d'histoire politique du monothélisme», tesis de doctorado, París-Varsovia, 2009, pp. 351-359; *idem*, «The first Arab siege of Constantinople», *Travaux et Mémoires*, n.º 17 (2013), pp. 237-320. < <

[24] Booth, *Crisis of Empire*, pp. 292-293, 302 y 323; Herrin, *Formation of Christendom*, p. 218, sobre Anastasio. < <

[25] Haldon, *The Empire That Would Not Die*, pp. 4-5, sobre los debates a los que ha dado lugar el término. < <

25. Constante II en Sicilia

[1] *LP*, 78.1, trad. p. 73. < <

[2] El tema principal de la *Vida* del obispo Mauro es la larga batalla por independizarse de Roma; *LPR*, c. 110, trad. p. 227. < <

[3] Mauro afirmó más tarde su creencia en las dos operaciones y las dos voluntades en las dos naturalezas, humana y divina, en la única persona de Cristo; véase *ACO*, ser. II, vol. 1, *Concilium Lateranense a. 649 celebratum*, R. Riedinger, ed., Berlín, 1984, pp. 23 y 27; F. Winkelmann, *Die monenergetischmonotheletische Streit*, Berlín, 2001, n.º 109. < <

[4] *LPR*, c. 110, trad. p. 227. < <

[5] Esta larga guerra civil, llamada «primera *fitna*» («primera división»), determinó si la sucesión en la autoridad suprema debía corresponder a la familia del profeta, representada por su yerno Alí, o ser elegida por toda la comunidad, lo que allanaba el camino a un líder militar que no fuera pariente de Mahoma, pero hubiera tenido éxito. El conflicto dio a Constante II varios años para planificar la reorganización de sus fuerzas militares; P. Sarris, *Empires of Faith*, Oxford, 2011, pp. 286-288. < <

[6] *LP*, 78.2, trad. p. 73; la flota de Sicilia seguía siendo la única parte de la armada bizantina que no se había visto afectada por el desastre de Finike. < <

[7] C. Zuckerman, «Learning from the enemy and more. Studies in "Dark Centuries" Byzantium», *Millennium*, n.º 2 (2006), pp. 79-135. <<

[8] *LP*, 78.2-3, trad. pp. 73-74. Mececio se encontraba en Sicilia con el ejército oriental; *LP*, 79.2, trad. p. 74, informa de su rebelión, no relacionada con el asesinato de Constante, que está fechada en julio de la duodécima indicción (669). < <

[9] *LP*, 78.4, trad. p. 74; Zuckermann, «Learning from the enemy»; Sarris, *Empires of Faith*, pp. 289-290; V. Prigent, «La Sicile de Constant II. L'apport des sources sigillographique», en A. Nef y V. Prigent, eds., *La Sicile de Byzance à l'Islam*, París, 2010, pp. 157-188. < <

[10] V. Ortenberg West-Harling, «The church of Ravenna, Constantinople and Rome in the seventh century», en J. Herrin y J. Nelson, eds., *Ravenna, Its Role in Earlier Medieval Change and Exchange*, Londres, 2016, pp. 199-210, esp. pp. 206-207; S. Cosentino, «Constans II, Ravenna's autocephaly and the Panel of the Privileges in S. Apollinare in Classe. A reappraisal», en *Aureus. Volume for E. Chrysos*, Atenas, 2014, pp. 153-170. < <

[11] Honorio había encumbrado a Rávena adjudicándole seis diócesis sufragáneas de Milán, pero esta falsificación iba mucho más allá. < <

[12] *LPR*, c. 110, trad. p. 227. Consentino sostiene que ya se habían concedido privilegios similares, pero este es el único documento que se conserva; véase «Constans II, Ravenna's autocephaly and the Panel of the Privileges», pp. 162-163. < <

[13] *LPR*, c. 113, trad. p. 231. Esta independencia también puede estar relacionada con la anotación de la liturgia de la diócesis de Rávena en un magnífico rollo, el *Rotulus*, cuya creación se atribuye al arzobispo Mauro; véase A. Augenti et al., eds., *Santi, banchieri e re. Ravenna e Classe nel VI secolo. San Severo il tempio ritrovato*, Milán, 2006, pp. 176 y 179. < <

[14] *LPR*, c. 115, trad. p. 234. <<

[15] Cosentino, «Constans II, Ravenna's autocephaly and the Panel of the Privileges», pp. 163-165, a partir de unas marcas en el hombro derecho de esta figura que podrían leerse como un monograma griego de Teodoro. < <

[16] *LPR*, c. 114, trad. p. 231, donde Mauro también reprodujo la historia de san Apolinar en láminas de plata en el centro de la iglesia. Cosentino, «Constans II, Ravenna's autocephaly and the Panel of the Privileges», pp. 165-166, relaciona perfectamente la *translatio* con la construcción de un ciborio, representado por el modelo de Teodoro. <<

[17] Los paneles probablemente sustituyeran a otros anteriores, pero, al igual que en el caso de los mosaicos de San Apolinar el Nuevo, no se puede saber lo que resultó borrado. < <

[18] Sobre la importancia de Melquisedec en la ideología imperial, véase G. Dagron, *Emperor and Priest. The Imperial Office in Byzantium*, Cambridge, 2003, pp. 173-184 [hay trad. cast.: *Emperador y sacerdote. Estudios sobre el «cesaropapismo» bizantino*, Wenceslao Carlos Lozano, trad., Universidad de Valencia, Universidad de Granada y Centro de Estudios Bizantinos, Postbizantinos, Neogriegos y Chipriotas, 2007]. <<

[19] C. Jäggi, «Ravenna in the Sixth Century», en Herrin y Nelson, eds., *Ravenna*, esp. p. 108; cf. *eadem*, *Ravenna*, Ratisbona, 2013, figs. 170 y 190, pp. 254 y 277. El estatus de la ciudad lo confirma una visita de monjes georgianos, que habían peregrinado a Roma y luego fueron a Rávena; véase G. Garitte, «Histoires édifiantes géorgiennes», *Byzantion*, n.º 36 (1999), pp. 396-423. < <

[20] *LPR*, c. 112, trad. p. 230, y c. 114, trad. p. 233. El relato de su muerte incluye la frase «cortaron la parte superior de la correa del pie derecho», en referencia al corte de las correas de los zapatos de los obispos como símbolo de pérdida de autoridad. Después de que lo juzgaran en Constantinopla, cortaron así las correas del zapato del papa Martín para desposeerle del cargo, y Constantino, el antipapa de 767-768, fue sometido al mismo ritual cuando lo despojaron de la vestidura de obispo. *Vida* de Esteban III, *LP* 96.3, trad. p. 94 y n. 32. <<

[21] *PG*, 90 y 114; Brown, *Gentlemen and Officers*, pp. 65, 68 y 165. < <

[22] Mansi, X, cols. 849 y 851. <<

[23] Tjäder, *Papyri*, II, 44 = Marini, 132 = *Regesta*, n.º 27, *CLA*, XXII, 721, datado en 642-666; cf. Brown, *Gentlemen and Officers*, p. 136, que sitúa la fecha entre 648 y 661. El acta fue redactada por Pablo, *notarius* del obispo, cuyo nombre no se menciona, pero que probablemente fuese Mauro; Apollenarius/Apolenaris, identificado como *eminentissimae memoriae vir*, implica que tenía un alto cargo, si es que no se trataba del prefecto pretoriano (véase *ibid.*, 64). El arriendo anual era de siete sólidos de oro *infiguratos*. < <

[24] Laurent, *Médaillier*, n.º 100-101, y Schlumberger, *Sellos*, 211. Como su mujer y sus hijos figuran en el documento de papiro, se deduce que la familia seguía residiendo en Rímini. < <

[25] M. Jankowiak, «Essai d'histoire politique du monothélisme», tesis de doctorado, París-Varsovia, 2009, pp. 605-606. < <

[26] Jankowiak, *Étude*, pp. 364-373; *idem*, «Essai», p. 364; S. Cosentino, «Byzantine Sardinia between West and East», *Millennium*, n.º 1 (2004), pp. 329-367. < <

[27] Teófanes, *Cronografía*, AM 6164 y 6165 = AD 671-673, trad. pp. 493-494, al narrar los últimos años de los siete que duró el sitio, se equivoca en el orden del relato; véase la importante revisión de Jankowiak, «Essai», p. 392 y apéndice 2, pp. 545-605; *idem*, «The first Arab siege of Constantinople», *Travaux et Mémoires*, n.º 17 (2013), pp. 237-320. Cf. J. Haldon, *The Empire That Would Not Die. The Paradox of Eastern Roman Survival 640-740*, Cambridge (Mass.), 2016, pp. 42-43. < <

[28] No está claro si las facciones de Bizancio apoyaron el golpe de Siracusa, enfadadas por la larga estancia del emperador en Occidente mientras en Constantinopla se enfrentaban a nuevas amenazas de los árabes; Teófanes, *Cronografía*, AM 6160, trad. pp. 490-491. *Chronicle of 754*, K. B. Wolf, ed., § 29, trad. p. 122, sobre los dos años de ausencia del emperador; M. Jankowiak, «The *Notitia* 1 and the impact of Arab invasions in Asia Minor», *Millennium*, n.º 10 (2013), pp. 435-461. Parece muy poco probable que Constantino IV se embarcara inmediatamente rumbo a Sicilia para vengar el asesinato de su padre, como afirma Teófanes, *Cronografía*, AM 6160, trad. p. 491. En cambio, ordenó al exarca, probablemente Gregorio, que impusiera la autoridad imperial. *LP*, 79.2 muestra una reacción inequívoca: el ejército de Italia, procedente de Istria, Campania,África y Cerdeña, se congregó en Siracusa para matar a Mececio. Aunque no se nombra a ningún exarca, es probable que Gregorio II estuviera al mando de las tropas, leales a la dinastía de Heraclio y no al rebelde Mececio. < <

[29] Teófanes, *Cronografía*, AM 6164, trad. p. 493, sobre los barcos incendiarios y AM 6165, trad. p. 494, sobre Calínico, arquitecto de Siria que fabricó el fuego griego. < <

[30] Teófanes, *Cronografía*, AM 6160, trad. p. 491, sobre el regreso de la corte de Siracusa a Constantinopla. < <

[31] *LPR*, c. 120, trad. pp. 238-240. < <

[32] *LPR*, c. 125, trad. pp. 247-248. < <

[33] *LPR*, c. 121, trad. pp. 240-243. < <

[34] *LPR*, c. 122, trad. pp. 243-244. < <

[35] *LPR*, c. 123, trad. p. 245. < <

[36] A. M. Orselli, *L'immaginario religioso della città medievale*, Rávena, 1985, sobre todo «Vita religiosa nella città medievale italiana tra dimensione ecclesiastica e cristianesimo civico. Un'esemplificazione», pp. 355-412, esp. pp. 353 y 390. Este magnífico análisis demuestra que en ese momento el clero unido formaba la comunidad cristiana de Rávena, e ilustra su percepción acerca de la autoridad del emperador, sea o no cierta la historia. < <

[37] *LPR*, cc. 122-123, trad. pp. 243-245. < <

[38] *LPR*, c. 124, trad. pp. 245-246, también señalado en el *Liber pontificalis* romano durante el papado de Agatón (678-681): «Teodoro, arzobispo de Rávena, se presentó al cabo de muchos años en la sede apostólica», *LP*, 81.1, trad. p. 76; cf. *LP*, 80.1, trad. p. 75, durante el pontificado de Dono (676-678), sobre la diócesis de Rávena, «que tras separarse de la Iglesia romana para conseguir la independencia, volvió a someterse a la antigua sede apostólica». < <

[39] *LP*, 80.2, trad. p. 75, durante el pontificado de Dono, confirmado en tiempos de León II, *LP* 82.4, trad. pp. 80-81. < <

[40] *LPR*, c. 124, trad. p. 246. < <

[41] *LPR*, c. 119, trad. p. 238. La figura 46 ilustra el sarcófago, de una belleza excepcional, reutilizado por el arzobispo Teodoro de Rávena, fallecido en 691/692. < <

26. El Sexto Concilio Ecuménico

[1] Teófanes, *Cronografía*, AM 6169, y Nicéforo, *Historia breve*, c. 34, informan de las condiciones: pagos anuales de tres mil monedas de oro, cincuenta cautivos y cincuenta caballos; cf. n. 3 sobre las cifras mucho más altas, citadas en AM 6176, dadas en otro tratado de 683/684, de 365.000 monedas de oro, 365 esclavos y 365 caballos (uno por cada día del año). Aunque ambos cronistas ofrecen relatos muy imprecisos, la victoria frente a Syllaeum fue claramente un gran triunfo para las nuevas fuerzas navales del Imperio: M. Jankowiak, «Essai d'histoire politique du monothélisme», tesis de doctorado, París-Varsovia, 2009, pp. 392-393. < <

[2] *Ibid.*, pp. 392-402. < <

[3] J. L. van Dieten, *Geschichte der Patriarchen von Sergios I bis Johannes VI, 610-715*, Ámsterdam, 1972, pp. 120-130. < <

[4] *LP*, 81.10, trad. p. 78, cita este número, confirmado en las actas del Sexto Concilio. < <

[5] *ACO*, ser. II, vol. 2, segunda parte, *Concilium universale Constantinopolitanum tertium*, R. Riedinger, ed., Berlín, 1992, *actio* 18, p. 754, cf. pp. 778-779. En la octava posición, Teodoro firma como presbítero y representante de Teodoro, arzobispo de Rávena. < <

[6] Dado que el orden de la firma indicaba la jerarquía de las sedes eclesiásticas en todo el mundo cristiano, ocupar un puesto tan alto era un gran honor. < <

[7] El relato de un testigo presencial sobre cómo se reunió el Concilio de Constantinopla ocupa numerosos apartados de la *Vida* de Agatón, *LP*, 81.4-15, trad. pp. 76-79; cf. los documentos oficiales en *ACO*, ser. II, vol. 2, en tres partes, Berlín, 1990-1992. < <

[8] *Notitia episcopatuum Ecclesiae Constantinopolitanae*, J. Darrouzes, ed., París, 1981; M. Jankowiak, «The *Notitia* 1 and the impact of Arab invasions in Asia Minor», *Millennium*, n.º 10 (2013), pp. 435-461. < <

[9] Las listas están publicadas en *ACO*, ser. II, vol. 2, parte 3, Riedinger, ed., Berlín, 1992, y H. Ohme, *Concilium Constantinopolitanum a. 691/2 in trullo habitum (Concilium quinisextum)*, *ACO*, ser. II, vol. 4, Berlín, 2013. < <

[10] La lista fue publicada por Marini, *Papyri*, n.º 146, p. 211. R. Riedinger, «Die Präsenz und Subskriptionsliste des VI Ökumenischen Konzils (680/81) und der Papyrus Vind.G.3», en *Sitzungsberichte der Bayerischen Akademie der Wissenschaften, Philos. Hist. Klasse, Abhandlung*, n.º 85 (1979), pp. 22-27, e *idem*, *ACO*, ser. II, vol. 2, introducción, pp. XX-XXI. Se ha anunciado una nueva edición, a cargo de O. Kresten. < <

[11] *ACO*, ser. II, vol. 2, segunda parte, pp. 754-797, para las firmas de la *actio* final; Jankowiak, «Essai», pp. 457-460. < <

[12] Jankowiak, «Essai», pp.474-481, revela el sentido de estos acontecimientos interconectados —la campaña contra los búlgaros, la revuelta militar y el exilio de los dos emperadores menores—, además de llamar la atención sobre las contradicciones de Teófanes, *Cronografía*, AM 6173, trad. p. 502, y la entrada incorrecta anterior, correspondiente a AM 6161, equivalente a los años 668/669, trad. pp. 491-492. Cf. L. Brubaker y J. Haldon, *Byzantium in the Iconoclast Era c. 680-850. A History*, Cambridge, 2011, pp. 27-28, que sitúa la revuelta en el año 681, pero sin relacionarla con la oposición al Sexto Concilio. < <

[13] Dos de estos monotelitas (Anastasio, sacerdote, y Leoncio, diácono) fueron readmitidos en la Iglesia durante el pontificado de León II (682-683), aunque Macarios, Esteban, Policronio y otro Anastasio se negaron a abandonar el monotelismo y permanecieron confinados en diferentes monasterios de Roma; véase *LP*, 82.2, trad. p. 80. Pablo el Diácono observa la aparición de un cometa (normalmente una señal de mal agüero) y en 680 un eclipse de luna y de sol casi al mismo tiempo, seguidos de un grave brote de peste que mató a muchos (*HL*, VI, 4-5). < <

[14] *Iussio* de 687 (texto en latín), *ACO*, ser. II, vol. 2, segunda parte, 886-887. < <

[15] Figura como exarca durante la disputada elección de papa del año 686 (*LP* 85.1-2, trad. pp. 83-84, Conón); véase, más arriba, el cap. 25. <<

[16] *LP*, 85.1, trad. p. 83, *Vida* de Conón; 86.3-4, trad. p. 86, *Vida* de Sergio. < <

[17] *LP*, 87.1-2, trad. pp. 89-90; Brown, *Gentlemen and Officers*, pp. 212-213. < <

[18] Tjäder, *Papyri*, I, 23 = Marini, 109 = *Regesta*, n.º 31, *CLA*, IX, 405 (fragmentario). Dado que en la mayoría de las ciudades prósperas había conventos femeninos, su existencia no es de extrañar, pero nos proporciona la primera prueba definitiva y el nombre de la *abbatissa*, Johannia. < <

[19] Hay pocas referencias a ellos, pero cabe destacar el papiro del año 767, *Regesta*, n.º 42. < <

[20] Tjäder, *Papyri*, I, 24 = Marini, 110, *CLA*, XXIX, 865, fechado a mediados del siglo VII. Por *schole gentilium* se entiende una guarnición de soldados forasteros, que Tjäder identifica como germánicos (*ibid.*, p. 376). Esta es la última firma en griego, véase E. Schoolman, «Local Networks and Witness Subscriptions in Early Medieval Ravenna», *Viator*, vol. 44, n.º 3 (2013), pp. 21-41. < <

27. El cosmógrafo anónimo de Rávena

[1] *Itineraria romana*, J. Schnetz y O. Cuntz, eds., 2 vols., Leipzig, 1929-1942, reimp. 1990, vol. 2, lib. I, 1; N. Lozovsky, «The Earth is Our Book». *Geographical Knowledge in the Latin West ca. 400-1000*, Ann Arbor, 2000, pp. 145-146, destaca la importancia que el cosmógrafo concedía a la autoridad escrita más que a la experiencia de los viajeros. < <

[2] Sobre los epítetos de las ciudades, véanse Ausonio, *Ordo urbium nobilium*, Turnhout, 2010, ebook, y José Luis Canazar Palacios, «"From vetus Byzantion to urbs regia" (Amm. 22. 8. 8). Representation of Constantinople in late Roman empire laws», en Ana de Francisco Heredero et al., eds., *New Perspectives on Late Antiquity in the East Roman Empire*, Newcastle 2014, pp. 280-310. Le agradezco a Michael-Jeffrey Featherstone que me avisara de la existencia de este utilísimo texto. < <

[3] Joseph Schnetz lo sitúa *c*. 700; Lozovsky, a principios del siglo VIII (*The Earth is Our Book*, p. 59). < <

[4] Menciona al emperador Trajano, conquistador de Dacia. < <

[5] *Liber Guidonis compositus de variis historiis*, M. Campopiano, ed., Florencia, 2008. < <

[6] La edición de 1860 de M. Pinder y G. Parthey puede consultarse en línea: archive.org/stream/ravennatisanonym00geoguoft/ravennatisanonym00geoguoft_djvu.doc. Cf. *Itineraria romana*, Schnetz y Cuntz, eds., vol. 2. Schnetz también tradujo el texto al alemán: *Cosmographia. Eine Erdbeschreibung um das Jahr 700*, Uppsala, 1951. <<

[7] *Christo auxilante/adiuvante*, una explicación habitual en los textos cristianos. No hay rastro de la batalla, que se libró en Alejandría a mediados del siglo VI, entre la antigua teoría griega de la eternidad del mundo y esta visión cristiana de la creación. < <

[8] Lib. I, 9. < <

[9] S. Mazzarino, «Da Lollianus et Arbetio al mosaico storico di S. Apollinare in Classe», *Rivista di Studi Bizantini e Neoellenici*, serie nueva, n.º 2-3 (1965-1966), pp. 99-117, esp. p. 102, reimp. en *idem*, *Il basso impero. Antico, tardoantico ed era costantiniana*, Bari, 1980, pp. 325-333. < <

[10] R. J. A. Talbert, *Rome's World. The Peutinger Map Reconsidered*, Cambridge, 2010, pp. 138-139. < <

[11] Lib. I, 10 (*tantummodo deo nostro est cognitum*). Continúa diciendo que el viaje nocturno del sol le permite situar las regiones árticas a lo largo de la orilla del océano que rodea el mundo, donde las va mencionando. < <

[12] Lib. I, 14. <<

[13] Lib. IV, 30. < <

[14] Talbert, *Rome's World*, con el mapa completo en línea en peutinger.atlantides.org/map-a/; B. Salway, «The nature and genesis of the Peutinger Map», *Imago Mundi*, vol. 57, n.º 2 (2005), pp. 119-135. < <

[15] L. Dillemann, *La cosmographie du Ravennate*, Y. Janvier, ed., col. Latomus, n.º 235, Bruselas, 1997; sobre la utilización de Castorio como fuente, pp. 48 y 5253. Dillemann supone que Castorio podría ser un *notarius* y *diaconus* mencionado por Gregorio Magno, mientras que Miller lo identifica con un obispo de Rímini de finales del siglo VI. <<

[16] Difiere de la *Tabula Peutingeriana*, con algún material adicional, especialmente en el libro V, y los apartados más occidentales completos, que conservan mucha información sobre Gran Bretaña; Dillemann, *La cosmographie*, pp. 20 y 24. < <

[17] P. Arnaud, «L'origine, la date de rédaction et la diffusion de l'archétype de la Table de Peutinger», *Bulletin de la Société Nationale des Antiquitaires de France* (1988), pp. 302-321, esp. p. 316. < <

[18] Lozovsky, *The Earth is Our Book*, pp. 30-31; igualmente, no se conservan los mapas adjuntos a los textos geográficos anteriores. < <

[19] F. Staab, «Ostrogothic geographers at the court of Theodoric the Great. A study of some sources of the Anonymous Ravenna Cosmographer», *Viator*, n.º 7 (1976), pp. 27-64, se empeña en asociarlos con la corte de Teodorico, opinión que descarta Dillemann, *La cosmographie*, pp. 50 y 57-58. Lozovsky señala que Jordanes, que proporciona tanta información al cosmógrafo, también cita entre sus fuentes a Ablavio, un famoso *descriptor* de etnia goda, y da mayor credibilidad a los geógrafos godos: Lozovsky, *The Earth is Our Book*, pp. 81-86. < <

[20] C. Falluomini, «Zum gotischen Fragment aus Bologna II», *Zeitschrift für Deutsches Altertum und Deutsche Literatur*, n.º 146 (2017), pp. 284-294, donde encontramos la palabra «león» en lengua goda; M. Bassetti, «"Total Eclipse of the Text". Stories of palimpsests in Verona, Ravenna and Bobbio between Late Antiquity and the Early Middle Ages», en F. Santi, ed., *Identità del testo*, Florencia, 2019. Rávena también suministró a Verona el texto griego de Galeno y algunos textos jurídicos. < <

[21] Parthey y estudios posteriores del cosmógrafo anónimo, Arnaud, «L'origine, la date de rédaction et la diffusion de l'archétype de la Table de Peutinger», pp. 302-321. < <

[22] G. A. Mansuelli, «I geographici ravennati», *CARB*, n.º 19 (1973), pp. 331-346, esp. pp. 334 y 338-340, pero refutado en Dillemann, *La cosmographie*. < <

[23] *Einhardi Vita Karoli Magni*, O. HolderEgger, ed., *MGH*, *SRG*, Hannover, 1911, § 33; Einhard [Eginardo] y Notker the Stammerer [Notkero Bálbulo], *Two Lives of Charlemagne*, Harmondsworth, 1969, p. 89. < <

[24] *LPR*, c. 160, trad. p. 285. < <

[25] B. Bachrach, *Charlemagne's Early Military Campaigns (768-777). A Diplomatic and Military Analysis*, Leiden, 2013, pp. 306-307, 465 y 474. <<

[26] C. R. Whittaker, *Rome and its Frontiers. The Dynamic of Empire*, Londres, 2004, p. 79; *Liber Guidonis*, Campopiano, ed., introd., pp. XCIII-XCIV. < <

[27] El manuscrito lo adquirieron los embajadores de Venecia en el Concilio de Basilea (1431-1449), que se encuentra a solo 115 kilómetros río abajo del monasterio de Reichenau, que puede ser el lugar de procedencia de esta copia; véase Salway, «Nature and genesis», pp. 119-135, esp. p. 127. < <

[28] Este mapa comparte con el cosmógrafo anónimo el nombre de la ciudad Forum Alieni, además de las «letras griegas en numerosos lugares», rasgos que posiblemente se añadieran en Rávena. Aunque a Prisciani le resultaba difícil leerlos, en algún momento los itinerarios de la *Tabula Peutingeriana* se habían enriquecido con nombres griegos de ciudades/regiones que derivaban del cosmógrafo de Rávena. < <

[29] Bachrach, *Charlemagne*, p. 307, citando a E. Albu, «Imperial geography and the medieval Peutinger Map», *Imago Mundi*, n.º 57 (2005), pp.136-148. Cf. Salway, «Nature and genesis», p. 127. < <

[30] Brown, *Gentlemen and Officers*, p. 188, citando a J. Tjäder, «Et ad latus…», *Studi Romagnoli*, n.º 24 (1973), pp. 91-124, en p. 112, para la hipótesis de que la práctica de Constantinopla, adoptada en Rávena, quizá influyera en la de la cancillería papal en Roma. < <

[31] G. Sarti, *Un libro ravennate di spiritualità monastica dell'inizio del secolo VIII nell'Archivio Storico Diocesano di Ravenna-Cervia*, Rávena, 2017, con una introducción muy útil de R. Savigni. Véase la figura 44. <<

28. El Concilio Trullano

[1] No se conservan las actas del concilio, solo el discurso de los obispos al emperador (*prosphonetikos logos*), el texto de los cánones y las firmas de los presentes; véanse la traducción de G. Nedungatt y M. Featherstone, *The Council in Trullo Revisited = Kanonika*, 6, Roma, 1995, y la nueva edición de H. Ohme, *ACO*, ser. II, vol. 2, parte 4, Berlín, 2013. En esta ocasión, los arzobispos de Nea Ioustinianoupolis, Tesalónica, Cesarea, Cerdeña y Éfeso se situaron por delante de Rávena, pero su posición seguía siendo más elevada que la de Heraclea de Tracia, Corinto y Gortina (*ibid.*, pp. 63-64). < <

[2] Ohme, *ACO*, ser. II, vol. 2, parte 4, pp. 62-64. La reseña de A. Fallier, *REB*, n.º 49 (1991), p. 287, critica la forma en que Ohme presentó los documentos; cf. N. Dura, «The Ecumenicity of the Council in Trullo», en Nedungatt y Featherstone, *The Council in Trullo*, pp. 241-242. En un principio, las referencias a las firmas del papa y de otros obispos occidentales se habían colocado en el margen del manuscrito, y esto se indica en cursiva en Mansi, XI, 989B. Sin embargo, los copistas posteriores trasladaron estas referencias al texto principal, como si les hubieran reservado expresamente un espacio. <<

[3] Los representantes del papa «habían firmado engañados» las actas, *LP*, 86.6, trad. p. 86. < <

[4] J. Herrin, *The Formation of Christendom*, Princeton, 1989, pp. 284-287 J. Haldon, *The Empire That Would Not Die. The Paradox of Eastern Roman Survival 640-740*, Cambridge (Mass.), 2016, pp. 128-130. < <

[5] Los hombres casados podían recibir la ordenación sacerdotal en Oriente, por ejemplo, mientras que, en Occidente, a los sacerdotes se les exigía el celibato. < <

[6] *LP*, 86.6, trad. p. 86. < <

[7] *LP*, 86.15, trad. p. 89. < <

[8] *LP*, 86.6-7, trad. pp. 86-87. < <

[9] *LP*, 86.7-9, trad. p. 87; V. Ortenberg WestHarling, «The church of Ravenna, Constantinople and Rome in the seventh century», en J. Herrin y J. Nelson, eds., *Ravenna, Its Role in Earlier Medieval Change and Exchange*, Londres, 2016, pp. 199-210. < <

[10] *LP*, 86.9, trad. p. 87. < <

[11] Sobre la cesión de Iliria Oriental, véase L. Brubaker y J. Haldon, *Byzantium in the Iconoclast Era c. 680-850. A History*, Cambridge, 2011, pp. 174-175 y 257-258. Ohme consideraba responsable de ello a Justiniano II, y encontró pruebas en las actas de 692. < <

[12] Teófanes, *Cronografía*, AM 6187, trad. pp. 514-515; *LPR*, c. 137, trad. p. 259, afirma que «algunos raveneses» asistieron a la mutilación. <<

[13] Mencionado por Pablo el Diácono, *HL*, VI, 12, trad. p. 259. <<

[14] *HL*, VI, 32, trad. p. 275 [*Historia de los longobardos*, Pedro Herrera Roldán, introd., trad. y notas, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2006, p. 205]. < <

[15] Teófanes, *Cronografía*, AM 6190, trad. pp. 516-517; Nicéforo, *Historia breve*, 41, pp. 98-100; J. Conant, *Staying Roman. Conquest and Identity in Africa and the Mediterranean, 439-700*, Cambridge, 2015, pp. 358-359. <<

[16] J.-M. Sansterre, *Les moines grecs et orientaux à Rome aux époques byzantine et carolingienne*, Bruselas, 1983, pp. 30-31 y 39-40, sobre los refugiados procedentes de África. < <

[17] V. Prigent, «La Sicile de Constant II. L'apport des sources sigillographique», en A. Nef y V. Prigent, eds., *La Sicile de Byzance à l'Islam*, París, 2010, pp. 157-188; *idem*, «La circulation monétaire en Sicile (VIe-VIIe siècle)», en D. Michaelides et al., eds., *The Insular System of the Early Byzantine Mediterranean*, Oxford, 2013, pp. 139-160; *idem*, «Monnaie et circulation monétaire en Sicile du début du VIIIe siècle à l'avènement de la domination musulmane», en J.-M. Martin et al., eds., *L'héritage byzantin en Italie (VIIIe-XIIe siècle)*, Roma, 2012, vol. 2, pp. 455-482. < <

[18] Teófanes, *Cronografía*, AM 6197-6198, trad. pp. 522-523, con detalles del castigo tanto de León/Leoncio como de Apsimar/Tiberio, la ceguera del patriarca Calínico, que fue desterrado a Roma, y el empalamiento y decapitación de numerosos responsables civiles y militares acusados de apoyar los regímenes anteriores; cf. AM 6190, trad. p. 517. < <

[19] Teófanes, *Cronografía*, AM 6198, trad. p. 523; véase también Nicéforo, *Historia breve*, 42, trad. pp. 101-105; *LP*, 88.4, trad. p. 91. <<

[20] *LP*, 88.5, trad. p. 91, recoge que su preocupación más acuciante era conseguir que el papa suscribiera los cánones de 692. < <

[21] *LP*, 90.3, trad. p. 92. < <

[22] *LPR*, c. 137, trad. pp. 259-260. N. B. que Agnelo es el único escritor medieval que recoge las cubiertas de oro que supuestamente llevaba el emperador sobre la nariz y también sobre las orejas, aunque se sabe de mutilaciones similares de la nariz y las orejas. < <

[23] *LP*, 90.2, trad. p. 92; cf. *LPR*, c. 137, trad. pp. 260-262. El papel de la flota occidental con base en Sicilia reforzó la creciente importancia de la isla y la promoción de su gobernador. *LP*, 90.2, trad. p. 92, achaca la responsabilidad del asalto y la ceguera a que Félix desobedeciera al papa Constantino; cf. C. Head, *Justinian II of Byzantium*, Madison, 1972, pp. 137-141. No hay rastro de este ataque vengativo, la quema de la ciudad y el posterior castigo de los dirigentes en las fuentes orientales, pero Quersoneso sufrió un castigo parecido, para el que la flota oriental se adentró en el mar Negro: Teófanes, *Cronografía*, AM 6203, trad. p. 527; *LPR*, c. 137 trad. pp. 259-260. < <

[24] *LPR*, c. 137, trad. pp. 259-262. Véase el excelente análisis de J. M. Pizarro, *Writing Ravenna. The «Liber pontificalis» of Andrea Agnellus*, Michigan, 1995, pp. 171-192, esp. p. 173, que supone que Johannicis quizá sí participara en la mutilación de Justiniano II en el año 695. No existe nada que indique la presencia de un exarca en el cargo en ese momento. < <

[25] *LPR*, c. 140, trad. p. 265. Brown, *Gentlemen and Officers*, p. 98, n. 34, sobre los problemas con la cronología de esta época. < <

[26] Brown insiste en que estas doce unidades ya existían, con sus propios soldados, y que la innovación fue basar cada una de ellas en un barrio concreto de la ciudad, al que se asociaba la población local: *Gentlemen and Officers*, p. 97. < <

[27] *LPR*, c. 140, trad. p. 264 («ex Bizantie ponto […] bibimus venenum. Et tumidis corde Danais [o sea, griegos] terga non demus», Nauerth, ed., vol. II, p. 502). < <

[28] *LPR*, c. 140, trad. p. 264. < <

[29] Guillou, *Régionalisme*, pp. 216-218, sobre la rebelión. < <

[30] *LPR*, c. 139, trad. p. 263. < <

[31] *LP*, 90.4, trad. p. 92. El orden de los funcionarios enviados desde Constantinopla resulta muy confuso hasta octubre de 710, cuando llega Juan Rizocopo. Si el emperador ordenó una incursión punitiva antes de ese momento, pudo haber coincidido con un periodo en el que no había ningún exarca en activo. < <

[32] *LP*, 90.4, trad. p. 92. < <

[33] Teófanes, *Cronografía*, AM 6203, trad. p. 529, informa de que al *spatharios* Romano se le encomendó la misión de llevar la cabeza «a las tierras de Occidente». < <

[34] *LPR*, c. 142, trad. p. 267. < <

29. El heroico arzobispo Damián

[1] *LPR*, c. 134, trad. p. 257. < <

[2] *LPR*, c. 125, trad. p. 247. <<

[3] *LPR*, cc. 127-129, trad. pp. 248-252. < <

[4] Las ilustraciones de estas peleas a puñetazos confirman el entretenimiento público que suponen. Este tipo de violencia comunitaria se asocia a tradiciones urbanas que se remontan a épocas muy anteriores y que se extienden a las peleas a puñetazos documentadas en lo que luego sería Venecia;véase J.Herrin, «Urban riot or civic ritual?», en D. Boschung, K.J. Hölkeskamp y C. Sode, eds., *Raum und Performanz. Rituale in Residenzen von der Antike bis 1815*, Stuttgart, 2015, pp. 219-240. Acerca de Latronum, *LPR*, c. 129, trad. p. 252; Lepers, *LPR*, c. 151, trad. p. 275. < <

[5] *LPR*, c. 134, trad. p. 257. < <

[6] *Ibid.* <<

[7] Pablo el Diácono, *HL*, VI, 3, menciona asimismo que Radoaldo, el legítimo duque del Friul, se refugió en Istria, desde donde llegó a Rávena y continuó hasta Pavía, prueba de que las infraestructuras portuarias y la ruta fluvial a Pavía por el Po seguían funcionando. <<

[8] *LP*, 86.15, trad. p. 89; copiado por Pablo el Diácono, HL, VI, 14, trad. p. 260. Véase C. Sotinel, «The Three Chapters and the transformations of Italy», en C. Chazelle y C. Cubitt, eds., *The Crisis of the Oikoumene. The Three Chapters and the Failed Quest for Unity in the Sixthcentury Mediterranean*, Turnhout, 2007, pp. 84-120. < <

[9] *HL*, VI, 43, trad. p. 285; cf. *LP*, 88.3, trad. p. 91, donde se dice que el documento en el que consta la donación al papa Juan VII (705-707) está escrito en letras de oro, y el acto se atribuye al rey Ariperto. Fue confirmado por Liutprando, a quien el papa Gregorio II convenció de que devolviera la ciudad de Sutri, en el Lacio, junto con otras ciudades de las colinas «a los santos apóstoles Pedro y Pablo» (*LP*, 91.21, trad. II, p. 14). < <

[10] *HL*, VI, 48, trad. pp. 288-289; R. Balzaretti, *Dark Age Liguria. Regional Identity and Local Power c. 400-1020*, Londres, 2013, p. 97, sobre la ruta utilizada para llevar tan preciadas reliquias a Pavía. <<

[11] *HL*, VI, 44. < <

[12] *LP*, 91.13, trad. II, p. 9 (donde un conjunto de embarcaciones, *classes*, puede inducir a la confusión con la ciudad portuaria de Classe). < <

[13] *The Council in Trullo Revisited = Kanonika 6*, G. Nedungatt y M. Featherstone, eds., Roma, 1995, pp. 162-164 (texto en griego y trad. del canon 82). < <

[14] *LP*, 86.14, trad. p. 89. < <

[15] L. James, *Mosaics in the Medieval World*, Cambridge, 2017, p. 180; T. Mathews, *Clash of Gods*, Princeton, 1993, pp. 115-141, sobre el «Cristo camaleónico»; cf. B. Brenk, «Mit was für Mitteln kann einem Physisch Anonymen Auctoritas vergleichen werden?», en E. Chrysos e I. Wood, eds., *East and West. Modes of Communication*, Leiden, 1999, pp. 143-172, esp. pp. 162-166. < <

[16] C. Foss, «Arab-Byzantine coins. Money as cultural continuity», en H. Evans y B. Ratliff, eds., *Byzantium and Islam. Age of Transition*, Nueva York, 2012, pp. 136-137; *Byzantium and the Arabs*, catálogo de exposición, Museo de la Cultura Bizantina, Tesalónica, 2011, con unas ilustraciones excelentes; C. F. Robinson, *'Abd alMalik*, Oxford, 2005, pp. 71-79; P. Sarris, *Empires of Faith*, Oxford, 2011, pp. 298-300, sobre la consolidación de un carácter específicamente musulmán dentro del Califato en tiempos de 'Abd alMalik. < <

[17] Robinson, *'Abd alMalik*, pp. 1-9; James, *Mosaics*, pp. 256-272; H. Maguire, *Nectar and Illusion. Nature in Byzantine Art and Literature*, Oxford, 2012, pp. 35-41, sobre la iconoclasia; J. Tannous, «In search of Monotheletism», *DOP*, n.º 68 (2014), pp. 29-67. < <

[18] *LPR*, c. 133, trad. p. 257. < <

[19] El tema se aborda con mayor profundidad en el cap. 32. < <

[20] *LPR*, c. 131, trad. p. 253, era Juan, sacerdote y abad del monasterio de San Juan *ad Titum* (también llamado *Pinum* por los ignorantes, *rustici nescientes*) en Classe (Nauerth, *Bishofbuch*, vol.II, p.476). En el cosmógrafo anónimo encontramos cambios parecidos de consonante que apuntarían a procesos lingüísticos comparables; por ejemplo, la localidad de Pina = Tinna. < <

[21] *LPR*, c. 131, trad. pp. 253-256. < <

[22] *LPR*, c. 134, trad. p. 258. < <

[23] G. Bovini, *Mosaici di Ravenna*, Milán, 1957, p.51, fragmentos de vestiduras episcopales decoradas con inscripciones en letra uncial que datarían de finales del siglo VII o principios del VIII. < <

30. La tormentosa vida del arzobispo Félix

[1] *Liber diurnus Romanorum pontificium*, H. P. Foerster, ed., Berna, 1958, pp. 128-137, tres fórmulas ideadas por la cancillería papal para la forma correcta de las palabras que debían pronunciar los obispos subordinados en su consagración; cf. A. T. Hack, *Codex Carolinus. Studien zur päpstlichen Epistolographie im 8. Jahrhundert*, 2 vols., Stuttgart, 2006-2007, vol. I, pp. 143-155. < <

[2] *LP*, 90.2, trad. p. 92. < <

[3] Según Guillou, *Régionalisme*, pp. 212-214, los funcionarios judiciales nombrados por el exarca en Rávena le obligaron a hacerlo. <<

[4] *LP*, 90.2, trad. p. 92; *LPR*, cc. 137-138, trad. pp. 259-263. Agnelo conserva aquí un relato completamente diferente, que no menciona el asunto del obispo Félix ni el vínculo, o el asesinato del exarca, sino que afirma que algunos ciudadanos de Rávena habían participado en el derrocamiento y la mutilación de Justiniano II en 695. Aunque el *LP* interpreta este ataque a Rávena como un castigo divino por oponerse a la cátedra de San Pedro, no se menciona en las fuentes griegas. < <

[5] *LPR*, c. 148, trad. p. 272, y J. M. Pizarro, *Writing Ravenna. The «Liber pontificalis» of Andrea Agnellus*, Michigan, 1995, pp. 171-183 y 187-188, sobre el intento de Agnelo de construir su pariente por comparación con Boecio y como contraposición a Félix. El nombre Jericomium (del griego *hierokomion*) se refiere a un monasterio que probablemente también servía de hospicio para ancianos, tal vez otro indicio de las influencias que Johannicis había traído de su primera estancia en Constantinopla. < <

[6] *LPR*, c. 36, trad. pp. 258-259, sobre el *vicedominus* del monasterio de San Bartolomé. < <

[7] El magistral análisis de G. Cavallo sobre los textos posiblemente escritos en Rávena, «La cultura scritta tra Antichità e Alto Medioevo», en *Storia di Ravenna*, II/1, pp. 79-125, demuestra la constante producción y copia de manuscritos como el *Rotolus* litúrgico y la copia de los Padres del Desierto (*ibid.*, figuras 21 y 22), así como de los volúmenes de Félix; cf. M. Bassetti, «"Total Eclipse of Text". Stories of palimpsests in Verona, Ravenna and Bobbio between Late Antiquity and Early Middle Ages», en F. Santi, ed., *Identità del testo*, Florencia, 2019. < <

[8] L. Brubaker y J. Haldon, *Byzantium in the Iconoclast Era c. 680-850. A History*, Cambridge, 2011, pp. 575-587, sobre la nueva élite social. Parece que las familias más antiguas de estatus aristocrático y senatorial evitaron tales apodos y nombres derivados de orígenes provinciales, como Koloneias, Paflagonitis o Helladikos. < <

[9] *LPR*, c. 138, trad. p. 262, sobre los añadidos de la emperatriz Teodora a la corona de Justiniano II. Del mismo modo, las mujeres imperiales tejían cinturones ceremoniales igualmente adornados con joyas. A finales del siglo VI, Sofía y Constantina confeccionaron una preciosa corona para el emperador Mauricio y se afligieron cuando este la colgó sobre el altar de Santa Sofía con una triple cadena de oro y piedras preciosas; véase Teófanes, *Cronografía*, AM 6093, trad. pp. 406-407. < <

[10] *LPR*, c. 138, trad. pp.262-263 sobre Félix, y c. 141, trad. pp.265-266 sobre Johannicis. < <

[11] *LPR*, c. 139, trad. p. 263. < <

[12] *LPR*, c. 148, trad. p. 272; Pizarro, *Writing Ravenna*, pp. 172-183, muestra cómo Agnelo intenta igualar la santidad del arzobispo Félix con destrezas similares a las mostradas por Johannicis, aunque las de este último son más intelectuales que espirituales. También argumenta, de forma muy convincente, que la historia de Boecio y su conflicto con Teodorico constituye un posible modelo para su héroe. <<

[13] La compleja historia del papel de Quersoneso en este golpe de Estado llama la atención sobre la importancia de este asentamiento bizantino, que había servido de lugar de destierro para el papa Martín, Justiniano II y el arzobispo Félix. < <

[14] *LP*, 90.8 y 10, trad. pp. 93 y 94. J. Herrin, «Philippikos “the Gentle”», en *Margins and Metropolis. Authority across the Byzantine Empire*, Princeton, 2013, pp. 192-205. < <

[15] *LPR*, c. 143, trad. p. 268. < <

[16] *LP*, 90.9, trad. p. 94, «fiunt indicula et fidei expositiones», probablemente escrito en un papiro que luego se introducía en la tumba. < <

[17] *LP*, 90.11, trad. p. 94; J. Herrin, «Philippikos and the Greens», en *Margins and Metropolis*, pp. 179-191. < <

[18] La Casa de Félix existió hasta el siglo XII; véase *LPR*, c. 145, trad. p. 270 y n. 22. < <

[19] *LPR*, c. 163, trad. p. 269. < <

[20] *LPR*, c. 148, trad. p. 273. La referencia a un cofre de madera de ciprés podría indicar que algunas de las reliquias fueron depositadas en él. < <

[21] Tjäder, *Papyri*, I, 23 = Marini, 109 = *Regesta*, n.º 31, *CLA*, IX, 405, pero no leyó la terminación femenina de Johannia. < <

[22] Marini, 111, *CLA*, XXIX, 877 de 750-800. Apolenaris *domesticus numeri Invicti* firma como testigo, junto con Vitalis *primicerius bandi secondi Tiberiaci*. Probablemente se trate de la segunda unidad tiberiana y no de la segunda de las banderas creadas por Jorge. Conocemos a los *Persoarmeniaci* por Tjäder, *Papyri*, II, 37 = Marini, 122, *CLA*, XXI, 716 (Tzitas, seguramente de origen armenio), pero el *numerus Armeniorum* está documentado a partir de 639; cf. Tjäder, *Papyri*, I, 23. < <

[23] Donación de Eudocia *ancilla dei*; *Regesta*, n.º 42. Un *domesticus numeri felicum letorum*, con dos *viri clarissimi*, un *domesticus* y otro *scol*[*aris*] de la *scole gentilium*, figuran como testigos de la misma época. Brown, *Gentlemen and Officers*, p. 84, n.º 8, complementa las listas incompletas que aporta Guillou, Régionalisme, p. 302. < <

[24] *Codice Bavaro. Codex traditionum Ecclesiae Ravennatis* (*Breviarium Ecclesiae Ravennatensis*), E. Baldetti, ed., Ancona, 1983, n.º 94, pp. 133-141. < <

[25] *LPR*, c. 153, trad. p. 277; cf. *LPR*, c. 139, trad. p. 263. < <

[26] Paul Dilley, «Christian icon practice in apocryphal literature. Consecration and conversion of synagogues into churches», *Journal of Roman Archaeology*, n.º 23 (2010), pp. 85-302 (artículo muy interesante sobre la importancia de las imágenes en dichas conversiones y claro sobre el número de sinagogas que se reconvirtieron para el culto cristiano). < <

[27] *LPR*, c. 136, trad. p. 258, sobre el texto del «día del Juicio», y *LPR*, c. 150, trad. p. 274, sobre los libros de Pedro Crisólogo. < <

[28] *LPR*, c. 150, trad. pp. 274-275. < <

31. León III y la derrota de los árabes

[1] En el año 751 las fuerzas islámicas se enfrentaron con las de la China imperial en Transoxiana; véase R. Hatch, «751 C.E. Watershed events in the Carolingian, Byzantine, Abbasid and Tang empires», en A. Classen, ed., *Paradigm Shifts during the Global Middle Ages and the Renaissance*, Turnhout, 2019, pp. 1-15. < <

[2] Como previó Gibbon en su memorable hipótesis contrafactual, el Corán se enseñaría hoy en la Universidad de Oxford; véase *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, J. B. Bury, ed., 7 vols., Londres, 1896-1900, vol. VI, p. 15 [hay trad. cast.: *Decadencia y caída del Imperio romano*, José Sánchez de León, trad., 2 vols., Vilaür, Atalanta, 2012]. < <

[3] Teófanes, *Cronografía*, AM 6208, trad. p. 540; Nicéforo, *Historia breve*, 52, trad. p. 121. León había avanzado hasta Crisópolis frente a Constantinopla. Anastasio II ya había enviado al campo a las familias que no podían aportar soldados o que no tenían provisiones suficientes para sobrevivir a un asedio; véase Teófanes, *Cronografía*, AM 6202, trad. p. 534. < <

[4] Teófanes, *Cronografía*, AM 6209, trad. pp. 545-546. La victoria se celebraba todos los años como un triunfo, que mantenía vivo el recuerdo de la defensa de León. < <

[5] Teófanes, *Cronografía*, AM 6210, trad. pp. 549-550. < <

[6] Frente a los historiadores que interpretan la oposición de Rávena a Constantinopla como un intento de ruptura con el Imperio en el año 727, Francesco Borri muestra de forma convincente la estrecha relación del exarcado italiano con la capital imperial; véase «*Duces e magistri militum* nell'Italia exarcale (VI-VII secolo)», *Reti Medievali Rivista*, vol. VI (2005), pp. 19-60, esp. p. 29. < <

[7] Teófanes, *Cronografía*, AM 6216, 6218, 6219, 6222, 6223, 6224, 6226, 6228, 6229 y 6230-6239 (informaciones breves de ataques árabes a partir de 723-741), trad. pp. 554-576. < <

[8] *LP*, 91.14, trad. II, p. 10; *PmbZ* 4817. < <

[9] Teófanes, *Cronografía*, AM 6211 y 6212, trad. pp. 551-552 y 554. <<

[10] J. Herrin, «The historical context of Iconoclast reform», en *Margins and Metropolis. Authority across the Byzantine Empire*, Princeton, 2013, pp. 206-219; para la nueva moneda, *ibid*., n. 29; P. Grierson, *Byzantine Coinage*, Washington D. C., 1999, pp. 13-14. < <

[11] *LP*, 91.15, trad.II, p.10;cf. Teófanes, *Cronografía*, AM 6217, trad.p.558. El papa Gregorio retuvo los impuestos de Italia y Roma. Es un tema muy polémico. < <

[12] Teófanes, *Cronografía*, AM 6224, trad. p. 568. Estas medidas adicionales siguen al relato de la expedición naval dirigida por Manes y pueden ser una interpolación. < <

[13] *LP*, 91.16, trad. II, p. 10, en relación con el exarca Pablo y sus órdenes de matar al pontífice. < <

[14] Se ha identificado al conde con Marinus, *komes tou Opsikiou*, conocido por su sello, que también menciona al exarca. V. Prigent, «Une note sur l'administration de l'Exarchat de Ravenna», *Nea Rome*, n.º 2 (2005), pp. 78-88, sostiene que un funcionario de alto rango había sido trasladado a Occidente para ayudar en la campaña, mientras que C. Zuckerman, «Marinos (*PmbZ*, 4797), Count of the Opsikion and Exarch of Italy», en *Mélanges Jean-Claude Cheynet, Travaux et Mémoires*, vol. 21, n.º 1 (2017), pp. 803-806, supone que Marinus ostentó ambos títulos al mismo tiempo y data el sello en el siglo VII. *LP*, 91.16, trad. II, p. 11, da a entender que el conde anónimo estaba a las órdenes de Pablo. < <

[15] *LP*, 91.16, trad. II, p. 11, n. 48, citando a T. F. X. Noble, *The Republic of St. Peter. The Birth of the Papal State 680-825*, Filadelfia, 1984, p. 29, pero el exarca Pablo no había dirigido este esfuerzo y estaba en Rávena cuando llegaron las órdenes del emperador. < <

[16] *LP*, 91.15-18, trad. II, pp. 10-12, añade una dimensión teológica al afirmar que la división era entre los que apoyaban «la iniquidad del emperador» y quienes «conservaban la fe». < <

[17] *LP*, 91.18, trad. II, pp. 12-13; S. Cosentino, *Storia dell'Italia bizantina (VI-XI secolo)*, Bolonia, 2008, p. 242, informa de una ocupación temporal de Liutprando *c*. 728-732. O. Bertolini, «Quale fu il vero oggiettivo assegnato da Leone III "Isaurico" all'armata di Manes, stratego dei Cibyrreoti?», *Byzantinische Forschungen*, n.º 2 (1967), pp. 15-49, sitúa la ocupación en el año 732. < <

[18] *LP*, 91.21, trad. II, p. 14. < <

[19] *LP*, 91.22, trad. II, p. 15. < <

[20] *LPR*, cc. 151 y 89, trad. pp. 277 y 202. <<

[21] *LPR*, c. 155, trad. pp. 279-280. Y relata que, mucho más tarde, el rey longobardo Astolfo inició la reconstrucción de la basílica Petriana, sentando las bases, que se conservarían hasta el siglo IX. < <

[22] *LPR*, c. 153, trad. p. 276. La región del Véneto o de las Venetiae (plural, por oposición al singular de la ciudad de Venecia, que en esa época aún no existía) solía ser leal a Constantinopla y no a Roma. Es posible que este caso de exilio sin precedentes refleje la huida del exarca Eutiques, documentada con mayor seguridad, que, debido a un ataque de los longobardos, tuvo que pedir ayuda a los habitantes de las Venetiae (véase más adelante). Puede que la historia sea una ficción urdida para explicar la ausencia de Juan. < <

[23] Cosentino, *PIB*, para el nombre y cargo de Epifanio, que no consta en *PmbZ*, y de Eutiques, que también aparece con sus sellos en *PmbZ* 1870 y 1871. < <

[24] *LPR*, cc. 151-152, trad. pp. 275-276. Cf. J. M. Pizarro, *Writing Ravenna. The «Liber pontificalis» of Andrea Agnellus*, Michigan, 1995, pp. 40 y 52. Todo el relato parece más bien fantasioso; ¿sería una invención de Agnelo para dar sentido a la historia de que el arzobispo Juan había huido al Véneto en algún momento? < <

[25] En el año 729, Eutiques se encontraba en Roma, donde consta que ayudó al rey Liutprando en su campaña contra los duques de Espoleto y Benevento, y sofocó otra revuelta en la Toscana. Abandonó todo intento de destituir al papa Gregorio II y envió la cabeza del rebelde toscano a Constantinopla como prueba de su otro éxito. *LP*, 91.22-23 (que se antepone a la noticia de la destitución del patriarca Germán por León III en enero de 730: *LP*, 91.24, trad. II, pp. 15-16). < <

[26] Marini-Mai, *Nova Collectio*, V, Roma, 1831, pp. 228-229; perfectamente analizado por Guillou, *Régionalisme*, pp. 272-277; cf. G. Cavallo, «La cultura scritta a Ravenna tra Tarda Antichità e Alto Medioevo», *Storia di Ravenna*, vol. II/2, pp. 117-118. < <

[27] *LP*, 91.17, 91.23-24, trad. II, pp. 13 y 15-16, que señala la llegada de las órdenes del emperador de retirar las imágenes, descolgarlas y quemarlas, y la destitución del patriarca Germán, sustituido por Anastasio, antes de la muerte de Gregorio II el 13 de febrero de 731. En la década de 740, cuando se compiló la *Vida* de Gregorio III en Roma, el autor o autores creían que la persecución de quienes venerasen imágenes estaba en su apogeo (*LP*, 92.2, trad. II, p. 19). < <

[28] Pizarro, *Writing Ravenna*, pp. 170-171 y 186-187, resume los hechos y aporta comentarios interesantes. < <

[29] *LPR*, c. 153, trad. pp. 276-278. El comandante recibe el título de «monstratico» (*monostrategos*) y se dice que vuelve «para despoblar Rávena». Sus tropas reciben el calificativo de «Grecorum exercitum» y «Bizanteos», por lo que eran definitivamente griegas. Pero la repetición de la batalla con una victoria total de los raveneses es claramente extraña, quizá una invención de Agnelo. < <

[30] No parece que tenga nada que ver con otra expedición naval encabezada por el comandante Manes, pero sobre esto véase W. Brandes, «Das Schweigen des *Liber Pontificalis*. Die "Enteignung" der päpstlichen Patrimonien Siziliens und Unteritaliens in der 50er Jahren des 8. Jahrhunderts», *Fontes Minores*, n.º 12 (2014), pp. 97-203, que las considera a ambas imaginarias. < <

32. El principio de la iconoclasia

[1] Teófanes, *Cronografía*, AM 6209, trad. pp. 542-544, ofrece un relato largo y novelesco de sus correrías. < <

[2] Teófanes, *Cronografía*, AM 6217 y 6218, trad. pp. 558 y 559; Nicéforo, *Historia breve*, cc. 59-60, trad. pp. 128-131. < <

[3] Teófanes, *Cronografía*, AM 6218, trad. pp. 560-561; Nicéforo, *Historia breve*, cc. 61, trad. pp. 130-131. < <

[4] Éxodo 20, 4-5, repetido en Deuteronomio 5, 8-9, y reiterado en Isaías 44, 9-19, con abundantes comentarios sobre el destino de quienes fabriquen ídolos, imágenes fundidas o esculpidas y se postren ante ellos. Cf. Ezequiel 14, 3, que especifica que correrá la misma suerte la gente que «ha fijado sus ídolos sobre su corazón», o 44, 10-12, sobre los levitas, que «por haberlos asistido cuando daban culto a los ídolos, y haber sido así ocasión de culpa para la casa de Israel, […] cargarán con su culpa». [Todas las citas bíblicas han sido extraídas de la Sagrada Biblia de la Conferencia Episcopal Española, conferenciaepiscopal.es/biblia/]. < <

[5] Teófanes, *Cronografía*, AM 6221, trad. pp. 563-564; Nicéforo, *Historia breve*, cc. 62, trad. pp. 130-131. Los «mandatos» imperiales que figuran en el *Liber pontificalis* de la Iglesia de Roma se refieren probablemente a estas órdenes de 730, ya que no hay pruebas concluyentes de la existencia de una orden anterior de retirada de las imágenes. < <

[6] J. Herrin, «Women and the faith in icons in early Christianity», en *Unrivalled Influence. Women and Empire in Byzantium*, Princeton, 2013, pp. 38-79; cf. L. Brubaker y J. Haldon, *Byzantium in the Iconoclast Era c. 680-850. A History*, Cambridge, 2011, pp. 53-63. < <

[7] F. Mathews, *The Dawn of Christian Art*, Los Ángeles, 2016, pp. 14-20; *idem*, *The Clash of Gods*, Princeton, 1999, pp. 177-190. < <

[8] Y hemos visto cómo tales imágenes funcionaban como propaganda imperial, por ejemplo cuando Filípico sustituyó los retratos de los líderes eclesiásticos por los de los patriarcas y obispos monotelitas. <<

[9] Por ejemplo, cuando se recibieron en Roma los retratos imperiales de Focas y su esposa (véase el cap. 24); J. Herrin, «The icon corner in medieval Byzantium», en *Unrivalled Influence*, pp. 281-301; Mathews, *The Dawn of Christian Art*, pp. 131-134 y 221. < <

[10] Herrin, «The icon corner», p. 284; *eadem*, «Women and the faith in icons», pp. 42-47. Véase también E. Doxiadis, *The Mysterious Fayum Portraits. Faces from Ancient Egypt*, Londres, 1995; corregido y aumentado en *Facing Eternity. From the Fayum Portraits to the Early Christian Icons*, Heraklion, 2019. < <

[11] H. Maguire, *Nectar and Illusion. Nature in Byzantine Art and Literature*, Oxford, 2012, pp. 11-47, esp. pp. 23-28. Cuando los hebreos hicieron el Becerro de Oro y bailaron alrededor de él, fue un acto de pura idolatría, anatematizado por Moisés cuando bajó de la montaña sagrada del Sinaí, que lo comparó al culto a los ídolos de los antiguos dioses egipcios o griegos. < <

[12] Gregorio Magno, *Regesten*, IX, 209, y XI, 10, y C. Chazelle, «Pictures, books and the illiterate. Pope Gregory I's letters to Serenus of Marseilles», *Word and Image*, n.º 6 (1990), pp. 138-153. Fue impulsado por el obispo Sereno, cuyos actos espontáneos de iconoclasia horrorizaban al papa. < <

[13] Mango, *Art*, pp. 133-141, para un conjunto de textos referidos a la pintura y la veneración de los iconos. < <

[14] Para las cartas de los dos obispos, véase Brubaker y Haldon, *Byzantium*, pp. 94-105. < <

[15] *Ibid.*, pp. 98-101. Teófanes afirma más tarde que el impío León era demasiado ignorante para comprender la diferencia entre la veneración relativa (*schetike proskynesis*) y el culto pleno a Dios (*latreia*): AM 6218, trad. p. 561. < <

[16] *LP*, 91.17, trad. II, p. 11; el acontecimiento está fechado después de la revuelta de los impuestos, en algún momento «posterior». < <

[17] *LP*, 91.23, trad. II, p. 15. Este relato de la destrucción en grandes hogueras o mediante el encalado de iglesias, y el castigo de una violencia extrema a los opositores de León, se exagera en muchas fuentes del siglo IX, totalmente hostiles al emperador. < <

[18] *LP*, 91.17, trad. II, p. 11; esto provocó que todas las regiones eligieran a sus propios duques para conseguir la libertad para ellos y el pontífice. En las fuentes occidentales, como el *Liber pontificalis* y la *Historia de los longobardos* de Pablo el Diácono, se responsabiliza de estos hechos específicamente al emperador. < <

[19] *LP*, 91.17, trad. II, pp. 11-12 (la cronología es confusa). < <

[20] D. Deliyannis, «Agnellus of Ravenna and iconoclasm. Theology and politics in a ninth-century historical text», *Speculum*, n.º 71 (1996), pp. 449-476. < <

[21] Teófanes, *Cronografía*, AM 6210, trad. p. 550, sobre la conversión forzosa de los cristianos por parte de Umar. C. Sahner, «The first iconoclasm in Islam. A new history of the Edict of Yazid II (*AH* 104 / *AD* 723)», *Der Islam*, n.º 94 (2017), pp. 5-56; Brubaker y Haldon, *Byzantium*, pp. 114-116, insisten en distinguir la iconoclasia islámica de la cristiana y niegan la existencia del edicto de Yazid II, p. 116, n. 147, citando a P. Speck, *Ich bin's nicht. Kaiser Konstantin ist es gewesen. Die Legenden vom Einfluss des Teufels, des Juden und des Moslem auf den Ikonoklasmus*, Bonn, 1990, pp. 35 y ss. y 73 y ss. Cf. D. Reynolds, «Rethinking Palestinian iconoclasm», *DOP*, n.º 71 (2017), pp. 1-64. < <

[22] Brubaker y Haldon, *Byzantium*, pp. 98-100, 102-104 y 105-117, sobre la posible influencia externa. < <

[23] S. Naef, «Islam and images. A complex relation», en M. Campagnolo et al., eds., *L'aniconisme dans l'art religieux byzantin*, Ginebra, 2014, pp. 49-58; F. B. Flood, «Faith, religion, and the material culture of early Islam», en H. Evans y B. Ratliff, eds., *Byzantium and Islam. Age of Transition*, Nueva York, 2012, pp. 244-257. Véase también *Byzantium and the Arabs*, catálogo de exposición, Museo de la Cultura Bizantina, Tesalónica, 2011. < <

[24] En memorable expresión de C. Zuckerman, «Aprender del enemigo…»: «Learning from the enemy and more. Studies in “Dark Centuries” Byzantium», *Millennium*, n.º 2 (2006), pp. 79-135. < <

33. El papa Zacarías y la conquista de Rávena por los longobardos

[1] *LP*, 93.2, 4, 12, trad. II, pp. 35, 37 y 41 y n. 46, donde Davis afirma que esto demuestra que el duque Esteban era un subordinado del papa, responsable ante él y no ante el exarca de Rávena. < <

[2] *LP*, 91.22, trad. II, p. 14. Cf. *LP*, 91.4, cuando Liutprando confirmó la restitución del patrimonio de los Alpes Cocios al papa (Pablo el Diácono, *HL*, VI, 44), y *LP* 91.7, sobre la adquisición del castillo de Cumas. < <

[3] *HL*, VI, 58, trad. p. 304, sobre la fundación de San Anastasio. < <

[4] M. Lauxtermann, «A Lombard epigram in Greek», en M. Lauxtermann e I. Toth, eds., *Inscribing Texts in Byzantium. Continuities and Transformations*, Abingdon-on-Thames, 2020. Sobre la imagen, véase H. Belting, *Likeness and Presence*, trad. al inglés, Chicago, 1994, pp. 142-143 [hay trad. cast.: *Imagen y culto. Una historia de la imagen anterior a la era del arte*, Cristina Díez Pampliega y Jesús Espino Nuño, trads., Madrid, Akal, 2009]. Los versos los copió muchos años más tarde un peregrino alemán. < <

[5] En esta fecha el término «cónsul» era utilizado por los máximos representantes de la aristocracia militar de la sociedad provincial, por lo que estos cuatro individuos representaban dirigentes locales que se situaban justo por debajo del nivel del exarca. < <

[6] *Codex Carolinus*, 2, *MGH*, *Epp*, III, p. 477. También envió una carta (fechada en 739) a Carlos Martel, en la que se expresa el pesar del papa por la destrucción de Rávena por parte de Hildebrando y Peredo. <<

[7] Carta del papa Gregorio III al patriarca Antonio de Grado, *MGH*, *Epp*, III, n.º 1, p. 703. < <

[8] *HL*, VI, 54, trad. pp. 297-298; la carta en la que pedía ayuda era conocida por Juan el Diácono, que escribió la primera historia de Venecia (a finales del siglo X o principios del XI). En una fascinante falsificación, el cronista del siglo XIV Andrea Dandolo cambió el destinatario para que el dux Urso (Orso) fuera la persona a la que el papa había apelado, en un intento evidente de hacer de Urso el primer dux y líder de la incipiente comunidad veneciana. Se incorporó a la memoria histórica posterior, que otorgó retrospectivamente a Urso el título bizantino de *hypatos* («cónsul») y la autoridad correspondiente entre 726 y 737. También se le relacionó con una revuelta popular contra la política imperial iconoclasta y fue presuntamente asesinado por orden del exarca Eutiques; véase D. M. Nicol, *Byzantium and Venice. A Study in Diplomatic and Cultural Relations*, Cambridge, 1988, pp. 10-11. < <

[9] *HL*, VI, 55, trad. pp. 299-330; *LP*, 92.15, trad. II, pp. 27-28. < <

[10] *LP*, 93.1 (n. 1, es probable que asistiera al sínodo de 732 como diácono); J. Osborne, «Papal Court Culture during the Pontificate of Zacharias (AD 741-52)», en C. Cubitt, ed., *Court Culture in the Early Middle Ages. The Proceedings of the First Alcuin Conference*, Turnhout, 2003, pp. 223-234. < <

[11] *LP*, 93.2, trad. II, p. 35. Amelia, Orte y Bomarzo se encuentran a ambos lados de la vía principal que va hacia el norte desde Roma a Orvieto, y Blera está más al oeste; es de suponer que los cuatro eran castillos que dominaban los alrededores. < <

[12] *LP*, 93.25 y 26, trad. II, pp. 48-49, con una enorme bibliografía sobre el tema, condensada por Davis en II, pp. 31-34; cf. T. F. X. Noble, *The Republic of St. Peter. The Birth of the Papal State 680-825*, Filadelfia, 1984, pp. 246-249; F. Marazzi, «La configurazione istituzionale del potere pontificio», en J.-M. Martin et al., eds., *L'héritage byzantin en Italie (VIIe au XIIe siècle); vol. II: Les cadres juridiques et sociaux et les institutions publiques*, Roma, 2012, pp. 261-278. Zacarías extendió las *domuscultae* por compra y las protegió con decretos apostólicos de que nunca debían ser enajenadas de la iglesia de Roma, pasos muy importantes destacados por Marazzi, *ibid.*, pp. 273-274. < <

[13] *LP*, 93.9, trad. II, p. 39. Algunos historiadores han visto en Sergio al futuro obispo de la ciudad, que sucedió a Juan en 744, pero todos estos nombres son de uso muy común entre los raveneses. < <

[14] *LP*, 93.12, trad. II, p. 40. < <

[15] Como sugiere R. Davis, *LP*, II, p. 41, n. 47; cf. E. Menestò, ed., *Il corridoio bizantino e la via Amerina in Umbria nell'Alto Medioevo*, Espoleto, 1999. < <

[16] *LP*, 93.12-13, trad. II, p. 41. < <

[17] *LPR*, c. 155, trad. p. 279. Pero su relato de la visita no encaja bien con el testimonio romano del mismo evento, que no menciona la iglesia de San Apolinar en Classe. Deliyannis combina las dos fuentes (véase *LPR*, trad. p. 279, n. 3), y la donación de un paño de altar de color púrpura apunta a un donante muy rico. Pero, como Agnelo confunde a Zacarías con papas posteriores como Esteban II, su relato no es fiable. < <

[18] *LP*, 93.14-17, trad. II, pp. 41-44 (cita al final de 93.16, trad. II, p. 43). < <

[19] *LP*, 93.20, trad. II, pp. 45-46. Normalmente debería haberse dirigido al patriarca. < <

[20] *LP*, 93.20, trad. II, p. 46. La donación está documentada en vida de Zacarías —por lo tanto, antes de 752—, pero se relaciona con la caída de Rávena en manos de los longobardos en 751, acontecimiento que no consta en el *LP*. < <

[21] *LP*, 93.23, trad. II, p. 47. < <

[22] *LP*, 93.23, trad. II, pp. 47-48. Noble, *Republic of St. Peter*, pp. 55-57, destaca el carácter prorromano y profundamente cristiano de Rachis, antiguo duque del Friul. Su mujer y sus hijos eran cristianos igualmente devotos. < <

[23] Es posible que Rachis contrajese una enfermedad grave de la que moriría al cabo de poco; véase *SRL*, continuadores de la *Historia Langobardorum* de Pablo el Diácono, 1, Casinensis, pp. 198-200, donde consta que murió en el monasterio de San Benito de Montecassino y que su viuda, Tasia, y su hija Ratruda fundaron y dirigieron un convento femenino en Plumbariola. < <

[24] *LP*, 94.15, trad. II, p. 58 (de hecho, el autor de la *Vida* del papa Esteban lo utiliza para justificar su llamamiento a los francos). En el año 751, mientras Astolfo estaba a las puertas de Rávena, Constantino V conquistaba Teodosiópolis y Melitene en el este de Asia Menor. Pasó a conquistar a los armenios y regresó con numerosos cautivos y un abundante botín: Nicéforo, *Historia breve*, 70, trad. p. 143; Teófanes, *Cronografía*, AM 6243, trad. p. 590. < <

[25] J. Herrin, «Constantinople, Rome and the Franks in the seventh and eighth centuries», reimp. en *Margins and Metropolis. Authority across the Byzantine Empire*, Princeton, 2013, pp. 220-238; M. McCormick, «Textes, images et iconoclasme dans le cadre des relations entre Byzance et l'Occident carolingien», *Settimana di Spoleto*, n.º 41 (1994), pp. 95-158; M.-F. Auzépy, «Constantin V, l'empereur Isaurien et les Carolingiens», en O. Redon y B. Rosenberger, eds., *Les assises du pouvoir. Temps médiévaux, territoires africains*, París, 1994, pp. 49-65. <<

[26] *LPR*, c. 155, trad. pp. 279-280. Sobre el diploma del monasterio de Farfa firmado por Astolfo, «in palatio», véase *Codice diplomatico longobardo*, III/1, C. Brühl, ed., Roma, 1970, n.º 23, pp. 111-115; pero el monasterio no llegó a depender del patrocinio real: véase M. Costambeys, *Power and Patronage in Early Medieval Italy. Local Society, Italian Politics and the Abbey of Farfa c. 700-900*, Cambridge, 2007, p. 119. < <

[27] Algunos historiadores han visto en el hecho de que abandonase Rávena un pacto a traición con el rey de los longobardos. < <

[28] Teófanes narra los acontecimientos del reinado de León III (AM 6224, trad. p. 568) e informa de que así se transfirió la importante suma de 25.200 sólidos de oro (o quizá 410.400, según varios manuscritos) en impuestos de la Iglesia de Roma a las arcas imperiales, a disposición de Constantinopla. Nicéforo, *Historia breve*, 76, no menciona esta aportación, pero señala que en 761/762, cuando Constantino V celebró una victoria sobre los búlgaros en el Hipódromo, exhibió «dos cuencos de oro que habían sido fabricados en la isla de Sicilia, cada uno de los cuales pesaba ochocientas libras», trad. p. 151. ¿Los encontrarían en una de las fincas papales de Sicilia y los enviarían a Constantinopla como parte de lo recaudado? Como ningún papa se manifestó al respecto hasta el pontificado de Adriano I (772-795), no tenemos documentada la fecha exacta de la confiscación. < <

[29] El argumento más reciente y sólido es el de W. Brandes, «Das Schweigen des *Liber Pontificalis*. Die “Enteignung” der päpstlichen Patrimonien Siziliens und Unteritaliens in der 50er Jahren des 8. Jahrhunderts», *Fontes Minores*, n.º 12 (2014), pp. 97-203. < <

34. El arzobispo Sergio asume el mando

[1] *LPR*, c. 154, trad. p. 278. <<

[2] «More Graecorum», *LPR*, Nauerth, ed., vol. II, p. 540; *CSEL*, 332.26-28; trad. p. 279. < <

[3] W. Woodfin, *The Embodied Icon. Liturgical Vestments and Sacramental Power in Byzantium*, Oxford, 2012, p. 6, sobre las vestiduras litúrgicas griegas. < <

[4] *ODB*, III, 1553 (*orarion*). Esta prenda corresponde al *efod*, parte del atuendo sacerdotal de Aarón descrito en el Levítico. < <

[5] G. Lobrichon, «Le vêtement liturgique des évêques au IXe siècle», en F. Chausson y H. Ingelbert, eds., *Costume et société dans l'Antiquité et le haut Moyen Âge*, París, 2003, pp. 129-141, esp. pp. 134-136, citando a E. Palazzo, *L'évêque et son image. L'illustration du pontifical au Moyen Âge*, Turnhout, 1999. Al identificarlo como una gran estola decorada que se lleva alrededor de los hombros, Beda quizá se confundiera con las imágenes de los profetas como Zacarías, que se muestran llevando el *efod* en la iglesia de Porec. Sobre las tradiciones monásticas griegas en Rávena, véanse J.-M. Sansterre, «Monaci e monasteri greci a Ravenna», *Storia di Ravenna*, II/2, pp. 323-339, y E. Morini, «Le strutture monastiche a Ravenna», *ibid.*, pp. 305-321. < <

[6] *LPR*, c. 154, trad. pp. 278-279; Guillou, *Régionalisme*, pp. 172-179 y 221-223. < <

[7] *LPR*, c. 155, trad. p. 279. Tales demostraciones de devoción a la Iglesia no eran raras, cf. una donación similar del papa Zacarías de un paño de altar de púrpura pura decorado con perlas a la iglesia de San Apolinar, o regalos posteriores hechos por Carlomagno. El *Liber pontificalis* subraya el poderoso salvajismo de Astolfo (94.5, trad. II, p. 54), su salvajismo pernicioso (94.6, trad. II, p. 55), y muestra a Astolfo, el criminal atroz, hirviendo de pura rabia (94.8 y 10, trad. II, pp. 56-57). < <

[8] *LP*, 94.15-17, trad. II, pp. 58-59: ed. Duchesne, I, p. 444, el papa se enfrentó al «pestiferum Langobardorum regem» sabiendo que no recibiría ninguna ayuda del Imperio, «ab eo nihil hac de re obtineret». < <

[9] *LP*, 94.31, trad. II, p. 66 y n. 70; el término aparece por primera vez en *CC*, 6, p. 489, escrito en 755; véase T. F. X. Noble, *The Republic of St. Peter. The Birth of the Papal State 680-825*, Filadelfia, 1984, pp. 95-97. < <

[10] *LP*, 94.11, trad. II, p. 57; cf. T. F. X. Noble, *Images, Iconoclasm and the Carolingians*, Filadelfia, 2009, pp. 127-128. < <

[11] *LP*, 94.19-24, trad. II, pp. 60-63. < <

[12] *LP*, 94.23, trad. II, pp. 61-62. < <

[13] J. L. Nelson, *King and Emperor. A New Life of Charlemagne*, Londres, 2019, pp. 69-75. < <

[14] *ARF*, a. 754; *LP*, 94.27, trad. II, p. 64; J. Herrin, *The Formation of Christendom*, Princeton, 1989, pp. 373-375; C. Goodson, «To be the daughter of Saint Peter. S. Petronilla and forging the Franco-Papal alliance», en V. Ortenberg West-Harling, ed., *Three Empires, Three Cities. Identity, Material Culture and Legitimacy in Venice, Ravenna, and Rome, 750-1000*, Turnhout, 2015, pp. 159-182. < <

[15] Teófanes, *Cronografía*, AM 6245, trad. pp. 591-592; Nicéforo, *Historia breve*, c. 72, trad. pp. 143-145; T. Krannich, C. Schubert y C. Sode, eds., *Die ikonoklastische Synode von Hiereia 754. Einleitung, Text, Übersetzung und Kommentar ihres Horos*, Tubinga, 2002. < <

[16] Herrin, *Formation of Christendom*, pp. 377-381; Noble, *Images, Iconoclasm and the Carolingians*, pp. 63-68, aunque señala que tras el Concilio de Hieria no hubo destrozos graves en Oriente, salvo por las agresiones contra algunos monjes iconófilos. < <

[17] *LP*, 94.32-37, trad. II, pp. 66-68. < <

[18] *LP*, 94.41-45. < <

[19] Esteban II, *LP*, 94.44-45, trad. II, p. 71. El rey dijo que «no podía robar lo que había dado a san Pedro». Jorge, que ocupaba el cargo de secretario principal, *protasekretis*, afirmó que Astolfo había ocupado ilegalmente el territorio imperial. < <

[20] Herrin, *Formation of Christendom*, pp. 303-304 y 374-379. < <

[21] *LP*, 94.47, trad. II, p. 73. Los nombres de las ciudades se copiaron posteriormente en otro documento conservado en la cancillería de Carlomagno. < <

[22] *LP*, 94.47, trad. II, p. 72. < <

[23] *LRP*, c. 157, trad. p. 280, donde también se responsabiliza al rey Astolfo de la traición a Sergio. Cf. O. Bertolini, «Sergio arcivescovo di Ravenna (744-69) e i papi del suo tempo», *Studi Romagnoli*, n.º 1 (1950), pp. 43-88, esp. pp. 60-64. < <

[24] *LRP*, c. 157, trad. pp. 280-281. La referencia al favor secular podría estar relacionada con el papel de los aristócratas locales en la elección de su arzobispo. El sínodo no figura en W. Hartmann, *Die Synode der Karolingerzeit im Frankenreich und in Italien*, Paderborn, 1989, por lo que probablemente se consideró un asunto de carácter jurídico puramente local, indigno de ese nombre. < <

[25] *Praecepta actionum*, *CC*, 49, p. 569 (Adriano a Carlomagno); cf. Noble, *Republic of St. Peter*, p. 106. < <

[26] *LP*, 95.1-2, trad. II, p. 80. Recurrió su elección el arcediano Teofilacto, por lo que la consagración de Pablo tuvo que retrasarse treinta y cinco días. < <

[27] Noble, *Republic of St. Peter*, p. 106. <<

[28] *LPR*, c. 157, trad. p. 282; *LPR*, Nauerth, ed., II, p. 548; *CSEL*, 335, pp. 126-127, *modica gratulatoria fuit et modica quies*. < <

[29] Bertolini, «Sergio arcivescovo di Ravenna…», pp. 43-88, esp. pp. 72-73 y 76-78. < <

[30] Sobre el papiro de 767, véase A. Vasina, «La Romagna estense. Genesi e sviluppo dal Medioevo all'età moderna», *Studi Romagnoli*, n.º 21 (1970), pp. 47-68, esp. pp. 53-55; reimp. *Regesta*, n.º 42, p. 413, donde se interpreta que el término *hegoumenos* es el nombre de un abad anterior, Erguminus; cf. Deichmann, *Ravenna*, II/1 p. 252. Estoy agradecida a Caroline Goodson por indicarme que el término *hegoumenos* se usaba en Nápoles. La datación por los años regnales de los emperadores de Oriente se había abandonado en Roma a partir de los años de iconoclasia de León III en beneficio de la datación por el año de la Encarnación, aunque la *Vida* de Pablo se refiere de manera neutral a los reinados de León III y Constantino V (*LP*, 95.2, trad. II, p. 80). Más tarde, en *LP*, 95.3, trad. II, p. 83, se mencionan las numerosas embajadas y cartas del papa Pablo a los emperadores, rogándoles que restablezcan la veneración de las imágenes. *CC*, 36, menciona estas cartas (ahora perdidas) a Constantinopla y la respuesta de Constantino V. < <

[31] *LPR*, c. 159, trad. p. 284; cf. S. Gelichi, «Lupicinius presbitur. Una breve nota sulle istituzioni ecclesiastiche comacchiesi delle origini», en G. Barone et al., eds., *Ricerca come incontro. Archeologi, paleografie storici per Paolo Delogu*, Roma, 2013, pp. 41-60, sobre la iglesia de Comacchio que pasó a manos de Rávena. < <

35. El largo reinado de Desiderio

[1] *CC*, 15-17, pp. 512-517; P. Delogu, «Il regno Lombardo», en G. Galasso, ed., *Storia d'Italia*; vol 1: *Longobardi e Bizantini*, Turín, 1980. <<

[2] *CC*, 21, 29-31, pp. 522-524 y 533-537, donde se habla de las artimañas de Desiderio y se ruega a Pipino que devuelva todo lo prometido al papa Esteban II. < <

[3] T. S. Brown, «Byzantine Italy, *c*. 680-*c*. 876», en *NCMH*, II, pp. 328-329. < <

[4] *LP*, 96.5-15, trad. II, pp. 90-95, con todos los detalles de los asesinatos, cegueras y encarcelamientos con raciones de hambre, que provocaron numerosas muertes; R. McKitterick, «*The Damnatio Memoriae* of Pope Constantine II (767-768)», en R. Balzaretti *et al., eds., Italy and Early Medieval Europe. Papers for Chris Wickham*, Oxford, 2018, pp. 231-248. < <

[5] *LP*, 96.13, trad. II, p. 94 (todos confesaron haber pecado al no resistirse a la impía ordenación de Constantino). < <

[6] *LP*, 96.17, trad. II, p. 97. < <

[7] *LP*, 96.20, trad. II, p. 99. Todo esto ocupa los caps. 2-22. < <

[8] *LP*, 96.16-24, trad. II, pp. 95-101. S. Scholz, *Politik-Selbstverständnis-Selbstdarstellung. Die Päpste in karolingischer und ottonischer Zeit*, Stuttgart, 2006, pp. 74-76, tiene documentados a trece francos; cf. T. F. X. Noble, *The Republic of St. Peter. The Birth of the Papal State 680-825*, Filadelfia, 1984, pp. 117-119, que menciona un total de 49 obispos: los italianos, todos de diócesis cercanas a Roma, su periferia, la Toscana romana y la Campania, y doce del reino de los francos. <<

[9] M. McCormick, «Textes, images et iconoclasme dans le cadre des relations entre Byzance et l'Occident carolingien», Settimana 41, Espoleto, 1994, pp. 95-158; la presencia del eunuco Sinesio en Gentilly en el año 767 confirma que la finalidad de esta reunión era negociar un enlace matrimonial entre el hijo de Constantino V, León, y la hija de Pipino, Gisela. < <

[10] Los argumentos, de naturaleza fragmentaria, los refundió el papa Adriano en cartas posteriores a los francos, y Anastasius Bibliothecarius encontró algunos más en la cancillería papal en el siglo IX, con el añadido de un texto atribuido a san Ambrosio de Milán, cuyo mensaje iconófilo gira en torno al reconocimiento de los santos a partir de su retrato pintado; véase *MGH*, *Concilia*, II.1, 78, y W. Hartmann, ed., *Die Synoden der Karolingerzeit im Frankenreich und in Italien*, Paderborn, 1989; F. Hartmann, *Hadrian I (772-795). Frühmittelalterliches Adelspapsttum und die Lösung Roms vom byzantinischen Kaiser*, Stuttgart, 2006. < <

[11] J. L. Nelson, *King and Emperor. A New Life of Charlemagne*, Londres, 2019, pp. 101-107. < <

[12] El matrimonio fue muy breve (Nelson, *ibid.*, pp. 107-110), y probablemente concluyó con la devolución de la hija de Desiderio a la corte de Pavía, una afrenta pública, para que Carlos pudiera casarse con Hildegarda, una noble alamana, y así reforzar los vínculos con su pueblo. < <

[13] *LP*, 96.26, trad. II, p. 102. < <

[14] *CC*, 85, pp. 621-622, carta del papa a Carlomagno, dedicada al modo correcto de elegir al arzobispo de Rávena, que recapitula la historia de Miguel «el intruso». < <

[15] J. T. Hallenbeck, «Paul Afiarta and the papacy. An analysis of politics in eighth-century Rome», *Archivum Historiae Pontificiae*, n.º 12 (1974), pp. 22-54, plantea que León actuaba como lugarteniente del papa en el «Estado» pontificio creado por la Donación de Pipino de 755/756, pero Sergio era «más rebelde que servicial» (p. 54, n. 69). El arzobispo León se mostró en general poco dispuesto a colaborar con el papa; más tarde encarceló a un funcionario papal enviado a gobernar Gavello. < <

[16] R. McKitterick, *Charlemagne. The Formation of a European Identity*, Cambridge, 2008, pp. 43-46; Nelson, *King and Emperor*, pp. 119-127; A. Hack, *Codex Carolinus. Päpstliche Epistolographie im 8. Jahrhundert*, 2 vols., Stuttgart, 2006-2007. < <

[17] *CC*, 86, pp. 622-623, y 88, pp. 624-625, datadas las dos entre 787 y 791. Adriano pide a Carlomagno que expulse a los *Venetici negotiatores* de Rávena y que luche contra el duque Garamannus, que ha ocupado tierras de la Iglesia. < <

[18] B. Bachrach, *Charlemagne's Early Military Campaigns (768-777). A Diplomatic and Military Analysis*, Leiden, 2013, pp. 277 y 290-292. Estos pasos de uso habitual para atravesar las barreras alpinas también se mencionan en el reparto de los territorios de Carlomagno en el año 806, que estipulaba qué tierras debían ser gobernadas por sus tres hijos mayores junto con Hildegarda: Luis (Aquitania), Carlos el Joven (la mayor parte del centro) y Pipino (Italia). Viniendo desde el oeste, Luis usaría normalmente la ruta de Susa y Carlos, la ruta del Gran San Bernardo/ Aosta, mientras que Pipino podría desplazarse hacia el norte a través de los Alpes Nóricos hacia Coira; véase McKitterick, *Charlemagne*, pp. 96-97. < <

[19] *LPR*, c. 160, trad. p. 285. T. S. Brown, «Louis the Pious and the papacy – a Ravenna perspective», en P. Godman y R. Collins, eds., *Charlemagne's Heir*, Oxford, 1990, pp. 297-307, lo considera «una pura leyenda», aunque refleja los estrechos contactos de Rávena con los francos. < <

[20] *ARF*, a. 773 y 774, trad. pp. 49-50; P. Delogu, «Lombard and Carolingian Italy», en *NCMH*, II, pp. 302-303; *LP*, 97.29 (cf. 97.32). El *exercitus Francorum* derrotó al *exercitus Langobardorum*. < <

[21] *LP*, 97.44, trad. II, p. 144. <<

[22] *LP*, 97.35-43, trad. II, pp. 138-142 (espléndida descripción de la visita del rey a Roma), afirma que la donación repetía la de Pipino, cuando el papa Esteban II fue por primera vez al reino de los francos (97.42, trad. II, pp. 141-142). Nelson, *King and Emperor*, pp. 135-141. <<

[23] Nelson, *King and Emperor*, pp. 146-148, sobre el trato dado a Desiderio y su esposa, Ansa. < <

[24] *Ibid.*, pp. 181-186. Tras la rebelión de Bernardo en 817, Luis entregó el reino a su propio hijo, Lotario, aunque este prefirió compartir el título imperial con su padre. Sin embargo, entre 829 y 839 Lotario reinó en Italia, donde le sucedió su hijo, Luis II, que en 844 recibió la corona de los longobardos de manos del papa Pascual y fue ungido en Roma. < <

[25] Nelson, *King and Emperor*, pp. 151-154. < <

[26] J. L. Nelson, «Charlemagne and Ravenna», en J. Herrin y J. Nelson, eds., *Ravenna, Its Role in Earlier Medieval Change and Exchange*, Londres, 2016, pp. 239-252, señala el carácter insólito del uso de un *embolum* en la correspondencia papal. En *CC*, 55, la palabra «EMBOLUM» en letra mayúscula ocupa todo el ancho de la página: «Annex about the insolence of Archbishop Leo», pp. 579-580. < <

[27] *CC*, 60, p. 587. <<

[28] *CC*, 75, p. 606 (783). Cf. los esfuerzos de Carlos por impedir la venta de esclavos en Roma y la actividad de los mercaderes venecianos en Rávena, relacionada a su vez con la venta de personas esclavizadas; Noble, *Republic of St. Peter*, p. 282. < <

[29] *CC*, 61 y 64; cf. *CC*, 94, pp. 632-636, esp. p. 635. < <

[30] T. S. Brown, «The church of Ravenna and the imperial administration in the seventh century», *English Historical Review*, n.º 94 (1979), pp. 1-28, en p. 27, establece esta conexión con Rávena. < <

[31] Hartmann, *Hadrian I*, pp.182-193, esp. p.195. Cf. J.Herrin, *The Formation of Christendom*, Princeton, 1989, pp. 385-386, aunque deba corregirse la hipótesis de que el pontificado de Pablo I era el contexto más verosímil para la falsificación. < <

[32] La génesis y el uso posterior del documento siguen siendo muy discutidos; véase J. Fried, «Donation of Constantine» and «Constitutum Constantini». *The Misinterpretation of a Fiction and its Original Meaning*, Berlín, 2007, pp. 103-109, que defiende la existencia de una Constitución breve falsificada a mediados del siglo VIII, que luego fue reelaborada en forma de la Donación, más extensa, en la abadía de Corbie en 830-834, hipótesis que critican fuerte y convincentemente C. Goodson y J. Nelson, «The Roman contexts of the "Donation of Constantine". Review article», *Early Medieval Europe*, vol. 18, n.º 4 (2010), pp. 446-467. < <

[33] *CC*, 60, pp. 586-587. < <

[34] Nelson, *King and Emperor*, pp.182-186. Véase también, más abajo, la Conclusión. < <

[35] Seguramente fue Alcuino el primero en expresar la idea de que Carlomagno era el padre de Europa, *pater Europas*; D. Bullough, «Europae pater: Charlemagne and his achievement in the light of recent scholarship», *English Historical Review*, n.º 85 (1970), pp. 59-105. < <

36. Carlomagno en Italia, 774-787

[1] Un tribuno, Pedro, mencionado en la década de 780, pudo ocupar el cargo, *LPR*, c. 163, trad. p. 289. < <

[2] *LPR*, c. 162, trad. p. 287. León *ipatus* (*hypatos*), el término griego tradicional para «cónsul». < <

[3] S. Cosentino, «Potere e autorità nell'Esarcato in età post-bizantina», en *L'héritage byzantin en Italie VIIIe-XIIe siècle*, Roma, 2012, vol. II, pp. 279-295; Edward Schoolman, «Nobility, aristocracy and status in early medieval Ravenna», en J. Herrin y J. Nelson, eds., *Ravenna, Its Role in Earlier Medieval Change and Exchange*, Londres, 2016, pp. 211-238. < <

[4] Siguió esta ruta en 776, cuando fue a sofocar la rebelión de los longobardos encabezados por el conde Rotgaudo (*ARF*, a. 776, trad. p. 53). < <

[5] J. L. Nelson, *King and Emperor. A New Life of Charlemagne*, Londres, 2019, pp. 159-161. Carlomagno se llevó a Francia a los rehenes longobardos (entre ellos, el hermano de Pablo el Diácono) y dispuso que sus esposas conservaran todos sus derechos. < <

[6] *CC*, 60, pp. 586-587, y 61, pp. 588-589, advirtiendo a Carlomagno de un posible ataque de los árabes, de los *nefandissimi* beneventanos y del *patricius* de Sicilia; cf., más arriba, cap. 35, n. 27. < <

[7] *ARF*, a. 781, trad. p. 59; Nelson, *King and Emperor*, pp. 181-186. <<

[8] En 814 el hijo de Pipino, Bernardo, obtuvo permiso para seguir siendo rey de Italia; véase el cap. 35, n. 24. < <

[9] Hartmann, *Hadrian I*, y A. T. Hack, *Codex Carolinus. Studien zur päpstlichen Epistolographie im 8. Jahrhundert*, 2 vols., Stuttgart, 2007. <<

[10] Teófanes, *Cronografía*, AM 6274, trad. p. 628. < <

[11] J. Shepard, «Courts in East and West», en P. Linehan y J. L. Nelson, eds., *The Medieval World*, Londres, 2001, pp. 14-36; Y. Hen, *Roman Barbarians. The Royal Court and Culture in the Early Medieval West*, Basingstoke, 2007, pp. 166-172; J. Herrin, «Constantinople, Rome, and the Franks in the seventh and eighth centuries», reimp. en *Margins and Metropolis. Authority across the Byzantine Empire*, Princeton, 2013, pp. 220-238. Existen dibujos de un órgano de este tipo en uso en el Salterio de Utrecht, elaborado en Reims hacia el año 830, pero el mecanismo del fuelle para generar la presión del agua no era muy conocido. < <

[12] Teófanes, *Cronografía*, AM 6274, trad. p. 628; *Annales mosellani*, a. 781, *MGH*, *SS*, XVI, p. 497. < <

[13] J. Fried, *Charlemagne*, Cambridge (Mass.)/Londres, 2016, pp. 139 y 144-146 (un relato que atribuye al quinceañero Constantino VI una reacción furibunda al fracaso de la alianza y a la invasión del sur de Italia en 787). En cambio, Teófanes, *Cronografía*, AM 6281, trad. pp. 637-638, registra la ruptura de la alianza y el matrimonio de Constantino con María de Amnia en noviembre de 788, el mismo año de la invasión bizantina del sur de Italia, que terminó de forma desastrosa. Agradezco a Jinty Nelson sus consejos al respecto: Nelson, *King and Emperor*, pp. 227-230. < <

[14] P. Dutton, *Charlemagne's Mustache*, Nueva York, 2004, pp. 164-165. < <

[15] En otro lugar he explicado por qué las mujeres gobernantes, que fueron una característica notable de Bizancio a lo largo de su dilatada historia, fueron responsables del restablecimiento de las imágenes en 787 y de nuevo en 843, esta vez por la sobrina nieta de Irene, Teodora: véanse J. Herrin, *Women in Purple*, Londres, 2001 [hay trad. cast.: *Mujeres en púrpura. Soberanas del medievo bizantino*, Carmen Martínez Gimeno, trad., Madrid, Taurus, 2002]; *eadem*, *Unrivalled Influence. Women and Empire in Byzantium*, Princeton, 2013. Sobre la invitación de Irene al papa Adriano, véase Nelson, *King and Emperor*, pp. 225-226. < <

[16] Como era habitual, se informó a los representantes de la pentarquía, así como a todos los obispos bajo el control de Irene. La idea de que Carlomagno y los francos deberían haber sido invitados al concilio de 786-787 malinterpreta la tradición de la pentarquía como árbitro final de la doctrina y la pretensión de Roma de representar a todos los cristianos de Occidente. Sin embargo, pudo haberse desarrollado a partir de la práctica instituida por el papa Esteban III en el año 769, cuando los francos fueron invitados específicamente al concilio romano para debatir los problemas planteados por el antipapa Constantino: *LP*, 96.16-24, trad. II, pp. 95-101. < <

[17] *LP*, 97.88, trad.II, pp.168-169. Roma fue, por supuesto, el principal obispado occidental representado en el concilio. El papa Adriano envió delegados que sabían griego y que podían seguir el debate sobre las imágenes. Como la zona de Iliria Oriental ya había sido transferida al patriarca de Constantinopla, los obispos de esa región asistieron como subordinados del patriarca. Participaron diecinueve mitrados de Sicilia y Calabria, que aportaron argumentos para justificar la veneración de las imágenes. < <

[18] J. Herrin, *The Formation of Christendom*, Princeton, 1989, pp. 434-439; T. F. X. Noble, *Images, Iconoclasm and the Carolingians*, Filadelfia, 2009, pp. 159-183 y 183-206, para un análisis de la *opus caroli Regis*. Cf. Fried, *Charlemagne*, pp. 382 y 390-391. < <

[19] Fried, *Charlemagne*, p. 146; Nelson, *King and Emperor*, pp. 225-226.
<<

[20] Fried, *Charlemagne*, pp. 145-146, citando la *Gesta abbatum Fontinellensium*, c. 12, *MGH*, *SS*, II, Hannover, 1929, p. 29, que afirma que esta embajada fue provocada por el deseo de Constantino de casarse con la hija de Carlomagno. R. McKitterick, *Charlemagne. The Formation of a European Identity*, Cambridge, 2008, pp. 113-114, muestra lo difícil que le resultaba a Carlos tener el control efectivo del territorio longobardo. < <

[21] Sesión final del Concilio de Nicea, *ACO*, ser. III, partes 1-3, E. Lamberz, ed., Berlín, 2008-2016. < <

[22] J. Herrin, «Mothers and daughters in the medieval Greek world», en *Unrivalled Influence*, pp. 80-114, esp. pp. 87-88. < <

[23] Adelchis recibió el nombre de Teodoto en Bizancio, donde residió durante catorce años como invitado de honor de la corte imperial; véase J. Herrin, «Constantinople and the treatment of hostages, refugees and exiles during late antiquity», en *Constantinople réelle et imaginaire. Autour de l'oeuvre de Gilbert Dagron. Travaux et Mémoires*, vol. 22, n.º 1 (2018), pp. 257-274. La campaña para restablecerlo se representa en Teófanes como parte de la nueva política exterior de Irene contra Carlomagno, mientras que las fuentes occidentales posteriores presentan a Constantino VI, un joven adolescente en aquellos años, invadiendo Italia en un arrebato de furia. < <

[24] Al igual que la zona que luchaban por recuperar, ¡se dio en llamar Langobardia! *Regesta Imperii*, J.-F. Boehmer y E. Mühlbacher, eds., 1908, reimp. 1966, pp. 120-123; *MGH*, *Epistolae*, 111, *CC*, 82, pp. 615-620. < <

[25] *The Life of St. Philaretos the Merciful, Written by His Grandson Niketas*, c. 4, L. Rydén, ed., Uppsala, 2002, pp. 82-93; R.-J. Lilie, *Byzanz unter Eirene und Konstantin VI, 780-802*, Frankfurt, 1996, pp. 199-205. < <

[26] *LPR*, c. 164, trad. p. 290. < <

[27] *Ibid*. A Agnelo le encanta repetir estas entretenidas historias, que acaso carezcan de fundamento histórico, pero que llenan su relato de figuras que de otro modo serían desconocidas. < <

[28] *LPR*, c. 165, trad. pp. 290-291, probablemente todo invención suya, pero Carlomagno debió de visitar Rávena para solicitar materiales de construcción; véase su carta a Adriano en A. T. Hack, *Codex Carolinus. Päpstliche Epistolographie im 8. Jahrhundert*, 2 vols., Stuttgart, 2006-2007, vol. II, pp. 840-841 y 970; Nelson, *King and Emperor*, pp. 231-232. <<

[29] El propio Agnelo había aprovechado estos *spolia* para su propia actividad constructiva. En Aquisgrán se han identificado columnas que no proceden de Roma ni de Rávena, por lo que los *spolia* procedentes de Italia quizá sirvieran para decorar su propio palacio; véase J. Ley, «*Aquis palatium*. Spätantiker Palast oder frühmittelalterliche Pfalz? Architekturhistorische überlegungen zur Ikonographie der Aachener Pfalz», en M. Featherstone et al., eds., *The Emperor's House*, Berlín, 2015, pp. 237-246; D. Kinney, «Roman architectural spolia», *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. 145, n.º 2 (2001), pp. 138-161, esp. pp. 147-149, sobre Aquisgrán. < <

[30] *CC*, n.º 94, datado en 790-791, pp. 632-636. C. Gantner, «The label "Greeks" in the papal diplomatic repertoire in the eighth century», en W. Pohl y G.Heydemann, eds., *Strategies of Identification. Ethnicity and Religion in Early Medieval Europe*, Turnhout, 2013, pp. 303-349. < <

[31] *ARF*, a. 793, trad. p. 71, menciona la embajada. <<

[32] J. Story et al., «Charlemagne's black marble. The origin of the epitaph of Pope Hadrian I», *PBSR*, n.º 73 (2005), pp. 157-190. < <

[33] *ARF*, a. 796, trad. p. 74; Nelson, *King and Emperor*, pp. 362-364. <<

37. Carlomagno reclama las piedras de Rávena

[1] El poder de Carlomagno se sitúa dentro de una perspectiva más amplia en J. Preiser-Kapeller, *Jenseits von Rom und Karl dem Grossen. Aspekte der globalen Verflechtung in der langen Spätantike, 300-800 n. Chr.*, Viena, 2018; W. Scheidel, *Escape from Rome. The Failure of Empire and the Road to Prosperity*, Princeton/Oxford, 2019, esp. pp. 132-138, 154-156 y 508-510, una historia global concebida para menospreciar cualquier esfuerzo posromano por preservar las estructuras imperiales, ya sea por parte de Carlomagno o del Imperio romano de Oriente. < <

[2] M. Thompson, «The monogram of Charlemagne in Greek», *American Numismatic Society, Museum Notes*, n.º 12 (1966), pp. 125-127 y fig. b; P. Grierson, *Coins of Medieval Europe*, Londres, 1991, pp. 34-35. En lugar de una marca de ceca, estos dineros de plata tienen los títulos completos de Carlomagno hasta el año 800: CAROLUSREXFR/LANGOACPATROM («Carlos, rey de los francos y los longobardos, y patricio de los romanos»). Véase A. Rovelli, *Coinage and Coin Use in Medieval Italy*, Farnham, 2012. Agradezco a Cécile Morrisson su ayuda en esta materia. < <

[3] J. Fried, *Charlemagne*, Cambridge (Mass.)/Londres, 2016, pp. 442-443 y 444-445; M. MacCormick, *Charlemagne's Survey of the Holy Land*, Washington D. C., 2011. < <

[4] Aunque cegar a los condenados no era una práctica habitual entre los francos, cuando el conde Hardrad se rebeló contra Carlomagno en 785-786, él y los demás cabecillas de la rebelión fueron castigados con la pérdida de la vista (véase J. L. Nelson, *King and Emperor. A New Life of Charlemagne*, Londres, 2019, pp. 214-220), y la ceguera siguió siendo un castigo habitual para los rebeldes: Luis el Piadoso mandó cegar a su tío en 818; véase J. Herrin, «Blinding in Byzantium», *Polyplevros nous. Miscellanea für Peter Schreiner zu seinem 60. Geburtstag*, C. Scholz y G. Makris, eds., Leipzig, 2000, pp. 56-68. < <

[5] *ARF*, a. 798, trad. pp. 76-77. < <

[6] Eginardo, *Vita Karoli Magni* («Vida de Carlomagno»), § 16, trad. p. 70; Paul Dutton, *Charlemagne's Mustache*, Londres, 2004, pp. 59-61. <<

[7] *Parastaseis syntomoi chronikai*, cc. 17, 37; véase A. Cameron y J. Herrin, eds., *Constantinople in the Early Eighth Century*, Leiden, 1984, pp. 80-81 y 98-101; Otón III usó una tela persa de seda con dibujos de elefantes para amortajar a Carlomagno: Dutton, *Charlemagne's Mustache*, pp. 61-62. < <

[8] *ARF*, a. 802, trad. p. 82. < <

[9] Es posible que Daniel, enviado de Miguel, *strategos* de Sicilia, llevara el mensaje (*ARF*, a. 799, trad. p. 78); cf. Teófanes, *Cronografía*, AM 6293 y 6294, trad. pp. 653-654, donde se destaca el ofrecimiento de Carlos de casarse con Irene y unir así Oriente y Occidente. La cuestión es muy polémica; véanse Nelson, *King and Emperor*, pp. 359-362 (un intento desesperado de Irene), y J. Herrin, *Women in Purple*, Londres, 2001, pp. 117-118 y 122-125 (una estrategia política más meditada). < <

[10] Fried, *Charlemagne*, p. 407; R. McKitterick, *Charlemagne. The Formation of a European Identity*, Cambridge, 2008, pp. 116-117. < <

[11] *LP*, 98.11-19, trad. II, pp. 184-189, que describe la huida del pontífice; *ARF*, a. 800, trad. p. 80, sobre la llegada de Carlomagno a las afueras de Roma, especificando «siete días», tiempo suficiente para que el papa León preparase la bienvenida. < <

[12] *ARF*, a. 800 y 801, trad. pp. 80-81; J. L. Nelson, «Why are there so many different accounts of Charles' imperial coronation?», en *Courts, Elites and Gendered Power in the Early Middle Ages*, Aldershot, 2007, n.º XII. < <

[13] *LP*, 98.24-25, trad. II, pp. 191-192, aunque no menciona ningún tejido de seda. < <

[14] En Espoleto evitó un grave terremoto el 30 de abril: *ARF*, a. 801, trad. p. 81. < <

[15] *ARF*, a. 801 y 802, trad. pp. 81-82. < <

[16] P. Classen, «*Romanum gubernans imperium*. Zur Vorgeschichte des Kaisertitulatur des Karls des Grossen», *Deutsches Archiv für Erforschung des Mittelalters*, n.º 9 (1951), pp. 103-121, reimp. en J. Fleckenstein et al., eds., *Ausgewählte Aufsätze von Peter Classen*, Sigmaringen, 1983. ¿Y no habría sido esta una buena manera de que una regente como Gala Placidia reclamara la autoridad suprema? < <

[17] La expresión «hacía tiempo que era de uso corriente en algunas partes de Italia»; Nelson, *King and Emperor*, p. 383. < <

[18] Eginardo, *Vita Karoli Magni*, § 28, trad. p. 81. <<

[19] Classen, «*Romanum gubernans imperium*». Aunque se conservan muy pocos documentos en los que conste el título, en los siglos VIII y IX había muchos en los archivos de Rávena, donde Carlomagno podría haberlos visto. < <

[20] McKitterick, *Charlemagne*, pp. 169 y 339, ve en Rávena una fuente de inspiración para Carlomagno, pero no en la figura de Teodorico. Por otra parte, sus consejeros también comparaban a Carlomagno con Justiniano. < <

[21] *LPR*, c. 94, trad. p. 207; lo confirma la descripción de Walafrido Strabo de 829, precisamente en la misma posición respecto al palacio que en Rávena: Deliyannis, *Ravenna in Late Antiquity*, p. 298. < <

[22] *LP*, 98.27, trad. II, p. 193 (el mosaico solo se conoce por dibujos; véase J. Herrin, *The Formation of Christendom*, Princeton, 1989, p. 461). < <

[23] Así consta en una carta de León III a Carlomagno enviada en 808, *MGH*, *Epp Karolini Aevi*, III, n.º 2, pp. 87-88. Se trata de otra ocasión en la que el papa utiliza el *EMBOLUM* para denunciar la actividad de los funcionarios de Carlomagno. < <

[24] *MGH*, *Epp Karolini Aevi*, III, n.º 9 y 10, pp. 100-102 y 102-104, escritas entre 808 y 814, repiten una acusación parecida. Los *missi* de Carlos hicieron un *magis damnum* al llevarse todas las cosechas y no dejar nada para el *missus* del papa, un tal obispo Juan (*ibid.* p. 101), y sus *malas machinationes*, que compara con la monstruosidad de separar a un niño de su madre. Advierte del juicio de san Pedro, que tiene las llaves del Cielo, y le ordena a Carlomagno que mantenga la *oblatio* hecha por el rey Pipino que Carlomagno había confirmado. Véase T. S. Brown, «Louis the Pious and the papacy. A Ravenna perspective», en P. Godman y R. Collins, eds., *Charles' Heir*, Oxford, 1990, pp. 297-307, esp. p. 302. < <

[25] *ARF*, a. 804, trad. p. 84, aunque no consta en la *Vida* de León III. Nelson, *King and Emperor*, pp. 415-418. < <

[26] *LP*, 98.106, trad. II, pp. 227-228 (estas donaciones palidecen en comparación con otras que hizo a iglesias de Roma). < <

[27] *MGH, Epp Karolini Aevi*, III, n.º 2, 9 y 10. <<

[28] *LPR*, c. 70, trad. p. 186; M. C. Miller, *The Bishop's Palace. Architecture and Authority in Medieval Italy*, Ithaca (Nueva York), 2000, pp. 57-58. < <

[29] Deliyannis, *Ravenna in Late Antiquity*, pp. 294-295; Jäggi, *Ravenna*, pp. 268-271. Se conservan columnas idénticas en el pórtico de la iglesia del Espíritu Santo de Rávena, lo que induce a creer que antes todas ellas quizá adornasen un edificio como los dos palacios episcopales de la época de los arrianos. < <

[30] *LPR*, c. 169, trad. p. 297. < <

[31] «Uacula argentea totam expletem mensem factam in diodum platani». La mesa se había hecho durante el arzobispado de Valerio. <<

[32] *LPR*, c. 167, trad. p. 296. < <

[33] *Ibid.* (presumiblemente este era el precio del título de abad). Si en la fabricación de este *crismatarion* se utilizaron los más de doscientos sólidos de oro, podría compararse con los dos más pequeños realizados por Maximiano (*LPR*, c. 80, trad. pp. 193-194), uno de los cuales pesaba catorce libras. < <

[34] M. C. Carile, «Production, promotion and reception. The visual culture of Ravenna between late antiquity and the Middle Ages», en J. Herrin y J. Nelson, eds., *Ravenna, Its Role in Earlier Medieval Change and Exchange*, Londres, 2016, pp. 53-85, esp. p. 75, sobre los daños, que deben de estar relacionados con la reparación de la cubierta por parte de Martín. < <

[35] *LPR*, c. 168, trad. pp. 296-297; cf. *LP*, 98.106, trad. II, p. 228, para la descripción de la cubierta de la iglesia con «hileras de pilares cuadrados». < <

[36] *LPR*, c. 168, trad. p. 296; Cirelli, *Archeologia*, pp. 104-105, fig. 86. <<

[37] Las «irregularidades» pueden muy bien referirse a los derechos sobre tierras o zonas del norte de Italia, que el papa consideraba que debían estar dentro de su jurisdicción, pero que el arzobispo de Rávena tenía como propias. Las cartas de León indican que se habían llevado tanto a los trabajadores como la cosecha: *MGH*, *Epp Karolini Aevi*, III, n.º 9 y 10. < <

[38] *LPR*, c.169, trad.p. 297;Brown, «Louis the Pious and the papacy», pp. 297-307, esp. pp. 302-303. < <

[39] *LPR*, c. 170, trad. p. 298 (en el siglo V una sandalia presuntamente de san Juan Evangelista era la principal reliquia de la iglesia de Gala Placidia, por lo que parece que estas nuevas reliquias fueron «descubiertas» más tarde, una verdadera «invención» en el sentido de un milagro). < <

[40] *Ibid.* <<

[41] Eginardo, *Vita Karoli Magni*, § 33, trad. p. 89. < <

[42] D. Deliyannis, «Charlemagne's silver tables. The ideology of an imperial capital», *Early Medieval Europe*, n.º 12 (2003), pp. 159-177. <<

[43] McKitterick, *Charlemagne*, pp. 372 y 374-375 [*Vida de Carlomagno*, Alejandra de Riquer, trad., introd. y notas, Madrid, Gredos, 1999, p. 105]. < <

[44] Eginardo, *Vita Karoli Magni*, § 33, trad. pp. 88-89. En su testamento también se establecen complejas disposiciones relativas al último tercio, reservado a sus gastos básicos en vida y para sus herederos, los pobres, los servidores de palacio y las veintiuna sedes metropolitanas después de su muerte. < <

[45] R. J. Belletzkie, «Pope Nicholas I and John of Ravenna. The struggle for ecclesiastical rights», *Church History*, vol. 49, n.º 2 (1980), pp. 262-272. < <

[46] *LPR*, c. 113, trad. p. 231. < <

[47] *LPR*, c. 1, trad. p. 103; Nauerth, ed., I, p. 98; Cirelli, *Archeologia*, pp. 159-160. < <

[48] P. Delogu, «Lombard and Carolingian Italy», en *NCMH*, II, p. 310: «Las ciudades estaban preocupadas por su independencia y veían al obispo sobre todo como una autoridad local capaz de entender sus necesidades y de representarlos ante el rey». < <

[49] M. McCormick, «Byzantium and the West, 700-900», en *NCMH*, II, pp. 349-380, sobre el declive de los mercaderes «griegos» y los vínculos cada vez más numerosos entre Occidente y el mundo islámico, visibles en el uso dominante del mancuso «en los confines de la Italia bizantina», pp. 358-359. < <

Conclusión: El brillante legado de Rávena

[1] R. Hatch, «751 C.E. Watershed events in the Carolingian, Byzantine, Abbasid and Tang Empires», en A. Classen, ed., *Paradigm Shifts during the Global Middle Ages and the Renaissance*, Turnhout, 2019, pp. 1-15. < <

[2] *LPR*, c. 42, trad. p. 150. Agnelo también cita un apartado de la crónica en el que Maximiano describe sus viajes a Alejandría cuando Timoteo era patriarca y hubo un terremoto que destruyó Anazarba en Cilicia: c. 78, trad. p. 192 (datada en torno al año 525). Sobre el olvido, véase M. Verhoeven, *The Early Christian Monuments of Ravenna. Transformations and Memory*, Turnhout, 2011. < <

[3] M. S. Bjornlie, *Politics and Tradition between Rome, Ravenna and Constantinople*, Cambridge, 2013. < <

[4] Casiodoro, *Institutions of Divine and Secular Learning y On the Soul*, J. W. Halporn, trad., Liverpool, 2004, esp. la introd. de M. Vessey, pp. 1-101. < <

[5] *LPR*, c. 94, trad. p. 206; Nauerth, ed., vol. II, pp. 356-357, plantea que esta figura quizá sea Constantinopla, no Rávena. < <

[6] W. V. Harris, *Roman Power. A Thousand Years of Empire*, Cambridge, 2016, pp. 219-221, que destaca los rasgos distintivos de cada periodo de decadencia; P. Sarris, *Empires of Faith. The Fall of Rome to the Rise of Islam, 500-700*, Oxford, 2011, pp. 41-68, sobre Occidente, y pp. 275-306, sobre Oriente. < <

[7] J. Herrin, «From bread and circuses to soup and salvation», en *Margins and Metropolis. Authority across the Byzantine Empire*, Princeton, 2013, pp. 267-298. < <

[8] Bryan Ward-Perkins, *The Fall of Rome and the End of Civilization*, Oxford, 2005 [hay trad. cast.: *La caída de Roma y el fin de la civilización*, Manuel Cuesta y David Hernández de la Fuente, trads., Madrid, Espasa, 2007], es uno de los catastrofistas frente a Walter Pohl et al., que defienden una asimilación más gradual: véanse W. Pohl, ed., *The Transformation of Frontiers from Late Antiquity to the Carolingians*, Leiden/Boston, 2001; H. W. Goertz, ed., *Regna and Gentes. The Relationship Between Late Antique and Early Medieval Peoples and Kingdoms in the Transformation of the Roman World*, Leiden/ Boston, 2003; W. Pohl, ed., *Transformations of Romanness. Early Medieval Regions and Identities*, Berlín/Boston, 2018. M. Kolakowski, *Imperial Tragedy. From Constantine's Empire to the Destruction of Roman Italy*, Londres, 2019, sobre Justiniano como el golpe de gracia al Imperio de Occidente. En la edición conmemorativa del décimo aniversario de la pubicación de su obra *The Rise of Western Christendom. Triumph and Diversity, AD 200-1000*, ebook, Wiley-Blackwell, 2013, Peter Brown demuestra con elegancia los puntos débiles de los catastrofistas. < <

[9] Las ciudades italianas sufrieron menos que otras situadas más al norte: C. Wickham, *The Inheritance of Rome. A history of Europe from 400-1000*, Londres, 2009, pp. 95-108 [hay trad. cast.: *El legado de Roma. Una historia de Europa de 400 a 1000*, Cecilia Belza y Gonzalo García, trads., Barcelona, Pasado y Presente, 2013]; *idem, Framing the Early Middle Ages. Europe and the Mediterranean 400-800*, Oxford, 2009, pp. 644-655 [hay trad. cast.: *Una historia nueva de la Alta Edad Media. Europa y el mundo mediterráneo, 400-800*, Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, trads., Barcelona, Crítica, 2009]; E. Cirelli, «Ravenna. Rise of a late antique capital», en D. Sani y G. Speed, eds., *Debating Urbanism. Within and Beyond the Walls. AD 300-700*, Leicester, 2010, pp. 239-264. < <

[10] A. H. M. Jones, *The Decline of the Ancient World*, Londres, 1966; R. Krautheimer, *Rome. Profile of a City 312-1308*, Princeton, 1980, pp. 62-64; B. Ward-Perkins, *From Classical Antiquity to the Middle Ages. Urban Public Building in Northern and Central Italy*, *AD 300-850*, Oxford, 1984. < <

[11] C. Goodson, «Roman archaeology in medieval Rome», en D. y L. Caldwell, eds., *Rome. Continuing Encounters between Past and Present*, Farnham, 2011, pp. 17-34, sobre la valoración y adaptación de los edificios antiguos; R. Coates-Stephens, «Epigraphy as *spolia* – the reuse of inscriptions in early medieval buildings», *PBSR*, n.º 70 (2002), pp. 275-296. < <

[12] R. McKitterick, *Charlemagne. The Formation of a European Identity*, Cambridge, 2008, pp. 1-5 y 140-141; N. Davies, *Europe. A History*, Oxford, 1996, esp. pp. 302, 305-306 y 307. < <